



Relatos tradicionales y Carta de la Tierra

Hacia una educación en la visión del mundo sistémico-compleja

Volumen 2: Anexos

Grian A. Cutanda



UGR | Universidad
de Granada

Facultad de Ciencias de la Educación
Departamento de Pedagogía

Directores

Alfonso Fernández Herrería

Francisco Miguel Martínez Rodríguez

Dirección metodológica:

Jane Brown



2016

Editor: Universidad de Granada. Tesis Doctorales
Autor: Antonio Cutanda Morant
ISBN: 978-84-9163-146-0
URI: <http://hdl.handle.net/10481/45390>



Universidad de Granada

Facultad de Ciencias de la Educación

Departamento de Pedagogía

TESIS DOCTORAL

RELATOS TRADICIONALES Y CARTA DE LA TIERRA

HACIA UNA EDUCACIÓN EN LA VISIÓN DEL MUNDO SISTÉMICO-COMPLEJA

VOLUMEN 2: ANEXOS

DOCTORANDO

ANTONIO CUTANDA MORANT (GRIAN A. CUTANDA)

DIRECTORES DE LA TESIS:

Dr. ALFONSO FERNÁNDEZ HERRERÍA - Universidad de Granada

Dr. FRANCISCO MIGUEL MARTÍNEZ RODRÍGUEZ - Universidad de Granada

con la dirección metodológica de la

Dra. JANE BROWN - Universidad de Edimburgo

GRANADA, 2016

Tesis doctoral de la Universidad de Granada
Autor: Antonio Cutanda Morant (Grian A. Cutanda)

Portada:

Imágenes de "Shambhala", en *Uncharted 2*, de Naughty Dog, ©David J. Baldwin / "Shield of her husband", cuadro de Howard Terpning en Firstpeople.com / "Greenpeace Rainbow Warrior - Barcelona, Spain", fotografía de 350.org, licencia CC BY-NC-SA, en Flickr.com

El doctorando, Antonio Cutanda Morant, y los directores de la tesis, Alfonso Fernández Herrería y Francisco Miguel Martínez Rodríguez, garantizamos, al firmar esta tesis doctoral, que el trabajo ha sido realizado por el doctorando bajo la dirección de los directores de tesis y hasta donde nuestro conocimiento alcanza, en la realización del trabajo, se han respetado los derechos de otros autores a ser citados, cuando se han utilizado sus resultados o publicaciones.

Granada a 14 de Julio de 2016

Directores de la Tesis



Fdo.: Alfonso Fernández Herrería

Doctorando



Fdo.: Antonio Cutanda Morant



Fdo.: Francisco Miguel Martínez Rodríguez

ANEXOS

Resumen

El estado de nuestra civilización y de los ecosistemas terrestres nos abocan a una situación de verdadera emergencia planetaria en la que las previsiones de los científicos de sistemas apuntan a una ruptura, o incluso un colapso, de nuestro sistema civilizatorio hacia mediados de este siglo. Ante tal escenario, las Ciencias de la Educación están llamadas a cumplir un papel decisivo en el cambio de mentalidad que nos lleve a superar tan grave situación, pero las distintas "educaciones para el cambio" —educación en valores, ambiental, para la paz, etc.— se han mostrado ineficaces a la hora de conseguir la transformación social necesaria.

El hecho de que desde el nuevo paradigma científico sistémico-complejo se apunte a un cambio epistemológico y, más allá de él, a un cambio en la visión del mundo, principalmente de la cultura occidental, como única vía para transformar las relaciones sociales y las relaciones del ser humano con la naturaleza debería llevarnos a los investigadores y académicos en Ciencias de la Educación a profundizar en el constructo psicológico de la visión del mundo. Desde ahí, este trabajo intenta ofrecer dos aportaciones diferentes: una propuesta teórica, que aspira a superar las deficiencias de las educaciones para el cambio, y una propuesta práctica basada en la anterior que busca ofrecer un amplio depósito de recursos educativos orientados al cambio social en la visión de la realidad.

La propuesta teórica, fundamentada en los trabajos de Stephen Sterling, Gregory Bateson y Donella H. Meadows, entre otros, propone el desarrollo de una *educación en la visión del mundo* como nodo de confluencia de las distintas educaciones para el cambio, así como la introducción de la *educación transpersonal* en la formación del profesorado.

La propuesta práctica, fundamentada en la Ecopedagogía, la Ética del Cuidado, la Ecología Profunda y la Carta de la Tierra, ofrece unas primeras herramientas educativas para una educación en una visión del mundo sistémico-compleja, integral, holista y ecológica. Para ello, y fundamentándose en los trabajos de Kieran Egan, y los estudios sobre la oralidad y sus modos educativos para el desarrollo de la percepción imaginativa, se ha realizado una selección de *336 relatos tradicionales —mitos, leyendas, cuentos, fábulas— de todo el planeta para su utilización pedagógica en conjunción con la Carta de la Tierra*. Para justificar la validez y pertinencia de tales relatos para el objetivo buscado, se han realizado análisis cualitativos y cuantitativos sobre 126 de estos relatos, demostrándose finalmente su potencial eficacia para la transmisión de los aspectos ontológicos, epistemológicos, axiológicos, antropológicos y de visión social que componen el constructo psicológico de la visión del mundo.

Los resultados de los análisis apuntarían también a la conveniencia de profundizar la investigación en los modos educativos de las culturas orales, por constituirse en una fuente ciertamente rica de metodologías y herramientas para la difusión de esa otra manera de ver la realidad.

Abstract

The state of our civilisation and terrestrial ecosystems are throwing us into a situation of true planetary emergency in which systems scientists forecasts point to a breakdown, or even a collapse, of our civilisational system by the middle of this century. In such a scenario, the Education Sciences are called to play a decisive role in the necessary change of mentality that lead us to overcome such a serious situation, but the different "educations for change" have proven ineffective in achieving that social transformation.

The new complex-systems scientific paradigm is targeting to an epistemological change and, beyond it, to a change in worldview —mainly in Western culture— as the only way to transform power relations in societies and relations between human beings and nature. This fact should lead educational researchers and academicians to delve into the psychological construct of worldview. From there, this thesis attempts to offer two different contributions: a theoretical proposal, which aims to overcome the shortcomings of educations for change; and a practical proposal, based on the previous one, which seeks to provide a vast repository of educational resources aimed at social change in worldview.

The theoretical proposal, set up on the works of Stephen Sterling, Gregory Bateson and Donella H. Meadows, among others, includes the development of a *worldview education* as a confluence node for the different educations for change, as well as the introduction of *transpersonal education* in teacher training.

The practical proposal, based on Ecopedagogy, Ethics of Care, Deep Ecology and the Earth Charter, offers some initial tools for education in a complex-systems, integrative, holistic and ecological worldview. To do this, and based on the works of Kieran Egan, as well as on the studies about orality and its educational modes for the development of imaginative perception, it has been made a selection of *336 traditional stories —myths, legends, folktales, fables— from all around the world for their educational use in conjunction with the Earth Charter*. To justify the validity and relevance of such stories for the aim sought, qualitative and quantitative analysis have been carried out on 126 of these stories. These analysis have demonstrated the potential effectiveness of this selection of stories for transmitting the ontological, epistemological, axiological, anthropological and social vision aspects which make up the psychological construct of worldview.

The analysis results are also pointing to the desirability of further research in the educational modes of oral cultures, because they certainly seem to offer a rich source of methodologies and tools for the dissemination of that another way of seeing reality.

Índice general

VOLUMEN 1: Tesis

Las historias del Abuelo Piedra	1
Prefacio... desde la reflexividad	5
Introducción	13

PRIMERA PARTE: LA PROBLEMÁTICA EDUCATIVA

1. CRISIS DE CIVILIZACIÓN: CRISIS DE PARADIGMAS	27
1 Los Estudios de Futuros: Expectativas	31
2 ¿Qué puede hacer la Educación? Primer apunte	35
3 La emergencia de un nuevo paradigma	36
3.1 ¿Paradigma o visión del mundo?	39
4 Cambio de paradigmas	41
4.1 Las grietas del paradigma clásico	41
4.2 El paradigma sistémico-complejo	44
4.3 ¿Qué supone el cambio de paradigma?	51
2. UNA NUEVA VISIÓN DEL MUNDO	57
1 El constructo psicológico de la visión del mundo	60
1.1 El trabajo pionero de Koltko-Rivera	61
1.2 Los aspectos de las visiones del mundo de Hedlund-de Witt	65
1.3 El proyecto <i>Worldview Transformation</i> del Instituto de Ciencias Noéticas	73
2 Paradigma y visión del mundo: Conclusiones	73
3 De la visión del mundo al pensamiento	75
4 Gregory Bateson y la ecología de la mente	75
5 El pensamiento del nuevo paradigma	80
6 Combinando conceptos	88
6.1 Donella H. Meadows: Los doce puntos de apoyo	88

6.2 Time-Space-Technics: El modelo sistémico de la evolución histórica de las sociedades humanas	92
3. LA EDUCACIÓN EN EL NUEVO PARADIGMA: EDUCAR EN LA VISIÓN DEL MUNDO	101
1 El problema de las educaciones "adjetivadas"	104
1.1 La "práctica disciplinaria": Gruenewald y Bowers	107
2 La educación: Un papel clave	109
3 Un papel clave, sí... pero, ¿qué papel?	111
4 Profundizando el papel de la educación	114
5 Educar en la visión del mundo	117
6 Aproximaciones para una educación en la visión del mundo	121
 Conclusiones de la Primera Parte	 130
 SEGUNDA PARTE: LA PROPUESTA DE INVESTIGACIÓN	
4. DEFINIENDO UNA PROPUESTA: LOS FUNDAMENTOS	135
1 La filosofía y el movimiento de la Ecología Profunda	143
2 La Ética del Cuidado	147
2.1 Simetrías de la ética del cuidado con el nuevo paradigma	152
2.2 La necesidad de la inclusión de la ética del cuidado en la esfera pública y en la educación	153
3 La Ecopedagogía o Pedagogía de la Tierra	156
4 La Carta de la Tierra	160
 5. EL PUNTO DE INFLEXIÓN: VER CON LOS DOS "OJOS"	167
1 ¿Cómo ver lo que no se ve?	171
1.1 La "visión imaginativa" de Scott Momaday	173
1.2 La "doble descripción" de Bateson: Ver con los dos ojos	175
2 "Ellos"... ¿realmente "ven"?	178
2.1 La metafísica de la naturaleza en las culturas nativas americanas	179
3 La visión imaginativa	183
3.1 La imaginación en la epistemología nativa americana	186
4 ¿Cómo aprendieron "ellos" a ver?	190
4.1 La confluencia entre educación indígena y la Ecología Profunda	193

4.2 "Ver con los dos ojos": Conclusiones	195
6. LOS RELATOS TRADICIONALES EN LA CONSTRUCCIÓN DE UNA VISIÓN DEL MUNDO	197
1 De mitos y mitología: Su importancia	200
1.1 Mitos e imaginación en Joseph Campbell	202
2 La construcción narrativa de la realidad	203
3 Los mitos en la construcción de culturas y civilizaciones	207
3.1 Cómo operan los mitos en la construcción cultural	209
3.2 Mito, cultura y civilización	212
4 Contextualizando: Una <i>mitología planetaria</i>	218
<i>Rainbow Warriors</i> : Los Guerreros del Arco Iris	225
7. RELATOS TRADICIONALES, IMAGINACIÓN Y EDUCACIÓN: JUSTIFICACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN	231
1 La teoría educativa de Kieran Egan	233
2 Los relatos tradicionales en la educación occidental	241
2.1 Por sus efectos en los procesos cognitivos y afectivos	242
2.2 Por sus potencialidades para el desarrollo de la visión imaginativa	244
2.3 Por su capacidad para incidir en los campos pedagógicos más diversos	249
3 Los relatos tradicionales en las culturas orales	254
4 Justificación de la investigación	267
8. LOS ANTECEDENTES: ESTADO DE LA CUESTIÓN	275
1 Otros estudios, experiencias y recursos educativos sobre los relatos míticos y tradicionales	276
1.1 El fenómeno del <i>storytelling</i>	289
2 El pensamiento sistémico-complejo en la educación	293
3 La Carta de la Tierra en la educación	303
4 Relatos tradicionales, pensamiento sistémico-complejo y Carta de la Tierra en la educación	312
Conclusiones de la Segunda Parte	317

TERCERA PARTE: LA INVESTIGACIÓN

9. FUNDAMENTACIÓN Y ENFOQUE METODOLÓGICOS	321
1 Teoría de partida e hipótesis de trabajo	323
2 Preguntas y objetivos de la investigación	324
3 Estableciendo el marco de la investigación	325
3.1 Fijando el marco de selección	328
3.2 Las fuentes documentales	329
4 Los problemas éticos: El necesario respeto intercultural	334
4.1 La validez de las adaptaciones	340
5 Enfoque metodológico	350
5.1 La reflexividad	352
5.2 Teorizar a partir de los datos	355
10. METODOLOGÍA SEGUIDA EN LA INVESTIGACIÓN	357
1 Metodología para el primer y segundo objetivos específicos	357
1.1 La selección de los relatos tradicionales	358
2 Metodología para el tercer y cuarto objetivos específicos: El análisis de contenido	361
2.1 Justificación y descripción	361
2.2 Análisis de características y establecimiento de competencias e indicadores	362
2.3 Análisis de contenido de los materiales narrativos	371
2.4 Sistemas de categorías y visión del mundo: Correspondencias	399
3 Metodología seguida para los análisis exploratorios	401
3.1 Sobre la metodología cuantitativa utilizada en la exploración	403
11. LOS RESULTADOS	409
1 Resultados para el primer y segundo objetivos específicos	414
2 Resultados para el tercer y cuarto objetivos específicos	438
2.1 Resultados del análisis de contenido sobre PSC	446
2.2 Resultados del análisis de contenido sobre VCT	449
3 Resultados de los análisis exploratorios: Quinto objetivo específico	454
3.1 Exploración 1: Culturas orales vs. Culturas escritas en PSC	455
3.2 Exploración 2: Culturas orales vs. Culturas escritas en VCT	457

3.3 Exploración 3: Regiones geográfico-culturales en PSC	458
3.4 Exploración 4: Regiones geográfico-culturales en VCT	461
4 Dos ejemplos ilustrativos	464
12. SÍNTESIS, CONCLUSIONES Y REFLEXIONES FINALES	479
1 Propuesta teórica: Educación en la visión del mundo y educación transpersonal	481
2 Propuesta práctica: Los relatos tradicionales como herramientas pedagógicas para educar en la visión del mundo	487
2.1 Conclusiones de los análisis	490
3 Implicaciones educativas	492
4 Ulteriores propuestas de investigación	497
5 Desarrollos posibles del trabajo	499
5.1 En el peor de los casos... Educación para la supervivencia	504
6 A modo de epílogo: Subversión y activismo... ¿quién lo iba a imaginar?	506
THESIS SUMMARY IN ENGLISH	513
Section 1. Research summary	517
1 The theoretical proposal: Worldview education and transpersonal education	520
2 The practical proposal: Traditional stories as educational tools for worldview education	526
Section 2. Conclusions and final reflections	533
1 Educational implications	534
2 Further research proposals	539
3 Possible developments from this work	541
3.1 In the worst-case scenario... Education for survival	545
4 Just as a postscript: Subversion and activism... Who would have imagined it?	547
REFERENCIAS	555
REFERENCIAS DE LA POBLACIÓN DE RELATOS	597

VOLUMEN 2: Anexos

ANEXOS	614
ANEXO 1. RELATOS DE LA MUESTRA: PREÁMBULO DE LA CARTA DE LA TIERRA	616
ANEXO 2. RELATOS DE LA MUESTRA: SECCIÓN I DE LA CARTA DE LA TIERRA	682
ANEXO 3. RELATOS DE LA MUESTRA: SECCIÓN II DE LA CARTA DE LA TIERRA	732
ANEXO 4. RELATOS DE LA MUESTRA: SECCIÓN III DE LA CARTA DE LA TIERRA	800
ANEXO 5. RELATOS DE LA MUESTRA: SECCIÓN IV DE LA CARTA DE LA TIERRA	868
ANEXO 6. RELATOS DE LA MUESTRA: EPÍLOGO DE LA CARTA DE LA TIERRA	952
ANEXO 7. LAS CONFESIONES DE PARZIVAL: ADAPTACIÓN DE GRIAN A. CUTANDA SOBRE EL MITO DEL GRIAL	980
ANEXO 8. LA COMUNIDAD DE LA TABLA REDONDA: ADAPTACIÓN DE GRIAN A. CUTANDA SOBRE LAS LEYENDAS DE LA TABLA REDONDA	1024

ÍNDICE DE CUADROS

(Los cuadros donde no aparece la fuente son de elaboración propia.)

Cuadro 1: Modelo de visión del mundo, con dimensiones y opciones agrupadas (Fuente: Adaptado de Koltko-Rivera, 2004, pp. 29-31)	63
Cuadro 2: Integrative Worldview Framework (IWF). Los cinco aspectos principales de las visiones del mundo (Fuente: Adaptado de Hedlund-de Witt, 2012, pp. 79-80; 2013, p. 157)	66
Cuadro 3: Descripción de las cuatro visiones del mundo ideales-típicas en el Occidente contemporáneo (Fuente: Adaptado de Hedlund-de Witt, 2014, p. 8317)	67
Cuadro 4: Visiones del mundo de la Ilustración y el Romanticismo desde el marco IWF (Fuente: Adaptado de Hedlund-de Witt et al., 2014)	69
Cuadro 5: Los cinco factores de la visión del mundo (Fuente: Adaptado de Hedlund-de Witt et al., 2014, p. 45)	70
Cuadro 6: Los tres factores de actitudes medioambientales (Fuente: Adaptado de Hedlund-de Witt et al., 2014, p. 46)	71
Cuadro 7: La evolución del patrón cultural universal (Fuente: Adaptado de Taylor, 2009, p. 18)	97
Cuadro 8: Fases de desarrollo de la Ética del Cuidado (Fuente: Adaptado de Kakkori y Huttunen, 2010, p. 18)	150
Cuadro 9: Las tres formas de las narrativas en prosa (Fuente: Adaptado de Bascom, 1965, p. 5)	326

Cuadro 10: Tipos de fuentes documentales utilizadas en la investigación	330
Cuadro 11: Proporciones de procedencia de los relatos según las fuentes	331
Cuadro 12: Tabla de competencias e indicadores para PSC	365
Cuadro 13: Tabla de competencias e indicadores para VCT	368
Cuadro 14: Distribución de los análisis de contenido realizados	372
Cuadro 15: Distribución de relatos de la muestra según las secciones de la Carta de la Tierra	374
Cuadro 16: Tabla de categorías para PSC	378
Cuadro 17: Tabla de categorías para VCT	381
Cuadro 18: Análisis PSC_1 vs. Análisis PSC_2	387
Cuadro 19: Análisis VCT_1 vs. Análisis VCT_2	387
Cuadro 20: Saturación de categorías en PSC antes de la revisión	396
Cuadro 21: Saturación de categorías en PSC después de la revisión	398
Cuadro 22: Sistema de categorías de PSC en su relación con el constructo visión del mundo	400
Cuadro 23: Sistema de categorías de VCT en su relación con el constructo visión del mundo	401
Cuadro 24: Estadísticas descriptivas de las puntuaciones en PSC y VCT (programa SPSS 17.0)	404
Cuadro 25: Valores de asimetría y curtosis de las variables (programa SPSS 17.0)	406
Cuadro 26: Valores de las pruebas K-S de las variables (programa SPSS 17.0)	406
Cuadro 27: Tipos de pruebas utilizadas en los análisis exploratorios	407
Cuadro 28: Naciones, culturas y tradiciones reflejadas en la población de relatos	415
Cuadro 29: Relación de relatos tradicionales vinculados a la Carta de la Tierra	418
Cuadro 30: Naciones, culturas y tradiciones reflejadas en la muestra de relatos	439
Cuadro 31: Relación de relatos de la muestra para el análisis de contenido	441
Cuadro 32: Análisis PSC_1: Resultados por secciones y saturación de categorías	446
Cuadro 33: Análisis PSC_2: Resultados por secciones y saturación de categorías	446
Cuadro 34: Tabla de coincidencias entre Análisis PSC_1 vs. Análisis PSC_2	447
Cuadro 35: Análisis PSC_3: Resultados por secciones y saturación de categorías	447
Cuadro 36: Resultados finales del análisis de contenido PSC	448
Cuadro 37: Análisis VCT_1: Resultados por secciones y saturación de categorías	449
Cuadro 38: Análisis VCT_2: Resultados por secciones y saturación de categorías	450
Cuadro 39: Tabla de coincidencias entre Análisis VCT_1 vs. Análisis VCT_2	450
Cuadro 40: Análisis VCT_3: Resultados por secciones y saturación de categorías	450

Cuadro 41: Resultados finales del análisis de contenido VCT	451
Cuadro 42: Estadísticas descriptivas de las puntuaciones PSC para culturas orales y culturas escritas (programa SPSS 17.0)	455
Cuadro 43: Resultados de ANOVA en la comparación de PSC entre culturas orales y culturas escritas (programa SPSS 17.0)	456
Cuadro 44: Resultados de la prueba U de Mann-Whitney en la comparación de PSC entre culturas orales y culturas escritas (programa SPSS 17.0)	456
Cuadro 45: Estadísticas descriptivas de las puntuaciones VCT para culturas orales y culturas escritas (programa SPSS 17.0)	457
Cuadro 46: Resultados de ANOVA en la comparación de VCT entre culturas orales y culturas escritas (programa SPSS 17.0)	458
Cuadro 47: Resultados de la prueba t de Student en la comparación de VCT entre culturas orales y culturas escritas (programa SPSS 17.0)	458
Cuadro 48: Estadísticas descriptivas de las puntuaciones PSC por regiones geográfico-culturales (programa SPSS 17.0)	459
Cuadro 49: Resultados de la prueba de Kruskal-Wallis en la comparación de PSC entre regiones geográficas-culturales (programa SPSS 17.0)	460
Cuadro 50: Resultados de la prueba U de Mann-Whitney en la comparación de PSC entre regiones tomadas dos a dos (programa SPSS 17.0)	461
Cuadro 51: Estadísticas descriptivas de las puntuaciones VCT por regiones geográfico-culturales (programa SPSS 17.0)	462
Cuadro 52: Resultados de ANOVA en la comparación de VCT entre regiones geográficas-culturales (programa SPSS 17.0)	462
Cuadro 53: Resultados de la prueba t de Student en la comparación de VCT entre regiones tomadas dos a dos (programa SPSS 17.0)	463

ÍNDICE DE FIGURAS

(Las figuras donde no aparece la fuente son de elaboración propia.)

Figura 1: La visión del mundo como fundamento	15
Figura 2: Interconexión de los problemas del mundo (Fuente: Adaptación de Capra y Luisi, 2014, p. 364; basado a su vez en Brown, 2008)	34
Figura 3: El Nataraja	49
Figura 4: Gráfico de distribución de subculturas en Estados Unidos (Fuente: Ray, 2009, p. 9)	59
Figura 5: Relaciones conceptuales entre creencias, valores y declaraciones de visión del mundo (Fuente: Adaptado de Koltko-Rivera, 2004, p. 5)	63
Figura 6: Modelo de las distintas influencias que han conformado los enfoques sistémicos contemporáneos y los linajes de los cuales emergieron (Fuente: Ison, 2010, p. 29)	81

Figura 7: El proceso sistémico de evolución hacia sistemas más complejos (Fuente: Adaptado de Taylor, 2009, p. 13)	95
Figura 8: Modelo sistémico de la evolución histórica de las sociedades humanas. (Fuente: Adaptado de Taylor, 2009, p. 17)	96
Figura 9: El flujo y reflujo de la educación tribal (Fuente: Adaptado de Cajete, 1994, p. 38)	192
Figura 10: Las siete fases de la vida (Fuente: Adaptado de Cavanagh, 2005, p. 238)	264
Figura 11: Las siete leyes/dones (Fuente: Adaptado de Cavanagh, 2005, p. 239)	265
Figura 12: Descripción del análisis de depuración de resultados	385
Figura 13: Sistema relacional de categorías PSC	394
Figura 14: Sistema relacional de categorías VCT	395
Figura 15: Gráfico de curva de las puntuaciones en PSC (programa SPSS 17.0)	405
Figura 16: Gráfico de curva de las puntuaciones en VCT (programa SPSS 17.0)	405
Figura 17: Distribución geográfica de naciones, culturas y tradiciones espirituales de las que proceden los relatos seleccionados: Población	416
Figura 18: Distribución geográfica de naciones, culturas y tradiciones espirituales de las que proceden los relatos seleccionados: Muestra	439

Acerca de los Anexos: Notas previas

Dada la extensión de los anexos que se ofrecen a continuación, valdrá la pena dar, previamente, algunas explicaciones al respecto.

Anexos 1 a 6

En los Anexos 1 a 6 se incluyen las traducciones y transcripciones de los 126 relatos tradicionales de la muestra que fueron examinados mediante análisis de contenido. De los 126 relatos, he traducido al castellano 114, estando ya en castellano los originales de los restantes 12 relatos. De este modo, se ofrece aquí un amplísimo material educativo para su uso en entornos educativos de habla hispana.

Los anexos cubren las seis partes en que se puede dividir la Carta de la Tierra, y los relatos se encabezan con el fragmento de la Carta que pretenden ilustrar, si bien, en algunos casos, dos o tres relatos ilustran un mismo fragmento. Para ilustrar otros fragmentos de la Carta que no figuran en estos anexos, el lector tendrá que recurrir a la lista de la población de relatos que figura en el capítulo 11 (punto 11.1, "Resultados para el primer y segundo objetivos específicos").

Antes de que el educador o educadora se adentren en la lectura de los relatos tradicionales de la muestra ofrecidos en los seis primeros anexos, convendrá advertir que, a pesar de que los relatos se han seleccionado atendiendo a su encaje con los principios y valores de la Carta de la Tierra, existen evidentemente elementos dudosos en algunos de ellos. En un reciente trabajo, Streib, Ayala y Wixted (2016) dejaban patente la agenda oculta de los cuentos de hadas de la factoría Disney (junto con Pixar) de los últimos diez años,

señalando de qué modo estos cuentos introducían subrepticamente los valores sociales del neoliberalismo en sus películas, con los valores del individualismo y la competitividad como banderas, y distorsionando la visión de las clases sociales ricas y pobres. Aunque los relatos tradicionales recopilados aquí no tienen tal agenda oculta, si conviene estar alerta frente a elementos sueltos de algunas de las narraciones en los que se pueden filtrar ideas, concepciones o valores contrarios a las necesidades morales de nuestro tiempo.

Como he señalado a lo largo de esta tesis, convendría realizar *nuevas adaptaciones* de estos relatos (manteniendo en todo momento el debido respeto intercultural) a fin de eliminar esos pequeños detalles que pueden haber por ahí dispersos. Muchos de estos elementos no he podido extraerlos de los relatos en mi condición de traductor, dado que la ética del traductor no permite abordar cambios en profundidad de los textos originales. En cualquier caso, sugiero al educador o educadora que acompañe siempre la lectura o narración de los relatos con una discusión crítica de cada uno de ellos en el ámbito del aula; de este modo, se podrán matizar los elementos éticos y morales dudosos que puedan haber por ahí sueltos, al tiempo que se refuerzan sus muchos elementos positivos.

También hay unos pocos relatos que convendría adaptar para hacerlos más asequibles y más adecuados para su utilización pedagógica. Un ejemplo de ello es el mito de Krishna y la serpiente Kaliya, extraído de los Puranas, y que en su formato original resulta extremadamente largo y pesado. Un gran parte de este texto se podría eliminar en una adaptación para usos educativos ajenos a la religión hinduista.

De cara a un futuro próximo, es un compromiso de este autor poder ofrecer adaptaciones de la mayor parte de estos relatos bien ajustadas a los principios de la Carta de la Tierra y enriquecidas en sus componentes de visión del mundo sistémico-compleja.

Anexos 7 y 8

En los Anexos 7 y 8 incluyo las dos adaptaciones de relatos escritos expresamente por el autor de esta tesis (Cutanda, 2016a y 2016b) sobre contenidos míticos de la Materia de Bretaña, concretamente sobre la leyenda de Parzival y sobre la hermandad de la Tabla Redonda. Estos dos relatos forman parte de la población de 336 relatos de la investigación, y se ofrecen aquí porque no han sido publicados y ésta sería la única forma en que el lector pudiera acceder a ellos.

En el Anexo 7, se encontrará mi adaptación de la leyenda del héroe del Grial, *Las confesiones de Parzival*, y en el Anexo 8 se encuentra *La comunidad de la Tabla Redonda*. En ambos e incluido algunos comentarios sobre las adaptaciones realizadas, así como mis primeras reflexiones sobre el uso educativo de ambos relatos.

Anexo 1

Relatos de la muestra:

Preámbulo de la Carta de la Tierra

Sección 1: Introducción

P0-01. LA RED DE INDRA

Budismo indio (Wells, 2003)

"Estamos en un momento crítico de la historia de la Tierra, en el cual la humanidad debe elegir su futuro. A medida que el mundo se vuelve cada vez más **interdependiente** y frágil, el futuro depara, a la vez, grandes riesgos y grandes promesas."

Cuando Indra, el rey de los dioses, se enteró de que Buda tenía planeado hacer uso de sus poderes para ascender a los Cielos Tushita, se puso a preparar su palacio para el Honrado por el Mundo.

Por espléndido que fuera el palacio, Indra no se daba por satisfecho, de modo que reunió cien mil millones de billones de joyas de todo tipo: diamantes, zafiros, rubíes, perlas, amatistas y muchas más, hasta que llenó el palacio con innumerables joyas, todas ellas engarzadas en una gigantesca red semejante a una tela de araña que refulgiera con los colores del arco iris. Entonces, Indra extendió la red por los techos y las paredes del gran salón del palacio, iluminándolo de pronto con un resplandor deslumbrante.

Cuando llegó Buda y entró en el gran salón del palacio de Indra, vio la resplandeciente red de joyas que lo cubría todo. Maravillándose con el brillo de la infinidad de piedras preciosas, le dijo a Indra:



—Contemplar esta gran red de hermosas joyas es ciertamente maravilloso, y refleja a la perfección la naturaleza de la realidad. En cada una de esas piedras preciosas se puede ver el reflejo de todas las demás, y en el interior de esos reflejos se ven los reflejos de todos esos reflejos hasta el infinito, hasta que cada una de las joyas se nos representa al mismo tiempo en cada una de las demás. Sin duda, ésta es la naturaleza de la realidad. Cada uno de nosotros se encuentra reflejado en cada una de las joyas, y dentro de esos reflejos se hallan también nuestros reflejos en cada una de las demás piedras preciosas. Ésa es la verdad última de la interdependencia y de la gran interpenetración universal. A cada instante, todo cuanto existe en el universo está dentro de ti, y tú estás dentro de todo cuanto existe en el universo. Aunque en cierto sentido te puedan decir que tienes una existencia

independiente, en el fondo formas parte de esa inmensa red en la que se interpenetran todas las cosas. Tú no tienes existencia propia, pues sólo puedes existir merced a la gloriosa existencia de todas las demás cosas. No te olvides nunca, por tanto, de valorar y cuidar de todo aquello en lo que te sustentas, pues constituyen una parte tan importante de ti como tú mismo.

Exultante de gozo por las palabras de Buda, Indra prometió que recordaría la gloriosa verdad de la interdependencia; y, tomando la gran red con cien mil millones de billones de piedras preciosas, la extendió por el cielo para que todo aquél que contemplara los cielos pudiera ver y comprender la gloriosa naturaleza de la realidad. Y la red brilla cada noche hasta nuestros días.¹

P0-02. LA MÁS PESADA DE LAS CARGAS

Indonesia (Brand, 1991, p. 93)

"Para seguir adelante, debemos reconocer que en medio de la magnífica diversidad de culturas y formas de vida, **somos una sola familia humana y una sola comunidad terrestre con un destino común**. Debemos unirnos para crear una sociedad global sostenible fundada en el respeto hacia la naturaleza, los derechos humanos universales, la justicia económica y una cultura de paz."

Hermoso mango, árbol de árboles.

Las raíces se lamentan: "Nosotras hacemos todo el trabajo: aspiramos el agua y mantenemos en pie el tronco. Nunca vemos a otras criaturas, ni podemos sentir el sol ni el aire fresco. ¡Qué vida más sencilla la del tronco, siempre descansando y disfrutando del aire. ¿Por qué a nosotras no se nos permite eso?"

"¿Qué tontería es ésa? —exclama el tronco— Yo me esfuerzo mucho. Tengo que resistir a los vientos, y enviar arriba y abajo alimentos a todo el mundo. Los animales desgarran mi corteza; la gente corta mis ramas; el viento gira y retuerce mi cuerpo. Las hojas son las que lo tienen más fácil, danzando alegremente bajo el sol. ¿Por qué no puedo yo ser como ellas?"

"¡Sandeces! —dicen las hojas— Nuestro trabajo es muy duro: absorbemos la energía del sol, y os damos protección frente a la lluvia y el sol. Y a nadie le importa que el viento y la lluvia nos desgarran y nos esparzan por aquí y por allí, que los animales nos coman, que la gente

¹ Fotografía de la página anterior: "Net of Indra", de Renate Dodell, licencia CC BY-ND, en Flickr.com.

nos quememe... ¡Cuánto daríamos por ser como las frutas, que engordan y maduran sin tener que hacer nada!"

"¡Eso es mentira! —dicen las frutas— Nosotras hacemos más que nadie. Nos comen, y ése es el motivo por el cual se valora al árbol y se le deja crecer. ¡Nosotras protegemos al árbol! No tiene nada de divertido que te coman los insectos, los pájaros, los animales y la gente. Mordidas, pisoteadas, cortadas en rodajas, encurtidas, horneadas, asadas... La semilla es la que mejor lo pasa. No hace más que descansar dentro de nosotras, para luego descansar en la tierra."

"¡Callaos! —dice la semilla, olvidada a los pies del árbol— No discutáis, pues eso nos debilita a todas. Todas vosotras trabajáis muy duro para hacerme a mí. Pero pensad por lo que yo tengo que pasar: me tengo que resquebrajar para dejar salir la simiente... para crearos de nuevo a todas vosotras..."

Llega una mujer. El árbol guarda silencio.

¿Sabe alguien si el resto del árbol está de acuerdo con la semilla?

¿Tú qué opinas?

P0-03. CIELO O INFIERNO

Judaísmo jasídico - Lituania (Kranc, 2004, pp. 108-109)

"En torno a este fin, es imperativo que nosotros, los pueblos de la Tierra, **declaremos nuestra responsabilidad unos hacia otros**, hacia la gran comunidad de la vida y hacia las generaciones futuras."

El rabí Jaim de Romshishok era un predicador itinerante, que iba de pueblo en pueblo dando sermones que resaltaban la importancia del respeto a nuestros semejantes. Con frecuencia, comenzaba sus charlas con la siguiente historia:

—En cierta ocasión ascendí a los firmamentos. En primer lugar, me fui a ver el Infierno, y lo que vi me horrorizó. Hileras y más hileras de mesas dispuestas con bandejas llenas de suntuosos manjares, pero la gente que se sentaba en torno a las mesas estaban pálidas y demacradas, gimiendo de hambre. Cuando me acerqué, comprendí su situación. Cada persona tenía una cuchara llena de alimento, pero tenían los brazos entablillados con listones de madera de tal modo que no podían doblar los codos para llevarse la comida a la boca. Me rompió el corazón escuchar los lamentos de aquella pobre gente, que veían tan cerca la comida y, sin embargo, no podían llevársela a la boca.

»Después hice una visita al Cielo, y me sorprendió mucho ver la misma disposición que había visto en el Infierno: hileras y más hileras de mesas llenas de comida. Pero, a diferencia del Infierno, a la gente del Cielo se la veía feliz, charlando unas con otras, con el apetito saciado, obviamente, con aquellos suntuosos manjares. Al acercarme, me sorprendió descubrir que, también aquí, todas las personas tenían los brazos entablillados con listones de madera que les impedían doblar los codos. Pero, entonces, ¿cómo se las arreglaban para comer?

»Mientras las observaba, un hombre tomó su cuchara y la sumergió en el plato que tenía delante de él, ¡para luego extender el brazo a través de la mesa y dar de comer a la persona que tenía enfrente! El receptor de tal gesto de amabilidad le daba las gracias y le devolvía el favor, dando de comer a su vez a su benefactor a través de la mesa.

»Y entonces lo comprendí. Tanto el Cielo como el Infierno ofrecen las mismas circunstancias y condiciones, pero la gran diferencia estriba en la forma en que las personas se tratan unas a otras.

»Me fui corriendo de vuelta al Infierno para compartir esta solución con las pobres almas atrapadas allí, y le susurré la idea a un hombre que estaba muerto de hambre: "¡No tienes por qué pasar hambre! —le dije— Utiliza la cuchara para dar de comer a tu vecino de enfrente y, seguramente, él te devolverá el favor y te dará de comer".

»"¿Y esperas que le dé de comer a mi detestable vecino de enfrente? —me contestó el hombre enfurecido— ¡Antes paso hambre que le doy un placer a ése!"

»Entonces comprendí la sabiduría de Dios cuando decide quién es digno de ir al Cielo y quién merece ir al Infierno.»

La diferencia entre el Cielo y el Infierno no estriba en que sean lugares diferentes, sino en la forma en que se tratan unos a otros.

Sección 2: La Tierra, nuestro hogar

P1-04. LA MUJER BÚFALO BLANCO

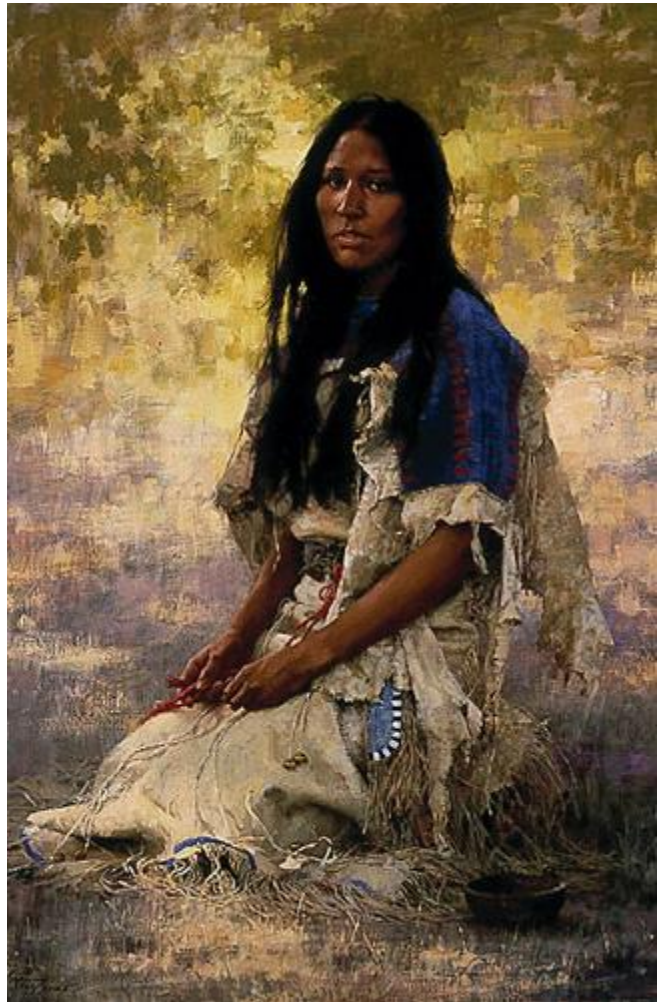
Sioux lakota (Brown, 1989, pp. 3-9)

"La humanidad es parte de un vasto universo evolutivo. La Tierra, nuestro hogar, está viva con una comunidad singular de vida."

Una mañana temprano, hace muchos, muchos inviernos, dos jóvenes lakotas salieron a cazar con sus arcos y flechas; y, mientras se encontraban en una colina oteando en busca de presas, vieron en la distancia que algo se dirigía hacia ellos de una manera extraña y maravillosa. Cuando aquel algo misterioso estuvo más cerca, vieron que se trataba de una hermosa mujer, cubierta con una piel de búfalo blanco y cargada con un fardo a la espalda. Pero aquella mujer era tan hermosa que uno de los lakotas engendró malas intenciones en su mente. Le habló de sus deseos a su compañero, pero el otro, un buen hombre, le dijo que no debía albergar tales pensamientos y que, además, aquella debía ser una mujer *wakan*, una mujer sagrada. La misteriosa persona se hallaba ahora muy cerca de los hombres y, dejando su fardo en el suelo, le dijo al que tenía malas intenciones que se acercara a ella. Cuando el joven se acercó a la misteriosa mujer, ambos quedaron envueltos en una nube y, cuando la nube se levantó, la mujer seguía allí de pie, mientras que el hombre de las malas ideas no era más que un montón de huesos roídos por unas terribles serpientes.

—¡No olvides lo que has visto! —le dijo la extraña mujer al joven bueno— He venido a tu pueblo y deseo hablar con tu jefe *Hehlokecha Najin* [Cuerno Hueco]. Vuelve hasta él y dile que prepare un gran tipi en el cual pueda congregarse a todo su pueblo, y preparaos para mi llegada. ¡Quiero contaros algo de gran importancia!

El joven regresó y se fue directamente al tipi del jefe, y le contó lo que había sucedido: que aquella mujer *wakan* iba a ir a visitarles, y que debían prepararse. El jefe, Cuerno Hueco, ordenó que desmontaran varios tipis para construir después con ellos una gran cabaña, tal como la mujer sagrada había ordenado. A continuación, ordenó a un hombre que fuera a decirle a todo el pueblo que se pusieran sus mejores ropas de ante y que acudieran de inmediato a la cabaña. Claro está que toda la gente estaba muy emocionada mientras esperaban la llegada de la mujer sagrada, y todo el mundo se preguntaba de dónde vendría aquella misteriosa mujer y qué querría contarles.



Algunos de los hombres jóvenes, que estaban oteando el horizonte esperando la llegada de la persona *wakan*, anunciaron que veían algo en la distancia aproximándose a ellos de una manera ciertamente hermosa, y de repente la mujer entró en la cabaña y recorriéndola en la misma dirección en la que el sol cruza el cielo se detuvo finalmente frente a Cuerno Hueco. Se desprendió del fardo que llevaba a la espalda y, sosteniéndolo con ambas manos delante del jefe, dijo:

—¡Contemplad esto y amadlo por siempre! Es *lela wakan* [muy sagrado], y deberéis tratarlo como tal. A ningún hombre impuro se le deberá permitir jamás contemplarlo, pues dentro de este fardo hay una pipa sagrada. Durante los inviernos que vendrán, enviaréis con ella vuestras voces a *Wakan Tanka*, vuestro Padre y Abuelo.

Después de decir esto, la misteriosa mujer sacó del fardo una pipa, así como una piedra pequeña y redonda que depositó en el suelo. Sosteniendo la pipa de tal modo que la embocadura apuntaba a los cielos, la mujer dijo:

—Con esta pipa sagrada caminaréis sobre la Tierra, pues la Tierra es vuestra Abuela y Madre, y es sagrada. Cada paso que deis sobre Ella deberá ser como una oración. La cazoleta de esta pipa está hecha de una piedra roja; esa piedra es la Tierra. Tallado en la piedra y mirando hacia el centro hay un ternero de búfalo, que representa a los seres de cuatro patas que viven sobre vuestra Madre. La embocadura de la pipa es de madera, y representa a todo cuanto brota y crece de la Tierra. Y estas doce plumas que cuelgan de aquí, donde la embocadura se inserta en la cazoleta, son de *Wanbli Galeshka*, el Águila Moteada, y representan al águila y a todos los seres alados. Todos estos pueblos, y todo cuanto existe en el universo, se unirán a vosotros cuando fuméis la pipa; todos enviarán sus voces a *Wakan Tanka*, el Gran Espíritu. Cuando oréis con esta pipa, oraréis por todos ellos y con todos ellos.

La mujer *wakan* tocó entonces la piedra redonda que estaba en el suelo con la base de la pipa, y dijo:

—Con esta pipa estaréis vinculados con todos vuestros parientes: con vuestro Abuelo y Padre, con vuestra Abuela y Madre. Esta piedra redonda, que está hecha de la misma piedra roja que la cazoleta de la pipa, os la da también vuestro Padre *Wakan Tanka*. Esta piedra es la Tierra, vuestra Abuela y Madre, y es en ella en quien viviréis y creceréis. Esta Tierra que Él os ha dado es roja, y los seres de dos patas que viven sobre la Tierra son rojos; y el Gran Espíritu os ha dado también un día rojo y un camino rojo. ¡Todo esto es sagrado y no deberéis olvidarlo! Cada amanecer es un acontecimiento sagrado, y cada día es sagrado, pues la luz procede de vuestro Padre *Wakan Tanka*; y también deberéis recordar siempre que todos los pueblos de dos patas y todos los demás pueblos que viven sobre esta tierra son sagrados y deben ser tratados como tal.

»A partir de ahora, la pipa sagrada se hallará sobre esta Tierra roja, y los de dos patas tomarán la pipa y enviarán sus voces a *Wakan Tanka*. Estos siete círculos que veis en la piedra tienen un gran significado, pues representan los siete ritos en los cuales deberéis utilizar la pipa. Este primer círculo representa el primer ritual que os daré, y los otros seis círculos representan los otros seis ritos, que os serán revelados directamente a su debido tiempo. ¡Cuerno Hueco, sé bueno con estos dones y con tu pueblo, pues todos ellos son *wakan*! Con esta pipa, los de dos patas crecerán, y vendrá a ellos todo lo que es bueno.



Desde arriba, *Wakan Tanka* os ha dado esta pipa sagrada, para que a través de ella podáis obtener conocimiento. ¡Por este gran don deberéis estar siempre agradecidos! Pero, ahora, antes de partir, quiero instruiros en el primer rito en el cual vuestro pueblo utilizará esta pipa.

»Deberá ser para vosotros un día sagrado el día en que alguien de vuestro pueblo muera. Entonces, deberéis conservar su alma tal como os voy a enseñar, y con ello obtendréis mucho poder; pues, si conserváis su alma, ésta alimentará en vosotros vuestra preocupación y vuestro cariño por vuestros vecinos. En la medida en que la persona, en su alma, se mantenga cerca de su pueblo, a través de ella podréis enviar vuestras voces a *Wakan Tanka*.

»También será sagrado el día en que se libere un alma y regrese a su hogar, *Wakan Tanka*, pues en ese día cuatro mujeres se convertirán en sagradas y parirán con el tiempo niños y niñas que recorrerán el sendero de la vida de una manera sagrada, estableciendo un ejemplo para vuestro pueblo. Miradme bien, pues soy yo lo que esos niños y niñas llevarán en su boca, y es a través de esto que se convertirán en *wakan*.

»Aquella persona que conserva el alma de otra persona tiene que ser buena y pura, y deberá usar la pipa de tal modo que todo el pueblo, con el alma, envíen juntos sus voces a

Wakan Tanka. El fruto de vuestra Madre la Tierra y el fruto de todo cuanto da fruto será bendecido de esta manera, y vuestro pueblo recorrerá el sendero de la vida de una manera sagrada. No olvidéis que *Wakan Tanka* os ha dado siete días en los cuales enviar vuestras voces a Él. Mientras recordéis esto viviréis; el resto lo sabréis directamente de *Wakan Tanka*.»

Entonces, la mujer sagrada se dispuso a partir; pero, volviéndose de nuevo hacia Cuerno Hueco, dijo:

—¡Mira bien esa pipa! Recuerda siempre cuán sagrada es, y trátala como tal, pues te llevará hasta el final. Recuerda, en mí hay cuatro edades. Ahora me voy, pero me volveré para miraros en cada una de esas edades, y al final regresaré.

Y recorriendo la cabaña en la dirección en la que se mueve el sol, la misteriosa mujer partió; pero, después de recorrer una corta distancia, se volvió a mirar a la gente y se sentó. Cuando se levantó de nuevo, la gente se sorprendió al ver que se había convertido en una ternera de búfalo parda y rojiza. La ternera siguió alejándose un trecho más, y se echó en el suelo; rodó sobre él y se volvió a mirar a la gente, y cuando se levantó se había convertido en un búfalo blanco. El búfalo blanco se alejó otro trecho más y rodó de nuevo por el suelo, convirtiéndose esta vez en un búfalo negro. El búfalo negro se alejó aún más de la gente, se detuvo y, después de inclinar la cabeza ante las cuatro direcciones del universo, desapareció sobre la colina.²

P1-05. ESSARYE

Kuna Tulé - Panamá/Colombia (Rocha Vivas, 2010, p. 467)

"Las fuerzas de la naturaleza promueven a que la existencia sea una aventura exigente e incierta, pero **la Tierra ha brindado las condiciones esenciales para la evolución de la vida.**"

El bejuco sube ondeando por los tallos de los grandes árboles —decía Nakekiryai— y desde las alturas empieza a llorar, a gemir *nanapipiye, nanapipiye*, y la madre, la gran Madre Tierra le grita desde abajo, *essarye* (ven a mis brazos hijo mío), y el bejuco cae confiado y silencioso sobre la Madre Tierra.

La Madre Tierra da confianza a todo, es la serenidad de lo creado por Papa. Por eso, cuando el bejuco cae a tierra se vuelve duro, resistente porque ya la Madre le ha dado el

² Imagen en este relato: "Woman of the Sioux" y "Profile of Wisdom", obras de Howard Terpning, en FirstPeople.us

beso, la consistencia entre sus brazos. Así venimos todos nosotros, así nos movemos todos —cantaba Nakekiryai—, todos venimos de Sappipeneka, desde allá arriba empezamos a llorar, a gritar *mupipiye, mupipiye, nanapipiye*; buscamos seguridad, buscamos confianza. Y nuestra gran Madre Napkuana nos ha gritado *essarye*, «ven hija, ven hijo a mis brazos».

Nuestra gran Madre Tierra nos ofreció sus pechos, nos respondió *essarye*. Cada vez que lloramos allá el Sappipeneka, ella nos dispuso a bajar, dándonos confianza, y así llegamos a su seno... Lloramos cuando somos niños, y nuestra Madre nos irá conociendo de acuerdo a nuestros lloros.

(Palabras atribuidas al gran Nele Olonakekiryai.)

P1-06. LA LEYENDA DEL CEDRO

Cheroqui (Fox, 2012)

"La capacidad de recuperación de la comunidad de vida y el bienestar de la humanidad dependen de la preservación de una biosfera saludable, con todos sus sistemas ecológicos, una rica variedad de plantas y animales, tierras fértiles, aguas puras y aire limpio."

Hace mucho tiempo, cuando el pueblo cheroqui era nuevo en la tierra, pensaron que la vida sería mucho mejor si nunca hubiera noches, de modo que le imploraron al Ouga [Creador] que hiciera que siempre fuera de día, y que no hubiera oscuridad.

El Creador escuchó sus voces e hizo que cesara la noche, y que fuera de día todo el tiempo. No mucho después, los bosques se hicieron impenetrables debido a la espesa maleza, y se hacía muy difícil caminar y encontrar los senderos. La gente trabajaba en las huertas durante demasiadas horas, arrancando malas hierbas de entre las plantas de maíz y demás plantas comestibles. Hacía calor, mucho calor, y todo continuaba igual día tras día. A la gente les resultaba cada vez más difícil conciliar el sueño, y eso hizo que se les agriara el carácter y se pusieran a discutir por cualquier nimiedad.

No paso mucho tiempo antes de que la gente se diera cuenta de que habían cometido un error y, una vez más, le imploraron al Creador:

—Por favor, hemos cometido un error al pedirte que fuera de día todo el tiempo. Ahora pensamos que debería ser de noche todo el tiempo.

El Creador meditó la nueva petición, y pensó que quizás la gente tuviera razón, aunque él había creado las cosas por pares... el día y la noche, la vida y la muerte, el bien y el

mal, épocas de abundancia y épocas de penurias. Pero el Creador amaba a la gente, y decidió que fuera de noche todo el tiempo, tal como le habían pedido.

El día cesó, y la noche cayó sobre la tierra. No pasó mucho tiempo antes de que las cosechas dejaran de crecer, y empezó a hacer mucho frío. La gente pasaba gran parte de su tiempo recogiendo leña para el fuego. No podían ver a los animales cuando iban a cazar y, sin las cosechas, no tardaron mucho tiempo en empezar a pasar frío, y en sentirse débiles y hambrientos. Muchas personas murieron.

Aquéllas que aún quedaban se reunieron de nuevo y le suplicaron al Creador:

—¡Ayúdanos, Creador! —gritaron— Hemos cometido un terrible error. Tú habías hecho el día y la noche perfectos, y así debía ser desde el principio. Te pedimos que nos perdones y que hagas el día y la noche tal como eran antes.

Y, una vez más, el Creador escuchó la petición del pueblo. El día y la noche volvieron, tal como la gente había pedido, y tal como había sido en un principio. Cada día se dividió entre la luz y la oscuridad. El clima se hizo más agradable, y las cosechas comenzaron a crecer de nuevo. Había animales en abundancia y la caza era buena. La gente tenía abundante comida, y se redujeron mucho las enfermedades. Las personas se trataban con compasión y respeto unas a otras, y se sentían bien por el hecho de estar vivas. El pueblo le dio las gracias al Creador por la vida que les había otorgado y por los alimentos que recibían a diario.

El Creador aceptó la gratitud del pueblo, y estaba encantado de verles sonreír de nuevo. Sin embargo, durante la época de la larga noche, muchas personas habían fallecido, y el Creador lamentaba que hubiera muerto por causa de la noche. El Creador puso sus espíritus en un árbol recién creado. Ese árbol recibió el nombre de *a-tsi-na tlu gv* (*aj-si-na lu-guh*); era el cedro.



Cuando percibes el aroma del cedro o lo ves elevarse en el bosque, recuerda que, si eres un *tsalagi* (cheroqui), estás contemplando a un antepasado tuyo.

La tradición dice que la madera del cedro alberga poderosos espíritus protectores para los cheroquis. De hecho, muchos cheroquis llevan un pedacito de madera de cedro en las bolsas medicinales que portan colgando del cuello. También las ponen en las entradas de las casas para protegerlas y que no entren espíritus malvados, y los tambores tradicionales se hacen asimismo de madera de cedro.

¿Cree en estas cosas el autor? Bueno, digamos que hay un trozo de madera de cedro en mi bolsa medicinal, y que la llevo a todas partes. El Creador no hizo a la gente porque se sintiera solo, sino porque quería derramar su generosidad y su amor sobre las personas. Acepta las bendiciones y los dones otorgados, y da siempre las gracias por ellos.³

P1-07. EL SECRETO DEL SUEÑO

*Aborigen australiano (Poulter, 1988)*⁴

"El medio ambiente global, con sus recursos finitos, es una preocupación común para todos los pueblos. **La protección de la vitalidad, la diversidad y la belleza de la Tierra es un deber sagrado.**"

Hubo un tiempo en que no había nada, nada salvo el Espíritu de Toda Vida. Durante mucho tiempo no hubo nada. Entonces, en la mente del Espíritu de Vida ...un Sueño comenzó.

En la oscuridad del vacío hubo un sueño de Fuego, y el color del Fuego resplandeció en la mente del Gran Espíritu. Luego vino un Sueño de Viento, y el Fuego danzó y se arremolinó en la mente del Espíritu de Vida. Luego llegó un Sueño de Lluvia; y, durante mucho tiempo, la batalla del Fuego, el Viento y la Lluvia se propagó con furia en el Sueño. Y al Gran Espíritu le gustó el Sueño, de modo que el Sueño continuó.

Después, cuando decayó la batalla entre el Fuego, el Viento y la Lluvia, vino un Sueño de Tierra y Cielo, y de Tierra y Mares. Y, durante mucho tiempo, este Sueño continuó.

El Gran Espíritu comenzó a cansarse del Sueño, pero quería que el Sueño continuara. De modo que infundió de vida al Sueño para hacerlo real, y para que los Espíritus Creadores continuaran el Sueño.

³ Foto en este relato: "Old *Cedrus deodara*", de Paul Evans, licencia CC BY, en Wikimedia Commons.

⁴ Ésta es la versión que utilicé en el análisis de contenido. Sin embargo, posteriormente encontré una versión mejor (Walking Wolf, 2009), en la que en lugar de "Hombre", el autor utiliza "el hombre y la mujer" y "la mujer y el hombre" de forma alterna. Ésta es la versión que utilicé en el vídeo que edité sobre este mito.

Y así, el Espíritu de Vida envió el Secreto del Sueño al mundo con el Espíritu de Barramundi, que es el Pez. Y Barramundi se sumergió en las serenas profundidades de las aguas, ...y se puso a Soñar. Barramundi soñó con olas y con arena húmeda, pero Barramundi no comprendió el Sueño y quería soñar solo con las serenas profundidades de las aguas.

De modo que Barramundi le pasó el Secreto del Sueño al Espíritu del Currikee, que es la Tortuga. Y Currikee emergió de las olas y fue a la húmeda arena ...y se puso a Soñar. Currikee soñó con rocas y con el cálido sol, pero Currikee no comprendió el Sueño, y quería soñar solo con las olas y la arena húmeda.

De modo que Currikee le pasó el Secreto del Sueño al Espíritu del Bogai, que es el Lagarto. Y Bogai trepó a una roca y sintió el cálido sol en su lomo, ...y se puso a Soñar. Bogai soñó con el viento y con el cielo abierto, pero Bogai no comprendió el Sueño, y quería soñar solo con las rocas y el cálido sol.

De modo que Bogai le pasó el Secreto del Sueño al Espíritu del Bunjil, que es el Águila. Y Bunjil se elevó en el cielo y sintió el viento en sus alas, ...y se puso a Soñar. Bunjil soñó con los árboles y con el cielo nocturno, pero Bunjil no comprendió el Sueño, y sólo quería soñar con el viento y el cielo abierto.

De modo que Bunjil le pasó el Secreto del Sueño al Espíritu del Coonerang, que es el Pósum. Y Coonerang trepó a un árbol, y contempló el cielo nocturno, ...y se puso a Soñar. Y Coonerang soñó con extensas llanuras y hierbas amarillas, pero Coonerang no comprendió el Sueño, y solo quería soñar con árboles y con el cielo nocturno.

De modo que Coonerang le pasó el Secreto del Sueño al Espíritu del Canguro. Y Canguro se puso en



pie y contempló las llanuras de amarillas hierbas ...y se puso a Soñar. Canguro soñó con música, y canciones y risas, pero Canguro no comprendió el Sueño, y solo quería soñar con extensas llanuras y hierbas amarillas.

De modo que Canguro le pasó el Secreto del Sueño al Espíritu del Hombre. Y el Hombre recorrió la tierra y vio todas las obras de la creación. Escuchó el canto de los pájaros al amanecer y contempló el rojo sol en el ocaso, ...y se puso a Soñar. El Hombre soñó en compartir la música de las aves al amanecer, la danza del emu y el ocre rojizo del sol poniente, y soñó también con la risa de los niños.

Y el Hombre comprendió el Sueño. De modo que continuó y soñó con todas las cosas que se habían soñado antes. Y soñó con las serenas profundidades de las aguas, con las olas y la arena húmeda, con las rocas y el cielo abierto, con los árboles y el cielo nocturno, con las llanuras y las amarillas hierba.

Y el Hombre supo a través del Sueño, que todas las criaturas eran sus primas en el espíritu ...y que él tenía que proteger sus Sueños. Y soñó en cómo le contaría estos secretos a su hijo que aún no había nacido. Y, entonces, el Gran Espíritu supo que, al fin, el Secreto del Sueño estaba a salvo.

Y, exhausto por el Sueño de la Creación, el Espíritu de Vida se sumergió en la tierra para descansar. De tal modo que, ahora, cuando los espíritus de todas las criaturas se cansan, se unen al Espíritu de Vida en la Tierra.

Y es por esto que la Tierra es sagrada y que el Hombre debe ser su Cuidador.⁵

P1-08. AMOR A LAS CRIATURAS, DE FRANCISCO DE ASÍS

Tradición cristiana (Anónimo, 2006, párrafo 88)

Cuando se lavaba las manos, escogía un lugar donde el agua de las abluciones no fuera luego pisada. Cuando tenía que caminar sobre las piedras, su paso era tímido y respetuoso por amor de aquel que es llamado piedra.

Si recitaba el pasaje del salmo: Me pusiste en alto sobre la roca; por reverencia y devoción lo cambiaba, diciendo: "Bajo los pies de la roca me has levantado". Al hermano que hacía leña para el fuego le recomendaba que no cortase el árbol entero, sino una parte tan sólo, para que continuara viviendo la planta. Esto mismo mandó a un hermano del lugar donde él residía.

⁵ Fotografía en este relato: "Aboriginal Art", de Alan Levine, licencia CC BY, en Flickr.com.

Al hermano que cultivaba el huerto le decía que no dedicara todo el terreno al cultivo de verduras comestibles, sino que reservara parte de él, para que produjera hierba verde y a su tiempo las hermanas flores. Más aún: decía que el hermano hortelano debía tener en algún lugar del huerto un hermoso jardín donde cultivase toda clase de hierbas aromáticas y de plantas de bellas flores, a fin de que en su estación invitasen a la alabanza de Dios a cuantos las contemplasen, porque toda criatura dice y proclama: "Es Dios quien me creó para ti, ¡oh hombre!"

Nosotros que hemos vivido con él hemos podido apreciar cómo hallaba en casi todas las criaturas un motivo de alegría íntima, que se manifestaba interiormente; cómo las acariciaba y las contemplaba amorosamente como si su espíritu estuviera no en la tierra, sino en el cielo. Y es verdadero y manifiesto que, a causa de los muchos consuelos que había recibido y recibía en las criaturas de Dios, compuso poco antes de su muerte unas Alabanzas del Señor por sus criaturas, para mover los corazones de los que las escuchasen a la alabanza de Dios y a fin de que el Señor fuera alabado por todos en sus criaturas.

P1-09. LA LEYENDA DE LA CREACIÓN DEL PUEBLO YUP'IK

Yup'ik Eskimo - Alaska (Dalton, 1999)

Cuervo sobrevoló las aguas preguntándose qué podría comer. Éste era un pensamiento habitual en él. Pero estaba cansado de pescar, y decidió que ya era hora de hacer algo más interesante.

Se acercó volando hasta Foca y le gritó:

—Foca, ¿no te cansa estar nadando sin cesar? ¿No te gustaría poder echarte sobre algo sólido y descansar?

A lo que Foca le contestó, evidentemente, que sí.

—Pues entonces intenta llegar al fondo del mar y tráete un poco de barro para que podamos hacer la tierra —dijo Cuervo.

Foca se sumergió y descendió más y más bajo las aguas; pero, antes de que pudiera alcanzar el fondo, se dio cuenta de que se iba a quedar sin aire y dio la vuelta. Foca se disculpó ante Cuervo, que la comprendió. Después, Cuervo se fue a buscar a Rata Almizclera.

—Rata, ¿podrías sumergirte hasta el fondo del mar y traerte un puñado de barro? Vamos a hacer un poco de tierra.

Rata Almizclera se sumergió también y descendió más y más, todo cuanto pudo, pero ni siquiera pudo llegar tan lejos como Foca, de modo que regresó y se disculpó ante Cuervo, que la comprendió.

Cuervo recorrió el mar en busca de algún animal que pudiera llegar hasta el fondo y traer un poco de barro. Ya empezaba a pensar que no iba a encontrar un animal así cuando Castor se sumergió y descendió a toda velocidad, impulsándose con su potente cola hasta el fondo del océano. Allí recogió todo el barro que pudo y lo subió a la superficie.

—¡Magnífico! —exclamó Cuervo.

Cuervo le preguntó entonces a Tortuga si le dejaría poner el barro sobre su lomo para convertirse así en la tierra, y Tortuga accedió sin dudarle un instante. A medida que la isla en la que se había convertido Tortuga iba creciendo, Cuervo iba de aquí para allá creando plantas y montañas, ríos y arroyos. Foca se puso a descansar en sus playas, y Rata Almizclera y Castor se fueron a vivir a sus ríos y arroyos.

Un día en que Cuervo iba sobrevolando la playa, se encontró con una vaina extraña en la orilla. Era bastante grande, de hecho era mucho más grande que Cuervo, de modo que Cuervo descendió de inmediato para inspeccionarla. Pero, mientras daba saltos por la arena para acercarse a ella, la vaina se desgarró y una extraña criatura salió de ella. Cuervo observó con mucho interés a la criatura. Era ciertamente extraña, y no se parecía a ninguna otra que hubiera visto antes.

Cuervo se acercó aún más cuando vio que se movía. Aquella cosa se desperezó y se estiró por aquí y por allá hasta que se puso de pie sobre sus piernas, que eran muy largas. Mirando a su alrededor, la criatura preguntó:

—¿Qué estoy haciendo aquí?

Cuervo se quedó muy perplejo con aquella pregunta.

Hasta donde él podía recordar, todas las criaturas sabían lo que estaban haciendo en el lugar donde estaban. No hacía falta hacerse esa pregunta. Pero Cuervo estaba tan encantado con la criatura que decidió que iba a ayudarla.



—Estás aquí para ser —le dijo Cuervo.

—¿Ser qué? —preguntó la criatura.

—Ser tú mismo —respondió Cuervo.

—¿Y quién soy yo? —preguntó la criatura.

Cuervo ladeó la cabeza bastante asombrado. La pregunta de la criatura le había provocado un escalofrío. Nunca antes, ningún animal se había pensado a sí mismo como un "quien". Todos se habían identificado a sí mismos como "ques". Cuervo no quería pasar por mezquino, pero tenía que admitir que la mayoría de los animales ya le aburrían. No pensaban en otra cosa que en comer y dormir. Cuervo tenía, por otra parte, muchos y diferentes pensamientos, pero no tenía con quién compartirlos, nadie que fuera un "quien".

—Bueno —dijo Cuervo después de pensárselo un poco—, tú eres un ser humano.

La criatura, el humano, se mostró moderadamente impresionado con aquella revelación, pero no muy impresionado. Cuervo sabía que lo que había dicho no era suficiente, de modo que siguió pensando. Quería que el humano comprendiera en qué se diferenciaba del resto de animales; es decir, el hecho de que fuera algo más que un "que", que era un "quien". Pero, ¿cómo podría transmitirle aquello al humano? Al final, le dijo:

—Tú eres un ser humano. Tu forma es humana, esa parte de ti que tiene el aspecto que tiene y se mueve de la forma que se mueve. Es la parte física de quién eres, pero no lo es todo en ti. Al preguntar quién eres demuestras que sabes que eres algo más que tu forma, algo más que una cosa física. Ese algo más es el ser. Es tu seridad lo que te hace diferente, lo que te hace especial.

El ser humano sonrió.

Al cabo de un rato, el ser humano dijo la primera cosa importante:

—Tengo hambre.

«Bueno —pensó Cuervo—, tenía que pasar tarde o temprano que tuviera hambre». Cuervo le mostró al ser humano unas bayas, y éste se puso a comer y comer. Pero Cuervo sabía que aquello no le duraría demasiado. A algo que es un ser le agrada la variedad, como al Cuervo. De modo que Cuervo se fue a un río y moldeó un par de montones de barro. Mientras el ser humano le miraba, Cuervo pasó una de sus alas sobre los montones de barro, y estos cobraron vida y se escabulleron. El ser humano se puso muy nervioso.

—¡Cázalos! ¡Puedes comértelos! —dijo Cuervo.

El ser humano salió corriendo, intentando pillar a aquellas pequeñas criaturas. Regresó al cabo de un rato, masticando ruidosamente ratones y musarañas. Pero Cuervo se

percató de que ni siquiera aquello sería suficiente, de modo que hizo unos montones de barro más grandes y, después de pasar el ala sobre ellos, les dio una patada y los envió al agua.

—¡Píllalos! ¡También puedes comértelos!

Y, una vez más, el ser humano salió corriendo para meterse chapoteando en el río.

—¡No, no! —le gritó Cuervo— Para pillar a éstos tendrás que ser paciente. Los peces son más rápidos que tú en el agua. Pero, si esperas pacientemente, si esperas muy quieto, se olvidarán de que estás ahí y podrás pillarlos cuando se acerquen.

El ser humano le dio las gracias a Cuervo y, al cabo de un rato, estaba masticando peces.

No mucho tiempo después, el ser humano dijo la segunda cosa importante:

—Tengo frío.

Cuervo reflexionó durante unos instantes y volvió al río, e hizo un gran montón de barro. Después, se acercó a un sauce y tomó de él cuatro largas y delgadas ramas, y las clavó en el montón de barro. Tras pasar sobre él el ala, el montón de barro se convirtió en un caribú, que saltó sobre sus largas patas y salió zumbando.

—Para pillar a éste vas a tener que ser rápido y fuerte. Y tienes que ser muy listo. Aunque eres rápido y fuerte, no eres lo suficientemente rápido y fuerte como para pillar al caribú así como así. Vas a necesitar herramientas. Y tendrás que saber cómo se mueve el caribú para poder saber dónde va a estar cuando tu arma le alcance. Te va a suponer un gran esfuerzo, pero puedes hacerlo. Y, cuando lo hagas, podrás tomar su piel para calentarte.

El ser humano le dio las gracias a Cuervo y, una vez más, al cabo de un rato, estaba caliente.

Al cabo de no mucho tiempo, el ser humano le dijo a Cuervo:

—Me siento solo.

Al principio, Cuervo se sintió ofendido. ¿Acaso él no era una compañía suficientemente interesante? Pero Cuervo no tardó en comprenderle: el humano no tenía una compañía tan grande como él mismo.

Cuervo regresó otra vez al río e hizo otro montón de barro, mientras miraba al ser humano intentando moldearlo a semejanza de él. Estaba a punto de pasarle el ala por encima cuando, de repente, se detuvo. Aquel nuevo humano necesitaría también una seriedad. Miró al humano y se dio cuenta de que tenía un brillo en los ojos.

«¡Ajá!», pensó Cuervo, y remontándose en el cielo arrancó una estrella. Puso la estrella en la frente del nuevo ser humano y le pasó el ala por encima.

El nuevo ser humano se puso de pie y miró al hombre. Se miraron el uno al otro, pero eran diferentes. Al principio, Cuervo se sintió culpable por no haber sido capaz de hacer un nuevo ser humano idéntico al que ya tenía, pero los dos seres humanos lo tranquilizaron diciéndole que todo estaba bien, y que les gustaban las diferencias que habían entre ellos.



Entonces, Cuervo tuvo una idea, e hizo que los dos seres humanos tuvieran el poder de crear a otros como ellos mismos. Cuando los dos seres humanos estaban cerca uno del otro, su seriedad, las estrellas dentro de ellos, se hacían más intensas y brillantes. Cuervo le llamó a eso amor y, cuando el amor era lo suficientemente intenso, el amor hacía un nuevo ser y éste crecía en la mujer hasta que tenía su propio cuerpo.

El hombre y la mujer le dieron las gracias a Cuervo y, al cabo de un tiempo, ya eran una gran familia.

La familia no tenía un lugar donde vivir, de modo que Cuervo les enseñó cómo Castor y Rata Almizclera hacían sus casas. No mucho después había un pequeño poblado lleno de casas, y Cuervo se puso a hacer más caribús y peces.

Pero, no mucho después, los seres humanos estaban tomando muchas más cosas de las que necesitaban. Cuervo intentó hablar con ellos, pero les dio igual, pues no le tenían miedo a él ni a nada. De modo que Cuervo volvió al río e hizo un gran montón de barro. Tomó algunas conchas vacías, las rompió y clavó los afilados trocitos en varios lugares del montón de barro. En vez de finas ramas de sauce para las patas, le hizo unas gruesas patas de barro, y una enorme boca con más trocitos cortantes de conchas como dientes. Los seres humanos habían acudido al río para ver lo que Cuervo estaba haciendo; pero, cuando Cuervo pasó su ala sobre aquel montón de barro, el montón dio un salto, lanzó un gruñido y echó a correr detrás de los humanos. Pilló a uno y lo mató de inmediato. Cuando el oso se fue, los humanos se precipitaron sobre el humano muerto y se congregaron alrededor sobrecogidos y temerosos. Cuervo llegó volando y tomó la estrella de su frente mientras el resto de humanos lloraba, y luego devolvió la estrella al firmamento. Cuando volvió, les dijo a los humanos:

—Podéis ser muy felices. Podéis ser tan felices como deseáis. Pero no debéis olvidar que todos los demás también tienen derecho a ser felices. Y, además, si no sois cuidadosos con lo que tomáis, si tomáis más cosas de las que necesitáis, o bien os hacéis demasiados, lo que tenéis a vuestra disposición se agotará. Y entonces pasaréis hambre y moriréis.

Los seres humanos temblaban de miedo.

—No os digo esto para asustaros. Os lo digo para que comprendáis cómo funcionan las cosas, para que conozcáis el camino. Si vivís de este modo, seréis muy felices y durante tanto tiempo como queráis. Y, cuando estéis preparados para morir, yo tomaré vuestras estrellas y las devolveré al firmamento.

Los seres humanos se sintieron reconfortados por sus palabras, y a partir de entonces vivieron con un mayor sentido de reverencia por todo aquello que tenían a su alrededor. No mucho después comenzaron a hacer kayaks para cazar focas en el mar. Y las mujeres comenzaron a ingeniárselas para utilizar todas las partes de los animales para hacer ropa. Hicieron canastos para las hierbas estivales, enseñaron a los hombres a utilizar las partes de los animales para hacer sus kayaks, y se inventaron ropas en las que no entraba el agua.

Pero, al cabo de un tiempo, los seres humanos se habían vuelto a olvidar del camino, porque no había nada que temieran en el mar, como el oso en la tierra. De modo que Cuervo volvió al río y esta vez hizo un montón de barro aún más grande. Encontró dos tocones grandes de sauce y los afiló con su pico. Luego los puso en el lugar donde debería estar la boca y pasó el ala sobre el montón de barro para infundirle vida. El montón de barro se introdujo pesadamente en el mar y, cuando el primer ser humano se encontró con él, la morsa destrozó su kayak y ensartó su cuerpo repetidas veces con sus colmillos. Cuando el cadáver apareció en la playa, los otros seres humanos se congregaron a su alrededor, y Cuervo devolvió la estrella de su frente al firmamento.

—Acordaos del camino —les advirtió, y ya no dijo nada más.

Hasta el día de hoy, todos los seres humanos conocen la historia de Cuervo y del camino de los seres humanos; reverencian a Cuervo por todo lo que hizo por ellos, todo lo que les enseñó, aun cuando pudiera hacerles daño o asustarles. Los seres humanos siempre supieron que Cuervo estaba haciendo lo mejor que podía hacer por ellos.⁶

Sección 3: La situación global

P2-10. POR ECHAR UNA MANO

Relato de Surinam, pero originario de la etnia nupe, en Nigeria (Abrahams, 1999, pp. 173-174)

"Los patrones dominantes de producción y consumo están causando devastación ambiental, agotamiento de recursos y una extinción masiva de especies. Las comunidades están siendo destruidas."

Una vez hubo un gran incendio en la selva. Todos los árboles estaban en llamas, y casi todos los animales habían encontrado la muerte, salvo la Serpiente, que, huyendo del calor, se había deslizado en un agujero muy profundo. Las llamas estuvieron rugiendo durante mucho tiempo, hasta que al final un aguacero las sofocó. Cuando hubo pasado el peligro, la Serpiente intentó trepar por las paredes de agujero; pero, por mucho que lo intentó, no pudo salir de allí. Se puso a gritar pidiendo ayuda a todo aquél que pasaba, pero nadie se atrevía a ayudarla, porque temían que luego les mordiera. Ella les prometía que no les mordería pero, claro está, nadie estaba dispuesto a comprobarlo.

Al final, un cazador llegó por allí y, compadeciéndose de la Serpiente, la sacó del agujero. Sin embargo, en cuanto la Serpiente se vio libre, se volvió hacia el cazador con la intención de morderle.

—¡Eh! —le gritó el cazador— No puedes morderme después de haberte sacado del agujero. No deberías de hacerle daño a nadie que se haya portado bien contigo.

⁶ Imágenes del relato: "Raven and the First Men", escultura de Bill Reid, fotografiada por Gordon E. Robertson, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons; y "Siberian eskimo", una mujer yup'ik, foto de Nabogatova, dominio público, en Wikimedia Commons.

—Pero, ¿cómo me puedes asegurar de que todo el mundo actúa de esa manera? — preguntó la Serpiente.

—¡De acuerdo —contestó el cazador—, vamos a llevar el caso ante un juez competente!

A la Serpiente le pareció una buena idea, de modo que se fueron juntos en dirección a la ciudad.

Por el camino se encontraron con el Caballo. El cazador y la Serpiente le contaron su relato, y le preguntaron si alguien debía devolver mal por bien. El Caballo relinchó y dijo que a él le azotaban constantemente, a pesar de los buenos servicios que le prestaba al ser humano. Después vieron al Burro y le hicieron la misma pregunta. El Burro rebuznó y dijo que a él le golpeaban con un palo constantemente, a pesar de los buenos servicios que le prestaba al ser humano. Más tarde se encontraron con la Vaca, le contaron su historia y le preguntaron si la Serpiente tendría razón de comportarse de aquella manera. La Vaca mugió y les dijo que ella esperaba ser sacrificada, a pesar de los buenos servicios que le prestaba al ser humano. De modo que la Serpiente concluyó finalmente que había ganado el caso, y levantó la cabeza dispuesta a morder al cazador.

—¡Yo no estoy de acuerdo con el dictamen todavía! —gritó el cazador— ¡Expongámosle el caso a Anansi la Araña, que es muy sabia!

La Serpiente accedió, de modo que prosiguieron su camino.

Bien, llegaron finalmente a la ciudad donde vivía Anansi y dio la casualidad de que la encontraron en casa. Le contaron lo que había ocurrido y lo que habían dicho el Caballo, el

Burro y la Vaca, y luego le pidieron a Anansi que zanjara el conflicto de forma justa. Anansi los miró pensativo y, meneando la cabeza, dijo:

—Amigos míos, no puedo decir quién tiene razón hasta que no haya visto con mis propios ojos cómo ocurrieron los acontecimientos. De modo que vayamos al lugar exacto de los hechos.



Y, así, partieron los tres en dirección a la selva, hasta que llegaron al agujero del cual el cazador había sacado a la Serpiente. Entonces, Anansi les pidió que lo hicieran todo tal cual había sucedido en la realidad, de manera que la Serpiente se deslizó en el agujero de nuevo y empezó a pedir ayuda. El cazador simuló que pasaba por allí y, acercándose al agujero, estaba a punto de sacar a la Serpiente del hoyo cuando Anansi le detuvo diciendo:

—Espera. Voy a zanjar el conflicto en este momento. El cazador no debe ayudar a la Serpiente en esta ocasión. La Serpiente tendrá que intentar salir de ahí sin ayuda alguna, para que aprenda a valorar un acto de bondad.

Y, así pues, la Serpiente tuvo que quedarse en el hoyo durante mucho tiempo, pasando hambre, hasta que al final, después de mucho intentarlo, consiguió salir del agujero. Pero la experiencia es una buena maestra y, para entonces, la Serpiente había aprendido bien la lección.

Algún tiempo después, el cazador fue detenido por cazar furtivamente en los bosques del rey, y fue llevado a prisión. La Serpiente se enteró de lo que había sucedido y decidió que iba a ayudar al cazador. Se dirigió al palacio del rey y, sin que nadie la viera, se aproximó al monarca. Y, en cuanto encontró la ocasión, mordió al rey y se las ingenió para escapar sin que nadie le diera alcance.

Después se dirigió al calabozo en el cual estaba confinado el cazador, calmó sus temores y le dijo:

—Hace algún tiempo, tú me hiciste un favor. Y, ahora, a través de la experiencia, he aprendido a valorarlo. He venido a ayudarte. ¡Escucha! Acabo de morder al rey. No le debe de quedar mucho tiempo de vida, y yo te he traído la única cura para mi mordedura. Sólo la conozco yo. De modo que haz que le transmitan al rey el mensaje de que tú puedes curarle. Pero no lo hagas a menos que te prometa que te dará a su única hija en matrimonio.

Y, dicho esto, la Serpiente le dio al cazador la cura, en la que utilizaba tres tipos diferentes de hojas, y acto seguido partió.

El cazador hizo lo que la Serpiente le había dicho. Hizo pasar la voz de que él podía curar al rey, y pidió como recompensa su libertad y la mano de la hija del rey. Y, viéndose en las puertas de la muerte, el rey accedió.

El rey no tardó en curarse, y el cazador se casó con la princesa... y lo sé porque yo estuve en la boda.⁷

⁷ Imagen en el relato: "Hornviper Cerastes cerastes", de H, Krisp, licencia CC BY, en Wikimedia Commons.

P2-11. EL BONDADOSO REY DE LOS ELEFANTES

Budismo indio (State of California Department of Education, 2006)

En cierta ocasión, el Ser Iluminado nació como un elefante. Su piel era de un maravilloso color blanco, y brillaba como la plata bruñida. Tenía las patas suaves y brillantes como el barniz, y su boca semejaba una elegante alfombra roja. Como piedras preciosas eran sus ojos, con fulgores azules, amarillos, rojos, blancos y carmesíes.

La espléndida belleza de aquel magnífico elefante no era más que la forma exterior del Ser Iluminado, pero no era más que un pálido reflejo de su belleza interior, porque durante muchas vidas anteriores había desarrollado las Diez Perfecciones: energía, determinación, veracidad, integridad, renuncia a los apegos del mundo ordinario, ecuanimidad, sabiduría, paciencia, generosidad y, por supuesto, bondad.

Cuando llegó a la edad adulta, todos los elefantes de los bosques del Himalaya vinieron para seguirle y servirle; y, no mucho después, la población de elefantes había ascendido hasta los 80.000. Pero el Ser Iluminado no gustaba de tanta multitud y tantas distracciones, por lo que, intentando llevar una vida más tranquila, se separó del resto y se fue a vivir solo a una zona apartada de los bosques. Debido a su integridad y su pureza, que eran plenamente evidentes para todo el mundo, se le llegó a conocer como el Bondadoso Rey de los Elefantes.

Mientras tanto, un silvicultor de Benarés que se había adentrado en las estribaciones del Himalaya buscando cualquier cosa de valor que pudiera vender a su vuelta a la ciudad sagrada, perdió el sentido de la orientación y se extravió en los bosques. Iba de un lado a otro intentando encontrar de nuevo el camino hasta que, completamente exhausto, cayó presa del pánico. Se puso a temblar, y terminó dando alaridos de terror.

El Bondadoso Rey de los Elefantes oyó los lamentos temerosos del pobre hombre y, claro está, se apiadó y se compadeció de él. Deseando ayudarle de algún modo, recorrió el bosque en dirección al lugar de donde procedían los lamentos. Pero el hombre tenía tal ataque de pánico que, cuando vio al gigantesco elefante dirigirse hacia él, se puso a correr despavorido. Cuando el sabio elefante vio aquello, se detuvo de inmediato; y el hombre, al ver esto, también se detuvo. Entonces, el Bondadoso Rey comenzó a caminar de nuevo hacia él, pero el hombre echó a correr de nuevo, para detenerse instantes después al ver que el elefante se detenía.

Entonces, el hombre pensó, «¡Qué elefante más noble! Cuando corro, él se detiene. Y, cuando yo me detengo, él se acerca. Sin duda, no pretende hacerme daño. ¡Parece que quiere ayudarme!» Al darse cuenta de esto, hizo acopio de coraje, se detuvo y esperó al elefante.

Mientras el Bondadoso Rey de los Elefantes se aproximaba, le dijo:

—Mi querido amigo humano, ¿por qué deambulas por aquí presa del pánico?

—¡Oh, mi señor elefante! —respondió el hombre— He perdido el sentido de la orientación y me he extraviado irremisiblemente. ¡Tenía miedo de morir!

Entonces, el Ser Iluminado se llevó al silvicultor a su apartada morada en el bosque. Lo consoló y lo calmó, y lo proveyó con las mejores frutas y nueces de los Himalayas; y, al cabo de varios días, le dijo:

—Amigo mío, no tengas miedo. Te llevaré a las regiones donde vive la gente. Súbete a mi lomo.

Y, así, el Bondadoso Rey se puso en marcha para llevar al hombre adonde moraban los seres humanos.

Mientras cabalgaba cómodamente sobre el glorioso ser, el hombre pensó, «Supongamos que la gente me pregunta dónde he estado. Yo debería poder dar detalles de todo». De modo que se puso a tomar nota de todos los hitos del camino, mientras el elefante le llevaba de vuelta con los suyos.

Cuando salieron de lo más espeso del bosque, cerca del camino que llevaba a Benarés, el Bondadoso Rey de los Elefantes dijo:

—Mi buen amigo, toma este camino, que te llevará a Benarés. Y, por favor, no le digas a nadie dónde vivo, tanto si te lo preguntan como si no.

Y, con estas palabras de despedida, el amable elefante dio la vuelta y regresó a su hogar secreto.

El hombre no tuvo problemas en su regreso a Benarés. Pero, entonces, un día, mientras deambulaba por el mercado, se encontró con el taller de los talladores de marfil. Aquellos artesanos hacían hermosas y delicadas estatuillas, escenas y formas con el marfil, y el silvicultor les preguntó:

—¿Compraríais colmillos procedentes de un elefante vivo?

—¿Qué pregunta? —respondieron los talladores— Todo el mundo sabe que los colmillos de un elefante vivo son mucho más valiosos que los de un elefante muerto.

—Entonces, os traeré los colmillos de un elefante vivo —dijo el silvicultor.

Pensando sólo en el dinero, prescindiendo de la seguridad del rey de los elefantes y sin sentir ni la más mínima gratitud por aquél que le había salvado la vida, el hombre guardó un afilado serrucho entre sus provisiones y partió hacia el hogar del Bondadoso Rey.

Cuando llegó, el rey de los elefantes le preguntó:

—¡Oh, mi querido amigo humano! ¿Qué te trae de vuelta?

E, inventándose una historia, el codicioso silvicultor contestó:

—Mi señor elefante, soy un hombre pobre, y vivo humildemente. Y dado que estoy pasando por una situación muy difícil, he venido a rogaros que me deis un trocito de vuestros colmillos. Si me lo dierais, me lo llevaría a casa y lo vendería. Con eso podría salir adelante y sobrevivir por un tiempo.

Compadeciéndose del hombre, el Bondadoso Rey de los Elefantes contestó:

—¡Por supuesto, amigo mío, te daré un buen trozo de mis colmillos! ¿No habrás traído un serrucho contigo?

—¡Oh sí, mi señor! —contestó el silvicultor— Traje un serrucho.

—De acuerdo, entonces —dijo el generoso rey—. Corta un buen trozo de ambos colmillos.

Y, diciendo esto, el elefante dobló las rodillas de las patas delanteras y le ofreció sus espectaculares colmillos plateados. Sin el más mínimo remordimiento, el hombre aserró dos buenos trozos de marfil de ambos colmillos.

El Ser Iluminado recogió los dos trozos con la trompa, y dijo:

—Buen amigo, no te doy mis queridos colmillos porque me desagraden y quiera liberarme de ellos. Tampoco porque no sean valiosos para mí. Pero son mil veces, incluso cien mil veces más valiosos los colmillos de toda sabiduría cognoscible, que lleva a la realización de la Verdad.

El elefante le dio los maravillosos trozos de colmillo al hombre, con el deseo de que su perfecta generosidad le llevara algún día a la mayor de las sabidurías.



El hombre regresó a Benarés y vendió los dos trozos de marfil, pero no pasó mucho tiempo antes que se gastara todo el dinero, de manera que regresó de nuevo a la morada del Bondadoso Rey de los Elefantes.

—¡Oh, mi señor! —suplicó— El dinero que conseguí con vuestros colmillos no dio más que para pagar mis deudas. Todavía soy un pobre hombre que vive humildemente. Son tiempos duros en Benarés. ¿No podríais darme el resto de vuestros colmillos, oh generoso señor?

Sin dudarle ni un instante, el rey de los elefantes le ofreció lo que quedaba de sus colmillos. El hombre cortó cuanto pudo de ellos, ¡justo hasta los huecos del cráneo del elefante, donde se insertaban los colmillos! Y, después, se fue de allí sin siquiera darle las gracias. ¡El maravilloso rey de los elefantes no era para él más que una cuenta bancaria! Se llevó el marfil de vuelta a Benarés, lo vendió y malgastó su dinero igual que antes.

Y, una vez más, el silvicultor volvió al hogar del Bondadoso Rey de los Elefantes en los Himalayas. Y, una vez más, le rogó:

—¡Oh, noble rey de los elefantes! Es realmente difícil ganarse la vida en Benarés. Ten piedad de mí y deja que me lleve el resto de tu marfil... las raíces de tus colmillos.

Pero la generosidad perfecta no se reserva nada para sí, de modo que, una vez más, el rey de los elefantes se postró sobre las rodillas y le ofreció las raíces de sus colmillos. El elefante no le importaba en absoluto al ingrato traidor, que, trepando por la magnífica trompa —que parecía una gruesa cadena de plata—, se subió y se sentó entre sus blancas sienas, en la cima de su gran cabeza, que parecía una cumbre nevada del Himalaya. A continuación, hincó bruscamente los talones y comenzó a empujar y a desgarrar la tierna carne para dejar libres los tocones de los otrora hermosos colmillos. Utilizó su ya desgastada sierra para cortar y cercenar las raíces del marfil del noble cráneo del Bondadoso Rey.

Se dice que existen muchos mundos —el mundo infernal de la tortura, los mundos de los fantasmas hambrientos, de los animales y de la humanidad, así como muchos mundos celestes— desde los más bajos hasta los más elevados. En todos esos mundos existen millones de seres que, en un momento u otro, han nacido y han vivido como elefantes. Y, entre quienes cuentan esta historia, hay quien dice que, aunque ninguno de ellos sabía por qué, todos los que alguna vez habían sido elefantes sintieron el dolor del Gran Ser, del Bondadoso Rey de los Elefantes.

El silvicultor se marchó de allí con los sangrientos tocones de marfil y, pensando que ya no tendría motivo alguno para volver a ver al elefante, ni siquiera se molestó en mostrar la menor señal de gratitud o respeto.

La inmensa tierra, que es lo suficientemente fuerte como para soportar grandes montañas, y es capaz de soportar la peor de las inmundicias y sus hedores, no pudo soportar tan inmensa maldad como la de aquel hombre cruel. De modo que, cuando se perdió de vista del torturado elefante, la poderosa tierra abrió una grieta bajo sus pies. Las llamas de los mundos infernales más profundos se elevaron y engulleron al hombre, para luego llevárselo consigo a las profundidades.

La moraleja es la siguiente: El desagradecido no se detiene ante nada, y no hace más que cavar su propia tumba.⁸

P2-12. EL ORIGEN DEL ESTRECHO DE PUGET Y DE LA CORDILLERA DE LAS CASCADAS

Quinault / Chehalis / Cowlitz - Tribus Salish, Columbia Británica (MacDonald, 2005, pp. 108-109)

Una vez, cuando el mundo era joven, las tierras que se extienden al este de lo que ahora es la Cordillera de las Cascadas se volvieron muy áridas. Esto sucedía en los primeros días, antes de que la lluvia llegara a la tierra. En los comienzos del mundo, la humedad irrumpía en la superficie desde las capas profundas de la tierra; pero, por algún motivo, el agua dejó de emerger. Plantas y árboles se agostaban y morían. Ya no había raíces ni bayas con qué alimentarse. El agua de los arroyos y los ríos descendió tanto que el salmón ya no podía vivir en ellos. Las gentes de aquella época pasaban hambre.

Al final, enviaron un grupo de mensajeros hacia el oeste para pedirle agua al Océano.

—Nuestras tierras se secan —le dijeron—. Envíanos agua o, de lo contrario, moriremos de hambre.

—Os enviaré a mis hijos e hijas —les prometió el Océano—. Ellos os ayudarán.

Los hijos e hijas del Océano eran las Nubes y la Lluvia, y se fueron con los mensajeros de las tierras áridas. Al cabo de poco tiempo, las tierras recobraron la humedad. Plantas y árboles volvieron a brotar y a crecer. Los ríos se llenaron de agua, y los peces volvieron a ellos. Raíces y bayas crecían por todas partes. Había comida en abundancia.

Pero la gente no se daba por satisfecha con aquella abundancia. Querían más. De hecho, querían asegurarse de que siempre tendrían agua, de modo que excavaron unos grandes hoyos y pidieron a las Nubes y la Lluvia que los llenaran de agua.

⁸ Fotografía en este relato: "Ganesh in Stone", de Orin Zebest, licencia CC BY, en Flickr.com.

Las Nubes y la Lluvia estuvieron tanto tiempo lejos de su padre, el Océano, que éste comenzó a echarlas de menos. Al cabo de muchas lunas, el Océano envió a sus mensajeros para pedir a los humanos que dejaran volver a sus hijos e hijas.

—Dejad que mis descendientes vuelvan a casa —transmitieron las palabras del Océano—. Disponéis de agua suficiente por el momento, y yo proveeré para que no os falte en el futuro.

Pero la gente era egoísta, y se negó a dejar partir a las Nubes y la Lluvia. Los mensajeros tuvieron que regresar con las manos vacías.

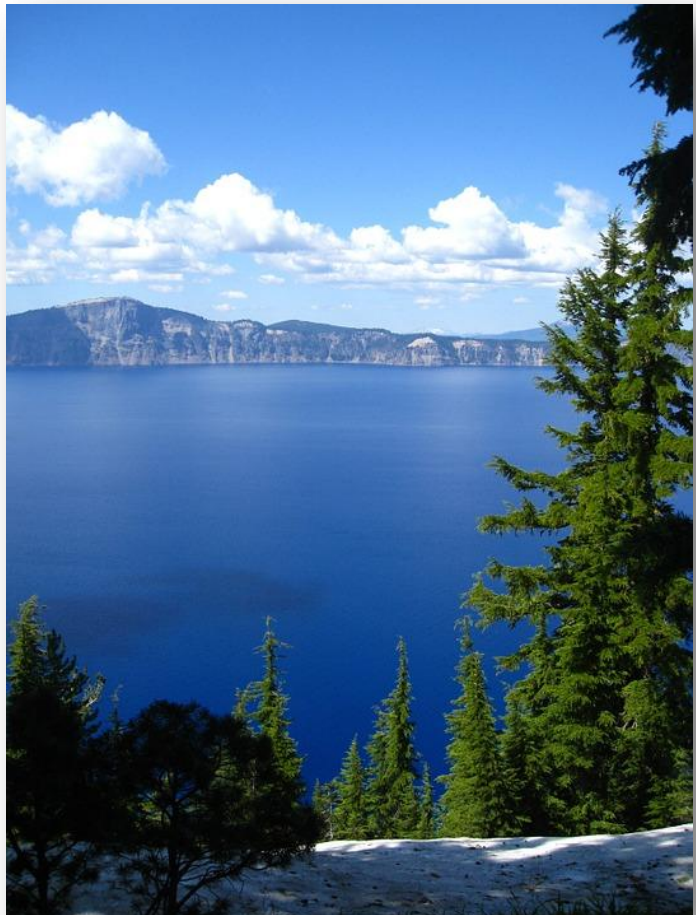
Entonces, el Océano fue a contarle lo sucedido al Gran Espíritu.

—Castiga a los humanos por sus malas acciones —le rogó el Océano—. Castígalos por querer siempre más y más.

El Gran Espíritu escuchó sus ruegos. Se inclinó desde el cielo, recogió una gran cantidad de tierra entre sus manos e hizo la Cordillera de las Cascadas, formando un muro entre el Océano y las regiones áridas. El largo y profundo agujero que dejó el Gran Espíritu al escarbar la tierra, lo llenó de agua inmediatamente el Océano. En la actualidad, la gente le llama a ese brazo de agua el Estrecho de Puget.

La gente que habita al este de las montañas sigue siendo castigada por su egoísmo y su codicia. El Océano envía tan poca agua a través de la cordillera, que no pueden crecer las plantas y los árboles que crecen a lo largo de la costa. Pero las gentes del este de las montañas aún tienen los hoyos que sus antepasados excavaron, que son el Lago Chelan y los lagos que se extienden al sur y al este del Chelan.

El Océano aún se lamenta por sus hijos e hijas que no regresaron a casa. Durante todo el día y toda la noche, a lo largo de la playa, él los llama con una triste canción: «¡Ah'tahlah'tahlah! ¡Ah'tahlah'tahlah! ¡Ah'tahlah'tahlah! ¡Volved a casa! ¡Volved a casa! ¡Volved a casa!»



*El conflicto en el estado de Washington acerca de la propiedad del agua sigue dirimiéndose hoy en día entre los políticos.*⁹

P2-13. LOS NABA ZID-WENDÉ

Relato de la etnia mossi, en Burkina Faso (Railsback, 2000, pp. 27-28)

"Los beneficios del desarrollo no se comparten equitativamente y la brecha entre ricos y pobres se está ensanchando. La injusticia, la pobreza, la ignorancia y los conflictos violentos se manifiestan por doquier y son la causa de grandes sufrimientos. Un aumento sin precedentes de la población humana ha sobrecargado los sistemas ecológicos y sociales. Los fundamentos de la seguridad global están siendo amenazados. Estas tendencias son peligrosas, pero no inevitables."

En el principio no había tierra, no había día ni noche; ni siquiera el tiempo existía. Lo único que existía era el Reino de la Verdad Imperecedera, que estaba gobernado por los Naba Zid-Wendé. Los Naba Zid-Wendé hicieron la tierra, y luego hicieron el día y la noche. Para que el día fuera un tiempo en el cual estar ocupados, los Naba Zid-Wendé hicieron el sol; y, para que la noche fuera para descansar, hicieron la luna. Y así hicieron también el tiempo.

Al principio, la tierra estaba cubierta de fuego, pero los Naba Zid-Wendé soplaron sobre la tierra para enfriarlo. Le ordenaron al fuego que se fuera a vivir al interior de la tierra, para que la superficie fuera segura para los seres humanos, a los cuales iban a crear. El fuego les obedeció, pero no sin albergar un profundo resentimiento.

En primer lugar, los Naba Zid-Wendé hicieron al camaleón, para comprobar si la corteza terrestre podía soportar su peso. Cuando vieron que sí lo soportaba, los Naba Zid-Wendé hicieron a las serpientes para que se arrastraran por la tierra, por ver si la corteza estaba lo suficientemente fría como para vivir sobre ella. Cuando las serpientes dejaron de quejarse del calor en sus tripas, los Naba Zid-Wendé hicieron a los animales grandes: el elefante, el rinoceronte y el búfalo. La corteza era lo suficientemente fuerte como para aguantarlos a ellos. La corteza era sólida y estaba fría.

Por fin, los Naba Zid-Wendé vieron que todo estaba dispuesto para crear a los seres humanos. Los hicieron muy negros, porque el negro es un color fuerte, pero también para que fueran diferentes del sol, que es rojo, y de la luna, que es blanca. Los Naba Zid-Wendé utilizaron su aliento para insuflar el alma en los seres humanos que habían creado.

⁹ Fotografía: "Lago del Crater, Cordillera de las Cascadas", fotografía de dominio público en Pixabay.com.

La sonrisa con que los Naba Zid-Wendé dieron la bienvenida a sus creaciones humanas se convirtió en el cielo, y colgaron el cielo tan bajo que los seres humanos podían alcanzarlo con la mano, ¡y el cielo se podía comer!. Más allá del cielo hicieron las estrellas, e hicieron otras muchas cosas maravillosas para sus seres humanos. No obstante, los seres humanos se hicieron arrogantes y suspicaces, y comenzaron a quejarse a los Naba Zid-Wendé, acusándoles de que les habían ocultado algo valioso bajo las montañas. Los seres humanos se pusieron a excavar las montañas, pero no encontraron más que a un leproso que vivía allí, y dejaron al leproso en libertad.

Pero el leproso no era otro que el fuego, que no tardó en prenderse en llamas. Aún enfurecido con los Naba Zid-Wendé, y celoso de los seres humanos, el fuego prendió en llamas el cielo. El cielo se retiró a las alturas a causa del dolor; de hecho, se retiró hasta donde estaban las estrellas, hasta el Reino de la Verdad Imperecedera.

Los seres humanos ya no podían alimentarse del cielo. Su propia arrogancia les había privado de ello. Sin embargo, los Naba Zid-Wendé hicieron nubes, ríos y arroyos, para mantener la tierra húmeda; e hicieron plantas para que los seres humanos tuvieran algo que comer, y árboles que les dieran frutas. Hicieron las flores para que la tierra fuera hermosa, e hicieron los aromas de las flores para que todos pudieran aspirar el perfume de la vida.

Sin embargo, los seres humanos se multiplicaron y se hicieron más y más arrogantes. Para limpiarles de su arrogancia, los Naba Zid-Wendé hicieron un gran lago azul para que los humanos pudieran bañarse. Pero los humanos estaban demasiado ocupados como para ir al lago, dándole tiempo al fuego para que arrojara el odio y la envidia en las aguas del lago. Sólo cuando los Naba Zid-Wendé enviaron al sol para que secase el lago fue cuando los seres humanos fueron finalmente a bañarse. El primer grupo de seres humanos que se bañó en las aguas del odio y la división salieron del lago completamente blancos, de la cabeza a los pies. El segundo grupo que entró en el agua salió de ella de color amarillo; y lo mismo ocurrió con el tercer grupo que se bañó, salvo que salieron de allí de un color rojo cobrizo. Para cuando llegó el último grupo, el sol había conseguido secar casi completamente el lago, de modo que sólo pudieron lavarse las manos y los pies. Salieron del lago con las palmas de las manos y las plantas de los pies de color blanco, amarillo o rojo, mientras el resto de su cuerpo seguía siendo negro.

Los Naba Zid-Wendé vinieron después a la tierra para ver lo que habían creado. Cuando llegaron, estaban dándole forma a un último animal a partir de un montón de arcilla. Las plantas y los animales celebraron la llegada de los Naba Zid-Wendé, pero las razas humanas estaban demasiado ocupadas, repartiéndose la tierra y esclavizándose unas a otras, como para darse cuenta de su llegada. Los Naba Zid-Wendé se pusieron tan tristes al ver lo que los seres humanos estaban haciendo que se olvidaron de su última creación, hasta que ésta se puso a gritar pidiendo que le dieran una cabeza, unas patas y una cola. Los

Naba Zid-Wendé terminaron con mucha tristeza su montón de arcilla, y ése es el motivo por el cual la tortuga tiene la forma que tiene.

P2-14. MITO OTAVALO DE LA CREACIÓN

Pueblo otavalo, de la etnia quechua, Ecuador (Alonso, 2008c)

Mitos narrados por ancianos otavalos.

Dicen que en Ñawpa-Pacha (Tiempo adelante) todo era vacío, no había nada. Solamente Atsil-Yaya (Gran Espíritu Vital Universal Masculino) vivía junto a Sami-Mama (Gran Espíritu Vital Universal Femenino). No había nadie más que ellos. Hasta entonces todavía no había el día.

Atsil-Yaya pidió a Sami-Mama acostarse con ella. Se unieron como marido y mujer y Sami-Mama quedó embarazada. Así nacieron los Aya (espíritus vitales), los Duendes (seres pequeños dueños del oro, la plata y otros minerales que viven dentro de la tierra) y Pacha-Mama (Madre tiempo, madre mundo, madre naturaleza, madre universal).

Cuando Pacha-Mama nacía, Atsil-Yaya sopló e hizo sonar su *churu* (caracol gigante) y empezó a amanecer. Pacha-Mama creció, se convirtió en una mujer y su vientre empezó a crecer porque ella nació embarazada. Cuando llegó el momento de nacer, de su vientre salió el agua y en medio del cielo lleno de rayos y truenos nacieron el sol, la luna, las estrellas, las piedras, la tierra, el fuego, los cerros, el huracán, las plantas, los animales, el arco iris, el viento, el hombre, la mujer y todo lo que existe. Todo lo que Pacha-Mama había parido estaba vivo.

Todo estaba al revés, todos los seres pensaban y hablaban igual que nosotros, las personas. Al ver que todo estaba al revés, Atsil-Yaya, Sami-Mama y Pacha-Mama, poco a poco fueron enmudeciendo a todos hasta que al final quedamos con todas estas facultades, nosotros los runas, mientras que los demás seres siguen pensando y hablando en formas diferentes de los nuestros... Así cuentan.

Cuando nació Inti-Yaya (Padre sol), el ser brillante que alumbraba la tierra, algunos Aya, que eran grandes y fuertes, y que eran acostumbrados a vivir solamente en la oscuridad, se enojaron mucho y trataron de matarlo porque su brillo les molestaba, pero Inti-Yaya era más hábil que ellos y siempre terminaba derrotándolos. Dicen que en el Urtimal-Pacha, vivían los Inka-Yaya que eran muy altos, fuertes y no conocían la muerte. Si por alguna causa morían en tres o cuatro días volvían a vivir de nuevo.

Así mismo lo que se sembraba se cosechaba en tres o cuatro días. En esos tiempos no había *wañuy* (la muerte) y por esta causa se llenó la tierra de mucha gente; tanto así que en

esos tiempos no había donde vivir, ni donde sembrar, por lo que la gente hasta sembró en las laderas más altas de los cerros, cuyas huellas aún permanecen hasta hoy.

La gente de esos tiempos (los inka-runá) tenía dientes de marfil y por eso podía comer hasta las cosas más duras como la carne con todos los huesos. Por falta de espacio para sembrar, buscaron piedras grandes y planas, pusieron tierra encima y como la tierra era muy fértil, hacían madurar fácilmente los granos.

Vivía mucha gente en estas tierras que también las malas costumbres crecieron. Se olvidaron de apreciar la vida, de valorar la palabra dada, de respetar a la Pacha-Mama, de ser solidarios con la comunidad, de cuidar la vida... Ante esto, Atsil-Yaya conversó con Sami-Mama y Pacha-Mama para normalizar el mundo. Oscurecieron el brillo de Inti-Yaya y pidieron a Puyu-Mama (madre nube) que haga llover para que esta gente muera ahogada. Llovió incansablemente por mucho tiempo y el agua inundó hasta a los cerros, pero la gente siguió flotando aferrados a los troncos de los árboles sin morir. Nuevamente Atsil-Yaya y Sami-Mama, pidieron a Inti-Yaya que envíe fuego a la tierra.

Luego de llover agua llovió fuego, y esta vez la gente y todo lo que existe murió en medio de las aguas hirvientes. Dicen que en el final del mundo nuevamente ha de llover agua y fuego como llovió en aquella ocasión. Subiendo a la cima del cerro Imbabura lograron salvarse una pareja con su perro.

Cuando terminó la lluvia de agua y de fuego, la pareja pidió ayuda a Atsil-Yaya y Sami-Mama porque tenían hambre, pero no fueron escuchados. Entonces la pareja decidió comerse al perro, y el animal dándose cuenta de su suerte, porque pensaba y hablaba igual que nosotros, aulló lastimeramente mirando al Hawa-Pacha (cielo). Al oír esto Atsil-Yaya y Sami-Mama se compadecieron del perro y la pareja e hicieron caer una mazorca de maíz sobre la Allpa-Mama (madre tierra). Al ver esto, la pareja cogió rápidamente la mazorca quitándole al perro. Una parte se la comieron, otra parte guardaron para sembrar y solamente la tusa y algunos granos le dejaron al perro. Por eso en la chakra a la mazorca que sólo tiene algunos granos hasta ahora le decimos *allku-kiru* o diente de perro. Luego de comer los granos de maíz, la pareja quedó dormida y Atsil-Yaya les quitó de la boca los dientes de marfil y en su lugar puso maíz blanco. Desde este momento existen las caries de las muelas y la muerte.

Sección 4: Los retos venideros

P3-15. EL PACTO DEL FUEGO

Sioux lakota (Florida Project Learning Tree, 2005)

"La elección es nuestra: formar una sociedad global para **cuidar la Tierra y cuidarnos unos a otros o arriesgarnos a nuestra propia destrucción** y la de la diversidad de la vida."

Después de la creación del mundo, cuando llegó el primer invierno, el Primer Hombre y la Primera Mujer pasaron por muchas penalidades para mantenerse con vida y no morir de frío, y lo mismo le ocurrió a la Primera Perra, que dio a luz a sus cachorros en lo más crudo del invierno. Cada noche se acurrucaba en medio de la maleza del bosque, mirando en la distancia el fuego con el que el Primer Hombre y la Primera Mujer se calentaban.

El primer invierno fue muy severo, tan frío que la Primera Perra no se atrevía a dejar a sus cachorros para buscar comida con que llenar su estómago, temiendo que sus pequeños murieran de frío en su ausencia. Ella los cobijaba con su cuerpo, mientras el viento helado lo congelaba todo a su alrededor.

Por causa del hambre se le encogió el vientre, y no mucho después se quedó sin leche. El más pequeño de los cachorros murió, y la Primera Perra sintió que la vida se le escapaba también a ella, mientras se esforzaba por cuidar del resto de sus pequeños. Temiendo por el destino de los demás cachorros, tomó conciencia de que no tenía otra elección que acercarse al fuego y pedir a la Primera Mujer y al Primer Hombre que compartieran sus alimentos y el calor de su hoguera.

Lentamente, se arrastró hacia el fuego y le dijo a la Primera Mujer, que estaba por entonces a punto de parir:

—Yo soy madre, y tú vas a ser madre también muy pronto. Y quiero que mis pequeños sobrevivan, del mismo modo que tu querrás que el tuyo sobreviva igualmente. De modo que te pido que hagamos un pacto.

La Primera Mujer y el Primer Hombre la escuchaban atentos.

—Estoy a punto de morir —dijo la Primera Perra—. Tomad a mis cachorros, criadlos vosotros y llamadles Perro. Ellos serán vuestros guardianes. Os alertarán cuando haya algún peligro, os darán calor, protegerán vuestro campamento, e incluso darán su vida para proteger la vuestra y la vida de vuestros hijos. Serán compañeros vuestros y de todos vuestros descendientes. Nunca os abandonarán en tanto la Humanidad sobreviva.

»Pero, a cambio —continuó la Primera Perra—, tendréis que compartir con ellos vuestra comida y el calor de vuestro fuego. Trataréis a mis hijos con amor y bondad. Les atenderéis si se ponen enfermos, como si hubieran nacido de vuestro vientre. Si sufren, llevaréis un cuchillo afilado a su garganta y pondréis fin a su desdicha. A cambio de esto, tendréis la lealtad de mis hijos y de sus descendientes hasta el final de los tiempos.»

El Primer Hombre y la Primera Mujer aceptaron el acuerdo.

La Primera Perra regresó a su nido entre la maleza y, con sus últimas fuerzas, de uno en uno, llevó a todos sus cachorros junto al fuego. Mientras la Primera Perra llevaba a sus cachorros, la Primera Mujer dio a luz al Primer Niño, lo envolvió entre pieles de Conejo, y cobijó al Primer Niño entre los cachorros, junto al fuego. La Primera Perra se echó también junto al fuego, lamió a sus cachorros por última vez y, después, se levantó de nuevo para alejarse de allí y morir bajo las estrellas.



Pero, antes de desaparecer en la oscuridad, se volvió y le dijo al Primer Hombre:

—Mis hijos respetarán el pacto generación tras generación. Pero, si le Hombre rompe el pacto, si vosotros, vuestros hijos o los hijos de vuestros hijos le niegan el alimento, el calor, el cariño o un fin misericordioso a un solo Perro, vuestros descendientes sufrirán la plaga de las guerras, el hambre y las enfermedades, y así será hasta que el pacto sea respetado de nuevo por toda la Humanidad.

Y, dicho esto, la Primera Perra se sumergió en la noche y regresó en espíritu hasta su Creador.¹⁰

¹⁰ Fotografía del relato: "Indian Hunter and his Dog", de Cliff, licencia CC BY, en Flickr.com.

P3-16. EN TUS MANOS

Judaísmo (Keding, 2008, p. 8)

Un joven rabino llegó una vez a una comunidad con el anhelo de enseñar y dejar su huella en el mundo. Pasados varios meses, había sido invitado a hablar en la sinagoga de la comunidad, e incluso había impartido sus enseñanzas a algunos estudiantes. Pero, con todo, no estaba satisfecho, porque sentía que seguía estando a la sombra del viejo rabí, que llevaba ya muchos años en aquella comunidad. Los estudiantes se congregaban alrededor del anciano, mientras el joven rabí no tenía seguidores.

El joven pensó que el único modo de atraerse estudiantes sería desacreditando al viejo rabí delante de todos sus seguidores; de modo que, tras meditar en ello durante muchas noches, diseñó finalmente un plan para llevar a cabo su idea. Decidió que se acercaría al anciano durante su habitual clase matinal, llevando entre las manos, a su espalda, una paloma viva. Entonces, le preguntaría al anciano si el ave que tenía entre las manos estaba viva o muerta. Si el anciano le decía que muerta, el joven rabí soltaría a la paloma para que saliera volando. Si el anciano decía que el ave estaba viva, el joven le rompería el cuello a la paloma con los dedos, y le presentaría el cadáver del ave a continuación al viejo rabí.

Su plan no podía fallar. No habría manera de que el viejo rabí saliera victorioso en aquel trance. De ese modo, demostraría finalmente que el anciano no era tan sabio como la gente de la comunidad creía.

Llegó el día y, mientras el anciano y sus estudiantes se hallaban bajo la sombra de un gran árbol, el joven rabí se acercó. Esperó durante un rato el momento oportuno hasta que, finalmente, se puso en pie y dijo:

—Rabí, entre mis manos tengo un ave. ¿Está viva o muerta?

El anciano le miró con un semblante sereno, pero también triste.

—Eso, amigo mío, depende de ti —contestó.

El joven rabí se quedó allí de pie, en silencio, durante unos instantes, al cabo de los cuales dejó ir a la paloma y se sentó a los pies del anciano.

P3-17. EL PRODIGIOSO PEZ DE ORO

Finlandia (Livo, 2003, pp. 92-95)

"Se necesitan cambios fundamentales en nuestros valores, instituciones y formas de vida. Debemos darnos cuenta de que, una vez satisfechas las necesidades básicas, el desarrollo humano se refiere primordialmente a ser más, no a tener más."

Había una vez, no se sabe dónde, más allá de siete veces siete países, incluso un canto del gallo más allá, un alto e inmenso abedul. El abedul creció mucho, y echó hasta siete veces setenta y siete ramas. En cada rama había siete veces setenta y siete nidos de cuervos, y en cada nido siete veces setenta y siete pollos de cuervo. Allí fue donde tuvo lugar esta historia.

Había una vez un viejo pescador y su mujer, que vivían a orillas de un cristalino lago azul en una pequeña cabaña. El hombre había pescado en los lagos cercanos durante siete veces siete años, mientras su mujer cultivaba lino y tejía con él las ropas que vestían. Con el trabajo de ambos, comían bien y se vestían decentemente, de manera que todo iba bien.

Un día en que el pescador no había conseguido pescar nada, decidió no obstante arrojar la red al lago una vez más y, en esta ocasión, cuando recogió la red, se encontró con un pez. Pero no era un pez ordinario, sino un pez de oro puro. Tenía las aletas de oro, y las escamas, los ojos y la cola eran también de oro.

—¡Ah, bueno, este pez tan especial es mejor que nada! —dijo para sí.

Y, abriendo su canasto de corteza de abedul, fue a guardar allí el pez pensando ya en volver a casa.

—A mi mujer le gustará este hermoso pez —añadió complacido.

Pero, cuando casi había soltado al pez dentro del canasto, éste le imploró:

—¡Devuélveme al lago, viejo pescador! ¡Si lo haces, te daré todo lo que me pidas! Te recompensaré abundantemente.

El pescador se rascó su barba gris y, siendo como era un hombre bondadoso y amable, devolvió al pez con sumo cuidado al lago.

—Disfruta, pececillo. Regresa adonde perteneces.

Cuando volvió a casa, su mujer abrió el canasto para ver lo que había pescado, pero la cesta estaba vacía.

—Pero, ¿qué ha pasado? ¿No tenemos pescado para cenar? —gruñó.

—Sólo conseguí pescar un pez hoy, pero era un pez muy especial —explicó su marido—. Era de oro puro, y hablaba. Me prometió que me recompensaría si le devolvía al lago y, dándome mucha pena, lo solté.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que dejaste escapar un pez tan maravilloso? —le regañó ella— ¿Por qué no le pediste una casa con un tejado que no tuviera goteras?

El pescador lo pasaba mal cuando su mujer se enfadaba con él, de modo que regresó a la orilla del lago.

—Pez dorado, pez dorado —le llamó.

Y de pronto vio cómo el extraño pez se aproximaba a la orilla delante de él.

—¿Para qué me llamas? —preguntó el pez.

—Mi esposa quiere una casa que no tenga goteras —le dijo al pez—. ¿Puedes ayudarnos?

—Vuelve a casa. Está hecho —dijo el pez antes de dar la vuelta y desaparecer en las aguas.

Cuando el pescador volvió a casa, ¡*voilà!* la cabaña tenía un techo nuevo, con unas sólidas vigas y una gruesa cubierta de paja. Pero, en vez de sentirse satisfecha, su mujer le regañó todavía con más ímpetu.

—Si el pez puede hacer esto, ¿por qué no le pides una casa nueva y espaciosa, con un dormitorio aparte?

El viejo pescador sabía que aquella noche no tendría paz a menos que hiciera lo que su mujer le decía, de modo que volvió al lago y llamó:

—Pez dorado, pez dorado, te necesito.

Al igual que había ocurrido antes, el pez se acercó a la orilla.

—Me has llamado. ¿Qué deseas de mí? —preguntó el pez.

—Perdona, pez prodigioso —dijo el hombre—. Gracias por el techo nuevo de nuestra cabaña, pero ahora mi mujer quiere una casa nueva y espaciosa, con un dormitorio aparte donde dormir.

—Ve a casa. Está hecho —dijo el pez que, dando la vuelta, dio un coletazo y desapareció bajo las aguas.

Cuando volvió a casa, el pescador pensó que debía haberse equivocado de camino, porque en el lugar donde estaba su cabaña había ahora una bonita casa de paredes granates, con persianas, un porche y cortinas. En su interior había una espaciosa cocina, y una gran chimenea con un hogar enorme, con espacio suficiente como para que una persona descansara y se calentara en la parte de detrás. En las ventanas colgaban hermosas cortinas, y el suelo estaba cubierto con finas alfombras; y, claro está, había una habitación aparte para dormir. Pero la mujer aún no estaba satisfecha.

—¿Es que no tienes imaginación? —le preguntó a voz en grito— ¿Por qué no le has pedido un castillo? ¡Yo no quiero ser una campesina toda mi vida! Quiero ser una dama con lujosos ropajes y joyas. ¿Y por qué no vamos a tener un carruaje, y caballos?

Y, mientras le tiraba un plato a la cabeza, le gritó:

—¡Me enfurece que no se te ocurran esas cosas!

Afortunadamente, el pescador se agachó y el plato se estrelló contra la pared.

Así pues, el hombre volvió a la orilla del lago. ¿Es que su mujer nunca se daría por satisfecha?

—Pez dorado, pez dorado, necesito que me ayudes.

—¿Qué pasa, viejo pescador? —dijo el pez con un chapoteo— ¿Por qué me llamas?

—Perdóname, querido pez —se excusó el hombre—, pero nunca había visto a mi mujer tan furibunda. ¡Incluso me tiró un plato a la cabeza! Discúlpame, pero realmente necesito que me ayudes. Mi mujer quiere ahora un castillo, ropas finas, joyas, un carruaje y caballos. ¿Qué puedo hacer?

—Vuelve a casa. Allí tienes todo lo que has pedido —anunció el pez, y de un salto regresó al fondo.

Efectivamente, cuando el pescador regresó adonde había estado su cabaña, y luego la casa, se encontró con un castillo de fantasía de varias alturas.



Incluso vio que en el nivel superior había un habitáculo pequeño que sobresalía de los muros con una instalación para hacer sus necesidades más íntimas. Encontró a su mujer dentro del castillo, sentada delante de una mesa de madera tallada, sobre un sillón acolchado con caras de animales talladas en los brazos.

—Espero que estés satisfecha ahora —le dijo a su mujer—. ¿Qué más podría querer gente como nosotros?

El pescador estaba convencido de que su mujer tendría suficiente con aquello. Las ventanas tenían incluso cristales para dejar entrar la luz al tiempo que impedían pasar el viento. El pez dorado les había concedido unas riquezas que jamás hubieran soñado.

Pasaron las semanas. Su mujer se probó todos los vestidos que encontró, salió a dar paseos en su carruaje y se fue impacientando cada vez más. Hasta que, finalmente, explotó:

—¿Esto es lo mejor que puede darnos tu pez? Mientras iba de paseo con el carruaje he visto a otros con grandes ejércitos. Yo quiero una banda que toque música permanentemente para nosotros, y quiero establos para los caballos. Quiero las joyas ambarinas más hermosas que existan, y quiero grandes barcos que recorran los lagos para que todo el mundo pueda ver que pertenezco a la realeza. Quiero bandas de música en los barcos, para que todo el mundo se entere de nuestro paso arriba y abajo por los lagos.

Sus estridentes chillidos se podían escuchar en todo el castillo.

Mientras el viejo pescador se dirigía de nuevo al lago, iba preguntándose cómo podían haber llegado las cosas tan lejos. ¿Es que no había nada que fuera suficiente para ella? ¿Adónde les iba a llevar su codicia? Finalmente, cuando llegó a la orilla, casi sin ganas, llamó al pez.

—Pez dorado, pez dorado. No te enfades, pero mi mujer me ha enviado de nuevo para pedirte aún más cosas.

Con un chapoteo, el pez apareció.

—¿De qué se trata esta vez, anciano? ¿Qué más puede querer esa mujer tuya?

El viejo pescador le transmitió al pez las últimas exigencias de su esposa, y el pez, levantándose con la cola sobre el agua, dio una voltereta y dijo:

—Vuelve a casa. Está hecho —y se sumergió de nuevo en el lago.

Efectivamente, antes incluso de llegar a casa, el pescador vio un enorme barco en el lago, con una banda tocando música en cubierta, lleno de gente celebrando una fiesta. Y lo que es más: el viejo pescador tuvo que abrirse paso para poder llegar al castillo a través de todo un ejército. Y allí estaba su mujer, escuchando a una banda de música interpretando marchas y música de baile. Estaba cubierta de collares, brazaletes, anillos y pendientes

ambarinos, e incluso colgaban cuentas de ámbar de su vestido. En verdad que el pez había hecho todo cuanto le había pedido, y mucho más.

Pero, por desgracia, la cosa no iba a terminar ahí. Arrojándole varias copas de oro a la cabeza, la mujer le exigió que la convirtiera en la poderosa señora de los lagos y dueña del pez dorado. Quería que su castillo se elevara en mitad del lago, y que llegará hasta el cielo. Le exigió el poder de desatar tormentas para sembrar el terror en el corazón de la gente y de los animales.

—¡Ve y dile al pez dorado lo que quiero! —le dijo a voz en grito.

Su esposa estaba tan furiosa que el hombre no se atrevió a cuestionar sus deseos.

Cuando llegó a la orilla, temblando, el pescador se percató de pronto de que una gran tormenta se cernía sobre el lago. Las aguas rompían agitadas en la orilla, mientras las nubes comenzaban a descargar gruesas cortinas de agua. A pesar de todo, el pescador llamó:

—Pez dorado, pez dorado, ¡escucha mi llamada de socorro!

En mitad de la tormenta apareció el pez, pero esta vez se le veía enojado.

—¿Qué más quiere esa mujer? —dijo el pez— ¿Es que no tiene vergüenza? ¿Qué es esta vez?

El viejo pescador, empapado y abatido, le contó al pez dorado las nuevas exigencias de su esposa.

—Perdóname, pez dorado... —dijo finalmente mientras bajaba la cabeza.

Y, antes de que el anciano pudiera terminar de hablar, el pez de oro se dio la vuelta, dio un coletazo en el agua y se sumergió en las profundidades.

Y, cuando el viejo pescador regresó a casa, se encontró con su vieja cabaña con goteras, mientras su mujer, vestida con sus antiguas ropas llenas de remiendos, le esperaba sentada en el peldaño de la puerta de entrada.¹¹

P3-18. LA SEMILLA DE SÉSAMO Y LA PALMERA DATILERA

Egipto (Meade, 2012)

Había una vez un rey que solía surcar arriba y abajo el río Nilo. Un día, cuando volvía a puerto, vio a una pescadora en el río con el agua hasta las rodillas arrojando sus redes. No

¹¹ Fotografía en este relato: "Koi head closeup", de Stan Shebs, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons.

era la mujer más hermosa que hubiera visto nunca, pero había algo en ella que le impactó. Cuando llegó la noche, el rey no había conseguido sacarse de la cabeza la imagen de aquella mujer, de modo que envió a uno de sus consejeros a averiguar si la pescadora estaba soltera, si era casada o estaba viuda.

El consejero regresó diciendo:

—La mujer está casada con un pescador y, aunque es pobre, está muy bien considerado entre sus vecinos.

—¡Qué pena! —dijo el rey.

—No os desaniméis, señor —le dijo el consejero—. Vos sois el rey, y podéis tener lo que se os antoje. Si vuestra conciencia no os lo impide, siempre habrá alguna forma de liberarse del marido.

Y, así, ambos juntaron sus cabezas y tramaron un plan.

Al día siguiente, el rey envió llamar al marido.

—Pescador —le dijo—, te voy a pedir algo y, si no lo consigues, haré que te corten la cabeza. Tienes que venir ante mí mañana cabalgando y caminando al mismo tiempo.

—¿Al mismo tiempo? —preguntó el pescador.

—¡Sí, al mismo tiempo! —le espetó el rey.

El pescador volvió a casa y le contó a su mujer aquella desconcertante petición del rey.

—En verdad que es una paradoja —dijo el marido—. ¿Cómo voy a llegar cabalgando y caminando al mismo tiempo?

—No te preocupes —le dijo su mujer, y se fue a pedirle consejo a su hermana.

—Llévate mi cabra —le dijo su hermana—. Dile a tu marido que vaya a palacio a lomos de la cabra y arrastrando los pies por el suelo.

Cuando el rey vio al hombre llegar a la corte caminando y cabalgando, comprendió que el pescador había sido más listo que él.

—Bueno, pescador —dijo—. Te voy a pedir otra tarea. Mañana tienes que aparecer ante mí vestido y desnudo.

El angustiado pescador regresó a casa y le contó a su mujer lo sucedido. ¡Estar vestido y desnudo era una paradoja imposible!

—No te preocupes —dijo la mujer, y se fue a pedirle consejo a su hermana.

—Dile a tu marido que mañana, en vez de ponerse la ropa, que se eche sobre los hombros su red de pesca —le dijo la hermana.

Y eso exactamente es lo que hizo el pescador.

Cuando el rey vio entrar al pescador vestido y desnudo al mismo tiempo, se dio cuenta de que el pescador había comprendido la paradoja, y que la tercera y última prueba tendría que ser verdaderamente imposible.

—Pescador —dijo—, quiero que traigas a la corte un bebé que cuente adivinanzas y cuentos fantásticos. Si no lo consigues, tendré tu cabeza.

El pescador volvió a casa y, sumamente angustiado, le dijo a su esposa:

—Esta vez sí que estoy perdido. ¿A ver dónde encuentro un bebé que cuente acertijos y cuentos fantásticos?

—No lo sé —respondió la mujer—, pero le preguntaré a mi hermana.

Después de escuchar la tercera exigencia del rey, la hermana dijo:

—Sólo existe una clase de bebé que pueda contar cuentos fantásticos y acertijos, y es un bebé que sea mitad *yinn* [genio] y mitad humano. Y resulta que hay un bebé así en un pueblo cercano.

Así pues, a la mañana siguiente, el pescador se presentó ante el rey con un bebé de siete días de edad en sus brazos.

—¿Y esperas que ese bebé cuente acertijos y cuentos fantásticos? —bramó el rey riéndose del pescador.

El pescador no dijo nada, pero el bebé sí.

—¡La paz sea contigo, oh gran rey!

Al rey se le borró la sonrisa de la cara, y el bebé comenzó su cuento.

—Yo soy un tipo adinerado, y he aquí cómo me hice rico. Hace cincuenta años, yo era pobre y pasaba hambre; y, estando un día debajo de una palmera



cargada de dátiles, me puse a arrojarle terrones de tierra con el fin de hacer caer sus frutos. Pero los dátiles, pegajosos como suelen ser, se mantuvieron firmes. De tan pegajosos que eran los terrones de tierra se quedaban pegados a ellos, de tal manera que, al cabo de un rato, había un acre de tierra en la copa de la palmera.

No había nada que le gustara más al rey que un buen relato fantástico.

—Eso es muy razonable —dijo el rey—. Prosigue, pequeño cuentacuentos.

—Así pues —dijo el bebé—. Me agencié un arado, un buey y un puñado de semillas de sésamo, trepé al árbol y me puse a labrar; luego planté las semillas y, llegando las lluvias, la cosecha creció y me hice un hombre rico. Compré tierras y, desde entonces, no he hecho más que prosperar. Pero hay una cosa que me tiene obsesionado...

—¿De qué se trata? —preguntó curioso el rey.

—Desde aquella primera cosecha, hay una semilla de sésamo que sigue pegada a la corteza de la palmera. Me tiene obsesionado desde hace cincuenta años y, por mucho que lo he intentado, no he conseguido hacerme con ella. Así pues, gran rey, he aquí el acertijo: ¿Debería olvidarme de ella y seguir adelante?

El rey estaba tan entusiasmado con el bebé que gritó:

—¡Claro que sí, ingenioso bebé! Tú eres un hombre rico. Te sobran semillas de sésamo. Olvídate de ella.

A lo que el bebé respondió:

—Parece que sois un rey sabio, de modo que, ¿por qué no seguís vuestro propio consejo?

—¿Mi propio consejo? —preguntó desconcertado el rey.

—Sí —contestó el bebé—. Tenéis una vida plena de comodidades y placeres. Tenéis decenas de mujeres que os colman de afecto. De modo que olvidaos de la única mujer que no podéis tener. Dejadla en paz.

Era aquél un rey que aquella mañana tenía planeado cortarle la cabeza a alguien, pero las palabras del bebé entraron por sus oídos, se fueron directo a su corazón y luego se sumergieron en su vientre. Y aquellas palabras resonaron con fuerza en su interior. Una sonrisa asomó a sus labios y dijo:

—Así sea. Vete, buen pescador, y que Dios os bendiga a ti y a tu esposa.

Y ése fue el relato del rey y la pescadora, y de su marido y su hermana, y de la cabra, la red y el bebé medio *yinn*, y de la semilla de sésamo. De modo que no nos olvidemos,

amigos míos, que, cuando creemos que no vamos a poder superar una paradoja, quizás sí que podemos; y que, antes de anhelar cosas que están más allá de nuestro alcance, es mejor hacer balance de todas las cosas buenas que tenemos.¹²

P3-19. LAS HADAS MALVADAS

Francia (Olcott, 1919, pp. 283-286)

Había una vez dos jóvenes hadas llamadas Carabosse y Follette, que eran tan maliciosas que la Reina de las Hadas las desterró de su corte. Las hadas cayeron así pues a la tierra, y comenzaron a merodear por aquí y por allí viendo qué travesuras podrían hacer a los mortales.

En éstas llegaron a un país en el que había multitud de granjas, con magníficas cosechas de cereales, grandes cultivos de verduras y enormes extensiones de frutales bien cargados de frutas. Cuando Carabosse y Follette vieron esto se sintieron corroídas por la envidia; pero, tras escuchar las conversaciones de los granjeros, se dieron cuenta de que las gentes en aquel país no eran felices, que no se daban por satisfechas con la abundancia que les daba la tierra, y que lo que deseaban era acumular riquezas sin cuento.



Carabosse y Follette se rieron burlonas de aquellas gentes y, cuando cayó la noche, tocaron con sus varitas mágicas todo cuanto crecía en los campos.

Al instante, todo cambió.

Las espigas de trigo, en su hermosa madurez, dejaron de mecerse con el viento al convertirse en espigas incrustadas de piedras preciosas. Los tallos de los cereales se convirtieron en juncos de oro o plata coronados por racimos de diamantes. Los árboles se transformaron en columnas de alabastro o de cristal, con hojas de esmeralda, y topacios, rubíes, perlas y amatistas como frutos. De las vides colgaban racimos de granates y rubíes. En definitiva,

todas las plantas y árboles de los campos se transformaron en oro, plata y piedras preciosas.

¹² Fotografía en este relato: "Date Palm Tree", de Dennis Jarvis, licencia CC BY-SA, en Flickr.com.

Cuando la gente despertó a la mañana siguiente y vieron sus campos y huertos brillando bajo el sol con miles de colores, se levantó un clamor de júbilo. Recorrieron los campos llenando cestas y canastos de joyas, y desgajando ramas de alabastro y de cristal. Se hicieron collares y cinturones de diamantes, rubíes y perlas, y se trenzaron coronas de oro en las cabezas, mientras engarzaban todo tipo de joyas en sus vestidos.

Pasó el estío y llegó el otoño, y no había árboles de fresca sombra bajo los cuales sentarse a descansar, ni había flores delicadas que exhalaran su fragancia. Sólo había rígidas hojas de esmeralda y duras piedras preciosas cuyo brillo hacía daño a los ojos.

Las hoces de los agricultores perdían rápidamente el filo contra los tallos de oro y plata de los cereales, y no había grano que el molino pudiera convertir en harina. Las vides y los árboles frutales, en lugar de ofrecer uvas maduras, manzanas jugosas y aterciopelados melocotones, se derrumbaban bajo toneladas de piedras preciosas. Nadie podía vender nada, pues todo el mundo era sumamente rico y no necesitaba de nada más.

Sin embargo, la comida no tardó en empezar a escasear. Los niños y las niñas lloraban pidiendo pan, pero no había pan.

Las maliciosas Carabosse y Follette, no contentas con toda la desdicha causada, fueron de arroyo en arroyo y de fuente en fuente tocando sus aguas con las varitas, transformando al instante las frescas aguas de los arroyos en oro fundido, mientras las fuentes derramaban plata.

No había agua. Las niñas y los niños lloraban suplicando algo que beber, pero no había nada que beber. Todo el mundo se estaba muriendo de hambre y de sed.

Las gentes, desesperadas, se despojaron de sus ricos vestidos incrustados de gemas, arrojaron al suelo sus coronas de oro, y se arrancaron los collares y los cinturones de diamantes, rubíes y perlas.

—¡Oh, dadnos pan y agua! —suplicaban.

Pero no había nadie que tuviera pan ni agua.

Sin embargo, había un hombre pobre, uno solo en todo el país, que siempre había estado satisfecho con lo que tenía. Vivía en una pequeña casita, rodeada por una exigua huerta. Y debido al hecho de que estaba satisfecho con su sino, Carabosse y Follette no habían podido transformar nada de lo que pertenecía a este hombre.

Cuando se enteró de que los niños lloraban de hambre y sed, se fue corriendo a su huerto y recogió todas las frutas y verduras que pudo, se las llevó a los niños, y no guardó nada para sí.

Inmediatamente, se oyó la voz atronadora de la Reina de las Hadas:

—¡Toma tu recompensa!

Se escuchó un gran estrépito, mientras un vendaval de viento se llevaba a su paso todas las hojas de esmeralda y los frutos de gemas. Llamas rojas y amarillas se vieron danzar sobre los arroyos y las fuentes, mientras los campos de cereales se sacudían violentamente. Y, en un abrir y cerrar de ojos, los árboles se cubrieron de nuevo de hojas verdes, en tanto que frutas maduras aparecían en sus ramas. Verduras frescas emergían de la tierra en los huertos, y los campos de cereales volvían a mecerse con el viento como un océano amarillo. Agua pura discurría por los arroyos, y las fuentes derramaban de nuevo agua fresca.

La voz de la Reina de las Hadas se volvió a escuchar en todas partes:

—¡Muere, Carabosse! ¡Muere, Follette!

Y, con un terrible estruendo, las dos hadas malvadas estallaron en miles de burbujas.

La gente casi se volvió loca de alegría. Las ruedas del molino comenzaron a girar de nuevo, moliendo harina para hacer pan. Los niños y las niñas, haciendo palmas, corrían por los huertos agarrando frutas, mientras las jóvenes llenaban sus cántaros con agua fresca en los arroyos. Todo el mundo tenía cuanto necesitaba para comer y beber.

Y, año tras año, las gentes de aquel país disfrutaron de cosechas ricas y abundantes, y nunca más se lamentaron por su suerte.¹³

P3-20. LAS CUATRO RAZAS

Cheroqui (McFadden, 1989, pp. 102-103)

"Poseemos el conocimiento y la tecnología necesarios para proveer a todos y para reducir nuestros impactos sobre el medio ambiente. El surgimiento de una sociedad civil global está creando nuevas oportunidades para construir un mundo democrático y humanitario."

Hace mucho tiempo, en los comienzos de este ciclo del tiempo, el Gran Espíritu reunió a los pueblos de la tierra en una isla que ahora se halla bajo las aguas y les dijo a los seres humanos:

¹³ Imagen en el relato: Fragmento del cuadro "The Quarrel of Oberon and Titania", de Joseph Noel Paton. Dominio público. En Wikimedia Commons.

—Voy a enviaros en las cuatro direcciones y, con el tiempo, os transformaré en cuatro colores. También os daré algunas enseñanzas, a las que llamaréis Enseñanzas Originales, y, cuando volváis a reuniros, las compartiréis con todos para que viváis pacíficamente en la tierra, y una gran civilización emergerá de vosotros.

»Para este ciclo del tiempo, os daré a cada grupo dos tablillas de piedra, que no deberéis arrojar al suelo. Si alguno de los grupos de hermanas y hermanos de las cuatro direcciones y los cuatro colores arrojara sus tablillas al suelo, no sólo los seres humanos pasarán por penalidades extremas, sino que incluso la tierra se hallará al filo de la muerte.»

El Gran Espíritu nos dio a cada grupo una responsabilidad, una Guarda y Custodia diferente. A los pueblos indios, el pueblo rojo, el Gran Espíritu le dio la Custodia de la Tierra. Durante este ciclo del tiempo, nuestro cometido era aprender las enseñanzas de la tierra, las plantas que crecen de ella, los alimentos que se pueden comer y las hierbas que nos pueden curar; de tal modo que, cuando nos reuniéramos de nuevo con los otros hermanos y hermanas, pudiéramos compartir estos conocimientos con ellos. Algo bueno ocurriría en la tierra.

En dirección al sur envió a la raza amarilla con la Custodia del Viento. Esta raza tenía que aprender las cosas del cielo y del aliento, de cómo llevarlos a nuestro interior para el progreso espiritual. Ellos tenían que compartir eso con nosotros cuando nos volviéramos a reunir.

Al oeste envió el Gran Espíritu a las gentes de raza negra con la Custodia del Agua. Ellas tendrían que aprender las enseñanzas del agua, que es el principal de los elementos, siendo el más humilde y, a la vez, el más poderoso.

Al norte envió a las gentes de raza blanca con la Custodia del Fuego. Si te fijas, en el centro de muchas de las cosas que hacen los blancos encontrarás el fuego. Dicen que la luz de las farolas es el fuego del hombre blanco, y si miras dentro de un automóvil encontrarás también fuego. El fuego consume, pero también mueve. Ése es el motivo por el cual las hermanas y los hermanos blancos comenzaron a moverse por toda la tierra, para reunirnos a todos en una gran familia humana.

P3-21. NO ES NUESTRO PROBLEMA

Birmania y Tailandia (MacDonald, 2005b, pp. 18-20)

"Nuestros retos ambientales, económicos, políticos, sociales y espirituales, están interrelacionados y juntos podemos proponer y concretar soluciones globales."

El rey estaba sentado con su consejero comiendo arroz inflado con miel y, mientras comían, se asomaban a los ventanales del palacio para observar a las gentes en las calles. Hablaban de esto y aquello cuando, sin darse cuenta de lo que hacía, al rey se le cayó una gota de miel en el alféizar de la ventana.

—¡Oh, señor —dijo el consejero—, dejad que limpie esa gota de miel!

—No te preocupes —dijo el rey—. No es *nuestro* problema. Los sirvientes la limpiarán más tarde.

Mientras seguían cenando, la gota de miel comenzó a deslizarse lentamente por el alféizar, hasta que cayó a la calle. Poco después, una mosca se acercó a la gota de miel y comenzó a chupar de ella pero, de inmediato, un geco que la vio salió de entre las grietas del palacio y de un lengüetazo se tragó a la mosca. Un gato que vio al geco se abalanzó sobre él, y un perro que lo vio se lanzó de inmediato a por el gato.

—Señor, parece que un perro y un gato están peleándose en la calle. ¿Queréis que le diga a alguien que salga a detenerlos?

—No te preocupes —dijo el rey—. No es *nuestro* problema.

De manera que ambos siguieron dando cuenta de arroz inflado con miel.

Mientras tanto, el dueño del gato había llegado y estaba apaleando al perro. Pero, entonces, el dueño del perro apareció en escena y le dio una patada al gato. Poco después, los dos dueños estaban golpeándose el uno al otro.

—Señor, hay dos personas peleándose en la calle. ¿Queréis que envíe a alguien para detener la pelea?

El rey se asomó con gesto perezoso a la ventana.

—No te preocupes. No es *nuestro* problema.

Los amigos del dueño del gato se congregaron y se pusieron a darle ánimos, mientras los amigos del dueño del perro hacían lo mismo, y no tardó mucho en saltar la chispa y enzarzarse ambos grupos en una gran pelea.

—Señor, hay muchas personas peleando en la calle ahora. Quizás deberíamos llamar a alguien para detener todo esto.

Pero la pereza del rey le impidió siquiera echar un vistazo a la calle, y ya puedes adivinar lo que dijo:

—No te preocupes. No es *nuestro* problema.

Entonces llegó un destacamento de soldados. Al principio intentaron detener la contienda pero, cuando se enteraron de los motivos de la disputa, unos tomaron partido por el dueño del gato y otros por el dueño del perro, de manera de poco después los soldados también estaban enzarzados en el gran tumulto.

Sin embargo, cuando los soldados se implicaron en la pelea, los acontecimientos se desencadenaron con rapidez. Poco después estallaba una guerra civil, se incendiaron casas y hubo muchos heridos, y hasta prendieron fuego al palacio, que ardió hasta los cimientos.

Cuando el rey y su consejero llegaron para inspeccionar las ruinas del palacio, el rey comentó:

—Quizás me equivoqué. Quizás la gota de miel SÍ ERA nuestro problema.

Sección 5: Responsabilidad universal

P4-22. DE CÓMO LA ABUELA ARAÑA ROBÓ EL SOL

Creek-muscogui, Sudeste de los Estados Unidos (Caduto y Bruchac, 1988, pp. 49-50)

"Para llevar a cabo estas aspiraciones debemos tomar la decisión de vivir de acuerdo con un sentido de responsabilidad universal, identificándonos con toda la comunidad terrestre, al igual que con nuestras comunidades locales."

Cuando la Tierra fue creada no había luz y, para los animales y las personas, la oscuridad resultaba muy dura. Pero, finalmente, los animales decidieron hacer algo al respecto.

—He oído decir que existe algo llamado el Sol —dijo el Oso—. Lo guardan en el otro lado del mundo, pero la gente de allí no lo quiere compartir. Quizás podamos robar un trozo de él.

Todos los animales coincidieron en que era una buena idea. Pero, ¿quién robaría el Sol?

El Zorro fue el primero en intentarlo. Se acercó a hurtadillas hasta el lugar donde guardaban el Sol y esperó hasta que nadie mirara. Entonces, agarró un trozo del Sol con la boca y echó a correr. Pero el Sol estaba tan caliente que le quemó la boca y lo soltó. Hasta el día de hoy todos los zorros tienen la boca negra debido a que el primer zorro se la quemó llevando el Sol.

La Zarigüeya lo intentó después. En aquellos tiempos, la Zarigüeya tenía una cola muy tupida. Ella se acercó sigilosamente hasta el lugar donde se guardaba el Sol, partió un trozo y se lo escondió en la cola. Luego, echó a correr, llevando el Sol a los animales y a la gente. Pero el Sol estaba tan caliente que le chamuscó la cola y se le cayó el pelo. Hasta el día de hoy todas las zarigüeyas tienen la cola pelada debido a que el Sol le chamuscó la cola a la primera zarigüeya.

Entonces lo intentó la Abuela Araña. En vez de intentar aguantar el Sol con las patas, tejió una bolsa con su hilo, puso el trozo del Sol en la bolsa y lo trajo consigo. Pero, ahora, el problema era dónde poner el Sol.

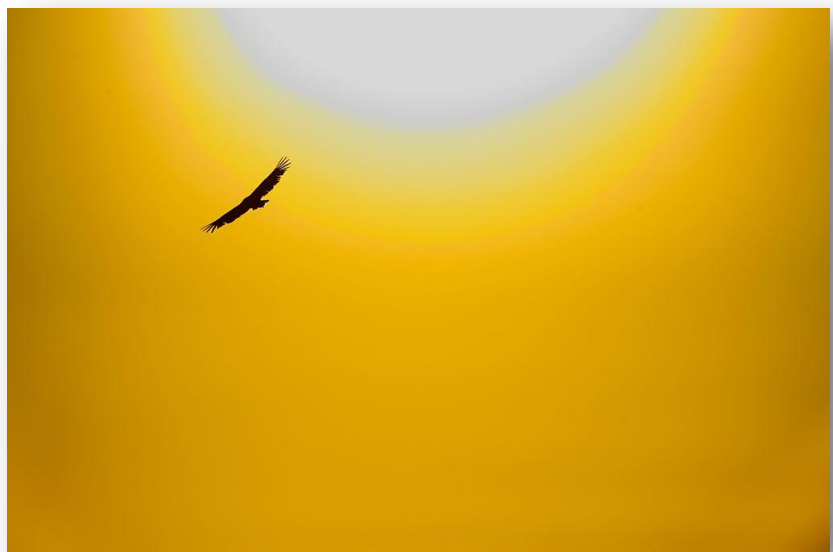
La Abuela Araña dijo:

—El Sol debería de estar en lo alto del cielo, para que todos puedan verlo y puedan beneficiarse de su luz.

Todos los animales estuvieron de acuerdo, pero ninguno de ellos podía llegar tan alto. Aunque lo llevaran hasta la punta más elevada del árbol más alto, no estaría a la suficiente altura como para que todos en la Tierra pudieran ver el Sol. Entonces pensaron que, quizás, una de las aves podría llevar el Sol hasta lo más alto del cielo. Todo el mundo sabía que el Buitre era el que más alto podía volar, de modo que él fue el elegido.

El Buitre se puso el Sol encima de la cabeza, donde sus plumas tenían mayor espesor, pues el Sol estaba todavía muy caliente, incluso dentro de la bolsa de la Abuela Araña. Luego, se echó a volar y se elevó poco a poco hacia lo más alto del cielo. Pero, mientras volaba, el Sol comenzó a calentarse. Siguió ascendiendo, cada vez más alto, pero el Sol se iba calentando cada vez más, hasta que llegó un momento en que el Sol comenzó a quemarle a través de la bolsa de la Abuela Araña. Pero el Buitre siguió remontándose hasta la cúspide del cielo. Subía y subía, y el Sol se calentaba cada vez más.

Comenzaron a quemársele las plumas de la parte de arriba de la cabeza, pero él continuó ascendiendo. Al final se quedó sin plumas, pero él siguió subiendo. Después, la piel desnuda de la cabeza se le enrojeció, pero no dejó de volar. Y voló hasta que llegó a lo más alto del cielo, y allí dejó el Sol, para que



pudiera dar luz a todo el mundo.

Todas las aves y los animales le rindieron honores al Buitre por haber llevado el Sol hasta la cumbre del cielo. Aunque se le quedó la cabeza pelada y fea debido a que se la quemó portando al Sol, el Buitre sigue siendo el ave que más alto vuela, y hasta el día de hoy se la puede ver dándole vueltas al Sol. Y debido a que la Abuela Araña trajo al Sol en su bolsa de hilo, hay veces en que el Sol irradia sus rayos a través del cielo con la misma forma de la tela de la Abuela Araña. Esto nos recuerda a todo el mundo que todos estamos conectados, como las hebras de la tela de la Abuela Araña, y nos recuerda a todo el mundo lo que la Abuela Araña hizo por el bien de todos los animales y de la gente.¹⁴

P4-23. LA BALLENA Y EL CORRELIMOS

Islas Marshall (Downing, 1992)

"Somos ciudadanos de diferentes naciones y de un solo mundo al mismo tiempo, donde los ámbitos local y global se encuentran estrechamente vinculados."

Era un luminoso día. El mar estaba en calma y el sol brillaba esplendoroso... pero la ballena y el correlimos estaban discutiendo.

—¡Hay más ballenas que correlimos en el mundo! —decía la gran ballena.

—¡En absoluto, hay muchos más correlimos! —gritaba el pequeño correlimos.

—¡Más ballenas!

—¡Más correlimos!

La discusión se podía oír en toda la isla, pero también a mucha distancia en el océano.

—¡Más correlimos!

—¡Más ballenas!

De repente, la ballena dejó de gritar y se puso a cantar:

«Bottor, Bottora / agua al cielo / llamando a todas las ballenas / venid presto a mí / del este, del oeste, del norte, del sur / venid presto a mí.»

¹⁴ Imagen en este relato: "Griffon Vulture (*Gyps fulvus*) flying against a fiery afternoon sun, in Spain", de Arturo de Frias Marques, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons.

Y vinieron.

Del este vinieron empujando grandes olas, y del oeste, del norte, del sur, empujando olas que llegaban hasta el cielo.

—¡Mira —dijo la gran ballena—, hay más ballenas que correlimos!

El correlimos no dijo nada, pero se puso a cantar:

«Kirir, Kirira / llamando al mundo / llamando a todos los correlimos / venid rápido / del este, del oeste, del norte, del sur / venid rápido y salvadme.»

Mientras el ave cantaba, un vendaval se desató desde el este, también soplaba desde el oeste, y desde el norte, y el sur. Era el aleteo de cientos de miles de alas. Todos los correlimos vinieron, y el cielo se oscureció por completo.

—Mira —dijo el pequeño correlimos—. Te dije que hay más correlimos que ballenas.

—Espera. Vas a ver más —dijo la ballena riendo, y se puso a cantar con fuerza.

«Bottor, Bottora / aletas negras sobre el mar / llamando a todos los tiburones / venid presto a mí / del este, del oeste, del norte, del sur / venid presto a mí.»

Desde los cuatro rincones del mundo, el océano se llenó de aletas.

—¡Más ballenas, más peces, más que correlimos! ¡Más, más, más! —gritó la ingeniosa ballena.

Pero, mientras hablaba la ballena, el correlimos se puso a cantar de nuevo:

«Kirir, Kirira / llamando por no sucumbir a la derrota / llamando a todas las grullas / venid rápido / del este, del oeste, del norte, del sur / venid rápido y salvadme.»

La ballena y el correlimos oyeron un trueno, y miraron al cielo. Las grullas habían oído la llamada y venían en masa batiendo las alas para salvar a su amigo.

—¡Más correlimos, más aves, más que ballenas! ¡Más, más, más! —gorjeó el extraordinario correlimos.



La gran ballena y el pequeño correlimos siguieron cantando y cantando, llamando a todos los peces, llamando a todas las aves de la tierra para que vinieran.

Los atunes oyeron la llamada y vinieron. Las gaviotas oyeron la llamada y vinieron. Los bonitos oyeron la llamada y vinieron. Los gaviotines oyeron la llamada y vinieron... por cientos, por millares, por millones.

El estrépito era impresionante. Era el ruido de todos los peces y de todas las aves del mundo.

Pero, aún así, nadie sabía todavía si había más ballenas que correlimos, o más correlimos que ballenas.

—¿Qué haremos ahora? —le preguntó un tiburón a la ballena.

La ballena echó un vistazo sobre la multitud, miró aquí y allá, allá y aquí, a los pájaros que cubrían el cielo y a los pájaros que estaban posados en la isla.

—Nos comeremos toda la tierra, y entonces los pájaros no podrán sobrevivir —dijo la ballena.

Y todos los peces del mar empezaron a comerse la tierra, pedacito a pedacito.

—¿Qué haremos ahora? —le preguntó una grulla al correlimos mientras la tierra desaparecía debajo de sus patas.

El correlimos miró de aquí para allá a lo ancho del océano, y por encima y por debajo del mar.

—Nos beberemos toda el agua del océano —dijo el correlimos—, y los peces no podrán sobrevivir.

Pero llevaba más tiempo comerse la tierra que beberse el océano, por lo que las aves terminaron primero. Se bebieron toda el agua del océano.

Y, sin agua donde vivir, las ballenas y los tiburones, y los atunes, los bonitos y todos los demás peces empezaron a retorcerse en el suelo resollando por un poco de agua.

Las aves vieron que los peces se estaban muriendo... y empezaron a preocuparse. Ellas comían peces, y sin peces pasarían hambre. Sin peces ellas también morirían.

—¡Necesitamos a los peces! —gritaron.

Vieron a los peces resollando, anhelando el agua, y se pusieron muy tristes. Pero el correlimos era el que más triste estaba de todos, de manera que les dijo a los pájaros lo que tenían que hacer.

Y todos los correlimos, y las grullas, y las gaviotas, los gaviotines y todas las aves regurgitaron toda el agua que se habían tragado, y el océano se llenó de nuevo, tal como había sido siempre.

El correlimos y la ballena se miraron y se sonrieron. Al fin y al cabo, eran amigos.

Y, así, todos los peces volvieron a su casa, y todas las aves regresaron también a su hogar. Partieron hacia el este, el oeste, el norte y el sur, nadando y volando, hasta que todo volvió a ser como había sido en un principio, con la diferencia de que ahora habían aprendido una lección: la lección de cuánto se necesitaban unos a otros.

Y las aves y los peces del mundo recordaron la lección, y vivieron juntos en armonía... y nunca supieron si había más ballenas o más correlimos en el mundo.¹⁵

P4-24. EL COLIBRÍ

China (Livo, 2003, p. 105)

"Todos compartimos una responsabilidad hacia el bienestar presente y futuro de la familia humana y del mundo viviente en su amplitud."

Era un día caluroso y húmedo en la gran jungla china, mientras un elefante iba poniendo un pie delante del otro y balanceaba la trompa mientras caminaba. De repente, el elefante vio algo brillante en el suelo. Era un minúsculo colibrí, y estaba panza arriba.

Parecía muerto, pues tenía las dos patitas estiradas hacia el cielo, y no se movía.

El elefante se acercó al minúsculo pajarillo y le dio un suave golpecito con la trompa.

—No me empujes —dijo el colibrí.

—¡Ah, entonces no estás muerto! —dijo el preocupado elefante— Pero, ¿qué estás haciendo ahí así? ¡Podía haberte pisado!

El colibrí abrió los ojos para mirar al elefante.

—Es que he oído decir que hoy podía caer el cielo sobre nuestras cabezas. Y, si eso ocurriera, estoy dispuesto a poner mi parte y ayudar a aguantarlo.

El elefante no pudo evitar reírse ante tan optimista criaturilla.

¹⁵ Imagen en el relato: "Correlimos tridáctilo", fotografía de Juan Emilio, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons.

—¡Venga ya, pajarillo! —dijo el elefante al final— ¿De verdad crees que con esas minúsculas patitas vas a poder aguantar el cielo?

El pajarillo se quedó mirando al enorme animal y admitió tranquilamente:

—No creo que pueda hacerlo yo solo, pero todas las criaturas deberían hacer lo que estuviera en su mano. ¡Y esto es lo que yo puedo hacer!

P4-25. SAUCE VERDE

Japón (Martin, 1996, pp. 12-16)

"El espíritu de solidaridad humana y de afinidad con toda la vida se fortalece cuando vivimos con reverencia ante el misterio del ser, con gratitud por el regalo de la vida y con humildad con respecto al lugar que ocupa el ser humano en la naturaleza."

Había una vez un joven samurai llamado Tomotada que, aunque había sido entrenado para la guerra y era diestro en el manejo del arco, la lanza y la espada, dedicaba gran parte de su tiempo al cuidado de los árboles de los jardines del palacio. Tomotada adoraba las plantas, pero sobre todo adoraba los árboles.

Un día, le encargaron a Tomotada una importante misión. Tenía que llevar un mensaje de su señor al señor del castillo que se encontraba en las montañas. Aquél era un gran honor.

Era un día luminoso de principios de otoño cuando Tomotada salió cabalgando por las puertas de palacio, mientras las hojas doradas de los sauces ondeaban con la brisa como si se despidieran de él.

Tomotada cabalgó durante todo el día sin contratiempos pero, a medida que se aproximaba a las montañas, el cielo se fue oscureciendo. Empezaron a caer rayos y se desató un viento frío cuando, de repente, empezó a llover a cántaros. Tomotada siguió cabalgando, instando a su caballo a seguir adelante por los resbaladizos senderos. Pero se estaba haciendo de noche, y una caída en aquellos puertos de montaña podía significar fácilmente la muerte.

Poco después, Tomotada vio un destello de luz. La luz se desvaneció, y luego volvió a brillar. Dirigiéndose hacia ella, el joven samurai se encontró con una pequeña cabaña junto a un río, en cuya ribera crecían tres sauces. Dos de ellos eran viejos y de gruesos troncos, y crecían muy juntos. El tercero era más joven, elegante y esbelto. Habían sido las ramas de

los sauces las que, agitadas por el viento, habían estado ocultando y revelando la luz en la distancia, la luz que brillaba a través de una rendija de la ventana cerrada de la cabaña.

Empapado y helado, Tomotada ató las riendas de su caballo a uno de los sauces y llamó a la puerta. Un anciano la abrió y le dio la bienvenida:

—Adelante, joven señor —dijo—. Entrad, no os quedéis bajo la tormenta. Sauce Verde cuidará de vuestro caballo.

Tomotada se volvió y vio una figura embozada bajo un manto que se llevaba su caballo al abrigo, y entonces se decidió a entrar.

Un baño caliente le sacó el frío de los huesos y, después de vestirse con ropa limpia y seca, se sentó ante la mesa. La mujer del anciano le había dispuesto algo para cenar.

Entonces se abrió la puerta, y una ráfaga de viento fresca y húmeda penetró en la casa.

—Es mi hija —dijo su anfitrión—, Sauce Verde.

Tímidamente, la muchacha se quitó el manto empapado, y el corazón de Tomotada dio un salto en su pecho. La joven era hermosa, elegante y grácil como su homónimo, el sauce. Tomotada se olvidó de la cena. Se olvidó de su misión. En lo único que podía pensar era en Sauce Verde.

Hasta altas horas de la noche, Tomotada estuvo allí sentado, hablando con los dos ancianos y con Sauce Verde. La voz de la joven se le antojaba tan suave y tan dulce como el susurro de las hojas del sauce. El modo en que giraba el cuello, la cadencia del movimiento de sus manos y sus brazos era tan elegante, tan bella para él como el vaivén de un joven sauce con las brisas de la primavera.

Finalmente, Tomotada se fue a dormir, mientras en el exterior se escuchaba la suave música que hacía el viento al agitar las hojas de los sauces. Y en su mente escuchó la letra que aquella música evocaba en su corazón: «Sauce Verde. Mi esposa será Sauce Verde».

Pero, por desgracia para Tomotada, el día siguiente amaneció despejado. No podría quedarse en la cabaña. Una vez más, su misión le llamaba. Con el corazón apesadumbrado, Tomotada contempló a Sauce Verde mientras le traía el caballo del establo. Y de pronto se dio cuenta de que habían lágrimas en sus ojos, y supo que no podría dejarla jamás.

—Volveré tan pronto como termine mi misión —le dijo.

Y, montando su caballo, partió.

Las preocupaciones le corroyeron el corazón durante todo el día. ¿Acaso no debería haber pedido la mano de Sauce Verde en matrimonio antes de partir? ¿Seguiría ella allí cuando regresara? Con tales pensamientos en su cabeza no encontraba la paz.

Cuando cayó la noche llegó a un templo abandonado. Agotado, desmontó y, al entrar en el templo, escuchó un movimiento en la oscuridad. Instintivamente, sacó su espada y gritó:

—¿Quién anda ahí? ¡Muéstrate o atacaré!

Una figura emergió de entre las sombras.

—¡Sauce Verde!

Envainó su espada y sujetó a Sauce Verde por el talle. ¿Cómo le había podido encontrar allí, en aquel lugar tan solitario? ¿Y cómo podía haber llegado ella antes que él? Pero estas preguntas no cruzaron por su cabeza.

No. Lo único que le importaba era que Sauce Verde estaba con él.

Tomotada ya no pudo abandonar a Sauce Verde de nuevo. Se perdieron juntos por los caminos, sin importarles adónde pudieran conducir. Con el tiempo, llegaron a una ciudad donde el señor de Tomotada era un completo desconocido. Se casaron y, con el dinero y las joyas que Tomotada llevaba cosidas en el forro de su ropa, se construyeron una casa cerca de un riachuelo.

—Algún día —dijo él—, volveré a mi señor y le pediré que me perdone. Pero aún no. No me puedo ir todavía.

Una noche de verano, Tomotada y Sauce Verde estaban sentados en su jardín. El agua murmuraba en el riachuelo cercano. Las hojas de los árboles susurraban con la brisa nocturna, y el perfume de las flores inundaba de fragancias el aire. Pero, de repente, Sauce Verde profirió un grito de dolor:

—¡Mi árbol! ¡Mi árbol! —dijo entrecortadamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tomotada abalanzándose sobre ella para protegerla.

Un sudor frío cubrió la frente de Sauce Verde.

—¡Mi árbol! —gimió de nuevo ella— Mi árbol. ¡No se lo permitas! ¡No ahora! ¡Oh, lo están talando, lo están talando! ¡Qué dolor! ¡Están cortando mi árbol!

»¡Oh, amado Tomotada, mi marido! —dijo ella temblando— Siento mucho haberte alejado de tu deber. Pero yo te amaba... y siempre te amaré. Adiós, amado mío...»

—Pero, ¿qué estás diciendo? —gritó él— Estás aquí, conmigo. No pasa nada. ¿Qué...?

Pero, antes de que Tomotada pudiera terminar la pregunta, Sauce Verde se había ido. Entre sus brazos ya no había una mujer, sino un montón de largas, esbeltas y doradas hojas de sauce.

En su corazón, Tomotada supo la verdad. Pero era una verdad muy difícil de aceptar.

Tomotada renunció al mundo, dio todo cuanto poseía y se convirtió en un monje errante, un discípulo del compasivo Buda. Con frecuencia dormía en los campos, bajo las estrellas, o bien meditaba en las montañas con la única compañía de los animales, las rocas y los árboles. Oraba por todos los seres vivos, por los animales, las plantas y los árboles.

Un día se encontró de pronto junto a un río, en un lugar que le resultaba familiar. Con un sobresalto, recordó que era el lugar donde había estado la cabaña en la que conoció a Sauce Verde. No quedaba rastro alguno de la casa, pero habían tres tocones de árboles que habían sido talados. Era cuanto quedaba de los dos viejos sauces y del sauce joven. Juntando las palmas de sus manos, Tomotada se hincó de rodillas y recitó una oración por los muertos ante los tocones de los sauces.

«Loco —pensó para sí—, ¿qué va pensar la gente si te ven rezar delante de los tocones de los sauces?»

Con las manos unidas en oración, Tomotada entonó una vez más las palabras que llevan la paz a aquéllos que se encuentran más allá de la vida terrestre.



La peregrinación de Tomotada había terminado. Construyó una cabaña en aquel lugar, y allí se quedó. Cuando llegó la primavera descubrió un broto verde en el tocón de lo que había sido el sauce joven. Tomotada cuidó de aquel brote, que creció hasta convertirse en un grácil retoño, cubierto con esbeltas hojas que murmuraban y susurraban con la brisa. Por la noche, la música de las hojas se introducía en sus sueños. «Sauce Verde —cantaba una voz con aquella música—, Sauce Verde».

El árbol siguió creciendo, haciéndose más hermoso con el paso de los años. Y, finalmente, la vida de Tomotada llegó a su término. Una semilla se desprendió del sauce y cayó allí donde los huesos de Tomotada se habían unido a la tierra. Con el tiempo salió un brote, y el retoño creció y creció hasta que se convirtió en un árbol robusto, y los troncos de los dos sauces crecieron juntos. Entrelazaron sus ramas y, bajo la tierra, sus raíces se encontraron y se abrazaron en la oscuridad.

Cuando sopla el viento y agita las hojas de esos árboles, es como si hablaran. «Tomotada», parece susurrar uno de los árboles, como el murmullo de alguien que durmiera, y el otro parece susurrar, como si de una tierna respuesta se tratara, «Sauce Verde, Sauce Verde».¹⁶

P4-26. LA SEMILLA DEL BANIANO

Hinduismo (Prime, 1992, pp. 2-3)

Había una vez un zapatero que llevaba una vida sencilla y honesta. Era un hombre pobre y tenía que trabajar mucho para mantener a su esposa y a sus hijos, pero cualquier ingreso extra que tuviera, por pequeño que fuera, lo dedicaba al culto de Visnú, el señor de la creación. Vivía junto a un enorme baniano que, como todos los árboles de esta especie, tenía un inmenso tronco central rodeado por otros troncos más pequeños que colgaban de las ramas hasta convertirse en raíces. El árbol era muy viejo, y conformaba por sí solo un pequeño bosque.

Un día, mientras trabajaba a la sombra del baniano, el gran maestro Narada vino a hacerle una visita. Narada es famoso entre los hindúes por ser el amigo y mensajero personal de Visnú. Puede ver a Visnú siempre que lo desea, pero dedica la mayor parte de su tiempo a viajar por todo el universo, visitando a los devotos de Visnú e instruyéndolos.

El zapatero se puso muy contento al recibir a tan honorable huésped y, después de darle la bienvenida con el debido respeto, se atrevió a preguntarle si había visto recientemente a Visnú.

¹⁶ Imagen en este relato: "Ma Yuan Walking on Path in Spring", cuadro de Ma Yuan. Dominio público. En Wikimedia Commons.

—Sí —respondió Narada—. Acabo de estar con Él y me ha enviado a verte.

El zapatero se sorprendió al escuchar que Visnú había enviado a Narada a verle. Nadie importante había ido nunca a verle; él no era más que un zapatero. ¿Qué interés podría tener Visnú en él?

Al cabo de unos momentos de incertidumbre, la curiosidad se impuso a la timidez.

—¿Y por qué quería Visnú que vinierais a verme?

—Él pensó que quizás quisieras hacerme algunas preguntas.

"¿Preguntas?" Aquello pilló desprevenido al zapatero. ¡El mismísimo Narada había venido a responder sus preguntas!

Claro está que él se planteaba preguntas de cuando en cuando, pero ahora, ante aquella oportunidad única, ¡la mente se le quedó en blanco! Confuso, rebuscó en su cabeza algo que preguntar y, de repente, se le ocurrió una pregunta. No era una pregunta demasiado profunda, pero al menos era una pregunta.

—¿Qué estaba haciendo Visnú cuando le visteis?

Sin embargo, Visnú sabía que el zapatero, a pesar de ser una persona sencilla, era alguien muy especial, y sabía lo que ocurriría cuando Narada apareciera súbitamente delante de él. Dado que lo sabe todo, Visnú sabía qué pregunta exacta formularía el zapatero, y queriendo enseñarle una lección a Narada, le dijo exactamente lo que debería responderle.

—Estaba enhebrando un elefante a través del ojo de una aguja —respondió Narada misteriosamente.

—¿Enhebrando un elefante a través del ojo de una aguja? —se sorprendió el zapatero.

Jamás hubiera esperado que Visnú se dedicara a hacer cosas así.

—Bueno, una cosa es cierta —dijo el zapatero entre risas—: ¡sólo Visnú puede hacer eso!

—¡No me irás a creer! —sonrió Narada, divertido con la simplicidad del zapatero.

Le había dado aquella respuesta simplemente para poner a prueba al zapatero, y no esperaba que le creyera.

—No creo que ni siquiera Visnú pueda hacer eso... —añadió Narada— ¡Es imposible!

—¿Por qué Visnú no iba a poder hacer eso? —respondió el zapatero, sorprendido por la falta de fe de Narada— No hay nada imposible para Visnú. El mundo está lleno de Sus milagros. Él hace que el sol se eleve cada día. Hace que el viento sople. Hace que los ríos fluyan y que árboles y flores crezcan.

El zapatero se animó en su discurso.

—Mirad esto —dijo mientras se inclinaba y tomaba una semilla del baniano—. Dentro de esta semilla hay un baniano tan grande como el que ahora nos cubre. Simplemente, está esperando a salir de ahí. ¡Si Visnú puede comprimir todo un baniano en una minúscula semilla, sin duda puede enhebrar un elefante a través del ojo de una aguja!

Sorprendido por la sabiduría de las palabras del zapatero, Narada tuvo que admitir que lo que había dicho era cierto. Se dio cuenta de que aquel hombre no era el simplón que él creía, sino que era sabio, debido a que era capaz de ver en todo la mano del Dios.

P4-27. LA SABIA CODORNIZ

Budismo indio (Martin, 1999, pp. 71-74)

"Necesitamos urgentemente una visión compartida sobre los valores básicos, que brinden un fundamento ético para la comunidad mundial emergente."

En cierta ocasión, Buda fue una sabia codorniz, líder de una bandada. Un día, un cazador se adentró en el bosque e, imitando las llamadas de las codornices, empezó a atrapar a las más incautas. La sabia codorniz se percató de que algo andaba mal, de modo que llamó a su bandada y dijo:

—Mis queridas hermanas, me temo que hay un cazador en el bosque, porque muchas de nuestras hermanas y hermanos han desaparecido. Tenemos que estar alerta, pues el peligro se cierne sobre nosotras. No obstante, si trabajamos juntas, podremos seguir siendo libres. De modo que escuchad mi plan, por favor. Si escucháis una llamada, «*Tui hui, tui hui, tui hui*», como si un hermano o hermana estuviera llamando, tened mucho cuidado pues, si seguís esa llamada, la oscuridad podría caer sobre vosotras.

»Vuestras alas pueden quedar atrapadas de tal manera que no podáis volar, y el miedo a morir os puede agarrotar el corazón. Si sucediera esto, entended que habéis caído en la red del cazador, ¡pero no os rindáis! Recordad: si trabajáis en equipo os podréis liberar. Así pues, éste es mi plan: tenéis que sacar la cabeza todas a través de los agujeros de la red y, entonces, tenéis que aletear todas a la vez. En equipo, aunque estéis aún bajo la red,

podréis elevaros en el aire. Luego, volad hasta algún arbusto y dejad que la red se pose sobre las ramas del matorral, de tal manera que podréis caer al suelo y huir por debajo de la red. Una vez fuera, podréis echar a volar nuevamente para alejaros del cazador. ¿Entendéis? ¿Podréis hacerlo?»

—Lo entendemos —respondieron a una todas las codornices—, ¡y lo haremos! Trabajaremos en equipo y nos liberaremos.

La sabia codorniz se dio por satisfecha al escuchar esto. Al día siguiente, un grupo de codornices estaban picoteando por el suelo cuando escucharon una larga llamada: «¡Tui hui! ¡Tui hui! ¡Tui hui!» ¡Era la llamada de una codorniz en peligro! Allí se precipitaron todas cuando, de repente, la oscuridad cayó sobre ellas y sus alas quedaron inmovilizadas. Habían caído bajo la red del cazador. Pero, acordándose de lo que les había dicho la sabia codorniz, no se dejaron llevar por el pánico. Sacando las cabezas a través de los agujeros de la red, se pusieron a aletear todas juntas, cada vez con más intensidad hasta que, poco a poco, aún con la red encima, comenzaron a elevarse juntas. Volaron hasta un arbusto, se dejaron caer a través de las ramas y, dejando la red colgada en las ramas exteriores del matorral, salieron huyendo cada una en una dirección.

¡El plan había funcionado! ¡Estaban a salvo! ¡Habían escapado de las garras de la muerte! Sin duda, eran muy felices.

El que no estaba tan feliz era el cazador. No podía entender cómo se le habían escapado las codornices. Y esto no le ocurrió sólo una vez, sino muchas. Al final, el cazador se dio cuenta de lo que pasaba.

—¡Claro! —exclamó sorprendido— ¡Las codornices están cooperando entre ellas! ¡Están trabajando en equipo! Pero eso no puede durar. No son más que pájaros, con la cabeza llena de plumas después de todo. Más pronto o más tarde discutirán; y, cuando lo hagan, yo estaré allí para hacerme con ellas.

Así pues, el cazador se lo tomó con paciencia.

Sin embargo, la sabia codorniz había llegado a la misma conclusión que el cazador. Más pronto o más tarde, las codornices de su bandada empezarán a discutir y, cuando eso ocurriera, estarían perdidas, de modo que decidió que lo mejor sería irse a una zona más profunda del bosque, lejos de aquel peligro.

Aquel mismo día sucedió algo que vino a confirmar los temores de la sabia codorniz. Una codorniz estaba picoteando semillas en el suelo cuando otra codorniz de la bandada, aterrizando bruscamente, la golpeó por accidente con la punta de su ala.

—¡Eh! ¡Mira por dónde vas, estúpida! —exclamó la primera codorniz, enfurecida.

—¿Estúpida yo? —respondió la recién llegada, aturdida aún por su mal aterrizaje— ¡No sé a qué vienen tantos humos! Lo que pasa es que eres demasiado tonta como para apartarte cuando ves que llega alguien. ¡Sí, eres demasiado tonta! ¡Inútil!

—¿Cómo que inútil? —gritó la primera codorniz— ¿Inútil? ¡Vaya idioteces dices! ¡Es evidente que ni siquiera sabes aterrizar sin darle a alguien en la cara! Si eso no es ser estúpida, entonces no sé lo que es ser estúpida. ¿Quién te enseñó a ti a volar, un murciélago de alas desnudas?

—¿Murciélago dices? —respondió a voz en grito, colérica, la segunda codorniz— ¿Murciélago? ¡Te voy a dar yo murciélago, tonta de las plumas!

Y con un graznido se abalanzó sobre la otra codorniz. Persiguiéndose furiosamente la una a la otra, con insultos y amenazas de ida y vuelta, las dos codornices revoloteaban, se revolvían y se atizaban entre los grandes árboles en el silencio del bosque. Había comenzado una pelea y, como suele suceder con las peleas, nunca se sabe cuándo van a terminar.



La sabia codorniz estaba cerca y pudo oírlo todo, y supo de inmediato que corrían peligro. Si no trabajaban en equipo, el cazador se apoderaría de ellas. De modo que llamó a la bandada y les dijo:

—Mis queridas hermanas y hermanos, el cazador está por aquí. Vámonos rápido a lo más profundo del bosque y allí, a solas, disciplinémonos, practiquemos nuestras habilidades en el trabajo en equipo. Así nos liberaremos verdaderamente del peligro.

Muchas de las codornices dijeron:

—Aunque nos encanta nuestro actual hogar, iremos contigo Sabia Codorniz. El peligro es grande y no queremos arriesgarnos más.

Pero otras dijeron:

—¿Por qué nos vamos a ir de este sitio tan agradable? Tú misma, Sabia Codorniz, nos has enseñado cuanto necesitamos para liberarnos. Sabemos lo que hay que hacer. Sólo tenemos que sacar la cabeza a través de la red, aletear juntas y alejarnos. ¡Cualquier idiota puede hacer eso! Nosotras nos quedamos.

Así pues, algunas de las codornices se fueron volando con la sabia codorniz, en tanto que otras optaron por quedarse. Pocos días después, cuando algunas de las que se habían quedado estaban buscando algo para cenar, escucharon una llamada: «¡Tui hui! ¡Tui hui! ¡Tui hui!» Salieron corriendo para responder a la llamada cuando, de repente, la oscuridad cayó sobre ellas. El miedo se apoderó de sus corazones. ¡Estaban atrapadas en la red del cazador! Pero, acordándose de las enseñanzas de la sabia codorniz, sacaron las cabezas a través de la red y una de ellas dijo:

—A la que cuente tres aleteamos. ¿Preparadas? Uno, dos, tres...

—¡Eh! —dijo otra de ellas— ¿Quién te ha dicho a ti que eres la jefa? ¿Quién te ha dicho que puedes darnos órdenes?

—Yo soy la que más trabaja y soy la más fuerte —dijo la primera—. Cuando yo aleteo, levanto el polvo de la tierra y hago torbellinos. Sin mí no vais a poder levantaros del suelo con la red encima. De modo que yo doy las órdenes, ¿de acuerdo?

—¡No, no estoy de acuerdo! —gritó otra— Todo lo que acabas de decir es una menudencia. Cuando yo aleteo, agito todas las hojas de los árboles, las ramas se doblan, e incluso los troncos se cimbrean. Yo soy la más fuerte. ¡Si alguien tiene que dar órdenes, ésa soy yo!

—¡No, yo! —dijo una tercera.

—¡Yo! —vociferó la cuarta.

—¡No! ¡No! ¡Escuchadme a mí! —gritó la primera codorniz levantando la voz por encima del estrépito— ¡Aletead! ¡Aletead! ¡Aletead! Hacedme caso. ¡Aletead todas a la vez cuando yo diga «tres»!

Pero ninguna lo hizo. Simplemente, siguieron discutiendo y discutiendo. Y, mientras discutían, el cazador llegó y las encontró; y su destino, por desgracia, no fue feliz.

Pero las codornices que se fueron a lo profundo del bosque aprendieron, bajo las directrices de la sabia codorniz, a cooperar de verdad. Practicaron una y otra vez hasta que aprendieron a trabajar en equipo sin enfadarse ni discutir. Por mucho que intentó atraparlas el cazador, nunca pudo, y hasta el día de hoy siguen siendo libres.¹⁷

¹⁷ Imagen en este relato: "California Quail", de Phillip Cowan, licencia CC BY-ND, en Flickr.com.

Anexo 2

Relatos de la muestra:

Sección I de la Carta de la Tierra

Principio 1

A1-01. LA MUJER TIERRA

Okanagan - Columbia Británica y estado de Washington (Leeming, 2010, p. 214)

"I. Respetar la Tierra y la vida en toda su diversidad." |

El Antiguo creó el mundo como una mujer. Tomó la minúscula tierra que había aquí en un principio y la estiró como se estira la masa con un rodillo, hasta que se convirtió en la Mujer Tierra. Su cabeza estaba en el oeste, hacia donde fluyen los ríos y donde vamos cuando morimos. Los árboles y las demás plantas son sus cabellos, la tierra es su cuerpo, las piedras sus huesos, y el viento es su aliento.

El Antiguo hizo a los animales a partir de pequeños pedazos del cuerpo de ella, y sopló sobre ellos para darles la vida.

Los indios, hechos de arcilla roja, estaban entre aquellas nuevas criaturas, pero algunos de ellos eran malvados, de modo que el Antiguo envió a su hijo — algunos dicen que era Jesús— para poner las cosas en orden. Sin embargo, la gente mató al hijo, y éste volvió con el Antiguo.

El Antiguo envió entonces a Coyote para intentar enderezar las cosas, y Coyote tuvo más éxito. Mató monstruos, le enseñó a la gente cosas que necesitaban saber y los dividió en tribus con diferentes lenguas. Pero también cometió varios errores idiotas, de modo que el Antiguo tomó la forma de un anciano sabio y decidió completar la obra de la creación por sí mismo. Se encontró con Coyote por el camino, pero Coyote se negó a reconocerle cuando le dijo que era el Antiguo, el jefe del mundo, y sólo lo reconoció cuando el Antiguo agarró un río y lo cambió de sitio. Entonces, el Antiguo relegó de sus funciones al Coyote agradeciéndole el trabajo realizado.

Finalmente, el Antiguo le enseñó a la gente cómo tenían que orar, para que pudieran hablar con él y él con ellos una vez regresara al firmamento; y le dijo al pueblo que, con el tiempo, la Mujer Tierra sería lo suficientemente anciana como para que el Antiguo y los muertos regresaran a ella, que entonces todos vivirían juntos y reverenciarían a la Mujer Tierra como la Gran Madre.

A1-02. PARA QUÉ SE CREARON LAS CRIATURAS

Taoísmo (Lieh Tzu, 1912, pp. 119-120)

"1.a. Reconocer que todos los seres son interdependientes y que toda forma de vida, independientemente de su utilidad, tiene valor para los seres humanos."

El señor T'ien, del Estado Ch'i, estaba celebrando un banquete ancestral en su gran salón, al cual habían sido convocados un millar de invitados. Muchos de ellos acudieron con regalos



para él, principalmente capturas y trofeos de pesca y caza, de modo que el señor T'ien, mirándolos a todos con aprobación, exclamó con fervor:

—¡Cuán generoso es el Dios Todopoderoso con el hombre! Él hace que crezcan los cinco tipos de cereales, y crea a las tribus de los que tienes aletas y los que tienen plumas para nuestro beneficio.

Todos los invitados del señor T'ien aplaudieron sus sentimientos unánimemente, pero el hijo del señor Pao, de doce años, prescindiendo del protocolo establecido para con los mayores, se adelantó y dijo:

—Estáis equivocado, mi señor. Todas las criaturas vivas del universo se encuentran en la misma categoría que nosotros, y ninguna tiene mayor valor intrínseco que otra. El único motivo por el cual unas especies se imponen a otras, o bien unas cazan a otras, es por razón de su tamaño, su fuerza o su ingenio. Ninguna de ellas fue creada para estar al servicio de las demás. El ser humano captura y se come a aquellas especies que son adecuadas para su alimentación; pero, ¿cómo se puede mantener la afirmación de que Dios las crea expresamente para uso y disfrute del hombre? Los mosquitos y las pulgas chupan la sangre de los seres humanos, y tigres y lobos devoran su carne; y, sin embargo, no por ello decimos que el hombre fue creado por Dios expresamente para el beneficio de los mosquitos y las pulgas, o para proveer de comida a tigres y lobos.

A1-03. EL GIGANTESCO ÁRBOL INÚTIL

Taoísmo (Zhuangzi, 1999, pp. 65, 67)

Shi el Carpintero había partido de viaje hacia el estado de Qi cuando, al llegar a Qu Yuan, vio un roble que se tenía por sagrado en la aldea y les servía de santuario. El roble era tan enorme que podía acoger bajo sus ramas a miles de bueyes. Con cien palmos de circunferencia, el árbol superaba en altura las colinas de los alrededores, estando sus ramas más bajas a ochenta pies del suelo. Además, una docena de sus ramas eran lo suficientemente grandes como para hacer barcos con ellas. Viajeros y curiosos se agolpaban como las multitudes de un mercado para verlo de cerca, pero el carpintero ni siquiera se paró a contemplarlo y prosiguió su camino con un gesto de disgusto en su rostro.

Sin embargo, su aprendiz sí se detuvo a observar el majestuoso roble y, cuando alcanzó de nuevo a su maestro, le dijo:

—Desde que tomé mi hacha para aprender el oficio con usted, maestro, nunca había visto un árbol tan increíble como ése. Pero usted ni siquiera se ha molestado en mirarlo, y ha seguido caminando sin darle importancia. ¿Por qué?

Shi el Carpintero contestó:

—¡Olvídalo! ¡Ni siquiera hables de ello! Es un árbol inútil. Si hicieran un barco con su madera, se hundiría; si hicieran un féretro, se pudriría; si una vasija, se resquebrajaría; si hicieran una puerta, exudaría; y si fuera una viga para una casa, se llenaría de carcoma. Su madera no vale nada, es inútil. Ése es el motivo por el cual ha durado tantos años.

Cuando Shi el Carpintero regresó a casa, el roble sagrado se le apareció en sueños, diciéndole:

—¿Con qué otros árboles me estás comparando? ¿Me estás comparando con árboles útiles? ¿Con espinos, perales, naranjos y pomelos, que dan todos sus frutos para que luego abusen de ellos, rompiéndoles las ramas grandes y desgajando las pequeñas? Es su utilidad lo que hace que su vida sea desgraciada, y ése es el motivo por el que no pueden vivir una larga vida, sino que mueren prematuramente. Ésos árboles atraen sobre ellos tales asaltos, y lo mismo ocurre con todo lo demás. Durante mucho tiempo estuve intentando ser inútil. En varias ocasiones me escapé por los pelos. Y, ahora que soy inútil, mi inutilidad es de la mayor utilidad para mí. Si yo hubiera sido útil, ¿en qué me habría beneficiado yo de tal utilidad? Además, tú y yo somos igualmente mortales. ¿Cómo puedes juzgarme por inútil? Siendo un hombre inútil al que no le queda demasiada vida, ¿cómo es que no entiendes a un árbol inútil?

Cuando Shi el Carpintero despertó y le contó a su aprendiz su sueño, el aprendiz dijo:

—Si lo que pretendía era ser inútil, ¿por qué lo han convertido en un santuario?

Y Shi el Carpintero contestó:

—¡Calla! ¡No digas tonterías! Es el santuario el que adopta la forma de un árbol. Ese árbol ha sufrido insultos y vejaciones por parte de todos aquéllos que no lo comprenden. Si no hubiera sido un santuario, hace tiempo que lo habrían talado. Además, se protege de una manera diferente al resto de árboles. ¡Si lo juzgas según las convenciones sociales, te vas a equivocar irremediablemente!

A1-04. LA GRAN CANOA

Maorí - Nueva Zelanda (Livo, 2003, pp. 175-177)

Ésta es la historia de lo que sucedió cuando Rata taló un árbol sin decírselo al dios del bosque. Rata tenía planeado hacerse una gran canoa, que es algo que se debe estimar en gran medida. Cuando una canoa está bien hecha, cobra vida. Es un don del dios del bosque, y se convierte en un ser vivo del dios del mar.

Rata buscó y rebuscó por el bosque hasta que encontró el árbol idóneo para hacer su gran canoa. Era tan alto y tan recto que su sombra se proyectaba sobre todo el bosque a su alrededor. Era un árbol corpulento y altivo, y Rata pensó que aquél era el único árbol suficientemente bueno para la canoa que tenía en mente.



Así pues, sacó su hachuela de agudo filo y comenzó a cortar el gran árbol. ¡Zump! ¡Zump! ¡Crac! ¡Tud! Cubierto de sudor, se pasó toda la tarde talando el árbol, hasta que, finalmente, éste se derrumbó con un estruendo. Entonces, Rata procedió a despojarlo de todas las ramas y hojas.

—¡Qué gran canoa va a ser este árbol! —dijo al terminar su trabajo aquel día.

Rata regresó a casa, cenó y se fue a la cama. Pero, mientras se sumía en el profundo sueño del que ha trabajado duro todo el día, cosas extrañas comenzaron a acaecer en el bosque. Los espíritus del bosque estaban furiosos con el hecho de que Rata hubiera derribado aquel árbol tan increíble, de modo que llamaron a todas las aves, a todos los insectos y a la gente menuda de la maleza. Con un gran esfuerzo, todos ellos tiraron del gran árbol, arrastrándolo en su lecho de

hierba. El fragor y el zumbido de las alas inundaba el aire y, poco a poco, muy lentamente, consiguieron poner en pie de nuevo el árbol, en el mismo lugar en el que había crecido durante años.

Los minúsculos insectos transportaron las astillas y las virutas de la madera, y las volvieron a poner en su lugar. Y, mientras trabajaban, cantaban:

Volad juntos, astillas y virutas / pegadlas rápido / fijadlas rápido / ¡Ponte en pie de nuevo, oh árbol!

Rata regresó pleno de entusiasmo a la mañana siguiente con la intención de empezar a darle forma a la canoa. Pero, cuando llegó, no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Miró alrededor y vio las ramitas rotas y muchas hojas del árbol, incluso seguía allí el surco que había dejado el árbol al caer. Pensó si se habría equivocado de sitio, pero no había ningún error: el árbol seguía allí de pie, tal como había estado durante cientos de años.

Rata sospechó que aquello debían haberlo hecho los espíritus, de modo que se puso a cantar una canción mágica para protegerse. Y, una vez más, tomó su hachuela y se puso a talar el árbol de nuevo, durante todo el día. Una vez más, el árbol cayó y Rata se puso a despojarlo de ramas y hojas, quitó las astillas y las virutas y alisó su superficie. Para entonces, ya había caído la noche, pero la forma de la canoa comenzaba a hacerse visible. Sólo le quedaba ahuecar el casco para terminarla, de modo que recogió su hachuela y regresó a casa para cenar y descansar.

A la mañana siguiente no había ni la más mínima señal del trabajo realizado el día anterior. De nuevo, las aves y los insectos habían puesto en pie el árbol durante la noche; y allí estaba, robusto y altivo, elevándose por encima del resto de árboles del bosque.

Rata taló el árbol por tercera vez; y luego, en vez de volver a dar forma a la canoa, tomó su hachuela y emprendió el camino hacia la aldea. Cuando se perdió de vista, dio la vuelta y se deslizó calladamente entre los helechos, hasta que tuvo a la vista el árbol caído. Cuando se hizo de noche, pudo oír el canto de los pájaros y de los insectos:

Volad juntos, astillas y virutas / pegadlas rápido / fijadlas rápido / ¡Ponte en pie de nuevo, oh árbol!

Mientras observaba, vio el destello de las alas de más pájaros del bosque de los que hubiera visto jamás. Todos los pájaros —Weka, Kiwi, Fantail, Ruru, Kaka y Kakapo— tiraban y empujaban del gran árbol para volver a ponerlo de pie. Rata vio también a los insectos afanándose por todas partes para ayudar a los pájaros, y llegó a sentir el poder de aquella canción mágica, dado que sus pies parecían querer abandonar el suelo.

Pusieron en pie el árbol, casi oculto tras las alas de miles de pájaros; y, una vez más, volvió a verlo allí erguido, mientras los insectos pululaban en oleadas llevando y encajando astillas y virutas, incluso el serrín, para ponerlo todo en su sitio de nuevo.

Entonces, Rata saltó fuera de su escondrijo y se abalanzó sobre ellos.

—¡Ajá! ¡Ya veo quiénes habéis echado a perder todo mi esfuerzo!

—Entonces, ¿fuiste tú, Rata, quien se atrevió a matar el corazón de este árbol? —le dijeron los pájaros.

—¿Qué podía hacer? —respondió Rata que, de pronto, se sintió avergonzado— Yo quería una canoa para poder navegar y realizar un viaje sagrado. Mi padre murió en una isla

distante, y quería traer de vuelta su cuerpo, traerlo de nuevo a su hogar. Ése fue el motivo por el que corté el árbol.

—Vuelve a casa, Rata —le dijeron todos los pájaros e insectos entre graznidos y zumbidos—. Nosotros te haremos una canoa para que puedas hacer ese viaje.

Rata abandonó el bosque y regresó a casa, pues sabía que la gente menuda del bosque cumpliría con su palabra. A la mañana siguiente regresó a aquel lugar del bosque que tan bien conocía y se encontró con una canoa, «Riwara», o Gran Júbilo.

Pero eso no fue todo lo que hizo el pueblo del bosque. Arrastraron la canoa a través de la maleza, utilizando para ello patines hechos con varas de árboles, y la botaron en el mar. Era una canoa majestuosa, y lo suficientemente grande como para albergar a 140 hombres. Fue entonces cuando los guerreros de Rata tomaron sus puestos en la canoa y se pusieron los remos al hombro. Riwara se deslizaba sobre las olas como una gaviota que volara sobre su superficie, y remontaba las olas que venían de frente con una suavidad como nadie nunca había visto.¹

A1-05. EL CIRUELO

Japón (Nukiuk, 2012c)

Una vez vivió en Momoyama Fushimi un viejo jardinero llamado Hambei, que era bien querido y respetado por su carácter bondadoso y su honestidad. Aunque era pobre, Hambei había ahorrado lo suficiente como para poder sobrevivir en la vejez, y había heredado una casa con jardín de su padre. En consecuencia, el hombre se sentía feliz. Se pasaba el tiempo cuidando del jardín y de un ciruelo extraordinariamente hermoso, un árbol de un tipo que en Japón recibe el nombre de *furyo* (que significa «dragón acostado»). Estos árboles se tienen en muy alta estima en Japón, y son muy buscados para los diseños de jardines. Pero, curiosamente, aunque se pueden ver muchos árboles así en las montañas o en islas salvajes, rara vez se les toca, salvo en las proximidades de los grandes centros comerciales. De hecho, los japoneses sienten casi veneración por algunos de estos fantásticos árboles *furyo*, y nadie los toca, sean pinos o ciruelos.

Hambei se estimaba tanto el árbol en cuestión que ninguna oferta que le pudieran hacer le habría podido convencer para apartarse de él. Tan hermosos eran los matices y las curvas de aquel viejo y achaparrado árbol que a Hambei le habían ofrecido por él grandes sumas de dinero. Pero Hambei lo adoraba, no sólo por su belleza, sino también porque, antes que a él, había pertenecido a su padre y a su abuelo. Ahora, siendo ya anciano, con su esposa también en la senectud y habiendo partido los hijos del hogar familiar, aquel árbol

¹ Imagen en el relato: "Tane Mahuta (Maori) - Lord of the Forest", de Tatters, licencia CC BY, en Flickr.com.

era, junto a su mujer, su más preciada compañía. En otoño le ayudaba a despojarse de las hojas muertas y marchitas; sentía lástima y empatizaba con el árbol por su desnudez en los fríos meses de noviembre y diciembre; y en enero recuperaba el entusiasmo mientras veía aparecer los brotes que florecerían en febrero. Cuando el árbol florecía, Hambei tenía por costumbre dejar entrar a la gente a determinadas horas del día para que pudieran contemplar el árbol y escuchar relatos de hechos históricos, así como relatos románticos relacionados con los ciruelos, de los cuales los japoneses cuentan cientos.

Cuando pasaba la época de la floración, Hambei podaba y enderezaba el árbol. En la estación estival, se sentaba a su sombra para fumar su pipa, y el árbol recompensaba con frecuencia sus cuidados ofreciéndole dos o tres docenas de deliciosas ciruelas, que Hambei se estimaba tanto como si hubieran sido producto de su propia descendencia.

Así, año tras año, el árbol se había introducido tanto en el corazón de Hambei que ni siquiera el dinero que pudiera pagarle un rey le hubiera hecho decidirse a desprenderse de él.



Pero, por desgracia, ningún hombre está destinado a vivir solo en este mundo, y siempre aparece alguien que, tarde o temprano, termine codiciando lo que es suyo. Así, sucedió que un alto cargo de la corte del emperador se enteró de la existencia del *furyo* de Hambei y quiso tenerlo para su propio jardín. Este *dainagon* envió a su representante, Kotaro Naruse, a ver a Hambei para que comprara el árbol, sin dudar ni por un instante que el viejo jardinero lo vendería si la suma ofrecida fuera suficientemente elevada.

Kotaro Naruse llegó a Momoyama Fushimi, y fue recibido con las pertinentes ceremonias. Después de tomar una taza de té, anunció que había sido enviado para inspeccionar y hacer las disposiciones necesarias para llevarle el *furyo* al *dainagon*.

Hambei se quedó desconcertado. ¿Qué excusa podía dar para rechazar la oferta de tan alto dignatario? Finalmente, hizo un torpe y estúpido comentario, del cual se aprovechó inmediatamente el astuto representante.

—¿En modo alguno puedo vender este viejo árbol! —dijo Hambei— He rechazado ya muchas ofertas por él.

—En ningún momento he dicho que me hubieran enviado a comprar el árbol —dijo Kotaro—. Dije que había venido a hacer las disposiciones necesarias para enviárselo al *dainagon* a su palacio, donde él lo recibirá con la debida ceremonia y lo tratará con la más exquisita bondad. Es como llevar una novia al palacio para el *dainagon*. ¡Oh, qué gran honor para el ciruelo, unirse en matrimonio con alguien de un linaje tan ilustre! ¡En verdad, deberíais estar orgulloso de tal unión para vuestro árbol! Por favor, dejaos aconsejar por mí y concededle al *dainagon* su deseo.

¿Qué podía decir ahora Hambei, un hombre de origen humilde, ante la petición de un galante samurai de concederle un favor nada menos que al *dainagon*?

—Señor —respondió Hambei—, vuestra petición en nombre del *dainagon* la habéis hecho de modo tan cortés que me impide rechazarla. No obstante, deberéis decirle al *dainagon* que el árbol es un regalo, pues no puedo vendérselo.

Kotaro se mostró enormemente complacido con el éxito de sus maniobras; y, sacando una bolsa de entre sus ropajes, dijo:

—Por favor, como es costumbre al hacerse un regalo, aceptad este otro pequeño regalo a cambio.

Para sorpresa del jardinero, la bolsa estaba llena de oro. Hambei se la devolvió a Kotaro, diciéndole que le resultaba imposible aceptar aquel regalo; pero, al verse nuevamente presionado por el astuto samurai, tuvo que aceptar la bolsa de oro.

En el mismo momento en que Kotaro se fue, Hambei se arrepintió de haber aceptado la bolsa. Era como si hubiera vendido su propia carne y su propia sangre, como si hubiera vendido a una hija al *dainagon*.

Aquella noche no pudo dormir. Hacia medianoche, su esposa entró en su dormitorio y, tirándole de una manga, le gritó:

—¡Eres un viejo malvado! ¡Eres un villano y un bribón! ¡A tu edad...! ¿De dónde te trajiste a esa chica? ¡Te he descubierto, de modo que no me mientas! Quizás hasta pienses

en golpearme, lo veo en tus ojos. No me sorprendería que te vengaras de esa manera, ¡pues deberías sentirte como un viejo idiota!

Hambei pensó que su mujer había perdido los cabales. Él no se estaba viendo con ninguna chica.

—¿Qué te pasa *obaa* San? —preguntó— No me estoy viendo con ninguna chica. ¡Ni siquiera sé de qué me estás hablando!

—¡No me mientas! ¡La he visto! ¡La he visto con mis propios ojos cuando he bajado a por un vaso de agua!

—¿Cómo que la has visto? ¿A qué te refieres? —dijo Hambei— ¡Me parece que te estás volviendo loca, diciendo no sé qué de chicas!



—¡La he visto! Estaba sollozando ahí fuera, en la puerta de casa. ¡Una chica tan bonita... tú, viejo pecador... con una joven de sólo diecisiete o dieciocho años!

Hambei saltó de la cama para ver por sí mismo si lo que decía su mujer era verdad o es que se había vuelto loca.

Al llegar a la puerta escuchó un sollozo y, al abrir, se encontró con una hermosa muchacha.

—¿Quién eres tú y qué haces aquí? —preguntó Hambei.

—Soy el Espíritu del Ciruelo, que durante tantos años has cuidado y querido, al igual que hizo tu padre antes que tú. He escuchado, y me apena profundamente, que hayas llegado a un acuerdo para que se me lleven a los jardines del *dainagon*. Quizás pueda parecer buena fortuna pertenecer a una familia noble, y un honor que se la lleven a una a un sitio así. No me puedo quejar. Pero me apena tener que irme de donde he estado tanto tiempo, y me apena separarme de ti, que con tanto cariño has

atendido a mis necesidades. ¿No podrías dejar que me quedara aquí un poco más... en tanto viva? ¡Te lo ruego! ¡Deja que me quede!

—Me he comprometido en que el sábado serás enviada al *dainagon* de Kyoto, pero no puedo hacer oídos sordos a tus súplicas, porque me encanta tenerte aquí, con nosotros —dijo Hambei, y añadió—. Cálmate. Veré qué puedo hacer.

El espíritu se enjugó las lágrimas, le esbozó una sonrisa a Hambei y se desvaneció en el tronco del árbol, mientras la esposa de Hambei lo observaba todo muda de asombro, aunque sin estar del todo segura si no sería todo un truco de su marido.

Finalmente llegó el fatídico sábado en que vendrían a desarraigar el árbol para llevárselo a Kyoto, y Kotaro llegó con un nutrido grupo de hombres y un carro. Hambei le dijo lo que había sucedido, lo del espíritu del árbol y lo que le había implorado.

—Aquí tenéis el dinero, señor. Por favor, tomadlo —dijo el anciano—. Contadle lo sucedido al *dainagon*. Contádselo tal como yo os lo he contado, y sin duda se apiadará.

Pero Kotaro montó en cólera.

—¿Cómo habéis cambiado de opinión? —contestó el samurai— ¿Acaso habéis bebido demasiado *saké*, o es que estáis intentando engañarme? Debéis tener cuidado, os lo advierto; o de lo contrario podéis encontraros de pronto sin cabeza. Aun suponiendo que el espíritu del árbol se os apareciera bajo la forma de una muchacha, ¿cómo os iba a decir que estaba apenada por abandonar vuestro pobre jardín a cambio de un lugar de honor en el jardín del *dainagon*? ¿Estáis loco? ¿Me estáis insultando? ¿Cómo os atrevéis a devolver un regalo del *dainagon*? ¿Y cómo le voy a explicar yo a él tamaño insulto? ¿Qué creéis que pensaría de mí? Si no mantenéis vuestra palabra, me llevaré el árbol de todos modos por la fuerza... ¡u os mataré directamente por ello!

De tan furioso, Kotaro estaba fuera de sus cabales. Le dio una patada a Hambei arrojándolo escaleras abajo y, sacando la espada, estaba a punto de cercenarle la cabeza cuando, de repente, sintió un leve soplo de viento perfumado con la flor del ciruelo, y delante de él apareció una hermosa muchacha: ¡el Espíritu del Ciruelo!

—¡Apártate de mi camino, o lo lamentarás! —gritó Kotaro.

—¡No, no me apartaré! —dijo el espíritu— ¡Mejor será que me mates a mí, que mates al espíritu que ha traído tantos problemas, en vez de matar a un pobre anciano inocente!

—No creo en los espíritus de los ciruelos —dijo Kotaro—. Que eres un espíritu es evidente; pero no eres más que el espíritu de un viejo zorro. De modo que haré lo que pides y te mataré a ti primero.

Y nada más pronunciar estas palabras, Kotaro dio un tajo con su espada y sintió con claridad la sensación de atravesar un cuerpo. La chica desapareció, y lo único que se derrumbó en el suelo fue una rama del ciruelo, así como un montón de pétalos de flor del ciruelo.

Entonces, Kotaro se dio cuenta de que lo que el jardinero le decía era cierto y, echándose atrás, envainó la espada y le pidió disculpas.

—Le llevaré esta rama al *dainagon* —dijo—, y espero que se crea esta historia.

Y así fue cómo el espíritu del árbol le salvó la vida a Hambei.

El *dainagon* se creyó la historia, y se sintió tan conmovido por lo sucedido que le envió al viejo jardinero una amable mensaje, diciéndole que conservara el árbol y el dinero como expresión de su pesar por los problemas que le había causado.

Pero, por desgracia, el árbol se marchitó y murió poco después del cruel golpe de Kotaro, y a pesar de todos los cuidados que Hambei le prestó. El tocón muerto del árbol fue venerado durante muchos años.²

A1-06. EL JOVEN QUE SE NEGABA A MATAR

Tíbet (Hyde-Chambers, 1981, pp. 76-82)

Una vez hubo un joven llamado Tashi, que no podía adaptarse a determinadas costumbres del mundo. Por mucho que lo había intentado, el padre del joven no había conseguido que su hijo cazara para proveer de comida a la familia. El joven se negaba a arrebatar todo tipo de vida, y ni siquiera se comía la carne de las piezas que traía su padre a casa para el puchero.

Tashi tenía tres hermanas, todas las cuales se habían casado con hombres ricos, y su madre y su padre se lamentaban con frecuencia de su mala suerte al haberse quedado con un hijo varón que no era capaz de cuidar de ellos en su ancianidad, un hijo que no estaba dispuesto a cazar para proveerles el sustento, y que era tan dócil y sensible en sus maneras.

—Debería haberse hecho monje —gritaba su madre—, pues, ¿para qué otra cosa nos sirve este hijo nuestro? Acabaremos teniendo que pedir limosna a nuestras hijas y a nuestros vecinos para no pasar hambre.

² Imágenes en este relato: "Plum Blossoms and Bamboo", de Yamamoto Baiitsu. Dominio público. En Wikimedia Commons; y "Japanese Art", de Connie Ma, licencia CC BY-SA, en Flickr.com.

Ésta era la queja constante de sus progenitores. Pero, de todas formas, el muchacho se negaba a matar.

—Toda vida es sagrada —decía—. No puedo matar a otro ser vivo.

Un día, el padre de Tashi insistió en que le acompañara a cazar. Caminaron durante varias leguas, y el padre estaba ya muy cansado; el día no se les había dado bien, y sólo había conseguido cazar un conejo pequeño. «Este hijo mío, creo que hasta me trae mala suerte», pensaba el padre.

El joven estaba sentado en una roca comiéndose su escasa ración de fruta y queso, mientras grababa en una roca junto a él la oración de Chenrezig: OM MANI PADME HUM. A lo largo de todo el camino había otras oraciones similares grabadas en las rocas por los viajeros, pues aquel sendero llevaba a un santuario de peregrinación cercano. Chenrezig, el santo patrón del Tíbet, Señor de la Compasión, inspiraba una gran devoción entre el pueblo, e incluso el padre de Tashi,

cuando vio lo que su hijo estaba haciendo, se puso a recitar en silencio la poderosa oración, una y otra vez, pasando las cuentas de su rosario entre los dedos a medida que iba contando oraciones. Arrebatarse la vida iba contra las enseñanzas de Buda, pero él tenía que proveer de alimentos a su esposa, e intentaba matar a los animales de la forma más



humana posible, orando por ellos cuando lo hacía. Sin embargo, el padre tenía por cierto que jamás haría cambiar de opinión a su hijo, que su hijo jamás arrebataría una vida, por mucha hambre que tuviera, y no veía forma humana de resolver aquella situación.

Padre e hijo caminaron durante un trecho más, mientras el padre oteaba a su alrededor en busca de presas. De pronto, a través de los árboles, el padre vio algo que le hizo contener la respiración. Allí, en el campo que bordeaba el camino, había visto una liebre grande. Sin duda, era la mejor presa que se le había cruzado en el camino en más de una semana, y estaba decidido a no desperdiciar la ocasión. Sacando su honda, el padre se introdujo sigilosamente entre los árboles con el fin de ver mejor al animal. La liebre corría hacia ellos, impulsándose con sus potentes patas traseras a tal velocidad que al padre le resultaba imposible apuntar bien.

De pronto, la liebre se detuvo, como si sintiera el peligro. Arrugó la nariz y giró la cabeza a un lado y a otro, con las orejas erguidas, como escuchando. Estaba tan cerca que Tashi pudo ver a la liebre con toda claridad, al igual que su padre, que estaba a punto de lanzarle un piedra grande con su honda. Entonces, el muchacho se puso en pie y gritó:

—¡No, padre, no! ¡No la mates!

La liebre dio un salto en el aire y desapareció en un segundo, buscando refugio en un campo de cebada frente a su ahora furioso atacante.

El padre estuvo sin pronunciar palabra durante unos cuantos minutos, con el rostro de un color ceniciento, mientras la cólera recorría su cuerpo.

—¿Por qué? —le dijo a su hijo— ¿Por qué has hecho eso?

Tashi no sabía qué hacer. Sabía que su padre estaba más furioso de lo que hubiera sospechado jamás, e incluso temía que su padre hiciera una locura con él.

El padre ya no se pudo contener más y, agarrando una enorme piedra que había junto al camino, se fue directo hacia su hijo.

—Te voy a hacer daño —dijo—. Te voy a hacer daño, aunque seas mi único hijo varón.

El padre le lanzó la piedra a Tashi, pero éste se apartó justo a tiempo, asustado y rogándole a su padre que le perdonara la vida. A un lado del camino había una pendiente rocosa, y en uno de los costados de la pendiente Tashi vio la pequeña abertura de una cueva. La abertura no era más que una grieta, pero el joven comenzó a retroceder en dirección a ella, consiguiendo escabullirse y meterse en la cueva justo en el momento en que su padre le lanzaba una gran piedra con toda su fuerza. La piedra le alcanzó en una pierna, y Tashi profirió un grito de dolor.

Tashi sabía que dentro de la cueva estaría a salvo, pues la grieta era demasiado estrecha para que pudiera pasar su padre. No tenía ni idea del tamaño que pudiera tener su prisión rocosa, pues estaba muy oscuro y no podía ver con claridad. Escurriéndose poco a poco con la espalda pegada a una de las dentadas paredes de la cueva, Tashi consiguió introducirse hasta el fondo, a unos cuantos metros de la entrada. Allí, con la pierna sangrando, se derrumbó y no tardó en caer en la inconsciencia.

Muchas horas después, Tashi recuperó el sentido con el sonido de unos pasos. Se sentó y recordó dolorosamente todo lo sucedido: la huida, la herida en la pierna y la búsqueda de refugio en la cueva. Los pasos parecían acercarse, de modo que intentó gritar pidiendo ayuda, pero de su boca no surgió más que una débil voz y el susurro de unas cuantas palabras inconexas. Haciendo acopio de toda la energía que aún le quedaba, Tashi

llamó de nuevo, esta vez con más fuerza. Los pasos se detuvieron, y escuchó unas voces hablando entre murmullos en el exterior de la cueva.

De repente, una cabeza apareció por la abertura, dos ojos se fijaron en él y una voz le gritó que saliera de la cueva.

—No puedo moverme —respondió—. Estoy herido, y me resulta muy difícil recorrer los pocos metros que me separan de la entrada.

La cabeza desapareció y no tardó en ser reemplazada por otra cabeza. Luego, un cuerpo pequeño vestido con una túnica maniobró a través de la grieta y se arrastró por la cueva hasta llegar a Tashi. Se dio cuenta de que era un monje el que le tendía las manos para que se apoyara y ayudarle a salir. Cuando consiguió salir del agujero, Tashi vio que eran tres monjes, que viajaban juntos en peregrinación hacia los santuarios.

Ellos lo llevaron hasta un lugar cubierto de hierba, le ayudaron a sentarse y le curaron la pierna. Después, tras compartir con él su comida, los monjes le pidieron a Tashi que les contara su historia, cómo había llegado a tan penosa situación. El muchacho les narró su relato, les habló de su indisposición a cazar y de cómo finalmente su padre, desesperado, había intentado matarle.

Los monjes le escucharon sin decir palabra; y, luego, el principal de los monjes le invitó a acompañarles en sus viajes. Y Tashi aceptó la invitación, y se vistió con las túnicas de los monjes mendicantes.

Días después llegaron a la casa de la hermana mayor de Tashi. El monje principal se acercó a la puerta y llamó, y cuando apareció su hermana le pidió una limosna. La hermana se metió dentro a buscar comida para los monjes y, cuando estaban a punto de irse, les preguntó:

—¿Habéis visto a mi hermano pequeño en vuestros viajes? Lleva muchos días desaparecido, y estamos preocupadas por él.

El monje principal le dijo que no se habían encontrado con su hermano por el camino, pero que si lo encontraban la harían saber de su preocupación. La hermana mayor no había reconocido a su hermano vestido con los ropajes de un monje.

No mucho después llegaron a la casa de la segunda hermana. Una vez más, el monje principal llamó a la puerta para pedir limosna, cosa que les dieron, y una vez más les preguntaron si habían visto a su hermano pequeño. El monje principal respondió que no lo habían visto, y prosiguieron su camino.

Cuando llegaron a la casa de la hermana más joven de Tashi para pedir limosna, ésta reconoció de inmediato a su hermano perdido y le dio un abrazo, rogándole que se quedara con aquéllos que le querían.

Las tres hermanas se reunieron en la casa de la más pequeña de ellas, e hicieron un banquete para celebrar el retorno de Tashi. A los monjes les dieron muchos regalos y les pidieron que se quedaran como huéspedes todo el tiempo que quisieran, pero ellos declinaron la invitación y partieron de allí para reanudar sus viajes.

Tashi agradeció a sus hermanas la ayuda prestada y su preocupación, pero les pidió que le dieran sus bendiciones y le dejaran marchar, pues quería hacer su propia vida. Las hermanas se pusieron muy tristes al ver que su hermano se lanzaba de aquella manera al mundo, y le dieron como regalo un caballo mágico que podía hablar. Tashi aceptó el caballo y se fue hacia las regiones más remotas del país.



No demasiado lejos de allí, el joven llegó a una inmensa llanura, y el caballo le dijo:

—Mátame, extiende mi piel en la llanura y esparce mis crines alrededor, para que el viento las lleve hasta los rincones más lejanos de la llanura.

Pero Tashi se horrorizó ante la propuesta del animal y se negó a matarlo. Lo que hizo fue descargar sus alforjas, comer algo de los alimentos que sus hermanas le habían dado y se preparó para pasar la noche. Durante la noche, el caballo se arrojó a un profundo precipicio y murió al instante.

Cuando Tashi despertó a la mañana siguiente y no vio al caballo se puso a buscarlo. Recorrió toda la llanura hasta que llegó al precipicio y descubrió el destrozado cadáver del animal. Sumido en una profunda tristeza y pensando en la conversación que había tenido con él la noche anterior, Tashi decidió hacer lo que el caballo le había pedido. Tomó su piel, la extendió en el centro de la llanura y luego esparció sus crines alrededor, arrojándolas al aire para que el viento las llevara hasta los rincones más lejanos de la llanura.

De inmediato, la piel del caballo se convirtió en una enorme mansión, y sus crines se convirtieron en rebaños de ovejas y yaks, pastando en la llanura hasta donde alcanzaba su vista. El caballo se le apareció al joven y le habló una vez más.

—No has mostrado más que compasión por el resto de seres vivos, y ésta es tu recompensa.

Y, nada más decir esto, el caballo partió al galope y desapareció en la distancia, mientras el joven se percataba de que, allí donde el caballo había posado sus cascos, habían aparecido pedazos de oro.

Tashi echó un vistazo alrededor y se quedó mirando su nueva casa, y de pronto se acordó de sus padres y se preguntó cómo se las estarían arreglando para sobrevivir. Finalmente, decidió ir a verles para traérselos después con él, para que vivieran en su mansión. «Mi padre y mi madre nunca más tendrán que preocuparse por la comida», pensó.

Tashi se vistió de nuevo con sus túnicas de monje, pues no quería que su padre y su madre supieran que se había hecho rico; después, empacó dos tortas de pan y se encaminó a la casa de sus progenitores. Se subió al terrado de la casa y se asomó por una pequeña ventana superior. Vio a su padre y a su madre acurrucados delante del fuego del hogar. Tashi arrojó por el ventanuco una torta de pan. Su madre la recogió y dijo:

—¡Un regalo del cielo!

El padre le arrebató la torta y empezó a comérsela con avidez. Entonces, Tashi arrojó la segunda torta de pan a su madre, para después bajar del terrado y llamar a la puerta de la casa. Su madre abrió la puerta y reconoció a su hijo de inmediato, abrazándolo con fuerza y rogándole que no les dejara de nuevo. El padre también se vio superado por la emoción, y le pidió perdón a su hijo.

Tashi les habló a su padre y a su madre de su nueva casa y su riqueza, y se los llevó a la mansión de la llanura. Allí puso a su madre en un trono de oro puro, y a su padre en un trono de plata pura; y él, su único hijo varón, se sentó en un trono hecho de concha de ostra rosa.³

³ Imágenes en el relato: "Mune Wall Col", de Shakti, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons; y "Deosai Plateau", de Kashiff. Dominio público. En Wikimedia Commons.

A1-07. EL ÁRBOL EN FLOR

Budismo tibetano (Bodkin, 1997)

"1.b. Afirmar la fe en la dignidad inherente a todos los seres humanos y en el potencial intelectual, artístico, ético y espiritual de la humanidad."

Hace mucho tiempo, la sagrada ciudad de Benarés ya despuntaba como una joya a orillas del río sagrado, el Ganges. Los elevados templos se reflejaban en las aguas tranquilas de un centenar de estanques, mientras los peregrinos, con los pies doloridos y polvorientos por el largo camino hasta la ciudad santa, deambulaban a la sombra de los grandes árboles de los parques. Con tantas multitudes, el comercio florecía en la ciudad, al punto que los mercaderes se hacían construir casas tan grandes y lujosas como los palacios de los reyes.

Sin duda, el lugar más bullicioso de la ciudad era el mercado. Los niños reían y corrían por entre las patas de las mulas. Las mujeres sacaban los rollos de telas de colores brillantes y las extendían como las colas de los pavos reales en el camino. Por aquí y por allí, grandes cuencos de arroz con pollo despedían sus vapores, mezclando sus aromas con el olor del polvo, del cannabis y del estiércol, levantando una gran nube por toda la ciudad.

En aquella multitud sobresalía la figura de un hombre de elevada estatura llamado Patan-Pali, que era el más famoso de los mercaderes de la ciudad. Se decía que Patan-Pali era más valiente que el propio valor, y se decía que solo él era capaz de llevar un ejército con él, mientras su caravana de mercancías se dirigía hacia el norte, al Hindukush, para después virar hacia el este en dirección a Catay y hacia el oeste, hacia Arabia, en busca de especias. Para tantas mercancías, Patan-Pali contaba en la ciudad con un buen número de enormes almacenes.

Pues bien, el hombre estaba a punto de poner el pie en el estribo de su cabalgadura cuando un grupo de sus vecinos llegó corriendo. Todos ellos portaban sendas copas de vino en las manos, vino que a punto estaban de derramar por los bordes de sus copas. Se les veía enfadados.

—¡Patan-Pali! ¡Patan-Pali! —le llamaron.

—¿Sí? —respondió Patan-Pali.

—Patan-Pali... yo le pregunto; sí, yo lo hago... Patan-Pali, tenemos curiosidad...

—Sí, queremos saber... —interrumpió otro.

—¿Qué queréis saber? —preguntó Patan-Pali.



—Sí, queremos saber... Bueno, sabemos que no tienes familia, y que tienes unos enormes almacenes llenos de cosas... eeh, algunas de las cuales, eeh, son nuestras... Y queremos saber... a quién pretendes dejar al cargo de toda tu riqueza, eeh, mientras estás fuera...

Patan-Pali miró a sus vecinos e hizo un gesto, señalando al final de la hilera de mulas de carga. Señalaba a un sencillo pastor que estaba apretando la correa de un estribo.

—Jigme, mi amigo, cuidará de todas mis cosas —respondió finalmente Patan-Pali.

—¿Jigme? ... ¿Jigme? —exclamaban incrédulos los mercaderes.

—¡Jigme es pobre! —dijo uno.

—¡Jigme no es más que un simple pastor! —dijo otro.

—¡Eso no puede ser! ... ¡Jigme! —añadió otro levantando las cejas—. Patan-Pali, el pozo de la pobreza es profundo. Además... Nosotros tenemos nuestras cosas en tus almacenes. No puedes dejar a un hombre pobre al cargo de tu riqueza. Para cuando vuelvas, él será el rico y tú serás el pobre... sí, Patan-Pali, ... ¿qué dices a eso?

Patan-Pali se quedó mirando a sus enfadados vecinos y dijo:

—Jigme es mi amigo, y yo confío en él.

—No vamos a aceptar esa decisión, Patan-Pali. Habrá que consultarlo con alguien más en la ciudad...

—Sí, hay un hombre sabio que está de visita en Benarés —dijo otro—. Todo el mundo habla de él... Buda, o el Buda, le llaman... Suele estar en el palmeral. Habla de cosas imposibles. Podríamos preguntarle al Buda.

—¡Sí, preguntemos al Buda!

—Patan-Pali, tienes que venir con nosotros.

—De acuerdo —dijo finamente Patan-Pali.

Patan-Pali siguió a sus vecinos a través de la ciudad, hasta que llegaron al palmeral, donde encontraron a un hombre grande con una gran sonrisa en el rostro sentado en medio de sus discípulos. Los mercaderes se dirigieron al Buda:

—Buda... ¡Patan-Pali pretende dejar sus riquezas al cuidado de un simple pastor...!

—¡Pero yo confío en él, Buda! —les interrumpió Patan-Pali.

El Buda hizo un gesto para que se sentaran.

—Amigos míos, venid. Os contaré una historia. Sentaos y relajaos...

»Hace mucho tiempo, en esta misma ciudad, la ciudad de Benarés, vivió una vez un gran rey de nombre Brahmadata. El rey Brahmadata era muy querido por todas las gentes de Benarés porque, en vez de cargar impuestos a la gente y hacer guerras, a Brahmadata le encantaba la jardinería. ¡Sí! ¡Cuidaba de las plantas! Y de todas las plantas de la ciudad, una ciudad conocida por sus parques y jardines, su favorita era un árbol, el Árbol en Flor.

»¿Cómo podría describir al Árbol en Flor? Incluso cuando Benarés era una pequeña aldea junto al río, la gente decía que el Árbol en Flor era ya muy viejo. Había quien creía que las raíces del Árbol en Flor eran tan profundas que llegaban hasta el reino de los demonios, mientras que otros creían que sus ramas más altas tocaban el mismísimo cielo.

»Pero el rey Brahmadata amaba al Árbol en Flor porque, para él, era un poema de la vida. Cada primavera, las hojillas del árbol se abrían camino en las ramas, y el Árbol en Flor prosperaba y vivía toda una vida durante el largo verano. Pero, entonces, llegaban los monzones, y el Árbol en Flor perdía las hojas y parecía morir. ¡Ah, pero el rey Brahmadata sabía que, al igual que una persona, el Árbol en Flor sólo estaba durmiendo y que, cuando llegara la primavera, recobraría la vida de nuevo! Pero, a pesar de las muchas horas que el rey Brahmadata pasaba bajo las ramas del Árbol en Flor, él jamás se percató de la hierba Kusha, la suave y verde hierba Kusha, ni cayó en la cuenta de los pequeños camaleones, aquellos pequeños lagartos que iban de aquí para allá cambiando de color bajo el árbol. No, el rey Brahmadata sólo tenía ojos para el Árbol en Flor.

»Un día en que el rey estaba sentado en su gran salón del trono, con su esposa, la reina, tomando un té, algo cayó (¡plop!) sobre su té. "¡Ha caído algo en mi té!", dijo el rey.

»Era algo blanco, y flotaba. Y luego cayó otro trozo. El rey miró hacia arriba y vio que era el yeso del techo, que estaba empezando a caer. "¡Yeso!", dijo. Y, de pronto, el palacio retumbó con un ruido sordo.

»"¡El palacio se va a derrumbar!", gritó; pues, atravesando el techo, vio una enorme grieta, y la grieta se hacía cada vez más grande. ¡Grandes trozos de yeso caían del techo por todo el salón del trono!

»"¡Carpinteros, constructores! —gritó— ¡Rápido! ¡Id a los parques, a los jardines, corred, tenemos que reparar el palacio!" Pues se había dado cuenta de que allí, en el gran pilar de madera que sostenía todo el edificio, había aparecido una enorme grieta.

»Así pues, los carpinteros y los constructores recorrieron los parques de uno en uno, inspeccionando los árboles, tomando medidas, intentando encontrar un árbol lo suficientemente grande para reemplazar el pilar.

»No pasó mucho tiempo hasta que el jefe de los carpinteros regresó y cayó de rodillas ante el rey. "Majestad, lamento informaros que sólo existe un árbol lo suficientemente grande como para reemplazar el pilar".

»"Bueno... ¿qué árbol? ¿Qué árbol?", preguntó el rey.

»"Es... el Árbol en Flor".

»"¿El Árbol en Flor? —preguntó el rey, mirando incrédulo al carpintero— ¿La joya de Benarés? ¿El árbol más hermoso de toda la India? No, no, tiene que haber otro..."

»"No lo hay, mi señor".

»¡Pobre rey Brahmadata! No sabía qué hacer. Si salvaba al Árbol en Flor, su palacio se derrumbaría. Pero él no podía dejar que eso sucediera. Sus sirvientes y su familia vivían allí. El pueblo necesitaba ver al rey en el palacio. Pero, ¿acaso podría talar el más hermoso ser vivo de toda la India?

»Era una decisión demasiado grande para el rey, de modo que aquella noche se fue al parque, junto al Árbol en Flor. Sus poderosas ramas se elevaban por encima de él. Podía sentir su inmenso espíritu emergiendo de la tierra, a través de su tronco, a través de las ramas, de las hojas, para volver a descender a la tierra, a través de sus raíces, y emerger de nuevo por el tronco, las ramas, las hojas... Y le rezó al espíritu del poderoso árbol buscando una respuesta, pero el espíritu del Árbol en Flor... no dijo nada.

»Y, así, el rey Brahmadata decidió que fuera talado.

»En cuanto aquella idea emergió en su mente, las brisas que soplaban en sus oídos escucharon su pensamiento, y las brisas le susurraron el secreto a los pájaros. Los pájaros, horrorizados, salieron volando y le susurraron el secreto a las hojas, y las hojas se lo dijeron al sol. Y el sol se lo susurró a todo el universo, hasta que toda la creación supo que, al día siguiente, el hermoso Árbol en Flor iba a morir.

»Y en lo profundo del parque, aquella noche, el poderoso espíritu del Árbol en Flor, que había vivido durante miles de años, miró a su alrededor. Y los espíritus de otros poderosos árboles, magníficos árboles, se unieron a él, y le dijeron:

»"¿Qué vas a hacer?"

»"Sí, ¿qué vas a hacer?"

»"Tendrás que dejar tu cuerpo mañana por la mañana. ¿Qué vas a hacer? ¡Te van a talar!"

»Y el espíritu del Árbol en Flor dijo:

»"¡He vivido en este cuerpo durante miles de años! ¡No sé cómo vivir en otro cuerpo! ¿Qué voy a hacer?"

»"Bueno —dijeron los demás árboles—, podría intentar esto..."

»"¡No, no, no, haz esto otro!"

»"No, no, Árbol en Flor, tienes que hacer esto para salvarte."

»"No, no, no —dijo otro árbol—. ¡Haz esto!"

»"No, no, haz aquello..."

»"Haz esto..."

»"No, aquello..."

»Pero, aunque todos los orgullosos espíritus del resto de árboles tenían algo que decir, en su corazón sabían que no iban a serle de gran ayuda. Y así, al quedarse sólo, en la oscuridad de la noche, el espíritu del Árbol en Flor comenzó a sollozar.

»Pasó la noche despacio, en soledad, hasta que, en la oscuridad, una hora antes del amanecer, le llegó una vocecilla desde el suelo:

»"¡Árbol en Flor!"

»"¿Quién eres?" —respondió.

»"¡Árbol en Flor, soy yo, el espíritu de la hierba Kusha!"

»"¡Oh, pequeña hierba Kusha, tú no me puedes ayudar!"

»"Árbol en Flor, tengo una idea..."

»"¿Qué idea has tenido, hierba Kusha?"

»Y el gran espíritu del Árbol en Flor se agachó para escuchar la vocecilla de la hierba Kusha.

»A la mañana siguiente, dos hombres con sendas hachas, dos hermanos, emprendieron el camino a través de la oscura ciudad. Oscura porque toda la gente de Benarés seguía durmiendo, revolviéndose en sus lechos, pues la oscuridad no se había levantado en la ciudad. Los pájaros no cantaban, pues todos los pájaros se habían envuelto en las hojas de los árboles para no ver aquella terrible acción. Y el sol no había querido salir, y se ocultaba detrás de unas nubes negras sobre el horizonte, pues toda la naturaleza estaba llorando por el Árbol en Flor.

»Las hojas de las hachas se cernían junto a los tobillos de los dos hermanos cuando entraron en el parque y se dirigieron al gran tronco del Árbol en Flor. Y, aunque no deseaban en modo alguno talar aquel gran árbol, uno de los hermanos se agachó junto al tronco para tantear un buen lugar donde incrustar el hacha. Sin embargo, el hombre frunció el ceño...

»"¡Hermano, hermano, algo va mal aquí! Toca el tronco aquí. Está podrido."

»"No, hermano, eso es imposible. Ayer estaba bien."

»"¡No, no, toca aquí! ¿Lo notas? ¡Está blando!"

»"¡Pero si ayer estaba bien!"

»"¡Ya sé que ayer estaba bien, pero mira, está podrido aquí! Y aquí también... ¿Lo notas? ¡Está blando! Y más arriba también... Y aquí abajo... Y ahí detrás..."



»"¡Hermano, el Árbol en Flor se ha podrido por completo en una sola noche! ¡Es un milagro! ¡Es un milagro! ¡Significa que no va a servir para reemplazar el pilar!"

»"Sí."

»"Tenemos que decírselo al rey."

»Los dos hombres cruzaron raudos la ciudad y encontraron al rey Brahmadata con la cara oculta tras sus manos.

»"Señor, el Árbol en Flor se ha podrido... ¡en una sola noche! No podemos talarlo."

»"¿No?"

»"No."

»El rey se puso a pensar frenéticamente. ¿Qué podía hacer? Y, de repente, una idea cruzó por su cabeza.

»"¡Llamad a los carpinteros y a los constructores! Enviadles a la ciudad y haced que traigan tres árboles, tres grandes árboles. Los uniremos fuertemente con bridas de latón y haremos un pilar bien fuerte. ¡Apresuraos!"

»Y así salieron a los parques los carpinteros y los constructores, talaron tres grandes árboles y los sujetaron entre sí con grandes bridas de latón. Finalmente, reemplazaron el pilar del palacio. Fue entonces cuando los pájaros salieron de sus escondrijos en las hojas y estiraron las alas; y el sol apareció sobre la ciudad despertando a todo el mundo. Y la gente se sacudió el sueño de los ojos y, como si les hubieran librado de un gran peso, emprendieron su camino para afrontar otra jornada.

»Mientras tanto, en el parque, los espíritus de los otros árboles miraban confusos al espíritu del Árbol en Flor.

»"¿Cómo lo hiciste?"

»"¿Cómo te pudriste en una sola noche?"

»"¿Es posible pudrirse en una sola noche? Aún así, si te has podrido, tendrás que dejar tu cuerpo de todos modos."

»"¿Qué ocurrió?"

»Y el espíritu del Árbol en Flor dijo a los demás, tan orgullosos, tan magníficos:

»"Anoche, todos me dijisteis lo que tenía que hacer, pero no pudisteis ayudarme. Sin embargo, el pequeño espíritu de la hierba Kusha, la hierba Kusha a la que nadie tiene en cuenta, me dijo algo. El espíritu de la



hierba Kusha es amigo de los pequeños camaleones, que cambian el color de su piel. El espíritu de la hierba Kusha llamó a los camaleones, a miles de ellos, que treparon por mi tronco y lo cubrieron. Su cuerpecillos son blandos. ¡No estoy podrido! ¡Estoy tan sano como siempre!"

»Los espíritus de los árboles quedaron sorprendidos, pero el espíritu del Árbol en Flor habló aún una vez más.

»"A partir de ahora, ya no elegiremos a nuestros amigos ni los juzgaremos en vida alguna por su magnificencia, ni por su voluntad, ni por su fama. Elegiremos a nuestros amigos por su fidelidad y por la profundidad de su amor".»

Y así terminó el Buda su historia. Y los mercaderes se levantaron de uno en uno en silencio, y se desperdigaron por la ciudad preguntándose si se habían perdido algo en la vida. Por su parte, Patan-Pali se postró ante el Buda y le dio las gracias, y el sabio le guiñó un ojo.

Patan-Pali regresó al mercado y, dejando a Jigme, su fiel amigo, al cargo de todas sus riquezas, partió con la caravana de mercancías en dirección al Hindukush, para dirigirse luego al este hasta Catay, en busca de sedas, y luego al oeste hasta Arabia, en busca de especias.⁴

A1-08. ARANDO EL CAMINO

Rumanía (MacDonald, 2005, pp. 121-123)

Hubo un tiempo —esperemos que no sea nuestro tiempo—, en que a los ancianos se les consideraba una carga para los jóvenes.

El rey promulgó un edicto según el cual había que deshacerse de todos los ancianos, y cuanto antes mejor. La gente se apresuró a cumplir las órdenes reales, pero hubo un

⁴ Imágenes en este relato: "Arrival of a Caravan Outside The City of Morocco", cuadro de Edwin Lord Weeks. Dominio público; "Strangler Fig Kerala", de Shyamal, licencia CC BY-SA; y "Chamaeleo zeylanicus", de M. Arunprasad, licencia CC BY-SA. Todos ellos en Wikimedia Commons.

hombre que, queriendo a su padre, se negó a ser tan cruel; y, en vez de deshacerse de él, lo que hizo fue ocultarlo en el sótano de su casa de labranza.

Todas las noches le llevaba comida al anciano y se pasaba el tiempo con él, haciéndole compañía.

Sin embargo, aquel mismo año hubo una gran hambruna en el país. Se perdieron las cosechas, todas ellas, de tal modo que, con tan poca comida, cuando llegó el invierno los graneros estaban casi vacíos.

Llegada la primavera, ni siquiera quedaban cereales para sembrar una nueva cosecha, y el reino se veía abocado a una situación desastrosa.

Fue entonces cuando el anciano le dijo a su hijo:

—No te preocupes. Superaremos esta racha. En cuanto las primeras lluvias de la primavera ablanden la tierra, toma el arado y labra el camino que lleva hasta nuestra casa.

El hijo pensó que lo que decía su padre era muy extraño, pero hizo lo que el anciano le había dicho y, al cabo de una semana, en el camino comenzaron a brotar todo tipo de cereales, e incluso algunas legumbres. Había trigo, centeno y maíz, e incluso estaban creciendo judías en mitad del camino.

—¿Ves? —dijo el anciano— Cada vez que las carretas portan cereales o verduras al mercado, siempre caen unos cuantos granos por las rendijas del fondo o por la parte de detrás de las carretas. Esas semillas sólo necesitaban las lluvias de la primavera y un buen arado para volver a la vida.

Cuando el rey se enteró de que se podía conseguir comida y nuevas semillas arando simplemente los caminos, ordenó a todo el mundo en el país que hicieran lo mismo, y luego hizo llamar al granjero para que se presentara ante él.

—¿De dónde sacaste la sabiduría para que se te ocurriera esto? —preguntó el rey.

—No fui yo —respondió el granjero—, sino alguien más viejo y más sabio que yo.

Cuando el rey escuchó aquello comprendió lo que había ocurrido, y de repente se dio cuenta de lo insensato de su proceder en el pasado.

—Es cierto —reconoció—, son los viejos los que tienen la sabiduría. Quizás ya no necesitemos el esfuerzo de sus cuerpos, pero seguimos necesitando la sabiduría de la edad.

Y el rey decretó que, a partir de entonces, se les diera el debido respeto a los ancianos; y, así, el padre del granjero pudo salir de su reclusión, y el anciano vivió de forma digna hasta el fin de sus días.

Principio 2

A2-09. BUDA Y EL CISNE

Budismo indio (Fisher, 1996)

"2. Cuidar la comunidad de vida con entendimiento, compasión y amor." |

Hace mucho tiempo, en India, vivían un rey y una reina. Un día la reina tuvo un bebé. Lo llamaron Príncipe Siddhartha.

El rey y la reina estaban muy felices. Ellos invitaron a un sabio anciano para que fuera al reino a predecir la fortuna del niño.

"Por favor, dínos:" dijo la reina al sabio anciano. "¿Qué llegará a ser nuestro hijo?"

"Vuestro hijo será un niño especial," le dijo. "Un día llegará a ser un gran rey."

"¡Viva!" dijo el rey. ""Será un rey como yo."

"Pero," dijo el sabio, "cuando el niño crezca, podría abandonar el palacio porque querrá ayudar a la gente."

"¡El no hará semejante cosa!" gritó el rey mientras le arrebatava al niño. "¡El será un gran rey!"

El príncipe Siddhartha creció en el palacio. Todo el tiempo el rey lo observaba. Se aseguró de que su hijo tuviera lo mejor de todo. Quería que Siddhartha disfrutara la vida de un príncipe. Quería que se convirtiera en rey.

Cuando el Príncipe tuvo siete años su padre lo mandó a buscar.

"Siddhartha," le dijo, "Un día serás rey, ya es tiempo de que comiences a prepararte. Hay muchas cosas que tienes que aprender. Aquí están los mejores profesores de la tierra. Ellos te enseñarán todo lo que necesitas saber."

"Daré lo mejor de mí, padre," contestó el príncipe.

Siddhartha comenzó sus lecciones. No aprendió a leer y escribir. En cambio aprendió cómo montar caballo. Aprendió a manejar el arco y la flecha, cómo luchar y cómo usar la espada. Estas eran las destrezas que un valiente rey podría necesitar.

Siddhartha aprendió bien sus lecciones. Así mismo, su primo, Devadatta. Los dos muchachos tenían la misma edad.

Todo el tiempo el rey estaba pendiente de su hijo.

"¡Qué fuerte es el príncipe," pensó, "¡Qué inteligente. Qué rápido aprende. Qué grande y famoso será!"

Cuando el Príncipe Siddhartha terminaba sus lecciones, le gustaba jugar en los jardines de palacio. Allí vivía toda suerte de animales: ardillas, conejos, pájaros y venados. A Siddhartha le gustaba observarlos. Podía sentarse a mirarlos tan quieto que a ellos no les daba miedo acercarse hasta él.

A Siddhartha le gustaba jugar cerca del lago. Cada año, una pareja de hermosísimos cisnes blancos venía a anidar allí. El los miraba detrás de los juncos. Quería saber cuántos huevos había en el nido. Le gustaba ver a los pichones aprender a nadar.

Una tarde Siddhartha estaba por el lago. Repentinamente escuchó un sonido sobre él. Miró hacia arriba. Tres hermosos cisnes volaban sobre su cabeza.

"Más cisnes," pensó Siddhartha, "espero que se posen en nuestro lago."

Pero justo en ese momento uno de los cisnes cayó del cielo.

"¡Oh, no!" gritó Siddhartha, mientras corría hacia donde cayó el cisne.

"¿Qué ocurrió?"

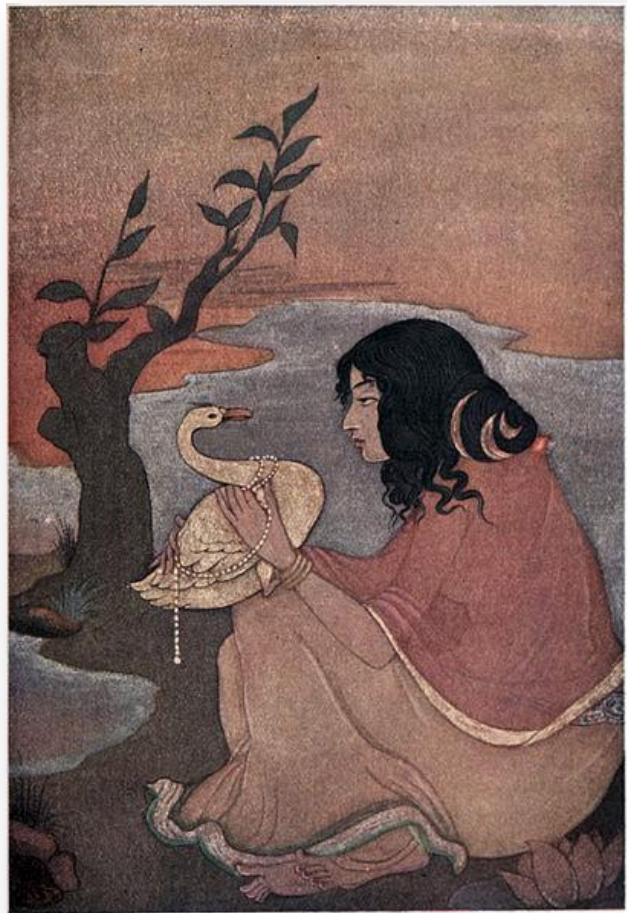
"Hay una flecha en tu ala", dijo.
"Alguien te ha herido."

Siddhartha le hablaba muy suavemente, para que no sintiera miedo. Comenzó a acariciarlo con dulzura. Muy delicadamente le sacó la flecha. Se quitó la camisa y arropó cuidadosamente al cisne.

"Estarás bien enseguida," le dijo.
"Te veré luego."

Justo, en ese momento, llegó corriendo su primo Devadatta.

"Ese es mi cisne," gritó. "Yo le pegué, dámelo."



"No te pertenece," dijo Siddhartha, "es un cisne silvestre"

"Yo le fleché, así que es mío. Dámelo ya."

"No," dijo Siddhartha. "Está herida y hay que ayudarla."

Los dos muchachos comenzaron a discutir.

"Para," dijo Siddhartha. "En nuestro reino, si la gente no puede llegar a un acuerdo, pide ayuda al rey. Vamos a buscarlo ahora."

Los dos niños salieron en busca del rey. Cuando llegaron todos estaban ocupados.

"¿Qué hacen ustedes dos aquí?" preguntó uno de los ministros del rey.

"¿No ven lo ocupados que estamos? Vayan a jugar a otro lugar."

"No hemos venido a jugar, hemos venido a pedirles ayuda." Dijo Siddhartha.

"¡Esperen!" llamó el rey al escuchar esto. "No los corran. Están en su derecho de consultarnos."

Se sentía complacido de que Siddhartha supiera cómo actuar.

"Deja que los muchachos cuenten su historia," dijo. "Escucharemos y daremos nuestro juicio."

Primero Devadatta contó su versión.

"Yo herí al cisne, me pertenece." Dijo.

Los ministros asintieron con la cabeza. Esa era la ley del reino. Un animal o pájaro pertenecía a la persona que lo hería.

Entonces Siddhartha contó su parte.

"El cisne no está muerto." Argumentó. "Está herido pero todavía vive."

Los ministros estaban perplejos. ¿A quién pertenecía el cisne?

"Creo que los puedo ayudar," dijo una voz.

Un hombre viejo venía acercándose por el portal.

"Si este cisne pudiera hablar," dijo el anciano, nos dijera a nosotros que quisiera volar y nadar con los otros cisnes silvestres. Nadie quiere sentir el dolor o la muerte. Lo mismo siente el cisne. El cisne no se iría con aquel que lo quiso matar. El se iría con el que quiso ayudarlo.

Todo este tiempo Devadatta permaneció en silencio. Nunca se había puesto a pensar que los animales también tenían sentimientos. El lamentó haber herido al cisne.

"Devadatta, tu puedes ayudarme a cuidar el cisne, si quieres," le dijo Siddhartha.

Siddhartha cuidó del cisne hasta que estuvo bien otra vez. Un día, cuando su ala sanó, lo llevó al río.

"Es hora de separarnos," dijo Siddhartha.

Siddhartha y Devadatta miraron como el cisne nadó hacia las aguas profundas. En ese momento escucharon un sonido de alas sobre ellos.

"Mira," dijo Devadatta, "los otros han regresado por ella."

El cisne voló alto en el aire y se unió a sus amigos. Entonces todos volaron sobre el lago por una última vez.

"Están dando las gracias," dijo Siddhartha, mientras los cisnes se perdían hacia las montañas del norte.⁵

A2-10. DE CÓMO LA CANGURO CONSIGUIÓ SU BOLSA

Aborígenes australianos (Flood, Strong y Flood, 1999, pp. 248-251)

Hace mucho tiempo, la canguro estaba acicalando a su cangurito a la orilla de un arroyo. Les gustaba escuchar el borboteo del agua, mientras la madre cepillaba el pelo de su cachorro. Aquel día, un viejo wombat⁶ se dirigió tambaleándose hacia ellos.

—¡Oh, vaya! —le susurró la canguro a su pequeño— Este pobre wombat está viejo y enfermo. Debe de tener ya tataranietos.

A la madre canguro le pareció escuchar algo así como un llanto y, mientras el wombat se dirigía hacia ellos, le escuchó decir:

—Inútil y despreciable, despreciable e inútil.

—¿Qué te pasa, amigo wombat? —preguntó ella.

—¿Huh? —exclamó él, sorprendido— ¿Quién ha dicho eso?

⁵ Imagen en este relato: "Damayanthi", de Khitindranath Mazumdar". Dominio público. En Wikimedia Commons.

⁶ El wombat es un pequeño marsupial australiano con apariencia de oso, patas cortas y, habitualmente, de movimientos lentos.

—He sido yo —dijo la canguro—. Una canguro y su cachorro.

—Estoy ciego —respondió el wombat—. Nadie me quiere a su lado. Nadie piensa en mí. Ya no sirvo para nada. Me han abandonado. Todos me han abandonado.

La canguro, que tenía un corazón tierno, le dijo:

—Seguro que las cosas no están tan mal. Yo seré tu amiga. Mi cachorro y yo te mostraremos donde crecen las hierbas más sabrosas.

La canguro dejó que el wombat se agarrara a su cola y, luego, lentamente, le llevó hasta las hierbas más jugosas y el agua más cristalina. El viejo wombat suspiró de placer, y la canguro se sintió feliz al ver que el wombat se sentía mejor.

De repente, la canguro se acordó de su cachorro. Le había dicho que se mantuviera cerca de ella, pero el pequeño se había alejado de nuevo. La canguro volvió a toda prisa en su busca. Esto le había ocurrido muchas veces. Ella iba en busca de comida y, cuando levantaba la vista, el pequeño se había extraviado otra vez. Y esto la asustaba terriblemente.



Encontró a su cachorro dormido bajo un árbol del caucho y, no queriendo despertarle de su siesta, decidió volver a ver cómo le iba al viejo wombat. Pero, de pronto, algo se movió entre los matorrales. ¡Un cazador aborígen acechaba sigilosamente al wombat! Ya levantaba por encima de la cabeza su boomerang, con sus finos bordes listos para cortar el aire. La canguro se quedó helada. Le costaba incluso respirar. Quería echar a correr, pero el wombat era como su cachorro... ¡tenía que protegerle!

La canguro pateó con fuerza las ramas que tenía bajo sus patas. Thump, thump, crack, crack, golpeó el suelo. El cazador se volvió hacia ella.

—¡Corre! —le gritó al wombat— ¡Corre, hay una cazador!

El wombat salió corriendo enloquecido, sin saber adónde iba. Pero al cazador le importaba poco: ¡ahora lo que quería era a la canguro!

Ella brincó con fuerza y se sumergió entre los matorrales lo más rápido que pudo, alejándose de donde había dejado durmiendo a su cachorro. El corazón le latía violentamente en la garganta mientras huía intentando salvar la vida, hasta que al final llegó a una cueva. Estaba demasiado cansada para continuar corriendo, de modo que se

derrumbó en el polvoriento suelo de la caverna. Al menos, el cazador tendría que matarla en la fría oscuridad, y no afuera, al aire libre, donde otros animales se habrían visto obligados a presenciarlo todo.

Pero el cazador pasó corriendo por delante de la entrada de la cueva. La canguro se quedó dentro, aguzando el oído por si regresaba. Tenía miedo de salir. Finalmente, le vio pasar de nuevo frente a la entrada de la cueva, aferrado a su boomerang. Esperó hasta que se sintió a salvo, y luego echó a correr hasta el árbol del caucho. Allí estaba su cachorro, despierto y listo para jugar. Juntos volvieron en busca del wombat, pero ya no estaba.

Lo que la madre canguro no sabía era que el wombat no era en realidad tal wombat. En realidad era el gran dios Byamee, que se había disfrazado. Byamee había bajado del mundo celeste para averiguar cuál de sus criaturas tenía el corazón más bondadoso. Y ahora tenía la respuesta, una respuesta que le complacía enormemente: el canguro. Byamee deseaba hacerle un regalo que le fuera de verdadera utilidad, de modo que convocó a los espíritus celestes y dijo:

—Bajad allí donde los eucaliptus crecen alto. Haced largas tiras con su corteza y confeccionad una maravillosa bolsa delantal. Dádsela a la madre canguro y explicadle que tiene que atársela alrededor de la cintura.

Y eso hicieron los espíritus celestes. Y en el mismo momento en que la madre canguro se ató el delantal a la cintura, Byamee lo transformó en el suave pelaje del canguro, y se hizo uno con su carne. Ahora tenía una bolsa en la cual llevar a su cachorro, que incluso podría dormir en su interior mientras ella iba y venía en sus tareas cotidianas.

La madre canguro se puso muy contenta con el regalo. Pero, dado que era la criatura más bondadosa de todas, no quiso guardarlo sólo para ella. Pensó en las otras madres canguro, y en las madres ualabíes, y en las ratas canguro, y en todos los demás marsupiales.

A Byamee le encantó la generosidad del corazón de la canguro, de modo que decidió hacer bolsas para todas las demás madres marsupiales. Desde entonces, sus cachorros casi nunca se pierden.⁷

A2-11. EL MUCHACHO QUE AMABA A LOS OSOS

Pawnee - Estado de Missouri (Planet Ozkids, 2012g)

Hace mucho tiempo, cuando un cazador pawnee regresaba a su poblado después de un día de caza, se encontró a un oseño de pocas semanas solo en el bosque. El oseño parecía muy

⁷ Imagen en este relato: "Vombatus ursinus", foto de J. J. Harrison, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons.

asustado, y estaba llamando a gritos a su madre. Apiadándose del pobre animal, el cazador lo tomó en brazos y lo acarició.

—¿Has perdido a tu madre, pequeño? —dijo el cazador mientras rascaba al osezno bajo la barbilla.

Instantes después, el osezno se puso a chuparle un dedo al cazador.

—Parece que tienes hambre —le dijo.

Y, rebuscando en su bolsa, el cazador le dio al pequeño la comida que aún le quedaba.

Mientras tenía al osezno entre los brazos, el cazador pensó en su mujer, que estaba embarazada. De hecho, estaban esperando que el niño naciera uno de aquellos días.

—Pequeño —le dijo el cazador al osezno—, si alguna vez mi hijo o mi hija estuviera solo, ruego para que alguien le ayude como te he ayudado yo a ti.

El cazador dejó al animal en el suelo, y luego le ató al cuello, a modo de protección, una bolsita medicinal con hojas sagradas. El osezno se hizo un ovillo en el suelo, y el cazador lo estuvo acariciando hasta que se quedó dormido. Luego, lo cubrió con hojas para ocultarlo de otros depredadores, y le dijo en un susurro:

—Duerme bien, pequeño. Ruego para que tu madre haya vuelto antes de que despiertes.

Cuando llegó a su poblado, el cazador le contó a su mujer lo que había ocurrido con aquel bebé de oso.

—¡Qué extraño! —comentó ella al final— Yo también he visto hoy un oso.

Pocos días después, cuando nació el hijo de ambos, decidieron llamarlo Pequeño Oso.

Con los años, Pequeño Oso se convertiría en un joven fuerte y aguerrido, y sería considerado como el mejor cazador del poblado. Era capaz de seguir el rastro de los animales como un oso, y también cazaba peces en los ríos, al igual que los osos.

—Incluso gruñe como los osos cuando intento despertarlo por las mañanas —decía su madre.

Con frecuencia, el joven se adentraba en los bosques y se sentaba en silencio a orar durante horas allí donde se sabía que vivían los osos.

—Tengo una sensación muy extraña cuando estoy allí orando —le dijo un día a su padre— Es como si pudiera sentir el poder de los osos.

Un día en que Pequeño Oso y otros jóvenes de la tribu estaban cazando fueron atacados por guerreros de otra tribu. Pequeño Oso y el resto de los jóvenes del poblado lucharon valientemente, pero sus enemigos los superaban en número, de modo que, al final del combate, tanto Pequeño Oso como sus amigos yacían muertos.

Poco después de que terminara la pelea, un oso y una osa se encontraron la terrible escena. Pero, curiosamente, la osa reconoció a Pequeño Oso.

—¡Mira, ése es el joven que viene a orar por nosotros! —le dijo a su marido—
¡Tenemos que ayudarlo!

—No puedo hacerlo —respondió él—. Mi medicina curativa sólo funciona con la luz del sol, y las nubes ocultan al sol de nosotros.

Pero, justo en aquel momento, las nubes se abrieron y Pequeño Oso quedó envuelto en un único rayo de sol. El oso se irguió sobre las patas traseras, levanto los brazos al cielo y gritó:

—¡Oh, Gran Espíritu, te ruego que devuelvas la vida al cuerpo de este joven humano!

El oso siguió orando y, poco a poco, el espíritu vital de Pequeño Oso retornó a su cuerpo.



La osa y el oso recogieron con mucho cuidado al joven cazador y se lo llevaron al lugar donde vivían, y Pequeño Oso estuvo con ellos durante muchos meses, hasta que se curó por completo de sus heridas.

Ya recuperado, el oso le acompañó hasta la cumbre de una colina desde la cual se veía el poblado de Pequeño Oso.

Entonces, el oso tomó las manos de Pequeño Oso entre sus poderosas garras y exhaló su espíritu en él.

—Ahora somos hermanos. Ahora somos uno —dijo el oso—. Todo lo que me ocurra a mí te ocurrirá a ti, y todo cuanto te ocurra a ti me ocurrirá a mí.

Con el tiempo, Pequeño Oso se convertiría en un cazador aún más admirable y celebraría Ceremonias del Oso para sanar a otras personas y dar las gracias al Gran Espíritu

por el oso. Y, como es habitual, al hacerse mayor se cambio el nombre de Pequeño Oso por el de Hombre Oso.

Hombre Oso le transmitió el poder del oso a sus hijos y nietos, y éstos se lo transmitieron a su vez a sus propios hijos, de tal modo que el poder del oso todavía es conocido hoy en día entre el pueblo pawnee.

Al cabo de muchos años, Hombre Oso murió pacíficamente mientras dormía. Se dice que un viejo oso murió en aquel mismo instante.

Los dos hermanos estaban juntos de nuevo.⁸

A2-12. MARIANG MAKILING, EL HADA DE LA MONTAÑA

Tagalog - Filipinas (APCIEU et al., 2010, pp. 51-53)

"2.b. Reconocer que, a mayor libertad, conocimiento y poder, mayor es la correspondiente responsabilidad por promover el bien común."

Se dice que Mariang Makiling es la misteriosa hada guardiana del Monte Makiling. Nadie sabe la edad que tiene, aunque se cree que es tan vieja como la misma montaña. Las pocas personas que la han visto vagar por la espesura de la selva afirman que es alta y agraciada, de piel morena y ojos de un color negro profundo, y que su melena casi toca el suelo. Los cazadores de ciervos la han visto de pie al borde de un precipicio en las noches de luna, con su cabello largo flotando al viento y entonando cantos que resonaban hasta en los valles más profundos.

A Mariang Makiling parece gustarle aparecer tras las tormentas, cuando se pasea por la selva para enderezar los troncos rotos, devolver los nidos a las ramas de los árboles, reparar las alas de las mariposas y despejar las corrientes de los ríos de ramas y troncos caídos. A medida que pasa por los senderos, todas las señales de la tormenta desaparecen; las rosas y las orquídeas florecen, los pájaros cantan alegres y los ciervos corretean de nuevo entre los matorrales.

También es conocida Mariang Makiling por su buen corazón. Puede aparecer bajo la forma de una muchacha para ayudar a las ancianas a recoger leña, para luego deslizar pepitas de oro, monedas y joyas en sus fardos cargados de madera. También se dice que ha invitado a muchos cazadores exhaustos a su casa, donde les sirve comida caliente y bebidas

⁸ Imagen en este relato: "Zoo Bear", de Rasmus Svinding, licencia CC0, en Pexels.com.

frescas. Con frecuencia, incluso, les da un pequeño regalo de despedida de jengibre que, para cuando los cazadores llegan a casa, se ha transformado en oro.

Muchas de aquellas personas que han conocido la generosidad de Mariang Makiling saben bien cómo corresponder a su bondad. Normalmente, dejan en los terrenos del Monte Makiling una gallina de menos de un año con las plumas blancas como la leche, pues parece que las gallinas blancas son su regalo preferido.

Mariang Makiling aparece con frecuencia bajo la forma de una anciana que pide comida a los cazadores, cosa que hace para poner a prueba su bondad ante aquellas personas que están pasando necesidades. Si los cazadores se niegan a ayudarla, ella los persigue y los expulsa de la selva imitando el aullido de monstruos que se escondieran entre las sombras del follaje.

Pero, con los años, la gente ve cada vez menos a Mariang Makiling. De hecho, ya no se le aparece a la gente para hacerles regalos de oro y joyas, y los cazadores ya no tienen a quién recurrir cuando se ven acosados por el hambre o la sed.

Muchos culpan de la desaparición de Mariang Makiling a aquéllas personas que no corresponden a su generosidad. Otros dicen que se siente defraudada por la tala de árboles y los excesos con la caza de animales salvajes, y que por eso ya no quiere aparecerse ante nadie. Pero el relato del hada misteriosa de Monte Makiling sigue vivo.

Principio 3

A3-13. LA LEYENDA DE SHAMBHALA

Budismo tibetano (Dmitrieva, 1997, pp. 8-12)

"3. Construir sociedades democráticas que sean justas, participativas, sostenibles y pacíficas."

Las guías que describen las rutas a Shambhala suelen dar direcciones diferentes, y no existe un consenso sobre la ubicación exacta de Shambhala. Sin embargo, el reino se describe con todo detalle. Se dice que Shambhala está completamente rodeada por montañas nevadas, lo cual la hace inaccesible. Hay textos que dicen que, para llegar a Shambhala, hay que volar sobre las cordilleras, un vuelo que sólo podría llevarse a cabo merced a poderes espirituales, no mediante máquina alguna. Por dentro de ese anillo externo de cordilleras

hay otro anillo de montañas aún más altas, divididas en ocho secciones por ríos y montañas más pequeñas. Estas secciones, o regiones, tienen el aspecto de los pétalos de una flor de loto, cada uno de los cuales tiene doce principados gobernados por un príncipe local. (...)

En el centro de la flor de loto, en el anillo interior, se encuentra *Kalapa*, la capital de Shambhala. Al este y al oeste de la ciudad se extienden dos lagos llenos de joyas, uno con forma de media luna y otro con forma de creciente. Al sur de la capital hay un parque de sándalos llamado *Malaya*, donde el primer rey de Shambhala, *Sucandra*, construyó un enorme mandala *Kâlachakra*. Al norte se ubican los santuarios y las imágenes sagradas, así como «el complejo palaciego donde residen los reyes religiosos, los Titulares de las castas» (K'am-trul Rinpoché, 7).



El palacio del rey, «más grande que el de Indra» (K'am-trul Rinpoché, 7), resplandece en el centro de la capital, compitiendo en brillo con el sol y la luna. Sus tejados son de oro puro y sus ornamentos de piedras preciosas, como diamantes, perlas, esmeraldas y zafiros.

En suelos y techos hay incrustados unos cristales especiales que regulan la temperatura del interior. En el centro del palacio está el trono dorado del rey, apoyado sobre ocho leones tallados y decorado con maravillosas gemas. El rey es el titular de la joya mágica que satisface los deseos (Chintamani), regalo de las deidades Naga. En la descripción de Gar-je K'am-trul Rinpoché de los tesoros del rey de Shambhala nos encontramos, en lugar del Chintamani, un «jarrón de inagotables tesoros, la vaca que cumple los deseos, la cosecha no sembrada y el árbol que concede los deseos» (K'am-trul Rinpoché, 8). El rey está acompañado permanentemente por un espléndido séquito, siempre dispuesto a cumplir con sus mandatos. El rey tiene caballos, elefantes y todo tipo de vehículos, incluida una aeronave «hecha de piedra». Las existencias de oro y gemas son impresionantes. «Todos los nuevos productos de uso samsárico diario se manufacturan espontáneamente sin ningún esfuerzo... y se explica que todos ellos tienen su origen en las oraciones compasivas de los Budas y merced a la fuerza del karma de los seres sensibles en general...» (K'am-trul Rinpoché, 8).

Todas las personas de Shambhala viven en una paz y armonía absolutas, libres de enfermedades y de hambre. Todas tienen un aspecto saludable y bello, y llevan turbantes y ropas blancas. Su lengua es el sánscrito. Todas son inmensamente ricas, pero no tiene necesidad de sus riquezas. No existen cosas tales como los castigos físicos ni la prisión, dado que no hay nadie que precise ser castigado. «Como todos los reyes son religiosos, no existe ni la más mínima señal de maldad o falta de virtud en esta tierras. Incluso las palabras "guerra" y "enemistad" son desconocidas. La felicidad y la alegría de estas gentes pueden competir con las de los dioses» (Gar-je K'am-trul Rinpoché, 7).

Las personas que habitan Shambhala no son inmortales, pero su esperanza de vida es bastante larga, de alrededor de un centenar de años. Dedicán por completo su vida a la consecución de la iluminación a través del estudio y la práctica del Kâlachakra Tantra, y educan a sus hijos para que sigan sus pasos. (...) ...los moradores de Shambhala no son renunciantes ni ascetas; disfrutan de todos los placeres del samsara, utilizándolos al mismo tiempo como medio para la liberación. Merced a su positiva actitud ante el mundo material, se dice que los habitantes de Shambhala han desarrollado una tecnología bastante avanzada, así como sistemas médicos y astrológicos. (...) El rey posee un espejo de cristal que le permite ver todo cuanto ocurre a muchas leguas de distancia. En los textos se habla también de «caballos de piedra con la fuerza del viento» y «técnicas para transmutar una sustancia química en otra y formas de aprovechar la energía de las fuerzas naturales, tales como el viento» (Bernbaum, 11). Las gentes de Shambhala poseen todo tipo de poderes psíquicos extraordinarios, como «la capacidad para leer los pensamientos de los demás, de prever el futuro y de caminar a altísimas velocidades» (Bernbaum, 11). También son capaces de hacerse invisibles si las circunstancias lo exigen, por ejemplo en el caso de intrusión o ataque. (...)

El actual y vigésimo primer rey de Shambhala es *Ma-gag-pa* (*Aviruddha* en sanscrito). Hacia 1978 d.e.c., se decía que *Ma-gag-pa* llevaba en el trono cincuenta años; por tanto, su sucesor, *Mi-yi seng-ge* (*Narasimha* en sánscrito), será entronizado en el 2028 d.e.c., dado que los reinados de los reyes de Shambhala duran cien años. En total habrá treinta y ocho reyes. A medida que estos reyes se vayan sucediendo, la corrupción y la dilapidación se irán apoderando de la humanidad. Dejarán de respetarse las religiones, un materialismo agresivo gobernará el planeta y los logros espirituales carecerán de valor alguno. Los bárbaros (*Kla-Klo*), después de múltiples luchas entre sí por el poder, se unirán finalmente bajo un rey malvado. Cuando este rey haya sometido a todo el mundo, el país oculto de Shambhala se revelará, y el rey, abrumado por la ira, por no ser el único gobernante del mundo, emprenderá una guerra contra Shambhala. Gar-je K'am-trul Rinpoché sostiene que «merced a la fuerza de las oraciones previas y a la infalible verdad de causa y efecto, la diosa *Re-ma-te* (Ri ma ti), de acuerdo con sus propios deseos, se convertirá en la reina de este rey *La-la* (*Kla-Klo*)» (K'am-trul Rinpoché, 11). Ella apuntará a Shambhala como aún no conquistada. El rey *Kla-klo* dispondrá de todo tipo de armas terribles y poderosas. La batalla final de Shambhala contra el ejército *Kla-klo* tendrá lugar en 2425 d.e.c. Entonces, el trigésimo segundo rey de Shambhala, *Rudra Chakrin* (El Colérico con la Rueda), encabezará su ejército contra los bárbaros y los destruirá, dando inicio así a la «edad perfecta» durante al menos mil años. En ese tiempo, todo el mundo se convertirá en Shambhala, y no habrá enfermedades ni pobreza, ni siquiera hará falta trabajar para ganarse la vida. Incluso, «grandes santos y sabios del pasado regresarán a la vida para enseñar la verdadera sabiduría, y muchas personas alcanzarán la iluminación a través de la práctica del Kálachakra» (Bernbaur, 23).⁹

A3-14. LA LEYENDA DE ROBIN HOOD¹⁰

Inglaterra (E2BN, 2006g)

"3.b. Promover la justicia social y económica, posibilitando que todas las personas alcancen un modo de vida seguro y digno, a la vez que ecológicamente responsable."

En lo alto de las ramas del Gran Roble, un hombre encapuchado extrajo silenciosamente una flecha del carcaj y la encajó en el tensor de su arco. Habían pasado varias horas desde que trepara y se instalara en los brazos del árbol, al alba; y, si no fuera por el espeso manto de niebla que se esparcía entre los árboles, el sol hubiera estado brillando ya en el cielo. Sin

⁹ Imagen en este relato: *Screenshot* de "Shambhala", en *Uncharted 2*, de Naughty Dog, ©David J. Baldwin

¹⁰ De esta leyenda he conseguido, en las últimas fases de la investigación, una versión en la que no se describe violencia alguna, pero llegó tarde. Ésta es la versión que fue sometida al análisis de contenido y, por tanto, es la que incluyo en esta lista.

embargo, una espesa niebla era exactamente lo que deseaba el hombre encapuchado, mientras esperaba, en silencio, pacientemente, en su atalaya.



El hombre situó el arco a la altura de su rostro, mientras, en otros árboles alrededor del claro, otros cuatro hombres —John, Alan, Much y Will— hacían lo mismo. Habían escuchado el sonido de los cascos de los caballos por el sendero del bosque, habían oído el lento y pesado chirrido de las ruedas de los carros, y las voces de los miembros de una partida

hablando entre sí. De pronto, emergieron sus figuras fantasmales de entre la espesa niebla. El hombre encapuchado cerró un ojo, estiró del tensor del arco y miró fijamente a lo largo del astil de su flecha.

Y esperó, respirando apenas, recordando un día como éste, con la misma niebla, en el mismo lugar del bosque. Ya hacía dos, quizás tres años, que todo había comenzado, que la gente comenzó su lucha contra la injusticia.

Aquel día, este mismo hombre, Robert de Locksley, estaba dando un paseo por la orilla del bosque. No hacía mucho que había regresado del extranjero. Había luchado en las cruzadas con el bendito rey Ricardo, y tenía que hacer balance de sus tierras, los Outwoods.

La verdad es que las tierras no eran suyas, pues tenía que pagar un arriendo a la Abadía de St. Mary, que era la que tenía la propiedad de aquellos fértiles pastos, tras haberlos recibido en las últimas voluntades del último señor de la casa solariega. Durante generaciones, la familia Locksley, al igual que otras muchas, había pagado su arriendo a aquel señor, y recibía unos buenos servicios a cambio. Pero, cuando la abadía se hizo cargo de las tierras, todo cambió. Se incrementaron los arriendos, no se hacían las reparaciones pertinentes, y aquéllos que no podían hacer frente a los nuevos pagos eran arrojados de sus casas, normalmente de manera violenta. No importaba que fueran jóvenes o viejos.

Al abad y a sus amigos del castillo de Nottingham les importaba bien poco sacar a rastras de su casa a una joven madre y a sus aterrorizados hijos; requisarles todas sus pertenencias y, después, prenderle fuego a la casa. Robert ya había tenido unas palabras con el abad por estos asuntos. Al presenciar el desahucio de una joven pareja y de sus dos hijos pequeños, se enfureció tanto que se fue corriendo directamente a hablar con el abad.

—Os llamáis hombre de Dios —le dijo a voz en grito al corpulento abad—, y sin embargo tratáis a los pobres peor de lo que lo haría el mismo demonio. Vuestros hombres están trayendo la miseria a estas tierras en vuestro nombre y en el de vuestro cómplice, el Sheriff de Nottingham.

Aquel día, mientras recorría las orillas del bosque, tomando nota mentalmente de los puntos en los que habría que reparar el muro, vio un extraño movimiento en el bosque y se agazapó tras un alto fresno para observar. Vio a un hombre pobremente ataviado, arco en mano, con la flecha a punto para salir hacia su presa. Locksley siguió la línea del tiro y vio un gran ciervo rojo, uno de los animales silvestres del abad.

Robert estaba a punto de advertir al hombre cuando escuchó el sonoro chasquido del arco y vio al animal caer sobre un costado. La flecha le había atravesado el cuello.

El hombre salió corriendo de la cubierta vegetal, arrojando sus armas y dejándolas atrás.

Locksley pensó que, si los guardas del abad estuvieran patrullando por el bosque y hubieran oído caer al ciervo, apresarían a ese hombre y, antes de que acabara el día, estaría colgando de una soga en la plaza exterior del castillo. Mientras corría, el hombre se volvió hacia el lugar donde estaba Locksley, y entonces éste le reconoció.

—Will, Will Scarlet, detente, por el amor de Dios, detente —le dijo intentando no levantar demasiado la voz.

El hombre se detuvo por un instante.

—Si te atrapan, vas a estar colgado de una cuerda antes de que el ciervo se haya enfriado.

—Locksley... no os metáis en esto. Entiendo lo que queréis decir; pero, si mis hijos van a tener que morir de hambre y ellos me amenazan con arrebatarme la casa, como a tantos otros, ¿qué queréis que haga?

En los ojos de aquel hombre había una mirada de impotencia, la mirada del hambre, del sufrimiento, de la más completa desesperación. Sabía el peligro que estaba corriendo, pero no tenía otra elección.

—Así es como tenemos que vivir ahora. Las cosas han cambiado mientras vos estabais lejos. Si queremos poner un bocado en los labios a nuestros hijos, ésta es la única manera de hacerlo. Tenemos que elegir entre el miedo a los hombres del abad o el miedo a que nuestros hijos se mueran de hambre sin apenas haber vivido.

Se quedó mirando a Robert todavía unos instantes, y después sus ojos se dirigieron de nuevo al claro del bosque.

—Ese ciervo es mío ahora —dijo finalmente, y se precipitó sobre el animal caído.

Desde el discreto lugar tras el árbol en el que se encontraba, Locksley vio aparecer de pronto a tres guardas detrás de Will, no muy lejos de él. Se movían en silencio, de tal modo que Will no era consciente de que se le estaban aproximando.

En el tiempo que les llevó a los tres hombres recorrer la mitad de la distancia que les separaba de cazador furtivo, Robert se había desplazado hasta el lugar donde había visto a Will arrojar su arco. La decisión estaba tomada; una decisión que marcaría el resto de su vida.

Sabía lo que le ocurriría a aquel hombre si lo capturaban, y sabía lo que les ocurriría a sus hijos también, si su padre terminaba el día colgando de una soga y resollando por un poco de aire.

En el tiempo que le llevó dar las diez zancadas que le separaban del arco supo lo que tenía que hacer.

Como una exhalación, tomó el arco, sujetó una flecha en el tensor y dispuso otras dos flechas en el suelo, a su lado. Cuando miró hacia el lugar donde estaban los hombres, vio que dos de ellos habían sujetado ya a Will por los brazos y lo estaban reduciendo mientras él intentaba zafarse.

Robert tiró del tensor, apuntó al hombre de la izquierda y disparó. La flecha voló recta, silenciosa y certera, impactando en la espalda del hombre.

Para cuando los otros guardas se percataron de lo que estaba sucediendo, la segunda flecha ya estaba volando hacia el hombre de la derecha; y, menos de tres segundos después de que el primer hombre cayera, el segundo se agarraba el cuello mientras la flecha atravesaba su cuerpo justo por debajo del hombro.

Pero el tercer hombre estaba detrás de Will, y Robert no se atrevía a dispararle.

—¡Will, agáchate, agáchate para que pueda dispararle! —gritó Robert.

Pero el tercer hombre estaba huyendo ya a través de los árboles en dirección a la abadía.

Para cuando Robert se reunió con Will, los otros dos guardas habían fallecido ya. Will parecía estar sujeto al suelo por los pies; era incapaz de moverse ni hablar.

—¡Will, vamos, tenemos que alejarnos de aquí! Sin duda, tienen que haber más guardas en el bosque. Saca el cuchillo, corta un trozo del ciervo que puedas llevar y vámonos de aquí.

Tuvieron suerte de que nadie más les viera mientras se dirigían silenciosamente a la casa de Will. En cuanto se sintieron en terreno seguro comenzaron a hablar.

—¡Estás loco, Will, al arriesgar tu vida de esta manera, solo! —le dijo Robert— Si te hubieran capturado hoy...

—Entonces, ¿qué queréis que haga? No tenéis ni idea. Vuestra tierra está segura, vos sois un hombre libre, y respetado por vuestras heroicas acciones en el ejército del rey. Pero, ¿quién soy yo? Nadie. Nada. Yo y otros cientos como yo no somos nada para ellos. Dan de comer a sus perros mejor y cuidan mejor a sus caballos que a sus arrendatarios y sirvientes. Utilizan las leyes del país contra nosotros, a su discreción, y la ignoran cuando no se adapta a sus conveniencias.

Caminaron durante un buen rato en silencio, hasta que Robert habló de nuevo.

—Te equivocas, Will Scarlet. Yo he perdido todo lo que tenía al salvarte a ti de la soga del Sheriff. Ya deben haber dado la alarma, y antes de que se ponga el sol estarán ya buscándome a mí... y a ti también.

Robert se detuvo en el cruce de caminos de donde salía el sendero que llevaba a su casa. Se quedó allí quieto durante unos instantes, pensando, con la mirada perdida en la distancia.



—Si ellos tratan la ley con tan poco respeto, y tratan a aquéllos que intentan vivir por la ley con tan poco cuidado, entonces es que quizás ha llegado el momento de que la gente de a pie haga las cosas de otra manera. Una mala ley es peor que ninguna. Ha llegado la hora de que recuperemos lo que nos pertenece, lo que es nuestro por derecho.

Locksley dejó de mirar en la dirección de su casa, posó la mirada en el otro sendero y comenzó a caminar.

—Creo que mi camino se halla en esta dirección ahora —dijo firmemente—. ¿Estás conmigo, Will? ¿Podrías traer a otros para nuestra causa?

»No tenemos por qué vivir en el lodo o bajo la bota de aquéllos que nos atropellan. Nosotros somos muchos. Ellos son pocos.

»Disponemos de la astucia necesaria, y del conocimiento de estas tierras y estos bosques.

»Y estos bosques nos sustentarán. Hay comida en abundancia, suficiente como para que vivamos aquí muchos; y, si las cosas se ponen difíciles, siempre pasará por aquí alguien que tenga más de lo que necesita para vivir.»

Robert hizo una pausa para ver si su acompañante tenía algo que decir; pero, dado que no hubo respuesta, continuó. Su entusiasmo iba en aumento con cada zancada a lo largo del sendero.

—Nunca tomaremos más de lo que necesitemos para sobrevivir, no como éstos que nos gobiernan. Justicia e igualdad serán nuestras consignas, no la codicia y la injusticia. Vamos a ayudar a nuestra gente a encontrar una nueva manera de vivir.

»Vendrán a por nosotros, pero utilizaremos los bosques para cobijarnos, para ocultarnos, para protegernos. Los bosques nos protegerán tan bien como cualquier armadura. Si nos quieren cazar, tendrán que enfrentarse al bosque para encontrarnos. Y nosotros les estaremos esperando.»

Y Robert de Locksley fue fiel a su palabra.

Ése era el motivo por el cual este día se encontraba en lo alto de un árbol, esperando junto a otros, mientras los funcionarios de Nottingham recorrían los bosques con cofres llenos de dinero de los impuestos arrebatados a los pobres del condado.

En un lado del pesado carromato había un soldado sentado, con la cabeza colgando, casi dormido. Cuando la comitiva se adentró en el claro, Robert preparó una flecha como señal de advertencia, que debería ir lo suficientemente cerca del soldado como para hacerle saber que la siguiente le daría de lleno.

Tiró del tensor cuanto pudo, miró a lo largo del astil de la flecha, eligió un punto a pocos centímetros a la izquierda del soldado y aguantó la respiración, esperando, esperando, esperando...

Súbitamente, la flecha salió disparada, recta, silenciosa y certera.

Cuando la flecha impactó en el objetivo, el guardia, sobresaltado, miró hacia arriba, a los árboles, y se encontró con un hombre encapuchado, arco en mano, con una flecha dispuesta y la punta orientada directamente a su cabeza.

De inmediato supo a quién estaba mirando.

¡Estaba mirándole directamente a los ojos a Robin Hood!¹¹

Principio 4

A4-15. HONI Y EL ALGARROBO

Judaísmo (Schram, 2012)

"4. Asegurar que los frutos y la belleza de la Tierra se preserven para las generaciones presentes y futuras."

Honi el Sabio era conocido también como Honi el Hacedor de Círculos porque, trazando un círculo en el suelo e introduciéndose dentro de él, recitaba oraciones especiales para atraer la lluvia. A veces, en esas circunstancias, discutía incluso con Dios por causa de una sequía. El caso es que las lluvias venían. Ciertamente, Honi era un hacedor de milagros.

Pero, por sabio que fuera, Honi se encontraba a veces con cosas que le desconcertaban. En esos casos, se ponía a hacer preguntas para intentar resolver el misterio.

Un día, Honi el Hacedor de Círculos iba por un camino cuando vio a un hombre plantando un algarrobo.

—¿Cuánto tiempo le llevará a ese árbol dar frutos? —le preguntó Honi al hombre.

—Setenta años —respondió éste.

—¿Y crees que vas a vivir otros setenta años para poder disfrutar de los frutos de ese árbol? —volvió a preguntar Honi.

El hombre esbozó una sonrisa y contestó:

—Quizás no. Pero, cuando yo vine a este mundo, me encontré con muchos algarrobos que habían plantado mi padre y mi abuelo. Y, del mismo modo que ellos plantaron árboles para mí, yo estoy plantando árboles para mis hijos y mis nietos, para que ellos puedan beneficiarse de los frutos de estos árboles.

¹¹ Imágenes en este relato: "Robin Hood" de Rain Rannu, licencia CC BY, en Flickr.com; y "Statue of Robin Hood", de Jo Jakeman, licencia CC BY, en Wikimedia Commons.

A4-16. PLANTANDO PARA LA SIGUIENTE GENERACIÓN

Sufismo turco (MacDonald, 2005, p. 118)

Un día, los vecinos vieron a Nasreddin Hodja ocupado plantando árboles en un campo cercano a su casa. Todos se congregaron a su alrededor y comenzaron a burlarse de él.

—¿Acaso te ha poseído algún espíritu extraño, que te pones a plantar árboles a tu edad? ¡No tienes ni la más mínima posibilidad de vivir lo suficiente como para ver madurar esos retoños!

El Hodja no dijo nada; simplemente, siguió con su labor. Al cabo de un rato, se irguió y miró con atención a todos los congregados.

—¿Acaso no se os ha ocurrido pensar —preguntó— que podría estar plantando árboles para la siguiente generación?

Y se entregó de nuevo a su labor.

A4-17. EL ANCIANO SABIO

Birmania (APCIEU et al., 2010, pp. 81-82)

Un día, mientras un anciano estaba plantando unos pequeños retoños de mango a lo largo de la valla de su casa, pasó por allí un príncipe, y el anciano le ofreció unos mangos.

—Alteza, ¿me permitís que os regale unos mangos maduros? —preguntó el anciano.

—Gracias, Abuelo —dijo el príncipe—. Están deliciosos... Muchas gracias.

A lo que añadió:

—Pero, ¿puedo haceros una pregunta, Abuelo? ¿Qué edad tenéis?

—Tengo ochenta años —respondió el anciano.

—Os he visto plantar retoños de mango desde que llegué aquí, pero pensaba que nunca llegaríais a disfrutar de los mangos de los árboles que estáis plantando hoy. ¿Por qué os molestáis con ese trabajo? —preguntó el príncipe.

El anciano guardó silencio durante unos instantes y, a continuación, respondió:

—Esos deliciosos mangos que os estáis comiendo proceden de los árboles de mango que mi abuelo plantó para mi padre y para mí. Ahora, yo estoy plantando nuevos retoños de

mango, cuyos frutos los saborearán mi hijo y mis nietos hasta mucho después de que yo me haya ido.

Tras meditar en la respuesta del anciano, el príncipe le dio las gracias y le entregó un anillo con un rubí a cambio de su inapreciable lección.

—Muchas gracias, Abuelo, por la sabiduría que me habéis transmitido hoy —dijo el príncipe—. Ahora entiendo perfectamente lo que estáis haciendo.

Desde aquel día, el príncipe cuidó siempre de los demás, especialmente de sus súbditos. Hizo cuanto estaba en su mano para hacer felices a los demás, y fue muy amado por su pueblo hasta el final de sus días.

A4-18. LOS INVENTOS DE ELAL

Tehuelche - Argentina (Alonso, 2009)

"4.a. Reconocer que la libertad de acción de cada generación se encuentra condicionada por las necesidades de las generaciones futuras."

Dicen los tehuelches que la Patagonia era solo hielo y nieve cuando el cisne la cruzó, volando por primera vez. Venía desde más allá del mar, de la isla divina donde Kóoch había creado la vida y donde había nacido Elal, a quién cargó en su blanco lomo para depositarlo sobre la cumbre del cerro Chaltén.

Dicen también que detrás del cisne volaron el resto de los pájaros, que los peces los siguieron por el agua y que los animales terrestres cruzaron el océano a bordo de unos y de otros. Así la nueva tierra se pobló de guanacos, de liebres y de zorros; los patos y los flamencos ocuparon las lagunas y surcaron por primera vez el desnudo cielo patagónico los chingolos, los chorlos y los cóndores. Por eso Elal no estuvo solo en el Chaltén; los pájaros le trajeron alimento y lo cobijaron entre sus plumas suaves. Durante tres días y tres noches permaneció en la cumbre, contemplando el desierto helado que su estirpe de héroe transformaría para siempre.

Cuando Elal comenzó a bajar por la ladera de la montaña le salieron al encuentro Kóeshke (el frío) y Shie (la nieve). Los dos hermanos que hasta entonces dominaban la Patagonia lo atacaron furiosos, ayudados por el hielo y por Máip (el viento asesino). Pero Elal ahuyentó a todos golpeando entre sí dos piedras que se agachó a recoger, y ese fue su primer invento: el fuego.

Cuentan que Elal siempre fue sabio, que desde muy chiquito supo cazar animales con el arco y la flecha que él mismo había inventado. Que ahuyentó al mar con sus flechazos para agrandar la tierra, que creó las estaciones, amansó las fieras y ordenó la vida. Y que un día modelando estatuillas de barro, creó los hombres y las mujeres: los tehuelches. A ellos los Chónék les confió los secretos de la caza; les enseñó a diferenciar las huellas de los animales, a seguirles el rastro y a ponerles el señuelo; a fabricar las armas y a encender el fuego. También a fabricar abrigados quillangos, a preparar el cuero para los toldos, hasta dejarlo liso e impermeable... y tantas, tantas otras cosas que tan solo él sabía.



Cuentan que hasta la luna y el sol están donde están por obra de Elal, que los echó de la tierra porque no querían darle a su hija por esposa. Que el mar crece con la luna nueva porque la muchacha, abandonada por el héroe en el océano, quiere acercarse al cielo, desde donde su madre la llama.

También que si no fuera porque una vez, hace muchísimo tiempo, cuando hombres y animales eran la misma cosa, Elal castigó una pareja de lobos de mar, no existirían el deseo ni la muerte. Finalmente Elal, el sabio, protector de los tehuelches, dio por terminados sus trabajos. Dicen que un día poco antes del amanecer, reunió a los chónék para despedirse de ellos y darles las últimas instrucciones. Les anunció que se iba, pidió que no le rindieran honores, pero sí que transmitieran sus enseñanzas a sus hijos, y éstos a los suyos, y aquellos

a los propios, para que nunca murieran los secretos de los Tehuelches. Y cuando el sol ya se asomaba en el horizonte, Elal llamó al cisne, su viejo compañero. Se subió a su lomo y le indicó con un gesto el este ardiente. Entonces el cisne se alejó del acantilado, corrió un trecho y levantó vuelo por encima del mar.

Inclinándose sobre el ave que lo llevaba, y acariciando su cuello, Elal le pidió que le avisara cuando estuviera cansado. Cuando el cisne se quejaba, Elal disparaba una flecha hacia abajo y con cada flechazo surgía en el agua una isla donde era posible posarse a descansar.

Dicen que varias islas se distinguen todavía desde la costa patagónica y que en alguna de ella muy lejos, donde ningún hombre vivo puede llegar, vive Elal. Sentado frente a hogueras que nunca se extinguen, escucha las historias que le cuentan los tehuelches que resucitados llegan cada tanto para quedarse con él, guiados por el magnánimo Wendéunk (espíritu tutelar que lleva la cuenta de las acciones de los tehuelches y los conduce, después de muertos, al encuentro de Elal).¹²

¹² Imagen en este relato: "Urville Patagonians - Grupo de tehuelches", autor desconocido. Dominio público. En Wikimedia Commons.

Anexo 3

Relatos de la muestra:

Sección II de la Carta de la Tierra

Principio 5

B5-01. AWI USDI, EL PEQUEÑO CIERVO

Cheroqui (Caduto y Bruchac, 1988, pp. 173-174)

"5.a. Adoptar, a todo nivel, planes de desarrollo sostenible y regulaciones que permitan incluir la conservación y la rehabilitación ambientales, como parte integral de todas las iniciativas de desarrollo."

Hace mucho tiempo, cuando el mundo era joven, los seres humanos y el pueblo de los animales podían hablar entre ellos. Al principio vivían en paz. Los seres humanos sólo cazaban animales cuando necesitaban comida o pieles para hacerse ropa. Luego, los humanos descubrieron el arco y la flecha. Con esta nueva arma podían matar muchos animales de forma fácil y rápida, de modo que empezaron a matar animales cuando no

necesitaban comida ni ropa. Daba la impresión de que todos los animales del mundo no tardarían en ser exterminados, de manera que varios animales se reunieron en asamblea.

Cuando llegaron los osos y hablaron de lo que los humanos estaban haciendo, decidieron que iban a combatir.

—¿Cómo podríamos hacerlo? —dijo uno de los osos guerreros— Los humanos nos dispararán sus flechas antes de que podamos acercarnos a ellos.

Viejo Oso, su jefe, asintió.

—Es cierto. Tenemos que aprender a usar las mismas armas que usan ellos.

Entonces, los osos hicieron un poderoso arco, e hicieron flechas adecuadas para él. Pero, cada vez que intentaban disparar el arco, sus largas garras les impedían hacerlo con soltura.

—Me cortaré las garras —dijo uno de los osos guerreros.

Y así lo hizo, y entonces pudo usar el arco y las flechas. Tenía buena puntería, y acertaba en el blanco todas las veces.

—Está bien —dijo Viejo Oso—. Pero, ¿podrás ahora trepar a este árbol?

El oso sin garras intentó trepar al árbol, pero no pudo.

Viejo Oso sacudió la cabeza.

—Esto no funcionará. Sin nuestras garras no podremos trepar a los árboles. Sin nuestras garras no podremos cazar ni escarbar en busca de alimento. Tenemos que renunciar a la idea de usar las mismas armas que usan los humanos.

De modo que los osos desecharon la idea de combatir a los humanos con armas.

Uno por uno, se fueron reuniendo todos los grupos de animales. Y, uno por uno, se dieron cuenta de que eran incapaces de encontrar solución alguna. Parecía que no había forma de combatir a los humanos. Pero el último grupo en reunirse fue el del ciervo.

Awi Usdi, Pequeño Ciervo, era su líder. Cuando se congregaron todos, dijo:

—Ya sé lo que tenemos que hacer —y añadió—. No podemos impedir que los humanos cacen animales. Es así como se supone que han de ser las cosas. Sin embargo, los humanos no están haciendo las cosas de la manera correcta. Si no nos respetan y nos cazan sólo cuando existe una verdadera necesidad, quizás nos maten a todos. Iré ahora y les diré a los cazadores lo que deben hacer. Cada vez que deseen matar a un ciervo, tendrán que prepararse de un modo ceremonial. Tienen que pedirme permiso para matar a uno de nosotros. Y luego, cuando hayan dado muerte a un ciervo, tienen que mostrar sus respetos a

su espíritu y pedir perdón. Si los cazadores no hacen esto, iré a buscarles y, con mi magia, les paralizaré las extremidades; y ya no podrán caminar ni disparar sus arcos y flechas.



Y, luego, Awi Usdi, Pequeño Ciervo, hizo lo que había dicho. Fue por la noche y les susurró a los cazadores en el oído lo que tenían que hacer. A la mañana siguiente, cuando despertaron, hubo cazadores que pensaron que habían estado soñando, y no estaban seguros de que el sueño fuera real. Otros, no obstante, se percataron de que Pequeño Ciervo, Awi Usdi, en verdad les había hablado, e intentaron hacer lo que se les había dicho. Cazaban al ciervo y a otros animales sólo cuando necesitaban comida y ropa. Se acordaron de prepararse de un modo ceremonial, de pedir permiso antes de matar a un animal, y de pedir perdón cuando el animal había sido muerto. Algunos de los cazadores, sin embargo, no hicieron caso. Siguieron matando animales sin motivo alguno. Pero Awi Usdi, Pequeño Ciervo, fue hasta ellos y, haciendo uso de su magia, les provocó tal reumatismo que les dejó lisiados. No pasó mucho tiempo hasta que todos los cazadores comenzaron a tratar a los animales con respeto, y a seguir las directrices de Pequeño Ciervo.

Y así fue cómo los animales consiguieron sobrevivir hasta nuestros días. Gracias a Awi Usdi, Pequeño Ciervo, el pueblo indio muestra respeto a los animales. Y hasta el día de hoy, y aunque los animales y los hombres ya no puedan hablar entre sí como en los viejos tiempos, la gente sigue mostrando respeto y dando las gracias a los animales que tienen que cazar.¹

¹ Imagen en el relato: "Deer", de Kaz. Dominio público. En Pixabay.com.

B5-02. EL MITO DEL HOMBRE-PÁJARO

Rapa Nui - Isla de Pascua, Chile (Alonso, 2008a)

"5.b. Establecer y salvaguardar reservas viables de la naturaleza y la biosfera, incluyendo tierras silvestres y áreas marinas, de modo que tiendan a proteger los sistemas de soporte a la vida de la Tierra, para mantener la biodiversidad y preservar nuestra herencia natural."

Al principio no había pájaros en la isla de Pascua. Una bruja llamada Hitu estaba sentada en Hotu Nui cuando vio una calavera humana sobre una roca. Cuando iba a cogerla, una ola la tiró al mar y la bruja, fue tras ella para intentar alcanzarla. Aunque nadó todo lo que pudo, las corrientes marinas y las olas no dejaban que la alcanzase y cuando quiso darse cuenta, la fuerza del mar la había alejado de la isla.

Nadó toda la noche para mantenerse a flote y al día siguiente vio que estaba cerca de los islotes motu Matiro Hiva (Sala y Gómez). La calavera le seguía llevando la delantera y cuando toco tierra se transformó en Make Make, que ayudó a Hitu a salir del agua. En la isla vivía el dios Hava quien acogió a los recién llegados en su casa y les dio de comer durante algunos días. La isla estaba llena de pájaros y Make Make pidió a Hava un par de ellos para poblar Pascua.

El dios volvió y soltó a las aves cerca de la península de Poike. Al regresar en época de cría vio con disgusto que los isleños se habían comido todos los huevos, por lo que decidió trasladar las aves a otra parte de la isla aunque con el mismo resultado. Después de varios intentos, uno de los huevos que cayó por una grieta de la zona de Vai a Tare escapó de la depredación de los hombres y se convirtió en el primer Manutara (pájaro sagrado) de la isla. Para evitar que siguieran comiéndose los huevos, Make Make decidió restringir la zona de cría a los islotes que se erigen frente a Orongo, donde los manutara se reprodujeron en gran número. Por eso, los hombres tienen que nadar hasta Motu Nui a buscar los huevos de manutara.

B5-03. DE LA CODICIA Y LA MESURA (EL MITO DE ERISICTÓN DE TESALIA)

Grecia clásica (O'Kane, 2012)

"5.c. Promover la recuperación de especies y ecosistemas en peligro."

Primera parte

Soy Metra, la hija de Erisictón, el que destruyó la Tierra. Os digo esto porque es este destrozamiento lo que deseo enmendar, su codicia y avaricia deseo redimir. ¿Conocéis la historia de adónde le llevó su codicia y, con ello, adónde me llevó a mí? ¿De cómo engendró en su interior los augurios del porvenir?

Escuchad...

Hace incontables generaciones, hubo un tiempo en que aún se conocía y se reverenciaba a Deméter. Ella era la madre Tierra, aquella que nutría con su toque dorado todo cuanto crece; la que dio el don de los cereales a la humanidad y nos enseñó a cultivarlos, cosecharlos y molerlos para hacer pan. ¡Copiosa madre generatriz, nieta de la mismísima Gaia! Deméter se manifestaba con los primeros brotes de la cebada y con la abundancia de las cosechas. En lo más profundo de un valle feraz, crecía desde tiempos ancestrales una arboleda dedicada a su presencia. Este círculo de árboles majestuosos se elevaba como un templo, templo de su pertenencia y epifanía. Era aquí donde las hamadriadas —los seres de los árboles— bailaban en torno a un gran roble central; aquí donde sus sacerdotisas cantaban sus alabanzas; aquí donde la gente venía a dejar sus ofrendas y era alimentada por su gracia. Desde mucho antes de que existiera el tiempo, ella moraba aquí y todo era armonioso, y así fue durante muchas generaciones.

Yo nunca vi la arboleda en su estado primigenio, al abrigo como estaba entonces siendo una princesa. Nuestro templo era de mármol, y nuestro dios el atronador. Mi padre, el rey de Tesalia, guardaba poca consideración para con Deméter, por tenerla por una diosa rural, cuando él era un apasionado de las *polis*. Su mandato le había llevado lejos de aquellos lugares donde ella era servida. La primera vez que oí hablar de la arboleda fue como si se tratara de un recurso, un lugar desde el cual abastecer de madera las obras del nuevo palacio real. Mi padre era entonces un hombre próspero, y deseaba construirse un palacio para hacer ostentación de sus riquezas. Se propuso construir un palacio que superara a todos cuantos había visto en sus largos viajes. Lo diseñó él mismo, e incluyó un gran salón de banquetes que abarcaba toda la longitud del palacio, con enormes pilares capaces de sustentar los altos techos. Fue por esta gran estructura por la que pagó caro su atrevimiento.

Posteriormente me enteré de lo que ocurrió; de cómo Erisictón tomó a veinte de sus hombres e invadió la arboleda... De cómo sopló el viento en las hojas de los árboles como advertencia... De cómo sus hombres temieron entrar... De cómo mi padre insistió en que lo hicieran... De cómo se negaron a entrar con sus hachas en el recinto sagrado y cómo, entonces, mi padre montó en cólera y, frenético, agarró el hacha de uno de ellos... De cómo, vociferando maldiciones por la cobardía de sus hombres, se precipitó sobre el más grande de los robles y lo golpeó con el hacha... Y de cómo brotó sangre donde el hacha había hendido el tronco y un alarido recorrió la zona, llevando a los hombres a dar un paso atrás y

a bajar la cabeza avergonzados. Todos, salvo mi padre, que tomó aquel grito como una señal de su victoria y volvió a golpear. Y, entonces, una vieja sacerdotisa salió de las sombras del calvero para decirle:

—¡ALTO! ¡Desiste! ¡Contén tu brazo! ¡No vuelvas a golpear! Ofendes a la Diosa de este lugar, bajo cuya gracia estos árboles han florecido.

Pero Erisictón no la escuchó, e incluso hendió aún más profundamente el tronco del árbol con su hacha.

—¡Yo soy el rey aquí, y no acepto órdenes de nadie! ¡Aparta de mi camino! —gritó.

Pero la sacerdotisa se plantó ante él majestuosa y, hablándole solemnemente, le dijo:

—Hombre necio, todos somos niños en Sus manos. Sin Su sustento, ¿en qué quedaría todo tu poder? Existen reinos más fundamentales que el tuyo que sufrirán si continúas. Te arriesgas a caer bajo la cólera de Deméter si no te detienes.

Pero él no hizo caso; la escupió, la insultó y reanudó la tala del árbol.

Durante todo el tiempo, los trabajadores temblaban de miedo en los límites de la arboleda. Hubo quienes dijeron que era la propia Deméter la que le había advertido, y salieron huyendo, poniendo su honor por encima de las comodidades que pudiera traerles el servicio al rey. Pero otros fueron presa del miedo que tenían a Erisictón, de quien dependían para su sustento. Y así, día tras día, los árboles fueron talados y desmembrados, hasta que al final la arboleda fue completamente arrasada.



Mi padre se había salido con la suya, y construyó su elegante palacio con grandes columnas y vigas de madera. Se sentía muy orgulloso de su esplendor, como si la magnificencia pudiera conferir la realeza. Pero a mí no me

impresionó, ni siquiera cuando era una niña, pues sentía que había tras ello un coste invisible, un precio que acabaría siendo irreversible. De hecho, no pasó mucho tiempo hasta que la sierva de Deméter vino a ver a mi padre. Desde su desolada tierra, el Hambre vino y se introdujo una noche en su alcoba. Mientras mi padre dormía, ella lo envolvió con sus escuálidos brazos y en su frágil y repugnante abrazo, llenándolo de sí misma, sembrando el hambre en su interior.

Mi padre despertó con un furioso deseo de comer. Recuerdo que le oí exigir plato tras plato, y que me pregunté qué podría haberle ocurrido pues, mientras que antes solía sentarse a la mesa con educadas maneras, ahora parecía un perro insaciable. Y, aunque al principio me disgustaba la cruda intensidad de su apetito, terminé acostumbrándome con el tiempo. Lo peor de todo era que, por mucha comida que se le diera, nunca tenía suficiente. Cuanto más comía, más exigía, hasta que al final sus almacenes quedaron vacíos. Pero, ni aún así, estaba satisfecho. Su vida se redujo al acto de consumir y, con el tiempo, toda nuestra riqueza se empleó en alimentarle. Hubo que despedir a sus sirvientes, pero yo permanecí a su lado. Quizás hayáis oído decir que, cuando yo era lo único que le quedaba, decidió venderme como esclava a cambio de una reserva de alimentos.

Sí, se me llevó el comerciante de esclavos, y estaba ya a la espera de embarcar... no sabía adónde. Y mientras esperaba junto al mar, desesperada, invoqué a Poseidón, Padre Marino, y le recé para que me librara de mi destino. No lejos de mí, el agua comenzó a ondularse y a brillar, saltaron los delfines, y las olas se agitaron y enturbiaron con espuma. Sorprendida, comprendí su lenguaje. Las olas que se levantaban me decían que se me había dado el don de cambiar de forma, dirigiendo mi voluntad sobre la forma en que yo eligiera convertirme. Lo intenté de inmediato y, para mi sorpresa, sentí cómo mi cuerpo se disolvía, y una nueva carne se posaba sobre mí... con unas manos nudosas que sostenían una red de pesca. Ocurrió justo a tiempo, pues el dueño de los esclavos ya venía hacia mí, preguntando si había visto a una joven maniatada. Juré que no la había visto, y aquello era cierto en gran medida. Después, desconcertado, prosiguió la búsqueda sin llegar nunca a sospechar que acababa de hablar conmigo.

Con mi nuevo arte del cambio de forma regresé con mi padre, que cada vez estaba más demacrado y débil, pero que seguía atiborrándose con todo cuanto caía en sus manos. Y, en cuanto dio cuenta de la reserva de alimentos por la que me había vendido, lo dispuso todo de nuevo para venderme a cambio de más provisiones. Siempre danzando en el filo de la esclavitud, ¡pero yo era más libre que aquél cuya mano me vendía! Siempre volvía con él, para ser vendida de nuevo una y otra vez, hasta que me di cuenta de que estaba más esclavizada por él que por cualquier comerciante de esclavos que pudiera encontrarme. De modo que regresé al recinto de palacio con un aspecto con el que nadie me reconocía, disfrutando de mi anonimato, y allí le encontré, consumido, casi irreconocible, muerto por haberse comido las inmundicias de la calle. Y, cuando me acerqué, descubrí que había

empezado a roer su propia mano, volviendo contra sí mismo su anhelo devorador. Fue la primera vez que le vi quieto.

Segunda parte

Procuré que se le enterrara con un mínimo de dignidad, aunque había perdido el trono y el respeto de su pueblo. Entoné las lamentaciones y, cuando comencé con las primeras, canté ronda tras ronda de lamentos por lo que había hecho, por el interminable sufrimiento que había inducido y se había provocado a sí mismo. Todas las riquezas del mundo se me antojaban como un juego de muñecas, por lo que me sentí impulsada a buscar algo más. Me alivió no tener que cumplir más con las funciones de princesa, liberarme de esa vida de marioneta y del matrimonio de estado acordado para mí con algún rey más viejo al que nunca llegué a conocer, e inicié una vida errante.

Estaba cansada del mundo, y me sentí llamada por la gracia salvaje de los bosques. Y, dado que aún conservaba el don del cambio de forma, me transformé en una cierva. Descubrí las costumbres del pueblo de los ciervos que me acogió. La vida era sencilla en el instinto y la necesidad. Disfrutaba con las ágiles carreras, con los acres olores que se abrían ante mí, bebiendo agua en los manantiales, durmiendo en lechos de musgo y mordisqueando las hojas. No pasó mucho tiempo hasta que la manada se encontró con Artemisa, protectora de la vida salvaje, la del verde fluente, Reina de este lugar, pero también hermana. Con el tiempo, ella se fijó en mí y se dio cuenta de inmediato de que yo no era una simple cierva. Cuando me preguntó de dónde había venido, adopté de nuevo mi forma de doncella y le conté mi historia. Ella me escuchó atentamente y me dijo:

—Es una pesada carga la que portas, y puedes quedarte conmigo en la pureza del bosque durante tanto tiempo como necesites. Pero, con el tiempo, deberás retornar al mundo de los humanos y reconciliarte con lo que hizo tu padre.

Aquello me sonó a verdad, y tuve el honor de permanecer en la hermandad de sus compañeras. Me maravillaba la armonía de sus costumbres, similares a las de todos los seres vivos del bosque, la danza de la vida entrelazada y, por otra parte también, al servicio de la totalidad. Vivía con el aliento de las estaciones, y pude conocer los lugares y la naturaleza de cada una de las criaturas, sus rastros, sus hábitos y sus llamadas. Soñé con las dríadas, los seres de los árboles, cuyo espíritu fluye en los árboles e informa su vida, cada una con su propio canto y su gracia. Yo les envidiaba su papel pero, por mucho que lo intenté, descubrí finalmente que mis cambios de forma no se extendían al mundo de los espíritus.

El tiempo pasó y empecé a darme cuenta de que, aunque el bosque era mi hogar, sabía que tenía que hacer las paces con mi propio linaje. Fue el sonido de un hacha reverberando en los bosques el que me llevó de vuelta al mundo de los humanos. Artemisa

me había dicho que mi padre no estaba solo en su arrogancia, que el peligro no estaba en el hacha, sino en la ceguera que la impulsaba, el modo en el cual se utilizaba: tomando sin dar nada a cambio.

Y, así, encontré mi camino hasta el terreno baldío en el que la arboleda de Deméter había estado en otro tiempo. Aunque habían pasado los años, seguía siendo un lugar abandonado y triste, desgarrado y devastado. Me dolió el corazón al ver los tocones de los árboles tan brutalmente talados, sabiendo que había sido la mano de mi propio padre quien había hecho aquello. Me arrodillé y entoné una canción, y mi corazón le rezó a la Diosa de este lugar para que pudiera encontrar la manera de enmendar aquella destrucción, que mi intención quizás supusiera una diferencia, que la arboleda podría ser restaurada. Estuve arrodillada allí durante mucho tiempo, mientras la desolación se filtraba a través mío. Al final sentí frío y, cuando me levanté, una mujer marchita y arrugada se acercó hasta mí. Sus agudos ojos refulgían en su anciano rostro. Temblorosa, me tendió la mano y me dijo su nombre: Nicipe, sacerdotisa de Deméter. A pesar de que yo había entonado mi oración en silencio, ella me habló como si la hubiera escuchado.

—Fui yo quien intentó advertir a tu padre, el que destruyó la Tierra, cuando invadió nuestra arboleda con sus hombres. Como sabrás, no me escuchó. Nunca actuó Deméter con tanta dureza, pues Ella amplificó la transgresión de tu padre y aquello supuso su perdición.

Nicipe no hablaba con desdén ni se mostraba molesta, a pesar de que éste era su hogar. Pronunciaba sus palabras con un tono claro y con más nobleza de la que yo hubiera presenciado jamás en la corte.

Algo en ella me mostró que no había lugar para la vergüenza o la deshonra, que simplemente era hora de ponerse a trabajar. Me alojé en una modesta cabaña junto a la arboleda devastada, y aprendí los caminos de Deméter, la diosa Madre, alimentadora de la humanidad, vinculada más estrechamente a nosotros merced a sus dones que la indómita Artemisa. Nicipe me enseñó las alabanzas de la madre y, con el tiempo, fui iniciada en sus profundos misterios. Recolecté retoños de roble y, con el arte de los cultivos de Deméter, los trasplanté en una gran arboleda y cuidé de ellos a través de las estaciones. Nicipe vivió lo suficiente como para ver arraigados los árboles; y, luego, cuando hizo su viaje al otro mundo, asumí yo su lugar como guardiana. Año tras año, los robles crecieron y, una vez más, Deméter habitó su arboleda sagrada.

Eso ocurrió hace mucho. Yo he cambiado de forma a través de las generaciones, saltando siempre hacia delante, siempre hacia una nueva vida, y todavía conservo la confianza sagrada de la diosa por encima de todo. He visto crecer el distanciamiento y emerger la complejidad. Muchos son los cambios y la devastación. Tomad, por ejemplo, el lugar de sus misterios durante más de 3.000 años, Eleusis; ese lugar, el más sagrado de todos, es ahora el emplazamiento, no de su recuerdo, sino de una refinería de petróleo con el que se seguirá alimentando la devastación de la Tierra. La acción de Erisictón fue sólo la

primera de muchas bastante peores que ella, un indicio de lo que terminaría siendo ordinario. Ahora, no es un rey codicioso, sino toda una civilización la que destruye la Tierra, devorando y consumiéndolo todo sin fin.



Escuchad: Mi nombre, Metra, no muy distinto del propio de Deméter, significa límite, y guarda relación con el ritmo y la medida, la medida. Conocer cuáles son nuestros límites y vivir dentro de ellos, honrar los límites y no sobrepasarlos, vivir en equilibrio, sabiendo cuándo dar marcha atrás; conocer los costes del progreso y sólo seguir adelante cuando se tenga en cuenta a todos los seres, rendir honores a todos los reinos y, con nuestra inventiva y creatividad, proveer por ellos en lugar de imponernos a ellos.

He venido una y otra vez para tratar de contener la marea de la ciega codicia, para mantener con vida las alabanzas a Deméter, y seguiré sirviendo el camino del verdadero sostenimiento. Pues, por destrozada que esté hoy la Tierra, es merced a nuestros cuidados que la restauración tendrá lugar, y deberemos hacerlo desde el corazón y a través de nuestras manos por el bien de las generaciones que tienen que venir. ¡Así sea!²

² Imágenes en el relato: "Erysichthon verkoopt zijn dochter Mestra", cuadro de Jan Havicksz. Dominio público; y "Sacred Grove", cuadro de Arnold Böcklin. Dominio público. Ambos en Wikimedia Commons.

B5-04. LA LEYENDA DEL SALMÓN PERDIDO

Yakama - Estado de Washington (First Peoples, s.d. a)

"5.e. Manejar el uso de recursos renovables como el agua, la tierra, los productos forestales y la vida marina, de manera que no se excedan sus posibilidades de regeneración y se proteja la salud de los ecosistemas."

El Creador le enseñó a la gente cómo tenían que cuidar de este alimento que había sido creado especialmente para ellos.

—No seáis irresponsables con este alimento —les dijo—. Prestad atención y no rompáis las reglas del cuidado del salmón. No toméis más de él de lo que necesitéis.

Les dijo que, si observaban esas normas, el salmón se multiplicaría varias veces más en tanto ellos vivieran.

Al principio, la gente obedeció diligentemente las reglas y vivieron felices y sin problemas. A lo largo del río había diferentes bandas de tribus asentadas en aldeas de pesca, que capturaban y secaban su suministro cotidiano de salmón.

Pero un día sucedió algo extraño. La gente dejó de tener cuidado y dejó de seguir las instrucciones establecidas por el Creador. Se hicieron codiciosos. No cuidaban del salmón. Dejaban que se desperdiciara cuando capturaban más peces de los que necesitaban para sus familias, y no escuchaban las advertencias de aquéllos que aún intentaban seguir las normas. Hasta que, de pronto, el salmón desapareció.

Cuando el salmón dejó de remontar el río, se pusieron todos a buscar frenéticamente en otros ríos, pero fue en vano. No quedaba ni un solo salmón. El hambre no tardó en aparecer, los niños lloraban y los ancianos se veían obligados a mendigar comida.

Un día, mientras buscaban por el río, se encontraron con un salmón muerto en la orilla. Se quedaron mirándolo fijamente, sin poder creerse lo sucedido. Se pusieron a llorar avergonzados y a lamentarse por sus errores.

—Si se nos diera otra oportunidad, lo haríamos mejor. Si pudiéramos revivir a este salmón, el resto de salmones remontarían de nuevo el río.

Se convocó un consejo y se discutió el modo en que podría devolverse la vida al salmón. En tiempos legendarios, aquellas personas dotadas con poderes sobrenaturales podían revivir a una criatura sin vida saltando por encima de ella cinco veces, de modo que la gente intentó recurrir a sus propios poderes espirituales para revivir al salmón. De uno en uno, todos saltaron cinco veces por encima del salmón, pero no sirvió de nada.

Sin embargo, había un ermitaño llamado Anciano Serpiente de Cascabel, que nunca iba a ninguna parte y prefería estar solo. Era muy viejo, y la gente le llamaba «Abuelo».

—¡Vamos a pedirle ayuda al Abuelo! —dijo una de las mujeres— Es un hombre poderoso. ¡Que reviva él al salmón!

Enviaron a un mensajero.

—¡Oh, Abuelo! ¿Querrías venir a ayudarnos a revivir al salmón? Nadie lo ha conseguido.

Anciano Serpiente de Cascabel le escuchó y dijo:

—¿Y qué te hace pensar que yo sea capaz de revivir a ese solitario salmón cuando todos los demás en la tribu han fracasado? Yo ya soy viejo. ¿Acaso esperáis que un anciano como yo posea poderes para hacer lo imposible?

—Tú eres nuestra última esperanza —contestó el mensajero abrumado por la tristeza—. Por favor, ayúdanos Abuelo.

De modo que Anciano Serpiente de Cascabel aceptó finalmente.

—Haré lo que pueda.

Pero era muy viejo, de manera que no podía caminar rápido por resultarle muy doloroso. Iba tan despacio que el recorrido hasta la aldea se estaba haciendo interminable.

Mientras el Abuelo estaba en camino, Coyote, haciendo uso de sus arteras habilidades, intentó por todos los medios convencer a la gente de que él poseía poderes sobrenaturales. Coyote pensaba para sí: «Si revivo al salmón me convertiré en alguien famoso». Finalmente, saltó por encima del salmón cuatro veces y, cuando iba a saltar por quinta vez, empujó al pez con uno de los dedos de los pies para que aparentara que se había movido.

—¡Oh, mirad, pueblo mío, le he devuelto la vida al salmón! —se puso a gritar— ¿Habéis visto cómo se ha movido?

Pero la gente conocía de sobra a Coyote, y no le prestaron atención.

Finalmente, Anciano Serpiente de Cascabel llegó. Trabajosamente pasó por encima del salmón cuatro veces, y a la quinta sucedió algo asombroso. El Abuelo desapareció en el interior del salmón y éste despertó y volvió a la vida, regresando de nuevo la vida a los ríos. La gente aprendió la lección y, a partir de entonces, tuvieron mucho más cuidado para proteger al salmón.

En la actualidad, cuando pescas un salmón y lo preparas para comer o para su conservación, si le rompes la espina te encontrarás con una membrana blanca en su interior. Ése es el Anciano Serpiente de Cascabel, que le devolvió la vida al salmón.

Esto no lo hemos descubierto nosotros, sino que nos lo contaron nuestros padres y madres, abuelos y abuelas, que los aprendieron de sus propios padres y madres, abuelos y abuelas. Nadie sabe cuándo el Gran Jefe de Arriba le dará la vuelta a las montañas, pero lo que sí sabemos es esto: los espíritus retornarán sólo a aquéllos que queden del pueblo que, en su propia vida, conservaron las creencias de sus abuelos y abuelas. Sólo sus huesos serán preservados bajo las montañas.

Principio 6

B6-05. EL WADAKÁ PIAPÓ: EL ÁRBOL DE LA VIDA³

Pemón - Venezuela (De Cora, 2005)

"6. Evitar dañar como el mejor método de protección ambiental y cuando el conocimiento sea limitado, proceder con precaución."

Hace muchas lunas, el gran valle del Caroní recibía el nombre de Uek-tá, que significa tierra de tepuyes,⁴ debido a que en las inmensas llanuras regadas por los ríos Yuruaní, Tiriká y Aichá se elevaban los macizos del Iru-tepui, Aparmán, Apakará, Chimaté y Auyan-tepui, los inmóviles espíritus de las llanuras tras los cuales Wei, el Sol, se ocultaba cada noche, y de donde llegaban las brisas que susurraban en las palmeras moriches que salpicaban la sabana.

Bordeando el valle se encontraba la selva impenetrable, con sus gigantes árboles cubiertos de lianas y el griterío de la vida animal reverberando en la distancia. La selva estaba lejos, pero daba la impresión de que estuviera más cerca debido a la inmensidad ocre y parda de las llanuras.

³ Esta versión procede de la traducción al inglés del relato de De Cora, original de Russell Maddicks, en <http://venezuelanindian.blogspot.co.uk/2007/08/pemon-tree-of-life.html>. En cualquier caso, conozco el mito de primera mano, relatado por un amigo pemón a la vista del Wadaká Piapó.

⁴ Los tepuyes del Escudo Guayanés son mesetas muy elevadas de paredes verticales y cimas muy planas que se elevan en la Gran Sabana venezolana. Los más conocidos son el Roraima y el Auyan-tepuy, donde se encuentra el Salto Ángel, con casi un kilómetro de caída.



En esta tierra de tepuyes vivían cinco hermanos: Makunaima, que era grande y malo; Zigué, que significa nigua [un tipo de pulga]; Wacalambé, el torbellino; Anzikilán, la perdiz; y Ma'nápe, que significa pepita de melón.

En aquella lejana época no había *conucos* (huertas), porque la gente no sabía cómo cultivar vegetales, ni habían aprendido tampoco a cazar ni pescar. Los cinco hermanos estaban siempre muy hambrientos y no encontraban el modo de saciar su hambre.

Cerca de donde vivían los hermanos, residía un hombre llamado Akuli (el agutí). Posteriormente, se convertiría en un roedor, que es como lo conocemos hoy en día.

En aquel entonces, Akuli era muy ligero y recorría todos los senderos, atravesando a veces la espesa vegetación que bordea la sabana para adentrarse en la selva.

Un día en que Akuli se aventuró bastante lejos en el interior de la selva, descubrió un árbol enorme del que nunca había oído hablar. Era el maravilloso árbol Wazacá, que producía varios tipos de plátanos, así como papayas, merey, maíz y otras muchas frutas y verduras.

Akuli se sintió sobrecogido cuando vio aquel árbol. Era tan grande que no podía ver todo su tronco de un solo vistazo. Probó todas las verduras y las deliciosas frutas del árbol y, muy contento, marcó el lugar donde crecía para poder encontrarlo siempre que quisiera. Y, así, todos los días, cuando los valles del Aichá y del Kuaná se iluminaban con el sol, Akuli se adentraba en la selva, iba a su maravilloso árbol y comía fruta hasta que se cansaba, y luego volvía a su casa sin decirle a nadie lo que había encontrado.

Pero, un día, Makunaima se percató del buen aspecto de Akuli, y sospechó que algo debía de estar haciendo para estar tan gordo. De modo que espero a que se hiciera de noche y, cuando Akuli regresó de una de sus incursiones, le dijo astutamente:

—¿Por qué no nos vamos a dormir, cuñado? Convendría que durmiéramos ahora, mientras el viento trae la brisa de las palmas de moriche.

Akuli pensó que era una buena idea y se quedó profundamente dormido. Makunaima le abrió la boca con cuidado para no despertarlo y vio que tenía un pedacito de fruta entre los dientes; un trocito de plátano del Wazacá, un largo, delicioso y magnífico plátano. Pero Akuli se había quedado dormido tan rápido que no se dio cuenta de nada.

Cuando acabó la noche y Wei se elevó de nuevo sobre los tepuyes, Makunaima llamó a Kali (ardilla de la Guayana), que era también un hombre en aquella época, y le dijo que siguiera a Akuli y no lo perdiera de vista hasta que descubriera de dónde conseguía la fruta.

Así pues, Kali fue con Akuli al corazón de la selva, fingiendo que no estaba allí para espíarlo, preguntándole de vez en cuando:

—¿Qué árbol es éste? ¿Cómo se llama aquel otro?

Pero Akuli no le respondía e, incluso, cuando pasaron por delante del árbol de todas las frutas —en el que estaban dándose un festín los loros y los guacamayos—, ni siquiera se detuvo, por lo que Kali no pudo averiguar nada.

Makunaima se puso furioso cuando se enteró de que Kali no había conseguido nada, por lo que decidió enviar al día siguiente a su hermano Ma'nápe, pensando que era más listo y que conseguiría descubrir el secreto de Akuli.

Ma'nápe accedió a acompañar a los otros dos y juntos entraron en la selva. Fueron bastante lejos, pasando por delante de multitud de matorrales y árboles, pero Akuli no se detuvo ante ninguno de ellos.

Al final, se detuvieron frente al árbol Zaú, cuyo fruto tiene un sabor repugnante; y, para gastarle una broma a Ma'nápe, Akuli le dijo:

—Quédate aquí y recoge fruta de este árbol. Nosotros vamos a continuar, a ver si encontramos otro.

Ma'nápe se quedó donde Akuli le había dicho que se quedara sin rechistar. Mientras tanto, Akuli y Kali siguieron caminando hasta llegar al lugar donde estaba el Wazacá. Akuli se detuvo allí y dijo:

—Éste es el árbol que tiene todos los tipos de frutas. Mira cuántas de ellas hay en el suelo. ¿Por qué no te las comes?

Pero Kali dijo:

—Me parece que las que están allí arriba son mejores. Voy a subir a agarrar unas cuantas.

—Ahí arriba hay también muchas avispas, y te van a picar —dijo Akuli—. Será mejor que no subas.

Pero Kali era muy obstinado, de modo que trepó lo mejor que pudo por el enorme tronco hasta que alcanzó las primeras ramas, curvadas por el peso de la fruta, que arrojaban sombras sobre el suelo con el aspecto de gigantescos cóndores con cientos de cabezas.

En el momento en que Kali alcanzó un enorme plátano, una de las mejores frutas, escuchó un terrible zumbido a su alrededor, mientras una nube de avispas se precipitaba sobre él y le picaban en los párpados.

Kali cayó al suelo quedando aturdido y dolorido.

—¡Oh, amigo —le dijo a Akuli—, eso de las abejas era cierto; y, por no haberte hecho caso, mira lo que me ha pasado!

Y ése es el motivo por el que Kali tiene los ojos hinchados desde entonces.

Cuando Makunaima vio a Kali con los ojos hinchados pensó que debía haber pasado algo extraño. También se enfadó con Ma'nápe por haberse esperado como un estúpido donde le habían dicho y no descubrir nada.

—Mañana, al amanecer, irás con ellos —le dijo—; pero, cuando te dejen atrás, ocúltate a un lado del sendero y averigua dónde están escondiendo los plátanos. Así tú también podrás comértelos cada vez que quieras.

Ma'nápe hizo lo que su hermano le había dicho y, oculto tras las ramas de un árbol macanillo, esperó hasta que los otros dos volvieron. Pero Akuli sospechó algo aquel día, y escondió las frutas más lejos, en un sitio más aislado de lo habitual; de modo que, cuando llegaron al lugar donde Ma'nápe les estaba esperando, no llevaban ninguna fruta en las cestas ni en las manos, ni había señal alguna de que hubieran estado comiendo nada, ni siquiera en sus bocas.

Ma'nápe intentó varias veces la misma estratagema, pero Akuli y Kali le ganaron la mano en todas las ocasiones, y pasaron muchos soles sin que Ma'nápe descubriera nada. Entonces, Makunaima le dijo:

—No te esperes en el sendero. Tienes que seguirles dondequiera que vayan. Ésa es la única manera de que los descubras.

Ma'nápe aceptó la idea y, al día siguiente, cuando entraron en la selva y llegaron al lugar donde solían dejarle, le dijo a Akuli:

—Esta vez iré con vosotros.

Akuli intentó por todos los medios deshacerse de Ma'nápe pero, viendo que no había manera de convencerlo, le llevó hasta el árbol y le mostró todas las frutas.

Allí estaba. El árbol del mundo.

Más grueso y más alto que cualquier otro árbol, era como una montaña en medio de la selva. Los nudos de su corteza eran como desfiladeros de roca tallados en el tronco, y su follaje era tan exuberante que la luz no atravesaba sus frondas cuando Wei pasaba por encima de él. En la penumbra existente bajo sus ramas, Ma'nápe pudo apreciar avispas, loros, guacamayos y otros muchos tipos de aves peleándose por sus deliciosas frutas, que esparcían un fragante aroma en los alrededores.



Ma'nápe no pudo pronunciar palabra alguna mientras intentaba asimilar todo lo que veía, hasta que finalmente se volvió a sus compañeros y les dijo enojado:

—¿Cómo habéis podido estar viniendo aquí todos los días a llenaros la panza sin decírselo a nadie?

—No te enfades —le dijo Akuli disculpándose—. Sólo queríamos gastarte una broma.

Pero Ma'nápe ya no les escuchaba; estaba demasiado ocupado mordisqueando las frutas que había por el suelo y aquellas otras a las que podía alcanzar en las ramas más bajas. Y, cuando estuvo saciado, hizo una cesta con fibras de palma para llevarle frutas a su hermano.

—Ten cuidado con las avispas —le advirtió Akuli al verle trepar al árbol.

Pero Ma'nápe le contestó que las avispas no le picarían, y así fue, pues le dejaron agarrar todo tipo de frutas sin atacarle.

Cuando llenó la cesta, Ma'nápe regresó feliz al valle y le contó a Makunaima todo lo que había ocurrido, y todo lo referente al extraño árbol que producía todo tipo de frutos. Y Makunaima fue feliz, y los hermanos comieron y comieron hasta que no pudieron comer más.

No muchos meses después de que Makunaima y sus hermanos comenzaran a comer los frutos del árbol mágico Wazacá, Ma'nápe se despertó con la idea de talarlo, y tal cual se lo dijo a los demás. Pero Akuli, que era muy inteligente, le dijo:

—¿Cómo puedes pensar tal cosa? El Wazaká nos provee de fruta, y todos podemos comer de él. Si lo cortas, no sólo lo perderemos todo, sino que también provocarás una gigantesca inundación.

A Ma'nápe le entró por un oído y le salió por el otro, porque era muy testarudo, y se fue directamente a buscar su enorme hacha, se la colgó del hombro y partió en dirección a la selva, en dirección al árbol de la vida.

Akuli le siguió para ver si podía evitar la inundación y, caminando uno detrás del otro, llegaron finalmente a aquel lejano lugar, envuelto por las sombras e impregnado de perfumes, donde el Wazaká elevaba su imponente masa por encima de la selva.

Ma'nápe se fue decidido al árbol y puso a prueba su hacha contra la impenetrable corteza del árbol. El hacha rebotó al golpear la madera, sin dejar ni la más mínima señal en ella. De manera de Ma'nápe lanzó otro golpe al Wazacá, pero esta vez entonó una potente voz que reverberó en toda la selva:

—Mazapa-yeg, élupa-yeg, makupa-yeg.

Con aquel hechizo invocaba a los árboles mazapa, mamao y cariaa, que tienen la madera muy suave, con la intención de ablandar la madera del Wazacá.

En cuanto pronunció las palabras mágicas, la madera del Wazacá se ablandó, y el hacha de Ma'nápe se incrustó en el tronco del árbol. Y, así, Ma'nápe comenzó a profundizar en la herida.

Akuli se asustó al ver aquello, y le rogó a Ma'nápe que no cortara el árbol. Pero, al constatar que éste no le hacía caso, se puso a recoger frenético cera de abejas y cáscaras de frutos para intentar rellenar los tajos abiertos en el tronco del árbol, y ver si podía evitar la inundación de aquel modo.

Pero Ma'nápe continuó cortando, incluso más rápido, con sus invocaciones de los árboles de maderas blandas. Los nombró a todos, uno por uno, hasta que finalmente dijo:

—Palulu-yeg.

El tronco de Wazacá se ablandó muchísimo, y el hacha se introdujo tanto en el árbol Wazacá que abrió una enorme brecha, quedando sólo una astilla que impidiera que el árbol se viniera abajo. Y todo esto porque, con aquellas palabra, Ma'nápe había invocado a la madera del árbol de la papaya, que es muy, muy blanda.

Mientras tanto, el resto de los hermanos había llegado también al lugar en el que Ma'nápe y Akuli forcejeaban con sus contrapuestas intenciones. Y, justo en el momento en que parecía que Ma'nápe iba a salirse con la suya, se escuchó un grito furioso que resonó por toda la selva:

—¡Waina-yeg!

Era Anzikilán, que había ido corriendo para intentar salvar al árbol de la vida. Y, con aquel hechizo, la madera del Wazacá se endureció de repente, porque Anzikilán había invocado a la madera del árbol waina, que crece en las montañas más altas y cuyo tronco es tan duro como las rocas de la cascada Euteurimá.

El hacha se detuvo al no poder seguir avanzando, pero Ma'nápe, cegado por su obsesión y sin rendirse, gritó de nuevo con todas sus fuerzas:

—¡Elupa-yeg, palulu-yeg!

Y el árbol de la vida, que tenía una abertura en el tronco tan grande como una profunda caverna, se desgajó finalmente y cayó con un inmenso estrépito a la tierra, con sus poderosas ramas al viento, su copa cargada de frutas, sacudiendo sus poderosas raíces en medio de un gran crujido.

En su caída, el Wazacá arrojó al aire piedras y barro, plantas, matorrales y lianas, y empujó a los árboles Élu'yeg y Yaluwazáluima'yeg, que forman actualmente los tepuyes de tales nombres.

Y de su inmenso tronco, raíces y ramas se formó el gran tepuy de Roraima, que se eleva como un gigante desde la sabana y contempla en silencio el tiempo, los soles, las lunas y la gente pasar.

La copa del árbol Wazacá, con todos sus frutos, se derrumbó en el extremo septentrional de Roraima, y ése es el motivo por el que hay tantos árboles de plátano en aquella región, árboles que nadie ha plantado. Esos plátanos se los comen los malvados espíritus Mawari, que tienen sus casas en el tepuy de Roraima y en otros tepuyes cercanos.

Si la copa del árbol hubiera caído hacia el sur, habrían sido los pemones arekuna los que se habrían beneficiado de sus frutos.

El estrépito de la caída del árbol Wazacá —que se había escuchado en los extremos más lejanos de la selva y la sabana como un gran suspiro— aún no se había apagado cuando un gigantesco chorro de agua salió disparado del tronco y lo inundó todo, barriendo a su paso a Makunaima y a sus hermanos, y golpeándoles con brillantes gotas de agua tan agudas como flechas.

Las espumosas aguas portaban consigo miles de peces, y los hermanos los vieron pasar e intentaron agarrarlos, pero la corriente era demasiado fuerte. El más grande de los peces desapareció de la vista de inmediato, quedando rezagados sólo los peces más pequeños, de manera que ni Makunaima ni los demás pudieron atrapar a aquéllos que más deseaban.

Y así, en aquellos lejanos tiempos, sucedió lo que Akuli había pronosticado: que la Tierra y los seres humanos sufrieron una gran inundación.⁵

B6-06. BHAL JEEVA DETIENE EL VIENTO

Sijismo (ARC, 2013)

"6.a. Tomar medidas para evitar la posibilidad de daños ambientales graves o irreversibles, aun cuando el conocimiento científico sea incompleto o inconcluso."

En la época del Segundo Maestro, Gurú Angad Dev, un hombre llamado Bhal Jeeva solía cocinar todos los días gachas *khichdi* para llevarlas a la *langar*.⁶ Sin embargo, una mañana, el viento era tan fuerte que, por mucho que lo intentaba, no podía encender la leña del fogón. Al final decidió rezar para que el viento se detuviera y, así, poder cocinar la comida para el Gurú y el resto de sijs. Su oración encontró respuesta, el viento se detuvo y pudo por tanto hacer las gachas y llevarlas a la *langar* como tenía por costumbre.

Pero, para sorpresa de Bhal Jeeva, el Gurú se negó a aceptar aquel día la ofrenda, y le dijo esto:

—Deteniendo el viento has podido dar de comer a unas cuantas personas la *sangat* [congregación], pero el Todopoderoso tiene que alimentar también a toda la flora y fauna.

⁵ Imágenes en este relato: "Wadaká Piapó", foto de Paolo Costa Baldi, licencia CC BY-SA en Wikipedia; y "Tree Trunk", de Stock Snap, licencia CC0, en Pixabay.com.

⁶ "Cocina de la comunidad", una costumbre sij en la que se sirve comida gratuita a todo el mundo sin tener en cuenta su edad, credo, género o clase social.

En la tierra, en el agua y en los cielos hay muchos seres, y Él tiene sus maneras de proveerles de comida. Un viento fuerte es útil para transportar polen, granos, hojas y nubes hasta lugares lejanos, y también para hacer caer los frutos de los árboles. Con este simple acto, Dios sirve a las hormigas y a otras muchas criaturas; y, aunque tengas derecho a rezar, deberías siempre postrarte ante Su divina voluntad. Comprende esto: todo cuanto ocurre en Su voluntad tiene un sentido profundo, el de cuidar de toda la creación.

B6-07. EL ÁRBOL DUENDE

Japón (Nukiuk, 2012a)

"6.b. Imponer las pruebas respectivas y hacer que las partes responsables asuman las consecuencias de reparar el daño ambiental, principalmente para quienes argumenten que una actividad propuesta no causará ningún daño significativo."

Hubo una vez, en la provincia de Oni, un samurai llamado Satsuma Shichizaemon, que tenía el más hermoso jardín de la región. En el jardín abundaban las plantas de flores y sus matorrales impregnaban el aire con una deliciosa fragancia. Lirios de corazón dorado flotaban en su pequeño lago, mientras los pinos enanos agitaban sus ramas a la orilla del agua y, por encima de todos ellos, se elevaba oscuro y silencioso un enorme árbol *enoki*, un árbol duende.

Aquel árbol llevaba allí siglos, y nadie se había atrevido nunca a cortar una rama de él, ni siquiera a arrancarle una sola hoja. Sin embargo, Shichizaemon era un hombre de mal corazón, y no sentía reverencia alguna por lo que le habían legado sus antepasados. El *enoki* entorpecía la vista del valle desde su ventana, de manera que dio la orden de que lo talaran.

Aquella misma noche, su madre tuvo un sueño. Se encontró ante un terrible monstruo parecido a un dragón, con una lengua viperina que escupía fuego, y el dragón le dijo a la mujer:

—Madre de Satsuma Shichizaemon, ¡tened cuidado! Tu hijo morirá, así como toda su casa, si le hace daño al *enoki*, pues los espíritus de los árboles no permitirán que se insulte al árbol duende.

Al día siguiente, la mujer le contó el sueño a su hijo, pero él se lo tomó a risa.

—Aunque vinieran a tus sueños todos los espíritus de la tierra, del aire y de las aguas, madre, ni aún así cambiaría de opinión con ese árbol.

Y, acto seguido, ordenó a un leñador que cortara el *enoki*.

Cuando el árbol cayó, con un estrépito que remeció los cimientos de la casa, Satsuma cayó también al suelo.

—¡Estoy enfermo! — gritó— ¡El árbol! ¡El árbol!

Y no dijo nada más. Había muerto.

Su esposa cayó enferma poco después, y posteriormente su madre. Al cabo de un mes, no quedaba nadie con vida en su familia. Incluso los sirvientes desaparecieron de la tierra, todos ellos lamentándose mientras sus espíritus partían:

—¡A-a-e-c-e-i! ¡El árbol! ¡El árbol!

Durante mucho tiempo estuvo la casa desierta. Las hierbas acuáticas encenagaron el estanque, e incluso los cantos de los pájaros sonaban tristes y lúgubres. Al final, alguien recordó que aún quedaba una persona de la familia de Satsuma, una monja llamada Tikem, que vivía en el templo de Yamashira. Fueron a buscarla y le dijeron:

—O Tikem San, ¿no vendríaís vos al jardín de vuestro pariente para conjurar la terrible maldición que pesa sobre él?

—Sí. Iré —fue la respuesta.

La monja llegó a la morada de Satsuma Shichizaemon, su pariente, y toda la gente del pueblo la vio entrar, atemorizados ante la posibilidad de que también ella cayera enferma por la maldición del árbol duende. Pero O Tikem San no tenía miedo.

Se instaló en la casa y se puso a hacer sus quehaceres con una profunda calma, y no se puso enferma. Todos los días iba al lugar donde se había levantado en el pasado el árbol duende para ofrecer allí unas plegarias por los parientes fallecidos. Y la maldición desapareció, pues la santidad de O Tikem San se posó sobre el lugar como un aliento suave



venido del cielo. Y, desde entonces, todos los niños y niñas del pueblo jugaron felices en el jardín donde en otro tiempo había crecido el árbol duende.⁷

B6-08. LA CAJA DE PANDORA

Grecia clásica (E2BN, 2006e)

"6.c. Asegurar que la toma de decisiones contemple las consecuencias acumulativas, a largo término, indirectas, de larga distancia y globales de las actividades humanas."

¿Alguna vez te has metido en problemas por culpa de tu curiosidad? ¿La desesperación por conocer un secreto te ha llevado alguna vez a no tener en cuenta una advertencia? A lo largo de la historia se han contado muchos relatos de personas a las que se les advirtió que no abrieran determinadas puertas, cofres, alacenas, armarios, verjas y otras muchas cosas; personas que terminaron por no hacer caso a la advertencia. Una de esas personas fue Pandora. Su relato nos llega desde la antigua Grecia, y su curiosidad trajo muchos, muchos problemas.

En la antigua Grecia hubo dos hermanos, llamados Epimeteo y Prometeo, que contrariaron a los dioses y agraviaron en particular al más poderoso de todos ellos, Zeus. No era la primera vez que los seres humanos habían ofendido a Zeus y, una vez más, como castigo, el dios había arrebatado el fuego a los humanos. Esto significaba que no podían cocer sus alimentos y, lo que es peor, no podían calentarse en el invierno.

Sin embargo, Prometeo, que era un hombre muy inteligente, sabía que en la Isla de Lemnos, donde vivía Hefesto el herrero, éste tenía un fuego ardiendo permanentemente en su fragua. Prometeo viajó hasta Lemnos y robó el fuego de Hefesto, y Zeus, furioso, decidió que había que castigar a los seres humanos de una vez y para siempre por su falta de respeto.

Zeus ideó un plan muy ingenioso para castigar a los dos hermanos. Con la ayuda de Hefesto, creó una mujer de arcilla. La diosa Atenea le insufló el aliento de la vida, Afrodita la hizo incomparablemente hermosa y Hermes la enseñó a comportarse de forma tan encantadora como falsa. Zeus la llamó Pandora, y se la envió a Epimeteo como regalo.

⁷ Imagen de este relato: " A man confronted with an apparition of the Fox goddess", obra de Utagawa Kuniyoshi, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

Prometeo le recomendó a su hermano que no aceptara regalos de los dioses, pero Epimeteo estaba completamente hechizado con la belleza de la mujer y pensó que una mujer tan hermosa jamás podría causar mal alguno, de modo que accedió a casarse con ella.

Zeus, complacido de que su trampa estuviera funcionando, le dio a Pandora una hermosa caja como regalo de bodas. Pero se la dio con una condición muy, muy especial: ¡que nunca abriera la caja!

Pandora sentía un tremenda curiosidad por lo que pudiera haber en su interior, pero había prometido que nunca la abriría. Sin embargo, no podía dejar de pensar en lo que podría haber allí dentro. No entendía por qué iba alguien a regalarle una caja si luego no podía abrirla para ver su contenido. Aquello no tenía ningún sentido, y Pandora no podía sacarse de la cabeza la idea de abrir la caja y desvelar sus secretos. Esto, exactamente, era lo que Zeus esperaba que ocurriera.

Finalmente, Pandora no pudo soportarlo más. Cuando supo que Epimeteo iba a estar ausente durante un tiempo suficiente, Pandora se fue hasta la caja, tomó la enorme llave que estaba en un estante, la introdujo en la cerradura y la giró. Pero, en el último momento, sintió una punzada de culpabilidad. Pensó en lo mucho que se enfadaría su marido y, rápidamente, pasó el cerrojo de nuevo sin llegar a abrir la tapa, devolviendo después la llave al lugar donde la había encontrado. Otras tres veces hizo lo mismo, hasta que, al final, supo que tendría que mirar dentro o, de lo contrario, se volvería completamente loca.

Agarró la llave, la deslizó en la cerradura y la giró. Respiró profundamente, cerró los ojos y, lentamente, levantó la tapa de la caja. Entonces, abrió los ojos y miró dentro, esperando encontrar vestidos y sedas finas, o bien collares y brazaletes de oro, incluso un buen montón de monedas de oro.

Pero allí no encontró oro ni tesoro alguno. No había brillantes brazaletes, ni siquiera un hermoso vestido. La mirada de excitación en su rostro se transformó en una mirada de decepción... y, luego, de horror; pues Zeus había puesto en el interior de la caja todos los males, los más terribles males, que se le habían ocurrido. De la caja se derramaron al exterior la enfermedad y la pobreza, la desdicha, la muerte y la tristeza; todas ellas bajo la forma de minúsculas polillas.

Aquellas criaturas picaron a Pandora una y otra vez, al tiempo que ella cerraba la tapa de la caja de un portazo. Epimeteo fue corriendo hasta su alcoba para ver por qué Pandora estaba gritando de dolor. Pero Pandora aún pudo escuchar una vocecilla dentro de la caja que la llamaba, que le rogaba que la dejara salir. Epimeteo le dijo que nada dentro de la caja podría ya ser peor que los horrores que Pandora había liberado, de modo que la hermosa mujer abrió la tapa de nuevo.

Lo que quedaba en su interior era la Esperanza. Salió volando de la caja bajo la forma de una bonita libélula, tocando las heridas que Pandora había recibido de las criaturas malvadas, curándose al instante.

Aunque Pandora había liberado el dolor y el sufrimiento en el mundo, también había permitido que la esperanza las siguiera.

B6-09. POR QUÉ LOS MOSQUITOS ZUMBAN EN LOS OÍDOS DE LA GENTE

África Occidental (Aardema, 1975)

Una mañana, un mosquito vio a una iguana beber agua de un charco. El mosquito dijo:

—Iguana, jamás te creerías lo que vi ayer.

—Prueba a ver —respondió la iguana.

—Vi a un granjero cosechando unos ñames tan grandes como yo —dijo el mosquito.

—¿Qué es un mosquito en comparación con un ñame? —le espetó la iguana de mal humor—. ¡Preferiría ser sordo antes que escuchar esas tonterías!

Y, acto seguido, la iguana se metió dos palos en los oídos y se escabulló, mek, mek, mek, mek, por entre las cañas.

La iguana estaba aún rezongando por la tontería del mosquito cuando se cruzó con una pitón. La serpiente levantó la cabeza y dijo:

—Buenos días, Iguana.

Pero la iguana no respondió. Pasó pesadamente por delante de la pitón dando bandazos con la cabeza, badamín, badamín.

—¿Por qué no querrá hablar conmigo? —se dijo la pitón—. La iguana debe de estar enfadada por algo. Debe de estar tramando algo en contra mía.

Y la pitón se fue a buscar un sitio donde esconderse. El primer lugar que encontró fue la madriguera del conejo, y allí se metió: wasawusu, wasawusu, wasawusu. Cuando el conejo vio entrar a la gran serpiente en su madriguera, se aterrorizó, de manera que salió a toda velocidad por el otro extremo dando saltos, krik, krik, krik, por el claro de la selva.

Un cuervo vio al conejo corriendo como si en ello le fuera la vida, y echó a volar por la selva gritando, ¡kaa, kaa, kaa! Su deber era difundir la alarma en caso de peligro.

Un mono oyó al cuervo, y tuvo la certeza de que un depredador estaba merodeando por la zona, de manera que se puso a dar aullidos y saltos, kili wili, kili wili, por entre los árboles, para transmitir la advertencia al resto de animales. Pero, en sus saltos de copa en copa de árbol, el mono fue a aterrizar sobre una rama podrida. La rama se rompió y el mono fue a dar con sus huesos sobre el nido de un búho, matando a uno de sus polluelos con el golpe.

Madre Búho no estaba en casa pues, aunque normalmente caza por la noche, aquella mañana aún no había regresado intentando lograr alguna exquisitez para sus hambrientos bebés. Cuando regresó al nido, encontró muerto a uno de ellos, y los otros le dijeron que había sido el mono el que lo había matado. Madre Búho se pasó el resto del día y toda la noche posada en su árbol, ¡muy triste, muy triste, muy triste!



Pero resulta que Madre Búho era quien despertaba al sol cada día para que pudiera llegar el amanecer; y, en esta ocasión, cuando llegó el momento de ulular para despertar al sol, Mamá Búho no lo hizo. La noche se prolongó más y más. Los animales del bosque sabían que la noche estaba durando demasiado, y temieron que el sol no volviera a salir nunca más.

Al final, el rey león convocó una reunión de todos los animales, y allí acudieron todos, pem, pem, pem, y se congregaron en torno al fuego del consejo. Madre Búho no apareció, de manera que enviaron al antílope en su busca. Cuando llegó, el rey león preguntó:

—Madre Búho, ¿por qué no has llamado al sol? La noche está durando mucho, mucho, mucho, y todo el mundo está preocupado.

—El mono mató a uno de mis polluelos —dijo Madre Búho—. Estoy tan triste que no puedo ulular y despertar al sol.

El rey dijo a los animales reunidos:

—¿Habéis oído? Fue el mono el que mató al polluelo. Y ahora Madre Búho no va a despertar al sol para que llegue el día.

Entonces, el rey león llamó al mono, que llegó ante él nervioso, mirando de un lado a otro, rim, rim, rim, rim, rim.

—Mono —dijo el rey—, ¿por qué mataste al polluelo de Madre Búho?

—¡Oh, rey! —dijo el mono— Fue por culpa del cuervo, que se puso a graznar advirtiéndonos del peligro. Yo iba saltando de árbol en árbol para ayudarle, cuando se rompió una rama y caí, ¡pam! sobre el nido del búho.

El rey le dijo al consejo:

—Así pues, fue el cuervo el que alarmó al mono, que mató al polluelo, y ahora Madre Búho no va a despertar al sol para que llegue el día.

Entonces, el rey llamó al cuervo, que llegó con un par de aleteos y dijo:

—¡Rey león, fue por culpa del conejo! Lo vi corriendo como si en ello le fuera la vida a la luz del día. ¿No es eso motivo suficiente como para dar la alarma?

El rey asintió con la cabeza y dijo al consejo:

—Por tanto, fue el conejo el que sobresaltó al cuervo, que alarmó al mono, que mató al polluelo, y ahora Madre Búho no va a despertar el sol para que llegue el día.

El rey león llamó al conejo. La tímida criatura se plantó ante él levantando una pata temblorosa.

—Conejo —gritó el rey—, ¿por qué rompiste la ley de la naturaleza y saliste corriendo, corriendo, corriendo a la luz del día?

—¡Oh, rey! —dijo el conejo— Fue por culpa de la pitón. Yo estaba en mi casa dedicándome a mis cosas cuando la gran serpiente se metió en ella y me asusté.

El rey le dijo al consejo:

—Así pues, fue la pitón la que asustó al conejo, que sobresaltó al cuervo, que alarmó al mono, que mató al polluelo... y ahora Madre Búho no va a despertar al sol para que llegue el día.

El rey león llamó a la pitón, que llegó deslizándose wasawusu, wasawusu, wasawusu, a través del resto de animales.

—¡Pero, rey —gritó—, fue por culpa de la iguana! No me contestó, y yo pensé que estaba tramando algo contra mí. Cuando me metí en la madriguera del conejo, lo único que intentaba era esconderme.

El rey le dijo al consejo:

—De modo que fue la iguana la que atemorizó a la pitón, que asustó al conejo, que sobresaltó al cuervo, que alarmó al mono, que mató al polluelo, y ahora Madre Búho no va a despertar el sol para que llegue el día.

Pero la iguana no estaba en la reunión, pues no había oído la convocatoria. Enviaron al antílope a buscarla, y todos los animales se echaron a reír cuando vieron llegar a la iguana, badamín, badamín, ¡con dos palos metidos en los oídos!

El rey león le sacó los palos de los oídos, purup, purup, y le preguntó:

—Iguana, ¿qué mal has estado tramando contra la pitón?

—¿Mal? —exclamó la iguana sorprendida— ¡Ninguno! ¡Ninguno en absoluto! ¡La pitón es mi amiga!

—Entonces, ¿por qué no me dijiste «Buenos días» esta mañana? —preguntó la pitón.

—¡Yo no te oí, ni siquiera te vi! —respondió la iguana— El mosquito me dijo una mentira muy gorda, y estaba harta de oír tonterías. De manera que me puse esos palos en los oídos.

—Nge, nge, nge —se rió el león— ¿De modo que es por eso por lo que llevabas los palos en los oídos?

—Sí —respondió la iguana—. Fue por culpa del mosquito.

El rey león le dijo al consejo:

—Así pues, fue el mosquito el que enfadó a la iguana, que atemorizó a la pitón, que asustó al conejo, que sobresaltó al cuervo, que alarmó al mono, que mató al polluelo... y ahora Madre Búho no va a despertar el sol para que llegue el día.

—¡Castigad al mosquito! ¡Castigad al mosquito! —gritaron todos los animales—
Cuando Madre Búho oyó aquello se dio por satisfecha. Giró la cabeza hacia el este y ululó:

—¡Hu! ¡Huuuu! ¡Huuuuuuuu!

Y el sol salió.

Mientras tanto, el mosquito, que lo había oído todo desde un arbusto cercano, se arrastró por debajo de una hoja rizada y no lo encontraron, por lo que no fue presentado ante el consejo. Pero, debido a este hecho, el mosquito se siente culpable, y hasta el día de hoy va por ahí lloriqueando en los oídos de la gente:

—¡Ziiii! ¿Están todos enojados conmigo?

Y, cuando hace esto, obtiene una respuesta sincera: ¡KPAM!⁸

B6-10. KRISHNA CASTIGA A LA SERPIENTE KALIYA

Hinduismo (Purana, 2010)

"6.d. Prevenir la contaminación del medio ambiente de todo el planeta y no permitir la acumulación de sustancias radioactivas, tóxicas u otras materias peligrosas."

SB 10.16.1: Śukadeva Gosvāmī dijo: El Señor Śrī Kṛṣṇa, la Personalidad Suprema de la Divinidad, viendo que el río Yamunā había sido contaminado por la serpiente negra Kāliya, deseó purificar el río, y así el Señor la desterró de él.

SB 10.16.2: El rey Parīkṣit preguntó: ¡Oh gran sabio!, explica por favor cómo la Suprema Personalidad de la Divinidad castigó a la serpiente Kāliya en las aguas insondables del Yamunā, y cómo fue que Kāliya pudo estar viviendo allí durante tantos siglos.

SB 10.16.3: ¡Oh, brāhmaṇa, la ilimitada Personalidad Suprema de la Divinidad actúa libremente según Sus propios deseos! ¿Quién podría saciarse al escuchar el néctar de los magnánimos pasatiempos que Él llevó a cabo como pastor Vṛndāvana?

SB 10.16.4: Śrī Śukadeva Gosvāmī dijo: En el río Kālindī [Yamunā] había un lago habitado por la serpiente Kāliya, cuyo ígneo veneno calentaba y hacía hervir constantemente sus aguas. De hecho, los vapores así creados eran tan venenosos que los pájaros que cruzaban volando sobre el lago contaminado caían a sus aguas.

⁸ Imagen en este relato: "The Owl's Nest", dibujo de Hieronymus Bosch, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

SB 10.16.5: El viento que soplaba sobre aquel lago mortal transportaba gotas de aguas hasta las orillas y, por el simple hecho de entrar en contacto con esa brisa venenosa, toda la vegetación y las criaturas de la orilla morían.

SB 10.16.6: El Señor Kṛṣṇa vio cómo la serpiente Kāliya había contaminado el río Yamunā con su poderoso y terrible veneno y, dado que Kṛṣṇa había descendido desde el mundo espiritual específicamente para someter a los envidiosos demonios, el Señor trepó de inmediato a la copa de un árbol kadamba muy alto y se preparó para la batalla. Se apretó el cinturón, se dio unas palmadas en los brazos y luego se lanzó al agua venenosa.

SB 10.16.7: Cuando la Personalidad Suprema de la Divinidad se posó en el lago de la serpiente, las culebras que había allí se agitaron en extremo y se pusieron a respirar pesadamente, contaminándolo

aún más con sus venenos. La fuerza con la que entró el Señor en el lago hizo que sus aguas se desbordaran por todos los lados, de modo que las olas venenosas inundaron las tierras circundantes hasta una distancia de cien longitudes de arco. Sin embargo, esto no debería de sorprender, puesto que el Señor Supremo posee una fuerza infinita.



SB 10.16.8: Kṛṣṇa comenzó exhibiéndose en el lago de Kāliya como un elefante altivo, haciendo girar sus poderosos brazos y haciendo resonar el agua de varias maneras. Cuando Kāliya oyó aquellos sonidos, comprendió que alguien estaba invadiendo su lago. La serpiente no podía tolerar eso, por lo que de inmediato acudió al desafío.

SB 10.16.9: Kāliya vio que Śrī Kṛṣṇa, que iba ataviado con prendas amarillas de seda, era muy delicado. Su atractivo cuerpo brillaba como una nube blanca, en el pecho llevaba la marca de Śrīvatsa, en el rostro una maravillosa sonrisa, y sus pies parecían el verticilo de una flor de loto. El Señor estaba jugando en el agua sin ningún temor. A pesar de Su maravillosa apariencia, la envidiosa Kāliya le mordió furiosamente en el pecho, para luego envolverlo por completo con su alargado cuerpo.

SB 10.16.10: Cuando los miembros de la comunidad de pastores, que habían aceptado a Kṛṣṇa como su amigo más querido, lo vieron en medio del abrazo de la serpiente, inmóvil,

se trastornaron notablemente. Ellos le habían ofrecido a Kṛṣṇa todo —sus mismos yoes, sus familias, sus riquezas, y todo tipo de placer. Al ver al Señor en las garras de la serpiente Kāliya, su inteligencia se trastornó por el dolor, los lamentos y el miedo, y así cayeron de rodillas.

SB 10.16.11: Las vacas, los toros y las terneras, sumamente angustiadas, llamaron lastimosamente a Kṛṣṇa. Con los ojos fijos en Él, se quedaron paralizadas de miedo. Parecía que querían llorar, pero estaban demasiado conmocionadas como para derramar lágrimas.

SB 10.16.12: En la zona de Vṛndāvana surgieron en aquel momento tres tipos de terribles presagios: los de la tierra, los del cielo y los que están en los cuerpos de los seres vivos, que anunciaban el inminente peligro.

SB 10.16.13-15: Viendo tan desfavorables presagios, Nanda Mahārāja y el resto de pastores tuvieron miedo, porque sabían que Kṛṣṇa había ido a apacentar las vacas ese día sin Su hermano mayor, Balarāma. Debido a que habían dedicado sus mentes a Kṛṣṇa, aceptándole como su propia vida, no tenían conocimiento de su gran poder y opulencia, y así llegaron a la conclusión de que tan desfavorables augurios eran indicio que Él se había encontrado con la muerte, y estaban abrumados por el dolor, el llanto y el miedo. Todos los habitantes de Vṛndāvana, incluidos los niños y niñas, las mujeres y las personas de edad avanzada, veían a Kṛṣṇa como ve una vaca a su indefenso ternero, y así estas pobres y sufrientes personas salieron corriendo de la aldea intentando encontrarle.

SB 10.16.16: El Supremo Señor Balarāma, maestro de todo conocimiento trascendental, sonrió y no dijo nada cuando vio tan angustiados a los residentes de Vṛndāvana, dado que Él sí que conocía el extraordinario poder de Su hermano menor.

SB 10.16.17: Los residentes corrieron hacia las orillas del Yamunā en busca de su querido Kṛṣṇa, siguiendo el sendero marcado por Sus huellas, que portaban las singulares señales de la Personalidad de la Divinidad.

SB 10.16.18: Las huellas del Señor Kṛṣṇa, el maestro de toda la comunidad de pastores, estaban marcadas con la flor de loto, el grano de cebada, la pica de elefante, el rayo y la bandera. Mi querido Rey Parīkṣit, viendo sus huellas en el sendero entre las huellas de las vacas, los residentes de Vṛndāvana recorrieron el camino con grandes prisas.

SB 10.16.19: Mientras corrían por el camino hacia las orillas del río Yamunā, vieron desde la distancia que Kṛṣṇa estaba en el lago, inmóvil entre las espirales de la negra serpiente. Después vieron que los pastores jóvenes habían caído inconscientes, y que los animales estaban llorando por Kṛṣṇa en todas partes. Viendo todo esto, los residentes de Vṛndāvana estaban abrumados por la angustia y la confusión.

SB 10.16.20: Cuando los jóvenes gopīs, cuyas mentes se remitían constantemente a Kṛṣṇa, el ilimitado Señor Supremo, vieron que Él estaba ahora en las garras de la serpiente, se

acordaron de Su amorosa amistad, de Sus sonrientes miradas y Sus conversaciones con ellos. Lacerados por tan gran pesar, el universo se les antojaba vacío.

SB 10.16.21: Aunque los gopīs mayores se sentían tan angustiados como ella y derramaban un torrente de tristes lágrimas, tuvieron que retener a la fuerza a la madre de Kṛṣṇa, cuya consciencia estaba totalmente absorbida en su hijo. De pie como cadáveres, con los ojos fijos en Su rostro, los gopīs se turnaban en el relato de los pasatiempos del favorito de Vraja.

SB 10.16.22: El Señor Balarāma vio entonces que Nanda Mahārāja y los demás pastores, que habían consagrado sus vidas a Kṛṣṇa, estaban comenzando a entrar en el lago de la serpiente. Como Personalidad Suprema de la Divinidad, el Señor Balarāma conocía perfectamente el verdadero poder del Señor Kṛṣṇa, y de ahí que los contuviera.

SB 10.16.23: El Señor permaneció durante algún tiempo entre las espirales de la serpiente, imitando el comportamiento de un mortal ordinario. Pero cuando comprendió que las mujeres, los niños y otros residentes de Su aldea de Gokula estaban sumamente angustiados por el amor que sentían por Él, su único refugio y objetivo en la vida, Él se liberó de inmediato de las ataduras de la serpiente Kāliya.

SB 10.16.24: El tormento que sufría en sus anillos ante la expansión del cuerpo del Señor, hizo que Kāliya le liberara. Entonces, con gran furia, la serpiente se irguió sobre sí misma amenazadora, respirando pesadamente. Sus fosas nasales parecían recipientes de veneno, y sus ojos, fijos en el Señor, parecían tizones. De este modo miraba la serpiente al Señor.

SB 10.16.25: Una y otra vez, Kāliya se relamía los labios con sus bífidas lenguas mientras miraba fijamente a Kṛṣṇa, con una mirada ígnea terrible y venenosa. Pero Kṛṣṇa se puso a trazar círculos alrededor de ella como en un juego, del mismo modo que haría Garuḍa con una serpiente. En respuesta, Kāliya también empezó a girar, buscando la oportunidad de morder al Señor.

SB 10.16.26: Después de mitigar en gran medida la fuerza de la serpiente con sus incesantes círculos, Śrī Kṛṣṇa, el origen de todo, se impulsó sobre los elevados hombros de Kāliya para subirse a sus grandes cabezas. Y así, el Señor Śrī Kṛṣṇa, el maestro original de todas las bellas artes, se puso a danzar, con Sus pies de loto enrojecidos por el toque de las numerosas joyas de las cabezas de la serpiente.**SB 10.16.27:** Viendo danzar al Señor, Sus servidores en los planetas celestiales —los Gandharvas, Siddhas, sabios, Cāraṇas y esposas de los semidioses— llegaron allí de inmediato. Con gran placer comenzaron a acompañar la danza del Señor tocando tambores como mṛdaṅgas, paṇavas and ānakas. También hicieron ofrendas de cantos, flores y plegarias.

SB 10.16.28: Mi querido rey, Kāliya tenía 101 cabezas prominentes, y cuando una de ellas no se inclinaba, el Señor Śrī Kṛṣṇa, que inflige castigos a los malhechores crueles, hacía bajar la terca cabeza golpeándola con Sus pies. Entonces, cuando Kāliya empezó a sufrir estertores de agonía, sus cabezas comenzaron a girar alrededor y a vomitar sangre por las bocas y las fosas nasales. La serpiente estaba experimentando un dolor y una desdicha extremas.

SB 10.16.29: Exudando residuos tóxicos a través de los ojos, Kāliya se atrevía a levantar de vez en cuando alguna de sus cabezas, respirando pesadamente a causa de la ira. Pero entonces el Señor danzaba sobre esa cabeza y la sometía, obligándola a inclinarse bajo Sus pies. Los semidioses tomaban cada una de esas exhibiciones como una oportunidad para adorarle a Él, la primigenia Personalidad de la Divinidad, con una lluvia de flores.

SB 10.16.30: Mi querido rey Parīkṣit, la maravillosa y poderosa danza del Señor Kṛṣṇa pisoteó y rompió los mil anillos de Kāliya. Entonces, la serpiente, vomitando profusamente sangre por sus bocas, reconoció finalmente que Śrī Kṛṣṇa era la eterna Personalidad de la Divinidad, el maestro supremo de todos los seres, Śrī Nārāyaṇa. Y así, en lo profundo de su mente, Kāliya, se refugió en el Señor.

SB 10.16.31: Cuando las esposas de Kāliya vieron cuán fatigada estaba la serpiente por el peso excesivo del Señor Kṛṣṇa, que lleva al universo entero en Su abdomen, y cómo las capuchas de sus cabezas se habían derrumbado bajo los golpes de los talones de Kṛṣṇa, sintieron una gran angustia. Con sus vestidos, ornamentos y el cabello desordenados, se acercaron a la eterna Personalidad de la Divinidad.

SB 10.16.32: Con las mentes extremadamente perturbadas, aquellas santas señoras pusieron a sus hijos ante ellas y se postraron ante el Señor de todas las criaturas, tendiendo sus cuerpos en el suelo. Deseaban la liberación de su pecador marido y el refugio del Señor Supremo, el dador del definitivo refugio, y así juntaron sus manos en súplica y se acercaron a Él.



SB 10.16.33: Las esposas de la serpiente Kāliya dijeron: El castigo al que este delincuente ha sido sometido es ciertamente justo. Después de todo, Tú te has encarnado en este mundo para someter a las personas crueles y envidiosas. Eres tan imparcial que miras por igual tanto a Tus enemigos como a Tus propios hijos, pues cuando impones un castigo a un ser vivo sabes que es por su bien.

SB 10.16.34: Lo que has hecho aquí es tener misericordia de nosotras, puesto que el castigo que das a los malvados sin duda aleja toda contaminación. De hecho, debido a su alma condicionada, nuestro marido es tan pecador que ha adoptado el cuerpo de una serpiente, y Tu cólera con él debe ser entendida, obviamente, como misericordia.

SB 10.16.35: ¿Acaso nuestro marido llevó a cabo austeridades en una vida anterior, con su mente libre de orgullo y llena de respeto a los demás? ¿Es ése el motivo por el cual te complaces con él? ¿O acaso en una existencia previa él llevó a cabo sus deberes religiosos con compasión por todos los seres vivos, y ése es el motivo por el cual Tú, la vida de todos los seres vivos, estás ahora satisfecho con él?

SB 10.16.36: Oh, Señor, no sabemos el motivo por el que la serpiente Kāliya ha merecido la gran oportunidad de ser tocada por el polvo de Tus pies de loto. A este fin, la diosa de la fortuna llevó a cabo austeridades durante siglos, renunciando al resto de deseos y adoptando votos austeros.

SB 10.16.37: Los que han alcanzado el polvo de Tus pies de loto nunca anhelarán la majestad de los cielos, la soberanía ilimitada, la posición de Brahmā o el dominio de la tierra. Ellos ni siquiera están interesados en las perfecciones del yoga ni en la misma liberación.

SB 10.16.38: Oh, Señor, aunque Kāliya, rey de las serpientes, ha nacido en el modo de la ignorancia y está controlado por la ira, ha conseguido eso que tan difícil es de conseguir. Almas encarnadas, que están llenas de deseos y deambulan por tanto en el ciclo del nacimiento y la muerte, pueden tener todas las bendiciones manifestadas ante sus ojos al recibir simplemente el polvo de Tus pies de loto.

SB 10.16.39: Te ofrecemos nuestras reverencias a Ti, Suprema Personalidad de la Divinidad. Aunque presente en el corazón de todos los seres vivos como la Superalma, Tú lo interpenetras todo. Aunque refugio original de todos los elementos materiales creados, Tú existes antes de su creación. Y, aunque la causa de todo, Tú eres trascendental a toda causa y efecto material, siendo el Alma Suprema.

SB 10.16.40: Reverencias a Ti, la Verdad Absoluta, que eres la fuente de toda consciencia trascendental y potencia y poseedor de energías ilimitadas. Aunque completamente libre de cualidades y transformaciones materiales, Tú eres el motor primario de la naturaleza material.

SB 10.16.41: Reverencias a Ti, que eres el tiempo mismo, el refugio del tiempo y el testigo del tiempo en todas sus fases. Tú eres el universo, así como su observador independiente. Tú eres su creador, y también la totalidad de sus causas.

SB 10.16.42-43: Reverencias a Ti, que eres el alma última de los elementos físicos, de la base sutil de la percepción, de los sentidos, del aire vital de la vida, y de la mente, la inteligencia y la consciencia. Por disposición Tuya, las almas espirituales infinitesimales se identifican falsamente con los tres modos de la naturaleza material, nublándose así su percepción de su verdadero yo. Te ofrecemos reverencias a Ti, el Señor Supremo ilimitado, el supremamente sutil, la omnisciente Personalidad de la Divinidad, que está siempre fija en la inalterable trascendencia, que sancionas los puntos de vista opuestos de las diferentes filosofías, y que eres el poder que sustenta las ideas expresadas y los mundos que las expresan.

SB 10.16.44: Te ofrecemos nuestras reverencias una y otra vez a Ti, que eres la base de toda evidencia autorizada, que eres el autor y fuente última de las escrituras reveladas, y que te has manifestado en esas literaturas védicas alimentando la gratificación de los sentidos, así como en aquéllas que alimentan la renuncia del mundo material.

SB 10.16.45: Ofrecemos nuestras reverencias al Señor Kṛṣṇa y al Señor Rāma, hijos de Vasudeva, y al Señor Pradyumna y al Señor Aniruddha. Ofrecemos nuestras respetuosas reverencias al maestro de todos los santos devotos de Viṣṇu.

SB 10.16.46: Reverencias a Ti, Oh Señor, que manifiestas variedades de cualidades materiales y espirituales. Tú te disfrazas con las cualidades materiales, y sin embargo el funcionamiento de esas mismas cualidades materiales revela en última instancia Tu existencia. Tú permaneces aparte de las cualidades materiales como un testigo, y sólo puedes ser plenamente conocido por Tus devotos.

SB 10.16.47: Oh Señor Hṛṣīkeśa, maestro de los sentidos, permítenos ofrecer nuestras reverencias a Ti, cuyos pasatiempos son inconcebiblemente gloriosos. Tu existencia se puede inferir de la necesidad de un creador y revelador de toda manifestación cósmica. Pero, aunque Tus devotos pueden comprenderte de este modo, para los no devotos guardas silencio, absorbido en la auto-satisfacción.

SB 10.16.48: Reverencias a Ti, que conoces el destino de todas las cosas, superiores e inferiores, y que eres el regulador que preside todo cuanto existe. Tú eres distinto de la creación universal, y sin embargo eres la base sobre la cual evoluciona la ilusión de la creación material, y también el testigo de esta ilusión. De hecho, Tú eres la causa raíz de todo el mundo.

SB 10.16.49: Oh, todopoderoso Señor, aunque no tienes motivos para participar de la actividad material, actúas no obstante a través de Tu eterna potencia de tiempo para disponer la creación, la conservación y la destrucción de este universo. Tú haces esto

mediante el despertar de las distintas funciones de cada una de las modalidades de la naturaleza, que antes de la creación estaban latentes. Simplemente, merced a Tu vista ejecutas a la perfección todas estas actividades de control cósmico sin ningún esfuerzo.

SB 10.16.50: Por tanto, todos los cuerpos materiales de los tres mundos —los que son pacíficos, en la modalidad de la bondad; los que están agitados, en la modalidad de la pasión; y aquellos que son insensatos, en la modalidad de la ignorancia— todos son creación Tuya. Aún con todo, aquellas entidades vivas cuyos cuerpos están en la modalidad de bondad Te son especialmente queridos, y es para mantenerlos y por proteger sus principios religiosos que Tú estás ahora presente en la tierra.



SB 10.16.51: Al menos por una vez, un maestro debe tolerar el delito cometido por su hijo o súbdito. Oh, Alma suprema y pacífica, Tú deberías por tanto perdonar a nuestro necio esposo, que no comprendió quién eres.

SB 10.16.52: Oh Supremo Señor, por favor, sé misericordioso. Es adecuado que el santo tenga compasión por mujeres como nosotras. Esta serpiente está a punto de renunciar a la vida. Por favor, devuélvenos a nuestro marido, que es nuestra vida y nuestra alma.

SB 10.16.53: Y ahora, por favor, di a Tus siervas qué debemos hacer. Ciertamente, cualquier persona que ejecute fielmente Tus órdenes se libera automáticamente de todo temor.

SB 10.16.54: Śukadeva Gosvāmī dijo: Así alabado por las Nāga-patnīs, la

Personalidad Suprema de la Divinidad liberó a la serpiente Kāliya, que había caído inconsciente, habiendo sido golpeadas sus cabezas por los pies de loto del Señor.

SB 10.16.55: Kāliya recobró poco a poco su fuerza vital y sus funciones sensoriales; y luego, respirando sonora y dolorosamente, la pobre serpiente se dirigió al Señor Kṛṣṇa, la Personalidad Suprema de la Divinidad, en humilde sumisión.

SB 10.16.56: La serpiente Kāliya dijo: Nuestro mismo nacimiento como serpiente nos hizo envidiosos, ignorantes e iracundos. ¡Oh mi Señor, es tan difícil para la gente renunciar a su naturaleza condicionada, mediante la cual se identifican con lo que es irreal!

SB 10.16.57: Oh supremo creador, Tú eres el que genera este universo, compuesto por la abigarrada disposición de los modos materiales, y en el proceso Tú manifiestas distintos tipos de personalidades y especies, variedades de fuerza sensorial y física, y variedades de madres y padres con mentalidades y formas variadas.

SB 10.16.58: Oh Personalidad Suprema de la Divinidad, entre todas las especies de tu creación material, nosotras las serpientes estamos por naturaleza siempre encolerizadas. Estando siempre engañadas por Tu ilusoria energía, a la que es muy difícil renunciar, ¿cómo podemos renunciar a ella nosotras solas?

SB 10.16.59: Oh Señor, dado que Tú eres el Señor omnisciente del universo, Tú eres la causa real de la liberación de la ilusión. Por favor, dispón de nosotros del modo que consideres adecuado, ya sea misericordia o castigo.

SB 10.16.60: Śukadeva Gosvāmī dijo: Después de escuchar las palabras de Kāliya, la Personalidad Suprema de la Divinidad, que estaba representando el papel de un ser humano, respondió: Oh serpiente, no puedes permanecer aquí por más tiempo. Vuelve al océano de inmediato, acompañado por tu séquito de hijos, esposas, demás familiares y amigos. Deja que las vacas y los seres humanos disfruten de este río.

SB 10.16.61: Si un ser mortal recuerda con atención el mandato que te doy — abandonar Vṛndāvana y marchar al océano— y narra este relato al amanecer y al atardecer, nunca tendrá miedo de ti.

SB 10.16.62: Si alguien se baña en este lugar de Mis pasatiempos y ofrece el agua de este lago para los semidioses y otras personalidades adorables, o si alguien observa un ayuno y los debidos cultos y Me recuerda, puede estar seguro de que se liberará de toda reacción pecaminosa.

SB 10.16.63: Por temor a Garuḍa, abandonaste la Isla de Ramaṇaka Island y viniste a buscar refugio en este lago. Pero, dado que ahora estás marcado con mis huellas, Garuḍa ya no tratará de devorarte.

SB 10.16.64: Śukadeva Gosvāmī continuó: Mi querido rey, habiendo sido liberada por el Señor Kṛṣṇa, la Personalidad Suprema de la Divinidad, cuyas actividades son maravillosas, Kāliya se unió a sus esposas para adorarle con gran júbilo y reverencia.

SB 10.16.65-67: Kāliya adoró al Señor del universo ofreciéndole prendas finas, junto con collares, joyas y otros ornamentos valiosos, maravillosas fragancias y ungüentos, y una gran guirnalda de flores de loto. Habiendo así complacido al Señor, cuya bandera está marcada con el emblema de Garuda, Kāliya se sintió satisfecho. Recibiendo el permiso del Señor para partir, Kāliya lo circundó y le ofreció reverencias. Y luego, tomando a sus esposas, amigos e hijos, se fue a su isla en el mar. En el mismo momento en que Kāliya partió, el Yamunā fue restablecido de inmediato a su condición original, libre del veneno y pleno de aguas

nectarinas. Esto sucedió por la misericordia de la Personalidad Suprema de la Divinidad, que se manifestó en forma humana para disfrutar de sus pasatiempos.⁹

B6-11. EL PUEBLO QUE ABRAZABA A LOS ÁRBOLES

Bishnoísmo - India (Rose, 2009, pp. 79-83)

"6.e. Evitar actividades militares que deterioren el medio ambiente." |

En la India de antaño, cuando el país estaba gobernado por príncipes guerreros, vivió una joven que adoraba a los árboles. Su nombre era Amrita, y vivía en una humilde aldea de casas de adobe, en los límites del gran desierto. Junto a la aldea había un bosque, al que acudía Amrita a diario con el cabello danzando al viento. Allí se encontraba con su árbol preferido y lo abrazaba.

—¡Árbol —le decía— eres tan alto y tus hojas son tan verdes! ¿Cómo podríamos vivir sin ti?

Pues Amrita sabía que los árboles la protegían del cálido sol del desierto, que los árboles la resguardaban de las tormentas de arena del desierto, y que, allí donde crecían los árboles, había agua, agua preciosa para beber. Antes de volver a casa, Amrita le dio un beso a su árbol y le susurró:

—Árbol, si alguna vez alguien intenta hacerte daño, yo te protegeré.

Y el árbol le contestó con el susurro de sus hojas.

Un día, justo antes de las lluvias de los monzones, una gigantesca tormenta de arena llegó desde el desierto. En unos cuantos minutos, el cielo se oscureció como si fuera de noche. Los rayos atravesaban el cielo y el viento azotaba a los árboles, mientras Amrita entraba corriendo a su casa. Desde el interior, pudo escuchar cómo la arena azotaba las contraventanas.

Cuando terminó la tormenta, había arena por todas partes —en la ropa de Amrita, en su cabello e incluso en su comida. Pero ella estaba a salvo, al igual que su aldea, porque los árboles habían hecho de pantalla en lo peor de la tormenta.

⁹ Imágenes en este relato: "Radha Krishna" de B. Balaji, licencia CC BY, en Flickr.com; "Lord Krishna", de Vin Crosble, licencia CC BY, en Flickr.com; y "Kaliya Daman", autor desconocido, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

A medida que Amrita fue creciendo, su amor por los árboles también fue creciendo, y cuando tuvo hijos comenzó a llevárselos al bosque con ella.

—Éstos son vuestros hermanos y hermanas —les decía—. Ellos nos dan sombra frente al calor del sol del desierto, nos protegen de las terribles tormentas de arena, y nos muestran dónde podemos encontrar agua para beber.

Y, luego, Amrita enseñaba a sus hijos a abrazar a los árboles, tal como ella hacía.

Cada día, cuando se iba del bosque, Amrita recogía agua del pozo de la aldea, y la llevaba en un tinaja de barro sobre la cabeza. Una mañana que estaba junto al pozo, Amrita vio una tropa de hombres armados con pesadas hachas. Se dirigían al bosque.

—Cortad todos los árboles que encontréis —escuchó decir al jefe de la tropa—. El Maharajah necesita madera en abundancia para construir su nueva fortaleza.

El Maharajah era un poderoso príncipe que gobernaba en la región, y su palabra era ley.

El temor se apoderó de Amrita. «Los taladores destruirán nuestro bosque —pensó—, y nos quedaremos sin sombra frente al sol y sin protección frente a las tormentas de arena. ¡No podremos encontrar agua en el desierto!» Y Amrita salió corriendo hacia el bosque y se ocultó. Desde su escondrijo, pudo escuchar el golpeteo de las hachas en sus queridos árboles.

De repente, Amrita vio que el jefe de la tropa señalaba con la espada a su árbol.

—¡No cortéis estos árboles! —gritó mientras de un salto se ponía delante del tronco.

—¡Aléjate de aquí! —le gritó el hombre que había ido a cumplir la orden.

—Por favor, dejad en paz a mi árbol —suplicó ella—. Taladme a mí.

Y se abrazó al árbol con todas sus fuerzas. Pero el hombre la apartó de un empujón y balanceó su hacha. Lo único que podía ver era el árbol que le habían ordenado cortar. Una y otra vez, el hombre golpeó el árbol con el hacha hasta que, finalmente, el árbol de Amrita se derrumbó en el suelo. La joven se arrodilló, con los ojos empapados en lágrimas, mientras tocaba tiernamente con sus manos la moribundas ramas del árbol.

Cuando llegó la voz a la aldea de que habían talado el árbol de Amrita, hombres, mujeres, niños y niñas llegaron corriendo al bosque, y uno tras otro se fueron abrazando a los árboles. Toda vez que los taladores escogían un árbol, los aldeanos se interponían en su camino.

—¡El Maharajah se enterará de esto! —les amenazó el jefe de los taladores.

Pero la gente no cedió.

El Maharajah se puso furioso cuando los taladores regresaron con las manos vacías.

—¿Dónde están los árboles que os envié a talar? —gritó furioso.

—Alteza, intentábamos talarlos para vuestra fortaleza —respondió el jefe de la tropa—. Pero, allá donde íbamos, los aldeanos se abrazaban a los árboles y nos impedían cortarlos.

El Maharajah lanzó un tajo al aire con su espada de combate.

—¡Esos abraza-árboles pagaran caro por desobedecerme!

Y, montando en su caballo más veloz, se dirigió al bosque. Tras él llegaron muchos soldados cabalgando camellos, y elefantes con las trompas ornamentadas con joyas.



El Maharajah encontró a la gente reunida junto al pozo de la aldea.

—¿Quién se ha atrevido a desafiar mis órdenes? —exigió saber.

Amrita dudó por unos instantes, pero luego dio un paso al frente.

—Oh, gran príncipe, no podíamos dejar que los taladores destruyeran nuestro bosque —le dijo—. Esos árboles nos dan sombra frente al sol abrasador del desierto, nos protegen de las tormentas de arena que destruirían nuestras cosechas y enterrarían nuestra aldea, y nos muestran dónde podemos encontrar agua para beber.

—¡Sin estos árboles, no puedo construir mi fortaleza! —insistió el Maharajah.

—¡Sin estos árboles, nosotros no podremos sobrevivir! —respondió Amrita.

El Maharajah le lanzó una mirada de cólera.

—¡Taladlos! —gritó.

Y los aldeanos se fueron corriendo hacia el bosque, mientras los soldados sacaban sus espadas. Paso a paso se fueron acercando, mientras la arena se arremolinaba en sus pies y las hojas de los árboles se agitaban trémulas. Y, justo cuando los soldados llegaron a la primera línea de árboles, llegó un viento furioso desde el desierto, azotándoles tan fuerte con la arena que apenas podían ver. Los soldados huyeron de la tormenta protegiéndose tras los árboles. Amrita se abrazó a su árbol, y los aldeanos ocultaron su rostro mientras la tormenta sacudía el bosque. Era la peor tormenta que se hubiera conocido jamás.

Finalmente, el viento guardó silencio, y todos salieron lentamente del bosque.

Amrita se sacudió la arena de la ropa y miró a su alrededor. Había ramas quebradas por todas partes y había grano de los cultivos esparcido por el suelo. La arena se apilaba hasta una buena altura en torno al pozo de la aldea, y Amrita vio que sólo los árboles habían impedido que el desierto destruyera el pozo y el resto de la aldea.

Justo por detrás del pozo, el Maharajah se puso en pie y se quedó mirando al bosque. Estuvo pensando durante un buen rato, hasta que finalmente les dijo a los aldeanos:

—Habéis mostrado un gran coraje y mucha sabiduría al proteger vuestros árboles. De este día en adelante, vuestros árboles serán respetados —declaró el Maharajah—. Vuestro bosque será siempre un lugar verde en el desierto.

La gente gritó de júbilo cuando escucharon las palabras del Maharajah, y estuvieron cantando y bailando toda la noche, e iluminaron el cielo con fuegos de artificio. En el bosque, los niños y las niñas colgaron flores y papeles de brillantes colores entre las ramas; y allí donde había caído el árbol de Amrita pusieron una señal para no olvidar nunca su sacrificio.

Muchos años han pasado desde aquel día, pero hay personas que dicen que Amrita aún viene al bosque a abrazar a los árboles. «¡Árboles —susurra su espíritu—, sois tan altos y vuestras hojas son tan verdes! ¿Cómo podríamos vivir sin vosotros?» Pues Amrita sabe que los árboles dan sombra a la gente frente al sol abrasador del desierto, protegen a las personas de las tormentas de arena, y donde los árboles crecen hay agua, y es un buen lugar para vivir.¹⁰

¹⁰ Este relato es la versión con final feliz de una trágica historia real ocurrida en 1730 en la aldea de Khejarli, cerca de Jodhpur, conocida como la Masacre de Khejarli, en la que 363 bishnois fueron asesinados por intentar defender los árboles de aquella aldea abrazándose a ellos. La historia real siguió en gran medida la línea de este relato, e incluye el nombre de su heroína y líder, Amrita Devi. El motivo de que en la comunidad bishnoi se transmita esta versión del relato supongo que obedece a intenciones educativas, dado que los bishnois practican la no-violencia; aunque supongo también que detrás de esta versión hay una motivación catártica. Actualmente, el Movimiento Chipko, una organización activista de la India cuyos miembros protegen los árboles abrazándose a ellos, es una reedición del siglo XX del movimiento original puesto en marcha por Amrita Devi. La fotografía que acompaña este relato es, precisamente, de la mujeres del Movimiento Chipko en 1974 en una de sus acciones.

Principio 7

B7-12. GLUSCABI Y LOS ANIMALES DE CAZA

Abenaki - Quebec y Nueva Inglaterra (Caduto y Bruchac, 1988, pp. 165-167)

"7. Adoptar patrones de producción, consumo y reproducción que salvaguarden las capacidades regenerativas de la Tierra, los derechos humanos y el bienestar comunitario."

Hace mucho tiempo, Gluscabi decidió salir a cazar, de modo que tomó su arco y sus flechas y se adentró en los bosques. Pero los animales se dijeron unos a otros:

—¡Ajá, aquí viene Gluscabi! Quiere cazarnos. Ocultémonos de él.

De manera que se escondieron y Gluscabi no pudo encontrarlos. Estaba muy disgustado. Así pues, volvió a casa, a la pequeña cabaña que había junto al agua grande, donde vivía con la Abuela Marmota.

—Abuela —dijo cuando llegó—, hazme una bolsa de caza.

Y la Abuela Marmota le hizo una bolsa de caza con pelo de caribú. Tejió los pelos de tal modo que hizo una bolsa fuerte y resistente, una bonita bolsa de caza. Pero, cuando se la entregó a Gluscabi, éste la miró y la arrojó al suelo.

—No es lo suficientemente buena —dijo.

Entonces, la Abuela Marmota le hizo otra con pelo de ciervo. La hizo más grande y más bonita, y se la entregó. Pero Gluscabi la examinó y la arrojó al suelo.

—No es lo suficientemente buena, Abuela —dijo.

Esta vez, la Abuela Marmota utilizó pelo de alce, e hizo una bolsa realmente buena. Era grande y fuerte, y utilizó incluso púas de puercoespín, que aplanó con los dientes, y le hizo un diseño incluso aún más atractivo. Pero Gluscabi examinó la bolsa y, una vez más, la arrojó al suelo.

—Abuela —dijo—, no es lo suficientemente buena.

—¡Eh, Gluscabi! —dijo la Abuela Marmota— ¿Hay alguna manera de satisfacerte? ¿Qué tipo de bolsa de caza quieres?

—¡Ah, Abuela! —dijo Gluscabi con una sonrisa— Haz una bolsa de pelo de marmota.

Y, así, para hacer la bolsa de Gluscabi, la Abuela Marmota se arrancó todo el pelo de la barriga. Es por eso que, hasta el día de hoy, las marmotas siguen sin tener pelo en la barriga. Con aquellos pelos, la Abuela Marmota le hizo la bolsa de caza a Gluscabi. Pero es que, además, esta bolsa era mágica. Por mucho que metieras dentro de ella, siempre quedaba espacio para más cosas. Gluscabi examinó la nueva bolsa de caza y sonrió.

—¡Oleohneh, Abuela! —dijo— ¡Gracias!

Entonces, Gluscabi regresó a los bosques y buscó un claro suficientemente grande, y dijo a voz en grito:

—¡Eh, vosotros, animales! ¡Escuchadme! Va a ocurrir algo terrible. Va a salir el sol, el mundo se va a terminar y va a quedar todo destruido.

Cuando los animales oyeron aquello, se asustaron terriblemente, y fueron al claro del bosque donde estaba Gluscabi con su bolsa de caza mágica.

—Gluscabi —dijeron—, ¿qué podemos hacer? Si el mundo va a quedar destruido, ¿cómo vamos a sobrevivir?

—Amigos míos —dijo Gluscabi con una sonrisa—, entrad simplemente en mi bolsa de caza. Ahí estaréis seguros cuando el mundo sea destruido.

Y, así, todos los animales se metieron en la bolsa. Conejos y ardillas entraron, y la bolsa de caza se estiró para albergarlos a todos. Mapaches y zorros entraron, y la bolsa aún se hizo más grande. Entraron los ciervos, y también los caribúes. Entraron los osos, y también los alces, y la bolsa se expandió para acogerlos a todos. Poco después, todos los animales del mundo estaban dentro de la bolsa de caza de Gluscabi. Entonces, riendo de satisfacción, Gluscabi ató la bolsa por arriba, se la colgó al hombro y se fue a casa.

—Abuela —dijo al llegar—, ahora ya no tendremos que salir a dar vueltas por ahí para buscar comida. Cada vez que queramos algo de comer, podremos tomarlo de mi bolsa de caza.

La Abuela Marmota abrió la bolsa de Gluscabi y echó un vistazo al interior. Allí estaban todos los animales del mundo.

—¡Oh, Gluscabi! —exclamó la Abuela Marmota— ¿Por qué haces siempre las cosas de esta manera? ¡No puedes tener a todos los animales de caza dentro de una bolsa! Enfermarán y se morirán, y no quedarán animales para nuestros hijos ni para los hijos de nuestros hijos. Cierto es que resulta difícil cazarlos, pero entonces tú te haces más fuerte intentando encontrarlos, y los animales también se hacen más fuertes y sabios intentando que no los atrapes. Las cosas están entonces en el equilibrio correcto.

—Kaamoji, Abuela —dijo Gluscabi—. Tienes razón.

De modo que Gluscabi agarró la bolsa y volvió al claro del bosque. Una vez allí, desató el cordel y dijo:

—¡Eh, vosotros, animales! ¡Ya podéis salir! Todo está en orden. El mundo quedó destruido, pero lo recompuse todo de nuevo.

Y todos los animales salieron de la bolsa mágica y volvieron a los bosques. Y allí continúan hoy en día gracias a que Gluscabi hizo caso a lo que la Abuela Marmota le había dicho.

B7-13. POR QUÉ EL GUEPARDO TIENE MANCHAS EN LAS MEJILLAS

Zulú (CanTeach, 2013b)

«Kwasuka sukela...»

Hace mucho tiempo, un cazador holgazán y malvado estaba sentado debajo de un árbol. Pensaba que hacía demasiado calor como para molestarse en la ardua tarea de acechar a las presas entre los arbustos. Más abajo, en un claro de hierbas de la llanura, había un puñado de lustrosas gacelas pastando. Pero aquel cazador no se molestó en mover ni un solo dedo de tan holgazán que era. Miraba al rebaño y lo único que pensaba era en cómo podría conseguir carne fresca sin tener que esforzarse. Entonces, súbitamente, vio algo moverse a la izquierda del rebaño. Era una hembra de guepardo en busca de comida.

Manteniéndose en el lado contrario del que venía el viento, para que las gacelas no pudieran olerla, la guepardo se fue acercando poco a poco, poniendo su objetivo en una gacela que, insensatamente, se había alejado del resto. De pronto, encogió sus largas patas bajo su cuerpo y dio un salto. A gran velocidad, se abalanzó sobre la gacela y la derribó. Sobresaltado, el resto del rebaño emprendió la huida, mientras la guepardo le quitaba la vida a su presa con suma rapidez.

El cazador vio cómo la guepardo arrastraba el cadáver de la gacela hasta una zona sombría al filo del claro, y vio



que allí había tres hermosos cachorros de guepardo esperando a su madre. El cazador holgazán sintió envidia de los cachorros. «¡Quién pudiera tener un cazador así que te proveyera de comida!», pensó para sí. Se imaginaba a sí mismo comiendo a diario aquella carne deliciosa sin tener que cazar.

Entonces, se le ocurrió una malvada idea: «¿Y si le robo a la guepardo uno de sus cachorros y lo entreno para que cace para mí?» Y, así, decidió esperar hasta que la madre guepardo se fuera a beber a la charca, al atardecer, para hacer sus movimientos. Una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios.

Cuando iba a ponerse el sol, la guepardo dejó a sus cachorros escondidos en un arbusto y se encaminó hacia la charca. Rápidamente, el cazador agarró su lanza y bajó corriendo hasta los arbustos donde estaban ocultos los cachorros. Allí encontró a los tres animalitos, demasiado pequeños aún como para asustarse de él o salir corriendo. Primero eligió a uno, después se decidió por otro, y luego volvió a cambiar de opinión. Finalmente, se los llevó a los tres, pensando que tres guepardos lo harían mejor sin duda que uno solo.

Cuando la madre regresó media hora más tarde, y se encontró con el nido vacío, se le rompió el corazón. La pobre madre guepardo lloró y lloró hasta que las lágrimas dejaron un rastro oscuro en sus mejillas. Estuvo sollozando toda la noche y también llegada la mañana. Lloraba tan fuerte que un anciano la oyó y fue a ver qué pasaba.

Pero aquel anciano era sabio, y conocía las costumbres de los animales. Cuando descubrió lo que el malvado cazador había hecho, se enfureció en extremo. El cazador holgazán no sólo era un ladrón, sino que había quebrantado además las tradiciones de la tribu. Todo el mundo sabía que un cazador sólo puede utilizar su propia fuerza y sus habilidades, y que cualquier otra manera de cazar era una deshonra.

El anciano regresó a la aldea y contó a los ancianos y ancianas lo que había sucedido. La gente de la aldea montó en cólera. Buscaron al cazador holgazán y lo expulsaron de la aldea; y luego, el anciano llevó a los tres cachorros de guepardo de vuelta con su agradecida madre. Pero el prolongado llanto de la madre guepardo dejaría unas marcas indelebles en su cara. Hoy en día, el guepardo lleva las huellas de ese llanto en el rostro para recordar a los cazadores que no es honorable cazar de ningún otro modo que no sea el tradicional.¹¹

¹¹ Imagen en este relato: "Rubuni", de Todd Schaffer, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons.

B7-14. LO SUFICIENTE

Judaísmo ruso (Haske, 2012a)

"7.a. Reducir, reutilizar y reciclar los materiales usados en los sistemas de producción y consumo y garantizar que los desechos residuales puedan ser asimilados por los sistemas ecológicos."

El padre de Jacob era sastre, y cuando Jacob era un muchacho se pasaba días enteros en la tienda de su padre, aprendiendo a cortar y coser ropa. Con el transcurso del tiempo, Jacob empezó a soñar con hacerse él mismo un abrigo de su agrado; Imaginaba cuál sería su aspecto, e incluso decidió el tipo de tela que con la cual lo cosería, el tejido que más le gustaba. Con los años consiguió ahorrar algo de dinero del que se ganaba trabajando con su padre en la sastrería, hasta que, finalmente, después de muchos años, consiguió acumular el dinero suficiente para comprar la tela que deseaba.

Cuando Jacob se compró el tejido se puso a trabajar con él sin descanso. Se pasaba las noches midiendo, cortando y planchando, hasta que finalmente terminó su hermoso abrigo. Estaba muy orgulloso de su trabajo, de modo que, henchido de felicidad, se lo mostró a su padre. El hombre inspeccionó el trabajo de Jacob y, finalmente, le dio unas palmaditas en la espalda.

—Muy bien hecho, Jacob —le dijo su padre—. Te has convertido en un buen sastre.

Jacob estaba encantado con su abrigo, y lo llevaba puesto día tras día durante los largos y fríos inviernos, pues le abrigaba mucho. Pasaron los años y, un día, mientras paseaba por la nevada plaza del mercado, Jacob vio a una mujer tiritando de frío, pues no llevaba más que un fino chal para cubrirse los hombros. Jacob se acercó hasta ella y le ofreció su abrigo, y luego la acompañó a casa mientras charlaban por el camino. Sara tenía más o menos su misma edad, y Jacob descubrió que tenían mucho en común. ¡Dos años más tarde se casaban!

Jacob instaló una pequeña sastrería en la casa en la que vivía con su mujer. Pasaban los inviernos y él seguía llevando su querido abrigo. Tanto lo llevó, y durante tantos años, que la tela se desgastó. Un día lo descolgó de la percha y le dijo tristemente a Sara:

—Este viejo abrigo ha sido muy especial para mí. Fue mi sueño hasta que pude confeccionármelo, y mi padre se sintió muy orgulloso de mí por ello. Y hace ya algunos años fue el motivo para que te conociera. Por desgracia, ya no queda nada de él.

Pero, entonces, Jacob esbozó una sonrisa mientras miraba con detenimiento el abrigo.

—¡Pero... aún queda lo suficiente! —exclamó.

Se fue con el abrigo a la sastrería y se puso a cortar y a coser, y a primera hora de la mañana del día siguiente apareció con una chaqueta, que había hecho con la tela de su viejo abrigo.

Jacob adoraba su chaqueta, y la llevaba con mucha frecuencia. Pasó el tiempo, y Sara dio a luz a dos niñas. Con la llegada del invierno, cuando Jacob vio caer los primeros copos de nieve tras la ventana, tomó a sus dos hijas, las cobijó bajo su chaqueta y salió a la calle. Juntos se pusieron a dar vueltas bajo la nieve, riendo y bailando mientras los copos se posaban sobre sus narices.

Jacob siguió llevando su chaqueta durante bastantes años, hasta que Sara se dio cuenta un día de que la tela se había desgastado por completo. Jacob miró con semblante triste su querida chaqueta.

—Nunca olvidaré que bajo esta chaqueta cobijé a nuestras gemelas el día que vieron nevar por vez primera. Pero tienes razón, está muy desgastada. No queda nada de ella...

Pero, entonces, soltando una risita, Jacob añadió:

—¡...pero queda lo suficiente!

Una vez más, Jacob se fue apresuradamente a la sastrería, y estuvo cortando y cosiendo la tela de la chaqueta durante un buen rato, hasta que apareció de pronto con una gorra. Era una gorra muy elegante, y Jacob estaba muy orgulloso de ella. ¡De hecho, la estaría llevando durante mucho tiempo casi a diario!

Pasaron los años hasta que, tras una prolongada sequía, se desató una hambruna en la región. Nadie tenía dinero suficiente como

para hacerse ropa nueva, y Jacob y su familia comenzaron a pasar privaciones. Rara vez podían comprarse dulces, y la mayor parte de las veces se tenían que contentar con comer coles, patatas y judías. Pero un día, mientras paseaban por el bosque, se encontraron con un matorral repleto de moras. ¡Las moras parecían tan jugosas, y tan dulces...! De modo que,



tras comerse un buen puñado de moras, decidieron llevarse a casa todas las que pudieran guardar. ¡Pero no tenían nada donde ponerlas! Entonces, Jacob se acordó de su gorra. Se la sacó de la cabeza y, junto con su mujer y sus hijas, llenaron la gorra hasta el borde con aquellas moras tan jugosas. De vuelta a casa, hicieron un delicioso pastel de moras y, durante la cena, saborearon detenidamente cada uno de sus bocados.

Y así pasaron los años. Las hijas de Jacob se hicieron mayores, y la gorra de Jacob comenzó a deshilacharse. Un día se quedó mirando su querida gorra y pensó para sí, "Está hecha polvo. No queda nada de ella..." Pero, de pronto, soltó una risita y se fue directo a la sastrería. Una vez más se puso a cortar y coser, y horas más tarde apareció con una pajarita en el cuello, hecha con la tela que había conseguido salvar de su querida gorra.

Jacob se ponía la pajarita para ir a todas partes. La llevó durante la boda de sus hijas y también la llevaba cuando le mostraron a su primera nieta. Y, cómo no, la llevaba puesta también cuando su nieta se hizo mayor y empezó a hablar. Entonces, Jacob se la sentaba sobre las rodillas, mientras la niña jugaba con la pajarita de su abuelo.

—Abuelo, tienes una mariposa en la camisa —le decía.

Desde entonces, cada vez que veía a su nieta, Jacob se quitaba la pajarita y simulaba que era una mariposa que volaba.

Un día, cuando Jacob tenía ya todo el cabello blanco, al regresar de un largo paseo por el mercado, Sara le preguntó:

—¿Dónde te has dejado la pajarita?

Jacob se echó la mano al cuello, pero la pajarita ya no estaba. Rápidamente regresó sobre sus pasos y recorrió el mercado; pero, por mucho que la buscó, no encontró ya su preciada pajarita. Jacob volvió a casa muy triste, y se fue directamente a la cama sin cenar.

A la mañana siguiente, Jacob se negó a salir de la cama. ¡Estaba tan triste sin su pajarita...!

—¡Ya ves! La tela que tanto me gustaba... ha desaparecido para siempre. Ha estado conmigo durante más de la mitad de mi vida, pero ahora ya no queda nada de ella. ¡Nada! ¡Con ella se han ido tantos buenos recuerdos...!

Sara salió de casa en silencio y se fue a ver a sus hijas. Al cabo de un rato, volvió con ellas y con sus nietos, que se precipitaron corriendo sobre la cama del abuelo. Pero Jacob no reaccionó; les miró con tristeza y les dijo:

—Hoy no puedo jugar. Estoy muy triste.

—Padre, por favor, cuéntanos alguna historia de aquella tela—le dijo una de sus hijas—. Tus nietos no han escuchado esas historias.

—¡Pero ahora esas historias son muy tristes! —respondió él.

Los nietos le rogaron insistentemente hasta que, finalmente, Jacob accedió. Les contó lo mucho que había trabajado para ahorrar el dinero con el cual había comprado la tela, y les habló de lo elegante y cálido que era el abrigo que se hizo con ella. Les contó que, gracias a aquel abrigo, había podido conocer a su amada esposa, y les habló de lo calentitos que habían estado él y sus hijas bajo la nieve aquel lejano día de invierno. Les habló de la gorra llena de moras, y les contó cuántos buenos momentos había vivido mientras él llevaba aquel tejido. Les hablaba con una sonrisa en los labios.

—Abuelito, y luego hiciste una mariposa con la pajarita. A lo mejor es que se fue volando —le dijo su nieta con una sonrisa.

Jacob suspiró y abrazó a su nieta.

—Sí, parece que se fue volando —le dijo a la niña—. Pero tú me has ayudado a darme cuenta de que los recuerdos no se han ido volando, que estarán siempre conmigo. Hay los suficientes recuerdos como para hacer una buena historia, y esa historia estará con nosotros para siempre, si vosotras me ayudáis a conservarla.

Y Jacob abrazó a su familia y se levantó de la cama.

Esta historia se ha contado en el seno de la familia desde entonces, y ha pasado de generación en generación hasta nuestros días.¹²

B7-15. DEMASIADO CIELO

Etnias edo y bini - Nigeria (MacDonald, 2005, pp. 101-103)

"7.b. Actuar con moderación y eficiencia al utilizar la energía y tratar de depender cada vez más de los recursos de energía renovables, tales como la solar la eólica."

Hace mucho, mucho tiempo, el cielo estaba muy cerca de la tierra, ¡y el cielo se podía comer!

La gente no tenía necesidad de trabajar, no tenían motivo alguno para cultivar la tierra o salir de caza. Cuando tenían hambre, lo único que tenían que hacer era arrancar un delicioso trozo de cielo. ¡Era una comida ciertamente deliciosa!

¹² Imagen en este relato: "Savile Row Tayloring at Henry Poole and Co.", autor desconocido, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

Pero la gente era codiciosa, incluso entonces... ¡cuando tenían todo cuanto deseaban y lo tenían gratis! A pesar de eso, competían por ver quién arrancaba el trozo más grande de cielo. Una persona podía arrancar un buen pedazo de cielo y ponerse a comer, y de pronto podía llegar un vecino y pensar, «Yo quiero MÁS cielo que él». De modo que el vecino arrancaba un trozo de cielo AÚN MÁS GRANDE.

Claro está que, al final, nadie podía comerse TODO el pedazo de cielo que había arrancado, de manera que comían hasta llegar a la saciedad y luego arrojaban el resto en un montón de desperdicios.

El cielo se quedó mirando el montón de basura. Había trozos de sí mismo allí apilados, descomponiéndose; y pensó, «¡Qué DESPERDICIO! ¡Uno se sacrifica todos los días por estos humanos y a ellos no se les ocurre otra cosa que arrojarme al montón de la BASURA!»

Y, así, el cielo le dio a la gente una seria advertencia:

—Si no DEJÁIS de desperdiciar mi buen alimento celeste, me alejaré de vosotros y ya no podréis alcanzarme.

Después de aquello, la gente intentó ser más frugal. Rompían simplemente el trozo que necesitaban comer cada día y, si se pasaban un poquito al arrancar cielo... ¡pues, bueno, se lo comían de todas formas! Nadie quería ser sorprendido arrojando trozos de cielo al montón de basura. El cielo vio que su codicia seguía siendo incontrolable, pues ahora comían más de lo que realmente necesitaban. Pero, bueno, se podía dejar pasar.

Sin embargo, no TODA la gente pudo controlar su codicia de forma permanente. Un día, una mujer llegó corriendo y, sin pensar, arrancó un ENORME TROZO de cielo. Se dio cuenta tarde de lo que había hecho. Su marido intentó ayudarla a comérselo todo, pero había cortado un trozo demasiado grande y no podían acabárselo. Llamaron a otros aldeanos, pero el trozo seguía siendo demasiado grande. Ni siquiera la aldea entera se lo podía comer todo. Al final, echaron lo que quedaba al montón de la basura.



Cuando el cielo vio lo que había sucedido, se enfadó MUCHÍSIMO. Se fue volando hacia arriba, cada vez más alto... hasta que ya nadie pudo tomar trozos del cielo para comer.

Ésa es la razón por la que ahora la gente tiene que trabajar para comer. Pero, incluso en nuestros días, la gente aún no ha aprendido a vivir sin tomar más de lo que necesita.¹³

B7-16. MIKKU Y LOS ÁRBOLES

Estonia (MacDonald, 2005, pp. 22-27)

"7.c. Promover el desarrollo, la adopción y la transferencia equitativa de tecnologías ambientalmente sanas."

Un día, Mikku fue a buscar leña. Podría haberse adentrado en el bosque y haber recogido simplemente ramas caídas, pero eso se le antojaba perder el tiempo, de modo que decidió cortar simplemente el primer árbol que viera.

Mikku levantó el hacha y ¡TUMP!, pero el árbol gritó:

—¡ALTO! ¡PARA! ¡No me tales!

—¿Qué... un árbol que habla? ¿Por qué no debería talarte?

—¿No te das cuenta del tipo de árbol que soy? Soy un ABEDUL. Tú utilizas mi corteza para hacer cestas. Utilizas mis ramas para hacer escobas. ¡No me tales!

—Tienes razón —dijo Mikku—. El abedul es un árbol muy útil. No te talaré.

—Gracias, Mikku. Recuerda... tú cuidas de nosotros y nosotros cuidamos de ti.

De modo que Mikku se introdujo en el bosque.

—Aquí hay un buen árbol para hacer leña.

Levantó su hacha y ¡TUMP!.

—¡PARA! ¡DETENTE! ¡No me tales!

—¿Por qué no?

—Yo soy un CEREZO, y sé que te gusta el pastel de cereza. Si me talas, no habrá más pasteles para Mikku.

¹³ Imagen en este relato: "Edo ivory mask", licencia CC BY, en Wikimedia Commons.

—Tienes razón. No te talaré, Cerezo.

—Gracias, Mikku. Recuerda... Tú cuidas de nosotros y nosotros cuidamos de ti.

De manera que Mikku se metió aún más en el bosque, hasta que encontró un árbol grande y frondoso. Levantó su hacha y ¡TUMP!

—¡ALTO AHÍ! ¡No me tales!

—¿Por qué no?

—Soy un ARCE. Tú haces sirope de arce con mi savia, y también azúcar de arce. ¿No irás a talarme?

—Tienes razón, Arce. No te talaré.

—Gracias, Mikku. Tú cuidas de nosotros y nosotros cuidamos de ti.

Mikku siguió recorriendo el bosque, pero todos los árboles tenían un buen motivo para que no los cortara. El pino por sus piñas, muy útiles para encender el fuego. El cedro porque daba cobijo a los ciervos en las noches de invierno. El nogal por sus nueces... Cada árbol le proporcionaba algo a Mikku.

Al final, Mikku se sentó y se puso a pensar en voz alta:

—Bueno, recogeré ramas del suelo para encender el fuego. Todos estos árboles cumplen un propósito. Sería un error cortarlos.

En cuanto pronunció esas palabras, un hombre pequeñito salió de detrás de un árbol. Era un hombrecillo ciertamente extraño. Llevaba un abrigo hecho de corteza de abedul, y un sombrero hecho de bellotas. Y sus zapatos eran de vilanos.

—Mikku, veo que respetas y cuidas de mis árboles —dijo el hombrecillo—, y quería darte las gracias.

Y, acto seguido, le entregó a Mikku una pequeña varita mágica de madera.

—Siempre que necesites algo de la naturaleza, simplemente muestra esta varita y pide. Todos los pájaros y los animales estarán encantados de ayudarte, en recompensa por tu bondad con los árboles. Si quieres miel, muéstrale la varita a las abejas. Si quieres frutas del bosque, muéstrasela a los pájaros. Cuando vayas a labrar tus campos, muéstrasela a los topos. Todas las criaturas te ayudarán, Mikku.

Y añadió:

—Sólo una cosa, sin embargo... Nunca utilices la varita para pedir algo que vaya contra la naturaleza. Nunca pidas algo que sea imposible. NUNCA lo hagas.

Mikku tomó la varita y se fue a casa.

—Me pregunto si esto funcionará de verdad —dijo.

Y, sacando la varita, se la mostró a las abejas.

—Abejas... Me gustaría que me trajerais un poco de miel.

—Bzzzzzz... ¡Te la traeremos! Bzzzzzz...

Las abejas se fueron volando y al cabo de un rato estaban de vuelta con un panal del que goteaba miel.

—¡Uau! ¡Gracias, abejas!

Y luego:

—Pájaros... Me gustaría comer frutas del bosque.

—Te las traeremos, Mikku.

En un visto y no visto, los pájaros estaban de vuelta llevando en los picos montones de frutas del bosque, que dejaron caer sobre el cuenco de Mikku.

La vida de Mikku era ahora muy sencilla. Cada vez que quería algo, no tenía más que enseñar la varita a las criaturas y ellas le ayudaban.

Un día de primavera se llevó la varita a su campo de cultivo.

—Topos... Me gustaría que labrarais mi campo.

—Lo haremos, Mikku.

Los topos fueron arriba y abajo hasta que el campo estuvo arado. Después le mostró la varita a las hormigas.

—Hormigas... Ahí tengo algunas semillas que habría que sembrar.

—Lo haremos, Mikku.

Y las hormigas corretearon por aquí y por allá y sembraron todas las semillas.

La vida de Mikku era en verdad fácil. Se hizo rico, pero se volvió holgazán. También se volvió orgulloso y petulante, y adquirió el hábito de dar órdenes.

Un día, mediado el invierno, Mikku estaba en su campo. Hacía mucho frío, y el cielo estaba nuboso y gris... y Mikku DETESTABA ese clima. Para entonces, estaba acostumbrado a conseguirlo todo con facilidad.

Sin detenerse a pensarlo, levantó la varita al cielo y ordenó:

—Sol, sal de detrás de esa nube y brilla sobre mí. Quiero tener CALOR, CALOR, CALOR.

¿Un sol cálido en mitad del invierno? Eso iba contra la naturaleza. Mikku no debería haber pronunciado jamás esas palabras.

De inmediato, las nubes se apartaron y el sol se puso a brillar. Los rayos del sol eran muy cálidos, y Mikku fue entrando en CALOR, CALOR, CALOR. El intenso calor del sol se concentró en Mikku y... ¡ZAP! Mikku desapareció. No quedó nada de él. Ni siquiera quedó la varita mágica.

Desde aquel día, los árboles ya no le han vuelto a hablar a ningún ser humano. Aunque se dice que, si paseas por los bosques y escuchas, podrás oírles susurrar... «Tú cuidas de nosotros... y nosotros cuidamos de ti. Tú cuidas de nosotros... y nosotros cuidamos de ti».



B7-17. EL RATÓN DE CIUDAD Y EL RATÓN DE CAMPO

Grecia clásica (Livo, 2003, p. 33)

"7.f. Adoptar formas de vida que pongan su énfasis en la calidad de vida y en la suficiencia de bienes materiales en un mundo finito."

Un bonito ratón gris de campo, con una larga cola que se le rizaba en el extremo, invitó a su amigo de la ciudad para que fuera a visitarle al campo. Cuando llegó, el ratón de la ciudad se quedó un tanto decepcionado al descubrir que la cena consistía en unos cuantos granos de cebada y algunas raíces de sabor terroso.

—Querido amigo —comentó—, comes cosas que comerían las hormigas. Tienes que venir a verme. Te mostraré nuestras delicias gastronómicas.

Y, así, el ratón de ciudad se llevó al ratón de campo a la ciudad con él. Moviendo la cola adelante y atrás, el ratón de ciudad le ofreció a su amigo queso, miel, higos, dátiles y

mantequilla de cacahuets. Obviamente, el ratón de campo estaba muy sorprendido, y se pusieron a comer hasta reventar.

Pero, entonces, ocurrió. La puerta se abrió y entró alguien. Los dos ratones se escabulleron alarmados y se apretujaron en un incómodo agujero. Cuando volvió el silencio, salieron del agujero, pero se vieron obligados a esconderse de nuevo cuando otra persona entró en la habitación.

Para entonces, el ratón de campo se sentía incómodo, alarmado y muerto de miedo. Ya había visto lo suficiente de la ciudad.

—Me voy —le dijo finalmente a su amigo de la ciudad—. Veo que vives inmerso en deliciosos placeres, pero eso supone correr demasiados peligros para mi gusto.

—¿Adónde vas? —preguntó el ratón de ciudad mientras el otro se marchaba.

—Vuelvo a mi casa en el campo. Allí puedo disfrutar de mis sencillas comidas cómodo, contento y en paz —fue la respuesta.

Principio 8

B8-18. GLUSCABI Y EL ÁGUILA DEL VIENTO

Abenaki - Quebec y Nueva Inglaterra (Caduto y Bruchac, 1988, pp. 67-71)

"8. Impulsar el estudio de la sostenibilidad ecológica y promover el intercambio abierto del conocimiento que se adquiera, así como su extensa aplicación."

Hace mucho tiempo, Gluscabi vivía con su abuela, la Marmota, en una pequeña cabaña junto al agua grande. Un día, Gluscabi estaba dando un paseo cuando vio algunos patos en la bahía.

—Quizás ha llegado el momento de ir a cazar patos —dijo.

De modo que tomó su arco y sus flechas y se metió en la canoa. Se adentró remando en la bahía mientras cantaba:

—Ki yo wah ji neh, yo hey ho hey, Ki yo wah ji neh, Ki yo wah ji neh.

Pero se levantó el viento y le dio la vuelta a su canoa, llevándolo de nuevo a la orilla.

Una vez más, Gluscabi se puso a remar, pero esta vez cantaba su canción un poco más fuerte.

—KI YO WAH JI NEH, YO HEY HO HEY, KI YO WAH JI NEH, KI YO WAH JI NEH.

Sin embargo, se levantó de nuevo el viento y le llevó de regreso a la orilla. Cuatro veces intentó llegar a los patos, y cuatro veces fracasó. Ciertamente, no estaba feliz. Volvió a la cabaña de su abuela y entró sin pedir permiso, a pesar de que había un palo cruzado en la puerta, que es la señal que indica que la persona que está dentro no desea que se la moleste.

—Abuela —dijo Gluscabi—, ¿qué es lo que hace que el viento sople?

La Abuela Marmota levantó la mirada de lo que estaba haciendo.

—Gluscabi —contestó—, ¿por qué quieres saberlo?

Y Gluscabi le respondió como suele responder cualquier niño del mundo cuando se le hace tal pregunta:

—Porque sí.

La Abuela Marmota le miró y dijo:

—¡Ay, Gluscabi! Cada vez que haces preguntas como ésa tengo la sensación de que nos vamos a meter en problemas. Y quizás no debería decírtelo. Pero sé que eres muy terco y que no vas a parar hasta que te lo diga. De modo que te lo diré. Muy lejos de aquí, en la cima de la montaña más alta, hay un ave muy grande. Ese pájaro se llama Wuchowsen, y cuando mueve sus alas hace que sople el viento.

—¡Eh-hey, Abuela! —exclamó Gluscabi— Entiendo. ¿Y cómo puede uno encontrar ese lugar en el cual se encuentra el Águila del Viento?

De nuevo, la Abuela Marmota miró a Gluscabi.

—¡Ay, Gluscabi! Una vez más siento que quizás no debería decírtelo. Pero sé que eres muy terco y que no dejarás de preguntar. De modo que te lo diré. Si caminas en todo momento de cara al viento, llegarás finalmente adonde se encuentra Wuchowsen.

—Gracias, Abuela —dijo Gluscabi.

Y, sin mediar más palabras, salió de la cabaña, se puso de cara al viento y comenzó a caminar.

Recorrió campos y bosques, y el viento sopló con fuerza. Atravesó valles y ascendió colinas, y el viento sopló aún con más fuerza. Llegó a las estribaciones de las montañas y comenzó a ascender, y el viento sopló todavía con más fuerza. Llegó a las montañas, y el viento se hizo muy fuerte. Al cabo de poco tiempo, ya no había árboles en el paisaje, y el

viento era muy, muy fuerte. El viento era tan fuerte que le quitó los mocasines a Gluscabi. Pero era muy terco y siguió caminando, inclinando el cuerpo contra el viento. Ahora el viento era tan fuerte que le arrancó la camisa, pero siguió caminando. Ahora el viento era tan fuerte que le despojó de toda la ropa y se quedó desnudo, pero siguió caminando. Ahora el viento era tan fuerte que le despojó del cabello, pero Gluscabi siguió caminando de cara al viento. El viento era tan fuerte que le quitó las cejas, pero a pesar de todo siguió caminando. Ahora el viento era tan fuerte que apenas podía caminar, y tenía que impulsarse agarrándose a las rocas. Y, entonces, allí, en la cumbre de la montaña, vio un gran pájaro que movía sus alas lentamente. Era Wuchowsen, el Águila del Viento.



Gluscabi inspiró aire profundamente antes de gritar:

—¡ABUELO!

El Águila del Viento detuvo sus alas y miró a su alrededor.

—¿Quién me ha llamado Abuelo? —preguntó.

Gluscabi se puso en pie y dijo:

—He sido yo, Abuelo. Sólo he subido aquí para decirte que haces un buen trabajo haciendo soplar al viento.

El Águila del Viento hinchó el pecho con orgullo.

—¿Te refieres a esto? —dijo, y movió sus alas aún con más fuerza.

El viento se hizo tan fuerte que levantó en el aire a Gluscabi, y habría salido volando de la montaña de no ser porque se agarró a una roca de nuevo.

—¡¡¡ABUELOOOO!!! —gritó de nuevo Gluscabi.

El Águila del Viento detuvo sus alas.

—¿Síííí? —dijo.

Gluscabi se puso de pie y se acercó a Wuchowsen.

—Haces muy buen trabajo haciendo soplar al viento, Abuelo. Así es. Pero yo creo que podrías hacerlo aún mejor si te pusieras en aquella otra cima.

El Águila del Viento miró en la dirección que le indicaba Gluscabi.

—Quizás —dijo—, ¿pero cómo voy a ir desde aquí hasta allí?

Gluscabi sonrió.

—Abuelo —dijo—, yo te llevaré. Espera aquí.

Y Gluscabi bajó por la ladera hasta que encontró un tilo enorme, extrajo unas tiras largas de su corteza exterior y, con la segunda capa de la corteza, trenzó una fuerte banda porteadora. Con todo ello volvió a subir a la cima.

—Ya estoy aquí, Abuelo —dijo—. Deja que te ponga esto alrededor para que pueda llevarte mejor.

Envolvió a Wuchowsen con la banda porteadora, pero apretó tan fuerte que le quedaron las alas pegadas al cuerpo y casi no podía respirar.

—Ahora, Abuelo —dijo Gluscabi mientras se echaba a la espalda al Águila del Viento—, te llevaré a un sitio mejor.

Comenzó a caminar hacia la otra cima pero, mientras avanzaba, llegó a un lugar donde había una grieta grande; y, mientras saltaba sobre la grieta, soltó la banda porteadora y el Águila del Viento se deslizó en el interior de la grieta, cabeza abajo, y se quedó atascada.

—Ahora —dijo Gluscabi—, ya es hora de ir a cazar algunos patos.

Descendió de la montaña y no había ni la más mínima pizca de viento. Esperó hasta llegar a la línea donde comenzaban los árboles y seguía sin soplar el viento. Bajo por las estribaciones de las montañas, y luego hasta las colinas y los valles, y seguía sin soplar el viento. Atravesó los bosques y los campos, y el viento seguía sin soplar. Caminó y caminó

hasta que llegó de nuevo a la cabaña junto al agua. Para entonces, el cabello ya le había vuelto a crecer. Se puso ropa nueva y se calzó un par de mocasines nuevos y, tomando su arco y sus flechas, se fue a la bahía y se subió en su canoa dispuesto a cazar patos. Se adentró en la bahía remando y cantando su canción:

—Ki yo wah ji neh, yo hey ho hey, Ki yo wah ji neh, Ki yo wah ji neh.

Pero el aire era muy cálido y estaba muy quieto, de modo que empezó a sudar. El aire era tan cálido y estaba tan quieto que le resultaba difícil respirar. Poco después, vio que el agua se estaba ensuciando y que empezaba a oler mal, había mucha espuma en el agua y casi no podía remar. Aquello no le gustaba nada, de modo que volvió a la orilla y se fue directo a la cabaña de la abuela.

—Abuela —dijo—, ¿qué es lo que está pasando? El aire está muy caliente y muy quieto, y me hace sudar y me resulta difícil hasta respirar. El agua está sucia y cubierta de espuma. No puedo cazar patos así.

La Abuela Marmota se quedó mirando a Gluscabi.

—Gluscabi —dijo la abuela—, ¿qué has hecho ahora?

Y Gluscabi respondió como todos los niños del mundo responden cuando se les hace esa pregunta:

—¿Yo? ¡Nada!

—¡Gluscabi —insistió la Abuela Marmota—, dime qué has hecho!

Entonces él le contó que había ido a ver al Águila del Viento, y le contó lo que había hecho para que dejara de mover las alas.

—¡Oh, Gluscabi! ¿Es que no vas a aprender nunca? —le regañó la abuela— Tabaldak, el Dueño, puso a Wuchowsen en la montaña para hacer el viento porque necesitamos del viento. El viento mantiene el aire limpio y fresco. El viento trae las nubes que nos dan la lluvia con la cual se limpia la tierra. El viento mueve las aguas y las mantiene frescas y dulces. Sin el viento, la vida no sería agradable, ni para nosotros, ni para nuestros hijos ni para los hijos de nuestros hijos.

Gluscabi asintió con la cabeza.

—Kaamoji, Abuela —dijo—. Lo comprendo.

Entonces salió de la cabaña, se orientó en la dirección de la que venía el viento antes y comenzó a caminar. Recorrió los campos y los bosques, y el viento no soplaba, y tenía mucho calor. Atravesó los valles y ascendió a las colinas, y seguía sin haber viento, y le costaba mucho respirar. Llegó a las estribaciones de las montañas y comenzó a ascender, y

tenía mucho calor y sudaba profusamente. Al final llegó a la montaña donde estaba el Águila del Viento y se fue a buscarlo a la grieta. Allí estaba Wuchowsen, el Águila del Viento, encajado cabeza abajo.

—¿Tío? —le llamó Gluscabi.

El Águila del Viento miró hacia arriba como pudo.

—¿Quién me llama Tío? —preguntó.

—Soy Gluscabi, Tío. Estoy aquí arriba. Pero, ¿qué estás haciendo ahí abajo?

—¡Oh, Gluscabi! —exclamó el Águila del Viento— Un hombre desnudo y muy feo, y sin cabello, me dijo que me llevaría a la otra cima para que pudiera hacer mejor mi trabajo de hacer soplar el viento. Me ató las alas y cargó conmigo; pero, cuando estaba cruzando esta grieta, me soltó, y aquí estoy atascado. No me siento nada cómodo aquí.

—¡Ah, Abuel... o, Tío, te ayudaré a salir!

Entonces, Gluscabi se introdujo en la grieta y tiró del Águila del Viento hasta que lo liberó; a continuación, lo llevó de nuevo a su montaña y le desató las alas.

—Tío —dijo Gluscabi—, es bueno que el viento sople unas veces, y otras veces es bueno que el viento esté quieto.

El Águila del Viento miró a Gluscabi y asintió con la cabeza.

—Nieto —le dijo—, entiendo lo que quieres decir.

Y así es que a veces hay viento y a veces no, hasta el día de hoy. Y así termina la historia.¹⁴

B8-18. LA DIOSA DEL ARROZ

Java - Indonesia (APCIEU et al., 2010, pp. 35-39)

"8.a. Apoyar la cooperación internacional científica y técnica sobre sostenibilidad, con especial atención a las necesidades de las naciones en desarrollo."

¹⁴ Imagen en este relato: "Totem pole", de Zipnon, licencia CC0, en Pixabay.com.

Hace mucho, mucho tiempo, en la isla de Java, no habían plantas del arroz. Las gentes de la tierra sólo tenían mandioca para alimentarse a diario, pues sólo se permitía cultivar arroz en el cielo. En aquella época, el arroz era el alimento de los dioses.

Pero, en aquellos tiempos, los seres humanos tenían permitido visitar el cielo caminando sobre las nubes; y, del mismo modo, los dioses y las diosas venían con frecuencia a la tierra para charlar con los seres humanos.

Un día, un joven fue al cielo, y sucedió que vio a los dioses comiendo algo que él no había visto en la tierra. El joven no sabía que aquel alimento era el arroz.

Al muchacho se le hizo la boca agua al percibir el fragante aroma del arroz, y deseó con todas sus fuerzas poder probar aquella deliciosa comida.

Así pues, buscó la manera de poder satisfacer su deseo. Fue a ver a Dewi Sri, la Diosa del Arroz, e hizo acopio de coraje para rogarle a Dewi Sri que le permitiera quedarse en el cielo y aprender a cultivar el arroz.

—Dewi Sri, Diosa del Arroz —le dijo—, te ruego que me permitas quedarme durante un tiempo en el cielo. Por favor, deja que ayude a plantar, cosechar y moler el arroz. Aunque sólo consiga un puñado de arroz, yo quiero ayudar. Quiero probar el arroz, aunque sólo sea un poquito.

Dewi Sri, que era una diosa sabia y de buen corazón, accedió.

—¿Sabías que el arroz viene de esta planta? —le preguntó mostrándole una planta del arroz— Puedes trabajar aquí, y aprender a cultivar el arroz.

¡Qué contento se puso el joven cuando la diosa le dio permiso para quedarse en el cielo! Dewi Sri le enseñó a plantar el arroz. Primero, le enseñó a labrar el campo de arroz con una especie de herramienta para revolver el suelo. La llamaba *waluku*.

Después, le enseñó a ablandar el suelo con una rastra llamada *garu*. Y, una vez ablandado el suelo, el joven aprendió a irrigar los campos, a preparar los plantones, plantar



y cosechar. Cuando el arroz maduró, la diosa le mostró cómo tenía que cortar los tallos, utilizando un pequeño cuchillo de siega llamado *ani-ani*.

Dewi Sri también le enseñó a moler el arroz en una especie de almirez llamado *lesung*. Cuando terminó el trabajo, al joven se le dio permiso para probar un puñado de arroz. ¡Estaba delicioso! Tal como había imaginado.

El joven se quedó en el cielo y aprendió muy bien el cultivo del arroz, y pudo disfrutar también de su sabor en otras muchas ocasiones. Pero, la cabo de varios años de duro trabajo como agricultor en el cielo, el muchacho decidió que era hora de volver a la tierra. Añoraba a su familia, a sus parientes y vecinos.

«¡Qué felices serían, si la gente en la Isla de Java pudiera disfrutar del arroz — pensó—. Comiendo arroz, la gente podría estar tan sana y tan fuerte como los dioses.»

El joven fue a ver a Dewi Sri y le pidió permiso para bajar a la tierra a ver a su familia y a sus amigos, a los cuales no había visto en mucho tiempo, y Dewi Sri dio su consentimiento. Pero, al día siguiente, muy temprano, sin que lo supieran los dioses, el joven se escondió varias plantas maduras de arroz, y se las llevó consigo a la tierra.

Al llegar a la tierra, el joven plantó los granos del arroz del modo en que había aprendido en el cielo. El arroz creció con rapidez. Él se esforzó mucho, y las plantas se desarrollaron muy bien. Y, en cuanto tuvo su primera cosecha, les dio granos de arroz a todos sus vecinos, y les mostró cómo había que plantar y cuidar del arroz. Con el tiempo, toda Java se cubrió con plantas de arroz; y, cuando el arroz estaba maduro para la recogida, la isla entera se cubría de un color dorado.

Un día, los dioses bajaron de visita a la tierra, y se quedaron muy sorprendidos cuando vieron las doradas plantas del arroz extendiéndose en todas direcciones. Regresaron apresuradamente al cielo y se lo dijeron a Dewi Sri. Los dioses estaban furiosos. El arroz sólo estaba permitido en el cielo.

Dewi Sri bajó a la tierra. Ella sabía que aquello debía haber ocurrido a causa del joven que había estado ayudando a cultivar el arroz en el cielo. Debía de haber robado las simientes cuando abandonó el cielo.

No tardó en encontrar al joven, mostrándose muy enfadada con él.

—Joven, ¿por qué traicionaste mi confianza? —le preguntó— No deberías haber robado el arroz. Es el alimento de los dioses.

—Perdóname, Dewi Sri —dijo el joven—. Me traje el arroz del cielo sin pedir permiso; pero no lo hice pensando en mí, Dewi Sri, sino pensando en toda la gente de la Isla de Java. Estas gentes sólo tenían mandioca para comer, y sentí pena de mis semejantes y compartí con ellos las semillas del arroz, para que ellos y ellas pudieran probar también tan

delicioso alimento. Sé que te he disgustado, Dewi Sri, y estoy dispuesto a aceptar tu castigo por lo que he hecho.

Pero la cólera de la diosa remitió. El bondadoso joven había intentado hacer algo sincero y noble porque pensaba en los demás.

—Te perdono —le dijo Dewi Sri—. Pero deberás pedir permiso primero siempre, y no llevarte las cosas por medio del hurto. Como castigo por tu acción, ya no permitiré que ningún ser humano vuelva por el cielo, el lugar donde viven los dioses.

»Sin embargo —prosiguió—, Se os permitirá cultivar el arroz. Pero tened en cuenta que la planta del arroz es como una hija para mí. Cuidad de ella, tal como yo te enseñé.

Dewi Sri dio instrucciones muy claras.

—Irrigad el campo de arroz regularmente. Sacad las malas hierbas que crezcan junto a las plantas del arroz. Fertilizad el suelo. Cosechad con cuidado, con el cuchillo *ani-ani*, para no desperdiciar granos o estropearlos. Dejad que los pájaros disfruten también un poco del delicioso arroz. No los matéis, porque los pájaros son los animales que aman los dioses. Si no cumplís con mis órdenes, enviaré calamidades naturales para destruir vuestro trabajo.

Esos fueron los consejos de Dewi Sri. Pero, antes de regresar al cielo, la diosa dijo algo más:

—Con el fin de que las plantas del arroz crezcan mejor, seguid las reglas naturales. Plantad el arroz en el momento oportuno. Yo os daré una señal desde el cielo, arrojando flores de jazmín desde mi cabello. Esas flores se convertirán en las estrellas *waluku* (la constelación de Orión). Ésa será la señal de que ha llegado la estación de la siembra.¹⁵

B8-19. EL ÁRBOL DEL SUEÑO

Tribus karajá y apinajé - Brasil (Murray, 2012)

"8.b. Aceptar y preservar los conocimientos tradicionales y la sabiduría espiritual de todas las culturas que contribuyan a la protección ambiental y al bienestar humano. "

Hubo una vez un niño llamado Uaica que, debido a que era pequeño y enfermizo, era objeto de burlas por parte del resto de niños de la tribu. Desde un principio, su abuelo le protegió;

¹⁵ Imagen en este relato: "Dewi Sri", de Davenbelle, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

pero, cuando su abuelo no estaba, Uaica prefería la soledad y se dedicaba a vagar por la selva.

Los árboles extendían su verde dosel sobre él, descolgando desde sus ramas brillantes enredaderas con flores que impregnaban el aire con dulces aromas. Además, los pájaros cantaban, y eso hacía que Uaica se sintiera feliz y contento con sus amigos animales.

Un día, mientras caminaba por la selva contemplando la hermosa bóveda, llena de hojas, orquídeas, monos y pájaros, tropezó con algo. Cuando miró hacia abajo, se sorprendió al ver a un tapir que parecía... estar dormido. Y justo a su lado, había un perezoso, también dormido. Y un poco más allá, vio aún más animales: monos, un caimán, una familia de jaguares e, incluso, una enorme anaconda; todos profundamente dormidos, a los pies de un enorme árbol.

Aquello era extraño, muy extraño.

Con mucho cuidado, Uaica pasó por encima y esquivó a los animales dormidos para ver más de cerca el árbol. Pero, a medida que se acercaba, se sintió de pronto muuuuy somnoliento. Dio un enorme bostezo y, súbitamente, sintió como si sus piernas fueran de goma, y simplemente se dejó caer al suelo y se quedó profundamente dormido. Y, mientras dormía, tuvo un sueño.

Soñó con animales, algunos de ellos le resultaban familiares, pero otros eran muy extraños. Soñó también con personas, algunas de las cuales eran familiares y amigos; otras, sin embargo, eran extrañas. Estaban todas sentadas en el suelo, cantando. Y, entonces, en su sueño, un anciano se puso en pie y se aproximó a él.

—Soy Sina-a, hijo del Jaguar
—dijo.

El muchacho había oído hablar de aquel Hombre Jaguar que, entre su pueblo, se decía que era un gran maestro. Y cuando Sina-a comenzó a contarle sus historias, el muchacho escuchó. Supo cómo el Hombre Jaguar le había robado el fuego al águila, cómo había creado plantas comestibles a partir de las cenizas de una serpiente muerta, incluso cómo él solo había sido dueño una vez de toda la noche en la tierra en



un tiempo de día eterno.

Cuando Uaica despertó, el sol se había puesto ya, y era casi de noche. Los animales se habían ido y estaba solo. Se fue corriendo a casa con el crepúsculo.

A la mañana siguiente, antes del desayuno, Uaica estaba deseando ya volver a la selva. Encontró de nuevo el enorme árbol y, al igual que el día anterior, le entró un inmenso sopor y se desplomó en un profundo sueño. Ocurrió lo mismo que en el sueño anterior, con todos los animales y los cantos; y, una vez más, el Hombre Jaguar vino hasta él y le contó historias. Como ya ocurriera, Uaica se despertó con el ocaso, regresando a casa cuando ya era demasiado tarde para comer.

Pasaron muchos días de la misma manera. Uaica se iba por la mañana, antes del desayuno, y regresaba muy tarde, después de la cena. No estaba comiendo, y estaba adelgazando de forma preocupante.

En su sueño, Sina-a se dio cuenta de esto y le dijo:

—Muchacho, te estás quedando muy flaco. Te he mostrado muchas cosas de mi mundo, pero ahora tienes que mantenerte alejado; pues, si regresas de nuevo, quizás ya no te vayas.

Y Uaica aceptó el consejo de Sina-a.

De vuelta en la aldea y muerto de hambre, su abuelo le dio algo de comer.

—¿Adónde has estado yendo? —le preguntó el abuelo— Te vas temprano, antes de desayunar, y vuelves a casa cuando ya no queda comida.

Y el muchacho le contó a su abuelo toda la historia; le habló del árbol y de los animales, y de las historias que le contaba el Hombre Jaguar.

Al día siguiente llevó a su abuelo a la selva, al lugar donde se encontraba el enorme árbol.

—Allí, abuelo. Camina hacia el árbol y comenzará tu viaje.

Pero, recordando las palabras del Hombre Jaguar, Uaica se mantuvo a distancia.

Su abuelo no tardó en ponerse a roncar y, no mucho después, los animales se congregaron a su alrededor, todos profundamente dormidos. Uaica se sintió tentado de unirse a su abuelo y a los animales que soñaban bajo el árbol, pero recordó la advertencia del Hombre Jaguar y no se acercó.

Su abuelo no estuvo mucho tiempo durmiendo y, cuando despertó, parecía enfadado.

—No debes contar a nadie lo del árbol del sueño —le dijo el abuelo—. Es muy poderoso y quien duerma bajo él tiene que ser muy fuerte, para controlar su propio poder de la selva, oculto en lo más profundo de su corazón. Si una persona no es lo suficientemente fuerte en su corazón, si no está llena de bondad, utilizará los conocimientos del árbol del sueño en su propio beneficio, y hará mucho daño. Tú eres fuerte de espíritu, Uaica, pero ahora debes comer y ponerte fuerte también de cuerpo. Deberás mantenerte alejado de aquí.

Y así, Uaica le prometió que no volvería.

Cuando regresaron a la aldea, se enteraron de que un chico llamado Xibute se había puesto enfermo. Uaica conocía bien a Xibute, pues era uno de los chicos que más se había metido con él y lo había intimidado. No disponían de ninguna cura para la enfermedad del muchacho, y todo indicaba que iba a morir. Pero, de su tiempo con el Hombre Jaguar, Uaica había recibido el don de la curación; y, cuando posó sus manos sobre Xibute, el chico se curó.

La gente de la aldea no se podía creer que aquel muchacho flacucho, Uaica, pudiera tener poder alguno. Pero, después de aquello, los que se ponían enfermos comenzaron a buscarle y, una y otra vez, Uaica los curaba de sus enfermedades.

Entonces, una noche, mientras dormía, el Hombre Jaguar se le apareció al chico en un sueño, y le dijo:

—Has pasado las grandes pruebas. Te mantuviste lejos del árbol del sueño, tal como yo te había dicho. Y luego te mostraste bondadoso con tu enemigo. Ahora te voy a enseñar más poderes, para que puedas cuidar de tu pueblo, como yo hice en otro tiempo.

Y aquella noche, y todas las noches a partir de entonces, Uaica iba a visitar al Hombre Jaguar en sus sueños, y éste le enseñó muchas más formas curativas secretas y más sabiduría de la que había comenzado a aprender a los pies del árbol.

Su abuelo le construyó una casa especial, un lugar donde dormir y soñar; y juntos plantaron una huerta con plantas curativas. Y Xibute —aquel chico que había sido su enemigo y cuya vida había salvado— se hizo su amigo íntimo y su ayudante, pues no sólo había sanado su cuerpo sino, más importante aún, su corazón se había hecho más profundo y más amplio, como el gran Amazonas en la época lluviosa.

Con el paso del tiempo, Uaica empezó a ver cosas muy hermosas en sus viajes oníricos, cosas que nunca antes había visto; cosas que pensó que serían bonitos regalos para su amigo Xibute y para su abuelo: collares, brazaletes y bandas para la cabeza hermosamente decorados con plumas. En su vida despierta, Uaica elaboraba aquellos hermosos objetos utilizando plumas brillantes y conchas, semillas y huesos, así como pieles

de animales. Se inspiraba en sus sueños, y en ellos encontraba hermosas ideas que nadie en la tribu había visto antes.

Pero, por desgracia, cuando el resto de la tribu vio aquellos tesoros que él hacía, se llenaron de envidia. En vez de preguntarle al creativo joven cómo podían hacer ellos mismos esas cosas, se dijeron, «¡Uaica se cree que es mejor que nosotros!», y comenzaron a tramar la forma de matarlo. Pero, ¿cómo?

Decidieron que esperarían hasta que estuviera comiendo, y se ocultaron cerca de la casa de Uaica. Al atardecer, el joven regresó del río con su abuelo y con un pez que habían pescado para la cena. Los jóvenes esperaron pacientemente mientras Uaica preparaba el pescado y, luego, cuando se sentó a comer con su abuelo, sus enemigos salieron arrastrándose desde los arbustos.

Y, justo cuando uno de ellos estaba a punto de levantar su maza para golpearle, ¡Uaica se puso en pie de repente!

—¡He aprendido muchas cosas en el mundo del sueño! ¡Puedo ver incluso sin darme la vuelta!



Y, de repente, ¡puf!, ¡en un abrir y cerrar de ojos se desvaneció! Él, su abuelo, Xibute, su casa y su huerta, ¡todo desapareció de la vista! Y sus enemigos se quedaron solos en medio de un campo vacío.

Uaica se había llevado a Xibute y a su abuelo y todas sus pertenencias bajo tierra... y luego emergieron de nuevo en otro lugar. Los ancianos de la tribu se desesperaron intentando encontrarle, pues no había nadie que tuviera sus poderes curativos, de modo que enviaron una partida de exploradores para buscarle.

Cuando lo encontraron, muy lejos de allí, le rogaron que volviera a la tribu, y finalmente accedió. Durante un tiempo las cosas fueron bien; pero, no mucho después, sus enemigos estaban maquinando de nuevo la forma de deshacerse de él.

Propusieron hacer un gran banquete en honor de Uaica; pero, una vez más, se trataba de una trampa. Un hombre se agazapó y, justo cuando estaba levantando la maza para golpear a Uaica en la cabeza, éste estaba preparado. Uaica podía ver aunque estuviera de espaldas, y la maza lo que hizo fue abrir una grieta en una roca grande que había en el suelo. ¡Y por aquella grieta se metieron Uaica, su abuelo, Xibute y todas sus pertenencias! Desaparecieron por la grieta abierta en la roca. Pero esta vez les llegó la voz de Uaica por última vez, resonando como un trueno desde lo profundo de la tierra:

—¡Esta vez no volveremos, pues no habéis apreciado lo que os he dado!

Y desaparecieron para siempre.

Existen muchas historias entre el pueblo jurana acerca del gran chamán Uaica, el que tenía ojos en la nuca, y algunos dicen que, hasta el día de hoy, Uaica sueña en el interior de la roca, donde el Hombre Jaguar le sigue contando historias y sigue aprendiendo la sabiduría curativa. Y dicen que, a veces, envía estas enseñanzas de vuelta a aquellas personas de corazón bondadoso.

También nosotros podemos aprender de él en nuestros sueños, si tenemos un corazón bondadoso y pedimos que se nos dé la sabiduría curativa, para usarla en beneficio de todos.¹⁶

¹⁶ Imágenes de este relato: "Yagua tribeman", de Louisa Salazar, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons; y "Ninawa da Mata and Txana Ikakuru", de_Simbax Video, licencia CC BY, en YouTube.

Anexo 4

Relatos de la muestra:

Sección III de la Carta de la Tierra

Principio 9

C9-01. DE CÓMO EL ZORRO SALVÓ A LA GENTE

Inuit Eskimo (First People, 2012b)

"9. Erradicar la pobreza como un imperativo ético, social y ambiental." |

Hace mucho tiempo, en un campamento cercano al Gran Lago de los Esclavos,¹ desaparecieron los caribús y la gente ya no tuvo nada que cazar. Pasaron los días y las familias se encontraron de pronto sin alimentos. Todos estaban hambrientos y débiles.

Entre tanto, todos los días, un cuervo venía a visitar el campamento. Deambulaba de tienda en tienda, observando a la gente hambrienta. Y cada vez que llegaba al campamento

¹ Lago situado en el norte de Canadá, en la cuenca del río Mackenzie.

se le veía feliz. La gente estaba desconcertada, preguntándose por qué el cuervo parecía tan feliz.

—Cuervo, ¿acaso te sobra la comida? —le preguntaba la gente— Se te ve muy feliz.

—Yo estoy teniendo los mismos problemas que vosotros —respondía el cuervo, pensando en todo el alimento que tendría cuando la gente muriera de hambre.

Pero la gente quería saber por qué el cuervo parecía siempre tan feliz, de modo que decidieron seguirle para ver adónde iba. Sus huellas les llevaron hasta el bosque. Siguieron el rastro hasta que, de repente, perdieron las huellas. Los hombres miraron por todas partes, buscando cualquier señal del cuervo. Y, de pronto, descubrieron un carcaj colgado de la rama de un árbol, y dentro del carcaj encontraron algunos trozos de manteca helada.

—No es de extrañar que el cuervo estuviera tan feliz. Tiene un montón de comida. Nos ha mentado. Probablemente haya más comida por aquí cerca —se dijo la gente, pensando que debía de haber un rebaño de caribús en las cercanías.



Mientras la gente hablaba, un hombre llamado Hace-Hueso dijo que él seguiría al cuervo la próxima vez que partiera del campamento. Así pues, todos volvieron a casa, a la espera de que el cuervo volviera a aparecer. El cuervo visitó el campamento de nuevo al día siguiente, sin saber que la gente tenía un plan. Como de costumbre, entró en cada una de las tiendas buscando posible alimento.

Finalmente, decidió marcharse. Para entonces, Hace-Hueso ya había trepado a una antigua píceas para vigilar desde la altura al cuervo. Cuando el cuervo salió volando, Hace-Hueso intentó seguirlo con los ojos, pero empezó a perderlo de vista; de modo que, para no perder su rumbo, se frotó la frente con cenizas. Eso le ayudaría a ver mejor.

—Puedo verlo —gritó Hace-Hueso—. Está descendiendo cerca de una colina. ¡Vayamos allí!

Todo el mundo se puso en marcha a través del bosque para encontrar al cuervo. Fue una larga caminata, y todos comenzaron a sentirse cansados. Por fin, llegaron a la colina donde Hace-Hueso había visto por última vez al cuervo. Al principio no vieron señal alguna

del pájaro; pero, de pronto, descubrieron una gran cabaña de madera de píceas en las cercanías. Rápidamente, la gente rodeó la cabaña. Un lobo, que dio en aparecer por allí en aquel momento, se ofreció para entrar a la cabaña y ver lo que había dentro.

En el interior encontró un fardo de comida colgada de un soporte de palos sobre el fuego. El lobo agarró el pesado fardo y se lo llevó a la gente. Todo el mundo se sintió muy feliz de tener algo que comer. Sin embargo, decidieron encontrar al cuervo, para poder tener algo más que comer llegada la noche.

—¿Quién va a entrar en la cabaña para espiar al cuervo? —se preguntaron.

Y, esta vez, fue un zorro quien se ofreció a ayudarles.

Antes de entrar, le dijo a la gente que pusieran a todos los niños en un soporte de palos, donde pudieran estar a buen resguardo; y después dio instrucciones para que todos se mantuvieran en las cercanías.

—Tened preparadas las lanzas —les dijo.

Y, cuando la gente estuvo preparada, el zorro entró en la cabaña.

Una vez dentro, el zorro removi6 el fuego con su espesa cola. Con esto se levant6 mucho humo, y el zorro sali6 r6pidamente al exterior con un rastro de humo tras de s6. Todo el mundo esper6 pacientemente.

Poco despu6s, se escuch6 un gran ruido, un ruido atronador. Y, de repente, un gran rebaño de carib6s sali6 de estampida del interior de la cabaña. Los cazadores arrojaron sus lanzas a medida que los carib6s iban pasando ante ellos. Y, cuando la mayor parte de los carib6s hubieron ca6do muertos, la gente se percat6 de que hab6a un par de alas retorcidas y un mont6n de plumas en el suelo. Una anciana se puso a sollozar al verlo.

—¿D6nde est6 el cuervo? ¡Necesitamos al sabio cuervo! —dec6a entre l6grimas.

La mujer recog6 los trozos de hueso y las plumas y las puso a su lado cuando se fue a dormir aquella noche. A la mañana siguiente, descubri6 que el cuervo no estaba muerto.

El cuervo se mostr6 arrepentido por haberse guardado para s6 los carib6s. Sab6a que el zorro hab6a sido m6s listo que 6l, y que hab6a salvado a la gente de morir de hambre.²

² Imagen en este relato: "Inuit man", de Georgia, licencia CC BY-NC-ND, en Flickr.com.

C9-02. EL REGALO DE KÜ

Islas de Hawai'i (Loebel-Fried, 2012)

"9.b. Facilitar a todos los seres humanos el acceso a la educación y a los recursos que aseguren un modo de vida sostenible, y proporcionar seguridad social y redes de apoyo a quienes no puedan mantenerse por sí mismos."

Cuando el gran dios Kü vino a la isla de Hawai'i hubo mucha conmoción en los cielos para celebrar su llegada. El aire se llenó de relámpagos, mientras los rayos restallaban en mitad de los truenos. La gente sabía que algo inusual estaba ocurriendo; pero, cuando el dios entró caminando en la aldea, nadie reconoció a Kü como un dios.

Kü vivió entre la gente como un simple sembrador. Con sus fuertes manos, movía grandes montículos de tierra sin esfuerzo; y, con su palo de cavar, él solo hacía el trabajo de veinte hombres. Su cuerpo, muy musculado y de tez morena, atraía la atención de muchas mujeres en la aldea. Así pues, Kü conoció a una joven y se enamoraron; decidieron convertirse en hombre y mujer y formar una familia.

Pasaron los años y llegó un día en que la zona se vio sacudida por una terrible hambruna. Todas las personas en la aldea se sentían desdichadas, débiles y desesperanzadas, y Kü y su esposa no lo pasaban mejor, viendo cómo sus hijos se iban apagando poco a poco a causa del hambre. ¿Qué podían hacer?

Kü le dijo a su mujer que él podía ayudar, pero que, para eso, tendría que irse a un lugar lejano. Ella le miró a los ojos y vio en ellos una profunda compasión, sintió el pesar de su corazón, un dolor que nunca antes había visto. Luego, se dio la vuelta para mirar a sus hijos, exhaustos y lánguidos, y al resto de parientes de su amplia familia, con los hombros caídos en la desesperación. La mujer contempló también las estériles tierras que les rodeaban. Y, de este modo, con un profundo pesar, le dijo a su marido:

—Kü, juré que te amaría ocurriese lo que ocurriese. Siempre te amaré, pero creo que tienes razón y que debo dejarte marchar.

Toda la familia vio a Kü erguirse en toda su esbeltez, con los pies firmemente asentados en el suelo; y todos presenciaron cómo, poco a poco, comenzó a hundirse en el suelo, como si la tierra se lo estuviese tragando. Poco después, lo único que se veía de él era la parte superior de su cabeza, mientras su mujer regaba el suelo a su alrededor con sus propias lágrimas. Toda la familia estuvo velando junto al lugar en el que Kü se había sumergido en la tierra, todos sentados alrededor, durante toda la noche, observando y esperando.

Pero, con las primeras luces del alba, se dieron cuenta de que había habido un ligero cambio en la tierra, allí donde Kü se había sumergido. Un minúsculo brote verde apareció de pronto en el mismo lugar en el que Kü había estado. La familia observó sorprendida cómo la planta crecía con rapidez delante de sus ojos, sacando ramas y más ramas, como si



pretendiera alcanzar todas y cada una de las estrellas. Miles de hojas verdes brillantes se abrieron; y, poco después, aquel magnífico árbol estaba cubierto de cientos de *'ulu*, el nutritivo fruto del pan, balanceándose graciosamente en las fuertes ramas.

Un labrador que estaba recorriendo cabizbajo un campo cercano se dio cuenta de pronto de la aparición del

árbol del pan en la distancia. Dio un grito y echó a correr gritando:

—¡Eh, mirad todos! ¡Mirad el campo! ¡Venid a ver un árbol enorme que ha crecido de la noche a la mañana!

Y la gente se apresuró a ver aquel prodigio. Se encontraron a la esposa de Kü sentada bajo el árbol *'ulu*, con sus hijos alrededor, y todos formaron un gran círculo alrededor de la familia. En ese momento, la esposa de Kü escuchó la voz de su marido en la cabeza, y cerró los ojos para escucharlo mejor.

—Esposa mía... —dijo Kü— mi cuerpo es el tronco de este árbol, y mis brazos son las ramas. Mis manos son las hojas, y mi cabeza es la fruta. El corazón en el interior de cada fruta alberga la memoria de mis palabras. Asad bien la fruta, quitadle la piel, y luego tú y nuestros hijos podréis comer...

Y la mujer siguió sus instrucciones.

Pero, cuando la gente de la aldea comenzó a arrancar *'ulu* de las ramas, el árbol se sumergió de repente en el suelo con un «suuush». Sólo cuando bajaron los brazos extendidos, el árbol volvió a salir y recuperó su tamaño. Un murmullo se escuchó entre la gente, pero todos guardaron silencio cuando vieron que Kü le hablaba de nuevo a su mujer.

—Desenterrad con cuidado los nuevos brotes que surjan alrededor de mi tronco —le oyó decir a su marido—, y compartidlos con nuestros *'ohana* y con nuestra familia amplia, y con nuestros amigos.

Y así lo hizo ella.

La gente plantó los brotes por toda la región, que crecieron tan rápido como había crecido el primer árbol, hasta cubrir el cielo con sus brillantes hojas y con frutas rollizas y maduras. Los nuevos brotes de estos árboles se repartieron con otros amigos y parientes, así como con las gentes de las aldeas vecinas. Los árboles del pan florecieron y pronto se difundieron por toda la isla, y todo el mundo tuvo *'ulu* para comer.

La gente supo entonces que Kü era un dios, y desde entonces siempre le dieron las gracias. Nunca volverían a olvidar el entonar las plegarias apropiadas, ni hacer las ofrendas adecuadas a todos los dioses y los antepasados.

Siempre recordarían mostrar su agradecimiento por las riquezas compartidas de la tierra. Ése fue el regalo de Kü.³

C9-03. EL SEÑOR DE LAS GRULLAS

China (Chen, 2000)

"9.c. Ofrecer ayuda a los ignorados, proteger a los vulnerables, servir a aquellos que sufren y posibilitarles a todos ellos el desarrollo de sus capacidades y el logro de sus aspiraciones."

Hay lugares en China donde las montañas llegan a las nubes, y en lo alto de una de aquellas montañas vivía un sabio anciano llamado Tian, que significa «cielo». Allí, entre las nubes, vivían también las amigas de Tian, las grullas. Éstas le contaban a Tian las maravillas que contemplaban en sus vuelos, y él cuidaba de ellas y las alimentaba; en verdad, hubiera hecho cualquier cosa por ellas. Por este motivo llamaban a Tian el Señor de las Grullas.

Un día, Tian decidió bajar a la ciudad para ver si la gente seguía siendo amable y generosa; de modo que se subió a lomos de una grulla y descendió atravesando las nubes.

Ya en la ciudad, Tian se encontró con un mendigo.

—¿Estaríais dispuesto a intercambiar vuestra ropa conmigo? —le preguntó Tian.

³ Imagen en este relato: "Breadfruit", de Malcolm Manners, licencia CC BY, en Flickr.com.

—¡Oh, no, señor! —respondió el mendigo sorprendido— ¿Por qué ibais a darme vuestros esplendidos ropajes a cambio de mis viejos andrajos?

—He venido a poner a prueba a la gente —dijo Tian—. Nadie debe reconocerme.

El mendigo comprendió entonces que Tian no era un hombre ordinario, y agradecido aceptó intercambiar con él sus ropas. Tian le dio su bendición al mendigo y prosiguió su camino.

Día tras día, Tian estuvo mendigando por las calles de la hermosa ciudad. Pasaron muchas personas ricas por delante de él, pero ninguna de ellas pareció siquiera advertir su presencia. Ni una sola persona dejó caer una moneda en el cuenco del anciano.

Una noche, Tian llegó cansado y hambriento a una pequeña posada. Wang, el dueño de la posada, le dio la bienvenida.

—¿Qué puedo hacer por vos?

—¿Podrías darme algo para comer y beber? —preguntó Tian, y añadió— Lo siento mucho, pero no tengo dinero para pagaros.

Wang sonrió con afecto e hizo un gesto con la mano como diciéndole que no hacía falta que se disculpara.

—Entrad, sentaos y descansad —respondió el posadero.

Wang le llevó al anciano un cuenco de sopa caliente, arroz, té y un plato de carne crujiente. El corazón de Tian estaba tan lleno como su estómago cuando se fue de la posada aquella noche.

Al atardecer del día siguiente, Tian estaba de nuevo ante la puerta de Wang.

—Por favor, señor, ¿podrías darme un poquito de vino de arroz y un bocado de Joatze para comer? —preguntó.

—Con mucho gusto —respondió Wang—, y no os preocupéis por el precio.

Tian comió y bebió, y le expresó su agradecimiento con sonrisas.

A partir de aquel día, Tian aparecía todas las tardes en la posada de Wang, donde siempre era bien recibido. Pasaron los meses así y, un día, Tian le dijo a Wang:

—Me siento profundamente en deuda con vos. ¡Habéis sido tan bueno conmigo! Encontraré el modo de recompensaros por ello.

Wang se sorprendió con las palabras de Tian.

—No tenéis por qué recompensarme —le dijo—. Lo que os he dado, os lo he dado encantado. Soy feliz cuando puedo ayudar a alguien.

Tian sonrió.

—No obstante, me gustaría recompensaros. Claro está que no tengo dinero, pero puedo daros otra cosa...

Tian descolgó la calabaza que llevaba en su bordón que, aunque pudiera parecer un recipiente para el agua, él lo utilizó como un fino pincel de cerdas para pintar un cuadro de tres grullas en una de las paredes de la posada. Wang no daba crédito a sus ojos.

—¡Es maravilloso! —exclamó— ¡Divino!

—Pero, esperad, pues la cosa puede mejorar —dijo Tian con una sonrisa.

Entonces, Tian se puso a cantar y dar palmas... ¡y las grullas comenzaron a moverse! De una en una, aletearon y salieron de la pared para ponerse a bailar al ritmo de la canción de Tian.

Wang estaba con la boca abierta de incredulidad.

—Así, vuestros clientes estarán contentos —dijo Tian—. Cuando ellos se pongan a cantar y a dar palmas, las grullas danzarán.

Tian comenzó a andar hacia la puerta cuando Wang, recuperándose de la sorpresa, le llamó:

—¡Esperad! ¿Quién sois, buen señor?

Pero Tian hizo simplemente un gesto con la mano para decirle que aquello no tenía importancia, y desapareció.

Poco después, todo el mundo en la ciudad hablaba de las maravillosas grullas



danzantes de la Posada de Wang. Cada vez más personas acudían allí a diario para maravillarse ante las hermosas aves. Al cabo de no mucho tiempo, Wang era uno de los hombres más ricos de la ciudad, pero siempre guardaba un asiento libre y un cuenco de sopa listo para cualquier persona que estuviera pasando necesidades.

Un día, Tian regresó. Wang salió corriendo a recibirle, lo sentó en la mejor de sus mesas y le llevó una deliciosa comida.

—Por favor, decidme quién sois —le rogó.

Pero Tian no respondió. Sin embargo, sacó una flauta de su zurrón, se la llevó a los labios y tocó una melodía; una melodía tan tierna y hermosa que a Wang se le anegaron los ojos en lágrimas.

—Ha sido una melodía celestial —susurró Wang—. Os agradezco que me hayáis permitido escucharla. Vos me habéis hecho rico, y me habéis hecho un hombre feliz. ¿Cómo podría recompensaros por ello?

—Enseñad a los demás a ser tan amables y generosos con los pobres como lo habéis sido vos conmigo —dijo Tian—. Ése es mi único deseo.

Entonces, Tian se volvió a llevar la flauta a los labios e interpretó la melodía celestial una vez más, y las tres grullas salieron de la pared y se postraron ante él. Tian las acarició y dijo:

—Os doy las gracias por vuestra ayuda, amigas mías. Ahora, nos vamos a casa.

E, inclinándose ante Wang, añadió:

—Adiós, buen señor.

Y Tian partió volando a lomos de las grullas, dejando atrás la ciudad y elevándose hacia las nubes; y, de pronto, una gran bandada de grullas apareció para acompañarle. Emocionado, Wang siguió mirando al cielo hasta mucho después de que Tian y las grullas hubiesen desaparecido.

Al final había sabido quién era aquel extraño mendigo. Profundamente impresionado, Wang entró de nuevo en la posada.

Durante el resto de su vida, Wang intentó cumplir con el deseo del Señor de las Grullas, contándole a todo aquél y aquélla que estuviera dispuesta a escuchar su milagroso encuentro con el mendigo disfrazado, instándoles a compartir generosamente con aquellas otras personas menos afortunadas.⁴

⁴ Imagen en este relato: "Pine, plum and cranes", obra de Shen Quan, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

Principio 10

C10-04. LA ERA

Palestina (Raheb y Strickert, 1998, p. 110)

"10. Asegurar que las actividades e instituciones económicas, a todo nivel, promuevan el desarrollo humano de forma equitativa y sostenible.

10.a. Promover la distribución equitativa de la riqueza dentro de las naciones y entre ellas.

Hubo una vez dos hermanos que se trataban con mucho afecto. Siempre trabajaban juntos en los campos y, durante la época de la trilla, amontonaban el grano en dos pilas iguales. Después, dormían juntos en la era para proteger su cosecha.

Durante una de aquellas noches, uno de los hermanos se despertó y pensó para sí, «No es justo que yo me quede con la misma cantidad de grano que mi hermano. Él tiene familia y tiene muchos más gastos». De modo que se levantó y traspasó siete medidas de grano desde su pila hasta la pila de su hermano, y luego se volvió a acostar.

Poco después, su hermano se despertó y pensó para sí, «No es justo que yo me quede con la misma cantidad de grano que mi hermano. Él está solo, y no disfruta de las alegrías de las que yo disfruto». De manera que se levantó y traspasó siete medidas de grano desde su pila hasta la de su hermano.

Cuando llegó la mañana y se despertaron, se sorprendieron al ver que las dos pilas de grano seguían igual que cuando se fueron a dormir. Y Dios, viendo la generosidad de sus corazones, declaró aquella era una era sagrada hasta el final de los tiempos.

Según la leyenda, esta era está ubicada en la esquina sudoriental de la ciudad vieja de Jerusalén, cerca de lo que es ahora la Iglesia de la Dormición.

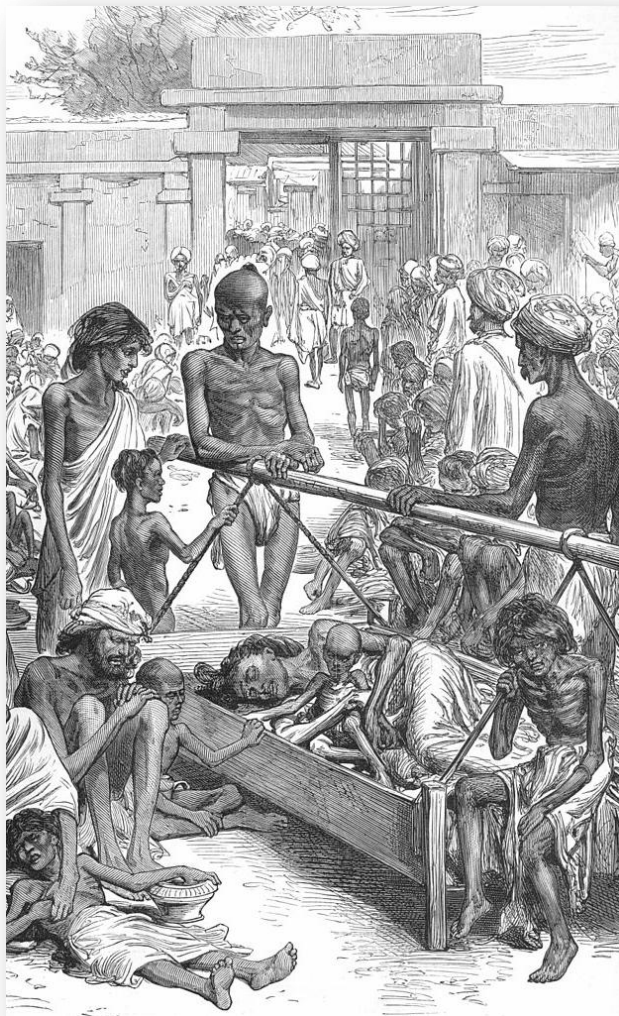
C10-05. EL CUENCO DE SUPRIYA

Budismo indio (Sapp, 2006, pp. 29-30)

En tiempos difíciles, los espíritus de algunas personas pasan tanta hambre como los cuerpos de otras, y eso mismo ocurrió en cierta ocasión, en tiempos de Buda, cuando una

hambruna azotó la región. La escasez de lluvia y el calor del sol agostaron las cosechas en los campos, y por todas partes se oían lamentos de hambre y de pesar.

En medio de tanta desdicha, hubo personas que se hicieron codiciosas y egoístas, al punto que los seguidores de Buda llegaban hasta él contando relatos tristes y vergonzosos.



—Un mercader del pueblo ha apuñalado a otro —dijo uno—, y todo por una bolsa de grano.

—Yo he oído decir que una mujer tuvo que vender su última cabra para poder comprar harina —comentaba otro—, y cuando regresaba a casa fue atacada por unos ladrones que le robaron la harina.

—Lo más triste de todo, señor Buda —dijo un tercero— son las historias de niños que mueren de hambre en la zona pobre de la ciudad, debido a que los ricos han acaparado todas las reservas de grano, leche y azúcar.

—Convocad a toda la gente —dijo Buda—. A ver qué podemos hacer para ayudar.

Los seguidores de Buda organizaron una gran concentración, a la que acudieron cientos de personas. Por respeto al Buda, ricos y pobres,

saciados y hambrientos llegaron para escuchar sus palabras.

—Ciudadanos y ciudadanas de esta justa tierra —dijo Buda—, sin duda hay suficiente comida en los almacenes de aquellos de vosotros que sois ricos como para dar de comer a todo el mundo. Si los ricos comparten lo que tienen en época de escasez, todos sobreviviréis y podréis disfrutar de los beneficios de la próxima buena cosecha.

Los pobres y los hambrientos contemplaron esperanzados las palabras de Buda, pero los ricos refunfuñaron.

—Mi granero está vacío —mintió uno de ellos.

—Los pobres son unos perezosos. Que trabajen para mí, y tendrán dinero para comprar comida —dijo otro.

—Hay demasiados pobres —dijo un tercero—. Que se vayan a otra parte.

Buda suspiró cuando vio la dureza de corazón de aquellas gentes.

—¿Acaso no hay nadie aquí —preguntó finalmente— que asuma la responsabilidad de ayudar a dar de comer a los pobres y a los que no tienen hogar en estos tiempos difíciles?

Se hizo el silencio.

Pero, entonces, se escuchó un vocecilla:

—Yo lo haré, señor Buda.

De entre la multitud emergió una niña de no más de 6 o 7 años. Era hija de un mercader, e iba vestida de seda fina, con una guirnalda de flores en el cabello.

—Mi nombre es Supriya —dijo la niña—, y tengo un cuenco que puedo llenar de comida para los hambrientos. ¿Cuándo puedo empezar?

Buda sonrió.

—Pequeña —dijo—, tu corazón está lleno de amor pero, ¿cómo vas a conseguirlo tú sola?

—No lo haré sola, señor Buda —respondió Supriya— sino con tu ayuda. Yo llevaré el cuenco de casa en casa y pediré comida para los pobres. Nadie me lo negará. Lo sé.

Viendo a la niña, que exhibía un gesto serio y un hermoso brillo en los ojos, hasta los más egoístas entre los presentes se avergonzó de sí mismo.

—Yo tengo un poco de grano en mi almacén —masculló uno.

—Yo tengo algo de mango encurtido de la cosecha del verano —dijo otro.

—Mi padre fue pobre en otro tiempo. Me avergüenzo de haberlo olvidado —balbuceó un tercero.

Durante muchos días a partir de entonces, Supriya tomó su cuenco y fue pasando a diario de casa en casa en la zona rica de la ciudad. Allá donde iba, poco a poco, el cuenco se iba llenando.

Unas veces era una anciana la que se lo llenaba de arroz; otras veces eran los niños los que le entregaban sus dulces del día; y, frecuentemente, otros niños se unían a Supriya con sus cuencos y la ayudaban a llevar la comida a aquellas personas que pasaban necesidades.

Y se dice que, en ocasiones, cuando Supriya estaba cansada de caminar, se ponía a descansar a la sombra del baniano y, cuando despertaba, se encontraba con que el cuenco se había llenado de manera mágica.

—Ahora —dijo Supriya—, los hambrientos comerán, y las personas de esta ciudad cuidarán unas de otras.

Y así fue.⁵

C10-06. LA HISTORIA DE LAS DOS ANCIANAS

Bangladesh (Choudhury y Chandra, 1976, pp. 55-56)

"10.b. Intensificar los recursos intelectuales, financieros, técnicos y sociales de las naciones en desarrollo y liberarlas de onerosas deudas internacionales."

En Bangladesh, casi todas las personas de las aldeas conoce el cuento de la Tetan Buri (la mujer lista) y la Boka Buri (la mujer tonta), dos ancianas que compartían sus pertenencias. Una de ellas era muy astuta e inteligente, en tanto que la otra era muy ingenua y crédula. Ambas compartían en común un mantón (*kantha*), una vaca y un pequeño pedazo de tierra.

La anciana Tetan sugirió que ella podría utilizar el mantón por la noche, en tanto que la anciana Boka lo utilizaría durante el día, y la anciana Boka aceptó el acuerdo. El resultado fue que, durante la noche, la anciana ingenua tiritaba de frío, mientras la anciana astuta dormía caliente.

En lo relativo a la vaca, la astuta sugirió que la parte delantera de la vaca le perteneciera a la anciana ingenua, en tanto que a ella le correspondiera la parte trasera. La anciana ingenua también aceptó, y el resultado fue que, mientras la ingenua tenía que dar de comer y de beber a la vaca, la anciana astuta se quedaba con toda la leche.

Cuando en el pequeño terreno que ambas compartían había sembrado arroz o caña de azúcar, el acuerdo estipulaba que la anciana astuta se quedaría con la parte de arriba del suelo, mientras que la parte de las plantas enterradas serían para la mujer ingenua. Y ésta aceptó también, de modo que el arroz o el maíz se los quedaba la anciana astuta, mientras que la ingenua se quedaba con la inútiles raíces, que tenía que arrancar y quemar para poder plantar otras cosas.

⁵ Imagen en este relato: "The Famine in India: Natives Waiting for Relief at Bangalore", licencia CC0, en Wikimedia Commons.

La mujer ingenua estaba literalmente pasando hambre, por lo que solía mendigar comida entre sus vecinos. Un día fue a pedir comida al barbero de otra aldea.

El barbero (todos los barberos son muy listos) le preguntó por qué estaba mendigando, cuando tenía un trozo de tierra y una vaca junto con la otra anciana, y la anciana ingenua le contó su historia. El barbero sonrió y le dijo a la mujer que empapara en agua el mantón antes de entregárselo a la anciana astuta por la noche, y que no le diera de comer a la vaca; es más, le aconsejó que le gritara a la vaca. También le aconsejó que arrancara los cultivos y se quedara con las raíces cuando las plantas aún fueran jóvenes y sus frutos no hubiesen madurado.

El consejo del barbero dio resultado. La anciana astuta tiritaba también por las noches, la vaca empezó a cocearla cuando intentaba sacarle leche y las cosechas no llegaban a su término y la astuta también empezó a pasar hambre. La mujer astuta se dio cuenta entonces de que había gente aún más astuta que ella.

Al final, las gentes de la aldea decidieron imponer un acuerdo entre las dos mujeres que fuera más justo.⁶



C10-07. IWA-RIWĒ: EL DUEÑO DEL FUEGO

Yanomami - Venezuela (Pérez, 2005)

"10.d. Instar a las corporaciones multinacionales y a los organismos financieros internacionales para que actúen con transparencia por el bien público y exigirles se hagan responsables de las consecuencias de sus actividades."

⁶ Imagen en este relato: "Old woman eating a mango - Dakha", de Steve Evans, licencia CC BY, en Wikimedia Commons.

Antiguamente era uno solo el yanomamo que poseía el fuego: Iwa-riwë. Era alto y caminaba [despatarrado] [desgarbado]. Era tan celoso de su fuego que lo guardaba escondido debajo de la lengua.

Iwa-riwë era el más malo de los yanomamos. Era malo porque era mezquino: a nadie cedía ni siquiera una llamita de su fuego. Los otros yanomamos regresaban de cacería y le pedían [a Iwa-riwë] un poquito de fuego para asar la carne. ¡Nada! Tenían que [lavarla bien, frotarla sobre una piedra, exprimírle toda la sangre y, luego,] se la comían cruda.

Llegaban las lluvias y hacía frío. Iwa-riwë escupía una parte de su fuego, encendía el fogón, [cocinaba sus alimentos] y se calentaba de lo lindo. [Cuando quería, con las manos apagaba el fuego] A los otros yanomamos no los dejaba siquiera acercarse a su fogón.

Iwa-riwë no tenía amigos. Los hombres mezquinos no pueden tenerlos. Los yanomamos, resignados [desde hacía tiempo], ya nada esperaban de él. Estaban cansados de pedirle un poquito de fuego [y de que él se lo negara siempre].

Pero había un hombre pequeño, charlatán, y muy avisado, que no se rendía. Se llamaba Yorekitiramĩ. Iwa-riwë lo rechazaba; pero él seguía rondando junto al chinchorro del dueño del fuego. Le hablaba mucho y lo hacía reír con sus morisquetas.⁷ [Cuando Iwa-riwë se movía, Yorekitiramĩ] no lo perdía de vista.

Con las lluvias, de noche, hacía mucho frío. Había muchos yanomamos resfriados que tosían. Con el fuego de Iwa-riwë se habrían podido calentar. [Eso hubiera bastado para curarlos]. Pero el dueño del fuego seguía terco. Le negaba su fuego también a los enfermos. En fin, se burlaba de todos.

[Entonces, muchos yanomamos cayeron gravemente enfermos] Hasta a Iwa-riwë [le dio gripe] [cayó enfermo]

Era una mañana de densa neblina. Iwa-riwë se levantó con un gran dolor de cabeza, [pero tenía sueño: la gripe no lo había dejado dormir. Volvió a acostarse como todos los demás. Nadie iba al conuco.⁸ Nadie salía a cazar. Todos estaban enfermos. Desesperados, algunos se acercaron a Iwa-riwë y le suplicaron:

—Somos tus parientes. Danos un poco de fuego, que nos vamos a morir.

Todo fue inútil. Pero Yorekitiramĩ seguía cerca del chinchorro [de Iwa-riwë], alerta como nunca. El dueño del fuego dormitaba, cuando, de pronto, estornudó:

—¡Atchún!— El fuego había saltado fuera de su boca. Iwa-riwë, aturdido [por la fiebre], no sabía qué estaba pasando. Cuando se dio cuenta de lo sucedido, Yorekitiramĩ ya tenía el fuego entre sus manos y corría lejos, saltando loco de contento.

⁷ Carantoña, mueca.

⁸ Huerta; lugar donde se cosechan plantas.

Iwa-riwë había perdido el fuego. Entonces, se enfureció y huyó lejos del *xapono*.⁹ No quería ver más a los yanomamos [temía su venganza] [Desesperado, se zambulló en las aguas del río y se transformó en babilla]¹⁰

Yorekitiramĩ volvió al *xapono* y distribuyó el fuego entre todos los yanomamos [Cuando vio que todos tenían su fogón prendido, se puso más contento todavía y dio un salto tan alto que fue a parar a las ramas de un árbol. Allí y, poco a poco, en todos los árboles de la selva, fue dejando una chispita de fuego. Por eso la madera se quema. En la planta del cacao puso más; por eso es el árbol que sirve para prender el fuego. Yendo de árbol en árbol, él se transformó en un pájaro negro de pico rojo, como el fuego.

Cuando Iwa-riwë escupió el fuego, Pre-yoma, una mujer [que estaba allí,] [de la tribu, al ver el fuego en manos de todos] chilló horrorizada y dijo:

—Ese fuego que ustedes tanto querían y que Yorekitiramĩ le sacó a Iwa-riwë, los hará sufrir. Debían dejarlo tranquilo en la boca de su dueño y habrían sido felices. En cambio, han sacado algo *parimi* [(eterno)] que los hará sufrir siempre: todos ustedes y todos los descendientes de ustedes se quemarán con el fuego [(Haciendo referencia a la cremación ritual de cadáveres)] Yo no quiero ser quemada. Yo viviré feliz sin fuego. Nunca el fuego tocará mi cuerpo.

Eso dijo la mujer y fue a tirarse al agua de un caño.¹¹ Allí quedó transformada en un sapito de color anaranjado.

C10-08. BHIMJI SANGHPATI

Jainismo (Jainsquare, 2011b)

Bhimji Sanghpati era un verdadero devoto, un firme defensor de la verdad. El rey Harishchandra, que es conocido como el rey amante de la verdad en la mitología de la India, fue uno de esos hombres que hubiera mantenido la verdad fuera cual fuera el coste. Bhimji era un comerciante de Cambay, muy reconocido por su visión para los negocios, que observaba escrupulosamente el voto de abstenerse de mentir. Era el voto de no decir mentiras acerca de animales o de tierras, y en él se incluía también el de abstenerse de apropiación indebida de los depósitos, de dar falso testimonio dentro o fuera de los tribunales, y de la falsificación de documentos. Quien hacía el voto debía tener en cuenta específicamente que, si traicionaba o defraudaba en los negocios o, bajo tentación, alardeaba y difundía rumores, hacía recaer la vergüenza sobre su religión, y la convertía en

⁹ Cabaña utilizada habitualmente por la etnia yanomami.

¹⁰ La babilla es un reptil carnívoro que habita en los ríos, ciénagas y pantanos del sur de Venezuela.

¹¹ Curso de agua.

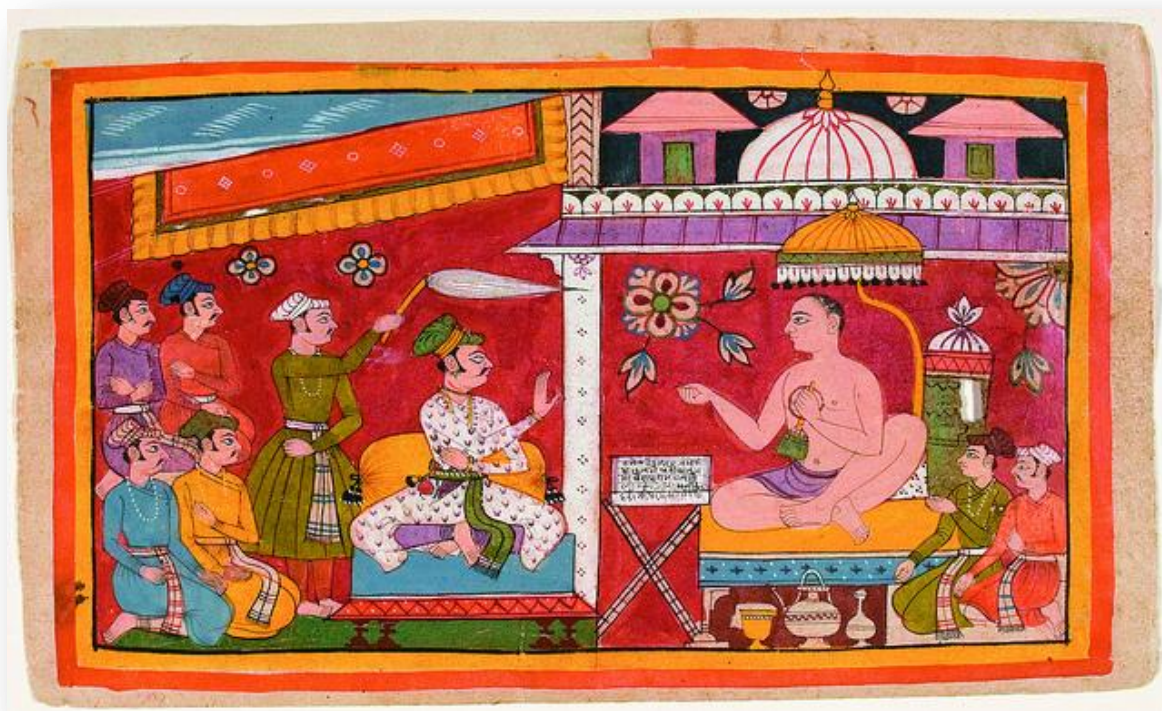
objeto de burla y ridículo. No debía olvidar que el abuso de confianza y dar mal consejo eran grandes pecados. En resumen, debía comprender que el secreto para hacerse rico pasaba por la honestidad y la moralidad, y que en la moralidad se sustentaba la propia felicidad, la paz y la salud mental, así como el bienestar de los demás.

Acharya Devendrasuri¹² llegó a Gujarat desde Malwa. Bhimji fue a verle y le preguntó:

—¿Qué voto debo observar para recibir la gracia de Dios?

—Opta por no mentir nunca —le dijo el Acharya—. Observa la verdad a cualquier precio, y serás feliz.

Bhimji siguió las indicaciones del Acharya e hizo voto de decir siempre la verdad.



Una vez, un ladrón, Pallipati Bhil, lo abordó a orillas del río Mahi y le exigió saber cuánto dinero tenía.

—Cuatro mil rupias —le dijo Bhimji con total sinceridad.

Pallipati Bhil secuestró a Bhimji y lo ocultó en un lugar secreto, y exigió a su hijo un rescate de cuatro mil rupias por la liberación de su padre. El hijo de Bhimji le envió el rescate, pero con monedas falsas. Sin embargo, Pallipati Bhil se dio cuenta del ardid al ver

¹² Monje y maestro jainista del siglo XII e.c., autor del libro *Karma Grantha*.

que las monedas no eran genuinas, y luego se las mostró a Bhimji sin decirle que se había dado cuenta del engaño. El propio Bhimji le dijo que las monedas eran falsas.

Pallipati se sorprendió mucho con la sinceridad y la honestidad de Bhimji, por lo que pensó, «¡Qué veraz es este hombre! Está cautivo y sabe que sólo será liberado si su hijo envía monedas verdaderas, pero ha tenido el coraje de decir que su hijo es un tramposo, y no ha mentado para conseguir la liberación».

La honestidad de Bhimji le impactó profundamente, y pensó que cualquier daño que pudiera hacerse a una persona tan íntegra sería sin duda un grave pecado, por lo que finalmente lo liberó.¹³

Principio 11

C11-09. EL JOVEN MERCADER DE BAGDAD

Iraq (Clouston, 1890, pp. 87-93)

"11. Afirmar la igualdad y equidad de género como prerrequisitos para el desarrollo sostenible y asegurar el acceso universal a la educación, el cuidado de la salud y la oportunidad económica."

Un joven mercader de Bagdad había puesto en la fachada de su tienda, en vez de un fragmento del Corán, como es habitual, estas arrogantes palabras:

«EN VERDAD NO HAY ASTUCIA COMO LA DEL HOMBRE, QUE SOBREPASA EN INGENIO A LAS MUJERES.»

Y sucedió que, un día, una joven ciertamente hermosa, a quien su tía había enviado a comprar ricos ornamentos para sus vestidos, se percató de esta inscripción y, ni corta ni perezosa, decidió que obligaría a cambiar el letrero a aquel insolente que menospreciaba a su sexo. Entrando en la tienda, y tras los saludos habituales, le dijo:

—¿Me veis bien? ¿Acaso alguien podría decir que soy jorobada?

El joven mercader aún no se había recuperado de la sorpresa causada por aquella pregunta cuando la joven se apartó ligeramente el velo y prosiguió:

¹³ Imagen en este relato: "A Jain teacher receives a prince and his retinue" de The San Diego Museum of Art Collection, licencia CC BY-NC-ND, en Flickr.com.

—¿Acaso tengo el cuello de un cuervo o como los ídolos de ébano de Etiopía?

Y el joven mercader, entre sorprendido y encantado, consintió en ello.

—Tampoco tengo la barbilla partida, ¿verdad? —continuó ella desvelando aún más su hermoso rostro—, ni tengo los labios gruesos como los de un tártaro, ¿no es cierto?

Aquí, el joven mercader sólo pudo esbozar una sonrisa tonta.

—Ni tampoco se debería creer a quien dice que tengo la nariz achatada y las mejillas hundidas, ¿verdad?

El joven mercader estaba a punto de expresar su horror ante la mera idea de tal blasfemia cuando la joven se quitó por completo el velo y mostró la perturbadora belleza de su rostro al desconcertado mercader, que, al instante, se enamoró enloquecidamente de ella.

—¡Oh, tú, la más hermosa de las criaturas! —exclamó él— ¿A qué accidente debo el honor de la visión de vuestros encantos, que están ocultos a los ojos de otros de mi sexo menos afortunados?

—Veis en mí a la más infortunada de las doncellas —respondió ella—, y os explicaré la causa de mi comportamiento. Mi madre, que era hermana de un rico emir de La Meca, murió hace algunos años, dejando a mi padre en posesión de una inmensa fortuna y a mí misma como única heredera. Ahora tengo diecisiete años, mis dones personales son los que habéis contemplado, y una pequeña porción de la fortuna de mi madre sería más que suficiente para hacer un buen matrimonio.

»Sin embargo, tal es la insensible avaricia de mi padre que me niega por completo hasta la más pequeña nimiedad para asentarme en la vida. A la única persona a la que podía solicitar consejo y ayuda en esta situación es mi cariñosa niñera, y ha sido por consejo de ella, así como por la alta consideración que he oído expresada en vuestros méritos, que me he sentido inducida a arrojarme en brazos de vuestra bondad de ésta tan extraordinaria manera.»

Puede imaginarse lo que sintió el joven mercader al escuchar esta historia.

—¡Padre cruel! —exclamó— Debe ser una roca del desierto y no un hombre. ¿Quién podría condenar a tan encantadora dama a la soledad perpetua, cuando podría impedirlo con un pequeño sacrificio por su parte? ¿Puedo preguntaros el nombre de vuestro padre?

—Es el jefe de los cadíes —respondió la dama, y desapareció como una visión.

El joven mercader no perdió ni un segundo en presentarse ante el cadí en su tribunal de justicia, al cual se dirigió de este modo:

—Mi señor, he venido a pedirlos a vuestra hija en matrimonio, de la cual estoy profundamente enamorado.

El juez, sorprendido, respondió:

—Señor, ¿estáis seguro de lo que decís? En cualquier caso, ¿os complacería acompañarme a mi morada, donde podremos hablar de este asunto con más tranquilidad?

Ambos hombres partieron en consecuencia hacia la casa del cadí y, después de tomar un refrigerio, el joven reiteró su petición, ofreciéndole un relato fiel de su posición y sus perspectivas de futuro, y ofreciendo quince bolsas de monedas por la joven dama para cerrar el acuerdo.

El cadí se mostró agradecido pero, con todo, expresó sus dudas acerca de la seriedad del joven en su petición. Cuando el mercader le aseguró que sus intenciones eran honestas, el juez dijo:

—No me cabe duda de vuestra seriedad y sinceridad en este asunto; sin embargo, es posible que vuestros sentimientos cambien después del matrimonio, por lo que es natural que yo tome las debidas precauciones para el bienestar de mi hija. No me culpáis, por tanto, si, además de las quince bolsas que me habéis ofrecido, os requiera cinco bolsas más, a ser pagadas antes del matrimonio, que deberéis dar por perdidas en caso de divorcio.

—¡Cinco no, diez! —exclamó el joven mercader.

El cadí no salía de su asombro, e incluso se atrevió a decirle que no se precipitara, pero fue en vano.

Para ser breve, el cadí consintió, el joven pagó las diez bolsas, se convocó a los testigos legales y se firmó el contrato nupcial aquella misma noche, quedando la consumación del matrimonio diferida para el día siguiente, en contra de la voluntad de nuestro enamorado.



Cuando los invitados a la boda hubieron partido y el joven mercader fue admitido en la alcoba de la novia, ¡cuál no sería su sorpresa al encontrarse con una joven jorobada y horrenda más allá de toda descripción!

En cuanto amaneció, se levantó del diván en el que había pasado la noche sin dormir y se fue a los baños públicos, donde, después de sus abluciones, se entregó a melancólicas reflexiones. Mezclada con el dolor de su decepción por no haberse casado con la hermosa dama, sentía una profunda mortificación por haber sido la víctima de lo que ahora veía había sido un artificio muy superficial, un artificio que nada, salvo su propia precipitación apasionada e irreflexiva, habría hecho plausible. También sentía las punzadas de la conciencia por todos los sarcasmos que, con frecuencia, había proferido contra las mujeres, de los cuales sus actuales sufrimientos no eran más que una justa retribución. Después vinieron las meditaciones de venganza sobre la bella autora de aquel desmán, para luego volver sus pensamientos sobre los posibles medios para escapar de sus dificultades: la fianza de las diez bolsas, por no decir nada del implacable resentimiento del cadí y sus familiares; además de convertirse en objeto de las comidillas del barrio. ¡Cómo se iba a burlar de él Malik Ibn Omar, el joyero! ¡O cómo hablaría sentenciosamente de su locura Saleh, el barbero! Finalmente, viendo que sus reflexiones no le llevaban a sitio alguno, se levantó y, con paso lento y pensativo, se dirigió a su tienda.

Su matrimonio con la hija del cadí ya era la comidilla de sus vecinos, que se agolparon en su tienda para preguntarle por la elección de tal novia. Acababan de marcharse todos y dejarle solo cuando la joven que tan ingeniosamente le había engañado entró en la tienda con una pícara sonrisa en los labios. Con la mera contemplación de sus ojos negros, las ideas de venganza del joven mercader emprendieron la fuga de inmediato. El joven se levantó y la recibió cortésmente.

—¡Que tengas un día propicio! —dijo ella.

—¡Que Allâh te proteja y te bendiga! —respondió él— ¡Oh, tú, la más bella de las criaturas terrestres! ¿En qué te he ofendido para que me hayas convertido en objeto de tus bromas?

—De ti no he recibido injuria personal alguna —dijo ella.

—¿Cuál, entonces, ha sido el motivo de tan cruel engaño en alguien que nunca te ha ofendido?

Y la joven dama señaló al letrero de la fachada de la tienda.

El mercader sintió que moría de vergüenza, pero se sintió algo aliviado al ver el buen humor que irradiaban los hermosos ojos de la joven. Sin pensárselo ni un instante, descolgó el letrero y lo sustituyó por otro en el que decía:

«EN VERDAD NO HAY ASTUCIA NI INGENIO COMO EL DE LAS MUJERES, QUE SOBREPASA Y CONFUNDE INCLUSO AL INGENIO DE LOS HOMBRES.»

Y, entonces, la dama le comunicó al mercader un plan mediante el cual podría liberarse de su novia sin incurrir en el resentimiento del padre, plan que el joven mercader se avino a poner en práctica.

A la mañana siguiente, mientras el cadí y su yerno estaban tomando el té juntos en la casa del primero, oyeron un extraño alboroto en la calle y, bajando para averiguar la causa de la algarabía, se encontraron con que procedía de una multitud de gañanes, charlatanes y demás gente de baja estofa, que se habían congregado con todo tipo de instrumentos musicales. Con ellos estaban haciendo un estruendo ensordecedor, al tiempo que bailaban y brincaban por todas partes, felicitándose a voz en grito por el matrimonio de su supuesto pariente con la hija del cadí. El joven mercader les agradeció sus cumplidos lanzando puñados de monedas al aire entre la multitud, lo que provocó una nueva oleada de clamores.

Cuando la algazara remitió un poco, el cadí, hasta entonces mudo de asombro, se volvió hacia su yerno y le exigió saber el significado de aquella escena ante su mansión. El mercader le explicó que los líderes de la multitud eran sus parientes, aunque su padre había abandonado tales senderos y se había hecho mercader. Sin embargo, no podía renegar de su parentela, ni siquiera por el bien de la hija del cadí.

Al escuchar aquello, el juez montó en cólera.

—¡Perro e hijo de un perro! —exclamó— ¿Qué clase de porquería me has hecho tragar?

El mercader le recordó que ahora era su yerno, que su hija era su legítima esposa y que no iba a desprenderse de ella así como así. Pero el cadí insistió en el divorcio y le devolvió al joven mercader sus diez bolsas de monedas.

Con el transcurso de los días, el joven mercader conocería la filiación de la ingeniosa dama y pediría su mano en matrimonio, viviendo con ella durante muchos años llenos de felicidad y prosperidad.¹⁴

¹⁴ Imagen en este relato: "A tale of 1001 nights", obra de Gustave Boulanger, licencia CC0, Wikimedia Commons.

C11-10. LA LEYENDA DE LA FRESA

Cheroqui (First People, s.d. b)

"11.a. Garantizar los derechos humanos de las mujeres y de las niñas y acabar con toda clase de violencia contra ellas."

En el principio existían dos mundos: el mundo celestial, llamado *ga-lun-la-ti*, que estaba en lo más alto de los cielos; y el mundo inferior, el mundo oscuro donde vivían las fuerzas del mal. *Ga-lun-la-ti* estaba poblado de seres con formas animales, humanas y vegetales. Todas las criaturas hablaban la lengua cheroqui y vivían juntas en armonía. La Tierra no era más que una bola de agua sobre la cual vivían peces y reptiles gigantes. El universo de los cheroquis dependía de la armonía y el equilibrio: la luz estaba equilibrada por la oscuridad, y los actos de bondad estaban equilibrados por aquellos actos que se ocultan de la luz del día en las sombras de la oscuridad.



En el principio no había sol, pero un Gran Árbol de la Vida crecía en el centro de *Ga-lun-la-ti*. Él iluminaba el mundo para que todos pudieran ver, y arrojaba su luz sobre las aguas oscuras de abajo. El Creador vivía junto al Árbol de la Vida, y desde allí cuidaba de las plantas y los animales. A veces, las aves acuáticas, los halcones y las águilas descendían volando hacia la oscuridad; tortugas gigantes y ratas almizcleras nadaban sobre la superficie del agua y se bañaban bajo la pálida luz del árbol celestial.

El Creador llevaba una existencia solitaria. Cuando terminaba su trabajo, se sentaba bajo el Árbol y admiraba el mundo que había a su alrededor y el mundo de abajo, pero muchas veces se sentía solo y anhelaba compañía; quizás una hija que se sentara a su lado al atardecer, para contemplar la vida y el crecimiento de su creación.

Entonces, el Creador hizo a una joven, cuya belleza y gracia cautivaron su alma. Pero sabía que también ella echaría en falta alguien con quien correr y jugar, de modo que creó a un hombre a su imagen, y les enseñó a ambos todo cuanto él sabía.

El Creador se dio cuenta de que su hija se reía y cantaba mucho, y también de que hablaba constantemente. Hacía muchas preguntas. ¿Por qué brillan las hojas del Árbol de la Vida? ¿Quién creó el Mundo Superior? ¿Quién le puso su nombre a las plantas? El Creador la amaba tiernamente, pues era su hija, pero ¿qué podría hacer con sus risas y preguntas constantes? El Creador le había dicho muchas veces que no se acercara al Árbol de la Vida y que no jugara alrededor de su tronco. Pero, como ocurre con todos los niños y niñas curiosas, ella tenía que averiguar por qué su padre le decía aquello.

Primer Hombre le insistía en que no fuera al árbol, pero Primera Mujer trepaba a diario hasta sus ramas más altas. Un día encontró un agujero en la base del tronco y se metió dentro. Primer Hombre volvió a insistir en que se alejara del árbol, pero fue en vano. Ella siguió metiéndose en el agujero y, al final, se cayó por el fondo de *Ga-lun-la-ti*.

Cuando el Creador volvió a casa se encontró con que Primera Mujer había desaparecido.

—¿Dónde está mi hija? —le preguntó a Primer Hombre.

—Le dije que no se metiera en el agujero de la base del árbol, pero no me hizo caso —respondió el joven.

El Creador se desesperó cuando, al mirar hacia abajo desde el borde de *Ga-lun-la-ti*, vio a su hija cayendo hacia aquella terrible bola de agua.

El Creador llamó a las aves del cielo y les pidió que recogieran a su hija para que no cayera al agua y se ahogara. Las aves crearon una gran manta con sus alas para recogerla, pero ¿dónde la posarían después? Mientras volaban por encima de las aguas, el abuelo de todas las tortugas emergió a la superficie.

—¡Aquí! —dijo— ¡Ponedla sobre mi lomo!

Y las aves descendieron con la joven mujer, que a partir de entonces sería conocida como «Mujer-Cielo», y la posaron sobre la superficie de su nueva casa. Pero aquella casa no era suficientemente grande, por lo que Rata Almizclera se ofreció para encontrar tierra. Se sumergió hasta el fondo de las aguas y trajo barro, que depositó sobre el lomo de la tortuga. Cuando Primera Mujer tocó la tierra que Rata Almizclera había traído, la tierra comenzó a crecer en todas direcciones, convirtiéndose en la tierra que conocemos hoy en día como la Isla de la Tortuga.¹⁵ El Creador sabía que su hija necesitaría muchas más cosas, de modo que envió abajo a las plantas y a los animales para que cuidaran de ella. Envío al ciervo, al búfalo, al oso, a los conejos y las ardillas para que le proporcionaran alimento y ropa. Envío las medicinas del pueblo de las plantas; el cedro, la salvia, la sanguinaria, el roble y, lo más importante, el tabaco, junto con otras muchas cosas, a fin de proveer para su generación futura, los Kituwah, los cheroquis.

¹⁵ Así es como la mayoría de las culturas nativas americanas llaman a las Américas.

Cuando Primera Mujer, o Mujer Cielo, se sintió feliz en su mundo, el Creador envió a Primer Hombre para que la ayudara a cuidar de su creación. Primera Mujer y Primer Hombre eran ahora mujer y marido, eran felices y todas las cosas eran buenas. Pero con todo lo bueno viene lo malo, de modo que Primera Mujer y Primer Hombre empezaron a discutir y a pelearse.

Se dijeron palabras muy duras hasta que, finalmente, ella dijo que se marchaba. Recogió sus escasas pertenencias y se puso a caminar, dejando a su marido atrás.

—Encontraré otro lugar para vivir —le dijo a Primer Hombre—. Eres un perezoso y no me haces caso.

Poco después, Primer Hombre ya estaba lamentando las duras palabras que había proferido, y salió a buscar a su esposa con el fin de disculparse. Pero no tardó en darse cuenta de que ella le llevaba mucha delantera, por lo que le rezó al Creador para que le ayudara.

—Haz que vaya más despacio, Creador —le rogó—, para que pueda decirle lo mucho que significa para mí.

—¿Su alma es una con la tuya? —preguntó el Creador.

—Hemos sido uno desde el principio de nuestro tiempo —respondió Primer Hombre—. Hemos sido uno desde que tú insuflaste tu aliento vital en nuestras almas, y seguiremos siendo uno hasta el fin de los tiempos.

Conmovido por la angustia del hombre, el Gran Espíritu intervino. Viendo el camino por el cual Primera Mujer iba caminando, comenzó a hacer crecer plantas a sus pies para que redujera la marcha. A un lado hizo crecer las moras, y al otro lado hizo crecer arándanos, pero ella no se detuvo. Lo intentó de nuevo, y esta vez hizo crecer a un lado grosellas, en tanto que al otro lado hizo crecer amelanchieres, pero ella siguió caminando. Entonces, el Creador pensó en algo que la haría detenerse. Se fue a su jardín y agarró un puñado de plantas de fresas, y las arrojó a la Tierra.

Cuando las planas aterrizaron a los pies de Primera Mujer, éstas florecieron y maduraron sus frutos. Primera Mujer vio las hermosas hojas y los frutos de las plantas, y se detuvo para probar tan solo una de las fresas. Pero, cuando la probó se le pasó el enfado. Sacando una cesta de entre sus pertenencias, se puso a llenarla de fresas, y de pronto empezó a echar de menos a su marido. Primer Hombre, apresurando el paso hasta el límite, se llevó de pronto una sorpresa al ver regresar a su esposa y... ¡Oh, cómo se le inflamó el corazón! ¡Pues ella estaba sonriendo!

Cuando se reencontraron, Primera Mujer metió la mano en la cesta, sacó una fresa y se la puso a Primer Hombre en la boca. Él se echó a reír como un tonto y le dio las gracias al

Creador. Y, tomando a Primer Hombre de la mano, Primera Mujer emprendió el camino de vuelta a casa, mientras le daba a comer fresas cada pocos pasos.¹⁶

C11-11. DE DÓNDE VIENEN LAS HISTORIAS

Zulú (CanTeach, 2013a)

"11.b. Promover la participación activa de las mujeres en todos los aspectos de la vida económica, política, cívica, social y cultural, como socias plenas e iguales en la toma de decisiones, como líderes y como beneficiarias."

Una vez, hace mucho, mucho tiempo, tanto tiempo que debió ser poco después de que el Primer Hombre y la Primera Mujer caminaron sobre la tierra, vivieron una mujer llamada Manzandaba y su marido Zenzele. Vivían en un hogar tradicional, en una pequeña aldea tradicional. Tenían muchos hijos y eran felices la mayor parte del tiempo. Dedicaban el día a trabajar, a tejer cestas, curtir pieles, cazar y labrar la tierra cerca de su casa. En una ocasión bajaron hasta el gran océano; allí jugaron en la arena bajo el sol, se rieron de los divertidos cangrejos cuando intentaban escabullirse y se maravillaron con las aves haciendo cabriolas en el aire con la brisa del mar.

Zenzele tenía alma de artista y le encantaba tallar, sobre todo aves, a las que daba forma a partir de viejos tocones de árboles. Pero con sus precarias herramientas hacía también maravillosos impalas y kudus de piedra. Tenían la casa llena de objetos decorativos obra de Zenzele el tallador.

Pero por las noches, cuando la familia se sentaba alrededor del fuego antes de irse a dormir, no se sentían tan felices. Estaba todo demasiado oscuro como para tejer cestas o tallar, y sin embargo era demasiado pronto para irse a dormir.



¹⁶ Imagen en este relato: "Thunder pipe and holy man", obra de Howard Terpning, en FirstPeople.com.

—Mamá —lloraban los niños— ¡*Sifuna izindaba!* ¡Queremos historias! ¡Cuéntanos algún cuento, mamá!

Manzandaba no hacía más que darle vueltas a la cabeza buscando alguna historia que contar a sus hijos, pero era en vano. Ni ella ni Zenzele tenían historias que contar. Fueron a buscar consejo entre sus vecinos, pero tampoco ellos sabían historias. Se pusieron a escuchar el viento. ¿Y si el viento estaba queriendo contarles una historia? Pero no, no oyeron nada. No había historias, no había sueños, no había cuentos mágicos.

Un día, Zenzele le dijo a su mujer que tenía que ir a buscar historias. Él le prometió que cuidaría de la casa, que cuidaría de sus hijos, que se ocuparía de todo mientras ella estuviera fuera, pero que trajera historias para su pueblo. Manzandaba aceptó el reto, le dio un beso a su marido y a sus hijos, les dijo adiós y partió en busca de las historias.

Manzandaba pensó en preguntar a cualquier criatura con la que se encontrara si sabía alguna historia. El primer animal con el que se encontró fue Nogwaja, la liebre. Sabía que la liebre era una embaucadora, pero de todos modos le preguntó.

—Nogwaja, ¿conoces alguna historia? ¡Mi pueblo está hambriento de historias!

—¿Historias? —gritó Nogwaja— ¡Claro, conozco cientos, miles, no... millones de historias!

—¡Oh, por favor, Nogwaja —le suplicó Manzandaba—, cuéntame alguna historia!

—Ummm... —dijo Nogwaja— Uhhhh... bueno, no tengo tiempo ahora para historias. ¿Es que no ves que estoy terriblemente ocupada? ¡Historias a la luz del día!

Y Nogwaja se alejó rápidamente dando saltos.

«¡Tonta Nogwaja! —pensó Manzandaba— ¡Estaba mintiendo! ¡No sabía ninguna historia!» Con un suspiro de resignación, Manzandaba continuó su camino, y la siguiente con la que se encontró fue con la madre babuino y sus pequeños.

—¡Oh, Fene! —le dijo— ¡Veo que tú también eres madre! Mis hijos están llorando porque quieren historias. ¿Tienes alguna historia que pueda llevar yo a casa?

—¿Historias? —se echó a reír la babuina— ¿Acaso tengo aspecto de tener tiempo para contar historias? ¡Hawu! Con tanto trabajo que hacer para mantener a mis hijos bien comidos, seguros y calientes, ¿crees tú que tengo tiempo para historias? ¡Estoy encantada de no tener hijos humanos que lloren por cosas tan tontas!

Manzandaba continuó su camino, y se encontró con la búha en una higuera silvestre.

—¡Oh, Khova! —la llamó— ¿Puedes ayudarme, por favor? Estoy buscando historias. ¿Conoces historias que pueda llevarme a casa?

Pero la búha pareció molesta por el hecho de que la hubieran despertado de su sueño.

—¿Quién está haciendo ruido? —ululó— ¿Qué es este trastorno? ¿Qué quieres? ¡Historias! ¿Te atreves a despertarme para pedirme historias? ¡Qué impertinente!

Y, tras decir esto, la búha salió volando en dirección a otro árbol y se posó a mucha más altura, allí donde nadie pudiera importunarla. No tardó en quedarse dormida de nuevo, de modo que Manzandaba prosiguió tristemente su camino.

El siguiente con quien se encontró fue con el elefante.

—¡Oh, amable Ndlovu! —le dijo— ¿Tienes idea de dónde podría encontrar historias? ¡Mi pueblo está hambriento de historias, y no conocemos ninguna!

Ciertamente, el elefante era un animal muy bondadoso. Sólo con ver la mirada de la mujer se compadeció de ella de inmediato.

—Querida mujer —contestó—, yo no conozco ninguna historia, pero conozco al águila, que es el rey de las aves y vuela mucho más alto que el resto. ¿No crees que el águila puede saber dónde encontrar historias?

—¡Ngiyabonda, Ndlovu! ¡Muchas gracias! —dijo Manzandaba con una sonrisa.

Y así, Manzandaba se puso a buscar a Nkwazi, la gran águila pescadora. La encontró cerca de la desembocadura del río Tugela y, con gran excitación, echó a correr hacia ella. La llamó cuando caía en picado desde el cielo, con las garras por delante para atrapar un pez en el río.

—¡Nkwazi! ¡Nkawazi! —gritó.

Pero, con el sobresalto, el águila soltó el pez que ya había atrapado. Dio una vuelta en el aire y se posó en la orilla, cerca de la mujer.

—¡Hawu! —le graznó— ¿Qué puede haber tan importante como para que me haya quedado sin cena?

—¡Oh, grande y sabio Nkwazi! —dijo Manzandaba.

Hay que decir que el águila pescadora es muy vanidosa, de modo que se comprenderá que le encantara oír a la mujer referirse a él como grande y sabio, cosa que le llevó a hinchar sus plumas.

—Nkwazi, mi pueblo está hambriento de historias, y he estado buscándolas durante mucho tiempo para llevar alguna a casa. ¿Tú sabes dónde podría encontrar tales historias? —concluyó Manzandaba con una mirada de desesperación.

—Bueno —dijo el águila—, aunque soy bastante sabio, no lo sé todo. Yo sólo sé de las cosas que están aquí, sobre la faz de la tierra. Pero hay alguien que sabe incluso los secretos del océano profundo y oscuro. Quizás él pueda ayudarte. Intentaré hablar con él de tu parte. ¡Quédate aquí y espérame!

Y Manzandaba tuvo que esperar durante varios días hasta que su amigo el águila pescadora regresó.

—*¡Sawubona, nkosikazi!* —gritó— ¡Ya estoy aquí, y lo he conseguido! Mi amigo, *ufudu lwasolwandle*, la gran tortuga marina, ha aceptado llevarte a un lugar donde podrás encontrar historias.

Y, en ese mismo instante, la gran tortuga marina salió de entre las olas del océano.

—*¡Woza, nkosikazi!* —dijo la tortuga con una voz muy profunda— Sube a mi lomo y sujétate a mi caparazón. Te llevaré al País del Pueblo del Espíritu.

Y Manzandaba se agarró a su caparazón y juntos se sumergieron en las profundidades del mar.



Manzandaba se quedó fascinada con el mundo submarino, pues nunca en su vida había visto cosas tan hermosas. Finalmente, llegaron al fondo del océano, donde moraba el Pueblo del Espíritu, y la tortuga marina la llevó directamente ante los tronos del rey y la reina. ¡Tenían un porte tan regio que, al principio, a Manzandaba le dio miedo mirarlos! En cualquier caso, les hizo una reverencia.

—¿Qué deseas de nosotros, mujer de las tierras secas? —preguntaron.

Y Manzandaba les habló de su deseo de llevar historias a su pueblo.

—¿Tenéis historias que pueda llevar conmigo? —les preguntó al final, tímidamente.

—Sí —contestaron—, tenemos muchas historias. Pero, ¿qué nos darás tú a cambio de las historias, Manzandaba?

—¿Cuál es vuestro deseo? —preguntó ella.

—Lo que nos gustaría es una imagen de tu hogar y de tu pueblo. Nosotros no podemos ir a las tierras secas, pero nos gustaría mucho verlas. ¿Podrías traernos tú una imagen, Manzandaba?

—¡Claro! —respondió ella— ¡Claro que puedo hacerlo! ¡Gracias, gracias!

Así pues, Manzandaba trepó de nuevo sobre el lomo de la tortuga y ésta la llevó de vuelta a casa. La mujer le dio las gracias y le pidió que volviera con la siguiente luna redonda para recogerla a ella y a la imagen.

Manzandaba le contó a su familia todo lo que había visto y experimentado durante su viaje y, cuando terminó de relatar lo sucedido, su marido gritó entusiasmado:

—¡Yo puedo hacerlo! ¡Yo puedo tallar una hermosa imagen en madera para el Pueblo del Espíritu a cambio de sus historias!

Y se puso a trabajar en ello de inmediato.

¡Manzandaba estaba tan orgullosa de su marido y de la destreza de sus manos! Le estuvo observando a medida que la imagen tallada cobraba vida. Allí estaban los miembros de su familia, su casa y la aldea. Poco después, otras personas de la aldea ya conocían los detalles del viaje de Manzandaba y de las historias prometidas, y vinieron también a ver cómo iba tomando forma la creación de Zenzele.

Cuando la siguiente luna redonda mostró su rostro, Zenzele había terminado. Sujetó con cuidado la imagen a la espalda de Manzandaba, y ésta, trepando nuevamente al lomo de la tortuga, emprendió el viaje hacia el Reino del Espíritu.

Cuando el rey y la reina del Pueblo del Espíritu vieron la imagen se mostraron muy felices. Elogiaron el talento de Zenzele y le dieron a Manzandaba un collar hecho con las conchas más hermosas para que se lo diera a su marido en agradecimiento. Y, luego, se volvieron a Manzandaba.

—Cada vez que quieras una historia —le dijeron—, simplemente ponte esta caracola en el oído. Ahí escucharás el relato.

Manzandaba les dio las gracias por su bondad y emprendió el viaje de regreso.

Cuando llegó a la orilla la estaban esperando todos, tanto su familia como toda la gente de la aldea. Encendieron un fuego, se sentaron todos alrededor de él y gritaron:

—¡Cuéntanos una historia, Manzandaba! ¡Cuéntanos una historia!

Ella se sentó, se puso la caracola junto al oído y comenzó:

—*Kwesuka sukela...* Había una vez...

¡Y así es como comenzaron las historias!¹⁷

C11-12. AINA-KIZZ Y EL BAI DE LA BARBA NEGRA

Uzbekistán y Asia Central (Riordan, 1984)

Había una vez una niña que vivía con su padre, que era leñador, y cuyas únicas posesiones eran una choza ruinoso y un hacha mellada, un viejo caballo cojo y una mula. Pero, como dice la sabiduría popular, mientras la fortuna de una familia rica está en sus rebaños, la de una familia pobre está en sus hijos. Y algo así sucedía en esta familia pues, cada vez que el viejo leñador miraba a su hija, que no tenía más de nueve años, se olvidaba de todas sus preocupaciones y aflicciones. La niña se llamaba Aina-kizz, y era tan lista que muchas personas de varias leguas a la redonda venían a verla buscando sus consejos.

Un día, el leñador cargó su caballo con una pila de leña y le dijo a Aina-kizz:

—Me voy al mercado, y estaré de vuelta al anochecer. Si consigo vender la leña te traeré un pequeño regalo.

—Que te acompañe la buena suerte, padre —respondió ella—. Pero ten cuidado, pues la ganancia de un hombre en el mercado es la pérdida de otro.

El leñador emprendió el camino y llegó a una buena hora al bazar. Se puso a un lado de la calle, junto a su caballo, y esperó a que apareciera algún comprador. Pero pasaba el tiempo y nadie le preguntaba cuánto quería por su leña. Cuando ya empezaba a hacerse tarde, llegó pavoneándose un bai rico, haciendo gala de su ropa de seda y acariciándose la negra barba. Al ver al pobre hombre con su caballo cargado de leña le llamó:

—¡Oye, viejo! ¿Cuánto quieres por la leña?

—Sólo una tanga, señor.

—¿Vendes la leña exactamente tal cual está? —preguntó el bai con una taimada sonrisa.

El leñador asintió lentamente, sin estar muy seguro de lo que habría querido decir el bai.

—Aquí tienes tu moneda —dijo el hombre—. Toma tu caballo y sígueme.

¹⁷ Imágenes en este relato: "African bricks for Sasi's", ambas de Charis Tsevis, licencia CC BY-NC-ND, en Flickr.com.



Cuando llegaron a la mansión del bai y el pobre hombre fue a bajar la carga de leña del lomo del caballo, el hombre rico le gritó en el oído:

—¡Alto! He comprado la leña «exactamente tal cual está», lo que significa que el caballo me pertenece, dado que el caballo carga con la leña. Si no estás satisfecho, iremos a ver al juez.

Como dice la sabiduría popular: del mismo modo que un mal dueño puede convertir un corcel en un rocín inútil, un mal juez puede convertir lo justo en injusto. Y así sucedió en esta ocasión.

Tras escuchar las alegaciones de ambos, el juez se acarició la barba, echó un vistazo a la lujosa túnica de seda del bai y dio su veredicto: ¡el leñador había recibido lo convenido, pues eso era lo que establecían los términos acordados!

El bai se echó a reír en la cara del leñador, mientras el pobre hombre emprendía el camino de vuelta a casa para contarle lo sucedido a Aina-kizz.

—No te preocupes, padre. Mañana iré al mercado —dijo ella—. ¿Quién sabe? Quizás yo tenga más suerte que tú.

Al día siguiente, al amanecer, la niña cargó la mula con leña y, llevándola de las bridas se dirigió al bazar. Y allí estuvo con la mula hasta que el mismo bai se aproximó a ella.

—¡Eh, niña! ¿Cuánto quieres por la leña? —preguntó.

—Dos tangas.

—¿Y me la vendes exactamente tal cual está?

—¡Claro... —respondió ella— si usted me paga el dinero exactamente tal cual está!

—¡Claro, claro! —dijo el bai, abriendo la mano para mostrarle dos monedas de oro— Sígueme.

Y ocurrió lo mismo que había ocurrido el día anterior con su padre, pero Aina-kizz no se inmutó. Cuando el bai le tendía sonriente las dos monedas, ella no las tomó.

—Señor —dijo—, usted ha comprado mi leña tal cual está, de modo que tiene mi mula junto con la leña. Pero usted me dio su palabra de pagar el dinero exactamente tal cual está, de modo que quiero también su brazo.

El bai dio un paso atrás, sorprendido, y su barba se sacudió con fuerza mientras maldecía a gritos a la niña. Pero ella no se inmutó en absoluto. Finalmente, partieron juntos en dirección al juzgado. El magistrado escuchó las quejas, pero esta vez no pudo ayudar al bai: tenía que pagar dos tangas por la leña y otras cincuenta por su brazo.

¡Cuánto se arrepintió el hombre rico de haber comprado la leña, el caballo y la mula! Entregándole el dinero a la niña ante el juez, el bai le dijo a Aina-kizz:

—Has sido más lista que yo en esta ocasión, pero un gorrión no puede competir con un halcón. Te apuesto a que eres incapaz de decir una mentira más grande que la mía; te apuesto quinientas tangas a que no puedes. Tú pones las cincuenta tangas que yo te he dado, y gana la apuesta aquél de los dos que considere el juez que ha dicho la mentira más grande. ¿Estás de acuerdo?

—¡Hecho! —dijo la niña.

Guiñándole un ojo al juez, el bai rico comenzó su cuento.

—Un día, antes de que yo naciera, me encontré con tres espigas de trigo en el bolsillo y las arrojé por la ventana. A la mañana siguiente, el patio de mi casa se había convertido en un campo de trigo tan espeso y tan alto que a diez jinetes les llevó diez días atravesarlo. Pero además, poco después, cuarenta de mis mejores cabras se perdieron en el campo de trigo. Por mucho que las busqué, ya no pude encontrarlas. Habían desaparecido sin dejar rastro.

»A finales del verano, cuando el trigo estuvo maduro, reuní a mis jornaleros para la siega y se molió la harina. Cocimos bollos y yo me comí uno, caliente y crujiente. Y, ¿sabes qué? De mi boca saltó una cabra, seguida de otra, y otra... hasta que, al final, salieron las cuarenta cabras, balando con insistencia. ¡Y se habían puesto muy gordas, pues cada una de ellas era más grande que un toro de cuatro años!»

Cuando el bai guardó silencio, hasta el juez estaba con la boca abierta. Pero Aina-kizz seguía sin inmutarse.

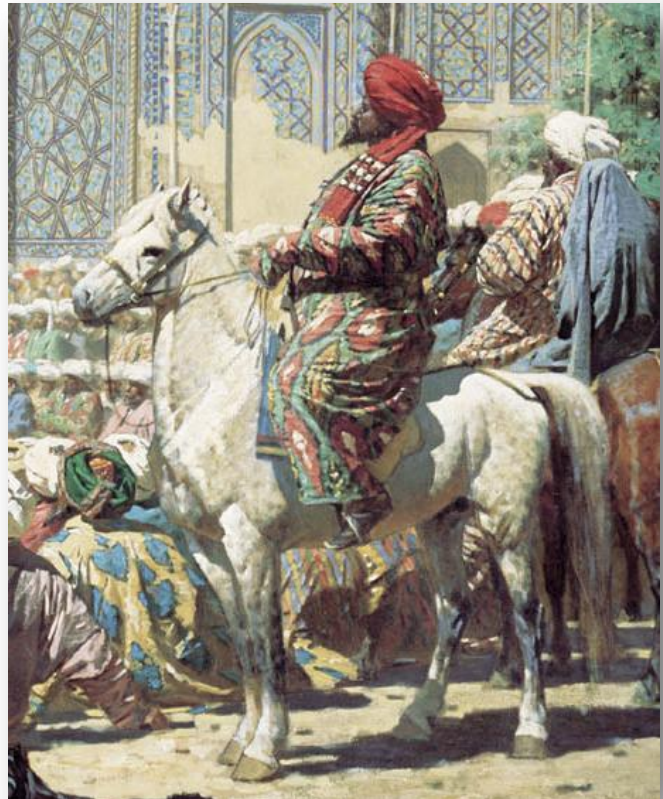
—Señor —dijo la niña—, con hombres tan sabios como vos, las mentiras pueden ser verdaderamente grandes. Pero os ruego ahora que escuchéis mi humilde relato.

»Una vez planté una semilla de algodón en mi huerta y, ¿sabéis?, al día siguiente había una mata de algodón que llegaba hasta las nubes; su sombra se extendía hasta la distancia de tres jornadas de viaje por las dunas. Cuando el algodón estuvo maduro, lo coseché y lo limpié, y luego lo vendí en el mercado. Con el dinero que me dieron, me compré cuarenta buenos camellos, los cargué con sedas y le pedí a mi hermano que llevara la caravana hasta Samarkanda.

»Mi hermano partió ataviado con sus mejores ropas de seda, pero ya no tuve noticias de él durante tres largos años. Fue el otro día cuando oí decir que le habían robado y asesinado, y que el ladrón y asesino había sido un bai de barba negra. Yo había perdido ya toda esperanza de encontrar al villano pero, ahora, por azar, lo he descubierto.

»¡Sois vos, bai, pues vos lleváis puesta la ropa de seda de mi hermano!»

Ante la acusación, las sonrisas que exhibían los rostros de los dos hombres se apagaron. ¿Qué haría el juez? Si decía que la historia de la niña era una mentira enorme, el bai perdería quinientas monedas de oro, que era lo que había apostado. Pero, si decía que no era mentira, que decía la verdad... la cosa se pondría aún peor, pues la niña pediría compensaciones por su hermano y, además, por los cuarenta camellos cargados de rica seda.



El bai rugió como un buey herido.

—¡Mientes, mientes! ¡Es la mayor mentira que haya escuchado jamás! ¡Toma tus quinientas tangas, toma mi ropa de seda y lárgate! ¡Lárgate y déjame en paz!

Con una sonrisa, Aina-kizz contó las monedas, las envolvió en la ropa de seda y se fue caminando a casa.

Temiendo por su hija, el leñador la estaba esperando ansioso a la puerta de la casa, ¡y cómo la abrazó cuando la vio, sin importarle siquiera que volviera sin la mula!

—Padre, vendí la mula con toda la leña exactamente tal cual estaba.

—¡Oh, mi pobre hija! —dijo su padre en un murmullo— ¿De modo que ese mal nacido bai te ha estafado a ti también?

—Pero recibí un precio justo por la leña —prosiguió ella en voz baja, al tiempo que le entregaba la ropa de seda.

—Es una ropa muy bonita —dijo su padre tristemente—. Pero, ¿para qué la quiero yo, cariño? Sin el caballo y sin la mula, nos vamos a morir de hambre.

Y, acto seguido, Aina-kizz desenrolló la vestimenta ante la mirada atónita de su padre, que vio como caía una cascada de monedas de oro al suelo. Y, a continuación, la niña le contó los detalles de su aventura.

¡Cuánto se rió y lloró a la vez su padre escuchando su relato! Y Aina-kizz terminó su historia así:

—Padre, en tanto que los ricos atesoran su fortuna, los pobres atesoran su ingenio y su astucia. Es mejor una niña con ingenio que un hombre con la bolsa llena.¹⁸

C11-13. MITO HUITOTO DE LA CREACIÓN

Huitoto - Colombia (Urbina, 2012)

La Madre existía cuando nada existía. Nada, nada, sólo ella. Ella es aire, es agua, es conocimiento. Ella es la madre del agua que burbujea, y ese vapor salido de las profundidades fue el que en un momento dado ella engendró y fue esto quien llegó a ser el Padre Creador. Esa Madre existe desde antes que nada existiera. Fue ella quien, calladamente, dio el primer suspiro, para que de allí, de esa burbuja, naciera el Padre

¹⁸ Imágenes en este relato: "Samarkand", obra de Richard-Karl Karlovitch Zommer; y fragmento de "They are triumphant", obra de Vasily Vereshchagin, ambas licencia CC en Wikimedia Commons.

Creador, el Padre Unámarai. Por ella, por nuestra Madre, la Única, comenzó la creación, porque ella engendró al Eterno, y por eso cobró vida nuestro Padre Creador Unámarai, porque al engendrarlo lo engendró todo, y él se sienta como una nube por encima de nuestra Madre, sustentado por ella, pues es ella quien lo sostiene. Ella se sentó abajo, en la punta del mundo, y Unámarai, de su aliento, de su voluntad, de su pensamiento, exhaló como un hilo y por él subió y quedó arriba del mundo. Eso es como un hilo de araña; es la respiración del Padre, y la Madre y el Padre engendraron a su hijo Añiraima.

C11-14. LA MUJER PERFECTA

Sufismo persa (Julián, 2008, p. 17)

Nasrudín conversaba con sus amigos en la casa de té, contándoles cómo había emprendido un largo viaje para encontrar a la mujer perfecta con quien casarse. Les decía:

—Viajé a Bagdad, después de un tiempo encontré a una mujer formidable, atenta, inteligente, culta, de una gran personalidad.

Dijeron sus amigos:

—¿Y por qué no te casaste con ella?

—Porque no era la mujer perfecta —respondió Nasrudín—. Después fui a El Cairo, allí conocí a otra mujer ciertamente fabulosa; hermosa, sensible, delicada, cariñosa.

—¿Y por qué no te casaste con ella? —dijeron los amigos.

—Porque no era la mujer perfecta —respondió nuevamente Nasrudín—. Entonces me fui a Samarkanda, allí por fin encontré a la mujer de mis sueños; ingeniosa y creativa, hermosa e inteligente, sensible, culta, delicada y espiritual.

—¿Y por qué no te casaste con ella? —insistieron sus amigos.

—Pues porque ella también buscaba al hombre perfecto.

C11-15. DE CÓMO LOS EGOÍSTAS GOANNAS PERDIERON A SUS ESPOSAS

Aborigen australiano (Smith, 1930, pp. 84-91)

"11.c. Consolidar las familias y garantizar la seguridad, la cría y el cuidado amoroso de todos sus miembros."

Poco después de los acontecimientos registrados en la historia anterior, una gran sequía azotó la región. No llovía, y todas las represas y los agujeros en las rocas se secaron. Las tribus del puercoespín y del emú no sabían qué hacer, porque entre sus miembros había muchos ancianos y enfermos; además, otros muchos tenían niñas y niños pequeños, de manera que se encontraban en graves dificultades. No podían bajar hasta el río Murray, donde habrían podido sobrevivir sin demasiadas complicaciones.

Sin embargo, la sequía no afectó a la tribu de los *goanna*,¹⁹ dado que disponían de un depósito secreto con un suministro de agua suficiente como para aguantar varios años. Pero los llantos de los niños, y la angustia de los ancianos y enfermos de las otras tribus tocaron el corazón de las mujeres de los goannas, que visitaban en secreto a las otras tribus y hacían lo que podían por satisfacer sus necesidades y aliviar su sufrimiento.



Un día, les preguntaron a sus maridos dónde estaba el gran agujero rocoso que les servía de depósito de agua, ya que estaban ansiosas por proporcionar agua a los ancianos, los enfermos y los niños de las familias puercoespín y emú. Pero los goannas se negaron de la manera más egoísta y, lo que es peor, les dijeron a sus esposas:

—Dado que tenéis tanto interés en las necesidades de los demás, os daremos sólo el agua justa para que saciéis vuestra sed.

¹⁹ Un tipo de lagarto monitor originario de Australia

La mujeres se dieron cuenta de que era inútil seguir rogando a sus tercos maridos, pero tomaron la decisión de que, aunque les habían dejado pasar muchas objeciones anteriormente, y habían aguantado estoicamente la indignidad de sus negativas, esta vez no iban a dejar pasar su insulto sin dar una respuesta.

Así pues, al día siguiente, se pusieron a buscar el depósito de agua. Para disimular, se llevaron sus varas de ñame, con el fin de que sus maridos creyeran que salían a cosechar ñames y raíces de plantas y arbustos. Pero lo que hicieron fue seguir los rastros de sus maridos, que se dirigían hacia la montaña. Por desgracia, a los pies de la montaña perdieron el rastro de sus pisadas, de manera que tuvieron que regresar al valle y recoger algunos ñames y hierbas antes de volver a casa. Asarían los ñames en las brasas y luego se sentarían a comer con sus maridos y sus hijos.

De vez en cuando, algún goanna le preguntaba a su mujer dónde había estado, pues habían estado mucho tiempo fuera.

—Me ha parecido ver unos puntitos negros que venían de la montaña —decía el hombre—. ¿Habéis estado allí?

Y la mujer respondía:

—Pero, ¿qué dices, tonto? ¿Para qué vamos a ir a buscar ñames a la montaña? Los ñames están en las zonas bajas, no en las montañas ni entre las rocas. ¿Por qué preguntas eso?

Pero el goanna ya no contestaba, y se limitaba a acostarse sobre su piel de pósum.

A la mañana siguiente, en cuanto el sol salió sobre la cordillera oriental, los goannas partieron en busca de comida. Las mujeres se levantaron también y se reunieron para discutir cómo podrían descubrir el secreto del depósito de agua. Una de ellas, más reflexiva que las demás, dijo:

—Creo que alguien debería subir a la montaña y hacer un *mia-mia*,²⁰ acampar allí y hacer observaciones. ¿Quién de nosotras está dispuesta? Sentémonos un rato y decidamos quién va a ir.

Así pues, se sentaron en silencio durante unos instantes, y luego una de ellas se levantó. Todos los ojos se posaron en ella. Era la esposa del jefe.

—Hermanas —dijo—, yo asumo la responsabilidad. Me ofrezco a ir, pues considero que es mi deber como esposa del jefe. ¿Quién viene a ayudarme para montar el *mia-mia*?

Dos jóvenes de entre las mujeres se pusieron en pie y dijeron:

²⁰ Una especie de vivac, un refugio burdo y temporal en el monte, normalmente hecho con cortezas y ramas de árboles

—Nosotras te acompañaremos.

Así pues, se apresuraron, empacaron las pertenencias de la mujer del jefe y las tres mujeres salieron precipitadamente hacia la montaña, antes de que el jefe y el resto de los goannas regresaran de la cacería. Ya en la montaña, a mitad de ladera, encontraron un lugar desde el que se disfrutaba de una buena vista del valle circundante, y en especial del campamento de los goannas. Después de construir el *mia-mia*, las dos jóvenes regresaron a casa, dejando a la mujer del jefe sola en la montaña.

Al llegar la noche, el joven jefe convocó a los hombres goannas en su *mia-mia* y les preguntó si alguien había visto a su mujer o sabía algo respecto a su desaparición. Todos expresaron un gran pesar, y dijeron que no sabían nada acerca del asunto, ni se les ocurría razón alguna por la cual hubiera abandonado el campamento. Todos le dijeron al jefe que harían todo lo que estuviera en su mano para ayudarlo a recuperar a su mujer, si hubiera sido raptada por algún otro hombre.

Entonces, el jefe convocó a las *teal teal*,²¹ las esposas de los goannas. El jefe y los ancianos las interrogaron con insistencia, pero no obtuvieron información alguna de ellas, que se limitaron a bajar la cabeza sin responder. Incluso las amenazaron para hacerlas hablar, pero ellas sacudían la cabeza y guardaban silencio. Finalmente, el jefe de los goannas les ordenó que volvieran a sus *mia-mia*. Cuando las *teal teal* regresaron a sus casas, el jefe les dijo a los hombres:

—Tengo la sospecha de que los emús han venido a nuestro campamento cuando estábamos de caza, se han llevado a mi mujer y se la han regalado al jefe de su tribu. De modo que mañana, antes de que salga el sol por encima de la montaña, todo el que sea capaz de luchar llevará consigo tres *kaikes*,²² cuatro *waddies*,²³ cuatro *panketyes*²⁴ y un *nulla-nulla*,²⁵ marcharemos sobre su campamento y buscaremos a mi esposa. Luego, si no estuviera allí, volveremos y marcharemos sobre el campamento de los puercoespines. Así que, esta noche, que cada uno se vaya a su *mia-mia* y que espere el grito de «¡Levantaos a una!»

Y, así, todos los hombres goannas se fueron directamente a sus casas para acostarse y dormir profundamente. Y, al amanecer, se levantaron temprano y se fueron hacia el campamento de los emús.

En cuanto los goannas partieron, las *teal teal* se levantaron y se reunieron para pensar qué podían hacer. Una dijo que convendría que las dos jóvenes que habían

²¹ Significa "patos pequeños".

²² Lanzas de caña.

²³ Armas que se hacen con parte del tallo y las raíces de ciertos tipos de plantas *mallee* que son muy buscadas por los niños y jóvenes varones aborígenes. Se utilizan principalmente para cazar canguros, ualabíes, emús y wómbats cuando están en movimiento.

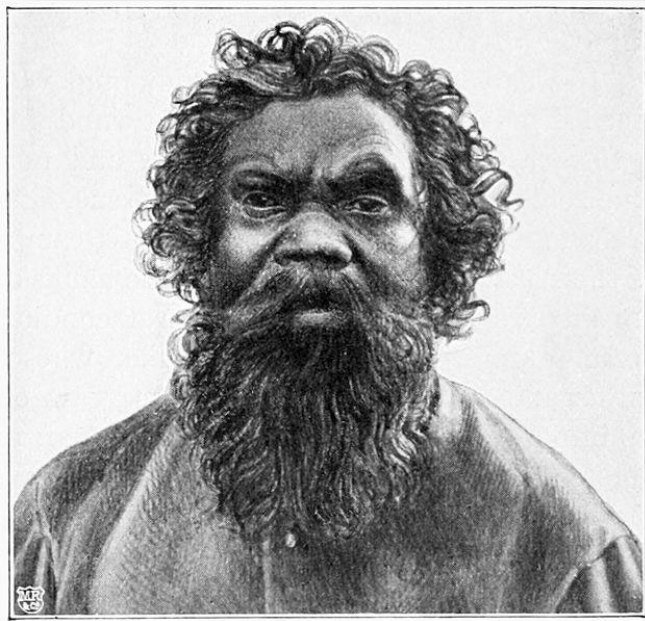
²⁴ Búmerangs.

²⁵ Maza de combate.

acompañado a la mujer del jefe fueran corriendo a decirle que su ausencia había causado un gran revuelo. Y así, mientras el jefe marchaba con su tropa hacia el campamento de los emús, pensando que habían sido ellos quienes habían raptado a su mujer para convertirla en esposa del joven jefe emú, las jóvenes *teal teal* iban corriendo hacia la montaña para decirle a la esposa del jefe lo que estaba sucediendo. Ella se sentó en silencio y escuchó lo que tenían que contarle, y luego les respondió:

—Ahora es cuando nos vamos a liberar. Nos dieron en matrimonio a estos seres que no son de nuestra raza ni de nuestra clase. Pero, además, he hecho un descubrimiento. Al amanecer, mientras dormía, un tuckonie²⁶ entró en el *mia-mia* y se sentó junto al fuego a calentarse. Me desperté de repente y le vi ahí tranquilamente sentado, y me asusté tanto que grité. Pero él se volvió hacia mí y me dijo, «No tengas miedo. Soy tu amigo, y amigo de todos cuantos se hallan en problemas o angustiados. Mi compañero y yo hemos visto que tú y otras dos mujeres subíais desde la llanura, y algunos de mis hermanos han visitado vuestro campamento y lo saben todo acerca de ti. Estás buscando un agujero de agua, y mi tribu te ha guiado con la mente hasta este lugar. Has estado durmiendo pero, si me sigues cuando vuelva, te mostraré el agujero, que está en la cima de la montaña».

Cuando regresó el tuckonie, la mujer se levantó y le siguió a la cima de la montaña. Cuando llegaron, él le pidió que se sentara y descansara. El hombrecillo-espíritu se alejó unos cuantos pasos e hizo una llamada parecida al *coo-ee*,²⁷ y en un abrir y cerrar de ojos aparecieron otros muchos como él. Llevaban el cuerpo pintado con bandas de color ocre rojo y marga blanca, con plumas blancas de cacatúa en la cabeza y sujetas en torno a las muñecas a modo de pulseras. Portaban también lanzas de en torno a 60 o 70 centímetros de largas. Todos llevaban un cinturón de piel de pósum,



en el que sujetaban tres minúsculos búmerangs y waddies. Todos ellos rodearon a su líder, a la espera de recibir sus instrucciones. Al cabo de una breve conversación, el círculo se abrió y el jefe salió de entre ellos para dirigirse a ella y situarse a su lado. Sus hombres le siguieron de inmediato, y el jefe se dirigió a sus guardaespaldas con estas palabras:

²⁶ Son unos hombres pequeños que viven en la espesura. Los aborígenes creen que estos extraños hombrecillos visitan los campamentos a escondidas y se familiarizan con las costumbres de su gente. [Vienen a ser una especie de espíritus de la naturaleza muy pequeños, de en torno a 60 o 70 centímetros de altura.]

²⁷ Grito de los aborígenes para llamar la atención de alguien en la distancia.

—¡Escuchad, oh hermanos míos! Nos han llamado los espíritus invisibles que nos rodean, el Espíritu del Bien, el Espíritu del Agua, el Espíritu de los Alimentos, el Espíritu del Placer, el Espíritu del Rayo y el Trueno y el Viento y la Tormenta, y, por último, el Espíritu de la Luz del Sol. Los goannas han guardado para sí y no han compartido con las tribus que viven en esta región la tan necesaria agua que se conserva en esta montaña; han hecho uso de este don para sus propios fines egoístas, y se han negado a compartirla con los ancianos, los enfermos y los niños de otras tribus. Y, lo que es más, se han negado a cubrir las necesidades de sus propias esposas. Dadle a esta mujer la ayuda que pide a fin de liberar el agua contenida en esta montaña.

El pequeño hombre-espíritu se volvió a la mujer y la llevó hasta un agujero con forma de cuenco que se abría en la roca. Ella miró a través del agujero y vio brillar un agua pura y cristalina.

—Bebe —dijo el hombrecillo, y ella bebió hasta saciar su sed—. Y, ahora —continuó—, tienes que descender y, cuando llegues a los pies de la montaña, te encontrarás con las dos jóvenes mujeres. Tienes que decirles que vuelvan corriendo a su campamento y que les digan a las demás que se mantengan en el lado norte del valle, junto a los límites de los puercoespines, y que esperen tu llegada.

La mujer partió e hizo lo que los hombrecillos le habían dicho. Las dos jóvenes volvieron corriendo al campamento para transmitir el mensaje, y el resto de las *teal teal* se situaron en la parte norte del valle, tal como se les había indicado. Mientras tanto, la esposa del jefe se quedó a los pies de la montaña, a la espera de más instrucciones. Súbitamente, el tuckonie apareció a su lado, y le dijo:

—¡Oh, mujer! Estos buenos y grandes espíritus te han concedido el privilegio de soltar las aguas, que están ansiosas por liberarse de las ligaduras que las han mantenido prisioneras durante muchos, muchos años. Tú serás una bendición para todas las tribus, las de los animales, los pájaros, los reptiles y los insectos, y deberás guardar en tu recuerdo este gran acontecimiento. Habla a tus hijos e hijas del privilegio que el Espíritu del Agua te ha conferido.

Y, entregándole un palo de árbol-hierba,²⁸ añadió:

—Toma esto. Cuando yo te dé la señal, clava el palo en la ladera de la montaña, y el agua se liberará.

Y, una vez más, el tuckonie desapareció. La mujer se quedó sola, pensando en los extraños acontecimientos que estaba viviendo. Se pellizcó el brazo y se dio una palmada en la pierna para convencerse de que no estaba soñando, pero sintió el pellizco y el golpe.

²⁸ Planta endémica de Australia de nombre científico *Xanthorrhoea*.

—Estoy completamente despierta —se dijo a sí misma— ¡Qué experiencia más extraordinaria!

Entonces, una voz dijo:

—Clava el palo en la montaña.

La mujer puso la punta del palo contra la ladera de la montaña y empujó con fuerza. El palo se fue introduciendo poco a poco en el suelo, hasta casi desaparecer. Entonces, la voz del tuckonie dijo:

—¡Ahora, corre por tu vida hasta donde se encuentran tus hermanas!

Y la mujer salió corriendo valle abajo tan rápido como le permitían sus piernas. Cuando llevaría recorrida la mitad de la distancia, escuchó un estrépito a su espalda, un poderoso viento que recorría el paisaje. Era el sonido del agua, escapando de su prisión en la montaña y precipitándose valle abajo con la velocidad de un viento poderoso.

La mujer llegó junto a sus hermanas *teal teal* y, casi sin aliento, les dijo que el agua de la montaña venía hacia ellas para cruzar valle abajo. Mientras hablaba, vio cómo se levantaba el polvo en la ladera de la montaña, al tiempo que el agua se abría paso a través del valle, desarraigando y llevándose consigo hasta los árboles más grandes. Las mujeres contemplaron asombradas cómo pasaba el agua ante ellas camino del río Murray. Y, cuando el agua llegó al Murray, la corriente del nuevo río se fue asentando hasta estabilizarse. Las *teal teal* se aproximaron a la orilla y se sentaron a la sombra de los árboles, viendo cómo sus hijos e hijas se ponían a jugar y dar saltos a la orilla del río.

Al día siguiente regresaron los goannas y, mientras se dirigían a su campamento, vieron sobresaltados que un río les separaba ahora de sus esposas y sus hijos. Los goannas se sintieron enormemente contrariados. El jefe intentó hacer volver a las mujeres haciendo un agujero en el suelo y escondiéndose todos en él, y sollozaron durante las oscuras y frías noches invernales, hasta que cayeron en un profundo sueño que duró hasta que la primavera les instó a salir y a reasumir la carga de la vida una vez más. Y es por eso que, como venganza por haber perdido a sus mujeres, los goannas roban los huevos de los nidos de las *teal teal*, pensando que devorando sus huevos podrán poner fin a la existencia de las que en otro tiempo fueron sus esposas.

C11-16. EL CUENCO DE MADERA

Alemania (Keding, 2008, p. 72)

Había una vez un anciano que, con el paso de los años y viéndose cada vez más limitado en sus capacidades, tuvo que irse a vivir con su hijo y su nuera. El anciano intentaba ayudar en lo que podía en la granja, dando de comer a las gallinas y cuidando del jardín, pero la espalda le dolía cada vez más y el temblor de sus manos le impedía hacer hasta los trabajos más sencillos. Su hijo y su nuera tuvieron su primer hijo poco después de la llegada del anciano a la casa, y el niño se convirtió en el deleite del abuelo. Cuando el pequeño fue capaz de comprender sus palabras, el abuelo empezó a contarle cuentos y a cantarle canciones, le enseñó a reconocer las flores silvestres y los pájaros, y le mostró cómo hacerse una cometa. El niño quería mucho a su abuelo, y el anciano adoraba al pequeño.

Con el paso de los meses, el temblor de las manos del anciano fue en aumento, al punto que comenzó a derramar la sopa sobre el mantel y, a veces, incluso, a caérsele la comida de la boca. Su hijo y su nuera se disgustaban mucho con todo esto, y no tardaron en ponerle la comida aparte en una mesa pequeña, lejos de su querido nieto.

Un día, las manos le fallaron y se le cayó el cuenco de arcilla en el que solía comer, haciéndose pedazos en el suelo. El hijo la emprendió a gritos con su padre y, como castigo,

le dio al anciano el viejo cuenco de madera que tiempo atrás éste había utilizado para dar de comer a las gallinas. El anciano suspiró y no dijo nada, aceptando resignado su sino.



Un día, el padre y la madre vieron cómo el pequeño agarraba un tarugo de madera del montón de leña y, sacando una navajita que su abuelo le había dado, se puso a tallar cuidadosamente la madera. El padre se sentó a su lado y le

preguntó qué estaba haciendo.

—Estoy haciendo un cuenco de madera, padre, para que, cuando tú seas viejo y te tiemblen las manos como al abuelo, tengas algo donde poder ponerte la comida.

El hombre y su mujer se quedaron mirándose con lágrimas en los ojos, lágrimas de vergüenza. Trajeron de vuelta al anciano a la mesa familiar, donde estuvo comiendo junto

con ellos y su nieto hasta el fin de sus días; y, si derramaba la comida en alguna ocasión, le sonreían y no le daban importancia... ninguna importancia.²⁹

Principio 12

C12-17. EL CIERVO DEL BANIANO: UN RELATO JATAKA

Budismo indio (Martin, 1999, pp. 97-102)

"12. Defender el derecho de todos, sin discriminación, a un entorno natural y social que apoye la dignidad humana, la salud física y el bienestar espiritual, con especial atención a los derechos de los pueblos indígenas y las minorías."

En cierta ocasión, el Buda nació bajo la forma de un Ciervo del Baniano y, cuando creció, se convirtió en el líder de la manada. Él guiaba a su manada sabiamente, y les llevó a lo más recóndito de un bosque apartado donde, al abrigo de árboles gigantescos, vivían libres de todo peligro.

Entonces, un nuevo rey ascendió al trono del país; un rey que, por encima de todo, adoraba la caza. Tan pronto como el sol salía por el horizonte, el rey montaba en su caballo y encabezaba a sus hombres en una frenética persecución por campos y praderas, bosques y cañadas. Disparando flechas enloquecidamente, el rey no abandonaba la caza hasta que el sol se había puesto. Entonces, las carretas volvían a palacio tras él, llenas de ciervos, jabalíes, conejos, faisanes, monos, leopardos, osos, tigres y leones. Y el rey era feliz.

Su pueblo, sin embargo, no estaba tan contento. Los campos se habían echado a perder por causa de las cacerías reales. Granjeros y mercaderes se habían visto obligados a abandonar sus trabajos con el fin de batir la selva y empujar a las bestias ocultas hacia el rey y sus hombres. Por otra parte, los asuntos de estado estaban desatendidos.

Y el pueblo, decidido a zanjar el asunto, ingenió un plan. Construyeron una empalizada en lo profundo del bosque.

—Atraparemos uno o dos rebaños de ciervos en la estacada —se dijeron—. Y luego el rey podrá cazar cuanto quiera. Que cace hasta hartarse. Si no, arruinará nuestros campos y nos obligará a abandonar nuestras tiendas. Que sea feliz.

²⁹ Imagen en el relato: "Vintage bowl & spoon", de H is for Home, licencia CC BY-NC, en Flickr.com.

Construyeron la estacada y encerraron entre sus muros a dos rebaños de ciervos. Después, cerraron las puertas, y los delicados animales, corriendo y dando vueltas en frenéticos círculos, intentaron buscar una salida. Pero no había salidas. Finalmente, exhaustos, se quedaron quietos, temblando, esperando su destino.

Los hombres partieron felices para contarle al rey el éxito que habían tenido.

Uno de los rebaños que había sido capturado era el de la manada del Ciervo del Baniano. El Ciervo del Baniano se paseó por entre su manada. Los rayos del sol fulguraron en su ramificada cornamenta, brillando sus ojos negros, húmedo el hocico.

—El cielo sigue siendo azul sobre nuestras cabezas, y crece hierba verde bajo nuestras patas —les dijo a los demás—. No os rindáis. Donde hay vida, hay esperanza. Encontraré una solución.

Así procuró calmar sus temores.

El rey no tardó en llegar para ver los rebaños recién capturados. Se mostró complacido. Encordó su arco, preparándose para la caza y, percatándose de que había dos ciervos reyes allí abajo, dijo:

—Los líderes de ambos rebaños son unos animales magníficos. Que nadie les dispare. A ellos se les perdonará la vida.

Y, luego, subiéndose a la empalizada y contemplando desde arriba la estacada, envió sus flechas sobre los rebaños que se arremolinaban. Los ciervos se pusieron frenéticos. Corriendo, desesperados, se lastimaban unos a otros con las cornamentas y las pezuñas, mientras intentaban escapar de la mortal lluvia de flechas.

Y así prosiguieron las cosas. Cada pocos días, el rey y sus cortesanos regresaban a la estacada; y, cada pocos días, más y más dulces ciervos eran asesinados. Otros muchos resultaban heridos con las flechas; y aún más terminaban lesionándose en sus esfuerzos por escapar.

El rey de los Ciervos del Baniano se reunió con el líder de la otra manada.

—Hermano —dijo sacudiendo tristemente su astada cabeza—, estamos atrapados. Lo he intentado todo, pero no tenemos escapatoria. El dolor que sufren los nuestros es insoportable. Como sabes, cuando vuelan las flechas, son muchos los que se lastiman gravemente intentando, simplemente, conservar la vida. Echémoslo a suertes. Cada día, todos los ciervos, un día de tu manada, otro día de la mía, tendrán que elegir una brizna de paja. Después, el ciervo sobre el cual haya caído la mala suerte, se pondrá cerca de la empalizada, justo debajo del rey. Ese ciervo tendrá que ofrecerse para que le disparen. Es una solución terrible pero, al menos, de este modo, podremos evitar muchas heridas y lesiones innecesarias.

Y el líder de la otra manada accedió.

Al día siguiente, cuando el rey y sus cortesanos llegaron, se encontraron con un tembloroso ciervo justo debajo de ellos. Sus patas y su cuerpo se estremecían, pero mantenía la cabeza bien alta.

—¿Qué es esto? —preguntó el rey— ¡Ah, ya veo! ¡Estos ciervos son ciertamente nobles! Han elegido que uno solo muera para evitar que el resto sufra con nuestra cacería. Los reyes de los ciervos son sabios.

Y el corazón del rey se sumió en un profundo pesar.

—Aceptaremos sus términos —anunció—. De ahora en adelante, disparad sólo al ciervo que esté ahí debajo.

Y, desencordando su arco, bajó de la empalizada y volvió cabalgando en silencio hasta palacio.

Aquella noche, el rey no hizo más que revolverse en la cama, mientras un radiante ciervo se paseaba por sus sueños.

Un día, la mala suerte recayó sobre una cierva preñada. La cierva fue hasta su rey, el líder de la otra manada, y le dijo:

—Estoy dispuesta a ir y aceptar mi destino una vez que mi cervato haya nacido. Pero, si voy ahora, tanto yo como mi hijo moriremos. Por favor, deja que no cumpla con mi compromiso por el momento. No lo pido por mí misma, sino por mi hijo, que pronto nacerá.

Pero el líder de la manada respondió:

—La ley es la ley. No puedo permitirlo. Se echó a suertes y te ha tocado a ti. Tienes que morir. No hay excepciones. La justicia exige que vayas.

La cierva, desesperada, se fue corriendo hasta el Ciervo del Baniano. Se arrodilló ante de él y le suplicó que la ayudara. Él la escucho en silencio, observándola con unos ojos grandes y dulces.



—Levántate, Hermana —dijo el Ciervo del Baniano—, y ve en paz. Tienes razón. Los términos de esta lotería requieren la muerte de uno solo. Por tanto, estarás libre de la echada de suertes hasta que tu cervato haya nacido. Me ocuparé de que se cumpla con esto.

Sin encontrar palabras por causa de su alborozo, la agradecida cierva inclinó la cabeza y, luego, se alejó dando saltos.

El Ciervo del Baniano se irguió majestuoso. No podía enviar a nadie en lugar de la cierva. Él la había excusado de aquel mal trance, por lo que tendría que ser él quien la reemplazara. No podía ser de otro modo.

Echó a andar calmadamente, con una gran dignidad, por entre su manada.

Los miembros de la manada le observaron a su paso. Su gran cornamenta, su poderoso pecho, sus brillantes ojos y sus recias y negras pezuñas, todo ello les tranquilizaba y les confortaba. Jamás les dejaría su Rey Ciervo del Baniano. Jamás les abandonaría. Si existiera alguna salida que él pudiera encontrar, si existiera alguna posibilidad para salvar a otro de ellos, él la aprovecharía. Ni una sola vez se había comportado despóticamente con ellos. Era ciertamente un rey, y toda su manada se confortaba con su presencia.

Los cortesanos estaban esperando con los arcos dispuestos, sobre la empalizada. Pero, cuando vieron que el que venía a situarse debajo era el Rey Ciervo, gritaron:

—Oh, Rey de los Ciervos del Baniano, sabes que nuestro rey te ha perdonado la vida. ¿Por qué estás aquí?

—Vengo yo para que no mueran otros dos. Y, ahora, ¡disparad! Haced vuestro trabajo, que yo haré el mío.

Pero, bajando los arcos, los cortesanos enviaron un mensaje al rey: «Majestad, venga cuanto antes a la estacada».

No mucho después llegó el rey, cabalgando con sus ropajes al viento.

—¿Qué pasa? —inquirió— ¿Por qué me habéis hecho llamar?

—Venga, majestad —dijeron sus hombres—. ¡Mire!

El Ciervo del Baniano estaba allí abajo. El rey ciervo y el rey humano se miraron fijamente.

—Rey del Baniano —dijo el rey de los hombres al fin—, te conozco. Te he visto deslizándote por los bosques de mis sueños. ¿Por qué estás aquí? ¿Acaso no te liberé de mi cacería?

—Gran Rey —respondió el Ciervo del Baniano—, ¿qué gobernante puede sentirse libre si su pueblo sufre? Hoy, una cierva preñada me pidió ayuda. Las suertes habían recaído sobre ella, y tanto ella como su hijo no nacido tenían que morir. Sin embargo, esta lotería exige que sólo uno tenga que morir. Yo seré ese uno. Yo tomaré su lugar. La lotería se respetará. Es mi derecho y mi deber como rey.

Una piedra se desprendió del corazón del rey.

—Noble Ciervo del Baniano —dijo—, tienes razón. Un rey debería cuidar hasta del menor de sus súbditos. Es una lección que me ha llevado mucho tiempo aprender; pero hoy, a través de tu sacrificio, me la has dejado muy clara. De modo que te concedo un regalo, en pago por la lección que me has dado. Tú y toda tu manada quedáis libres. A ninguno de vosotros se os volverá a dar caza. Id y vivid en paz.

Pero el Ciervo del Baniano dijo:

—Gran Rey, ése es, ciertamente, un gran regalo. Pero no puedo irme todavía. ¿Puedo decir algo más?

—Habla, Noble Ciervo.

—Oh, Rey de los Hombres, si yo parto con mi propia manada, ¿no significará eso que la otra manada tendrá que sufrir por todos nosotros? Cada día, tendría que morir uno de ellos. No tendrían respiro. Una lluvia de flechas caería sobre ellos. Aunque deseo, por encima de todo, la seguridad de mi pueblo, no puedo aceptarla a costa de incrementar el sufrimiento de otros. ¿Me comprendéis?

El rey humano se quedó anonadado.

—¿Qué? —exclamó— ¿Estarías dispuesto a arriesgar tu libertad y la de tu manada por los demás ciervos?

—Sí —respondió el Ciervo del Baniano—. Lo haría. Lo haré. Pensad en su angustia, Gran Rey. Imaginad sus sufrimientos y, después, dejadles ir en libertad.

El rey de los hombres se detuvo a reflexionar. Al cabo, levantó la cabeza y sonrió.

—Nunca había visto tal nobleza ni tan decidida preocupación por los demás. ¿Cómo voy a negarme? Se hará lo que deseas. El otro rebaño también será libre. Y, ahora, ¿puedes irte con tu propia manada y vivir en paz?

Pero el Ciervo del Baniano respondió:

—No, Gran Rey, no puedo. Pienso en todas las demás criaturas salvajes de cuatro patas. Al igual que ellas, yo he vivido mi vida rodeado de peligros y miedos. ¿Cómo podría vivir en paz siendo consciente de los terrores que ellas tienen que soportar? Te ruego,

Poderoso Rey, que tengas piedad de ellas. No podrá haber paz en tanto ellas no sean libres también.

El rey de los hombres se quedó atónito de nuevo. Nunca se habría imaginado aquello. Se lo pensó y repensó y, poco a poco, la verdad de las palabras del Ciervo del Baniano se le fue haciendo más y más clara. Tenía razón, se dio cuenta al fin. No habrá verdadera paz a menos que sus beneficios se extiendan a todos.

—Tienes razón, Gran Ciervo —dijo el rey de los hombres al fin—. Nunca más, en todo mi reino, se le dará muerte a una criatura de cuatro patas. Son todas libres de mi cacería: el conejo, el jabalí, el oso, el león, el leopardo, el tigre, el ciervo; todos. Nunca más caerán bajo las flechas de mis cazadores. Así, Maestro mío, ¿tendrás paz al fin?



Pero el Ciervo del Baniano dijo:

—No, Gran Rey, no la tengo. ¿Qué hay, mi Señor, de las criaturas indefensas del aire? Las aves, Gran Rey, vivirían rodeadas por una red de peligros. Piedras y flechas irán a su encuentro ahora, cada vez que echen a volar. Caerán de los cielos como la lluvia por todo vuestro reino. Difícilmente podríamos imaginar su sufrimiento. Oh, Gran Rey, te lo ruego, déjalas libres, libéralas también.

—Gran Ser —respondió el rey de los hombres—, estás haciendo un difícil trato y te muestras decidido, al parecer, a convertirnos a todos en granjeros. Pero, sí, liberaré a las aves. Ahora podrán volar libremente por todo mi reino. Ningún hombre les dará caza de nuevo. Podrán construir sus nidos en paz. Y, ahora, ¿estás satisfecho? ¿Estás al fin en paz?

—Gran Rey —respondió el Ciervo del Baniano—, pensad, si os complace, en los silenciosos de vuestro reino: los peces, mi Señor. Si no hablara por ellos ahora, ¿quién lo haría? Mientras ellos nadan en los lagos, ríos y arroyos de vuestra tierra, anzuelos, redes y lanzas penden en todo momento sobre ellos. ¿Cómo voy a tener paz mientras ellos soportan tan grandes peligros? Gran Rey, te lo ruego, perdónalos también.

—Noble Ser —dijo el Rey de los Hombres mientras las lágrimas caían por sus mejillas—, Compasivo Ser, nunca antes se me había hecho pensar de tal manera; pero, sí, también accedo a esto. Los peces también pertenecen a mi reino, y también serán libres. Nadarán libres en todo mi reino y nadie los volverá a matar.

»Y, ahora, todos los cortesanos y asistentes aquí reunidos —anunció el rey— escuchad mis palabras; ésta es mi proclama. Ved que se anuncie por todo el país. A partir de hoy, todos los seres de mi reino serán reconocidos como mis queridos súbditos. Ninguno será atrapado, cazado o muerto. Este decreto, y proveed para que se cumpla.

»Y, ahora, dime, Noble Ser —añadió dirigiéndose al Ciervo del Baniano una vez más—, ¿estás en paz?»

Bandadas de pájaros recorrieron el aire sobre ellos y se posaron, cantando, sobre los árboles cercanos. Los ciervos pacían en calma sobre la verde hierba.

—Sí —respondió el Ciervo del Baniano—. ¡Ahora estoy en paz!

Y el Ciervo del Baniano dio un gran brinco, coceando como un cervatillo. Saltaba de alegría, ¡de pura alegría! ¡Los había salvado a todos!

Después, le dio las gracias al rey y, reuniendo a su manada, partió con ellos de vuelta a las profundidades del bosque.

El rey hizo que se levantara un pilar de piedra sobre el lugar en el que había hablado con el Ciervo del Baniano. Tallada en la piedra se veía la imagen de un ciervo, rodeada por estas palabras: «En homenaje al Noble Ciervo del Baniano, Compasivo Maestro de Reyes».

Y, después, también el rey prosiguió con su vida, cuidando sabiamente de todo en su reino.³⁰

³⁰ Imágenes en este relato: "Monarch of the Glen", obra de Edwin Henry Landseer, licencia CC0, en Wikimedia Commons; y "Deers, Bannerghatta National Park, Bangalore, India", de Natesh Ramasamy, licencia CC BY, en Flickr.com.

C12-18. EL BÁCULO DE ORANYAN

Yoruba - Nigeria y Benín (Ogumefu, 2007, pp. 40-41)

Oranyan, un valeroso rey guerrero, fundó la ciudad de Oyo. Un día, se le presentó la necesidad de encabezar una expedición a una distante región de su reino, por lo que dejó a su hijo al cargo de la capital durante su ausencia.

Pero el rey estuvo fuera durante tanto tiempo que todos pensaron que él y sus soldados habrían perecido; y, al final, el pueblo nombró rey a su hijo, que les gobernó durante un tiempo de forma sabia y justa.

Sin embargo, Oranyan no había muerto y, tras muchas demoras y tribulaciones, llegó a las cercanías de Oyo con unos pocos de sus seguidores, que habían sobrevivido.

Mientras se acercaba a la ciudad, se sorprendió al escuchar las notas de la trompeta Kakaki, que sólo sonaba ante la presencia del rey.

Con la convicción de que nadie podía haberse percatado de su regreso, le preguntó a un hombre que trabajaba en los campos para quién se hacía sonar la trompeta.



—Para el rey —respondió el hombre.

—Sí, pero, ¿qué rey? —preguntó el fatigado viajero.

—¿No sabe usted que el hijo de Oranyan es el rey, y que nos gobierna justa y sabiamente? Su padre murió en la batalla hace muchos meses.

Deseando la felicidad de su hijo más que la suya propia, el viejo rey desanduvo lo andado y se instaló con sus pocos amigos en un humilde retiro en una región remota del país. Sólo a la muerte de Oranyan se le hizo saber a su hijo de su regreso de la batalla y de su presencia en el país.

El joven príncipe, ahora rey, lamentándose por el sacrificio de su noble padre, erigió un obelisco sobre el lugar en el que había muerto, y el monumento, que se conoce como el Báculo de Oranyan, todavía puede verse hoy en día.³¹

³¹ Imagen en este relato: "Oranmiyan's staff", el báculo de Oranyan, fotografía de Bappah, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons.

C12-19. POR QUÉ LOS ÁRBOLES DE HOJA PERENNE CONSERVAN SUS HOJAS EN INVIERNO

Dinamarca (Hoolbrook, s.d.)

Un día, hace mucho, mucho tiempo, un día en que hacía mucho frío porque el invierno se aproximaba, todos los pájaros emprendieron el vuelo para emigrar hacia el sur, hacia regiones más cálidas donde esperar la llegada de la primavera; todos salvo uno, un pequeño pajarillo que se había roto un ala y no podía volar. No sabiendo qué otra cosa hacer, miró a su alrededor en busca de algún lugar donde cobijarse. El único resguardo en el que pudo pensar fueron los árboles del gran bosque. «Quizás los árboles me mantengan caliente durante el invierno», pensó.

Así pues, se acercó hasta las lindes del bosque, dando saltitos y aleteando con su ala rota, y se dirigió a un esbelto y plateado abedul.

—Hermoso abedul —le dijo—, ¿me dejarías vivir en tus cálidas ramas hasta que vuelva la primavera?

—¡Queridoooo, qué cosas pides! —respondió el abedul—Tengo que cuidar de mis propias hojas a lo largo del invierno. Con eso ya tengo bastante. Vete.

El pajarillo saltó y aleteó con el ala rota hasta alcanzar el siguiente árbol, que era un enorme roble.

—¡Oh, gran roble! —le dijo— ¿me dejarías vivir en tus cálidas ramas hasta que vuelva la primavera?

—¡Queridoooo, qué cosas pides! —respondió el roble— Si te quedas en mis ramas todo el invierno te comerás mis bellotas. Vete.

Así pues, el pajarillo se fue saltando y aleteando con su ala rota hasta un sauce que se elevaba a la orilla de un arroyo.

—¡Oh, hermoso sauce! —dijo el pajarillo— ¿me dejarías vivir en tus cálidas ramas hasta que vuelva la primavera?

—¡Claro que no! —dijo el sauce— Yo nunca hablo con extraños. Vete.

Al final, el pobre pajarillo ya no sabía adónde ir, pero siguió dando saltitos y aleteando con su ala rota por no quedarse helado. Una píceca le vio pasar y le dijo:

—¿Adónde vas pajarillo?

—No lo sé —respondió éste—. Los árboles no me dejan vivir entre sus ramas, y tengo un ala rota, de modo que no puedo volar.

—Puedes vivir en una de mis ramas —dijo la pícea—. Mira, aquí tengo la más caliente de todas.

—Pero, ¿podré pasar todo el invierno contigo?

—Sí —contestó la pícea—. Me gustará tenerte conmigo.

Y un pino que se elevaba junto a la pícea, al ver al pajarillo saltando y aleteando con el ala rota, le dijo:

—Mis ramas no son muy calientes, pero yo puedo protegerte del viento, porque soy grande y fuerte.

De modo que el pajarillo se subió como pudo a la pícea y se cobijó en su rama más cálida, mientras el pino lo protegía del viento helado. Luego, el enebro vio lo que estaba pasando y dijo que él se ocuparía de alimentar al pajarillo durante todo el invierno, pues las bayas de enebro son muy buenas para las aves.

El pajarillo se encontraba muy a gusto en su cálido abrigo arbóreo, a cubierto del viento y con bayas de enebro para comer. Mientras tanto, en las lindes del bosque, los otros árboles insistían en sus posturas:

—Yo no voy a cuidar de un pájaro extraño —dijo el abedul.

—No voy a poner en peligro mis bellotas —dijo el roble.

—Yo no hablo con extraños —dijo el sauce.

Y los tres árboles se irguieron llenos de orgullo.

Aquella noche, el Viento del Norte vino a jugar a los bosques. Sopló sobre las hojas con su gélido aliento, y cada hoja que tocaba se caía al suelo. El Viento del Norte deseaba soplar en todas las hojas del bosque, porque le encantaba ver desnudos a los árboles.

—¿Puedo soplar sobre todas, todas las hojas? —le preguntó a su padre, el Rey de la Escarcha.

—No —le respondió éste—. Los árboles que fueron amables con el pájaro del ala rota pueden conservar sus hojas.

Y, así, el Viento del Norte tuvo que pasar de largo sin molestar a la pícea, al pino y al enebro, y no los despojó de sus hojas en todo el invierno. Y así ha sido desde entonces.

C12-20. LA GRAN CALABAZA DEL CIELO

Lao - Laos (APCIEU et al., 2010, pp. 77-79)

"12.a. Eliminar la discriminación en todas sus formas, tales como aquellas basadas en la raza, el color, género, orientación sexual, religión, idioma, nacionalidad y el origen étnico o social."

Hace mucho, mucho tiempo, la tierra estaba cubierta por una densa capa boscosa, salvo por una inmensa enredadera que, emergiendo desde los bosques, se elevaba directamente hasta el cielo. De ella colgaba una única calabaza, pero era una calabaza muy, muy grande.

Los dioses se reunieron en el cielo y decidieron que tenían que habitar la tierra, de modo que enviaron a uno de ellos junto con sus seguidores. Su nombre era Khoun Bulom, y tenía dos esposas, Yommala y Akkai.

En aquella época no había seres humanos ni animales en la tierra, sólo existían los dioses y algunos espíritus. La tierra estaba muy oscura debido a la inmensa calabaza, que bloqueaba los rayos del sol y no dejaba que llegaran hasta la tierra.

Khoun Bolom envió a un mensajero al Gran Dios del cielo pidiéndole ayuda, y el Gran Dios, Phya In, ordenó que algunos dioses más bajaran a la tierra para cortar la enredadera y también para hacer agujeros en la calabaza.

En cuanto cortaron la enorme enredadera, la luz del sol brilló en toda la tierra, y ésta se transformó en un lugar ciertamente luminoso y placentero. Sin embargo, hacer los agujeros en la calabaza se convirtió en una tarea complicada. Al principio, los dioses utilizaron una afilada barra de hierro candente. En cuanto hicieron los agujeros en la calabaza, muchos seres humanos comenzaron a salir al exterior. Pero, como habían tenido que esforzarse para salir por un agujero muy pequeño, oscuro y tiznado de hollín por haberlo hecho con un hierro candente, estas personas tenían la tez oscura.



Al ver esto, los dioses decidieron hacer un agujero más grande, para lo cual emplearon esta vez un hacha. Con ella hicieron un agujero limpio, y a los seres humanos de dentro no les resultó difícil salir. El segundo lote de seres humanos tenían la tez más clara que los primeros que habían salido, debido a que el agujero no estaba tiznado de hollín.

Pero todos los seres humanos venían del mismo lugar. Los que salieron primero eran los hermanos y hermanas mayores, y los que salieron después eran las hermanas y hermanos menores, de modo que estaban estrechamente emparentados. El color de su piel no era para ellos un problema en absoluto.

Estos seres humanos fueron los antepasados de toda la humanidad, y a partir de aquel lugar se diseminaron por todo el mundo. Se adaptaron a los distintos climas y entornos naturales de los diferentes lugares, pero lo más importante es que salieron todos del mismo lugar y que todos eran en esencia iguales. Ciertamente, se querían unos a otros como hermanos y hermanas.

Cuando todos los seres humanos hubieron salido, los dioses hicieron aún otro agujero en la calabaza, y de allí salieron muchos animales: elefantes, caballos, vacas y todo lo demás. Los seres humanos se pusieron entonces a hacer joyas de todo tipo con plata y oro para darle más belleza a la vida en la tierra.³²

C12-21. LOS CAZADORES INVISIBLES

Miskito - Nicaragua (Rohmer et al., 1987)

"12.b. Afirmar el derecho de los pueblos indígenas a su espiritualidad, conocimientos, tierras y recursos y a sus prácticas vinculadas a un modo de vida sostenible."

A última hora de la tarde de un sábado, tres hermanos salieron de la aldea de Ulwas, junto al río Coco, en Nicaragua, con la intención de cazar waris, los deliciosos cerdos salvajes de la región. Al cabo de alrededor de una hora de caminata en la espesura, escucharon una voz.

—Dar. Dar. Dar —decía la voz.

Los hermanos se detuvieron, miraron a su alrededor, pero no vieron a nadie. Entonces, volvieron a escuchar la voz:

—Dar. Dar. Dar.

³² Imagen en este relato: "Lagenaria siceraria", de カールおじさん, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons.

La voz procedía de una enredadera que colgaba de un árbol delante de ellos.

El primer hermano agarró la enredadera y, al instante, desapareció. Entonces, el segundo hermano agarró la enredadera y desapareció también. Atónito, el tercer hermano se puso a gritar:

—¿Qué has hecho con mis hermanos?

—No les he hecho daño a tus hermanos —dijo la voz—. Cuando me suelten, los volverás a ver.

Efectivamente, cuando los dos primeros hermanos soltaron la enredadera, se hicieron visibles de nuevo.

—¿Quién eres? —preguntaron fascinados los jóvenes.

—Yo soy Dar —dijo la voz—. Si me agarráis, ningún ser humano ni ningún animal puede veros.

Los hermanos comprendieron de inmediato la enorme utilidad del Dar.

—Entonces podríamos acercarnos sigilosamente a los waris y no nos verían, y podríamos matarlos fácilmente con nuestros palos.

Los tres hermanos querían un trozo de Dar. Fueron a agarrar la enredadera de nuevo, pero ésta esquivó sus manos y desapareció.

—Antes de que toméis mi poder, tenéis que prometer que haréis un buen uso de él —dijo el Dar.

—Te prometeremos lo que tú quieras —dijeron los hermanos.

—En primer lugar, tenéis que prometer que nunca venderéis carne de wari. Deberéis regalarla. Y, en segundo lugar, tenéis que prometer que nunca cazaréis con armas de fuego; sólo podréis cazar con vuestros palos de caza.

Los hermanos nunca habían vendida la carne de los waris que cazaban, siempre se la habían dado gratis a la gente de la aldea. Por otra parte, nunca habían cazado con armas de fuego; siempre lo habían hecho con sus palos. No conocían otro modo de hacerlo.

—Te lo prometemos —dijeron.

Así pues, el Dar permitió que cada uno de ellos arrancara un trozo pequeño de la mágica enredadera, y aquel día los hermanos tuvieron mucho éxito en la caza. Después de cazar muchos waris, colgaron sus trozos del Dar en el árbol y regresaron a casa.

La gente de Ulwas recibió a los hermanos con gran regocijo. Limpiaron los animales y los colgaron encima del fuego; y, muy pronto, el delicioso aroma de la carne ahumada se introducía en todas las casas de la aldea. Cuando la carne estuvo lista, los hermanos la cortaron a trozos y la repartieron entre todos en la aldea. La gente de Ulwas nunca había comido tan bien.

Más tarde, aquella misma noche, los ancianos del pueblo preguntaron a los hermanos cómo habían podido cazar tantos waris, y los muchachos les contaron lo sucedido y les hablaron de las promesas que habían hecho al Dar.

—Ha sido un verdadero golpe de suerte que hayáis escuchado a esa enredadera —dijeron los ancianos—. Se trata de una planta muy poderosa. En tanto mantengáis vuestras promesas, nuestra aldea prosperará y nuestro pueblo os honrará.

Con la ayuda del Dar, los hermanos se convirtieron en unos cazadores famosos. Los



relatos acerca de ellos se difundieron por todas las aldeas del río Coco, e incluso más allá. Un día, llegó a Ulwas una canoa con dos forasteros. Éstos querían conocer a los hermanos, y les habían traído regalos: ropas de colores brillantes y barriles de vino.

—Hemos viajado durante muchos días para poder conocer a tan famosos cazadores —dijeron.

Los hermanos invitaron a comer a aquellos hombres y, al terminar la comida, éstos les dijeron a los jóvenes que eran comerciantes, y que habían venido para comprar carne de wari.

—No podemos vender wari —dijeron los hermanos, acordándose de la promesa hecha—. Esto es lo que come nuestro pueblo.

Los comerciantes se echaron a reír.

—No esperábamos que tan grandes cazadores fueran tan ingenuos. Claro está que vuestro pueblo tiene que comer. Lo único que queremos comprar es la carne que os sobre.

Los hermanos se sintieron tentados.

—Quizás podríamos vender sólo un poquito de carne —dijo el primer hermano.

—Pero el Dar lo sabrá —dijo el segundo.

Los hermanos se miraban entre sí nerviosos. Entonces, el tercer hermano dijo:

—Ya habéis visto que los comerciantes son hombres listos. Su poder debe ser mayor que el poder del Dar.

Finalmente, los hermanos asintieron. No hubiera sido sensato contrariar a los comerciantes, de modo que los hermanos comenzaron a vender wari.

Los comerciantes regresaron en muchas ocasiones a la aldea de Ulwas; cada vez traían más dinero para los cazadores, y cada vez se llevaban más carne de wari. Muy pronto, los hermanos empezaron a preocuparse de que no hubiera suficiente wari para el pueblo, pero los comerciantes se rieron de sus preocupaciones.

—Eso es culpa vuestra —les dijeron.

—Pero nosotros siempre hemos cazado con palos.

—Por eso no podéis dar de comer a vuestro pueblo. Tenéis que matar waris más rápido. Necesitáis armas de fuego.

Los hermanos se reunieron para hablar.

—Si compramos armas, podremos matar más waris —dijo el primer hermano.

—Podremos vender carne a los comerciantes y alimentar a la gente también. Pero, ¿qué ocurrirá con nosotros? —preguntó el segundo hermano.

El tercer hermano se echó a reír, y dijo:

—Que nos haremos tan listos como los comerciantes.

Así pues, los hermanos comenzaron a cazar con armas de fuego. Se habían olvidado por completo de las promesas hechas al Dar.

Poco a poco, sus corazones se alejaron de la gente del pueblo. Cuanta más carne traían a casa, más carne les vendían a los comerciantes. Se habían acostumbrado a las cosas

que puede comprar el dinero. Al final, los ancianos de la aldea les hablaron a los hermanos severamente.

—Tenéis que alimentar al pueblo. Tienen hambre.

—Si quieren carne, que nos paguen por ella, igual que hacen los comerciantes — respondieron iracundos.

Pero la gente no tenía dinero, de manera que empezaron a esperar a los cazadores a la entrada de la aldea. Cuando éstos regresaban cargados con waris, la gente les pedía que compartieran algo con ellos.

—Los hombres listos no regalan lo que pueden vender —se decían los hermanos entre sí, de modo que sólo les daban a sus vecinos la carne estropeada que no podrían vender.

Al final, la gente se enfureció.

—¿Ya no sois nuestros hermanos? —les gritaron.

Pero los cazadores se echaron a reír y prosiguieron su camino. Incluso apartaron a un lado a los ancianos que intentaban razonar con ellos.

Pasaron los meses y, un día, cuando los hermanos regresaron a la aldea, la gente no se congregó a su alrededor como de costumbre. Al contrario, se apartaban de su camino. Hubo quien se tapó los ojos y gritó, mientras que otros no podían creer lo que veían: la extraña procesión de waris muertos desfilando lentamente en el aire. Sólo los ancianos comprendieron lo que había ocurrido.

—El Dar ha hecho invisibles a los cazadores —dijeron.

Así era. Los hermanos eran invisibles. Habían dejado sus trozos de Dar en el árbol, como hacían siempre, pero seguían siendo invisibles.

Algo iba mal. Los jóvenes echaron al suelo los cuerpos de los animales que portaban y salieron corriendo en dirección al árbol.

—¿Qué has hecho? —preguntaron al Dar aterrorizados.

Pero el Dar no les respondió. Los hermanos cayeron sobre sus rodillas y le rogaron que les ayudara. Pero el Dar no hacía otra cosa que repetir su nombre.

—Dar. Dar. Dar.

Entonces, los hermanos se dieron cuenta de que lo que habían hecho era terrible. Avergonzados y llorando, volvieron a la aldea.

Fuera de la aldea les estaban esperando los ancianos. Los hermanos les suplicaron perdón, pero los ancianos no los perdonaron.

—A partir de ahora, quedáis desterrados de Ulwas —dijeron—. Nunca más volveréis a vivir con nosotros.

Los hermanos suplicaron a los ancianos que les dieran otra ocasión más.

—¿Cómo vamos a vivir lejos de nuestro pueblo? —decían entre lágrimas.

Pero los ancianos les dieron la espalda y se marcharon.

Y, así, los cazadores invisibles abandonaron su aldea para siempre. Deambularon río arriba hasta la cascada del Carizal; y, mientras caminaban, llamaban al Dar, rogándole que les hiciera visibles de nuevo. Hay personas en las riberas del río Coco que dicen que los cazadores siguen vagando por la zona después de tantos años, y unos cuantos dicen que se han cruzado con los cazadores invisibles en la espesura. Ellos lo saben bien, dicen, porque han oído voces llamando:

—Dar. Dar. Dar.³³

C12-22. Mon-Daw-Min o el origen del maíz indio

Ojibwa - Ontario, Canadá (Schoolcraft, 1956, pp. 58-61)

"12.c. Honrar y apoyar a los jóvenes de nuestras comunidades, habilitándolos para que ejerzan su papel esencial en la creación de sociedades sostenibles."

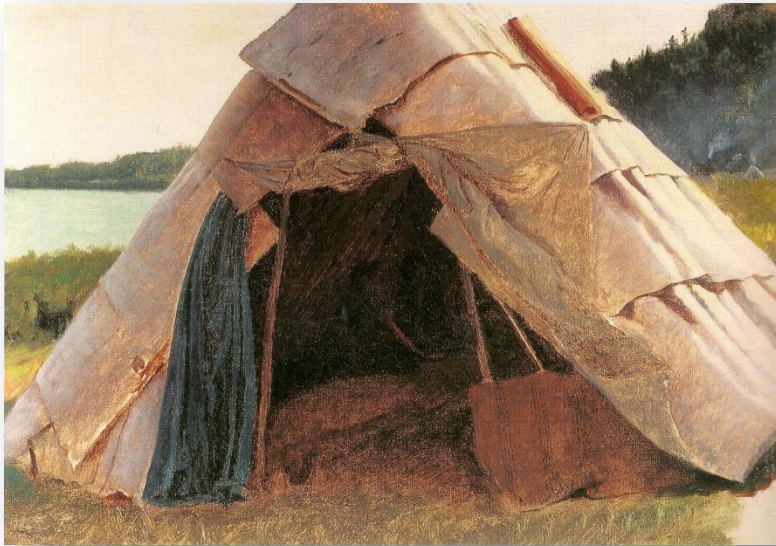
Hace mucho tiempo, un pobre indio vivía con su mujer y sus hijos en una zona muy hermosa del país. El hombre no era sólo pobre, sino que, además, no se le daba bien conseguir comida para su familia, y sus hijos eran todos muy pequeños para poder ayudarlo.

Aunque era pobre, tenía un carácter amable y no se lamentaba por su destino; de hecho, siempre daba las gracias al Gran Espíritu por todo lo que recibía. Esa misma disposición la había heredado su hijo mayor, que por entonces había alcanzado la edad exigida para realizar la ceremonia del Ke-ig-uish-im-o-win, o ayuno, en la cual descubriría qué espíritu sería su guía y guardián a lo largo de su vida. Wunzh, pues éste era su nombre,

³³ Imagen en este relato: "The Amazon and Madeira rivers", dibujo de Franz Keller, licencia CC0 en Wikimedia Commons.

había sido un chico obediente desde la infancia, y tenía un carácter reflexivo y dócil, por lo que era muy querido por toda la familia.

En cuanto aparecieron las primeras señales de la primavera, construyeron la habitual cabaña ritual en un lugar apartado, a cierta distancia del hogar familiar, con el fin de que tuviera un entorno tranquilo durante el solemne rito. Wunzh se preparó a conciencia y, en cuanto estuvo hecha la cabaña, se introdujo en ella y comenzó su ayuno.



Los primeros días se entretuvo por las mañanas caminando por el bosque y las montañas, observando las primeras plantas y flores de la primavera. De este modo, se predisponía mejor para el sueño y, al mismo tiempo, preparaba su mente con ideas agradables para sus ensoñaciones. Pero, mientras deambulaba por los bosques, sintió el intenso

deseo de saber cómo crecían las plantas, las hierbas y las bayas sin ayuda alguna del ser humano, y por qué había especies que eran buenas para comer en tanto que otras tenían jugos medicinales o, por el contrario, venenosos.

El joven trajo a su mente aquellos pensamientos cuando empezó a sentirse demasiado débil como para seguir haciendo caminatas por los alrededores y tuvo que recluirse en la cabaña; tuvo el deseo de soñar en algo que pudiera resultar beneficioso para su padre y su familia, así como para toda la gente de su pueblo.

«¡Es verdad! —pensó— El Gran Espíritu lo hizo todo, y es a él a quien debemos la vida. Pero, ¿no nos podría facilitar la obtención de comida de un modo que no sea cazando animales o pescando? Esto es lo que me gustaría averiguar en mis visiones.»

Al tercer día se sintió muy débil, y pensó que lo mejor era quedarse en la cama. Allí tumbado, fantaseó con que veía a un joven de agraciado aspecto que bajaba del cielo y se dirigía hacia él. Iba vestido con unas ropas elegantes y coloridas, en tonos verdes y amarillos, pero con distintos matices y tonos. Llevaba también un tocado de plumas, y todos sus movimientos eran elegantes.

—Me han enviado a verte, amigo mío —dijo su celestial visitante—. Me ha enviado el Gran Espíritu, que hizo todas las cosas en el cielo y en la tierra. Él ha visto y conoce tus motivos en el ayuno, y ha visto en ti el benévolo deseo de hacer el bien a tu gente, y de beneficiarles, y que no buscas la fortaleza en la guerra ni las alabanzas que se dan a los guerreros. Me ha enviado para que te instruya y para que te muestre cómo hacer el bien a los tuyos.

A continuación, le dijo al joven que se levantara y que se dispusiera a luchar con él, pues sólo de esta manera podría conseguir lo que deseaba. Wunzh sabía que estaba débil por causa del ayuno, pero sintió que el coraje crecía en su corazón e, inmediatamente, se puso en pie, dispuesto a morir antes que fracasar en su empeño. Comenzó la prueba y, después de un prolongado esfuerzo, estando casi exhausto, el bello extraño le dijo:

—Amigo mío, es suficiente por hoy, pero volveré para ponerte de nuevo a prueba.

Y, despidiéndose con una sonrisa, se elevó de nuevo y desapareció por la misma dirección por la que había venido.

Al día siguiente, el visitante celestial reapareció a la misma hora y le instó a reanudar la prueba. Wunzh sintió que sus fuerzas menguaban día a día, pero el coraje de su mente parecía incrementarse en la misma proporción en que su cuerpo se iba debilitando. Al constatar esto, el extraño le dijo lo mismo que le había dicho el día anterior, pero añadió:

—Mañana será la última prueba. Sé fuerte, amigo mío, pues ésta es la única manera en que podrás vencerme y obtener la bendición que buscas.

Al tercer día apareció de nuevo a la misma hora y reanudó la lucha. El pobre joven se sentía ciertamente débil, pero se hacía mentalmente más fuerte con cada prueba, y estaba decidido a vencer, o bien a perecer en el intento. Se esforzó al máximo en su empeño y, tras mantener la lid durante el mismo tiempo que los otros días, el extraño cesó en sus esfuerzos y se declaró vencido. Por vez primera entró en la cabaña y, sentándose junto al joven, comenzó a impartirle instrucciones, diciéndole de qué modo debería proceder para sacar partido a su victoria.

—Te has ganado lo que deseabas del Gran Espíritu —dijo el extraño—. Has luchado con valentía. Mañana será tu séptimo día de ayuno, y tu padre vendrá a traerte alimentos para que recuperes las fuerzas. Pero, dado que es el último día de prueba, sé que superarás la tentación. Y ahora te diré lo que tienes que hacer para beneficiar a tu familia y a toda la tribu.

»Mañana —repitió— nos volveremos a encontrar y lucharé contigo por última vez; y, en cuanto me hayas vencido, deberás despojarme de mi ropa y deberás arrojarme al suelo, deberás limpiar la tierra de raíces y malas hierbas, tendrás que ablandarla y enterrarme en ese mismo lugar. Una vez hecho esto, deja mi cuerpo en la tierra, y no lo molestes.

Simplemente, ven de vez en cuando para ver si he recobrado la vida, y ten mucho cuidado de que no crezcan malas hierbas sobre mi tumba. Una vez al mes, cúbreme con tierra fresca. Si sigues mis instrucciones, lograrás tu objetivo de hacer el bien a tus semejantes enseñándoles los conocimientos que yo te acabo de enseñar.»

Y, tras estrecharle la mano, desapareció.

A la mañana siguiente vino su padre con algunos alimentos ligeros, diciendo:

—Hijo mío, ya has ayunado suficiente. Si el Gran Espíritu quiere hacerte algún favor, lo hará ahora. Han pasado siete días desde que dejaste de comer, y no debes sacrificar tu vida. El Dueño de la Vida no nos pide eso.

—Padre mío —respondió el joven—, espera hasta que se ponga el sol. Tengo un motivo muy particular para prolongar mi ayuno hasta esa hora.

—Muy bien —dijo el padre—. Esperaré hasta que se ponga el sol y estés dispuesto a comer.

A la hora habitual, su extraño visitante celestial regresó, y reanudaron su prueba de fuerza. Aunque el joven no había aceptado la oferta de su padre de comer, se sintió más fuerte que nunca, como si aquel esfuerzo hubiera renovado sus fuerzas y su coraje. Agarró a su espiritual antagonista y, con una fuerza sobrenatural, lo arrojó al suelo, lo despojó de sus hermosas ropas y del tocado de plumas, y, viendo que estaba muerto, lo enterró de inmediato en aquel mismo lugar, tomando todas las precauciones que su amigo le había indicado y con la confianza absoluta de que éste volvería a la vida de nuevo. Después, regresó al hogar familiar y participó con moderación de la comida que le habían preparado; pero en ningún momento se olvidó de la tumba de su amigo.

Fue a visitarlo con frecuencia a lo largo de la primavera, para arrancar las malas hierbas y mantener la tierra blanda y mullida. Y no tardó en ver aparecer en el suelo la parte superior del tocado de plumas verdes de su amigo. Cuanto más cuidado ponía en seguir las instrucciones recibidas, más rápido crecían aquellas plumas. No obstante, tuvo mucho cuidado en ocultar su hazaña a su padre. Pasaron los días y las semanas, y, cuando el verano estaba llegando a su término, tras una larga ausencia de su padre por hallarse de caza, Wunzh le pidió a su progenitor que le siguiera hasta el silencioso y solitario lugar en el que había hecho su ayuno.

La cabaña ya no estaba, pero las malas hierbas no crecían en el sitio en el que la cabaña se había levantado, pues en su lugar había una planta alta y esbelta, con un mechón sedoso de brillantes colores, coronada con cimbreantes plumas y elegantes hojas, con racimos dorados a cada lado.

—Es mi amigo —gritó el muchacho—. Es el amigo de la toda la humanidad. Es Mondawmin.³⁴ Ya no tendremos que depender de la caza sólo; pues, en tanto cuidemos de este regalo, la misma tierra nos dará para vivir.

Y, entonces, el joven arrancó una mazorca y dijo:

—Mira, padre mío, por esto es por lo que ayuné. El Gran Espíritu escuchó mi voz y nos envió algo nuevo. A partir de ahora, nuestro pueblo no dependerá sólo de la caza o de la pesca.

Y después le transmitió a su padre las instrucciones que le diera el extraño. Le dijo que había que despojar a la mazorca de sus grandes hojas externas, al igual que él había despojado de su ropa a su amigo tras la lucha. Después, le explicó que debía aguantar la mazorca ante el fuego hasta que la piel externa se pusiera de color pardo, mientras el jugo se conservaba en los granos. Y toda la familia se unió al banquete de las mazorcas recién maduradas, expresando su gratitud al Espíritu Misericordioso que se las había dado.

Y así fue cómo el maíz vino al mundo, y cómo desde entonces lo hemos preservado.³⁵



C12-23. LA DAMA DE LAS CAMELIAS

Japón (Olcott, 1919, pp. 40-43)

"12.d. Proteger y restaurar lugares de importancia que tengan un significado cultural y espiritual."

Sucedió que, en una aldea cercana a los pies del Monte Fuji, vivió una vez un joven de humilde condición llamado Yosoji. Su padre había muerto años atrás, pero su madre, aunque anciana y muy delicada de salud, seguía junto a él. Yosoji sólo pensaba en ella, y trabajaba muy duro de la mañana a la noche para ganarse el sustento y poder vestir a su

³⁴ El nombre del maíz, se supone que en la lengua ojibwa.

³⁵ Imágenes en este relato: "Ojibwe Wigwam at Grand Portage", obra de Eastman Johnson, licencia CC0; y "Corncoobs", de Asbestos, licencia CC BY-SA, ambas en Wikimedia Commons.

madre dignamente. Incluso, al final de la jornada, se encargaba él de las labores de la casa para que su madre no se cansara.

Sin embargo, una primavera, una terrible enfermedad se extendió por la aldea y muchas personas cayeron enfermas, entre ellas la madre de Yosoji. Con el paso de las horas, la mujer iba empeorando, al punto que Yosoji pensó que iba a morir. Con el corazón roto de dolor, el joven salió a la calle en busca de ayuda. Entonces recordó algo que había oído una vez en boca de los ancianos de la aldea: que había una fuente de aguas curativas oculta en las laderas del Monte Fuji. Con un hilo de esperanza al cual aferrarse, Yosoji echó a correr en dirección a la montaña.

Ascendió por la ladera desesperado, apartando los arbustos a manotazos y provocando a su paso una lluvia de pétalos rosáceos que caían sobre él; pero él no los veía. Tampoco escuchaba a los pájaros que cantaban desde los árboles, pues su único pensamiento era el de salvar a su madre.

Casi sin aliento, llegó finalmente a una encrucijada en la que se encontraban tres caminos, y se detuvo a considerar cuál de ellos tomar. En ese momento, una hermosa doncella salió del bosque. Su vestido era de un blanco resplandeciente, y su largo cabello negro parecía envolverla, mientras sujetaba en sus manos un ramo de céreas camelias blancas.

—Yosoji —le llamó la doncella sonriendo dulcemente—. Ven. Sígueme. Te llevaré a la fuente de la que brota el Elixir de la Vida.

Y, dándose la vuelta, le hizo un gesto con su rama de camelias para que le siguiera. Yosoji fue en pos de ella colmado de impaciencia, pero a la vez maravillado, hasta que llegó a una roca de la cual manaba un chorro de agua cristalina. El tenue tintineo del agua en la piedra sonaba como un millar de campanas de plata.

—Toma esta calabaza, Yosoji —le dijo la doncella—. Llénala y bebe. Luego, llénala de nuevo y llévasela a tu madre.



Sin poder salir de su asombro, Yosoji se inclinó sobre la fuente y llenó la calabaza. Y, cuando el reluciente líquido tocó sus labios, sintió como si la propia vida corriera por sus venas, desprendiéndose de él todo pesar y toda fatiga como un viejo vestido que cayera a sus pies.

El joven se incorporó gozoso y más fuerte que nunca, mientras la doncella le hacía señas para que la siguiera de nuevo, dejándole en el lugar donde se habían encontrado.

—Adiós, oh Yosoji, amoroso hijo de una buena madre —le despidió ella con una sonrisa—. Vuelve aquí dentro de tres días, pues necesitarás más de esa preciosa agua.

Tras darle las gracias de todos los modos posibles, Yosoji descendió precipitadamente de la montaña. Poco después estaba junto al lecho de su madre. Le acercó la calabaza a los labios y la mujer cayó en un sueño tranquilo y reparador. Y cuando llegó la mañana, se levantó tan sana y tan briosa como lo había sido en su juventud.

Pasaron tres días, y Yosoji regresó a la montaña, subiendo hasta aquel lugar en el que los tres caminos se cruzaban. La encantadora doncella salió a su encuentro, tal como había ocurrido días atrás, y sonriendo le llevó de nuevo hasta la fuente, donde una vez más llenó la calabaza. Dándole nuevamente las gracias, bajó apresuradamente a la aldea para repartir el agua entre los enfermos, quienes bebiendo de ella también se curaban.

Cinco veces, a la sazón, visitó Yosoji la fuente escondida de Monte Fuji, siempre guiado por la doncella, llenando la calabaza con el milagroso Elixir de la Vida, hasta curar por completo a todos los enfermos de la aldea. Con lo sucedido, la gente colmó de alabanzas a Yosoji, y su fama se extendió hasta distantes regiones. La gente le traía regalos, y allá donde iba se inclinaban ante él.

Sin embargo, Yosoji no era feliz con aquella situación, pues sabía que toda alabanza y todo agradecimiento pertenecían a la doncella que le había guiado hasta la fuente, y sólo deseaba verla para darle las gracias debidamente por lo que había hecho.

Y, así, una mañana temprano partió hacia Monte Fuji, llevando consigo diversos regalos con los cuales complacer a la doncella. Ascendió por la ladera y llegó al lugar donde los tres caminos se encontraban; pero, aunque esperó durante mucho tiempo, la doncella no apareció. Al final, decepcionado, se adentró por el sendero que llevaba hasta la fuente pero, al llegar a la roca, descubrió que no manaba de ella agua alguna. El manantial se había secado, y sólo una pocas gotas caían de la pared de piedra.

Entonces, mientras contemplaba tristemente lo que otrora fuera la fuente milagrosa, vio a la hermosa doncella a su lado. Estaba más hermosa que nunca, con el negro cabello flotando en torno a ella como una nube; su quimono brillando como la nieve bajo la luz del sol; sus ojos más dulces y sonrientes que nunca; mientras la rama de camelias entre sus manos despedía un perfume sutil y delicioso.

Viéndola así, Yosoji ahogó un grito de alegría, lanzándose de inmediato a depositar a sus pies los regalos que le había traído. Pero la doncella agitó delicadamente su rama de camelias, y una nube suave y de color rosado descendió desde la cima de Monte Fuji y, envolviéndola, ascendió de nuevo hasta la cúspide.

Entonces supo Yosoji que su hermosa guía no había sido otra que el Hada de la «Montaña Imperecedera», que se había apiadado de él y había salvado a su madre.

Y mientras miraba arrobado a las alturas, la rama de camelias, exhalando su delicioso perfume, cayó a sus pies.³⁶



³⁶ Imágenes en este relato: "White clouds and autumn leaves", obra de Hashimoto Gaho, y "Fujiyama from Kawaibashi, at Tokaido", obra de Kusakabe Kimbei, ambas con licencia CC0 y en Wikimedia Commons.

Anexo 5

Relatos de la muestra:

Sección IV de la Carta de la Tierra

Principio 13

D13-01. EL PACIFICADOR Y EL ÁRBOL DE LA PAZ

Iroqués - Estados Unidos y Canadá (First People, 2012d)

"13. Fortalecer las instituciones democráticas en todos los niveles y brindar transparencia y rendimiento de cuentas en la gobernabilidad, participación inclusiva en la toma de decisiones y acceso a la justicia."

La historia del Pacificador y el Árbol de la Paz, tal como la conocemos hoy en día, tuvo su origen en una época de terribles conflictos, un tiempo en el que la gente se olvidó de ser agradecida con el Creador y en la que casi todo el mundo se había alejado de él. Es, posiblemente, el período más oscuro y violento de nuestra historia, en el que el descontento se asentó en nuestro pueblo y todos los poblados se vieron envueltos en contiendas sangrientas.

Las Cinco Naciones habían perdido el control de la situación, sumiéndose en un círculo vicioso de guerras y venganzas. En medio de este caos fue cuando el Creador envió a un mensajero de la paz a nacer entre su pueblo. Las personas que custodian las tradiciones haudenosaunee¹ consideran que su verdadero nombre es sagrado y que, por tanto, no debe pronunciarse nunca, de ahí que se le llame el «Pacificador». Su misión era la de restablecer el amor, la paz y la armonía entre los pueblos; y, para ello, propuso una serie de leyes por las cuales el pueblo y las Naciones podrían vivir en paz y unidad. Era un sistema de autogobierno, y estaba regido por una serie de principios morales denominados la Gran Ley de la Paz.

El Pacificador nació hurón, de una mujer virgen que aún no había pasado por los ritos de la pubertad; es decir, la joven aún no había llegado a la edad prescrita para la ceremonia cuando se quedó embarazada. Su madre, preocupada por lo que pudiera decir la gente del poblado, la mantuvo oculta en un lugar apartado hasta que dio a luz al niño, y posteriormente convenció a su hija de que debía deshacerse del bebé. La abuela intentó hasta en tres ocasiones matar al niño, pero fracasó en todas ellas. Entonces fue cuando cayó en la cuenta de que aquel niño debía ser alguien especial, con poderes muy particulares, y supo que deberían criarlo con especial cuidado.



¹ Nombre por el que se designan a sí mismos los pueblos iroqueses, las Cinco Naciones —cayuga, mohawk, oneida, onondaga y seneca—, a las que se unirían posteriormente los tuscarora (la Sexta Nación) y los restos de las naciones hurón, petunes y erie.

A medida que fue creciendo, la madre y la abuela constataron que el muchacho disponía de un gran poder de persuasión y de una mente sumamente lúcida; y, una vez alcanzada la edad viril, el joven se construyó una canoa de piedra blanca y partió hacia el este para llevar a cabo su misión de restablecer la paz y la unidad entre los pueblos en conflicto. Toda la gente del poblado se congregó para despedirle, y se quedaron atónitas ante la visión, pues nunca antes habían visto flotar una canoa de piedra; una canoa que, además, desapareció a gran velocidad en la distancia. Se dice que este suceso tuvo lugar en las costas septentrionales del Lago Ontario.

La primera persona en aceptar y adherirse a las palabras de la Gran Paz fue una mujer llamada Jikonsahseh. Su casa era una zona neutral para todos aquéllos que pasaran por allí. Hasta las partidas guerreras tenían que dejar sus armas en el exterior de su morada. Ella les daba de comer y les ofrecía un lugar de descanso. Cuando el Pacificador le habló de la Gran Paz, Jikonsahseh rompió a llorar, pues nunca había escuchado nada tan hermoso, y dijo que le seguiría durante el resto de sus días. El Pacificador le dijo que, cuando se estableciera la Gran Ley de la Paz, ella se convertiría en el símbolo del liderazgo de las mujeres, que es el Clan de las Madres, y que de esta manera nunca sería olvidada.

La primera nación a la que se dirigió el Pacificador fue la Nación Mohawk, donde tuvo que enfrentarse al más malvado de sus hombres. Tenía que transformar la mentalidad y el comportamiento de aquel pueblo para que aceptaran la Gran Paz, por lo que fue sometido a prueba repetidas veces y tuvo que demostrar su autoridad. El Pacificador tuvo que esforzarse mucho y durante mucho tiempo para convencerles de que aceptaran la Gran Ley de la Paz, dado que el pueblo kaniénkehaka² era una nación muy fiera y guerrera. Pero, con sus poderes de persuasión, el Pacificador se ganó finalmente sus corazones, para ir en busca a continuación de las otras naciones iroquesas: los seneca, los oneidas, los cayuga y los onondaga.

El Pacificador conoció a dos hombres muy especiales, que serían decisivos para el establecimiento de la Gran Paz. Uno de ellos fue Ayonwatha, cuya familia había sido asesinada por el malvado y poderoso hechicero Tadodarho, que terminaría siendo el otro hombre decisivo.

Para disipar el dolor de Ayonwatha, el Pacificador recurrió a la primera Ceremonia de Condolencias, utilizando para ello las conchas Wampum.³ Aquélla fue la primera vez que se utilizó el Wampum, al que se recurriría a partir de entonces para recordar palabras, ceremonias, pactos y tratados; y no era una moneda de cambio, como algunos dicen, aunque sí se utilizaba como herramienta de intercambios. El Pacificador le pidió a Ayonwatha que fuera su portavoz, y juntos recorrieron las regiones iroquesas para difundir el mensaje de la paz.

² Nombre con el que se designan a sí mismos los mohawk.

³ Se trata de un cordel o cinturón de abalorios que utilizaban los iroqueses con distintos usos y que se tenía por un objeto sagrado.

El Pacificador fue después a la Nación Onondaga, donde encontró una intensa resistencia por parte del malvado Tadodarho. Dicen de él que llevaba serpientes en la cabeza y que tenía el cuerpo deforme, con lo que se simboliza la maldad de una persona, que acaba teniendo un reflejo físico en ella. Tadodarho no cedía ante los intentos del Pacificador para que aceptara la paz.

En vista de ello, el Pacificador y Ayonwatha optaron por visitar al resto de naciones, a las cuales consiguieron convencer para que aceptaran la paz. Entonces, convocó a cuarenta y nueve hombres de estas naciones a los que había convencido para que se congregaran y trabajaran juntos sobre la malvada mente del onondaga Tadodarho. Intentaron muchas veces y de las más variadas maneras convencerle de que la paz era el único camino, y muchas veces fracasaron; pero, al final, los cuarenta y nueve hombres entonaron el Gran Canto de la Paz, el «Hai, Hai», con la intención puesta en vencer a la malvada mente de Tadodarho, y por fin lograron su objetivo. La mente de Tadodarho se pacificó, su cuerpo se enderezó y las serpientes cayeron de sus cabellos.

El Pacificador le ofreció un puesto especial dentro de la Confederación Iroquesa, la de vigilar el Fuego en nombre de las Cinco Naciones, y Tadodarho aceptó el encargo, aceptó vivir en paz y atender el fuego para garantizar que éste ardería para siempre.

Después de ganarse a Tadodarho, el Pacificador observó a los hombres y vio que todavía portaban sus armas, y pensó que iban a necesitar un símbolo que les recordara el pacto establecido entre ellos, el pacto de la paz. Miró a su alrededor y vio un árbol muy alto, y pensó que, siendo tan alto, podría ser visto desde lugares muy distantes; y, dado que el ápice del árbol atravesaba el cielo, atraería la atención de todos hacia las alturas.

Las hojas de aquel árbol brotaban en racimos de cinco acículas, hecho que el Pacificador utilizó como símbolo de las Cinco Naciones unidas en una sola. Tomó algunas acículas del árbol y les dijo que, a pesar del paso de las estaciones, el árbol permanecía verde en todo momento, y que así debería permanecer la Gran Paz entre las Cinco Naciones.

A continuación, desarraigó el árbol y creó una cavidad en el suelo, y dio instrucciones a los hombres para que arrojaran en ella sus armas, para enterrar con ellas su codicia, su odio y sus envidias. Después, volvió a arraigar el árbol en su sitio y dijo:

—Arrojamos las armas del conflicto a las profundidades de la tierra, donde las corrientes de agua fluyen hacia regiones desconocidas. Las enterramos y las hacemos desaparecer de nuestra vista para siempre, y plantamos el árbol de nuevo. Así quedará establecida la Gran Paz, y ya no se conocerá hostilidad alguna entre las Cinco Naciones, sino sólo la paz de un pueblo unido.

Las raíces del árbol, a las que denominaron las Grandes Raíces Blancas de la Paz, se extendían en las cuatro direcciones: al norte, al sur, al este y al oeste. En el ápice del Gran Árbol se ubicó un Águila. El significado de plantar el árbol simboliza el Kaienerakowa, la



pueblo.⁴

D13-02. EL LADRÓN

Corea (Keding, 2008, pp. 27-29)

Hace mucho tiempo existió un ladrón que no era un ladrón normal, sino el mayor ladrón que jamás hubiera existido. La policía sabía quién era el malhechor, pero no habían podido demostrarlo. Los jueces también lo sabían, pero no podían juzgarlo. Incluso el mismo rey

⁴ Imágenes en este relato: Ilustración de Frederick Remington en *The Song of Hiawatha*, de Henry Wadsworth Longfellow, licencia CC0; y "Guarding the lodge", dibujo de Howard Terpning, en FirstPeople.com.

Gran Paz y la Fuerza, en tanto que el Águila simboliza el ojo avizor sobre las raíces: si algún mal o algún peligro se cerniera sobre los pueblos, el Águila gritaría para hacer sonar la alarma, y las Cinco Naciones de la Confederación vendrían todas a una para defenderse entre sí. Esto simboliza que todos y cada uno tienen la responsabilidad de proteger la paz.

El Pacificador tomó después una flecha de cada una de las Cinco Naciones y las ató en un solo manojó, simbolizando con ello la combinación de los poderes individuales en un único y gran poder. La unión se había consumado, una unión que nadie podría romper.

Finalmente, el Pacificador dijo:

—Hemos completado nuestro poder, de tal modo que la Confederación de las Cinco Naciones tendrá en el futuro un solo cuerpo, una sola mente y un solo corazón. Si algún mal cayera sobre nosotros en un futuro, aguantaremos en pie o caeremos unidos como un solo

sabía de él, pero nada podía hacer, pues no habían podido atraparlo con las manos en la masa y nunca dejaba pruebas tras su paso. Sin embargo, los ladrones son como todas las demás personas: se hacen viejos.

Un día, cuando el ladrón ya era viejo, estaba comprando especias en una tienda local y, cuando fue a sacar la cartera, se percató de que se la había dejado en casa.

«¿Para qué necesito dinero? —pensó esbozando una sonrisa— Soy un ladrón.»

Se guardó el tarro de especias en la manga y, diciéndole adiós al dueño de la tienda, salió por la puerta. Pero, mientras caminaba calle abajo, una mano le agarró por el hombro y le dio la vuelta. Era un joven oficial de policía.

—Le he estado vigilando a través del escaparate de la tienda y he visto que ha robado un tarro de especias —dijo el joven policía.

Pero, de pronto, el policía frunció el ceño, como si recordara algo.

—Un momento —dijo—. Usted es el ladrón del que siempre hablaba mi padre, el ladrón más grande de todos los tiempos. Mi padre siempre quiso atraparlo. Se va a sentir muy orgulloso de mí.

Y, así, el ladrón fue llevado al tribunal.

—¡Usted! —rugió el magistrado cuando lo reconoció— Siempre quisimos juzgarle en esta tribunal. ¿Qué ha robado?

—Un tarro de especias por valor de cinco monedas de cobre —dijo el policía.

—Pues, bien, la sentencia es que pague cinco mil monedas de oro.

El ladrón se quedó atónito.

—No tengo cinco mil monedas de oro.

—Entonces tendrá que pasar cinco mil días en prisión —contestó el juez con una sonrisa.

—Soy un hombre viejo —gritó—. Cinco mil días puede ser el resto de mi vida.

—Así lo espero —dijo el magistrado.

Llevaron al ladrón a la prisión del propio rey, la cárcel de máxima seguridad del país. Se encontraba en lo alto de una montaña, una montaña tan alta que parecía llegar al cielo. Y lo introdujeron en una celda fría y húmeda, con barrotes tan gruesos que casi impedían el paso de la luz del sol, y una puerta de roble que crujía al abrirse, como invitándole a una larga estancia.

—Me voy a escapar —le dijo el viejo ladrón a su carcelero.

Éste se echó a reír.

—Nadie ha escapado nunca de la prisión del rey —contestó—. Si alguien escapara, fuera cual fuera el guardián que estuviera al cargo en ese momento ocuparía el lugar del prisionero y cumpliría con su sentencia. De aquí no se escapa nadie.

—No me pierdas de vista —dijo el anciano en un susurro.

Cuando le llevaron la comida al día siguiente, el ladrón preguntó si podría ser llevado ante el rey, justificando su petición en que tenía un maravilloso regalo para él y que le gustaría dárselo personalmente.

El guardián se echó a reír y se burló del anciano, y éste, como hablando para sí mismo, masculló:

—Me pregunto que le dirá el rey a este carcelero cuando se entere de que no me dejó entregarle tan maravilloso regalo.

Y el guardián sabía muy bien cómo era el rey.

A la mañana siguiente, el ladrón se encontraba en la sala del trono. El rey entró y se sentó en el trono, seguido por el primer ministro, que se sentó a su lado, el general del ejército, que ocupó el siguiente lugar, y por último máximo representante religioso. El rey parecía impaciente.

—No tenemos mucho tiempo. Quiero ver vuestro maravilloso regalo.

El ladrón hizo una reverencia y le tendió una pequeña caja dorada decorada con intrincadas tallas. El rey sonrió al tomar la caja pero, cuando la abrió, se le oscureció el semblante.

—¿Un hueso de melocotón? ¿Un hueso de melocotón seco y arrugado?

—Sí, mi señor —respondió el viejo ladrón—, pero no es un simple hueso de melocotón, es un hueso de melocotón mágico. Si lo plantáis en la tierra, en sólo un día



crecerá hasta convertirse en un árbol; al segundo día se cubrirá de frutos y, llegado el tercer día, cada uno de sus frutos se transformará en oro puro.

—Si esto fuera así, ¿por qué no lo plantaste tú mismo? —preguntó el rey receloso.

—Bueno, podría haberlo hecho, pero parte de la magia consiste en que, para que funcione, uno ha de tener un corazón puro. No tienes que haber mentido nunca, ni robado, ni engañado a nadie, ni debes haberle hecho daño a nadie. Yo soy un ladrón, de modo que la magia no hubiera funcionado conmigo. Pero vos, vos sois el rey. Estoy seguro de que sí funcionará con vos.

El rey se quedó mirando el hueso de melocotón en la palma de su mano, pensando en todas las veces que había mentido a su pueblo, en todas las veces que les había perjudicado y hecho daño sin necesidad alguna.

—No, conmigo no funcionará —dijo el rey en un susurro mientras se lo devolvía al ladrón.

—¿No? —dijo el ladrón con una fingida expresión de sorpresa— Bueno, quizás el primer ministro, el hombre que dirige el gobierno, pueda hacerlo crecer.

Y le entregó el hueso al primer ministro. Éste lo miró y se puso a pensar en todos los sobornos que había aceptado con el transcurso de los años, y en todas las personas a las que había hecho sufrir por causa de su corrupción.

—No, yo tampoco —dijo con tristeza.

—¿Vos tampoco? —preguntó el ladrón exagerando aún más su fingida sorpresa— Bueno, entonces estoy convencido de que el general, el líder de nuestros ejércitos, podrá hacerlo crecer.

Y le dio al general el hueso de melocotón. El general se quedó mirando la arrugada semilla y pensó en todas las madres y viudas que habían llorado al perder a sus hijos y maridos por un pedazo de tierra, una idea ya olvidada o una palabra fuera de lugar.

—No, conmigo tampoco funcionará —dijo el general.

—¿De verdad? —dijo el ladrón— Entonces, sin duda el máximo representante religioso, un hombre de santidad y piedad probadas, podrá hacerlo crecer.

Y le entregó la semilla al religioso. Éste miró el hueso de melocotón en la palma de su mano y se acordó de todo el dinero que debía haber ido a satisfacer las necesidades de los pobres y hambrientos y que, finalmente, había ido a parar a sus bolsillos.

—No, yo tampoco —dijo en un murmullo de arrepentimiento.

Los cuatro hombres bajaron la cabeza y ni siquiera se atrevían a mirar a los ojos al ladrón.

—¿No os parece curioso, señores? —dijo el ladrón en tono acusador— Ninguno de los cuatro hombres más poderosos del reino puede hacer que la magia funcione, y sin embargo llevan una vida de riquezas y lujos. Mientras yo, un viejo ladrón, soy condenado a pasar el resto de mis días en una prisión, por robar un tarro de especias.

Y, haciendo una premeditada pausa, añadió:

—¿Os parece justo, señores?

Hubo un violento silencio en el salón del trono, hasta que, finalmente, el rey habló:

—No, ladrón, no es justo. La lección que nos has dado tú hoy te da a ti la libertad. Vuelve a casa.

El ladrón hizo una reverencia y, mientras salía del salón del trono, miró a su carcelero y, guiñándole un ojo, le dijo en un susurro:

—Te dije que escaparía.⁵

D13-03. EL SUFÍ CONTRA EL PODER

Sufismo persa (Sa'adi, 2000, 2012)

Un dervishe que había hecho voto de soledad se había retirado a un desierto cuando pasó un rey con su séquito. El dervishe, que se hallaba en estado de meditación contemplativa, no levantó la cabeza, ni siquiera se percató del cortejo. El monarca, aunque estaba de buen humor, se irritó contra él y dijo:

—Estos que visten el manto andrajoso son brutos como los animales y carecen de educación y humildad.

El visir reprendió al dervishe diciendo:

—¡Oh dervishe! El sultán de toda la tierra acaba de pasar. ¿No vas a rendirle homenaje como es debido?

El dervishe respondió:

⁵ Imagen en este relato: "The portrait of Gojong, king of Joseon Dynasty", obra de Joseph de la Nézière, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

—Que el sultán busque homenajes en aquellos que esperan beneficiarse de su buena voluntad. Dile, además, que los sultanes se crearon para proteger a sus súbditos, y no los súbditos para servir a los reyes.

*El rey es el guardián de los pobres
aunque su reino sea espléndido.
Las ovejas no son para el pastor,
sino que el pastor está para cuidar a las ovejas.
Si ves a un hombre afortunado,
investiga a ver quién es desgraciado por su causa.
Espera unos días y el polvo habrá consumido el cerebro.
La diferencia entre soberanía y servidumbre no dura indefinidamente.
Cuando se haya cumplido el decreto del destino
y exhumen las cenizas de los muertos,
¿cómo distinguirás las del pobre de las del rico?*

El rey quedó impresionado por la sabiduría del dervishe y dijo:

—Pídeme un deseo.

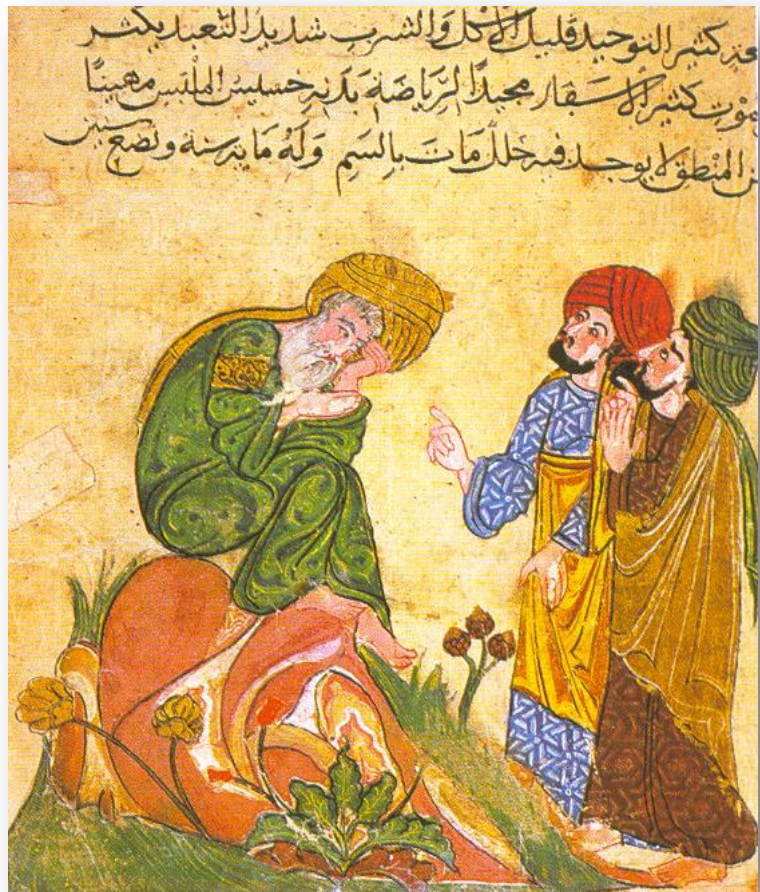
El dervishe respondió:

—Lo que deseo de ti es que no vuelvas a molestarme.

—Dame, pues, algún consejo —dijo el rey.

El dervishe contestó:

—Ahora que tienes entre las manos el poder y la soberanía, recuerda que pasan de mano en mano.



D13-04. UN CUENTO ANGLOSAJÓN: LADY GODIVA

Anglosajón (BBC, 2013)

"13.b. Apoyar a la sociedad civil local, regional y global y promover la participación significativa de todos los individuos y organizaciones interesados en la toma de decisiones."

¿Quién fue Lady Godiva?

La historia del paso de Lady Godiva desnuda por las calles de Coventry se ha transformado y se ha desarrollado a lo largo de sus más de 900 años de existencia; pero, ¿quién fue la persona real que se halla tras la leyenda?

Lady Godiva estaba casada con Leofric, el «sombrió» Conde de Mercer y Lord de Coventry, un hombre de gran poder e importancia en su época. El cronista Florence of Worcester menciona a Leofric y a Godiva, pero no dice nada del famoso suceso, y no existen evidencias firmes que vinculen tal suceso con la Godiva histórica.

En 1043, el conde y la condesa fundaron un hogar benedictino para un abad y 24 monjes en la Abadía de St. Osburg, que había sido destruida por los daneses en 1016. Edsi, Arzobispo de Canterbury, consagró el monasterio a Dios, la Virgen María, San Pedro, San Osburg y Todos los Santos. Durante la ceremonia de consagración, el conde Leofric puso su carta de fundación sobre el altar recién consagrado, que no sólo otorgaba la fundación, sino que le daba dominio también sobre 24 pueblos para el mantenimiento de la casa.

Lady Godiva dotó al monasterio con muchos regalos en honor a la Virgen María. Según se dice, hizo fundir todos sus objetos de oro y plata para hacer cruces, imágenes de santos y otros objetos decorativos con el fin de adornar aquella casa de Dios que pretendía favorecer.

Leofric murió en 1057, y fue enterrado con gran pompa en uno de los porches de la iglesia abacial. Lady Godiva le sobrevivió diez años más, y se dice también que fue enterrada en esa iglesia, aunque aún no se ha podido confirmar.

En su lecho de muerte, Godiva dio al monasterio una cadena de oro con incrustaciones de piedras preciosas con la orden expresa de que fuera puesta en torno al cuello de la imagen de la Virgen, para que los que fueran a rezar ante ella pronunciaran una oración por cada joya de la cadena.

Actualmente, se pueden ver las ruinas de la posterior iglesia del monasterio, del siglo XIII, que sería la primera catedral de Coventry, en Priory Row.

La leyenda de Godiva

Así pues, ¿qué hay de verdad en la historia del paso de Lady Godiva por las calles de Coventry? ¿Por qué iba a hacer tal cosa una dama de la nobleza? La leyenda se ha transmitido durante demasiado tiempo, de modo que la línea entre los hechos y la ficción han quedado un tanto difuminados.

La fuente más antigua que se conoce de la leyenda es la Crónica de Roger of Wendover del año 1057, que escribió que Godiva le rogó a su marido que aliviara la enorme carga de impuestos con la que grababa a los ciudadanos de Coventry. Cansado de su insistencia, Leofric le dijo que le concedería su petición si era capaz de cabalgar desnuda por toda la ciudad.

El resto de la historia no está documentado en modo alguno, pero se dice que era tan grande su compasión por el pueblo de Coventry que Godiva superó el horror que le provocaba la mera idea de hacer aquello. Ordenó que toda la gente permaneciera en sus casas mientras ella pasara, con las puertas y las contraventanas cerradas. Y se dice que, soltándose el cabello para que la cubriera a modo de capa, montó sobre el caballo que tenía dispuesto a la sazón, y que cabalgó a través de las silenciosas calles sin ser vista por la gente, que obedeció su mandato por el respeto que sentían por ella.



Sólo un hombre, llamado Tom, no pudo resistir la tentación de mirar furtivamente a la condesa (de ahí el término «Peeping Tom»)⁶. La leyenda dice que abrió la contraventana con la intención de verla pasar, pero que se quedó ciego de repente.

Una vez terminada su prueba, Godiva se fue a ver a su marido, que cumplió con la promesa de abolir los duros impuestos. Según el *Polychronicon*, de Ranulf Higden, Leofric liberó a la ciudad de todos los impuestos salvo las tasas por la posesión de caballos, y una investigación realizada durante el reinado de Eduardo I demostró que, en efecto, en aquel momento, en Coventry no se pagaban impuestos salvo por los caballos.

⁶ Una fórmula inglesa sinónimo de «mirón».

Anualmente, se celebra un desfile en Coventry para recrear la ruta original de Lady Godiva a través de la ciudad.⁷

D13-05. EL REY SULEIMÁN Y LAS LANGOSTAS

Palestina (Arab Educational Institute, 1999)

Suleimán se sentó en su trono e invitó a los animales a entrar. Cuando entró el lobo, el rey dijo, «La paz sea contigo», pero no se levantó de su trono. Cuando entró la hiena, dijo también, «La paz sea contigo, entra, por favor», pero tampoco se levantó esta vez, y mantuvo el mismo comportamiento irrespetuoso cuando entró el león.

Entonces entró la pequeña langosta en la sala e, inmediatamente, el rey se levantó de su trono y dijo:

—Bienvenida, bienvenida, entra, por favor.

Los tres grandes animales se sintieron ofendidos y humillados.

—¿Acaso somos estiércol bajo tus pies? —gritaron— ¿Te levantas ante esa pequeña criatura y no ante nosotros? ¿Qué problema tienes con nosotros?

Y Suleimán dijo:

—¿Queréis entablar batalla con esas pequeñas?

—Sin duda —respondieron los animales.

El sheij de las langostas le dijo a su gente:

—En cuanto se acerquen, entrad en sus oídos, y no os vayáis de ahí durante el resto del día.

La batalla se prolongó mucho pero, al final, los animales grandes se sintieron muy mareados por las langostas que se arrastraban dentro de sus oídos, y se rindieron.

Suleimán les dijo entonces:

—¿Comprendéis ahora por qué me he levantado a saludar a esas pequeñas langostas?

No desprecies a la gente pequeña, pues son más fuertes que los grandes.

⁷ Imagen en este relato: "Lady Godiva", obra de John Collier, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

D13-06. LA CAMPANA DE ATRIA⁸

Italia (Longfellow, 1915, pp. 137-141)

"13.d. Establecer el acceso efectivo y eficiente a los procedimientos administrativos y judiciales independientes, así como las soluciones y compensaciones por daños ambientales y por la amenaza implícita a tales daños."

En Atria de los Abruzos —una pequeña ciudad de época romana aunque de escaso renombre, uno de esos lugares que ven pasar el tiempo en mitad de una colina bajo un sol abrasador, que invita a sentarse a descansar, como diciendo «No sigo subiendo, pase lo que pase»—, el rey Juan, ahora desconocido y sin fama por tantos monarcas como desde entonces han llevado su nombre, hizo colgar una gran campana en la plaza del mercado. La puso bajo un soportal, cuyo tejadillo proyectaba su sombra en un pequeño espacio, a modo de protección contra el sol y la lluvia.

A continuación, el rey recorrió las calles con toda su comitiva y, con el clamor de las fanfarrias, proclamó que cualquier hombre que sufriera cualquier injusticia no tenía más que hacer sonar la gran campana de la plaza, y él, el rey, haría que el síndico decidiera acto seguido. Tal fue la proclamación del rey Juan.

¡Cuán rápido pasaron los días felices de Atria, cuántos desmanes se enderezaron que no es preciso nombrar aquí! Baste decir que, como todas las cosas están condenadas a la decadencia, la cuerda de cáñamo finalmente se ajó. Deshilachándose en su extremo, hebra a hebra se soltó y echó a perder en la mano del tañidor. Hasta que uno, que se percató de ello al pasar, remendó la cuerda con trenzas de brionía, de modo que las hojas y los zarcillos de la enredadera colgaban cual guirnalda votiva en un santuario.

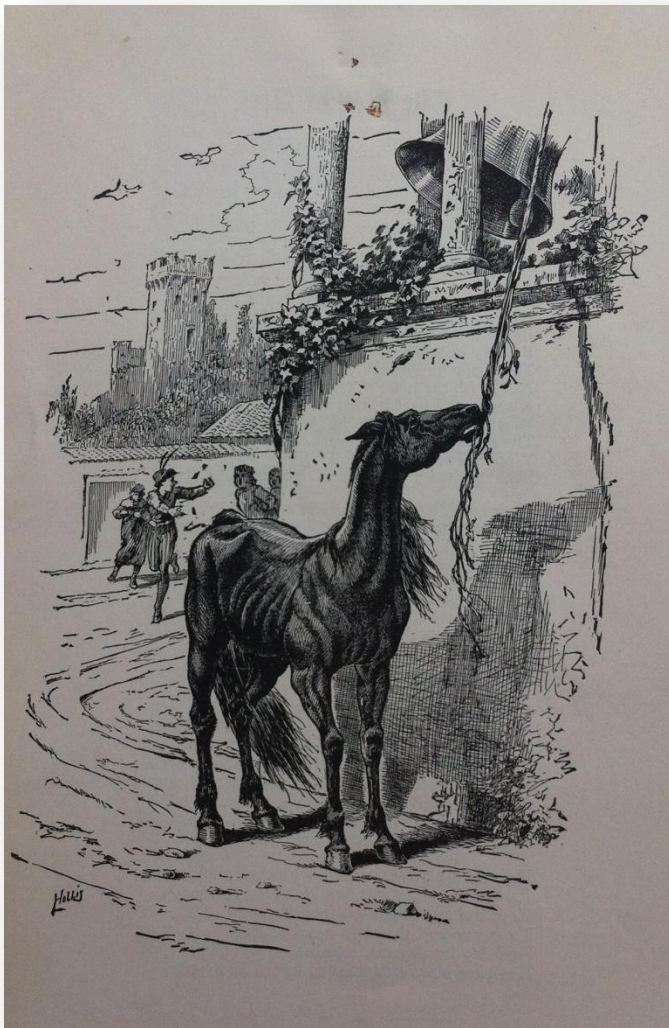
Por casualidad sucedió que en Atria habitaba un caballero de espuela en talón y espada al cinto, que gustaba de la caza del jabalí en los bosques, que gustaba de sus halcones de capucha carmesí, que gustaba de sabuesos y caballos, y de todo entretenimiento y prodigalidad de campos y cortes... Gustaba, o habíales gustado; pues, a la postre, haciéndose viejo, su única pasión era su amor por el oro.

Vendió sus caballos, vendió sus halcones y sabuesos, arrendó sus viñedos y sus huertas, y guardose sólo un corcel, el favorito de todos, condenado desde entonces a pasar hambre y estremecerse en un establo desnudo, mientras el caballero se pasaba los días sentado en su silla, rumiando y trazando planes sobre el modo de escatimar y hacer acopio.

⁸ Es éste un poema de Henry Wadsworth Longfellow. Aunque he sido traductor profesional desde 1996, con más de cien libros traducidos y publicados, este poema de escapa a mi experiencia en el campo. La traducción de poesía, con mucho, el más complejo trabajo de un traductor, por lo que en este caso, y dado el cometido que pretende cumplir el relato, he optado por traducirlo en forma de prosa.

Al cabo se dijo: «¿Qué necesidad tengo de mantener a mi propio coste a este indolente caballo, consumiendo aquí en mis establos, cuando las rentas menguan y el forraje sale caro? Que vaya a alimentarse a las vías públicas, pues sólo tengo necesidad de él para los días de holganza.» Así, el viejo corcel viose de pronto bajo el calor de las largas calles solitarias, silenciosas y sin sombras, deambulando por los tristes callejones de las afueras, acosado por el ladrido de los perros, su piel arañada por ortigas y espinos.

Pero, en una tarde estival, con un calor sofocante, cuando las costumbres de los habitantes de Atria mandan pasar los cerrojos de las puertas y cerrar los postigos para entregarse al sueño, súbitamente sonó la ruidosa alarma de la acusadora campana. El síndico despertó de su profundo reposo, se dio la vuelta en su diván, y escuchó, y se levantó, y poniéndose la ropa acudió, con paso reacio y jadeando, hasta la plaza del mercado, donde



la gran campana colgaba de sus vigas transversales, reiterando con su persistente lenguaje, con su jerga a medio articular, la vieja canción: «¡Alguien ha cometido una injusticia! ¡Alguien ha cometido una injusticia!»

Sin embargo, antes de llegar al soportal del campanil, vio, o creyó ver, bajo su sombra, no forma humana de mujer nacida, sino un pobre caballo abatido y triste que, con la cabeza levantada y los ojos ansiosos, estaba tirando de la enredadera de brionía.

«¡Domenedio!», exclamó al punto el síndico, «¡Es el corcel del caballero de Atria! Pide justicia, estando gravemente afligido, y alega su causa tan sonoramente como el que más.»

Mientras tanto, desde calles y campos, una ruidosa multitud se congregó como una nube de verano, contando la historia del

desgraciado animal en veinticinco formas diferentes al menos, con mucha gesticulación y apelando a dioses paganos en su celo excesivo.

El caballero fue llamado e interrogado; en respuesta no confesó el hecho, no lo negó; tratando el asunto como una broma divertida, y teniendo en nada al síndico y al resto, manteniendo, en tono agrio, que él hacía lo que le placía con lo que era suyo.

Y, acto seguido, el síndico leyó gravemente la proclamación del rey; y luego dijo: «¡El orgullo va ufano a lomos de caballo, pero vuelve a pie y pidiendo paso! ¡La fama es la fragancia de las acciones heroicas, de flores de caballería y no de malas hierbas! Son éstos familiares proverbios nuestros, pero me temo que nunca llegaron a vuestro caballeresco oído. ¿Qué justo renombre, qué honor, qué reputación puede daros el dejar morir de hambre a este pobre animal? El que bien sirve y no dice nada, merece más que el que clama a voces en la puerta. Por tanto, la ley decreta que, dado que este corcel os sirvió bien en vuestra juventud, a partir de ahora os tomaréis atenciones para consolar su vejez, y para proporcionarle abrigo en el establo, y comida y campo junto a él.»

El caballero se retiró avergonzado, y el pueblo entero llevó a casa al caballo en triunfo hasta su establo. El rey se enteró del hecho y lo aprobó, y se regocijó, y dijo en voz alta: «¡Bien que me place! En el mejor de los casos, las campanas de las iglesias no hacen más que llamarnos a la puerta. Pero, sin tener que ir a misa, mi campana ha hecho más, pues ha llevado ante el tribunal y defendido la causa de criaturas mudas, ignoradas por las leyes. Y esto hará que, en toda la cristiandad, la Campana de Atria sea famosa para siempre.»⁹

D13-07. BHAI LALO Y MALIK BHAGO

Sijismo (Real Sikhism, 2013)

"13.e. Eliminar la corrupción en todas las instituciones públicas y privadas." |

Gurú Nanak Dev Ji viajó por muchos lugares, incluyendo Saidpur, conocida ahora como Eminabad. Antes de que Gurú Ji llegara a Saidpur, se difundió la voz por toda la ciudad de que un hombre santo llegaría en breve. Malik Bhago era entonces el jefe de la ciudad, pero era un hombre corrupto que se había hecho rico merced a medios injustos. Gravaba un impuesto extra a los granjeros pobres, y les arrebatava la mayor parte de sus cosechas, dejándoles pasar hambre. En definitiva, se había hecho rico arrebatándoles sus pertenencias a los demás. Cuando le llegó a Malik la noticia de la llegada de Gurú Ji, lo dispuso todo para alojar al Gurú en su casa.

Sin embargo, cuando Gurú Nanak llegó a Saidpur, llamó a la puerta de la casa de un pobre carpintero llamado Lalo. De hecho, Gurú Ji decidió permanecer como invitado por

⁹ Imagen en este relato: Our Dumb Animals. Collection of MSPCA Angell.

algún tiempo con Lalo. Éste le servía a Gurú Ji los magros alimentos que podía permitirse, y Gurú Ji comía aquellas humildes alimentos con amor.

Llegó a Malik Bhago la noticia de que Gurú Ji se alojaba en casa de Lalo, de modo que organizó una gran reunión e invitó a todo el mundo, incluido el hombre santo, pero Gurú Ji no aceptó su invitación.

Malik montó en cólera cuando se enteró de que Gurú Nanak Dev Ji había rechazado su invitación, y ordenó que lo trajeran por la fuerza hasta su casa. Dos guardias fueron enviados a la casa de Lalo para escoltar a Gurú Ji que, a la vista de la situación, decidió hacer una visita al palacio de Malik. Cuando llegó allí, Malik Bhago dijo:

—¡Oh, hombre santo! He preparado muchos platos para ti, pero tú has preferido alojarte con un pobre carpintero y alimentarte con su pan duro. ¿Por qué?

Y el Gurú respondió:

—No puedo comer tu comida porque tu pan ha sido mal engendrado, pues se ha hecho con el dinero arrebatado a los pobres por medios injustos, mientras que el pan de Lalo está hecho con dinero bien ganado.

Malik Bhago pareció volverse loco cuando escuchó las palabras de Gurú Ji, y le exigió que demostrara sus afirmaciones. Entonces, Gurú Nanak Dev Ji pidió que le trajeran una hogaza de pan de la casa de Lalo y, cuando se la trajeron, tomó en una mano el pan duro de Lalo y en la otra el pan fresco de Malik Bhago. Apretó las dos hogazas de pan con sus manos y, mientras el pan de Lalo rezumaba leche, el pan de Malik Bhago rezumaba sangre.

Completamente consternado por lo que había visto y sintiéndose culpable, Malik Bhago pidió perdón. Gurú Ji le pidió que repartiera su mal ganada riqueza entre los pobres y que, a partir de entonces, llevara una vida honrada. Finalmente, Malik Bhago renació con la bendición del Gurú, e inició una nueva vida honesta.

D13-08. NÚSHÍRVÁN SOBRE LA OPRESIÓN

Sufismo persa (Clouston, 1890, pp. 21-22)

De Núshírván el Justo (a quien los griegos llamaban Cosroes), de la dinastía sasánida de los reyes de Persia (siglo VI), Saádi cuenta que, en una ocasión, mientras se encontraba en su residencia de caza y habiendo pedido que le aderezaran parte de la carne, ordenó a un sirviente que se procurara algo de sal en una aldea cercana, al tiempo que le instaba a pagar estrictamente el precio que le pidieran por ella, para que la extorsión no se convirtiera en costumbre.

Sus cortesanos se sorprendieron mucho con aquella orden, y le preguntaron al rey que mal podría derivarse de tan poca cosa, y el buen rey respondió:

—La opresión vino al mundo a partir de cosas pequeñas que cada recién llegado fue aumentando, hasta que llegó al grado actual de enormidad.

Sobre estas palabras, Saádi comenta: «Si el monarca hubiera pedido una única manzana de la huerta de un campesino, su sirviente habría arrancado el árbol de raíz; y si el rey hubiera ordenado que se tomaran cinco huevos por la fuerza, sus soldados habrían asado un millar de gallinas. El tirano inicuo no se queda en este mundo, pero las maldiciones de la humanidad recaen sobre él para siempre».¹⁰



D13-09. EL LABRADOR GENEROSO

Birmania (APCIEU et al., 2010, pp. 85-86)

"13.f. Fortalecer las comunidades locales, habilitándolas para que puedan cuidar de su propio medio ambiente y asignar la responsabilidad ambiental a las áreas de gobierno desde las que se vaya a ejercer de la manera más efectiva. "

Una noche, una enorme roca cayó desde una colina en medio de un camino. Al día siguiente, un aldeano llegó con su carro de bueyes y vio la pesada roca en mitad de la vía.

—¿Por qué nadie quita esta roca del camino? —preguntó— ¡Qué ociosa es la gente por aquí!

Consiguió pasar con su carro por uno de los lados, pero el espacio era tan estrecho que uno de los bueyes se rascó en la roca y se hizo una herida.

¹⁰ Imagen en este relato: "Anushiravan the Just", fotografía de ماند فی, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons.

Al día siguiente llegó un grupo de viajeros con sus carros de bueyes y sus caballos. Cuando vieron la enorme roca en medio del camino, se quejaron:

—¿Por qué nadie quita esta roca del camino? ¡Qué ociosa es la gente por aquí!

El grupo de viajeros fue pasando por uno de los lados, pero el espacio era tan estrecho que uno de los carros volcó.

Un mes más tarde, un labrador de una aldea cercana llegó allí con su carro de bueyes, y vio la pesada roca en mitad de la vía.

—¡Hay una enorme roca en mitad del camino! —exclamó— Debe haber provocado un montón de problemas a los viajeros.

Se bajó del carro e intentó apartar la roca. No le resultó fácil, pues llevaba ya mucho tiempo allí y se había incrustado en la tierra. Empujó y empujó hasta que, finalmente, consiguió moverla. Pero, cuando se fijó en el sitio en el que había estado la roca, vio un agujero en el que había una caja de madera.

«¿Qué hará aquí esta caja?», se preguntó el labrador. La abrió y descubrió que estaba llena de joyas. «Esta caja tiene un gran valor, y debe de pertenecer a alguien —pensó—. Tengo que dar cuenta de esto al rey».

En cuanto estuvo en presencia del rey, el labrador le presentó la caja.

—Majestad, he encontrado esta preciosa caja bajo una enorme roca en mitad del camino. Aquí os la traigo para que veáis que debe hacerse.

El rey miró al labrador y sonrió.

—Por fin os he encontrado —dijo—. Por fin he encontrado una persona con un espíritu solidario. Yo puse la caja allí, bajo la roca, como recompensa para alguien como vos.

El labrador abrió los ojos sorprendido.

—Os merecéis la recompensa —continuó el rey—, porque no sólo habéis pensado en los demás, sino porque además sois honesto. La caja es vuestra.

Y, desde entonces, el labrador fue conocido y respetado en el reino por su espíritu solidario con los demás.

Principio 14

D14-10. EL CÍRCULO DE LA VIDA Y LA BARBACOA

Wampanoag - Nueva Inglaterra (Bruchac y Caduto, 1995, pp. 21-24)

"14. Integrar en la educación formal y en el aprendizaje a lo largo de la vida, las habilidades, el conocimiento y los valores necesarios para un modo de vida sostenible."

Todo en la vida es un círculo. Todo está vivo —los animales, las aves, las plantas de la tierra y las plantas de los mares, el agua, el aire y las piedras— y todo debe ser respetado. Todas las cosas forman parte de la Tierra, que nos da todo cuanto necesitamos. Cuando tomamos algo de la Tierra, debemos dar algo a cambio. El Círculo Medicinal es la fuente de nuestra fortaleza.

Así explica el pueblo wampanoag las instrucciones que recibió del Creador. Durante muchos siglos, los wampanoag, el Pueblo de la Primera Luz, han vivido a lo largo de la costa sudoriental de Massachusetts, y sus tradiciones e historias se remiten a ese círculo de la vida que los seres humanos tienen que esforzarse por mantener.

Uno de los héroes de los wampanoag es un gigante llamado Maushop. Hay quien dice que vivió en ese brazo de tierra que ahora llaman Cabo Cod antes incluso de que llegaran los wampanoag, y no estaba solo, pues había otros seres allí con él. Uno de sus amigos era una rana gigante, que era su más estrecha colaboradora.

Maushop llevaba una buena vida. Se bañaba en las aguas de la Bahía de Popponeset, encendía grandes hogueras en su arenosa playa para asarse ballenas y otras criaturas marinas; y, una vez que vació en el mar la arena que se le había metido en los mocasines, creó las islas de Nantucket y Martha's Vineyard.

Los wampanoag se hicieron amigos de Maushop, y él disfrutaba ayudándoles. Cuando los wampanoag tenían que cocinar o necesitaban calentarse, él les traía enormes cargas de leña para sus hogueras. Cuando tenían hambre, él empujaba a las ballenas a la orilla para que la gente no tuviera que salir a cazar. Era tan bueno con la gente que los wampanoag se hicieron perezosos.

Entonces, Kehtean, el Gran Espíritu, le dijo a Maushop.

—Está bien que cuides de tus hermanos pequeños, pero no está bien que lo hagas todo por ellos. Si te ocupas de todas sus necesidades, no dejarán de ser como niños

pequeños. Ellos tienen que asumir la responsabilidad de su vida o, de lo contrario, jamás crecerán. Si no cuidan de sí mismos, ¿cómo van a cuidar del resto de la Creación? Su círculo no será fuerte.

—Tienes razón —contestó Maushop.

Y, así, el gigante se despidió del Pueblo de la Primera Luz, que contemplaron, desde los acantilados de Gay Head, cómo se introducía en las aguas de la bahía, pardas y verdes por las algas, y se iba nadando hacia occidente. Pero, mientras se alejaba, Kehtean, el Creador, lo transformó en una gran ballena blanca. La amiga de Maushop, la rana gigante, llegó a los acantilados embargada por el dolor de la pérdida de su amigo. Kehtean se apiadó de ella y la transformó en una enorme roca, que aún se encuentra en Gay Head, mirando al mar. Esa roca les recuerda a los wampanoag que Kehtean cuida de todas las cosas, y que las decisiones del Gran Misterio sólo buscan el bien de todos.



Sin contar con la ayuda de su amigo, los wampanoag se preguntaban ahora cómo iban a sobrevivir, pero no tardaron en darse cuenta de que, trabajando juntos, conseguían todo cuanto necesitaban. Una de esas formas de supervivencia que hace uso de todo lo que hay a su alrededor —la tierra, las plantas, los animales y el agua— recibe el nombre de Appanaug. Es una palabra que significa «cocer marisco» y, debido a que es una parte muy

especial del círculo, se hace para honrar a alguien o para celebrar el cambio de las estaciones.

Con el corazón agradecido y con sumo cuidado, los wampanoag se introducen en las superficiales aguas de la Bahía de Popponeset y recogen algunos miembros del Pueblo de las Rocas, viejas piedras redondas pulidas por las mareas. Buscan un lugar adecuado en el bosque y hacen allí un círculo, y a continuación un agujero redondo y poco profundo en la tierra. Las piedras se ponen en el agujero, y la forma de las piedras y la forma del agujero les recuerdan a los wampanoag el Círculo Medicinal de la vida.

Después, recogen leña seca del bosque. En ningún momento se utilizan árboles vivos. De ese modo limpian el suelo del bosque y utilizan otro de los dones que Kehtean les da.

A la mañana siguiente, cosechan almejas del fondo de la bahía y almejas *sickissuog*¹¹ de la arena, cuando la marea está baja. Luego, de las aguas poco profundas, cosechan grandes cantidades de algas. Las algas están recubiertas de diminutas cavidades llenas de gas, y el resto de la planta contiene una gran cantidad de agua salada. Cuando el fuego de la barbacoa se convierte en brasas y el Pueblo de las Rocas está al rojo vivo, se amontonan las algas sobre las piedras, elevándose un gran vapor a medida que el agua salada de las algas hierve, y las almejas, junto con las langostas y el maíz, se disponen sobre las algas para, finalmente, cubrirlo todo con más montones de algas.

El Appanaug forma parte del gran Círculo Medicinal de la vida, uno de los regalos del Gran Espíritu. De ahí que, mientras la comida se cuece, la gente pronuncia oraciones de agradecimiento en las que hacen memoria de todos los dones que han recibido. Así es como se viene haciendo desde hace mucho, mucho tiempo, y así es como se sigue haciendo hoy en día.¹²

D14-11. LA PIEDRA QUE CONTABA HISTORIAS: CÓMO COMENZARON LAS HISTORIAS

Seneca - Iroqueses (Planet Ozkids, 2012i)

"14.a. Brindar a todos, especialmente a los niños y a los jóvenes, oportunidades educativas que les capaciten para participar activamente en el desarrollo sostenible."

Hace mucho tiempo, un joven llamado Cuervo vivía en una aldea del pueblo seneca. Su padre y su madre habían fallecido años atrás, y siendo aún niño no había tenido a nadie que

¹¹ Almejas de Nueva Inglaterra (*Mya arenaria*).

¹² Imagen en este relato: "Gay Head cliffs", con la playa de Maushop, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons.

cuidara de él. Vivía en un extremo del poblado, en una pequeña cabaña hecha con ramas y cortezas de árboles. Llevaba siempre el cabello enmarañado, y vestía con ropas viejas y andrajosas que nadie quería y que le habían dado a cambio de otras cosas.

Los niños de la aldea eran crueles con él, pues se burlaban de su aspecto y del hecho de que fuera huérfano. Era ésta una época en que la gente no conocía historias que les enseñaran a respetar a los demás y a cuidar de ellos.

El joven Cuervo era un excelente cazador con su arco y sus flechas, y comerciaba con las aves y los animales que cazaba para conseguir maíz seco, otros alimentos y ropa. Pero, a medida que avanzaba el invierno, Cuervo tenía que adentrarse cada vez más en los bosques para cazar. Un día se adentró tanto en la espesura que llegó a un lugar en el que no había estado nunca. Poco después llegó a un claro en el que había una gran piedra plana con otra piedra redonda encima.

Cuervo se sentó en la piedra plana, y apoyó la espalda en la piedra redonda, dejando los pájaros que había cazado a su lado. Después, buscó en su morral de piel un poco de maíz seco y se puso a comer mientras tensaba la cuerda de su arco.

—¿Quieres que te cuente una historia? —preguntó una voz profunda y atronadora cerca de él.

Cuervo se llevó tal susto que casi se ahoga con el maíz. Se levantó de un salto y, escupiendo el maíz de su boca, miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

—¿Quién anda ahí? —gritó Cuervo— Sal que te vea.

El claro estaba silencioso. Nada se movía.

—Debo estar teniendo alucinaciones —se dijo a sí mismo—. Y ahora, encima, también estoy hablando solo.

Sonriendo por su alocada reacción, se sentó de nuevo y apoyó nuevamente la espalda sobre la piedra redonda.

—¿Quieres que te cuente una historia? —volvió a escuchar aquella voz profunda.

Cuervo dio un gran salto y, cayendo de nuevo sobre sus pies, gritó:

—¡De acuerdo, ya basta! ¡Sal de donde estés!

Pero, de nuevo, el claro guardaba silencio, y nada se movía.

Entonces, Cuervo se fijó en la piedra redonda sobre la cual había apoyado la espalda. Había una cara en ella, y entonces comprendió que era la voz de la piedra lo que oía.



—¿Quién eres, y qué eres? —preguntó Cuervo.

—Soy el Abuelo Piedra. Estoy aquí desde que comenzó el tiempo —respondió la piedra, y añadió— ¿Quieres que te cuente una historia?

—¿Qué es una historia? —preguntó Cuervo— ¿Y qué significa contar una historia?

—Las historias nos hablan de todas las cosas que han pasado antes de ahora —respondió el Abuelo Piedra—. Regálame tus pájaros y te contaré cómo se hizo el mundo.

—Puedes quedarte con ellos —dijo Cuervo, mientras se sentaba delante de la piedra.

Con su profunda voz, el Abuelo Piedra le habló de una época anterior a aquélla, de cómo la Mujer Cielo cayó a la tierra, de cómo se hizo la Isla de la Tortuga, y le habló de gigantes de piedra. Cuando terminaba una historia, la piedra le contaba otra, y luego otra, y así siguió durante mucho rato.

Cuando el sol comenzó a ponerse, la piedra dijo:

—Es suficiente por hoy. Vuelve mañana y te contaré más historias. Pero no le digas a nadie todo lo que has escuchado hoy.

Cuervo volvió corriendo a la aldea y se las ingenió para cazar algunos pájaros más por el camino, con el fin de intercambiarlos por comida caliente y maíz seco.

—¿Por qué traes tan pocos pájaros hoy? —le preguntó una mujer de la aldea cuando hizo el intercambio.

—El invierno se acerca, y cada vez es más difícil encontrar algo que cazar —respondió el joven.

Al día siguiente, muy temprano, Cuervo se adentró en los bosques con el arco y las flechas. Cazó algunos pájaros y luego se fue corriendo hasta el claro.

—Abuelo Piedra, te he traído más pájaros —dijo Cuervo mientras dejaba las aves en la piedra plana—. Por favor, cuéntame más historias.

Cuervo se sentó, y la piedra comenzó a contarle historias, una detrás de otra, hasta que comenzó a anochecer. Y así ocurrió día tras día, y Cuervo cada vez llevaba menos pájaros a la aldea. Los niños se mostraban aún más crueles con él, pues ahora se le burlaban diciendo que ni siquiera era un buen cazador.

Un día, Cuervo llegó al claro, dejó la caza sobre la piedra plana y dijo:

—Abuelo Piedra, por favor, cuéntame más historias.

—Ya no tengo más historias que contarte —contestó la piedra—. Has escuchado ya todo lo que ha sucedido antes de estos tiempos. Ahora tendrás que transmitir los conocimientos que has aprendido a partir de las historias. Tú serás el primer narrador de historias.

»Tienes que contar a los demás todo lo que has escuchado aquí, y tendrás que añadir también las historias de todo lo que ocurra a partir de ahora. Habrá quien cuente versiones diferentes de tus historias cuando se las cuenten a otros, pero eso no importa. Las verdades y las lecciones de los relatos se recordarán.»

—Gracias, Abuelo Piedra —dijo Cuervo—. Me aseguraré de que las historias no se olviden.

Cuervo volvió al poblado sabiendo que había llegado la hora de partir. La gente allí no le respetaba, por lo que no le iban a escuchar. Recogió sus pertenencias y dejó la aldea sin decírselo a nadie. Tampoco nadie le echó de menos.

Cuervo se marchó a regiones lejanas y, con el tiempo, llegó a otro poblado. La gente le recibió cálidamente, y le invitaron a resguardarse del viento frío; le invitaron a sentarse junto al fuego y compartieron con él su comida. Después de comer, Cuervo dijo:

—Habéis sido tan amables conmigo que me gustaría compartir algo con vosotros.

Y se puso a contar las historias que había aprendido del Abuelo Piedra. Les habló de cuando los animales podían hablar, y de cuando la tortuga le ganó una carrera al oso.

Aquella noche, la cabaña donde estaba reunido todo el pueblo parecía más cálida, y la voz del primer narrador de historias se podía escuchar por encima del ulular del viento en el exterior. La gente se fue a dormir soñando con las historias que habían escuchado.

El jefe del poblado envió mensajeros a otros poblados, invitando a todos a venir y escuchar las historias. Éstos vinieron con regalos de comida y ropa para Cuervo como muestra de agradecimiento. También vino una hermosa joven, que se sentaba a su lado cada vez que se ponía a relatar historias. La muchacha no se perdía ni el más mínimo detalle de lo que contaba Cuervo.

Pasaron las estaciones, y Cuervo permaneció en aquel poblado y terminó casándose con la hermosa joven. Cuando hubo compartido todas las historias con las gentes de la aldea y con las de los poblados vecinos, Cuervo y su esposa partieron y recorrieron otros muchos poblados por distintas regiones, relatando historias en todos ellos.

Con el tiempo, llegaron a la aldea en la que Cuervo había vivido tanto tiempo, pero nadie lo reconoció con su nuevo aspecto y su hermosa esposa. El jefe del poblado les dio la bienvenida, les invitó a sentarse junto al fuego y les ofreció comida, y Cuervo se puso a contar historias. La gente le escuchaba ahora no sólo con los oídos, sino también con el corazón.

—No debéis olvidar las historias y las leyendas —les dijo Cuervo—. Tenéis que transmitírselas a vuestros hijos e hijas, y también a vuestros nietos y nietas, y ellos deberán pasárselos a sus descendientes. Nunca olvidemos las historias y su sabiduría.

Y así es como ha sido hasta el día de hoy. Las historias del Abuelo Piedra se han transmitido de generación en generación, y los narradores de historias siguen siendo respetados hoy en día por aquéllos que les escuchan.¹³

Principio 15

D15-12. LAS HORMIGAS Y EL TESORO

Yoruba - Nigeria y Benín (Ogumefu, 2007, pp. 19-21)

"15. Tratar a todos los seres vivos con respeto y consideración."

¹³ Imagen en este relato: Foto de "My search for magic", de una roca en Roslyn Glen, Escocia.

Había una vez un hombre pobre que era muy amable con los animales y las aves. Sin embargo, por poco que tuviera, siempre apartaba unos cuantos granos de trigo o unas cuantas judías para su loro, y tenía la costumbre de esparcir en el suelo, cada mañana, algunas migajas para las laboriosas hormigas, con la esperanza de que se dieran por satisfechas con el trigo y dejaran intactas sus pocas posesiones.



Y las hormigas estaban agradecidas por ello.

En la misma aldea vivía un avaro que, por métodos astutos y deshonestos, había acumulado una gran cantidad de oro; oro que guardaba a buen recaudo en un rincón de su pequeña choza. Se pasaba el día y las noches sentado a la puerta de su choza, para que nadie pudiera robarle el tesoro.

Cuando se acercaba algún pájaro, el avaro le arrojaba una piedra, y aplastaba a cualquier hormiga que pudiera pasearse por las inmediaciones, pues detestaba a todas las criaturas vivas, y no amaba otra cosa salvo su oro.

Como sería de esperar, las hormigas no sentían ningún cariño por el avaro; y, después de que éste matara a un gran número de ellas, comenzaron a pensar en el modo de castigarle por su crueldad.

—Es una verdadera pena —dijo el rey de las hormigas— que nuestro amigo sea tan pobre, mientras que nuestro enemigo es muy rico.

Esto les dio a las hormigas una idea. Decidieron trasladar el tesoro del avaro hasta la choza del hombre pobre. Para ello, excavaron un gran túnel. Un extremo del túnel estaba en la casa del hombre pobre, y el otro extremo estaba en la choza del avaro.

La noche en que el túnel estuvo terminado, una multitud de hormigas se puso manos a la obra a transportar el tesoro del avaro hasta la casa del hombre pobre; y, cuando llegó la mañana y el hombre pobre vio el oro amontonado en el suelo, se puso loco de contento, pensando que los dioses le habían enviado una recompensa por tantos años de humilde trabajo.

El hombre colocó todo el oro en un rincón de su choza y lo cubrió con vestiduras nativas.

Mientras tanto, el avaro había descubierto que su tesoro se había reducido en gran medida. Alarmado, no se le ocurría cómo podría haber desaparecido todo aquello, pues había estado vigilando la puerta de la choza en todo momento.

A la noche siguiente, las hormigas transportaron una gran porción del oro a través del túnel, y una vez más el hombre pobre saltó de alborozo, en tanto que el avaro se encolerizaba al descubrir sus pérdidas.

Durante la tercera noche, las hormigas trabajaron toda la noche y consiguieron, finalmente, llevarse el resto del tesoro.

—¡Los dioses me han mandado mucho oro! —gritaba el hombre pobre, mientras escondía su tesoro.

Pero el avaro convocó a sus vecinos y les contó que, a lo largo de tres noches, su trabajosamente ganado tesoro se había desvanecido. Insistía en que nadie había entrado en la choza, salvo él mismo, y que, por tanto, debían de haberle robado el oro mediante brujerías.

Sin embargo, cuando registraron la choza, encontraron un agujero en el suelo, y descubrieron que aquel agujero era la entrada a un túnel. Era evidente que el tesoro había sido transportado por el túnel, y todo el mundo comenzó a buscar el otro extremo de éste. Finalmente, lo descubrieron en la choza del hombre pobre. Bajo las vestiduras nativas, en un rincón, encontraron el tesoro perdido.

El hombre pobre protestó en vano, diciendo que él no podía haberse metido por tan estrecho túnel, y declaró no tener ni idea de cómo el oro había ido a parar a su choza. Pero el resto dijo que debía haber algún hechizo mediante el cual había conseguido hacerse tan pequeño como para meterse a través del túnel por la noche hasta la choza del avaro.

Por su delito, lo encerraron en una choza y atrancaron fuertemente la entrada, con la intención de quemarlo vivo al día siguiente.

Cuando las hormigas vieron lo que había ocurrido con su plan para ayudarlo, se quedaron tremendamente perplejas y comenzaron a preguntarse qué podrían hacer para salvar a su pobre amigo de tan terrible muerte.

No se les ocurrió otra cosa que comerse la choza entera en la que el prisionero estaba confinado. Lograron hacerlo en unas cuantas horas, y el hombre pobre se quedó atónito cuando se descubrió a sí mismo en un espacio abierto. Huyo corriendo a la selva y nunca más le volvieron a ver.

Cuando llegó la mañana y la gente vio que las hormigas habían estado trabajando, pues de la choza no quedaban más que algunos palos, dijeron:

—¡Los dioses han tomado el castigo en sus propias manos! Las hormigas han devorado tanto la choza como al prisionero.

Y sólo las hormigas sabían que aquello no era cierto.¹⁴

D15-13. LOS PATOS MANDARINES Y EL SAMURAI

Budismo zen (Brunel, 2006)

Hace mucho tiempo, cerca del lago Mimidoro, que ahora se llama Mizoro, en el norte de Kyoto, vivía en paz una pareja de patos mandarines. En el verano, el macho saltaba encima del agua y levantaba el vuelo, con sus bigotes de color naranja, su pico rojo oscuro, y sus manificas alas rizadas. La hembra y sus hijos vestidos modestamente de gris no le sacaban los ojos de encima. Al atardecer, los patitos bien llenos y dormidos, el macho, con una tierna caricia en la mejilla blanca y graciosa, despedía a la hembra y en el agujero del árbol que les hacía de casa, toda la familia entraba en el país de los sueños.

El año siguiente, los primeros días de primavera, un joven samurai instaló su cabaña en la orilla del estanque. Su mujer esperaba un hijo. Eran pobres. El Samurai había tenido que comprarse el vestuario. Su mujer le había confeccionado la cinta de decisión y su madre había ahorrado durante mucho tiempo para poder regalarle las dos espadas tradicionales, la larga y la corta. Todavía no tenía la máscara horrible para aterrorizar al enemigo. Esperaba que un noble señor le propusiera estar a su servicio. Aquella noche, su mujer lo despertó y le dijo:

—Esposo, ya se que somos pobres y no quiero inquietarte pero desde hace un tiempo siento un deseo irresistible de comer carne y tengo miedo que tu hijo sufra.

El joven samurari no dijo nada. Cogió su arco y salió por la noche. Se agazapó cerca del estanque y esperó la posible presa. Casualmente el pato mandarín hacía un recorrido nocturno. El samurai vio como sus alas rizadas brillaban bajo la luz de la luna. Disparó una flecha y lo mató. Lo metió en un saco y una vez en casa, lo ató sobre una estaca cerca de su cabaña. Después volvió a su cama y se durmió.

Un sonido insólito lo despertó. Una especie de ‘tap,tap’ como batiendo las alas. ‘El pato solo estaba herido’, pensó. Cogió un cuchillo y salió. El pato mandarín colgado por las patas estaba bien muerto. Pero la hembra había venido a buscarlo y batía las alas encima

¹⁴ Imagen en este relato: "Ants CBMen 4", de Donkey shot, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons.

suyo. El samurai enseñó su cuchillo brillando bajo la luz de la luna. La hembra no se movió de su lugar. Entonces el samurai encendió un fuego para asarlos a los dos, macho y hembra. La hembra indiferente a su suerte continuó batiendo las alas llorando por su pareja muerta. Entonces un sentimiento desconocido se apoderó del samurai. Despertó a su mujer y le enseñó aquél espectáculo de amor conyugal. Su mujer lloró.

—No comeré de esa carne por nada del mundo —dijo.

Dicen las viejas crónicas que el samurai se cortó el pelo de hombre de guerra y se hizo monje. Llevó una vida ejemplar, protegiendo a los animales, preocupándose del más pequeño insecto y desde entonces su nombre es venerado.

D15-14. MIEDO DEL VIENTO

Budismo indio (Maguire, 2012)

"15.a. Prevenir la crueldad contra los animales que se mantengan en las sociedades humanas y protegerlos del sufrimiento."

Hace mucho, mucho tiempo, antes de que el Buda fuera el Buda, en un bosque de la India vivía una pequeña y hermosa elefanta, con la piel tan blanca y sedosa como las plumas de un cisne. Mientras crecía, toda la gente que se aventuraba a entrar en el bosque y tenía la fortuna de verla se sorprendía con su belleza; y, cuando llegó a la madurez, su tamaño y su fuerza eran tan inmensos que la gente aún se sorprendía más; de modo que se difundió la noticia por todo el país de la existencia de aquella enorme, fuerte y bella elefanta blanca.



Cuando el rey de la aquella zona oyó hablar de la elefanta, quiso tenerla en su propiedad. Envío a sus entrenadores de elefantes a buscarla y, después de una prolongada exploración por los bosques, finalmente dieron con ella. La capturaron con una inmensa red de cáñamo, la transportaron a los terrenos del palacio y la encadenaron a una gran estaca.

El rey quería asegurarse de que la elefanta obedecería todo aquello que le ordenara, de manera que, cuando la elefanta no hacía lo que los entrenadores le decían que hiciera — y, con frecuencia, ella no entendía lo que le estaban pidiendo—, éstos la punzaban con sus palos de entrenamiento. No mucho después, su hermosa piel blanca estaba cubierta de cardenales rojos, azules y púrpuras; y, lo que es peor, la elefanta vivía aterrorizada.

Un día, la elefanta enloqueció de miedo. Tiró con fuerza hacia atrás con las patas traseras y la cadena se rompió. Los entrenadores echaron a correr aterrorizados, y la bella elefanta blanca escapó. Huyó a toda la velocidad que le permitían sus patas en dirección a las montañas, y se adentró por lugares tan ignotos que los entrenadores ya no pudieron dar con ella. La buscaron durante mucho tiempo, pero al final tuvieron que renunciar a encontrarla. Con el tiempo, se olvidaron de ella.

Pero la elefanta no pudo olvidarse de ellos. Cada vez que el viento gemía, lloraba, aullaba o estallaba, la elefanta salía corriendo aterrorizada, dando vueltas y más vueltas sin dirección, y balanceando salvajemente su trompa de uno a otro lado. Aunque ahora era libre, se sentía como si la hubieran vuelto a capturar los entrenadores del rey, pues su mente estaba tan perturbada que hasta se olvidaba de comer. Adelgazó y se debilitó, y en sus enloquecidas carreras terminaba muchas veces tropezando y cayendo sobre rocas, ramas de árboles caídas o agujeros en el suelo. Por todo su cuerpo, sobre la otrora hermosa piel blanca, se veían cardenales rojos, azules y púrpuras.

Lo más parecido a un poco de paz que la elefanta sentía era cuando se apoyaba sobre un árbol muy concreto, cuando intentaba recuperar el aliento. Aquel árbol tenía un tronco grueso, pero suave, y una amplia copa donde el viento susurraba suavemente.

En aquel entonces, el Buda era ese árbol.

Cada vez que la elefanta se apoyaba para descansar en aquel árbol, él podía sentir el miedo que la atormentaba, y sentía una profunda compasión por ella. Finalmente, un día, cuando la elefanta se estaba apoyando contra su corteza con más fuerza de lo que lo había hecho nunca, el árbol no pudo seguir guardando silencio. Ondeando sus hojas y agitando el viento, le susurró estas palabras:

—¿Tienes miedo del viento? ... ¡El viento sólo mueve las nubes y seca el rocío! ... Observa tu mente... Es sólo el miedo el que te tiene atrapada...

Y, de pronto, la elefanta sonrió. Se había dado cuenta de que no tenía nada que temer, salvo su propio miedo. Aquel día encontró la paz en su interior, y pudo disfrutar de la vida en las montañas que la había visto nacer.

Por fin, había encontrado la libertad.¹⁵

¹⁵ Imagen en este relato: "Pachyderm Profile", de Thomas Gehrke, licencia CC BY-NC-ND, en Flickr.com.

D15-15. GRAN ALEGRÍA, EL BUEY

Budismo indio (Martin, 1999, pp. 79-86)

Una vez, hace mucho tiempo, un pobre brahmín recibió un ternero de buey en pago por una antigua deuda. Aquel ternero era el Buda en una encarnación anterior, y el brahmín, encantado con aquella pequeña criatura, cuidaba de ella y le dedicaba todo tipo de atenciones.

Con los cuidados del hombre, el ternero creció hasta convertirse en un buey grande y poderoso; pero, por grande y poderoso que fuera, era un animal muy dócil y bueno. Hacía todo lo que el brahmín le pedía que hiciera, y lo hacía con buen talante. Tocones de árboles fuertemente arraigados a la tierra, grandes peñascos, cualquier cosa que le pidiera. Si el brahmín quería sacar alguna de estas cosas, no tenía más que atar el extremo de una soga al yugo del buey y el otro extremo al peñasco o al tocón, y decir «¡Tira!», y el buey lo arrancaba del suelo o lo arrastraba hasta sacarlo del campo. Pero, además, el buey era tan dócil que los niños y las niñas podían cabalgar sobre sus lomos sin ningún temor. Tan encantado estaba el brahmín con su enorme, poderoso y dócil buey que lo llamó «Gran Alegría».

Un día, Gran Alegría pensó, «Mi dueño, el brahmín, es muy pobre, y él ha sido siempre muy amable conmigo. Me gustaría utilizar mi fuerza para recompensarle de algún modo». De modo que Gran Alegría se acercó a la pequeña casa de adobe del brahmín y metió su enorme cabeza por la ventana. Allí estaba el pobre brahmín, sentado ante una destartada mesita, arreglando una página rota de un libro.

—Mi dueño y amigo —dijo el buey—, tú has sido siempre muy bueno conmigo, y me duele que seas tan pobre. Me gustaría utilizar mi fuerza para ayudarte. Escucha. Tengo un plan.

El brahmín, atónito y con la boca abierta, exclamó:

—¿Tengo un buey que habla?!

—Oh, sí, dueño mío —respondió tranquilamente Gran Alegría—. En este mundo hay cosas mucho más maravillosas que ésta. Pero, escucha.

Y el brahmín, claro está, escuchó.

—Mañana —dijo Gran Alegría—, ve a la ciudad. Encuentra a un rico mercader y apuesta con él mil monedas de plata a que tienes un buey capaz de arrastrar cien carros cargados con rocas, piedras y grava.

—¡Eso es imposible! —exclamó el brahmín— Ningún buey ha arrastrado nunca tantos carros cargados. ¡Eso no puede hacerse!



—Confía en mí —dijo Gran Alegría—. ¿Te he fallado alguna vez?

El brahmín reflexionó sobre ello y se dio cuenta de que, ciertamente, Gran Alegría nunca le había fallado, de modo que accedió a seguir el plan del buey.

Al día siguiente, cuando salió el sol, el pobre brahmín se calzó sus desgastadas sandalias y se encaminó a la ciudad. Entró en una tetería en la que granjeros y mercaderes

ricos solían congregarse durante las horas más calurosas del día y se sentó solo en una mesita. Cuando vio entrar a un rico mercader, le llamó:

—Amigo mío, ¿quiere sentarse aquí conmigo?

—¿Por qué no? —dijo el rico mercader.

Tras las presentaciones, y tras degustar algunos dulces y un té, el brahmín tomó aliento y dijo:

—Tengo un buey.

—Bueno —dijo el mercader—. Yo tengo muchos bueyes y, si me permite que le diga una cosa, me han costado mucho dinero.

—Sí —dijo el brahmín—, pero... pero mi buey es muy fuerte.

—¡Bah! —exclamó el mercader— Eso forma parte de su naturaleza. Todos los bueyes son fuertes.

—No tan fuertes como el mío —prosiguió el brahmín, entrando de lleno en faena—. Mi buey es tan fuerte que es capaz de arrastrar cien carros cargados hasta los bordes de rocas, piedras y grava. ¡Así de fuerte es mi buey, Gran Alegría!

—¡Imposible! —respondió el mercader carcajeándose— Escuche, vecino, ningún buey, por fuerte que sea, es capaz de arrastrar cien carros cargados. Éste es un mundo de pesos y medidas, y todo tiene, necesariamente, sus límites. Y un buey, después de todo, es simplemente un buey. Eso es imposible.

—Y, sin embargo, él puede hacerlo —insistió el brahmín.

—¡No puede! —insistió el mercader.

—¿Quiere apostar?

—¡Encantado!

—¿Mil monedas de plata? —preguntó dubitativo el brahmín.

—¡De acuerdo! —gritó el rico mercader— ¡Serán mil monedas de plata! Mañana, cuando el sol asome por encima del mango más alto en la plaza de la ciudad, traiga su buey. Yo tendré preparados cien carros cargados. Hasta entonces, amigo mío, que tenga un buen día.

Y, así, el mercader rico se levantó y, con un ademán ostentoso, agitando las mangas de su elegante túnica, salió sonriendo de la tetería.

Pronto, toda la ciudad estaba al tanto de la noticia: «¡Mil monedas!», exclamaban. «Cien carros», se maravillaban. «¡Un buey!», exclamaban riendo.

El dinero cambio de manos y se hicieron las apuestas y, luego, todos esperaron expectantes a la mañana del día siguiente.

Aquella noche, el pobre brahmín no hacía más que dar vueltas en la cama. ¿Ganaría? ¿Perdería? ¿Podría realmente Gran Alegría arrastrar todas aquellas carretas? Las posibilidades, después de todo, estaban totalmente en contra.

El brahmín se despertó muy temprano y se fue de inmediato al establo de Gran Alegría. Allí estaba el noble animal, masticando paja tranquilamente, moviendo su largo rabo de lado a lado. El buey miró con sus grandes ojos negros al brahmín, parecía mirarle con buen humor, como diciendo, «Hoy es el día, ¿eh? Bueno, no te preocupes. Todo irá bien. No vamos a perder esta apuesta».

Pero el brahmín estaba preocupado. Él no podía ver, no podía escuchar, lo que su buey le estaba diciendo con los ojos.

Tomando un cepillo de cerdas duras, el brahmín se puso a cepillar a Gran Alegría, palmeando con fuerza y pasando el cepillo por sus costados y por encima de los músculos de su amplio lomo, de tal modo que el polvo se levantaba y danzaba en el aire, centelleando bajo los rayos del sol como partículas de plata y oro.

Cuando terminó de cepillar y preparar a Gran Alegría, le puso una soga alrededor del cuello y lo llevó a través de los campos, para luego descender por los polvorientos caminos que llevaban a la ciudad.

Llegaron justo cuando el sol tocaba el ápice del mango más alto de la plaza de la ciudad. Una ruidosa multitud llenaba ya la plaza, y allí estaban también los cien carros cargados, a la espera. El pobre brahmín echó un vistazo y se le hundió el estómago hasta las sandalias. La imagen le impactó. ¡Nunca había visto tantos carros juntos! ¡Y, sin duda, tantos carros cargados!

«¡Qué idiota he sido —se recriminaba a sí mismo— por haberme dejado convencer por una bestia. ¡Yo, un hombre, he escuchado a un animal, y aquí está el resultado! ¡Estoy perdido!» Pero, intentando adoptar una pose audaz, llevó a Gran Alegría a través de la multitud.

Allí estaba esperándole el rico mercader.

—Entonces, ¿está preparado? —preguntó el mercader.

—¡Sin duda! Claro que estoy preparado —respondió el brahmín.

El mercader dio una palmada y dos hombres fornidos salieron de entre la multitud; levantaron un pesado yugo de madera y se lo pusieron a Gran Alegría sobre los hombros; y después ataron las sogas de los carros firmemente al yugo, anudándolas con fuerza.

La multitud guardó silencio, tanto silencio que se podía escuchar el canto de los pájaros en los árboles; tanto silencio que se podía escuchar el barrido de la cola de Gran Alegría; tanto silencio que se podía oír el zumbido de las moscas.

En modo alguno preocupado, Gran Alegría observó mansamente a la multitud y contempló las nubes blancas que surcaban lentamente el cielo por encima de todos. Sacudió su enorme cabeza y resopló sonoramente, como diciendo, «¿A qué tanto alboroto?»

Entonces, el pobre brahmín, viendo todos los ojos fijos en él, se acercó al costado de Gran Alegría, levantó el azote, golpeó a Gran Alegría en el lomo y gritó:

—¡Adelante, bestia! ¡Adelante, desgraciado! ¡Tira de esos carros! ¡Demuestra tu fuerza!

Pero, cuando Gran Alegría sintió el agudo dolor del azote y escuchó aquellas duras palabras, abrió los ojos de par en par. «¿Golpes y maldiciones? —se dijo a sí mismo— ¡No con este buey!» Y, plantando firmemente las pezuñas en la tierra, se negó a moverse.

¡La multitud pareció volverse loca! Empezaron a gritar y a abuchearle, le lanzaron terrones de tierra, le lanzaron palos y piedras, pero Gran Alegría no se movía. Ni siquiera iba a intentar tirar de los carros. Ni un solo palmo. Se mantuvo decidido bajo todos los gritos y golpes. Por mucho que se riera y le abucheara la multitud, por mucha fuerza con que le lanzaran palos y piedras, por mucho que le gritaran, Gran Alegría simplemente no se iba a mover.

—Amigo mío —balbuceó el mercader llorando de la risa, cayéndole las lágrimas por las mejillas—, ¿esto es todo? ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya buey!

Cuando las pullas y las amenazas cesaron finalmente, cuando la multitud comenzó a retirarse y el mercader, secándose todavía las lágrimas, recibió su dinero («¡Buena suerte la próxima vez!», se atrevió aún a bromear), sólo entonces fue cuando Gran Alegría se dejó desenganchar y llevar a casa, en silencio.

Una vez allí, el pobre brahmín escondió su rostro entre las manos y se puso a llorar; era un llanto de dolor, de pérdida y de vergüenza.

Gran Alegría escuchó sus sollozos y, dirigiéndose a la casita del labrador, metió la cabeza de nuevo por la ventana.

—Mi dueño y mi amigo, ¿por qué lloras?

Y el pobre brahmín, entre hipos, exclamó con amargura:

—¡Tú, bestia! ¡Tú, desgraciado! ¡Tú, animal! Hice cuanto me dijiste que hiciera, y ahora lo he perdido todo. Y, lo que es más, toda la ciudad se ha reído de mí. ¡Y ha sido por tu culpa!

Pero Gran Alegría le contestó tristemente:

—¿Quién le falló a quién? Déjame que te pregunte algo: ¿te he fallado yo alguna vez? ¿Acaso he resquebrajado algún arado, he roto alguna valla o he aplastado algún tiesto? ¿Acaso he dejado caer excrementos en algún lugar limpio en tu casa o ante algún santuario sagrado? ¿Alguna vez le he hecho daño a algún niño o he dejado de tirar de alguna carga?

—No —dijo el brahmín levantando la cabeza—, tú siempre fuiste una gran alegría para mí.

—Entonces, ¿por qué me golpeaste, me azotaste y me insultaste? ¿Dijiste «desgraciado» y «bestia»? —preguntó el buey— ¿Era ésa la recompensa que yo merecía de tus manos, yo que sólo quería trabajar duro para ti y servirte?

El brahmín se incorporó y se enjugó las lágrimas. Miró al buey en silencio y se sintió avergonzado.



—Tienes razón —admitió finalmente—. Tú no me fallaste. Fui yo el que te falló —y bajando los ojos, añadió—. Lo... lo siento.

—Bien —dijo el buey—, dado que has comprendido lo sucedido, vuelve a la ciudad, busca al mercader y apuesta con él de nuevo. Sólo que esta vez tienes que apostar dos mil monedas.

—¡Amigo mío! —gritó el brahmín— Lo haré. ¡Apostaré de nuevo y esta vez no te fallaré!

—Bien —dijo el buey—, pues, si tú no me fallas, puedes tener por cierto que yo no te fallaré.

Al día siguiente, el brahmín fue corriendo a la ciudad y entró en la tetería de nuevo. Allí estaba el mercader, sorbiendo tranquilamente un té y comiéndose unos dulces.

—Amigo mío, ¿puedo sentarme? —preguntó el brahmín.

—¡Claro! —respondió el mercader alegremente— ¿Acaso no me habéis traído una gran alegría? —añadió haciendo sonar la bolsa de monedas.

—Amigo mío —dijo el brahmín—, apostemos de nuevo.

—¡¿Qué?! —exclamó el mercader— ¿Es que no sabe usted cuándo ha tenido suficiente?

—¡Venga! —dijo el brahmín muy tranquilo— Una apuesta más sobre el buey y los carros, igual que ayer. Sólo que esta vez me apuesto dos mil monedas. ¿Qué dice?

El mercader se rascó la barba. «Locos como éste no crecen en los árboles —se dijo—. Me está rogando que me quede con su dinero; de modo que, ¿por qué no?»

—De acuerdo —dijo al fin encogiéndose de hombros—. ¿Quién soy yo para decir que no?

—Entonces, ¿queda hecha la apuesta? —preguntó el brahmín.

—Si así lo deseáis... —respondió el mercader.

—Sí, lo deseo. Mañana, cuando el sol salga por encima de mango más alto de la plaza, tenga dispuestos sus carros, y yo traeré a Gran Alegría, mi buey. Hasta entonces, amigo mío, que tenga un buen día.

Y se fue de allí, deseando a todo el mundo a su paso un buen día.

A la mañana siguiente, el brahmín limpió y preparó a Gran Alegría una vez más, para luego llevarlo a la ciudad. Llegaron cuando el sol tocaba el ápice del mango más alto de la

plaza y, una vez más, se había congregado una ruidosa multitud; pero, esta vez, preparados para reírse y burlarse. De hecho, muchos de ellos tenían ya preparados sus palos, sus piedras y sus terrones de tierra.

Pero, mientras Gran Alegría era llevado hasta el lugar donde debía ser enganchado a las carretas, el sol brilló súbitamente sobre él y fue como si el poder palpitará en su enorme y resplandeciente lomo. Era como si sus cuernos hubieran crecido de pronto y pudiera atravesar las nubes, como si su cola pudiera ahora barrer el suelo como la cola de un dragón. Tenía los pelos de cuello, hombros y lomo erizados y crepitando de electricidad.

Entonces se oyó a alguien entre la multitud decir:

—¡Vaya buey! ¡Quizás pueda conseguirlo!

Tal como un par de días atrás, el mercader se puso en marcha, dos hombres fornidos le pusieron el yugo a Gran Alegría sobre los hombros, y luego engancharon y ataron las cuerdas. Y, de nuevo, se hizo el silencio; tanto silencio que se podía escuchar a las nubes surcando el cielo.

Y, entonces, el pobre brahmín, sintiendo que todos los ojos estaban fijos en él, se acercó al costado del buey, levantó una guirnalda de flores, se la colgó al cuello a Gran Alegría, le dio una palmada sobre su gigantesco hombro y dijo:

—Ha llegado el momento, mi poderoso hermano. Ha llegado el momento, mi gran amigo. ¡Tira, tira con todo tu corazón y deja que el mundo vea tu noble fuerza!

Y, con estas amables y estimulantes palabras, Gran Alegría clavó decidido las pezuñas en la tierra bañada por el sol, tensó sus patas hasta que parecieron árboles antiguos y tiró.

Y tiró.

Y TIRÓ.

Y, lentamente, las ruedas de los carros comenzaron a girar, cada vez más y más rápido.

—¡El buey lo ha conseguido! —gritó la multitud— ¡Lo ha hecho!

Los carros comenzaron a rodar mientras Gran Alegría, casi corriendo, arrastraba de los cien carros alrededor de la plaza.

La multitud comenzó a seguirle, riendo alborozados. ¡Nunca habían visto algo tan salvaje y tan maravilloso! Un sólo buey arrastrando cien carretas. Gran Alegría, el buey, con su dignidad, su fuerza y respetándose a sí mismo, había conseguido lo imposible.

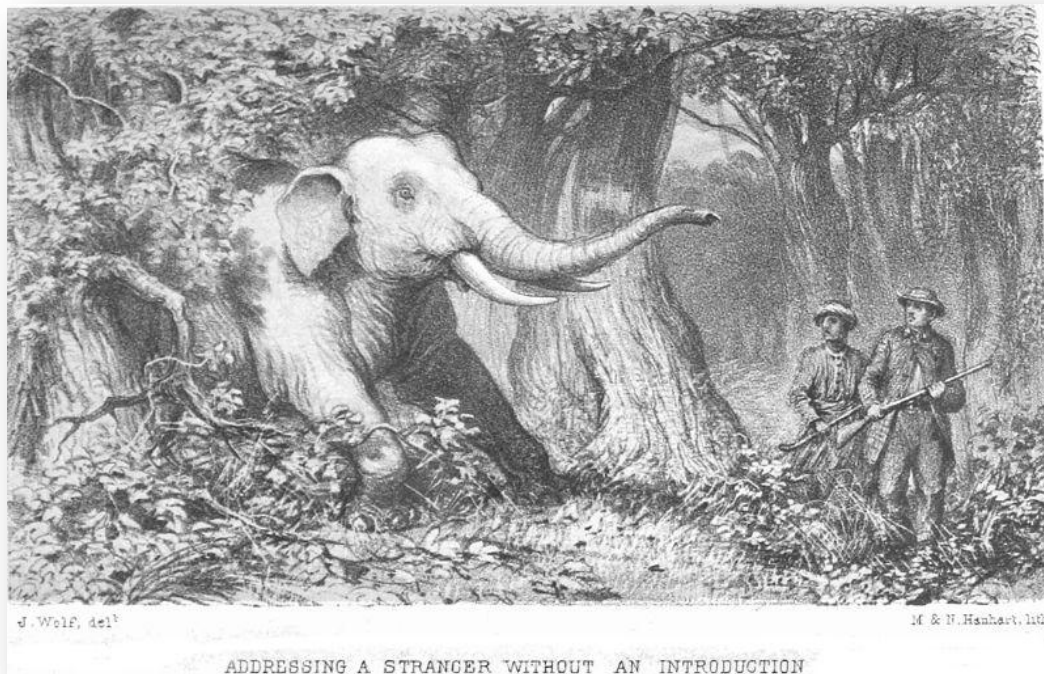
Sucedió hace mucho, mucho tiempo, pero hoy en día se sigue recordando.¹⁶

D15-16. EL REY ELEFANTE DE LA BONDAD: UN CUENTO JATAKA

Budismo indio (Friedman, 2006)

Hubo un tiempo en que, en los bosques de los pies de los Himalayas, vivían miles de elefantes pacíficamente. Su jefe era un magnífico elefante blanco, una criatura cuya belleza exterior no era más que un reflejo de su bondad interior. Pero, pasado un tiempo, el elefante blanco se cansó de ser el jefe, por lo que decidió trasladarse con su familia a un lugar apartado, lejos del resto de elefantes; y allí vivían juntos, en un entorno silencioso y poco transitado.

Un día, mientras recorría el bosque, el elefante blanco pisó una espina y ésta se le clavó profundamente en la pata. El dolor era insoportable y, mientras volvía cojeando a casa, dio en pasar por allí una familia de madereros. Aquellos hombres subían en barcazas por el río todos los días hasta lo profundo del bosque, para luego talar los árboles y transportar los troncos a su regreso en las embarcaciones. De este modo, se ganaban la vida humildemente.



¹⁶ Imágenes en este relato: "Cute as an Ox", de Steve Jurvetson, licencia CC BY, en Flickr.com; y "Portrait Old Person Sad", de Omar Alnahi, licencia CC0, en Pexels.com.

Cuando los madereros vieron pasar cojeando al elefante, fueron corriendo a ayudarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron los hombres.

Y, en respuesta, el pobre elefante se tumbó y levantó la pata. Cuando los hombres vieron la herida, le sacaron rápidamente la espina y, a continuación, le lavaron y le vendaron la pata.

Cuando, con el crepúsculo, el elefante regresaba a su casa, estaba tan profundamente agradecido con aquellos hombres que prometió que jamás olvidaría su amabilidad.

Cuando se curó de la herida, el elefante volvió al lugar donde los madereros trabajaban y se puso a levantar árboles para ellos, para luego llevarlos rodando hasta las barcazas. El elefante blanco regresaba todos los días y, con su ayuda, los hombres pudieron mejorar la vida de sus familias. Cada vez que llegaba un trabajador nuevo —un hijo o un nieto sin experiencia en el negocio familiar—, los madereros le explicaban que su buena fortuna estribaba en la bondad del elefante blanco.

Conforme empezó a envejecer, el elefante comenzó a llevar con él a su hijo para que ayudara a los madereros. El hijo era aún más imponente que el padre, blanco como la nieve, con sus colmillos marfileños y unos ojos que centelleaban como piedras preciosas.

—Mi hijo os ayudará ahora —dijo el elefante a los hombres—, pues a mí me van faltando las fuerzas.

El elefante le contó a su hijo lo que los madereros habían hecho por él, para decirle finalmente:

—Prométeme que te quedarás con ellos y les ayudarás.

Y su hijo se lo prometió.

El joven elefante mantuvo su palabra y siguió trabajando con los madereros cuando su padre murió. Todas las tardes, cuando terminaba de trabajar, se quedaba en la orilla viendo cómo los hombres emprendían el regreso a casa en sus barcazas, para después meterse en el río para bañarse y solazarse.

Una tarde, un hombre de Benarés, que era como se conocía a la ciudad en aquellos tiempos, pasó por aquella zona del bosque. Cuando vio al elefante blanco en el río, con la piel brillante a la luz del sol poniente, aquel hombre decidió que tan magnífica criatura debía pertenecer al rey. Se acercó al elefante y, acariciándole la trompa, le dijo:

—Te llevaré hasta nuestro rey. Una criatura tan hermosa como tú debe estar en un palacio y, por otra parte, un rey tiene que poseer todo aquello que sea especial.

—Debo permanecer aquí y cuidar de los madereros —dijo el elefante sacudiendo la cabeza— No puedo abandonar este lugar.

Pero al hombre de Benarés le importaban bien poco los madereros, y mucho menos los deseos del elefante. Sabía que el rey le recompensaría por llevarle tal maravilla a palacio, y su única preocupación era él mismo. Así que a la tarde siguiente volvió a aquel lugar con otros hombres para que le ayudaran a capturar al elefante blanco.

Los hombres se ocultaron entre los arbustos a la orilla del río. El elefante estaba tomando su habitual baño vespertino y, en el momento en que salió del agua, sintió que algo no iba bien. Se volvió para echar a correr, pero los hombres ya le habían rodeado. El elefante sabía que no debía luchar pues, si lo hacía, podía hacerle mucho daño a alguno de aquellos hombres, y él no quería herir a nadie, de modo que se dejó apresar y llevar al palacio.

A la mañana siguiente, cuando los madereros descubrieron que el elefante se había ido, lo lamentaron profundamente, pues no sólo necesitaban su ayuda, sino que le habían tomado un profundo cariño.

Mientras tanto, en el palacio, el rey ordenó a sus sirvientes que prepararan un festín para su nueva posesión, pero el elefante no tenía ganas de comer. El rey dio instrucciones a los entrenadores de elefantes para que llevaran al animal a su lago privado, pero el elefante no tenía ganas de bañarse. Le importaban bien poco los lujos del rey. Los entrenadores le ofrecieron todo lo imaginable, pero el elefante lo rechazó todo. Sólo quería volver a casa. Tenía responsabilidades que cumplir.

Los entrenadores comprendieron la pena del elefante, y le dijeron al rey que, aunque el animal era hermoso, su belleza exterior era sólo un reflejo de su alma y de su bondad.

—El elefante sólo desea ayudar a aquéllos que dependen de él —le dijeron los entrenadores al rey.

Sintiéndose consternado por la compasión del elefante, el rey lo dejó en libertad. Y desde aquel día y para siempre, la gente comprendió que el elefante blanco, como todos los regalos especiales de la naturaleza, no podía pertenecer a una sola persona, sino que era un regalo para toda la humanidad.¹⁷

¹⁷ Imagen en este relato: dibujo de Joseph Wolf en un libro de 1860, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

D15-17. PEESUNT Y EL PUEBLO OSO

Iroqués (Rossland Trail Bear Smart, 2011)

"15.b. Proteger a los animales salvajes de métodos de caza, trampa y pesca, que les causen sufrimiento extremo, prolongado o evitable."

Entre los nativos de América del Norte, el oso ha jugado un papel muy importante en su mitología. He aquí una historia que tiene su origen en la tradición oral iroquesa.

Peesunt, la hija del jefe, era muy engreída, siempre cepillándose su largo cabello negro y alardeando de su belleza y su estatus. Un día, las chicas de la tribu salieron a recolectar bayas y, mientras atravesaban el bosque, comenzaron a ponerse nerviosas porque sospechaban que había osos en las cercanías. Para hacer saber a los osos que estaban allí, hacían palmas con las manos y cantaban canciones.

—Yo no tengo por qué hacer eso —dijo Peesunt—. Son unas bestias malolientes y sucias.

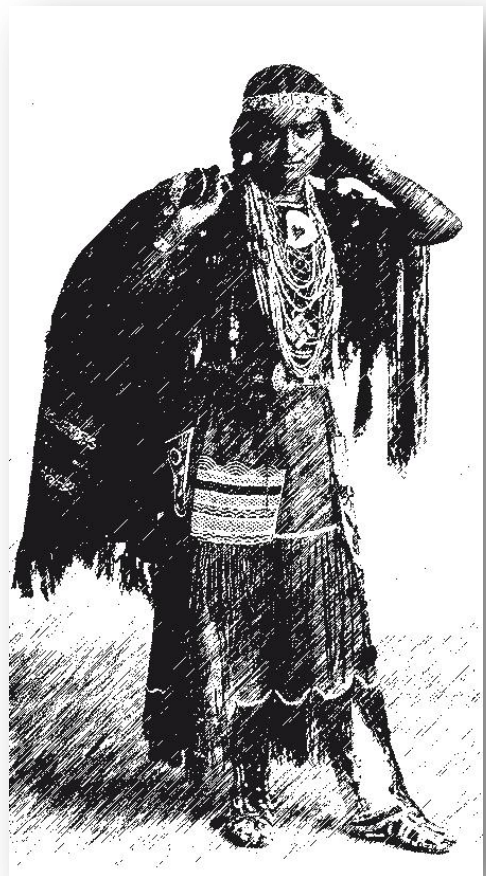
—Ten cuidado con lo que dices —le dijeron sus amigas—, no vaya a ser que te oigan.

Pero Peesunt no les hizo caso. Al cabo de un rato recogiendo bayas, se olvidaron de los osos y no tardaron en llenar sus cestas; y, mientras el sol se preparaba para dormir, la muchachas emprendieron el camino de regreso a casa.

—Yo soy la hija del jefe, y tengo que ser la que más bayas recolecte —dijo Peesunt sin dejar de arrancar bayas.

Para cuando consiguió llenar la cesta, sus amigas se habían ido, el sol se había ido a dormir y Peesunt empezó a preocuparse al verse casi a oscuras en el bosque.

Muy nerviosa, comenzó a caminar de regreso a casa, pero la cesta se le rompió y se le cayeron todas las bayas al suelo. En ese momento, un atractivo joven, cubierto con una piel de oso, se acercó a ella y la llamó por su nombre, para luego ayudarla a reparar la cesta y recoger los frutos.



—Tendrás que venir y quedarte con mi pueblo esta noche —le dijo el hombre—. Ya está demasiado oscuro para que vuelvas a tu poblado.

Peesunt aceptó la oferta y, al llegar al poblado del hombre, se dio cuenta de que todos allí iban vestidos con pieles de oso, y que ninguno de ellos la miraba directamente a los ojos. Al entrar en la casa comunitaria, Peesunt fue recibida por el padre del joven, que era el jefe. El hombre llevaba una corona de garras de oso y se cubría con una elaborada piel de oso. Aquella noche, la gente del poblado organizó un banquete y una danza en honor a Peesunt, y luego se contaron historias de antaño.

A la mañana siguiente, cuando Peesunt dijo que debía partir, el jefe le dijo que no podía hacerlo.

—Tienes que permanecer aquí y casarte con mi hijo —dijo el hombre.

En ese momento, Peesunt escuchó una vocecilla que la llamaba.

—Ellos son el Pueblo Oso —dijo la voz—. Oyeron lo que dijiste ayer en el bosque, y te matarán si no te quedas y te casas con el hijo del jefe.

Era Nokomis, la Madre Tierra, que a veces adopta la forma de una ratoncita, y Peesunt comprendió que no tenía elección salvo hacer lo que se le había dicho.

La joven no tardó en sentir amor por su marido, y tuvo con él dos hijos, que eran mitad humanos y mitad osos. Aprendió mucho de Nokomis, y dejó de ser engreída. Con todo, no dejaba de echar de menos a su familia humana.

Un día, vieron a unos extraños merodeando por las cercanías, y su marido llegó con malas noticias.

—He estado soñando con este día, Peesunt. Tu pueblo encontró huellas de oso cerca del lugar donde te vieron por última vez, y vienen a matarme. Tengo que ir a su encuentro para protegerte a ti y a mi pueblo.

Peesunt se echó a llorar cuando oyó aquello, y vio a su marido transformarse en un oso cuando se adentró en el bosque para encontrarse con la muerte. También lloró de alegría al ver a sus hermanos de nuevo, y les dijo cómo tenían que tratar al oso que habían cazado, que debían tratarlo con respeto, y debían utilizar todas sus partes y no arrastrarlo por el suelo cuando se lo llevaran.

Al volver a su poblado con sus hijos, le preguntó a su padre:

—Ya no me siento cómoda viviendo entre las personas, ¿puedo vivir en las afueras de la aldea, en una pequeña cabaña?

Y allí fue donde vivió durante muchos años, pero no dejaba de echar de menos a su familia del Pueblo Oso. Sus hermanos llegaron un día con un regalo: una piel de oso para ella y para sus hijos. Y, cuando se cubrieron con ellas, se transformaron todos en osos y se fueron del poblado de los humanos, para pasar el resto de sus días en los bosques con el Pueblo Oso. La tribu de Peesunt se convertirían en cazadores de osos, y siempre siguieron sus indicaciones sobre cómo tratar los cadáveres de los osos.

Los nativos iroqueses utilizaban esta historia como herramienta de enseñanza. Al igual que en el mito, conviene hacer ruido cuando vas caminando por el bosque y, en caso de encontrarte con un oso, recuerda: el contacto ocular directo se considera una señal agresiva.¹⁸

D15-18. SANTA WERBURGA Y SU GANSO

Cristianismo anglosajón (Brown, 1900, pp. 53-68)

I

Santa Werburga era la hija de un rey, una princesa real, y era muy hermosa. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de las princesas de los cuentos de hadas, ella no quería saber nada de príncipes ni de bonitos tocados, ni tampoco de joyas ni de pasar un buen rato. Su único anhelo era hacer el bien y hacer felices a los demás, y hacerse una persona buena y sabia, para poder hacer todo esto mucho mejor. Así pues, se dedicó a estudiar y a trabajar, y se convirtió en una mujer religiosa, una abadesa. Y, siendo aún joven y hermosa, la pusieron al frente de todo un convento de monjas y de alumnas no mucho más jóvenes que ella, porque era mucho más sabia que cualquier otra persona en la región.

Pero, aunque Werburga fuera famosa y poderosa, eso no le impedía seguir siendo una joven sencilla y amable. Toda la gente en la zona la adoraba, pues siempre estaba dispuesta a ayudarles, a curar a sus niños y niñas enfermas, y a aconsejar a padres y madres. Nunca dejaba de responder a las preguntas que les desconcertaban, proporcionándoles un alivio a sus preocupaciones. Werburga era tan sabia que sabía cómo conseguir que la gente hiciera lo que ella consideraba que era lo correcto, aunque esas personas quisieran hacer lo incorrecto. Pero no sólo lo conseguía con los seres humanos, sino también con los animales, que sentían el poder de la joven santa, pero también porque era amable con ellos y por el cariño que les dispensaba. Werburga estudiaba todo lo referente a los animales, llegando a conocer sus hábitos más extraños y su manera de pensar; incluso, aprendió su lenguaje. Así, cuando una ama tiernamente a una criaturita y la

¹⁸ Imagen en este relato: "Wah-Ta-Waso, Iroquois woman", de Frank A. Reinhart, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

comprende bien, puede conseguir de ella, casi siempre, aquello que desea, siempre y cuando lo que una desea sea correcto.

Durante algún tiempo, Werburga se venía interesando por una bandada de gansos salvajes que venían a diario a desayunar a la pradera que se extendía bajo el convento, así como a darse su baño matinal en el estanque que se abría bajo la ventana de su celda. Ella solía estar pendiente del cielo hasta que aquellas aves grandes y grises de cuello largo, con sus cortas colas y torpes patas, aterrizaran con un sonoro graznido en la hierba, y luego disfrutaba viendo cómo los más grandes iban de aquí para allá con su torpe caminar en busca de comida para sus pequeños, mientras éstos esperaban batiendo las alas y llamando la atención con avidez hasta que les daban de comer.



Pero había un ganso que era su preferido. Era el más grande de todos, con un aspecto feliz y lustroso. De hecho, era el líder de la bandada, y ocupaba el vértice de la V en la formación de vuelo del grupo. Era el primero en aterrizar en la pradera, y era el que elegía el lugar donde iban a desayunar. Werburga lo llamó Grayking [Reygris], y llegó a tenerle mucho cariño, aunque nunca había hablado con él.

El Maestre Hugh era el mayordomo del convento, un tipo gordo y rudo al que no le gustaban las aves ni los animales, excepto cuando se los servían en un plato. Hugh también había visto a los gansos en la pradera pero, en vez de pensar en lo bonitos y divertidos que eran, y en lo entretenido que era verlos comer lombrices y aletear en sus baños, él sólo

pensaba, «¡Qué buen pastel de carne de ganso harían!», y observaba especialmente a Grayking, el más gordo y tentador de todos ellos, y se relamía los labios. «¡Oh, cómo me gustaría tenerte en mi sartén!», se decía en sus adentros.

Pero sucedió que, aquella primavera, las lombrices eran más bien escasas en la pradera. Tras una época de sequía, las lombrices se habían ido de allí en busca de zonas más húmedas, de manera que Grayking y sus seguidores tenían problemas para conseguir desayuno suficiente para todos. Una mañana, Werburga los estuvo buscando en vano en el lugar habitual. Al principio le extrañó pero, con el paso de los minutos, empezó a preocuparse para terminar ciertamente alarmada.

Cuando bajaba a desayunar, el mayordomo, Hugh, se plantó delante de ella con el gorro en la mano y le hizo una reverencia. Tenía su gorda cara hinchada y enrojecida por haber subido a toda prisa la loma del convento, y se le veía enfadado.

—¿Qué ocurre, Maestre Hugh? —preguntó la santa con su suave voz— ¿No tenéis dinero suficiente para comprar el desayuno de mañana?

Le preguntó esto porque uno de sus cometidos era el de pagar las facturas del convento.

—No, Señora Abadesa —respondió él bruscamente—, no es escasez de dinero lo que me perturba. Es la abundancia de gansos.

—¡Gansos! ¿Cómo? ¿Por qué? —exclamó Werburga sorprendida— ¿Cómo que gansos, Maestre Hugh?

—Los gansos, Señora Abadesa —respondió—. Una bandada de ladrones de cuello largo que ha estado en mi campo de trigo recién sembrado y me ha robado todo lo que iba a ser mi cosecha.

Werburga se mordió los labios.

—¿Qué gansos eran? —dijo vacilante, aunque imaginaba la respuesta.

—No sé de dónde han venido esos bribones —respondió el hombre—, pero lo que sí sé es que son los mismos que vienen cada mañana a la pradera. Estuve observando a su líder, un ladrón gordo y lustroso con un anillo negro en torno al cuello, que debería convertirse en un nudo corredizo, ¡para colgarlo! Yo los habría castigado, Señora Abadesa.

—Serán castigados, Maestre Hugh —dijo Werburga con firmeza.

Y la santa dio media vuelta con semblante triste y volvió a subir las escaleras en dirección a su celda, sin probar más que un trocito de pan por todo desayuno. Estaba preocupada por la travesura de sus amigos, y no quería en modo alguno castigarlos, en

especial no quería castigar a Grayking, pero sabía que tenía que cumplir con sus obligaciones de abadesa.

Se puso su capa con capucha y salió al patio trasero del convento, donde estaban los corrales en los que cuidaban de las palomas, las gallinas y algunos cerdos pequeños. Y, situándose junto a la mayor de las jaulas, profirió un extraño grito, un grito parecido a los graznidos de los gansos, un grito que parecía decir, «¡Venid aquí, gansos de Grayking, con Grayking el primero de todos!» Y, mientras esperaba, el cielo se fue ennegreciendo sobre su cabeza con las grises alas y el graznar de los gansos que, tras trazar un círculo en el cielo, terminaron aterrizando delante de ella.

Se les veía rollizos y bien alimentados, y Grayking era el más gordo de la bandada. Lo único que hizo fue mirarles con una mirada fija de reproche, y los gansos se acercaron torpe y tímidamente a ella y formaron una fila delante suyo con la cabeza gacha. Era como si supieran que tenían que quedarse allí y escuchar lo que ella tuviera que decirles, aunque sin duda hubieran preferido salir volando.

Werbunga les habló suavemente, y les dijo que habían sido malos por robar el trigo y arruinar la cosecha. Y, mientras les hablaba, los gansos se encariñaron de su tierna voz, a pesar de que les estaba dando una reprimenda. Werbunga lloró amargamente cuando, tomándolos de uno en uno por las alas, les dio un azote, aunque no demasiado severo. También aparecieron las lágrimas en los redondos ojos de los gansos, no porque les dolieran los azotes, pues la santa apenas había alterado sus plumas más gruesas, sino porque realmente lamentaban haber apenado a la hermosa Werbunga. Se daban cuenta de cuánto los quería ella, y el castigo no les impedía devolverle el cariño. El último en ser castigado fue Grayking; pero, cuando terminó de azotarlo, lo abrazó y lo besó, antes de meterlo en la jaula junto con los otros gansos, donde se suponía que deberían pagar con un día y una noche de prisión. Entonces, Grayking bajó la cabeza, y le prometió de corazón que ni él ni sus compañeros volverían a robar nada más, por mucha hambre que tuvieran. Werbunga percibió aquel pensamiento en su corazón y se sintió encantada, esbozando una sonrisa mientras se daba la vuelta para volver al convento. Lamentaba profundamente haberlos metido en una jaula, pero tenía la esperanza de que aquello redundara finalmente en un bien para ellos. «Al menos, antes de que se vayan mañana, disfrutarán de un buen desayuno de gachas del convento», se dijo a sí misma.

Werbunga confiaba en Hugh, el mayordomo, porque aún no era consciente de la malicia de su corazón. Le contó a éste de qué modo había castigado a los gansos por haberle robado, y le dijo que estaba segura de que nunca más volverían a hacerlo; y luego le pidió que se asegurara de que los gansos desayunaran gachas del convento a la mañana siguiente, antes de liberarlos para que fueran donde quisieran.

Pero Hugh no se quedó satisfecho. Pensaba que los gansos no habían recibido suficiente castigo, y volvió a sus quehaceres refunfuñando, pero sin atreverse a decir nada a la abadesa que, al fin y al cabo, era la hija del rey.

II

Werbunga estuvo muy ocupada durante el resto del día, y también a primera hora la mañana siguiente, de modo que no pudo salir a ver a los gansos en su prisión. Pero cuando, aún en la mañana, fue a su celda a descansar después de hacer su trabajo, se sentó junto a la ventana sonriente, pensando que vería a su amigo Grayking y al resto de la bandada dándose un baño en el estanque. ¡Pero no vio a los gansos!

A Werbunga se le ensombreció el semblante y, mientras estaba allí sentada preguntándose qué podría haber sucedido, escuchó un griterío de graznidos sobre su cabeza. La bandada de gansos estaba descendiendo, pero no con su habitual formación en V, sino volando en desorden y sin líder. ¡Grayking había desaparecido!

Las aves aleteaban de aquí para allá gritando y como preguntándose unas a otras, hasta que escucharon la voz de Werbunga, que las llamaba con cierta ansiedad. Entonces, con un grito de alegría, se fueron volando directamente hasta su ventana y se pusieron a hablar todas a la vez, intentando contarle lo que había sucedido.

—¡Grayking ha desaparecido! —decían— El malvado mayordomo se ha llevado a Grayking. Se lo llevó cuando nos liberaron a los demás, y ya no le hemos visto. ¿Qué haremos ahora, querida dama, sin nuestro líder?

Werbunga se horrorizó al pensar que su querido Grayking pudiera estar en peligro. ¡Oh, cómo la había engañado el malvado mayordomo!, pensó, y empezó a enfadarse.

Se volvió a las aves y les dijo muy seria:

—Queridos gansos, me prometisteis que no volveríais a robar, ¿verdad?

—¡Sí! —graznaron todos.

—Entonces, iré a preguntar al mayordomo —prosiguió ella—; y, si es culpable, lo castigaré y haré que os devuelva a Grayking.

Los gansos se alejaron un tanto confortados, y Werbunga hizo llamar a Maestre Hugh. El hombre llegó ante su presencia con semblante sorprendido, pues no podía imaginar lo que la abadesa pudiera querer de él.

—¿Dónde está el ganso gris con el anillo negro en el cuello? —le preguntó la santa sin andarse con rodeos, mirándolo fijamente.

El hombre tartamudeó y se mostró confundido.

—No... no lo sé, Señora Abadesa —vaciló.

No se imaginaba hasta qué punto le preocupaban a ella los gansos.

—De eso nada, lo sabéis muy bien —le dijo Werburga—, pues os encomendé que les dierais de comer y los dejarais en libertad esta mañana. Pero uno ha desaparecido.

—Debe de haberlo robado un zorro —dijo él sin poder ocultar un aire de culpabilidad.

—¡Sí, un zorro con el cabello negro y una cara gorda y roja! —dijo ella severamente— ¡No me mintáis! Vos os lo habéis quedado, Maestre Hugh. Puedo verlo en vuestro corazón.

Desmoronándose finalmente, el mayordomo confesó:



—Sí, me quedé con el ganso gris grande —dijo débilmente—. ¿Qué tiene eso de malo?

—Pues que es un amigo mío, y lo quiero mucho.

Al oír aquello, el mayordomo empalideció.

—Yo no lo sabía —dijo él jadeando.

—Id y traédmelo aquí de inmediato —le ordenó la santa señalándole a la puerta.

El Maestre Hugh se escabulló con el semblante pálido. Parecía terriblemente asustado. Pues lo cierto era que el mayordomo no había podido soportar la tentación del lustroso aspecto de Grayking. Se había llevado al ganso a su casa y lo había convertido en un jugoso pastel, que había devorado ávidamente aquella mañana para

desayunar. Así pues, ¿cómo iba a llevarle el ave a la abadesa, por mucho que se lo hubiera ordenado?

Durante todo el día estuvo oculto en los bosques, sin atreverse a dejarse ver por nadie, pues Santa Werburga era la hija del rey y, si el rey se enterara de lo que le había hecho a la mascota de la Señora Abadesa, él mismo podría terminar convertido en un pastel para dar de comer a los sabuesos del rey.

Pero, cuando llegó la noche, ya no pudo aguantar más. Escuchó la voz de la santa llamándole dulcemente por su nombre desde el convento.

—¡Maestre Hugh, Maestre Hugh, venid a traerme mi ganso!

Y, del mismo modo que los gansos no podían evitar acudir cuando ella les llamaba, el mayordomo tampoco pudo evitar acudir, tanto si lo quería como si no. Se fue a la despensa de su casa y, sacando los restos del gran pastel, recogió los huesos del pobre Grayking y los metió en una cestita; y, con castañeteo de dientes y temblor de extremidades, se fue al convento.

Werburga le estaba esperando.

—Sabía que vendrías —le dijo—. ¿Me habéis traído el ganso?

Y entonces, en silencio y con manos temblorosas, sacó los huesos de uno en uno y los dejó en el suelo delante de la santa. Luego, se levantó con la cabeza gacha y temblándole las rodillas, a la espera de la reacción de la abadesa.

—¡Oh, hombre malvado! —dijo ella con tristeza— Habéis dado muerte a mi hermoso Grayking, que nunca hizo ningún daño a nadie, salvo robaros un poco de trigo.

—Yo no sabía que lo quisierais tanto, Señora —dijo titubeando el hombre para justificarse.

—Deberíais haberlo sabido —contestó ella—. Es más, vos mismo deberíais haberlo querido también.

—Yo lo quería, Señora Abadesa —le confesó el mayordomo—. Ése fue el problema, que lo quería demasiado... para un pastel de carne.

—¡Oh, hombre egoísta y glotón! —exclamó ella con repugnancia— ¿Acaso no podéis ver la belleza de una pequeña criatura viva hasta que está muerta y aderezada en vuestra mesa? Pero yo os voy a enseñar. A partir de ahora vais a estudiar las vidas y costumbres de todos los seres vivos que se mueven en las cercanías del convento; y nunca más, en castigo, volveréis a comer carne de ave o animal alguno. Veremos si no sois capaz de aprender a amarlos, cuando hayan dejado de significar «pastel de carne» para vos. Además, estaréis confinado durante dos días y dos noches en la jaula en la que estuvieron encerrados los gansos, y sólo comeréis gachas en esos dos días. ¡Idos, Maestre Hugh!

Ése fue el castigo del malvado mayordomo. Pero aprendió la lección y, al cabo de un tiempo, empezó a querer a las aves casi tanto como la propia Werburga.

Pero ella no había terminado con Grayking. Una vez se marchó el Maestre Hugh, se agachó sobre aquel lamentable montón de huesos que era todo cuanto quedaba del desgraciado pastel. Una lágrima cayó de sus hermosos ojos y, arrodillándose, tocó los huesos con sus blancos dedos, pronunciando dulcemente el nombre del ganso al que tanto había querido.

—Levántate, Grayking —dijo.

Y, en cuanto las palabras abandonaron su boca, ocurrió algo extraordinario. Los huesos se agitaron, se levantaron por sí solos y, poco después, un graznido inundó la celda de la santa. El mismo Grayking, con su anillo negro en el cuello, estaba agitando las plumas delante de ella. Werburga lo estrechó entre sus brazos y lo besó una y otra vez. Y luego, llamando al resto de la bandada con sus extraños poderes, les mostró a su desaparecido líder, vivito y coleando.

¡Qué felicidad la de la bandada de gansos cuando se alejaban volando y graznando con su habitual formación en V, con el ganso más hermoso del mundo a la cabeza! ¡Y qué historia más sorprendente les iba a contar a sus compañeros y compañeras! Sin duda, ningún otro ganso que hubiera existido podría contar lo que se siente al convertirse en un pastel de carne y ser devorado por un codicioso mayordomo.

Así es cómo Santa Werburga fue amiga de por vida de una bandada de gansos grises, y yo me atrevería a decir incluso que, actualmente, en Inglaterra, sería posible encontrar a alguno de sus descendientes con un anillo negro en torno al cuello; un descendiente del ganso más hermoso del mundo. Y cuando esos gansos oyen el nombre de Santa Werburga, que se ha transmitido de generación en generación durante mil doscientos años, lanzan un sonoro graznido de alabanza por ella.

¡Oh, Santa Werburga, casi estoy deseando convertirme en gansa para poder verte de nuevo, con todos tus amigos con plumas alrededor!¹⁹

¹⁹ Imágenes en este relato: "Wild Geese", de Liz West, licencia CC BY, en Flickr.com; e imagen de Santa Werburga en las vidrieras de la catedral de Chester, fotografía de Wolfgang Sauber, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons.

D15-19. LOS ZORROS AGRADECIDOS

Japón (Livo, 2003, pp. 128-132)

"15.c. Evitar o eliminar la toma o destrucción de especies por simple diversión, negligencia o desconocimiento."

Una resplandeciente mañana de primavera, dos amigos salieron al campo para coleccionar helecho, asistidos por un muchacho con una botella de vino y una caja de provisiones.

Mientras deambulaban por los páramos, vieron, a los pies de una colina, a dos zorros que habían sacado a sus cachorros para que jugaran. Pero los amigos se sobresaltaron con lo que vieron después, cuando tres niños, procedentes de una aldea cercana, llegaron con sendas cestas en las manos. En cuanto los niños vieron a los zorros, agarraron un palo de bambú y comenzaron a perseguir a los animales. Los zorros adultos emprendieron la huida velozmente, pero los niños alcanzaron a los cachorros, los rodearon y se pusieron a golpearlos con el palo. Finalmente, todos los cachorros consiguieron huir, salvo uno, que lo atraparon dos de los niños y lo levantaron del suelo agarrándolo por el cogote, para luego emprender el camino de regreso a casa alborozados.



Los dos amigos habían estado viéndolo todo sin intervenir; pero, cuando vieron que se llevaban al cachorro, uno de ellos ya no pudo aguantar más.

—¡Eh, chicos! ¿Qué estáis haciendo con ese zorro?

El niño más mayor respondió:

—¡Nos lo llevamos a casa para vendérselo a un joven de nuestra aldea, que dijo que lo compraría y que luego lo herviría en una olla y se lo comería!

—Bueno —dijo el hombre, después de considerar el asunto—. Supongo que no os importará a quién se lo vendéis, ¿no? Mejor será que me lo vendáis a mí.

—Oh, pero el joven de nuestra aldea nos prometió una buena cantidad de dinero si le conseguíamos el zorro. Él nos encargó que saliéramos a las colinas y le capturáramos uno. No se lo podemos vender a usted.

—¿Cuánto os va a dar el joven de la aldea por el cachorro?

—Nos va a dar al menos trescientas monedas —respondió el niño.

—Yo os daré cuatrocientas cincuenta monedas —dijo el hombre—. Salís ganando con la transacción.

—De acuerdo, se lo venderemos por ese precio, señor —respondieron—. ¿Dónde se lo dejamos?

—Atadlo aquí —dijo el hombre.

Y los niños ataron al cachorro por el cuello con un cordel del envoltorio en el que llevaban el desayuno. A continuación, el hombre les dio el dinero a los niños y éstos se fueron corriendo encantados.

El amigo del hombre dijo:

—Ciertamente, tienes unos gustos muy extraños. ¿Para qué demonios quieres un zorro?

—Es muy poco amable por tu parte hablar de mis gustos de esa manera. Si no nos hubiéramos entrometido, este cachorro habría muerto. Si nosotros no lo hubiéramos visto, el animal no habría tenido opción alguna. Pero, ¿cómo iba yo a consentir esto, habiéndolo visto todo? Es muy poco lo que me he tenido que gastar para salvar al cachorro, pero lo habría hecho igualmente aunque me hubiera costado una fortuna. Creía que me conocías lo suficiente como para saber cómo es mi corazón. Ahora me acusas de ser un excéntrico, y me doy cuenta de cuán equivocado estaba contigo. A partir de hoy dejamos de ser amigos.

Había dicho esto con gran firmeza, de modo que el amigo se inclinó en reverencia ante él con las manos en las rodillas y dio un paso atrás.

—Es cierto, es cierto. Estoy admirado por la bondad de tu corazón. Cuando te he escuchado hablar así, he sentido más que nunca cuán grande es el respeto que siento por ti. Pensé que querrías utilizar el cachorro como una especie de señuelo para atraer a los zorros más grandes y pedirles que te trajeran prosperidad y virtud. Cuando llamé la atención sobre tu extraño proceder sólo estaba poniendo a prueba tu corazón. Estoy profundamente avergonzado de mí mismo.

—¿De verdad? —dijo el hombre mientras su amigo seguía inclinado ante él— ¿De verdad pensabas eso? Entonces, te ruego que me perdones por mi violento lenguaje.

Los dos amigos se reconciliaron. Examinaron al cachorro y vieron que tenía una pequeña herida en una pata y que no iba a poder caminar; y, mientras estaban pensando qué hacer con él, vieron una hierba denominada «Nakase del Doctor» que brotaba por allí. Tomaron una hojas de aquella hierba y se la aplicaron al cachorro en la herida; después, tomaron un poco de arroz hervido del que llevaban en su cesta para el almuerzo y se lo ofrecieron al animalito, pero no quiso comer. Finalmente, le acariciaron suavemente el lomo.

El dolor de la herida pareció remitir y, cuando los dos amigos estaban hablando admirados de las propiedades curativas de la hierba, se dieron cuenta de que los dos zorros adultos estaban observándoles desde unas pilas de paja de arroz.

—¡Mira! Los zorros han vuelto para buscar al cachorro. ¡Ven, vamos a soltarlo!

Desanudaron el cordel del cuello del cachorro y volvieron la cabeza hacia el lugar donde estaban los zorros sentados. La herida de la pata ya no le dolía y, dando un salto, el cachorro partió a la carrera en busca de su padre y su madre. Cuando llegó, no dejaba de lamerles, como expresando su alegría, mientras los dos zorros adultos parecían inclinar sus cabezas en señal de agradecimiento hacia los dos amigos.

Y, así, con una profunda sensación de paz en su corazón, los dos hombres se dirigieron a otro lugar. Encontraron un paraje agradable, sacaron la botella de vino y almorzaron; y, tras una placentera jornada, regresaron a sus casas sintiéndose más amigos que nunca.

El hombre que había rescatado al cachorro era un comerciante relativamente bien situado. Tenía tres o cuatro agentes comerciales y dos criadas, además de varios sirvientes varones. En términos generales, vivían bastante bien. Estaba casado y, junto con su esposa, tenían un hijo que acababa de celebrar su décimo aniversario.

Poco después del cumpleaños, el muchacho desarrolló una extraña enfermedad que desafiaba todas las habilidades y remedios de los médicos. Al final, un médico famoso le prescribió una medicina que debía hacerse con el hígado extraído de un zorro vivo.

—Sin duda, esto lo curará —dijo el médico.

Cuando escucharon aquello, el padre y la madre se sumieron en la desesperanza. Le dijeron a un hombre que vivía en las montañas lo que les había prescrito el médico.

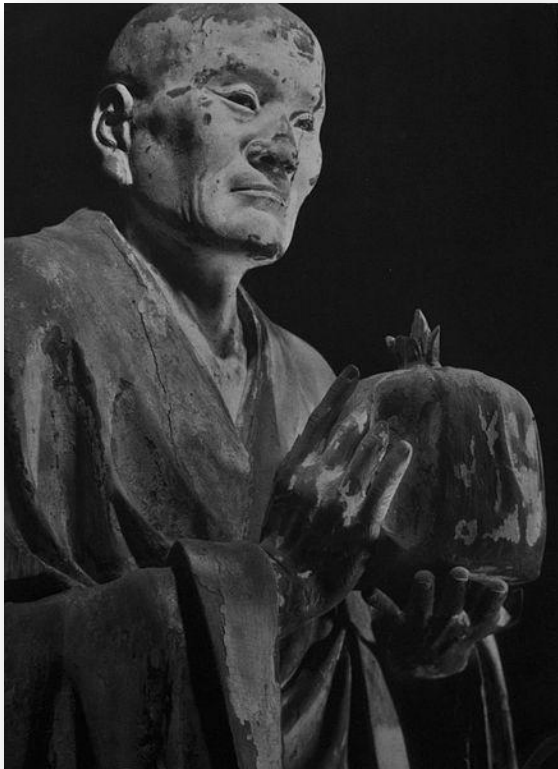
—Aunque nuestro hijo muera por ello —le dijeron—, no vamos a privar de la vida a otra criatura. Pero, dado que usted vive en las montañas, sin duda se enterará cuando alguno de sus vecinos salga de caza. En ese caso, dado que de todas formas el animal terminará muriendo, sí que le rogamos que nos consiga un hígado de zorro. No nos importa lo que haya que pagar por él, pero compre uno para nosotros, sea cual sea su precio.

El hombre de las montañas prometió llevar a cabo su cometido y partió de vuelta a casa.

Al día siguiente, ya de noche, llegó un mensajero.

—Ha venido un hombre de parte del hombre de las montañas —dijo la criada—. Le está esperando afuera.

El dueño de la casa salió a verle.



—Acabo de llegar con noticias de la pasada noche: el hígado de zorro que usted necesitaba cayó en manos de unos cazadores. Me han enviado para que se lo traiga.

Y, con estas palabras, el mensajero le entregó un tarro pequeño, añadiendo:

—Dentro de unos días vendrán a decirle el precio.

—Les estoy profundamente agradecido por su bondad —dijo el dueño de la casa enormemente complacido—. Esto salvará la vida de mi hijo.

En ese momento, la madre del niño salió también y recibió el tarro con grandes muestras de agradecimiento.

—Tenemos que hacerle un regalo al mensajero —dijo.

—Señor, en realidad ya me han pagado por las molestias —respondió el mensajero.

—De todas formas, será mejor que pase la noche aquí —dijo el padre.

—Gracias, señor. Tengo un pariente en la aldea vecina al que no he visto desde hace mucho tiempo. Pasaré la noche con él.

Y el mensajero partió.

El padre y la madre no perdieron el tiempo y, de inmediato, enviaron un mensaje al médico diciéndole que habían conseguido el hígado de zorro. Al día siguiente, el médico llegó e hizo el compuesto medicinal para el muchacho, que tuvo el efecto deseado. La felicidad reinaba en la casa.

El destino quiso que, tres días después, llegara el hombre de las montañas, y el padre y la madre salieron apresuradamente a la puerta a darle la bienvenida.

—¡Con cuánta rapidez cumplió usted con nuestros deseos! ¡Y qué amable ha sido al enviarnos un mensajero de inmediato! El médico preparó la medicina y nuestro hijo ya se ha levantado de la cama y camina por su dormitorio. Y todo gracias a su bondad.

—¡Espere un momento! —exclamó el hombre de las montañas sin entender nada— Me ha resultado imposible conseguir el hígado de zorro para ustedes. Por eso he venido hoy, para presentarles mis excusas. Con esto quiero decir que no comprendo por qué me están ustedes tan agradecidos.

—Le damos las gracias, señor —dijo el dueño de la casa inclinándose en reverencia ante el visitante—, por el hígado de zorro que le pedimos que nos consiguiera.

—En realidad, yo no les envié ningún hígado de zorro. Aquí debe haber algún error. Por favor, averigüen bien lo que ha sucedido —les dijo.

—Bueno, esto es muy extraño —dijo el padre—. Hace cuatro noches, un hombre de alrededor de treinta y cinco o treinta y seis años llegó aquí con un mensaje verbal de usted al efecto de que le enviaba con un hígado de zorro. Nos dijo que lo acababa de recibir, y que usted vendría a decirnos el precio otro día. Cuando le dijimos que se quedara a pasar la noche aquí, nos respondió que se alojaría en casa de un pariente en la aldea cercana, y se marchó.

El visitante estaba cada vez más confundido. Ladeando la cabeza, reflexionó sobre el asunto y confesó que no le encontraba sentido a aquello, mientras el padre y la madre se sentían un tanto violentos por haber hecho tan grandes muestras de agradecimiento por unos favores que el hombre negaba haber hecho. Finalmente, el visitante partió y volvió a las montañas.

Aquella misma noche, una mujer de alrededor de treinta y uno o treinta y dos años, se le apareció en sueños al dueño de la casa.

—Soy la zorra que vive cerca de las montañas. La pasada primavera, cuando había sacado a mis cachorros a jugar, unos niños nos arrebataron a uno de ellos, y fue usted quien con su bondad, lo salvó. Sus problemas con la enfermedad de su hijo me rompieron el corazón, y me puse a pensar cómo podría ayudarle. La enfermedad de su hijo no podía curarse sin un hígado tomado de un zorro vivo, de modo que, para compensarle por su bondad, maté a mi cachorro. Después, le saqué el hígado y mi marido, disfrazado de mensajero, se lo trajo a usted a casa.

Mientras hablaba, la mujer del sueño, la zorra, se puso a llorar. El dueño de la casa, agitado y deseando darle las gracias, se removió en la cama. Su mujer se despertó y le preguntó que le pasaba. Para su sorpresa, descubrió a su marido aferrado a la almohada y llorando amargamente.

—¿Por qué lloras? —le preguntó.

Al final, él se sentó en la cama y se lo contó.



—La pasada primavera, un día que salí con mi amigo de excursión, salvé la vida de un cachorro de zorro. Y, el otro día, cuando le dije al hombre de las montañas que, aunque

mi hijo muriera ante mis ojos, sería incapaz de matar a un zorro con este propósito, le pedí que, en caso de que un cazador matara un zorro, le comprara el hígado por mí.

»No sé cómo los zorros se enteraron de esto, pero los mismos zorros a los que favorecí mataron a su cachorro para traernos su hígado. El zorro adulto se disfrazó de mensajero del hombre de las montañas, y vino a entregárnoslo. Y su compañera se me acaba de aparecer en sueños para contármelo todo. Es por eso por lo que lloro.»

Cuando escuchó el relato de su marido, la mujer se puso a llorar también. Durante un buen rato estuvieron callados, perdidos en sus pensamientos, hasta que al final volvieron en sí mismos. Encendieron la luz del estante y se pasaron la noche recitando oraciones y alabanzas.

Al día siguiente, contaron lo sucedido a todos en la casa, y también a sus familiares y amigos. Nunca se había conocido ningún caso de unos zorros que mataran a sus propios cachorros para ayudar a alguien, por lo que la historia se difundió por toda la región.

Y, cuando se hizo mayor, el niño que se había curado con aquella medicina eligió el más hermoso lugar de sus tierras para erigir un santuario al dios zorro, y acto seguido ofreció un sacrificio por los dos zorros adultos; y la familia siempre recordó el gran sacrificio que los zorros habían hecho por ellos.²⁰

Principio 16

D16-20. Loo-Wit, la Custodia del Fuego

Nisqually - Estado de Washington (Caduto y Bruchac, 1988, pp. 41-43)

"16. Promover una cultura de tolerancia, no violencia y paz."

Cuando el mundo era joven, el Creador dio a todos cuanto necesitaban para ser felices; el clima era siempre agradable, había comida para todo el mundo y había espacio vital para todos. Sin embargo, a pesar de esto, hubo dos hermanos que se pusieron a discutir por la tierra. Ambos querían controlarla, hasta el punto que ambos reunieron su propio grupo de

²⁰ Imágenes en este relato: "A fox family", obra de Bruno Liljefors, licencia CC0, en Wikimedia Commons; "Kofukuji Hokuendo Muchaku Unkei", de 今泉篤男 et al., licencia CC0, en Wikimedia Commons; y "Arctic fox face" de Eric Kilby, licencia CC BY-SA, en Flickr.com.

hombres para apoyar sus pretensiones. Todo parecía indicar que pronto estallaría una guerra.

Cuando vio esto, el Creador se disgustó. Esperó hasta que ambos hermanos estuvieron durmiendo una noche y se los llevó a una nueva región, en un valle por el cual discurría un hermoso río flanqueado por enormes montañas que llegaban hasta las nubes. Los despertó justo cuando salía el sol, y los hermanos se quedaron maravillados contemplando el valle desde la cima de una montaña. Vieron que era un buen lugar para vivir, y que aquel lugar apaciguaba sus corazones.

—Ahora, ésta será vuestra tierra —dijo el Creador.

Y, a continuación, les dio a cada uno de los hermanos un arco y una única flecha, y le dijo a cada uno:

—Dispara tu flecha al cielo. Allí donde caiga, ésa será tu tierra y la de tu gente, y allí te convertirás en un gran jefe.

Los hermanos hicieron lo que el Creador les había dicho. El hermano mayor disparó su arco, y la flecha, tras dibujar una gran parábola en el cielo, cayó en la parte sur del valle del río Willamette.²¹ Allí fue donde se asentaron él y su pueblo, y se convirtieron en los Multnomah.²² El hermano pequeño disparó su flecha y fue a parar al norte del gran río. Allí se asentó con su pueblo y se convirtieron en los Klickitat.²³

Entonces, el Creador hizo un gran puente de piedra sobre el río, y les dijo:

—Este puente es un símbolo de paz. Vosotros y vuestros pueblos podréis visitaros unos a otros cruzando el puente. En tanto en cuanto mantengáis la paz, en tanto en cuanto vuestros corazones sean bondadosos, este puente perdurará.

Durante muchas estaciones, ambos pueblos mantuvieron la paz, y transitaban el puente libremente en una y otra dirección. Sin embargo, un día, el pueblo del norte miró hacia el sur a través del río Willamette y dijeron:

—Sus tierras son mejores que las nuestras.

Y el pueblo del sur miró hacia el norte, hacia las tierras de los Klickitat, y dijeron:

—Sus tierras son más hermosas que las nuestras.

Y, de nuevo, comenzaron las disputas.

²¹ El río Willamette es el principal afluente del río Columbia, en el estado de Oregón, Estados Unidos.

²² Pueblo nativo americano de lengua chinook, que fue devastado en 1830 por una enfermedad (se supone que malaria)

²³ Pueblo nativo americano emparentado con los multnomah. Actualmente pertenecen a las Tribus y Bandas Confederadas de la Nación Yakama.

Cuando vio esto, el Creador se disgustó. La gente se estaba haciendo codiciosa de nuevo, y sus corazones se habían hecho malvados, de modo que el Creador oscureció los cielos y les arrebató el fuego. La gente empezó a pasar frío. Llegaron las lluvias del otoño y la gente empezó a pasarlo verdaderamente mal.

—Devuélvenos el fuego —rogaron al Creador—. Queremos vivir en paz de nuevo.

Sus oraciones alcanzaron el corazón del Creador, pero sólo había un lugar en la Tierra en el que aún existiera el fuego. Una anciana llamada Loo-Wit se había mantenido la margen de las disputas y no era codiciosa, de ahí que fuera en su cabaña donde aún ardía el fuego. De modo que el Creador se fue a ver a Loo-Wit y le dijo:

—Si compartes el fuego con todos, te daré lo que desees. Dime qué quieres.

—Quiero ser joven y hermosa de nuevo —respondió Loo-Wit.

—Así será —dijo el Creador—. Y, ahora, lleva el fuego al Gran Puente de Piedra sobre el río, y permite que todo el que venga a ti se lleve fuego. Deberás mantenerlo encendido allí para recordarle a la gente que sus corazones deben seguir siendo buenos.

A la mañana siguiente, los cielos se aclararon y la gente vio salir el sol por vez primera en muchos días. El sol brilló sobre el Gran Puente de Piedra y la gente vio allí a una joven tan hermosa como la luz del sol. Ante ella, en el puente, ardía el fuego. La gente se acercó al fuego y resolvieron sus querellas, y Loo-Wit les dio el fuego. Las casas volvieron a hacerse cálidas y la paz volvió a reinar en todas partes.

Sin embargo, un día, el jefe del pueblo del norte llegó ante el fuego de Loo-Wit, vio lo hermosa que era y quiso tomarla por esposa. Al mismo tiempo, el jefe del pueblo del sur vio también la belleza de Loo-Wit, y también quiso casarse con ella. Loo-Wit no supo decidir cuál de los dos le gustaba más, y entonces los jefes empezaron a discutir. Sus pueblos se involucraron en el conflicto y, poco después, estallaron las luchas.

Cuando el Creador vio los combates se enfureció y destruyó el Gran Puente de Piedra. Tomó a los dos hermanos y los transformó en montañas. Al jefe de los Klickitat lo convirtió en la montaña que ahora conocemos como Monte Adams; y al jefe de los Multnomah lo convirtió en la montaña que conocemos ahora como Monte Hood. Pero, aún transformados en montañas, los hermanos siguieron peleándose, arrojándose mutuamente llamas y piedras. En algunos lugares, las piedras que se arrojaron a punto estuvieron de bloquear el río que discurría entre ellos. Ése es el motivo por el cual el Río Columbia es tan estrecho en el lugar que actualmente se denomina Dalles.

Mientras tanto, a Loo-Wit se le rompió el corazón debido al dolor que su belleza había provocado. Ya no quiso ser más una joven hermosa; ni siquiera podía encontrar ya la paz como ser humano. De modo que el Creador, apiadándose de ella, la convirtió también en una montaña, la más hermosa de las montañas, y la situó de tal modo que quedó entre el

Monte Adams y el Monte Hood, permitiéndole conservar en su interior el fuego que en otro tiempo había compartido en el Gran Punte de Piedra. Con el transcurso de los siglos, la montaña en la que se convirtió Loo-Wit se conocería como Monte St. Helens, y finalmente conseguiría dormir tranquila.²⁴



La gente dice que, aunque dormida, Loo-Wit sigue estando consciente. El Creador la puso entre las dos montañas en conflicto para mantener la paz, pero también con la intención de que los seres humanos, asimismo, viendo su belleza, se acordaran de conservar un corazón bueno, de compartir la tierra y de tratarse bien. Y la gente dice que, si los seres humanos no tratamos a la tierra con respeto, Loo-Wit se despertará y nos hará saber lo muy disgustados que están tanto ella como el Creador. Esto ya se decía muchísimo tiempo antes del día en que, en 1980, Monte St. Helens despertó de nuevo.²⁵

²⁴ El Monte St. Helens es un volcán activo perteneciente a la Cordillera de las Cascadas, bien conocido por sus explosiones de ceniza y sus flujos piroclásticos, pero tristemente famoso por la catastrófica erupción de 1980, en la que resultaron muertas 57 personas.

²⁵ Imagen en este relato: "Mount St. Helens", quienes los klickitat llaman Loo-Wit, foto de Lyn Topinka, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

D16-21. EL CUENTACUENTOS Y EL SAMURAI

Japón (Keding, 2008, pp. 14-15)

Hace muchos años, un viejo cuentacuentos —un maestro en su arte— se encontraba de viaje entre dos ciudades. Viendo que ya anocheecía, que su estómago se lamentaba con ruidos sordos y que sus cansadas piernas no daban más de sí, decidió que tenía que encontrar un lugar donde pasar la noche y, más importante aún, comer algo. Sus oraciones no tardaron en hallar respuesta, pues allí, a los pies de una colina, vislumbró un dojo, una escuela de esgrima donde los jóvenes aspirantes a samurais estudiaban bajo las directrices de un maestro en el arte del kenjutsu. Era costumbre en aquellos tiempos que cualquiera se pudiera ganar una comida y una cama donde descansar si aceptaba entablar un duelo con espadas de madera con alguno de los estudiantes.

El anciano cuentacuentos se quedó mirando pensativo al dojo. Sentía todo el peso de los años en sus huesos y el cansancio del viaje en los músculos, y sabía lo que podía significar un duelo, aunque fuera con espadas de madera, para un hombre de su edad. Tras reflexionar durante unos instantes, una sonrisa cruzó su rostro y, ni corto ni perezoso, se dirigió a la puerta de la escuela y llamó con los nudillos.

Un joven aprendiz abrió la puerta.

—Abuelo, ¿qué puedo hacer por vos? —preguntó el joven.

El anciano sonrió y dijo:

—He venido a desafiar a vuestro maestro.

El joven aprendiz se echó a reír y contestó:

—Abuelo, ¿por qué no desafiáis a uno de nuestros alumnos novicios?

—No —respondió el cuentacuentos—. He venido a retar al maestro.

—¿Por qué no a uno de nuestros alumnos de segundo año?

—No. Insisto en encontrarme con vuestro maestro en un duelo.

Así pues, llevaron al anciano a la sala de entrenamiento, donde todos los alumnos contemplaban curiosos a aquel frágil y viejo cuentacuentos que había osado desafiar a su maestro. Y es que debo que decir que desafiar al maestro, un samurai, significaba un combate con espadas de acero: un duelo a muerte.

Enviaron recado al maestro de la escuela, un espadachín cuya reputación era bien conocida en todo Japón. El maestro llegó a la sala y saludó al cuentacuentos con una

inclinación. En su costado, enfundada en el obi, portaba su afilada espada, la katana de samurai. Hizo una seña para que uno de sus estudiantes le entregara una espada al anciano cuentacuentos. El anciano dejó la katana en el suelo delante de él y ya no le prestó más atención.

El maestro de la escuela dijo finalmente:

—Acepto vuestro desafío. Por favor, tomad vuestra arma y comencemos.

Lentamente, el espadachín desenfundó su espada dispuesto a golpear; y, en ese momento, el anciano se decidió a hablar.

—Hace mucho tiempo, había una pequeña aldea en las inmediaciones de un hermoso río, a los pies de una imponente montaña. En un extremo de la aldea había una cabaña en la que vivía un anciano, que todos los días iba al río para escuchar a los peces contar historias de los lugares por los que habían pasado, de la gente que habían visto y de los relatos que habían escuchado en su recorrido. Después, el anciano regresaba a la aldea y les contaba a sus amigos lo que los peces le habían contado, mientras se tomaban su té matinal. Esto...

Mientras el anciano cuentacuentos estaba hablando, el maestro de la escuela bajó la espada y se inclinó ante él.

—Me habéis derrotado —le dijo humildemente al fatigado cuentacuentos.

Un murmullo de incredulidad se extendió por la sala. «¿Cómo podía haberle vencido? ¡No le había atacado! ¡Ni siquiera había empuñado la espada!»

El samurai se volvió a sus alumnos, le miró fijamente y sonrió.

—¿Cuántas veces os he dicho que, para vencer en la batalla, tenéis que permanecer en el presente, tenéis que manteneros en el instante. Este hombre me ha llevado a un lugar y un tiempo muy lejanos. Podría haberme dado muerte a voluntad.

Y así fue, y así será, para todas aquellas personas que relatan cuentos e historias desde el corazón, y para todas aquéllas que las escuchan.²⁶

D16-22. HIAWATHA EL UNIFICADOR

Iroqués (First People, 2012a)

"16.a. Alentar y apoyar la comprensión mutua, la solidaridad y la cooperación entre todos los pueblos, desde dentro de las naciones y entre ellas."

²⁶ Fotografía de la página anterior de Stuart Rankin. Licencia CC BY-NC, en Flickr.com.

El sueño de Ta-ren-ya-wa-gon, Sustentador de los Cielos, se vio perturbado por un gran grito de angustia y dolor. Miró abajo desde su morada a la tierra, y vio a los seres humanos gimiendo de terror, perseguidos por monstruos horribles y crueles, gigantes devoradores de hombres.

Transformándose en un mortal, Ta-ren-ya-wa-gon descendió rápidamente a la tierra y, tomando de la mano a una niña, les dijo a los asustados seres humanos que le siguieran. Siguiendo senderos que sólo él conocía, llevó al grupo de temblorosos refugiados hasta una cueva en la desembocadura de un gran río. Allí les dio de comer y les urgió a que durmieran.



Después de que la gente se recuperara bajo su protección, Ta-ren-ya-wa-gon tomó de nuevo de la mano a la niña y los llevó a todos hacia el sol naciente. El grupo viajó durante muchos días, hasta que llegaron a la confluencia de dos poderosos ríos cuyas aguas caían en cascada sobre unas rocas tremendas. Allí se detuvo Ta-ren-ya-wa-gon y construyó una gran cabaña para sí mismo y para su pueblo.

Vivieron allí durante años, satisfechos y engordando, mientras sus hijos e hijas crecían y se hacían fuertes y hermosas. Entonces, Ta-ren-ya-wa-gon, el Sustentador del Cielo hecho mortal, reunió a la gente a su alrededor y dijo:

—Vosotras, hijas e hijos míos, os tendréis que esparcir y os convertiréis en grandes naciones. Incrementaré vuestro número como las hojas de un bosque en verano, como los guijarros a orillas de las grandes aguas.

Y, una vez más, tomó de la mano a la niña y se encaminó hacia el sol poniente, y toda la gente le siguió.

Después de un largo viaje, llegaron a las orillas de un hermoso río. Ta-ren-ya-wa-gon apartó a unas cuantas familias del resto y les dijo que construyeran una gran cabaña en aquel lugar y que fundaran un poblado.

—A vosotros y vosotras se os conocerá por el nombre de Te-ha-wro-gah, Los de la Palabra Dividida —les dijo, y se convirtieron en la tribu mohawk.

Y desde el mismo momento en que les dio un nombre, su lengua cambió y dejaron de comprender al resto de la gente.

Ta-ren-ya-wa-gon dio a los mohawks maíz, judías, calabacín y tabaco, además de perros, para que les ayudaran en la caza. Les enseñó a plantar, cosechar y moler el maíz para hacer harina; y les enseñó las costumbres del bosque y de los animales de caza pues, en aquella distante época, la gente ni siquiera sabía estas cosas.

Cuando les dio todas las instrucciones que les tenía que dar y les dio lo necesario para vivir, Ta-ren-ya-wa-gon tomó de nuevo a la niña de la mano y llevó al resto de la gente hacia el sol poniente.

Después de un largo viaje, se detuvieron en un hermoso y bien regado valle rodeado de bosques, y ordenó a otro grupo que construyeran su poblado en aquel lugar. Les dio todo lo necesario para vivir, les enseñó lo que necesitaban saber y les llamó Ne-ha-wre-ta-go, el Pueblo del Árbol Grande, por los grandes bosques que les rodeaban. Y este pueblo se convirtió en la nación oneida, y también comenzó a hablar su propia lengua a partir del momento en que les dio un nombre.

Entonces, una vez más, Ta-ren-ya-wa-gon tomó de la mano a la niña y siguió caminando, siempre hacia el sol poniente, y el resto de la gente le siguió, y llegaron a una gran montaña a que llamó O-nun-da-ga-o-no-ga. Ordenó que unas cuantas familias más construyeran una gran cabaña a los pies de la montaña, y les dio los mismos regalos y les enseñó las mismas cosas que a todos los demás. Les puso por nombre el nombre de la montaña que se elevaba sobre ellos y les dio también una lengua propia, y estas gentes se convirtieron en la nación onondaga.

De nuevo con la niña a su lado, Ta-ren-ya-wa-gon se puso a caminar, llevando a la gente hasta las costas de un lago resplandeciente bajo el sol. Llamó al lago Go-yo-gah, y otro grupo construyó allí su poblado y se convirtieron en los cayugas.

Ahora sólo quedaba un puñado de personas, y a éstas las llevó Ta-ren-ya-wa-gon a un lago junto a una montaña llamada Ga-nun-da-gwa. Allí hizo que se asentaran, dándoles el nombre de Te-ho-ne-noy-hent, Guardianes de la Puerta. También recibieron una lengua propia y se convirtieron en la nación seneca.

Había algunos entre la gente que no estaban satisfechos con los lugares asignados por el Sustentador de los Cielos. Estas personas siguieron caminando hacia el sol poniente hasta que llegaron a un río mayor que todos los demás, un río conocido como el Mississippi. Lo cruzaron a través de una enredadera silvestre que formaba un puente de orilla a orilla y, una vez cruzó el último de ellos, la enredadera se vino abajo. Nadie pudo regresar ya, de modo que aquel río dividió a los seres humanos del oeste de los seres humanos del este.

El Sustentador de los Cielos dio a cada nación un don especial.

A los senecas les dio unos pies tan veloces que sus cazadores eran capaces de alcanzar a los ciervos.

A los cayugas les dio la canoa y la habilidad para dirigirla a través de las aguas más turbulentas.

A los onondagas les dio el conocimiento de las leyes eternas y el don de desentrañar los deseos del Gran Creador.

A los oneidas les dio la habilidad para hacer armas y tejer cestos.

A los mohawks les dio arcos y flechas, y la habilidad de dirigirlas hasta el corazón de los animales de caza y de sus enemigos.

Y Ta-ren-ya-wa-gon decidió vivir entre las personas como un ser humano. Disponiendo del poder para asumir cualquier forma, eligió ser un hombre y adoptó el nombre de Hiawatha.

Escogió vivir entre los onondagas, y se casó con una hermosa joven de aquella tribu. De su unión nació una hija, Mni-haha, que llegó a sobrepasar en belleza y cualidades a su madre.

Hiawatha nunca dejó de enseñar y dar consejo; pero, por encima de todo, predicó la paz y la armonía.

Bajo Hiawatha, los onondagas se convirtieron en la mayor de todas las tribus, pero todas las demás naciones fundadas por el Gran Sustentador también crecieron y prosperaron. Viajando en una canoa mágica de corteza de abedul, una canoa de

deslumbrante blancura, que flotaba por encima de las aguas y de las praderas como si se sustentara en las alas invisibles de un ave, Hiawatha fue de nación en nación, aconsejándoles y manteniendo a humanos, animales y naturaleza en equilibrio, según las leyes eternas de los manitús. De este modo, todo iba bien y la gente vivía feliz.

Pero también es ley del universo que la felicidad se alterne con el pesar, la vida con la muerte, las prosperidad con las carencias, la armonía con la desarmonía.

Desde el norte, desde más allá de los Grandes Lagos, vinieron tribus de naciones salvajes, feroces y no instruidas, que no sabían nada de la ley eterna; gentes que no plantaban ni tejían cestas, ni horneaban la arcilla para hacer vasijas. Lo único que sabían era cómo hacer presa sobre aquéllos que plantaban y cosechaban los frutos de su trabajo.

Fieros e inmisericordes, aquellos extranjeros se comían la carne cruda, desgarrándola con los dientes. La guerra y el asesinato eran su única ocupación.

Se precipitaron sobre el pueblo de Hiawatha como una inundación, extendiendo la devastación a su paso, y de nuevo el pueblo se volvió a Hiawatha en busca de ayuda, y él indicó a todas las naciones que se congregaran y esperaran su llegada.

Y, así, las cinco tribus se reunieron en el lugar del gran fuego del consejo, a orillas de un lago grande y tranquilo adonde los hombres salvajes del norte aún no habían llegado. La gente esperó a Hiawatha un día, dos días, tres días. Al cuarto día, su canoa blanca resplandeciente apareció flotando, deslizándose por encima de la niebla. Hiawatha iba sentado detrás, dirigiendo la misteriosa canoa, mientras que delante iba su único descendiente, su hija.

Los jefes de las tribus, los ancianos y los sabios de las tribus permanecían en pie en la orilla esperando al Gran Sustentador para darle la bienvenida. Hiawatha y su hija desembarcaron, Hiawatha saludó a todo el mundo con el que se encontró como hermano o hermana, y le habló a cada uno en su propia lengua.

De repente, se oyó un ruido atronador, un ruido como el de las aguas de un centenar de ríos, como el batir de mil alas gigantes; y la gente, atemorizada, levantó su vista al cielo. Desde las nubes, bajando en círculos, descendía el gran pájaro misterioso de los cielos, cien veces más grande que la mayor de las águilas; y cada vez que batía sus alas hacía el sonido de un millar de truenos.

Mientras la gente se encogía de miedo, Hiawatha y su hija permanecieron impasibles. Entonces, el Gran Sustentador posó sus manos sobre la cabeza de su hija para bendecirla, tras lo cual ella le dijo serenamente:

—Adiós, padre mío.

La muchacha se sentó entre las alas de la misteriosa ave, que se elevó haciendo espirales hasta las nubes para desaparecer finalmente en la gran bóveda del cielo.

La gente lo contempló todo sobrecogida, pero Hiawatha, aturdido por el dolor, cayó al suelo y se cubrió con el manto de una pantera. Tres días estuvo allí sentado en silencio, y nadie se atrevía a acercarse a él. La gente se preguntaba si habría entregado a su única hija a los manitús de las alturas como un sacrificio por la liberación de su pueblo. Pero el Gran Sustentador nunca llegaría a explicarlo, nunca volvería a hablar de su hija ni de la misteriosa ave que se la había llevado.



Después de llorar su partida durante tres días, Hiawatha se puso en pie en la mañana del cuarto día y se purificó en las frías y cristalinas aguas del lago, y luego pidió que se reuniera el consejo en asamblea.

Cuando los jefes, los ancianos y los sabios se hubieron sentado en círculo en torno al fuego sagrado, Hiawatha llegó ante ellos y les dijo:

—Lo pasado pasado está; es el presente y el futuro lo que nos concierne. Hijos míos, escuchad bien, pues éstas son mis últimas palabras para vosotros. Mi tiempo entre vosotros está llegando a su fin.

»Hijos míos, la guerra, el miedo y la desunión os han traído desde vuestros poblados hasta este fuego sagrado del consejo. Enfrentándoos a un peligro común, y temiendo por la vida de vuestras familias, os habéis separado, pensando y actuando cada una de las tribus sólo por sí misma. Recordad cómo yo os tomé y, a partir de una pequeña banda, os alimenté hasta convertirlos en muchas naciones. Tenéis que reuniros ahora y actuar todos a una. Ninguna tribu, por sí sola, podrá resistir a nuestros salvajes enemigos, a quienes no les importa nada la ley eterna, que se precipitan sobre nosotros como las tormentas en invierno, esparciendo la muerte y la destrucción por todas partes.

»Hijos míos, escuchad bien. Recordad que sois hermanos, que la caída de uno de vosotros significa la caída de todos. Debéis de tener un solo fuego, una sola pipa y una sola maza de guerra.»

Entonces, Hiawatha hizo un gesto a los cinco custodios del fuego tribales para que unieran sus fuegos con el gran fuego del sagrado consejo, y así lo hicieron. Después, el Gran Sustentador roció el tabaco sagrado sobre las relucientes brasas para que su dulce fragancia envolviera a los sabios sentados en el círculo, y añadió:

—Onondagas, vosotros sois una tribu de poderosos guerreros. Vuestra fortaleza es como la de un pino gigante cuyas raíces se extienden en la lejanía y en las profundidades para soportar cualquier tormenta. Sed vosotros los protectores. Vosotros seréis la primera nación.

»Oneidas, vuestros sois famosos por vuestra sabiduría. Sed vosotros los consejeros de las tribus. Vosotros seréis la segunda nación.

»Senecas, vosotros sois de pies veloces y de habla persuasiva. Vosotros sois los mejores oradores entre las tribus. Sed vosotros los portavoces. Vosotros seréis el tercer pueblo.

»Cayugas, vosotros sois los más astutos. Sois los más habilidosos en la construcción y el manejo de canoas. Sed vosotros los guardianes de nuestros ríos. Vosotros seréis la cuarta nación.

»Mohawks, vosotros sois los mejores plantando maíz y judías, así como en la construcción de cabañas. Sed vosotros los que alimentan y cuidan.

»Todos vosotros sois como los cinco dedos de la mano del guerrero, que se unen para empuñar la maza de guerra. Uníos como una sola tribu, y vuestros enemigos retrocederán ante vosotros hasta las baldías tierras del norte de donde vinieron. Que mis palabras se sumerjan en lo más profundo de vuestros corazones y mentes.

»Retiraos ahora para tomar consejo entre vosotros, y venid ante mí mañana para decirme si vais a seguir mi consejo.»

A la mañana siguiente, los jefes y los sabios de las cinco naciones llegaron hasta Hiawatha con la promesa de que, a partir de aquel día, serían como una gran nación.

Hiawatha se regocijó; reunió las blancas plumas que el gran pájaro misterioso del cielo había dejado caer y les dio las plumas a los jefes de las tribus reunidas.

—Por estas plumas —dijo— seréis conocidos como los Ako-no-shu-ne, los iroqueses.

Así, con la ayuda de Hiawatha, el Gran Unificador, nació la poderosa Liga de las Cinco Naciones, y sus tribus mantuvieron su presencia sin ser molestadas en todas las tierras que se extienden entre el gran río al oeste y el gran mar del este.

Los ancianos le rogaron a Hiawatha que se convirtiera en el jefe de todas las tribus unidas, pero él les dijo:

—Esto no puede ser, porque debo partir. Amigos y hermanos, elegid a las mujeres más sabias de vuestras tribus para que sean el futuro clan de las madres y pacificadoras, y dejadlas que conviertan cualquier tensión que surja entre vosotros en amistad. Que vuestros jefes sean lo suficientemente sabios como para acudir a esas mujeres en busca de consejo cuando haya disputas.

»Ya no diré nada más. Adiós.»²⁷

D16-23. UNA HISTORIA POTAWATOMI

Potawatomi, ojibwa y ottawa - Grandes Lagos (Railsback, 2000, pp. 35-36)

"16.b. Implementar estrategias para prevenir conflictos violentos y utilizar la colaboración para resolver problemas y disputas."

El Hacedor de la Tierra hizo el mundo con árboles y campos, con ríos, lagos y manantiales, con colinas y valles. El mundo era hermoso, pero no había seres humanos, de modo que un día decidió hacer unos cuantos.

Hizo un agujero a orillas de un río y circundó el agujero con piedras para hacer una hoguera. Después, tomó un poco de arcilla e hizo una figura pequeña, que puso después en el fuego. Mientras se cocía, arrancó unas ramas y se hizo unas pinzas; y, cuando sacó la figura del fuego y dejó que se enfriara, le movió las extremidades y le insufló la vida; y la

²⁷ Imágenes en este relato: "Old country buffet", cuadro de Howard Terpning, en FirstPeople.com; y "Meditation", fotografía de Roland W. Reed, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

figura echó a andar. El Hacedor de la Tierra se dio cuenta, no obstante, de que la figura estaba a medio cocer. De esa figura surgió el pueblo blanco.

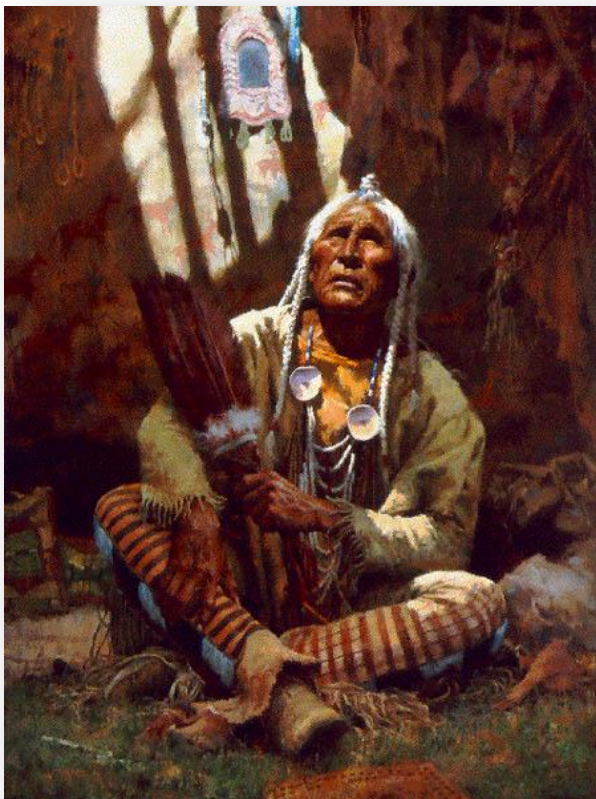
Así pues, el Hacedor de la Tierra decidió intentarlo de nuevo, e hizo otra figura y la puso en el fuego. En esta ocasión se echó a dormir la siesta bajo un árbol mientras la figura se cocía; pero durmió más tiempo del que tenía previsto. Cuando sacó la segunda figura del fuego y dejó que se enfriara, le movió las extremidades y le insufló la vida, y la figura echó a andar. El Hacedor del Mundo se percató de que, esta vez, la figura se había cocido en exceso. De ella surgió el pueblo negro.

A la vista de esto, el Hacedor de la Tierra lo intentó de nuevo. Sacó las cenizas y carbones de la hoguera y prendió un nuevo fuego. Después sacó un poco de arcilla y la limpió bien de ramas y hojas, para que fuera pura. Hizo una figura pequeña y la puso en el fuego, y esta vez se sentó junto a la hoguera y observó cuidadosamente mientras la figura se cocía. Cuando consideró que estaba en el punto exacto, sacó la figura del fuego y dejó que se enfriara. Luego le movió las extremidades y le insufló la vida, y la figura echó a andar. Esta figura se había cocido en su justo término, y de ella surgiría el pueblo rojo.

El pueblo rojo crecería hasta dar lugar a muchas tribus, y se expandiría por la tierra. Entre aquellas tribus estaban los ojibwa, los ottawa y los potawatomi. Estas tres tribus eran enemigas y combatieron en muchas batallas.

Un hombre potawatomi tenía diez hijos, todos los cuales terminaron muriendo en combate. Sin él saberlo, había otro

hombre ojibwa que también había perdido a diez hijos en las batallas, y había un ottawa que había perdido asimismo diez hijos. Los tres hombres estaban tan apesadumbrados y deprimidos por ello que se alejaron de sus tribus, buscando un lugar para morir en los bosques.



El ojibwa anduvo y anduvo, y con el tiempo llegó a un enorme árbol. El árbol tenía cuatro largas raíces que se extendían hacia el norte, el este, el sur y el oeste, y cuatro enormes ramas que se extendían en las mismas direcciones. También tenía una gran raíz que descendía directamente hasta el centro de la tierra, y el tronco central llegaba hasta el cielo. El árbol era muy hermoso,

y el paisaje que se contemplaba desde él era tan tranquilo, que el hombre olvidó su pesar y, por unos instantes, fue feliz.

Al cabo de un rato allí, el ojibwa vio que otro hombre se acercaba en la distancia. Vio que lloraba mientras caminaba hacia el árbol, hasta que, contemplando la belleza del árbol, se detuvo bajo él. El ojibwa dijo:

—He perdido a diez hijos en la guerra, y tenía el corazón tan roto que me alejé del poblado para morir, hasta que llegué a este árbol. ¿Qué te ha traído a ti hasta aquí?

El recién llegado, un ottawa, dijo:

—Yo también he perdido diez hijos en la guerra, y estaba perdido en mi pesar hasta que llegué a este lugar.

Los dos hombres se sentaron y compartieron su dolor.

Mientras los dos hombres charlaban, un tercero se acercó llorando a aquel lugar. El primero que había llegado le vio llegar y, cuando los otros dos le preguntaron al tercer hombre, un potawatomi, éste les dijo que había perdido a diez hijos en la guerra y que se había alejado de su tribu, hasta que había llegado a aquel bello lugar.

Los tres hombres estuvieron hablando y se dieron cuenta de que sus hijos habían muerto luchando en las mismas guerras, y llegaron a la conclusión de que el Gran Espíritu les había reunido allí, en aquel tranquilo sitio, para que dejaran hablar a sus espíritus. Coincidieron en que sus tribus se habían dejado llevar por la locura de la guerra y que aquellas guerras habían traído demasiado dolor, y decidieron volver con sus tribus para convencerlas de que debían vivir en paz. Hicieron tres pipas, y cada uno se llevó una pipa de tabaco a su poblado para entregársela a su pueblo como símbolo de paz.

Diez días después, los tres ancianos llevaron a sus pueblos hasta el gran árbol. Cada hombre llevaba un poco de madera, y con la madera de todos hicieron una gran fogata, y asaron en ella comidas de las distintas tribus. Llenaron de tabaco una pipa y ofrecieron su humo al Gran Espíritu en los cielos, a los espíritus de las cuatro direcciones y, finalmente, al espíritu que impide que la tierra se hunda en las aguas. Las tres tribus fumaron la pipa de la paz y comieron de la comida común, y sus jefes acordaron que debían vivir en paz.

Los tres ancianos acordaron una serie de reglas para preservar la paz y guiar a sus pueblos, y así fue como los potawatomi, los ojibwa y los ottawa comenzaron a vivir en paz y a casarse unos con otros como un solo pueblo.²⁸

²⁸ Imagen en este relato: "Holy man of the Blackfoot", cuadro de Howard Terpning, en FirstPeople.com.

D16-24. EL REGALO DE LOS INSULTOS

Budismo zen (Suler, 1997)

Una vez vivió un gran guerrero que, incluso en su vejez, seguía siendo capaz de derrotar a todo aquel que osaba desafiarle. Su reputación se extendía por todo el país, y eran muchos los alumnos que acudían a él buscando sus enseñanzas.

Un día, un joven pero infame guerrero llegó al pueblo. Estaba decidido a ser el primer hombre en derrotar al gran maestro. Además de fuerza, tenía la peculiar habilidad para detectar y explotar cualquier debilidad en sus oponentes. Siempre esperaba a que sus oponentes hicieran el primer movimiento, revelando así alguna debilidad, para luego golpear con una fuerza implacable y a la velocidad del rayo. Nadie le había aguantado un combate más allá del primer movimiento.

En contra del consejo de sus alumnos, que estaban muy preocupados, el viejo maestro aceptó encantado el desafío del joven guerrero. Cuando ambos se dispusieron para el combate, el joven guerrero comenzó a proferir insultos contra el viejo maestro. Le arrojó porquerías del suelo y le escupió en la cara. Durante horas, le estuvo atacando verbalmente con todo tipo de maldiciones e insultos conocidos. Pero el viejo guerrero simplemente se mantenía allí en pie, en guardia, inmóvil y en calma. Finalmente, el joven guerrero acabó exhausto y, sabiéndose derrotado, partió de allí avergonzado.

Decepcionados de algún modo con su maestro por no haber dado su merecido al insolente joven, los alumnos se congregaron en torno al anciano y le preguntaron:

—¿Cómo habéis podido soportar tanta humillación? ¿Y cómo habéis hecho para que se diera por derrotado?

—Si alguien viene a traerte un regalo y tú no lo recibes —respondió el maestro—, ¿a quién pertenece el regalo?

D16-25. EL VIEJO JOE Y EL CARPINTERO

Estados Unidos (MacDonald, 2005b, pp. 76-78)

"16.c. Desmilitarizar los sistemas nacionales de seguridad hasta un nivel o régimen de defensa no provocativa y emplear los recursos militares para fines pacíficos, incluyendo la restauración ecológica."

El Viejo Joe vivía en el campo, y tenía un buen vecino. Habían sido amigos toda la vida y, ahora que sus esposas habían fallecido y sus hijos habían partido del hogar, lo único que les quedaba eran sus granjas... y el uno al otro.

Pero, por vez primera en sus vidas, tuvieron una discusión. Todo se debió a un ternero extraviado que, en realidad, ninguno de los dos necesitaba. Al parecer, el ternero había aparecido en los terrenos del vecino de Joe, y aquél lo reclamaba como propio. Pero el Viejo Joe dijo:

—No, ese becerro tiene las mismas manchas que mi vaca favorita, y sé que es mío.

Bien, el caso es que ambos eran bastante testarudos, de modo que dejaron de hablarse. Eso había ocurrido hacia ya siete días, y daba la impresión de que una nube oscura se había situado sobre la cabeza del Viejo Joe, cuando alguien llamó a la puerta de su casa.

No esperaba a nadie aquella mañana pero, cuando abrió la puerta, se encontró con un joven con una caja de herramientas colgada del hombro. Tenía una voz agradable y unos ojos oscuros y profundos.

—Soy carpintero —dijo el joven—, y estaba buscando algún trabajo. Quizás tenga usted algún trabajillo por ahí en el que pueda echarle una mano.

El Viejo Joe le llevó a la cocina y le invitó a sentarse, ofreciéndole un poco del guiso que había guardado del día anterior. También le ofreció una hogaza de pan casero, un poco de mantequilla batida y mermelada casera.

Mientras desayunaban, estuvieron charlando, y Joe decidió que le gustaba aquel joven. De modo que le dijo:

—Tengo un trabajo para ti. Si miras por la ventana, verás una granja al otro lado. Es la granja de mi vecino. ¿Y ves el arroyo que baja marcando las lindes de nuestros terrenos? Pues, bien, ese arroyo no estaba ahí la semana pasada. Mi vecino lo ha hecho para darme en



las narices. Se llevó el arado allá arriba, cavó un gran surco desde el estanque y dejó correr el agua.

»Pues, bien, quiero que me hagas un favor. Dado que él quiere separarnos de esa manera, vas a salir ahí fuera y me vas a construir una valla, una valla grande y alta. ¡Así no tendré que volver a ver su horrible casa nunca más!»

Y el carpintero dijo:

—Bueno, si tiene usted la madera y los clavos, yo he traído mis herramientas. Quedará contento con mi trabajo.

Joe tenía que ir al pueblo para traerse suministros, de modo que se subió a la carreta y le dijo al carpintero donde podía encontrar cada cosa que necesitara en el granero. Una vez Joe hubo marchado, el carpintero tomó todo cuanto necesitaba del granero, lo bajó hasta el arroyo y se puso a trabajar.

El trabajo discurrió sin contratiempos y con rapidez, tomando medidas, aserrando y clavando maderas. Estaba a punto de ponerse el sol cuando regresó el Viejo Joe, y el carpintero había terminado su trabajo. Cuando Joe detuvo su carreta se quedó con la boca abierta y los ojos como platos... porque el carpintero no había hecho la valla que él le había pedido.

¡Había hecho un puente de un lado a otro del arroyo! ¡Un puente con pasamanos y todo! ¡Un magnífico trabajo! ¡Y su vecino justo comenzaba a cruzar el puente saludándole con la mano!

—Joe, eres un buen tipo —le dijo el vecino— ¿Cómo se te ha ocurrido hacer este puente? Yo no habría sido capaz de hacer algo así. ¡Estoy muy feliz de que seamos amigos de nuevo!

Joe no pudo hacer otra cosa salvo abrazar a su vecino, diciéndole:

—¡Oh, ese ternero es tuyo! Lo supe desde el principio. Lo único que quiero es ser tu amigo de nuevo.

Para entonces, el carpintero había guardado sus herramientas en la caja, se había colgado la caja al hombro y comenzaba a caminar.

—¡Espera! ¡Ven aquí! —le dijo Joe cuando se dio cuenta de que se marchaba— Tengo un montón de trabajos para ti.

Pero el carpintero se limitó a sonreír y le dijo:

—Me gustaría quedarme, Joe, pero no puedo. Tengo que hacer más puentes.

Y el carpintero se marchó, y así termina mi cuento.²⁹

D16-26. EL LEÓN Y LOS BRAHMINES NECIOS

India (Vas y Vas, 2003, pp. 118-119)

"16.d. Eliminar las armas nucleares, biológicas y tóxicas y otros artefactos de destrucción masiva."

Cuatro brahmines que eran muy buenos amigos vivieron una vez en un pueblo y, en tanto que tres de ellos eran grandes eruditos, el cuarto era analfabeto; sin embargo, tenía grandes conocimientos prácticos.

Un día, los cuatro amigos decidieron ir a otro país para ganar algún dinero, pues su rey había prometido recompensarlos generosamente. Sin embargo, uno de ellos decidió que no iba a compartir lo que recibiera del rey con el cuarto amigo, diciendo:

—Él no es un erudito, y no ha leído las escrituras. Sólo tiene conocimientos prácticos, lo cual no le da derecho a tales gratificaciones de manos de un rey.

De manera que el segundo amigo le aconsejó al cuarto que no fuera con ellos, dado que no era un erudito. Sin embargo, el tercero convenció a los otros dos para que le dejaran acompañarles, diciendo:

—¡Amigos míos! ¡Él también es nuestro amigo! No podemos abandonarlo así.

Al final, llegaron a un acuerdo y dejaron que el cuarto brahmín les acompañara en el viaje.

Mientras atravesaban un bosque, vieron un montón de huesos en el suelo y decidieron poner a prueba sus conocimientos. Uno ordenó los huesos y levantó el esqueleto merced a los poderes de su mantra. El segundo le añadió carne, piel y sangre al esqueleto a través de los poderes de su mantra. Y, cuando el tercer amigo estaba a punto de infundirle nueva vida al animal merced a los poderes de su mantra, el cuarto amigo dijo:

—¡Deteneos! ¿No veis que es un león? ¡No lo resucitéis, porque acabará con nosotros!

²⁹ Imagen en este relato: "Old farmer", dibujo de A. B. Frost, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

Los tres amigos se le rieron, diciendo que no tenía por qué preocuparse y que, sin duda, iban a poner a prueba sus conocimientos.

Cuando el cuarto brahmín se dio cuenta de que sus amigos seguían empeñados en resucitar al león, trepó a un árbol para salvar su vida. Y, en cuanto le devolvieron la vida al león, éste devoró a los tres brahmines.

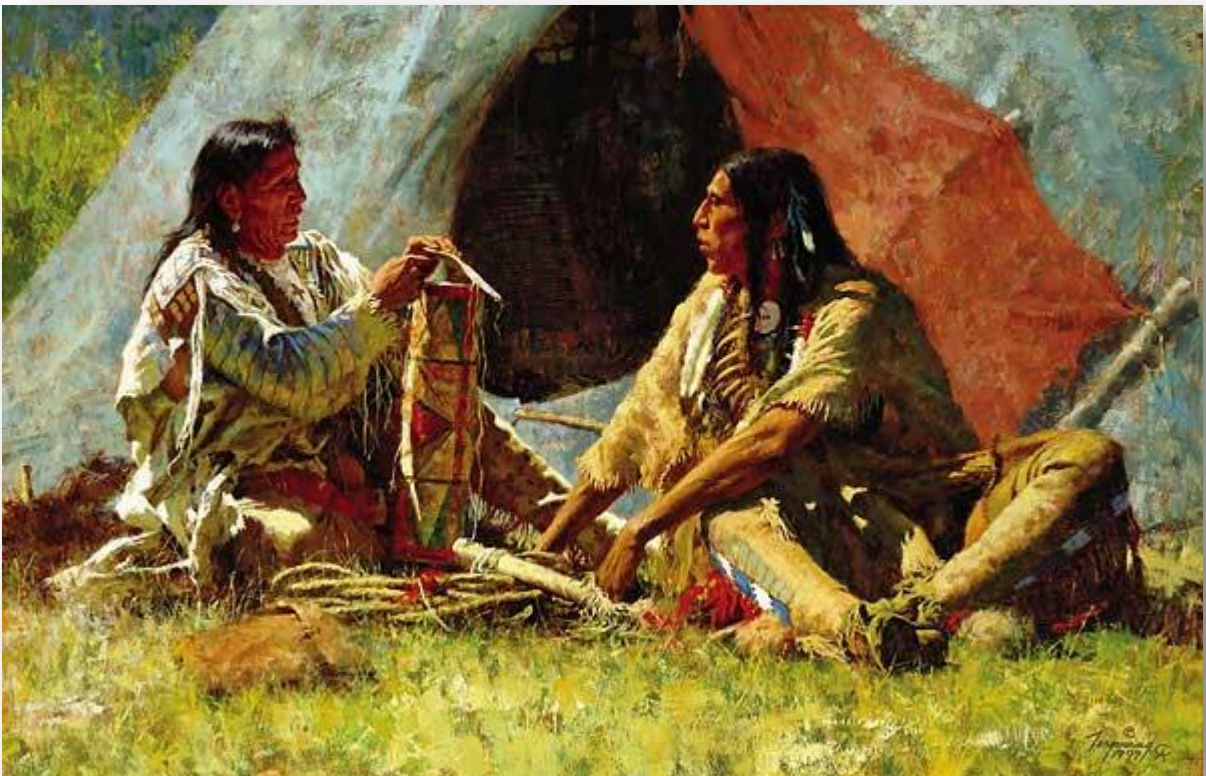
Cuando el león se marchó, el cuarto brahmín bajó del árbol y regresó corriendo a casa.

D16-27. EL MITO DEL SOL / EL ARMA

Kathlamet - Estado de Washington (Boas, 1901, pp. 26-33; MacDonald, 2005b, pp. 23-28)

Hubo una vez un jefe de un poblado que tenía familiares en otros cinco poblados cercanos. Por la mañana, solía salir de su cabaña para ver el Sol cuando estaba a punto de salir. Un día le dijo a su mujer:

—¿Qué te parecería si me fuera a ver el Sol?



Y la mujer le respondió:

—¿Acaso crees que está cerca para andar pensado en ir allí?

Al día siguiente, el jefe volvió a salir, y de nuevo vio el Sol al amanecer.

—Hazme diez pares de mocasines —le dijo a su mujer— y diez pares de pantalones.

Y la mujer le hizo diez pares de mocasines y diez pares de pantalones. Y al día siguiente partió, partió en un largo viaje. Desgastó los mocasines y los pantalones, y se puso otros par de mocasines y otros pantalones, y así anduvo durante cinco meses.

Después de gastar cinco pares de mocasines y cinco pantalones, continuó andando durante cinco meses más. Al cabo de diez meses, después de haber gastado todos los mocasines y todos los pantalones, vio que estaba cerca del lugar donde nacía el Sol.

Se encontró con una casa grande, y abrió la puerta. Allí había una muchacha joven. Entró y se quedó allí. Vio que había flechas colgadas en una pared de la casa; carcajes llenos de flechas colgaban allí. También había camisas de piel de alce, corazas de madera, escudos, hachas de piedra, mazas de hueso y ornamentos para la cabeza. Había instrumentos utilizados por hombres en un lado de la casa. En el otro lado había mantas de cabras montesas, mantas de piel de alce, pieles de búfalo, pieles de ante, largas conchas de Dentalia, cuentas de concha y conchas cortas de Dentalia.

Cerca de la puerta colgaba una cosa grande, pero no sabía lo que era.

Finalmente, le preguntó a la chica:

—¿De quién son esos carcajes?

—Son de la madre de mi padre —respondió ella—. Cuando yo crezca, ella se desprenderá de ellos.

—¿De quién son esas corazas de piel de alce?

—Son de la madre de mi padre. Cuando yo crezca, se deshará de ellas.

—¿De quién son esas flechas?

—Son de la madre de mi padre. Cuando yo crezca, se deshará de ellas.

—¿De quién son esas corazas de madera?

—Pertenece a la madre de mi padre. Cuando yo crezca, se deshará de ellas.

—¿De quién son esos escudos y esas mazas de guerra?

—Pertenece a la madre de mi padre. Cuando yo crezca, ella se desprenderá de ellos.

—¿De quién son esas hachas de piedra?

—Pertenece a la madre de mi padre.

Y entonces preguntó por las cosas que habían al otro lado de la casa.

—¿De quién son las pieles de búfalo?

—Son de la madre de mi padre y mías. Cuando yo crezca, ella se deshará de ellas.

—¿De quién son esas mantas de cabra montesa?

—Son de la madre de mi padre. Cuando yo crezca, se deshará de ellas.

—¿De quién son esas pieles de alce?

—Pertenece a la madre de mi padre. Cuando yo crezca, se deshará de ellas.

—¿De quién son esas mantas de ciervo?

—Pertenece a la madre de mi padre. Cuando yo crezca, se desprenderá de ellas.

—¿De quién son las cuentas de concha?

—Pertenece a la madre de mi padre. Cuando yo crezca, se deshará de ellas.

—¿De quién son las conchas largas de Dentalia?

—Pertenece a la madre de mi padre. Cuando yo crezca, se deshará de ellas.

—¿De quién son las conchas cortas de Dentalia?

—Pertenece a la madre de mi padre. Cuando yo crezca, se deshará de ellas.

Él preguntó por todas aquellas cosas, y pensó, «Todas estas cosas son bonitas. Pero esa cosa *brillante*... Eso es lo que quiero. Me lo llevaré».

Cuando llegó la noche, la anciana llegó a la casa, y colgó de nuevo la *cosa* que a él le gustaba, aquella cosa *brillante*.

Él se quedó allí, durante mucho tiempo estuvo allí, y se casó con la chica.

Cada mañana, la anciana se iba, y volvía por la noche; volvía con todo tipo de cosas. Volvía con flechas, con mantas de cabra montesa, con corazas de alce. Y así todos los días.

Él permaneció allí mucho tiempo, hasta que empezó a echar de menos su casa. Durante dos días ni siquiera se levantó de la cama, de modo que la abuela le preguntó a la nieta:

—¿Habéis discutido y se ha enfadado?

—No, no hemos discutido —respondió la nieta—. Echa de menos su casa.

Entonces, le preguntó a él:

—¿Qué quieres llevarte cuando vuelvas a casa? ¿Quieres estas pieles de búfalo?

—No —dijo él.

—¿Quieres estas mantas de cabra montesa?

—No.

—¿Quieres estas camisas de alce?

—No.

La anciana le mostró todo lo que había a un lado de la casa, y después le mostró los ornamentos. Se lo mostró todo. Pero él quería aquella *cosa* grande que estaba colgada allí. Cuando esa cosa se daba la vuelta, brillaba tanto que había que cerrar los ojos. *Eso* era lo que él quería.

Finalmente, le dijo a su mujer:

—Ella me dará sólo una cosa. Esa manta, *su* manta.

—Nunca te dará eso —le dijo su mujer—. Mucha gente ha intentado comprárselo, pero nunca se desprenderá de eso.

Entonces, él se enfadó.

Al cabo de varias noches, la anciana le preguntó de nuevo:

—¿Te llevarás esto?

Se lo mostró todo. Le mostró todas aquellas cosas que usan los hombres y, cuando la anciana llegó a aquella *cosa* que colgaba allí, la anciana guardó silencio. Al final, harta, le dijo:

—¿Te lo quieres llevar? Llévatelo si quieres; pero ten cuidado si te lo llevas. Tú lo has decidido. He intentado quererte, y te quiero.



Y, entonces, la anciana le colgó *aquello* a él, se lo puso alrededor, y le dio un hacha de piedra.

—Y, ahora, vete a casa —le dijo la anciana.

Y se fue, se fue a casa.

No vio ningún poblado hasta que llegó a las cercanías del poblado de su tío. Entonces, la *cosa* que llevaba puesta tembló y dijo:

—¡Vamos a destruir el poblado!

Aquello que llevaba habló y él perdió la razón, y atacó el poblado de su tío y mató a toda la gente. Después, cuando recobró el sentido, vio que había destruido todas las casas y tenía las manos ensangrentadas; y pensó, «¡Oh, qué loco he sido! ¡La cosa que yo quería era maligna!»

Intentó quitársela, pero la llevaba pegada a su piel. De modo que siguió caminando; recorrió un trecho y, de pronto, perdió de nuevo la razón. Estaba cerca del poblado de otro de sus tíos, y la cosa dijo:

—¡Vamos a destruir el poblado! ¡Vamos a destruir tu poblado!

Él intentó controlarse, pero aquello era incontrolable. Intentó despojarse de aquello, pero sus manos no le respondían, hasta que perdió definitivamente la razón y destruyó todas las casas.

Cuando se recobró, el poblado de su tío estaba destruido, y la gente yacía muerta por todas partes. Se puso a gritar, e intentó arrancarse aquello ayudándose de la rama de un árbol, pero no lo consiguió. Aquello estaba pegado a su cuerpo. Intentó quebrarlo golpeándose contra una piedra, pero no se rompió.

Finalmente, continuó su camino, hasta que llegó a las inmediaciones del poblado de otro de sus tíos, y de nuevo la cosa que llevaba tembló.

—¡Vamos a destruir el poblado! —dijo.

Perdió la razón y destruyó las casas del poblado de su tío. Y, cuando se recobró, se puso a llorar, porque había hecho desdichados a sus familiares.

Se sumergió en el agua de un río intentando quitarse aquello, pero se aferraba a su cuerpo. Se puso a rodar sobre los matorrales, e intentó romperlo con una piedra que agarró del suelo... hasta que se dio por vencido, llorando.

Siguió caminando y llegó al poblado de otro tío; y, una vez más, la cosa tembló.

—¡Vamos a destruir el poblado! ¡Vamos a destruir tu poblado!

Y perdió la razón. Destruyó todas las casas y mató a todos sus habitantes. Cuando recobró el sentido, toda la gente yacía muerta, y el poblado estaba totalmente destruido. Tenía los brazos y las manos cubiertos de sangre.

Y lloró, e intentó de nuevo romper aquello con una piedra; intentó quitárselo, pero sus manos no le respondían.

Prosiguió hasta que llegó a las cercanías de su propio poblado. Se detuvo para no seguir adelante, pero era como si sus pies tiraran de él. Finalmente, perdió la razón y destruyó todo el poblado, y mató a sus familiares. Cuando recobró el sentido, el poblado estaba totalmente destruido, y el suelo cubierto de cadáveres.

Lloró de nuevo, y se sumergió en el agua de un río e intentó quitarse lo que llevaba, pero aquello estaba pegado a su cuerpo. Lo intentó de todas las maneras, hasta que renunció, y lloró.

Entonces, miró hacia atrás, y vio a la anciana allí de pie.

—Intenté quererte —le dijo ella—. Intenté ser amable con tu pueblo. ¿Por qué lloras? Tú lo quisiste, tú quisiste llevar mi manta.

Y despojándole de aquello, sin decirle nada más, se marchó a su casa.

Él se quedó allí. Poco después, se trasladó a un lugar no muy lejano, y se construyó una pequeña casa.³⁰

D16-28. UNA LECCIÓN PARA REYES

Budismo indio (MacDonald, 2005b, pp. 70-71)

"16.f. Reconocer que la paz es la integridad creada por las relaciones correctas con uno mismo, con otras personas, otras culturas, otras formas de vida, la Tierra y con el todo más grande, del cual somos parte."

El rey de Benarés y el rey de Kosala se encontraron una vez en el camino. Ambos iban erguidos en su carros; iban por la mitad del camino, y ambos se negaron a ceder el paso al otro.

El auriga del rey de Benarés pensó en resolver el dilema dejando pasar primero al que tuviera más edad, pero resultó que ambos tenían la misma edad. Después preguntó

³⁰ Imágenes en este relato: "Bonnet case" y "Cree finery", cuadros de Howard Terpning, en FirstPeople.com.

sobre la extensión de sus reinos, pero ambos gobernaban sendos reinos de trescientas leguas, y tanto en riquezas como en familia estaban también emparejados.

Al final, pensó, «Que pase primero el más justo», y preguntó al otro auriga:

—¿Qué clase de justicia tiene tu rey?

Y el auriga del rey de Kosala proclamó así las virtudes de su rey:

«Al fuerte lo supera con la fuerza.
Al blando con delicadeza.
Al bueno lo conquista con bondad,
y al malvado con maldad.
¡Tal es la naturaleza de este rey!
¡Aparta del camino, oh auriga!»

Pero aquello no impresionó al auriga del rey de Banarés.

—Si éstas son sus virtudes, ¿cuáles son sus defectos?

Y, a continuación, hizo un relato de las virtudes del rey de Banarés:

«La ira la conquista con la calma,
y con la bondad al malvado.
Al tacaño lo conquista con regalos,
y con verdad al que dice mentira.
¡Tal es la naturaleza de este rey!
¡Aparta del camino, oh auriga!»

Y cuando el rey de Kosala oyó aquello, él y su auriga bajaron de su carro y dejaron pasar al rey de Banarés.

D16-29. UN HOMBRE SIN CEREBRO

Sufismo del Norte de África - Túnez y Argelia (MacDonald, 2005b, pp. 21-22)

¡En el pasado ocurrieron muchas cosas! ¡Muchas, muchas cosas sucedieron en los días que se fueron! Albahaca y lirio ofrezco al profeta Mahoma. ¡Que Allâh le bendiga y le honre!

He aquí, entre otras cosas, la aventura del famoso Jouha. En Argelia le llaman Jha, o bien Ben Sakrane. Más al oriente, es Nasrudín Hodja. Él es, de hecho, Tyl Eulenspiegel, o Jean le Sot: el loco que vende su Sabiduría, el que rebuzna como un burro para que le escuchen y, a veces, el de la inteligencia imbatible.

Así pues, un día, Jha se encontró con unos amigos que iban armados para la batalla: escudos, lanzas, arcos y carcajes llenos de flechas.

—Pero, ¿adónde vais así disfrazados?

—¿Acaso no sabes que somos soldados profesionales? —contestaron sus amigos— Obviamente, vamos a entrar en batalla, ¡y promete que va a ser dura!



—¡Bien! Esta es la ocasión de ver lo que sucede en estas cosas de las que he oído hablar, pero que nunca he visto con mis propios ojos. ¡Dejadme ir con vosotros para que lo vea, al menos una vez en mi vida!

—¡De acuerdo, ven entonces! ¡Eres bienvenido!

Y allí estaba él, en medio de un pequeño pelotón que iba al campo de batalla a unirse al resto del ejército.

Pues bien, empezó la batalla y la primera flecha se la clavaron en la frente.

—¡Rápido! ¡Un cirujano!

Llegó el cirujano y, examinando la herida, asintió con la cabeza y dijo:

—¡La flecha ha entrado en profundidad! Sacarla será fácil. ¡Pero, si con ella sale el más mínimo trozo de cerebro, estará perdido!

Jha tomó la mano del médico y se la besó, expresándole su «profunda gratitud al Maestro», y dijo:

—Doctor, puede sacar la flecha sin ningún temor. No va a salir ni el más mínimo trozo de cerebro con ella...

—Guarde silencio —dijo el médico—, y deje que los expertos cuiden de usted. ¿Cómo puede decir que no le ha alcanzado el cerebro?

—Estoy convencido —dijo Jha—, porque, si yo hubiera tenido la más mínima partícula de cerebro, jamás se me habría ocurrido venir con mis amigos.³¹

³¹ Imagen: "Mameluke in full armour", dibujo de Georg Moritz Ebers, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

Anexo 6

Relatos de la muestra:

Epílogo de la Carta de la Tierra

WF-01. COYOTE TRAE EL FUEGO

Karok - California (Planet Ozkids, 2012a)

" El proceso requiere un cambio de mentalidad y de corazón; requiere adoptar además, un nuevo sentido de interdependencia global y responsabilidad universal."

Hace mucho tiempo, los Seres del Fuego eran el único pueblo que tenía el fuego, el cual guardaban celosamente y no lo compartían con otras tribus ni animales. Esto no importaba demasiado durante la primavera y el verano; pero, en invierno, muchas niñas y niños pequeños, así como ancianos y ancianas, morían a causa del frío gélido.

Justo antes del siguiente invierno, algunos animales convocaron una reunión.

—No podemos permitir que nuestros hijos y nuestros ancianos mueran de frío este invierno —dijo Ardilla—. Tenemos que conseguir el fuego de los Seres del Fuego para mantenernos calientes.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —preguntó Ardilla Listada— Los Seres del Fuego no lo van a compartir así como así.

—Pidámosle ayuda a Coyote —dijo Rana—. Él es taimado y astuto, y sabrá cómo lograrlo.

Coyote escuchó lo que le pedían y reflexionó sobre el problema; y, luego, una sonrisa astuta se dibujó en su rostro.

—Existe una forma de conseguir el fuego de los Seres del Fuego —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Ardilla Listada— ¿Cómo vamos a hacerlo?

—Les arrebataremos el fuego —dijo arteramente Coyote—. Tengo un plan. ¡Seguidme!



Coyote llevó a los animales hasta el campamento de los Seres del Fuego en la cima de una montaña; y, mientras los demás se ocultaban, Coyote se dirigió al campamento.

—¿Quién está ahí? —vociferó uno de los Seres— Alguien intenta robarnos el fuego.

—No pasa nada —siseó otro—. No es más que un viejo coyote, un comedor de polillas.

«¡Huummp! ¡Sí, comedor de polillas!», pensó Coyote, pero no dijo nada. Simplemente, se echó junto al fuego y fingió que se ponía a dormir, pero manteniendo un ojo entreabierto.

Los tres Seres del Fuego se sentaron cerca. Uno era enorme y feo, con una cabeza pequeña y clava, y tres lorzas de grasa alrededor de la tripa. Le caían los mocos en largos colgajos viscosos. Los otros dos eran dos viejas brujas, con los ojos como tizones y garras en lugar de manos, como un buitre.

Al cabo de unos minutos, se empezaron a oír ruidos entre los arbustos. Eran los amigos de Coyote.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó el Ser del Fuego gordo— ¿Quién está ahí?

Y los tres Seres del Fuego se levantaron para averiguarlo.

Aprovechando la ocasión, Coyote agarró un resplandeciente trozo de fuego y salió corriendo montaña abajo tan rápido como pudo. Al darse cuenta del engaño, las dos brujas salieron en su persecución profiriendo agudos gritos, mientras el Ser del Fuego calvo y gordo se quedaba atrás, con más mocos cayéndole de la nariz.

Las brujas eran viejas, pero corrían como el viento, y casi habían alcanzado a Coyote. De hecho, una de ellas le lanzó un zarpazo y llegó a tocar la punta de la cola de Coyote, y el calor hizo que el pelo de la punta de su cola se volviera blanco.

Coyote le lanzó el fuego a Ardilla, que lo recogió con la cola y salió a toda velocidad saltando por encima de tocones de árboles y rocas. El fuego le chamuscó la cola hasta el punto que se la curvó sobre el lomo, y casi la habían alcanzado cuando Ardilla Listada apareció a su lado.

—¡A mí! ¡A mí! ¡Pásamelo! —le dijo.

Recogiendo el fuego, Ardilla Listada salió corriendo, pero una de las brujas le arañó el lomo dejándole marcadas tres bandas a todo lo largo de la espalda.

Ardilla Listada le pasó el fuego a Rana, pero una de las arpías la agarró por la cola.

—¡Suéltame! —gritó Rana, que se retorció y se esforzó tanto para soltarse que se le hincharon los ojos y pensó que le iba a estallar el corazón.

En un último esfuerzo, Rana dio un potente salto y consiguió escapar, pero se dejó su larga cola detrás, dando saltos entre las garras de la bruja.

Finalmente, Rana le lanzó el fuego a Madera, y Madera se lo tragó. Las Seres del Fuego golpearon a Madera y le dieron patadas, incluso le hicieron cortes con sus cuchillos, pero Madera no escupió el fuego.

Al final, las brujas se dieron por vencidas y regresaron a casa, mascullando entre sí:

—Oh, querida, creo que me he roto una uña.

—No importa. Tenemos sopa de cola de rana para cenar esta noche.

—¡Mmm! ¡Eso debe estar bueno!

Pocos días después, Coyote convocó a los animales para enseñarles a sacar el fuego de Madera.

—El fuego es un regalo para todo el mundo. Si frotáis dos palos secos de Madera muy rápido, Madera sentirá picor y os dará fuego. A partir de ahora estaréis calentitos en invierno.

—Os dije que Coyote era listo —dijo Rana.

—Sí, pero me pregunto a qué sabrá la sopa de cola de rana —se burló Ardilla.

Y por todo esto es por lo que la cola del Coyote tiene la punta blanca, la cola de las ardillas se curva sobre el lomo, el lomo de las ardillas listadas tiene tres bandas blancas y las ranas no tienen cola.

Pero todo el mundo está caliente en invierno.¹

WF-02. IRACA Y RAMIRIQUÍ

Chibcha - Colombia y Panamá (Alonso, 2011b)

En un principio todo era oscuridad; una interminable noche sin luna y sin estrellas cubría la tierra en forma total y sólo dos personas la habitaban: el cacique de Iraca y el cacique de Ramiriquí.

Como eran familiares y amigos, resolvieron un buen día terminar de una vez con la soledad reinante; se reunieron, intercambiaron ideas y concluyeron que debían llenar la tierra de seres humanos.

¹ Imagen en este relato: "Coyote in Red Hills", de USFWS Mountain-Prairie, licencia CC BY, en Wikimedia Commons.

En efecto, hicieron muchas figuras de barro teniendo como modelo el uno al otro, y luego construyeron otras más hermosas con juncos y bambú; un soplo les dio vida; las primeras se transformaron en hombres y las segundas en mujeres; por parejas tomaron diferentes caminos.



Pero todos siguieron viviendo en la oscuridad.

Con el correr del tiempo el cacique de Iraca empezó a sentirse triste en medio de las tinieblas y resolvió pedir al cacique de Ramiriquí que fuera a las alturas a traer la luz.

Como el uno y el otro se servían mutuamente sin reparos de ninguna naturaleza, el cacique se lanzó al espacio y subiendo, subiendo llegó a una de las partes más altas; allí, sin pensarlo y de un momento a otro, se convirtió en el más refulgente de los astros: el sol.

Instantáneamente la luz llegó a la tierra y ante los ojos humanos apareció toda la hermosura que nos rodea; las matas florecieron agradecidas y hubo muchos frutos; los pájaros cantaron alegres y volaron satisfechos; el paisaje no cesó de mostrarse esplendoroso y... luz, más luz, apareció por todas partes.

Empero, al cacique de Iraca se le veía todavía insatisfecho: estaba contento cuando llegaba la tarde y sabía que a continuación vendría un período de oscuridad, tal como antes oculta; era la noche y esto lo acongojaba; resolvió entonces ir a buscar la luz para este lapso y, siguiendo el mismo camino por donde había partido el cacique de Ramiriquí, recorrió distancias en forma vertiginosa; de repente, alto, muy alto, pero menos de donde su amigo había llegado, se convirtió en otro objeto luminoso, aunque de menor intensidad que el sol: era la luna.

Así se disiparon las tinieblas en la tierra: un sol arrogante y esplendoroso para el día y una luna delicada y tenue para la noche.²

² Imagen: "Tairona pendant", de Jastrow, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

WF-03. ¡VETE A DORMIR, GECO!³

Isla de Bali - Indonesia (MacDonald, 2006)

"En la vida a menudo se producen conflictos entre valores importantes que implica tener que tomar decisiones difíciles; sin embargo, se debe buscar la manera de armonizar la diversidad con la unidad, el ejercicio de la libertad con el bien común, los objetivos a corto plazo con las metas a largo plazo."

Un día, un geco fue hasta el jefe de la aldea con una queja.

—¡Oh, señor! ¿Puede usted ayudarme? ¿Haría el favor de hablar con la luciérnaga? Me tiene toda la noche despierto encendiendo y apagando su luz en mis ojos.

Y el jefe de la aldea, a quien le gustaba parecer importante, dijo:

—Veré lo que puedo hacer. Vuelve dentro de una semana y te daré una respuesta.

El jefe de la aldea llamó a la luciérnaga y le preguntó amablemente:

—Dime, ¿por qué tienes que molestar a la gente encendiendo y apagando tu luz?

Y la luciérnaga, que era una chica muy humilde, apagó su antorcha, plegó las alas y dijo:

—¡Oh, poderoso señor! Lo único que hago es transmitir el mensaje. Escuché al pájaro carpintero golpear, tong-tong-tong, en el tronco del árbol, y pensé que debía ser una advertencia *kul-kul* para que la aldea despertara.⁴

Entonces, el jefe de la aldea, ansioso por llegar al fondo del problema, llamó al pájaro carpintero.

—¿Qué es lo que pretendes, causando todo este alboroto?

Pero el pájaro carpintero, hinchando sus plumas, respondió:

—Venerable, yo escuché a la rana en los arrozales diciendo «kwak... kwak... k...wa... k...» y me dije a mí mismo, «¡Debe de ser que va a haber un terremoto!», de modo que transmití el aviso.

³ Existen muchas versiones de este relato, y en cada versión el jefe de la aldea es el elefante, el león o el tigre. La traducción que figura aquí no es en realidad la de MacDonald (2006), sino una versión de una página web de Bali que, posteriormente, desapareció: <http://blog.baliwww.com/tale/967>.

⁴ El kul-kul es un tambor especial de la Isla de Bali, hecho de madera, que se utiliza como medio de comunicación.

Entonces, el jefe de la aldea, que empezaba ya a estar un poco harto del asunto, llamó a la rana. La rana llegó saltando, le hizo una reverencia al jefe de la aldea y dijo:

—Sé por qué me has enviado a llamar. Yo sólo intentaba detener al gran escarabajo negro, que estaba llevando montones de porquería por el camino. ¡Y debo decir que eso no es nada higiénico!

—¡Oh! —exclamó el jefe de la aldea, haciendo explotar una pompa de nuez de betel en la boca— Espera hasta que hable con el gran escarabajo negro.

Cuando el escarabajo entró en la oficina del jefe de la aldea se le veía muy enfadado.

—Jefe de la aldea —dijo limpiándose las antenas humildemente en la moqueta—, es obvio que no puedo complacer a todo el mundo. ¿Acaso crees que me resulta agradable empujar porquería de aquí para allá? ¡Nada más lejos de la realidad! Pero alguien tiene que limpiar lo que el búfalo acuático va soltando en mitad del camino.

—¿Entonces es eso? —rugió el jefe de la aldea, al que ya se le había acabado la paciencia— ¡Traed al búfalo acuático!

Cuando llegó el búfalo acuático parecía haber enloquecido de cólera.

—¿De modo que es así como se me agradece que rellene los baches y los agujeros del camino? —resopló— Hacedlo vosotros la próxima vez que la lluvia saque alguna piedra del pavimento.

Evidentemente, el jefe de la aldea tuvo que hablar con la lluvia, pero la lluvia se molestó tanto que le arrojó granizo a la cabeza.

—¡Muy bonito! —tronó la lluvia— Durante semanas, el geco ha estado haciendo ofrendas a los dioses para que enviaran lluvia... ¡porque sin lluvia no hay mosquitos, y sin mosquitos el geco pasa hambre! Hablad con el geco y dejadme en paz.

Y la lluvia se fue en medio de relámpagos y rayos.

Cuando el geco volvió a la aldea, el jefe le miró severamente y le dijo:

—Ve y vive en paz con tus vecinos, pues cada uno de nosotros tiene sus propios problemas.

WF-04. ¿QUIÉN HABLA POR EL LOBO?⁵

Oneida, Iroqués - Grandes Lagos (Underwood, 1983)

Casi al filo del círculo de luz que proyectaba el Fuego Central estaba el Lobo. Sus ojos reflejaban el resplandor del fuego con una fría luz. El Lobo estaba allí, mirando fijamente al fuego.

Un niño de ocho inviernos observaba al Lobo. Lo observaba tan inmóvil como el mismo Lobo, fascinado. Finalmente, el muchacho se volvió hacia su Abuelo, que calentaba sus viejos huesos junto al fuego, para aliviar los primeros fríos del invierno.

—¿Por qué el Lobo está allí quieto mirando al fuego?

—¿Por qué miras tú el fuego? —respondió el Abuelo.

El pequeño se acordó entonces de se había sentado allí cuando encendieron la hoguera y que, desde el primer momento, había estado contemplando las llamas... hasta que apareció el Lobo. Ahora, sin embargo, miraba al Lobo. Lo miraba porque era muy diferente de él y, sin embargo, también miraba al fuego; y no parecía tener miedo. Y era eso lo que el muchacho no comprendía.



Más allá del Lobo había una colina, lo suficientemente cerca del Fuego Central como para que el muchacho se sorprendiera al ver la tenue silueta del rostro de una Loba. Pero la Loba no miraba al fuego, miraba a la luna.

Loba-que-Mira-la-Luna se puso a cantar su canción, y de inmediato se le unieron otros lobos, hasta que, finalmente, Lobo-que-Mira-el-Fuego se puso a cantar también su canción. Los lobos cantaban a la Luna, y se cantaban unos a otros, y cantaban también para quien pudiera escucharles. En su canto, decían que la Tierra era un buen sitio donde vivir,

⁵ Sin duda, éste es el mejor relato de toda la colección, en todos los sentidos. Una obra maestra de los relatos tradicionales.

hablaban de la inmensa belleza que nos rodea, y de cómo, a veces, esa belleza se nos hace presente con más facilidad en la Luna y el Fuego.

El muchacho escuchó y... y pensó que no quería hacer ninguna otra cosa en su vida salvo escuchar cantar al Lobo.

Al cabo de una larga y particularmente bella canción, Loba-que-Mira-la-Luna se calló, y sus hermanos y hermanas se unieron a ella en el silencio de una en una, hasta que la más distante, gritando «¡Estoy aquí! ¡No os olvidéis de mí!», dejó su espacio a la noche y se puso a observar, y a esperar. Lobo-que-Mira-el-Fuego se dio la vuelta y abandonó el claro, reuniéndose con sus hermanas y hermanos cerca de la colina.

—Pero, sigo sin comprender —insistió el niño—. ¿Por qué el Lobo mira al fuego? ¿Por qué se siente como en casa, estando tan cerca de nosotros? ¿Y por qué la Loba se puso a cantar en una colina tan cercana a nosotros, que no somos lobos?

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo —respondió el anciano—, y hemos aprendido a vivir juntos.

El chico parecía desconcertado. Atisbaba de algún modo lo que su Abuelo quería decir, pero no alcanzaba a comprenderlo plenamente.

El Abuelo guardó silencio por unos instantes, hasta que dio inicio a las cadencias de un canto; y el muchacho supo entonces, con satisfacción, que pronto lo comprendería todo, que conocería al Lobo mejor que antes, que sabría lo que había ocurrido entre el Lobo y nosotros.

—*HACE MUCHO... HACE MUCHO... HACE MUCHO...* —cantó el Abuelo, adaptando el ritmo al canto del Lobo, como algo adecuado en el bosque— *HACE MUCHO...*

»Nuestro Pueblo creció en número de tal modo que nos quedamos sin espacio. Enviamos a muchos jóvenes de entre nosotros en busca de un lugar nuevo donde el Pueblo pudiera ser-quien-era. Los jóvenes buscaron, y regresaron cada uno de ellos proponiendo un lugar distinto, cada uno de ellos convencido de que su lugar era el mejor.

»Y ASÍ FUE que el Pueblo tenía que tomar una decisión, sobre cuál de aquellos lugares sería el más adecuado.

»AHORA BIEN, EN AQUELLA ÉPOCA, había uno entre el Pueblo que era hermano del Lobo. Él era tan hermano del Lobo que cantaba con ellos sus canciones, y ellos le respondían. Era tan hermano del Lobo que sus cachorros le seguían a veces por el bosque, como si quisieran aprender de él.

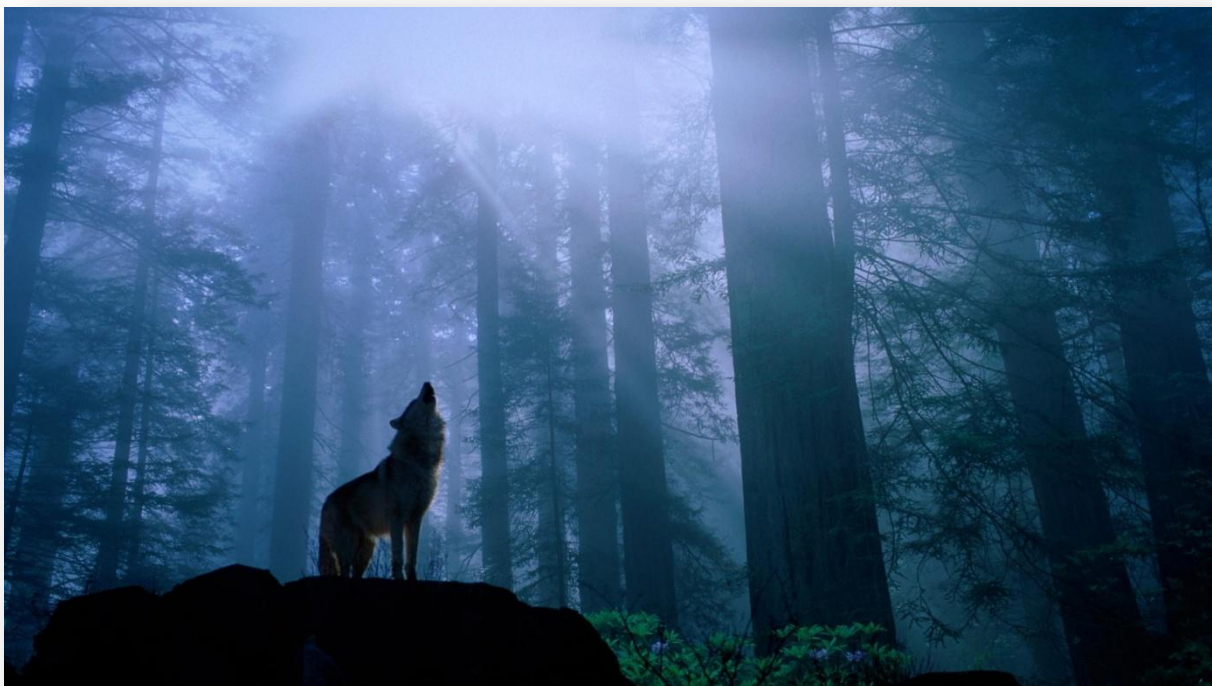
»Y ASÍ FUE, EN AQUELLA ÉPOCA, que el Pueblo le dio a aquél un nombre especial. Le llamaron HERMANO DEL LOBO; y si alguien quería aprender acerca del Lobo, si alguien tenía curiosidad o quería aprender a cantar la canción del Lobo, se sentaba junto a él y le hablaba de su curiosidad, a la espera de una respuesta.»

—¿Es desde entonces que le cantamos al Lobo? —preguntó el muchacho ávidamente— ¿Fue él el que nos enseñó a hacerlo?

De pronto, el niño se tapó la boca con las manos para detener el torrente de palabras. Sabía que había interrumpido el Canto del Abuelo.

El anciano sonrió, y las arrugas de sus ojos hablaron de otros niños y de otros tiempos.

—¡Sí, fue él! —respondió— Desde entonces, muchos entre nuestro Pueblo han gustado de cantar al Lobo y de aprender a comprenderle.



—¿Y, desde entonces, nuestros cazadores aprenden a cantar al Lobo? —preguntó el chico al ver que a su Abuelo no le importaba que le hubiera interrumpido.

—Mucha gente aprende, no sólo los cazadores. Mucha gente aprende, no sólo los hombres —respondió el Abuelo con una expresión severa—. Pues, ¿no fue la Loba la que

comenzó a cantar hace un rato? ¿Hubiera estado bien que sólo los varones de entre nosotros le respondieran?

El muchacho pareció contrariado. Deseaba mucho ser un cazador y aprender la canción del Lobo, pero sabía que las palabras de su Abuelo eran sabias. No sólo los cazadores aprenden la canción de Lobo.

—Pero has hecho que me desviara, y ahora no sé por dónde iba —le dijo el anciano—. Me gustaría terminar primero mi canción.

El chico se hizo para atrás y guardó silencio.

—COMO HE DICHO, el Pueblo buscó un nuevo lugar en el bosque. Escucharon con atención a cada uno de los jóvenes, mientras hablaban de colinas y árboles, de claros en el bosque y aguas caudalosas, de ciervos, ardillas y bayas.

»Escucharon para saber qué lugar podría ser más seco en tiempo de lluvias, qué lugar podría estar más protegido frente a los vientos del invierno, y dónde nuestras Tres Hermanas: el Maíz, las Judías y el Calabacín, encontrarían un lugar de su agrado.

»Escucharon y decidieron. Pero, antes de decidir, escucharon a cada uno de los jóvenes. Antes de decidir, escucharon también a todos y todas entre el Pueblo: al que sabía de las corrientes de agua, a la que sabía de la construcción de cabañas, al que sabía de las tormentas invernales, a la que sabía de las Tres Hermanas... A cada uno y una escucharon, hasta que llegaron a un acuerdo y el más Anciano entre ellos se levantó y dijo: "ASÍ SEA, PUES ASÍ ES".

»"PERO, ESPERAD", advirtió alguien, "¿Dónde está Hermano del Lobo? ¿QUIÉN VA A HABLAR POR EL LOBO?"

»PERO EL PUEBLO HABÍA DECIDIDO, y su decisión era firme. De modo que enviaron primero un grupo para elegir el lugar de la primera Gran Cabaña, para limpiar el terreno para nuestras Tres Hermanas, para dar forma a la tierra para que el agua se desviara de los lugares donde pondríamos nuestras moradas, para que estuviéramos seguros en nuestras casas.

»Y ENTONCES VOLVIÓ HERMANO DEL LOBO. Preguntó por el lugar elegido, y dijo de inmediato que había que elegir otro lugar. "Habéis elegido el centro de una gran comunidad de Lobos". Pero le respondieron que muchos del Pueblo habían partido ya y que no sería sensato cambiar, y que sin duda el Lobo nos dejaría espacio, del mismo modo que, en ocasiones, nosotros habíamos hecho con el Lobo. Pero Hermano del Lobo dijo: "Llegará un momento en que el lugar os parecerá demasiado pequeño para

ambos, y entonces tendremos más trabajo que el que tendríamos que hacer ahora cambiando de lugar".

»PERO EL PUEBLO CERRÓ SUS OÍDOS y no quiso reconsiderarlo. Cuando el nuevo lugar estuvo dispuesto, el Pueblo se levantó a una, tomó todo aquello que consideraba valioso y se encaminó finalmente hacia su nuevo hogar.

»PERO, CONSIDEREMOS LO QUE SE ENCONTRARON: en el nuevo hogar, los veranos eran frescos y estaba protegido en el invierno; había ríos caudalosos y bosques a nuestro alrededor, rebosantes de ciervos y ardillas; e incluso había espacio para nuestras Tres Hermanas queridas.

»Y EL PUEBLO VIO QUE EL LUGAR ERA BUENO, ¡Y NO VIO AL LOBO OBSERVANDO DESDE LAS SOMBRAS!

»PERO, CON EL PASO DE LAS SEMANAS, empezaron a verlo, pues alguien traía una ardilla o un ciervo y lo colgaba de un árbol, e iba en busca de algo donde guardar la carne, para encontrarse a la vuelta con que colgando del árbol ya no había nada, Y EL LOBO MERODEABA POR LOS ALREDEDORES.

»AL PRINCIPIO, nos pareció que aquello era un intercambio adecuado: algo de comida a cambio de un lugar donde vivir.

»PERO pronto se hizo evidente que la cosa iba más allá de eso, pues el Lobo se paseaba a veces entre las cabañas que habíamos construido, y la mujeres empezaron a preocuparse por la seguridad de sus pequeños. Reflexionando sobre esto, idearon un plan para llegar a un acuerdo con el Lobo, por el cual las mujeres se congregarían en un extremo de la aldea y dejaríamos comida para el Lobo y sus hermanos.

»PERO PRONTO SE HIZO EVIDENTE que aquello significaba demasiada comida y, por otra parte, el Lobo se hizo más audaz, pues entraba en la aldea en busca de comida, de tal manera que estábamos peor que antes.

»NO DESEÁBAMOS DOMESTICAR AL LOBO.

»Y, ASÍ, escuchando los lamentos de las mujeres, los hombres idearon un sistema mediante el cual algunos entre ellos estaban siempre alerta para no dejar entrar al Lobo en nuestro territorio.

»Y EL LOBO NO TARDÓ EN VOLVER A SU YO INDOMABLE.

»PERO pronto comprendieron que aquello requería demasiadas fuerzas, y que no quedaban fuerzas para los preparativos invernales, y el Largo Frío parecía ser más largo y más frío con el paso de los días.

»ENTONCES, los hombres se reunieron en consejo para tomar un rumbo diferente.

»VIERON que, ni proporcionando comida al Lobo, ni echándolo fuera, el Pueblo tenía una vida agradable.

»VIERON que el Lobo y el Pueblo no podían vivir juntos confortablemente en tan pequeño espacio.

»VIERON que era posible cazar al Pueblo Lobo hasta que no dejar ni uno.

»PERO VIERON TAMBIÉN que eso hubiera requerido de muchas fuerzas a lo largo de muchos años.

»VIERON, TAMBIÉN, que tal esfuerzo habría transformado al Pueblo, pues se habrían convertido en Asesinos de Lobos. De un Pueblo que tomaba la vida sólo para sustentarse se habría convertido en un Pueblo que tomaba la vida por no desplazarse un poco.

»Y PENSARON QUE NO QUERÍAN TERMINAR CONVIRTIÉNDOSE EN UN PUEBLO ASÍ, y uno de los Ancianos terminó dándole voz a lo que todos pensaban: "Parece que la visión de Hermano del Lobo fue más precisa que la nuestra. Vivir aquí requiere de más trabajo ahora que el que hubiéramos necesitado para elegir otro lugar".»



El Abuelo hizo una pausa, utilizando la rodilla como tambor para mantener el ritmo del canto, y luego continuó.

—ÉSTE SERÍA EL SENCILLO RELATO DE UN PUEBLO QUE DECIDIÓ MUDARSE DE HOGAR TRAS EL INVIERNO,

»SI NO FUERA PORQUE EL PUEBLO APRENDIÓ CON ELLO UNA GRAN LECCIÓN,

»UNA LECCIÓN QUE NO OLVIDARÍAMOS,

»PUES, al terminar el consejo, uno de los Ancianos se levantó y dijo: "Aprendamos de esto para que nuestro Pueblo no tenga que volver a construir un hogar en vano, que no volvamos a pensar que

ahorraremos energía para terminar perdiendo más energía de la que ganamos.

Aprendimos a elegir lugares protegidos de las tormentas para no tener que reconstruir. Aprendimos a elegir lugares en los que no se acumulara el agua para no alimentar enfermedades,

»"¡APRENDAMOS AHORA QUE TENDREMOS QUE TOMAR SIEMPRE EN CONSIDERACIÓN AL LOBO!"

»Y ASÍ FUE cómo el Pueblo ideó una forma para hacerse preguntas entre sí cada vez que hubiera que tomar una decisión sobre un nuevo hogar o un nuevo camino. Tendríamos que percibir el flujo de las fuerzas en cada nueva posibilidad, y discernir con claridad cuánto era suficiente y cuánto era demasiado.

»HASTA QUE, AL FINAL, alguien se levantaría y haría la antiquísima pregunta que nos hiciera recordar aquellas cosas que no veíamos con la suficiente claridad:

»DECIDME HERMANOS, DECIDME HERMANAS, ¿QUIÉN HABLA POR EL LOBO?

Y así terminó el Canto del Abuelo... y la voz de mi padre se apagó.

—¿Aprenderá el chico a cantar con el Lobo? —le pregunté.

—Todos pueden hacerlo —respondió mi padre.

—¿Y el Pueblo recordó siempre la Pregunta del Lobo?

Mi padre sonrió.

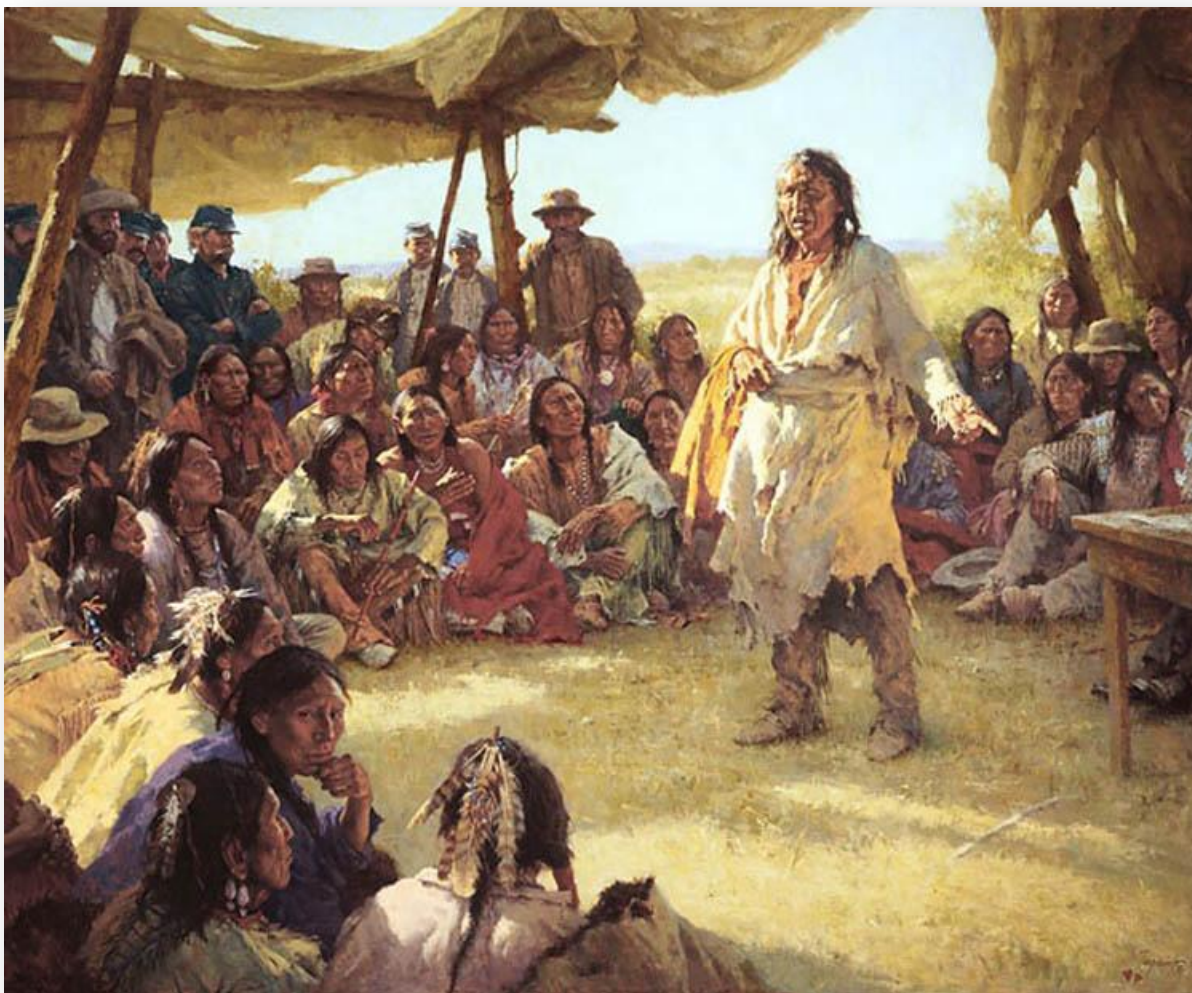
—Lo recordaron durante mucho tiempo... mucho tiempo.

»Cuando llegaron los barcos de madera trayendo un Nuevo Pueblo, les observaron y vieron que lo que nosotros conseguíamos mediante mucha reflexión y tomando en consideración las necesidades de todos, ellos lo conseguían construyendo herramientas y transformando la Tierra; pensando mucho en el invierno, pero poco en el mañana. Nosotros no podíamos enseñarles a hacerse la pregunta del Lobo, pues ellos no entendían que el Lobo fuera su hermano. Sabíamos que a nosotros nos había llevado mucho tiempo hasta que llegamos a escuchar la voz del Lobo, y pensamos que ellos también aprenderían con el tiempo. Y, por eso, cuidamos de ellos... cuando pudimos... y los mantuvimos a raya... cuando debimos hacerlo... y les dimos tiempo para aprender.»

—¿Y aprenderán, padre? ¿Tú crees que aprenderán? —le pregunté.

—A veces, la sabiduría llega sólo después de una gran necesidad. Aún tenemos la esperanza de que aprenderán. No sé si nuestro Pueblo todavía se hace la pregunta del Lobo. Sólo sé que, en el último Gran Consejo, cuando estuvimos debatiendo acerca de los

Pequeños de los barcos de madera, y decidimos que sus costumbres y las nuestras podían coexistir, decidiendo por tanto dejarles vivir... sólo sé que alguien se levantó para recordar a todos que quizás había muchas cosas de los Pálidos que todavía no habíamos descubierto y aprendido.



»Un hombre se levantó y nos recordó lo que sí sabíamos de los Nuevos, que ellos creían que sólo había un camino correcto y que los demás eran todos erróneos. Se preguntó en voz alta si, cuando fueran fuertes, ellos serían tan pacientes con nosotros como nosotros lo habíamos sido con ellos. Se preguntó qué más podría ser cierto para ellos que nosotros aún no hubiéramos visto. Se preguntó de qué modo todas estas cosas, las que habíamos visto y las que aún no habíamos visto, afectarían nuestra vida y la vida de nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Y, entonces, para recordarnos todos los problemas que pueden surgir por la simple omisión de algo que no tuvimos en cuenta, miró fijamente, despacio, a toda la gente en el Círculo del Consejo y formuló la antigua pregunta:

WF-05. EL LORITO VALIENTE - UN CUENTO JATAKA

Budismo indio (Martin, 1999, pp. 93-96)

" Todo individuo, familia, organización y comunidad, tiene un papel vital que cumplir." |

Una vez, hace mucho tiempo, el Buda nació bajo la forma de un pequeño lorito. Un día, una tormenta se desató sobre el bosque en el que vivía. Tronó con intensidad y cayeron muchos rayos, al punto que un árbol muerto, al ser alcanzado por un rayo, se puso a arder. El viento arrastró las chispas y, poco después, todo el bosque estaba en llamas. Los animales, aterrizados, emprendieron la huida en todas direcciones, intentando alejarse de las llamas y el humo.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritaba el lorito— ¡Vayamos al río!

Aleteando con fuerza, se elevó por encima de las llamas y se dirigió hacia el río. Pero, mientras volaba por encima del incendio, vio a multitud de animales atrapados entre las llamas y sin posibilidad alguna de escape.

De repente, tuvo una idea desesperada para intentar salvarles. Se lanzó como una flecha hacia el río, se empapó de agua y volvió rápidamente sobre las llamas.

El calor que se elevaba del bosque era como la exhalación de un horno y el humo, espeso, casi le impedía respirar. Una muralla de llamas se elevó a un lado y luego al otro. Las llamas también crepitaban delante de él. Dando giros y vueltas por el laberinto de llamas, el lorito se adentró entre ellas valientemente hasta que, al final, cuando llegó al centro del bosque, sacudió sus alas y dejó caer las pocas gotas de agua que aún quedaban entre sus plumas. Las minúsculas gotas cayeron como piedras preciosas en el corazón del incendio y se desvanecieron con un «hissssss».

Entonces, el lorito regresó entre las llamas y el humo hasta el río, se empapó nuevamente en el agua fría y regresó a la zona más ardiente del incendio. Una y otra vez, iba al río y regresaba, hasta que comenzó a sentir que las plumas se le chamuscaban, las patas se le abrasaban, le dolían los pulmones, y los ojos, con la picazón del humo, se le ponían rojos como brasas. La cabeza le daba vueltas como las chispas que se elevaban en espiral, pero el lorito no cejaba en su empeño.

⁶ Imágenes en este relato: Wallpapers de lobos, sin licencia, y dos obras de Howard Terpning, "Leader of men" y "Paper that talks two ways", en FirstPeople.com.

En ese momento, algunos *devas* —dioses de un reino feliz— estaban flotando por encima del incendio en sus palacios nubosos de oro y marfil; y, mirando hacia abajo, vieron al lorito volando entre las llamas. Le señalaron con sus perfectas manos y, entre bocado y bocado de manjares bañados en miel, exclamaron divertidos:

—¡Mirad a aquel pájaro loco! ¡Está intentando apagar el incendio con unas cuantas gotas de agua! ¡Qué absurdo!

Pero uno de aquellos dioses se sintió extrañamente conmovido, se transformó en un águila dorada y descendió en busca del valiente pajarillo.

El lorito estaba aproximándose de nuevo a las llamas cuando la gran águila de ojos parecidos a oro fundido se puso a su lado.

—¡Detente, pajarillo! —dijo el águila con un tono solemne y majestuoso— ¡Lo que intentas hacer es imposible! ¡No vas a poder apagar el fuego con unas cuantas gotas de agua! ¡Da la vuelta y sálvate, antes de que sea demasiado tarde!

Pero el lorito siguió volando entre el humo y las llamas. Sin duda, escuchaba a la gran águila volando por encima de él, gritándole:

—¡Detente, loro loco! ¡Sálvate! ¡Sálvate!

—No necesito ningún águila grande y resplandeciente dándome tales consejos —dijo el lorito entre toses—. Mi propia madre me podría haber dicho lo mismo hace mucho tiempo. ¡Consejos! —y volvió a toser— No necesito consejos. Lo único que necesito es un poco de ayuda.

Y el dios que era la gran águila, viendo al lorito volar entre las llamas, pensó de pronto en su privilegiada clase. Les vio de pronto allí arriba, totalmente despreocupados por lo que ocurría abajo, riendo y charlando, mientras muchos animales gritaban desesperados entre las llamas. Y sintió vergüenza.

Entonces, un único deseo emergió de su corazón. Por muy dios que fuera, sólo quería ser como aquel valiente lorito, y ayudar.

—¡Te ayudaré! —gritó el dios.

Y, abrumado por aquellos nuevos sentimientos, se puso a sollozar. Ríos y ríos de lágrimas brillantes se desbordaron por sus ojos. Ola tras ola fueron descendiendo como una refrescante lluvia sobre las llamas, sobre el bosque, sobre los animales y sobre el mismísimo lorito.

Las llamas se apagaron y el humo comenzó a disiparse. Y el lorito, empapado con las lagrimas del dios, ascendió como una exhalación riendo de gozo.

—¡Eso es lo que quería! —exclamó.

Las lágrimas del águila cayeron al suelo desde las ramas quemadas de los árboles. El humo se elevó desde la tierra abrasada. Pero, milagrosamente, allí donde relucían aquellas lágrimas una nueva vida comenzaba a brotar: brotes nuevos, tallos y hojas, y hierba verde que emergía entre las aún resplandecientes cenizas.

Y allí donde las lágrimas habían tocado las alas del lorito, plumas nuevas comenzaron a crecer; plumas rojas, verdes, amarillas, ¡todas de brillantes colores! ¡Qué ave más hermosa!

Todos los animales se miraron entre sí sorprendidos. Habían salido todos ilesos del incendio. Ni uno sólo había resultado herido. Y allí arriba, en el cielo, vieron a su valiente amigo, el lorito, haciendo bucles alegremente por el aire. Cuando toda esperanza había desaparecido, él los había salvado a todos.

—¡Hurra! —gritaron— ¡Hurra por el valiente lorito y por la lluvia milagrosa!



WF-06. LA RANA Y LA LANGOSTA

Nativos pueblo - Nuevo México (Hayes, 2009, pp. 97-98)

"Las artes, las ciencias, las religiones, las instituciones educativas, los medios de comunicación, las empresas, las organizaciones no gubernamentales y los gobiernos han sido instados a brindar un liderazgo creativo. La alianza entre gobiernos, sociedad civil y empresas, es esencial para la gobernabilidad efectiva."

Hubo una vez en que no llovió durante todo un año. La hierba se secó y murió, los árboles y los arbustos perdieron las hojas y, en el fondo del cañón, donde solía discurrir un caudaloso

río, no quedaban más que unos cuantos charcos; y, cada día que pasaba, los charcos eran cada vez más pequeños.

En la orilla de uno de aquellos charcos vivía una rana, que veía que su charca se hacía cada día más pequeña y que, si no llovía pronto, no tardaría en secarse... ¡y moriría!

Pero la rana sabía una canción para atraer la lluvia, de modo que se puso a cantar para ver si podía hacer caer algunas gotas. La rana croó:

—CRRRO LLUEVA, CRRRO LLUEVA, CRRRO LLUEVA...

Pero su canción no llegaba a escucharse en la cima de la montaña, que es donde vivía el Dios de la Lluvia. El Dios de la Lluvia no podía oír el canto de la rana y, por lo tanto, no enviaba la lluvia.

No muy lejos del charco donde estaba la rana había un arbusto, y en el arbusto había una langosta. La langosta sabía que, si no llovía, no llegaría con vida hasta el final del verano, de modo que, aferrada al arbusto, la langosta zumbaba:

—R-r-r-llueva, r-r-r-llueva...

Pero aquella canción tampoco se podía escuchar en la cima de la montaña.

Cuando la langosta se dio cuenta de que no había nubes en el cielo y que no iba a llover, se puso a llorar:

—Ee-he-he-he-he...

La rana oyó que alguien lloraba, de modo que se acercó allí dando saltos. Miró hacia arriba y croó:

—¿QUÉ PASA-R-R...? ¿QUÉ PASAR-R-R...?

Y la langosta le dijo:

—Si no llueve, ¡voy a morir!

La rana oyó aquello y pensó que lo mismo le iba a ocurrir a ella si no llovía, y se puso a llorar también:

—WAH-WAH-WAH...

Pero, entonces, la langosta tuvo una idea. Pensó que, cuando una persona trabaja sola, no consigue hacer demasiado; pero que, cuando la gente colabora, consiguen sacar adelante mucho más trabajo. De manera que la langosta dijo:

—Rana, quizás deberíamos cantar juntas.

La rana pensó que era una buena idea, de modo que se pusieron a cantar juntas:

—CRRRO LLUEVA... R-r-r-llueva

—CRRRO LLUEVA... R-r-r-llueva

Su canto seguía sin escucharse desde la cima de la montaña, pero sí consiguieron que se escuchara en el siguiente charco del cañón, donde vivía otra rana. Y al otro lado del cañón había más ranas. Oyeron cantar a una rana y pensaron que podrían unirse a ella y cantar todas juntas. Y cantaron:

—CRRRO LLUEVA, CRRRO LLUEVA, CRRRO LLUEVA...

Por otra parte, en los arbustos cercanos, y en los matorros de hierba que aún crecían en las orillas de los charcos, había más langostas, que escucharon la canción y decidieron unirse también:

—R-r-r-llueva, r-r-r-llueva...

Poco después, todas las ranas y todas las langostas cantaban:

—CRRRO LLUEVA... R-r-r-llueva

—CRRRO LLUEVA... R-r-r-llueva

¡Ahora la canción sonaba con fuerza, tan fuerte que se escuchó en la cima de la montaña!

El Dios de la Lluvia oyó la canción y, sin perder un instante, se elevó hasta el centro del cielo y reunió a su alrededor unas nubes negras. Desde montañas distantes hizo soplar un viento frío, y las gotas de lluvia comenzaron a caer, cada vez más fuerza, y más, y más... ¡hasta que se desató una gran tormenta!

El cauce del río se volvió a llenar de agua, en los árboles y los arbustos brotaron hojas nuevas, y toda la tierra volvió a la vida de nuevo. ¡Y todo porque las ranas y las langostas habían trabajado juntas, habían colaborado!

Ésta es la razón por la que, si los campos de una persona están secos y sus plantas están muriendo, esa persona no va ella sola a cantar para llamar a la lluvia, sino que todo el pueblo se congrega, danzan con el corazón y cantan con una sola voz. Y por eso consiguen atraer siempre la lluvia.

WF-07. LA LEYENDA DE LOS GUERREROS DEL ARCO IRIS

Cree - Grandes Lagos, Canadá (Fuller-Anderson, 2011)

"Que el nuestro sea un tiempo que se recuerde por el despertar de una nueva reverencia ante la vida, por la firme resolución de alcanzar la sostenibilidad, por el aceleramiento en la lucha por la justicia y la paz..."

Hubo una vez una anciana de la tribu cree llamada Ojos de Fuego, que dijo que un día, debido a la codicia de los hombres blancos o Yo-ne-gis, llegaría un tiempo en los peces morirían en los ríos, los pájaros caerían del cielo, las aguas se ennegrecerían y los árboles dejarían de existir, y que la humanidad, tal como la conocemos, se vería abocada a la destrucción.

Dijo que llegaría un tiempo en que «los custodios de las leyendas, las historias, los rituales y los mitos, y de todas las costumbres tribales antiguas» serían necesarios para devolver la salud a la Tierra. Estas personas serían la clave de la humanidad para la supervivencia; estas personas serían «los Guerreros del Arco Iris».



Dijo que llegaría un día de despertar en que personas de todas las tribus crearían un nuevo mundo de justicia, paz y libertad en el que se reconocería de nuevo al Gran Espíritu.

Dijo que los Guerreros del Arco Iris difundirían estos mensajes y enseñarían a todos los pueblos de la Tierra o Elohi; que les enseñarían a vivir en el «Camino del Gran Espíritu»; que les dirían que la Tierra está «enferma» debido a que el mundo había dado la espalda al Gran Espíritu.

Dijo que los Guerreros del Arco Iris mostrarían a los pueblos que este «Ser Antiguo» (el Gran Espíritu) es amor y comprensión, y les enseñarían a devolver la belleza a la Tierra o Elohi. Estos guerreros le darían a la gente los principios o reglas a seguir para enderezar su sendero en el mundo, y que esos principios serían los de las Tribus Antiguas. Los Guerreros del Arco Iris enseñarían a la gente las antiguas prácticas de la Unidad, el Amor y la Comprensión, y que enseñarían la Armonía entre los pueblos de los cuatro rincones de la Tierra.

Como las tribus antiguas, enseñarían a los pueblos a orar al Gran Espíritu con el amor, un amor que fluye como los ríos en las montañas para recorrer el sendero hasta el océano de la vida. Las personas volverían a sentir la alegría, tanto en soledad como reunidas; se liberarían de mezquinas envidias y amarían a toda la humanidad como hermanos y hermanas, sin tener en cuenta su color, su raza o sus creencias. Sentirían entrar la felicidad en su corazón, y se convertirían en uno con toda la raza humana. Sus corazones serían puros e irradiarían cariño, comprensión y respeto por toda la humanidad, la naturaleza y el Gran Espíritu. Sus mentes, corazones, almas y acciones estarían guiadas de nuevo por los más puros pensamientos, y buscarían la belleza del Dador de la Vida, ¡el Gran Espíritu! Encontrarían la fortaleza y la belleza en la oración y en las soledades de la vida.

Dijo que sus hijos e hijas volverían a correr en libertad y a disfrutar de los tesoros de la Madre Tierra. Libres del miedo a los venenos y la destrucción traída por los Yo-ne-gi y su codicia. Los ríos volverían a correr limpios, los bosques volverían a ser hermosos y abundantes, los animales y los pájaros recobrarían la vida. Se respetarían de nuevo los poderes de las plantas y los animales, y conservar todo cuanto es bello se convertiría en una forma de vida.

Los pobres, los enfermos y los necesitados recibirían los cuidados de sus hermanos y hermanas de la Tierra, y estas costumbres se convertirían de nuevo en parte de su vida cotidiana. Los jefes de los pueblos se elegirían según la antigua costumbre; no por sus ideas políticas o por hablar más fuerte, alardear más, insultar más o arrojar más lodo, sino por sus acciones, por aquellas acciones que más claro hablaran de ellos. Aquéllos que demostraran su amor, su sabiduría y su coraje, y aquéllos que demostraran que trabajan por el bien de todos, serían elegidos como jefes. Serían elegidos por su «calidad», y no por las riquezas que tuvieran. Al igual que los reflexivos y devotos «Jefes Antiguos», comprenderían a sus pueblos desde el amor, y velarían para que sus niños, niñas y jóvenes fueran educados con el amor y la sabiduría del entorno. Les mostrarían que los milagros son posibles cuando se pretende sanar al mundo de sus enfermedades, devolviéndole la salud y la belleza.

Ojos de Fuego dijo que los trabajos de estos Guerreros del Arco Iris serían muchos y de gran envergadura, que se enfrentarían a terribles montañas de ignorancia, y que se enfrentarían al odio y los prejuicios. Dijo que tendrían que ser persistentes, inquebrantables en su fortaleza y puros de corazón, y que encontrarían mentes y corazones dispuestos a seguirles en el camino por devolver a la Madre Tierra la belleza y la abundancia que una vez tuvo.

Llegará el día, y no está lejos, en que veremos que debemos la existencia al pueblo de todas las tribus, a los Guerreros del Arco Iris, que han mantenido su cultura y su legado. Aquellos que han mantenido vivos los rituales, las historias, leyendas y mitos. Será con este conocimiento, el conocimiento que ellos habrán preservado, como recobramos de nuevo la armonía con la naturaleza, con la Madre Tierra y la humanidad. Será con este conocimiento como encontraremos la «clave de nuestra supervivencia».

Ésta es la historia de los Guerreros del Arco Iris, y ése es el motivo por el cual protejo la cultura, el legado y los conocimientos de mis antepasados. Sé que el día del que hablaba Ojos de Fuego llegará; y, cuando llegue, quiero que mis hijos e hijas, nietos y nietas, estén preparadas para aceptar este compromiso: el compromiso de formar parte de los Guerreros del Arco Iris.⁷

FW-08. EL GUERRERO DE SHAMBHALA

Budismo tibetano (Choegyal Rinpoche, 2012)

Una historia sumamente inspiradora, tanto para Joanna Macy como Chris Johnstone, es esta profecía con mil doscientos años de antigüedad procedente de la tradición budista tibetana. Los héroes y heroínas de esta historia reciben el nombre de guerreros de Shambhala. Joanna y Chris explican que el término de guerrero de Shambhala es una metáfora de la figura budista del bodhisattva, de aquél que comprende en profundidad el núcleo de las enseñanzas del Señor Buda. Esa doctrina central estriba en la interdependencia radical de todo cuanto existe. Cuando se asume en profundidad, esta certeza lleva al reconocimiento de que, si una persona dispone de la capacidad para convertirse en un bodhisattva, todas las demás personas también disponen de ella.

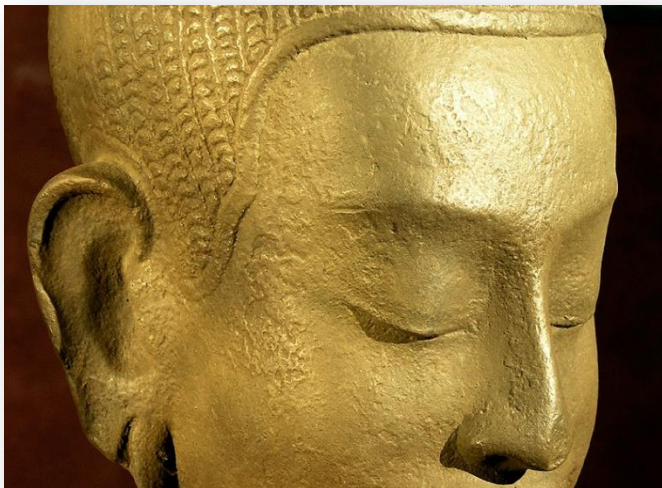
He aquí una versión concreta de la profecía, tal como se la transmitió a Joanna Macy su querido amigo y maestro Dugu Choegyal Rinpoché, de la comunidad de Tashi Jong, en el noroeste de la India. Léala como si fuera dirigida a usted.

⁷ Imagen en este relato: "Telling of the legends", cuadro de Howard Terpning, en FirstPeople.com.

Llegará un tiempo en que toda la vida en la Tierra se hallará en peligro, un tiempo en que se habrán levantado grandes poderes, poderes bárbaros. Y, aunque derrocharán sus riquezas en preparativos para aniquilarse unos a otros, tendrán mucho en común. Entre las cosas que tendrán en común habrá armas de un poder destructivo inconmensurable, y tecnologías que podrían asolar el mundo. Será en ese momento de la historia, cuando el futuro de todos los seres parezca que pende del más frágil de los hilos, cuando emergerá el reino de Shambhala.

A Shambhala no puedes ir, porque no es un lugar. Existe en el corazón y en la mente de los guerreros de Shambhala. No puedes saber si alguien es un guerrero o una guerrera de Shambhala con solo mirarlo o mirarla, porque estos guerreros no llevan uniformes ni insignias. No tienen estandartes que permitan identificar en qué bando están, ni barricadas sobre las cuales amenazar al enemigo o tras las cuales descansar y reagruparse. Ni siquiera tienen un territorio propio. Los guerreros de Shambhala sólo tienen el territorio de los poderes bárbaros, sobre el cual se mueven y actúan.

Está llegando el momento en que se precisará de los guerreros de Shambhala que exhiban un gran valor, tanto moral como físico; y esto porque van a ir directo al corazón de los poderes bárbaros para dismantelar sus armas. Van a ir a los fosos y las ciudadelas donde se montan y se despliegan sus armas, van a ir a los corredores del poder donde se toman las decisiones. De este modo, trabajarán para dismantelar las armas, en todos los sentidos de la palabra.



Los guerreros de Shambhala saben que estas armas se pueden dismantelar porque son *manomaya*, que significa «hechas por la mente». Están hechas por la mente humana y, por tanto, la mente humana puede dismantelarlas. Los peligros a los que nos enfrentamos no los trae ninguna deidad satánica ni fuerza maligna extraterrestre alguna, ni tampoco son el resultado de un destino preestablecido e inalterable.

Más bien, estos peligros surgen de nuestras relaciones y hábitos, de nuestras prioridades.

Así pues, dijo Choegyal, ha llegado el momento de que los guerreros de Shambhala comiencen a entrenarse. «¿Cómo se entrenan?», preguntó Joanna. Se entrenan en el uso de dos instrumentos, dijo Choegyal. En realidad, él utilizó el término «armas». «¿Y cuáles son?», preguntó Joanna, y él levantó las manos del mismo modo que hacen los danzantes

para sostener los objetos rituales en las danzas del gran lama del Tíbet. «Uno —dijo— es la compasión. El otro es la idea de la interdependencia radical de todos los fenómenos».

Se necesitan ambos instrumentos. Necesitas la compasión porque te proporciona el combustible para que vayas adonde tienes que estar y hagas lo que tienes que hacer. Eso significa no tener miedo del sufrimiento de tu mundo; pues, cuando no tienes miedo del dolor del mundo, nada puede detenerte.

Pero ese instrumento, por sí solo, es muy caliente; te puede quemar. Por eso necesitas otra herramienta, la idea de la interconexión radical de todo cuanto existe. Cuando dispones de ella, entonces sabes que ésta no es una batalla entre buenos y malos. Sabes que la línea entre el bien y el mal cruza el paisaje de cada corazón humano. Y sabes que estamos todos entretejidos en la trama de la vida hasta tal punto que hasta nuestras acciones más pequeñas tienen repercusiones que se difunden como ondas a través de toda la trama, hasta mucho más allá de lo que podamos ver. Pero eso es un poco frío, dijo, incluso un poco abstracto; por eso necesitas el calor de la compasión.⁸

Fuente escriturística: El Kalachakra Tantra, siglo VIII e.c.

Este capítulo es una adaptación de Active Hope: How to Face the Mess We're in Without Going Crazy, de Joanna Macy y Chris Johnstone, New World Library, 2012.

WF-09. UNA FRESA DELICIOSA

Budismo zen (Livo, 2003, p. 29)

"...y por la alegre celebración de la vida." |

Un bendito día en una selva asiática, un joven feliz recorría un sendero de monos, interpretando una melodía romántica con su harpa de boca. Mientras tocaba, pensaba en la dama de sus devociones, anticipando ya el momento en que pudiera interpretar aquella melodía ante ella.

Con la atención concentrada en su futuro gozo, no escuchó los suaves pasos acolchados que se acercaban por su espalda. Cuando volvió la cabeza para ver quién andaba ahí, se encontró con un tigre agazapado y en posición de acecho. El tigre ya babeaba mientras observaba su próximo bocado: ¡el joven músico!

⁸ Imagen en este relato: "Buddha", fotografía de Eric Pouhier, licencia CC BY-SA, en Wikimedia Commons.

Instintivamente, el joven se dio la vuelta y echó a correr por la selva siguiendo el sendero de monos, mientras escuchaba el «¡plompf! ¡plompf!» de las patas del tigre tras él. Súbitamente, el sendero se interrumpió al filo de un abrupto barranco, cubierto por árboles y lianas a través de las cuales los monos, probablemente, lo cruzaban. Miró hacia abajo y vio muchas rocas, así como otro tigre acercándose y mirando hacia arriba, como esperándole. Pero el tigre que venía por detrás le tenía ya a su alcance, de modo que el joven saltó al vacío y comenzó a caer.

Mientras caía, se agarró a un arbusto que crecía de la pared del barranco. Consiguió aferrarse a él y se balanceó en el aire; pero, por fortuna, las raíces del arbusto eran profundas.

Allí estaba él, colgando entre dos tigres frustrados y hambrientos. De pronto, se fijó en el arbusto y las ramas a las que se había aferrado; y, allí, ante su atónita mirada, vio una planta de fresas con una única fresa madura.

Soltó con mucho cuidado una de sus manos, arrancó la fresa y se la llevó a la boca.



¡Y, aaaah, era la fresa más deliciosa que había probado en toda su vida!



Anexo 7

Las confesiones de Parzival

Adaptación de Grian A. Cutanda sobre el mito del Grial

Dedicado a Harold Sammuli, mi querido Gurnemanz,
que me mostró los imaginales senderos del Grial.

Cielo y Tierra están relacionados. Materia y espíritu son las dos caras de una misma moneda. No se puede separar una del otro. Del mismo modo, no se pueden separar los asuntos humanos, sea cual sea su condición, de los asuntos divinos, y ni unos ni otros pueden separarse de los asuntos de la Naturaleza. Todos forman parte de una única realidad con miles de caras interconectadas mutuamente como las facetas de una piedra preciosa, reflejándose unas a otras en su interior hasta el infinito. Como la esmeralda que cayó de la frente de Lucifer, el que fuera Portador de la Luz, en el combate cósmico en el que fue desterrado a causa de su soberbia.

Dicen que esa enorme esmeralda caída del cielo es el Grial, aunque otros dicen que lo que cayó del cielo convirtiéndose en el sagrado objeto fue una piedra negra y no una esmeralda, o bien una esmeralda que se ennegreció con la caída. Otros dicen que el Grial es un vaso de cornalina, una copa de ónice, un cuenco de madera, una bandeja de plata, un caldero de bronce, un cuerno de la abundancia, o un cáliz de plata con un sol radiante emergiendo de él. Mas, si queréis creerme, debo decir que el Grial adopta todas esas formas y muchas, muchísimas más. Y os invito a creerlo porque yo he sido su indigno custodio durante tanto tiempo que los años se confunden con los siglos.

Si estáis dispuesto o dispuesta a escucharme, ésta es mi historia.

EL NOBLE SALVAJE

Me crié con la única compañía de mi madre en la soledad de los bosques de Soltane, apartado del mundo, según sabría después, por causa de los temores de mi madre. Aquella existencia inconexa de toda influencia social me daría ocasión para desarrollar una extraña sensibilidad por el mundo natural. Recuerdo quedarme extasiado escuchando el canto de los pájaros, y regresar luego a casa entre lágrimas, sin saber explicar el motivo de mi llanto ante los sublimes sentimientos de mi corazón. Eso no impidió que, enseñándome mi madre a construirme un arco y unas flechas, diera muerte un día a una de aquellas aves. ¡Cuánto lloré y cuánto me mesé los cabellos después, cuando tuve el cadáver del pajarillo entre mis manos y comprendí que la muerte no tenía vuelta atrás!

En una de aquellas ocasiones de éxtasis con el canto de las aves mi madre me hablaría de Dios. Me dijo que Dios era luz y, que en cierta ocasión, se había convertido en un hombre; me dijo que hablara con él en mi corazón cuando estuviera en apuros, que él siempre me ayudaría; y me advirtió también contra los ardides del negro y maléfico señor de las tinieblas. Aquellas palabras adquirirían grande importancia en los acontecimientos que se desarrollarían posteriormente en mi vida.

Sin embargo, la vida natural alimenta extrañas contradicciones en el alma, y mi querencia y sensibilidad con las aves no llegó a trasladarse entonces a otros seres vivos. En mis años de adolescencia, tras aprender a lanzar el venablo, una de mis diversiones consistió en acechar y cazar ciervos. Extrañamente, con ellos no sentía resquemor alguno al arrebatárles la vida, una contradicción de mi pecho que entonces no acertaba a discernir, aunque ahora sería incapaz de dar muerte adrede siquiera a una mosca.

Precisamente fue un día en que había salido a cazar algún ciervo cuando sucedió algo que cambiaría el rumbo de mi vida, cuando me topé en el camino con tres hermosos caballeros que parecían cabalgar con cierta presteza. Claro está que nunca antes había visto a un caballero ni nada que se le pareciera, y el fulgor y luminosidad de sus armaduras me hizo creer que me hallaba ante tres dioses. De hecho, incluso me llegué a postrar ante ellos. Mas de inmediato llegó un cuarto caballero que me sacó de mi error y me habló de la institución de la caballería. Le pregunté cómo se hacía un caballero, y él me contestó que era el rey Arturo quien les había nombrado como tales a todos ellos. «Doncel, tenéis semblante de proceder de caballeros —me dijo—. Si el rey Arturo os da el espaldarazo, nunca os arrepentiréis de ello.»

Ahora soy consciente del doloroso disgusto que le proporcioné a mi madre cuando volví a casa diciéndole que quería ir a la corte del rey Arturo para ser nombrado caballero. La buena mujer, viendo que no podía vencer mi obstinación, y amándome tiernamente

como me amaba, finalmente concedió en dejarme partir, si bien intentó un último ardid por ver si me tenía de vuelta en pocos días. No sabiendo yo nada de los usos y costumbres del mundo, pensó que, dándome el peor de sus rocines y vistiéndome como un bufón, las burlas me obligarían a regresar a no mucho tardar.

Antes de partir, me dio sus últimos consejos.

«Si no cabalgas por caminos, evita en todo momento los vados oscuros; y busca siempre cruzar por donde el agua sea más clara y menos profunda. Saluda a todo hijo de Dios con quien te cruces y, si encuentras a algún hombre de cabello cano y buenos modales, pídele consejo y obedece sus indicaciones. Y, a la postre, si una noble dama te concede su saludo, o incluso su anillo, acéptalos, y no te demores en besarla y abrazarla, pues una mujer así, tanto más si es hermosa, te proporcionará gran contento al corazón.»

Así pues, partí sin mirar atrás, con los ojos sólo puestos en el sueño al que me encaminaba, sin ser consciente de las zarzas que iba a sembrar en mi sendero. Cuando uno es joven e inexperto comete muchas necedades, pero en mi caso la necedad llegó hasta el extremo, debido a mi desconocimiento en las costumbres del mundo.

Me sumergí en el bosque de Briziljan y, tras vadear un río siguiendo los consejos de mi madre, me encontré con una tienda de terciopelo de gran riqueza. En ella hallé dormida a una dama extraordinariamente bella, y mis ojos se detuvieron en un hermoso anillo que adornaba sus blancos dedos. Recordando las palabras de mi madre, no sólo cometí la necedad de arrebatarle el anillo, sino que, al despertar la dama y forcejear conmigo sintiéndose deshonrada, aumenté mis agravios robándole un beso. Me amenazó con la cólera de su marido cuando se enterara, el duque Orilus de Lalande, pero hice caso omiso a la advertencia y, tras saciar mi hambre con una perdiz y un poco de pan y vino de mi forzada anfitriona, partí de allí sin ser consciente del mal y lo sinsabores que atrás dejaba.

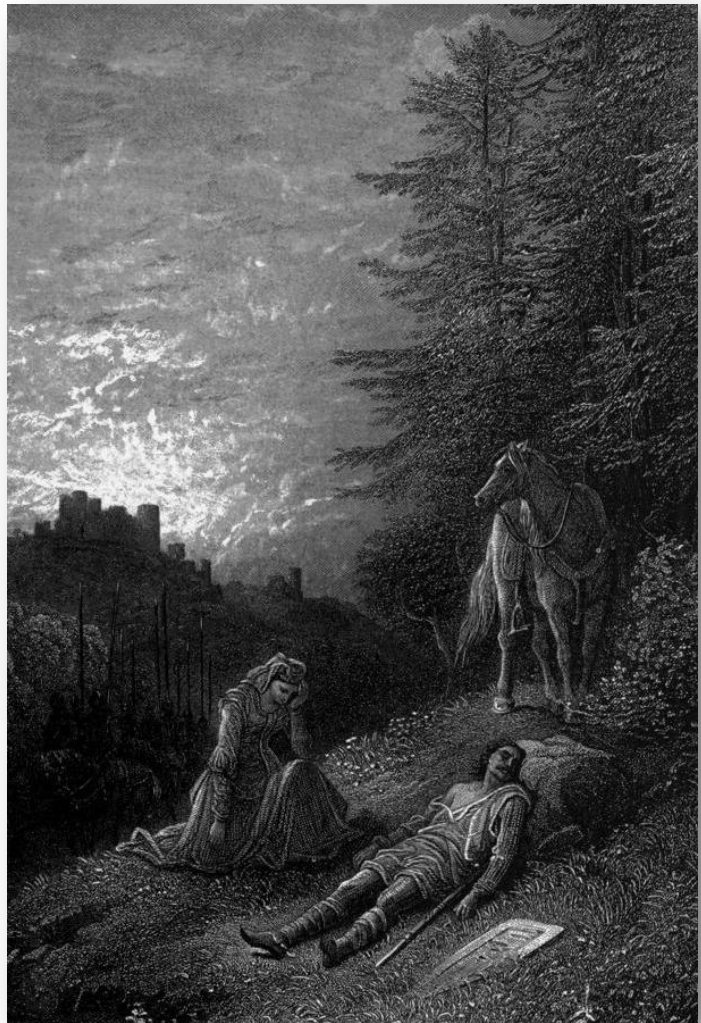
Poco después, mientras descendía por una ladera, al borde de una peña, escuché el llanto y los gritos de dolor de una mujer. Me dirigí presto al lugar de donde procedían los gritos, para encontrarme con una dama de largas trenzas castañas, que acunaba en su regazo el cadáver, ya tibio, de un caballero. La dama, cuyo nombre era Sigune, me contó que su caballero había muerto en una justa con el tal Orilus de Lalande. Aunque compadeciéndome por el caballero, continué haciéndole preguntas a la dama, hasta que finalmente ella se interesó por mi nombre: «*Bon fils, cher fils, beau fils*», le contesté yo, por ser así como me llamaba mi madre. Entonces ella me reconoció, pues en realidad era mi prima y conocía la historia de nuestra familia.

Sigune me dijo mi verdadero nombre, que hasta entonces yo no había oído. «Tu nombre es Parzival, que significa "justo por en medio", hijo de la reina Herzeloyde de Gales y de Gahmuret de Anjou, rey de Zazamanc. Tras la muerte de tu padre en tierras paganas, defendiendo a su amigo el califa de Bagdad, tu madre te alejó del mundo por miedo a que

fueras caballero, como tu padre, y le rompieras nuevamente el corazón con tu muerte. Pero has de saber que eres, por derecho propio, rey de dos reinos, Gales y Norgales, que Lähelin, hermano de Orilus, te arrebató en tu ausencia.»

Me separé de Sigune prometiéndole que, si algún día estuviera de mi mano, le haría justicia por la muerte de su caballero que, al fin y a la postre, había luchando defendiendo mi reino.

Tras algunas peripecias más que no viene al caso mentar, llegué finalmente a Camelot, sin conocimiento alguno de las normas de comportamiento cortesanias, ataviado como un bufón y con los venablos de mi carcaj como únicas armas. Al paso me salió un caballero ciertamente hermoso, más hermoso aún por su llamativo atuendo, con una bella armadura roja, montado sobre un caballo castellano rojo cubierto con una roja gualdrapa de terciopelo. Posteriormente sabría que era Ither de Gahevies, rey de Cucumberland, que había ido a Camelot a reivindicar su herencia, Britania. Al parecer, recién salía de la Tabla Redonda, tras lanzar su desafío y tomar una copa de oro de la mesa del rey como señal, para que alguno de sus nobles saliera afuera buscarla. El Caballero Rojo me pidió que entrara al castillo y le dijera al rey Arturo que no había huido, sino que estaba esperando a alguno de sus caballeros que estuviera dispuesto para un duelo singular.



No entendiendo aún las normas de la caballería, acepté sin más su encomienda y entré en el castillo. El recado del caballero me abrió las puertas hasta la sala de la Tabla Redonda, donde transmití el mensaje ante el rey, la reina y toda su corte, añadiendo que quería ser nombrado caballero y que, si el rey me lo permitía, yo mismo saldría a defender su honor ante el Caballero Rojo, solicitando se me otorgara su armadura como recompensa.

Finalmente, tras algún tira y afloja entre Arturo y Kay, su senescal, el rey accedió a mi petición no sin cierto resquemor, pues temía por mi vida siendo inexperto, pero también

porque lamentaba el enfrentamiento con el rey de Cucumberland por serle un caballero querido y apreciado.

Cuando salía por la galería acompañado por Iwanet, un paje que amablemente se había ofrecido a acompañarme, acaeció algo que me dolió profundamente y que, sin embargo, no pude enderezar en aquel momento. Había una dama allí, Cunneware de Lalande, que había jurado no reír hasta que no viera al que se convertiría en la flor de la caballería; y, por extraño que pudiera parecer, cuando me vio pasar cabalgando por la galería, la noble dama se echó a reír. Aquello no sentó nada bien al senescal del rey, Sir Kay, que la emprendió a golpes con ella acusándola de haber cometido una estúpida ligereza. ¿Cómo, con tan buenos caballeros como habían pasado por la corte de Arturo, reía ahora y reconocía como flor de la caballería a un zagal vestido de bufón y carente de los modales de un caballero?

Tan ignominioso comportamiento con una dama debió pasar inadvertido para el rey Arturo y muchos de los caballeros de la corte, pero no para mí, que a punto estuve de echar mano a uno de mis venablos para hacerle pagar aquella afrenta a una mujer. Sin embargo, Iwanet, el paje, tiró de mí para que no me metiese en un entuerto que no hubiese sabido cómo tratar.

Cuando salí de nuevo al campo, le dije al rey de Cucumberland que había transmitido su mensaje, que ningún caballero se había ofrecido a pelear con él, pero que el rey me había concedido su caballo y su armadura, con los cuales pretendía armarme caballero. Como es obvio, nada bien se tomó mis palabras el Caballero Rojo, a quien seguidamente exigí me diera la copa de oro arrebatada y que renunciara a su derecho al reino de Arturo. Sintióse ofendido, y con razón, por mis palabras, Sir Ither volvió su lanza y me golpeó con tanta fuerza que mi rocín y yo fuimos a dar con nuestros huesos en el suelo. Pero, no contento con esto, siguió golpeándome en el suelo con el asta de su lanza hasta que, en un arranque de cólera, me levanté, agarré uno de mis venablos y se lo clavé a través de un agujero de la visera del yelmo, dejándolo muerto en el acto.

¡Qué feliz me sentí en aquel momento... y cuánto he lamentado durante toda mi vida lo que hice! Y no me refiero al hecho de haberle dado una muerte ignominiosa. Un caballero no debía ser muerto con un venablo, y menos en manos de alguien que aún no había sido nombrado caballero. Tampoco me refiero al hecho de que Sir Ither fuera un caballero bien nacido, respetado y querido en la corte de Arturo. Todo ello me llevaría a sentirme indigno con el tiempo, cuando comenzara a comprender las normas y las razones del mundo. Sin embargo, lo que nunca pude perdonarme, y aún hoy me sigue lacerando el corazón, es el haber dado muerte a un ser humano. Con los años, terminaría sintiendo que lo que había hecho era la causa de un profundo vacío en mi alma, un vacío que nunca he conseguido llenar con actos de misericordia, con penitencias ni con plegarias de perdón. Una herida anímica que temo que me acompañe eternamente. De hecho, y a pesar de haber combatido en cientos de batallas y miles de justas, nunca más volví a quitar la vida a otro ser humano,

escudándome y justificándome en las normas de la caballería de jamás dar muerte al oponente vencido que solicita merced. A la postre, esto me llevó a esmerar mi código caballeresco y a destacar por encima de todos en las artes del combate, sabiendo que a cualquier oponente le resultaría más fácil y menos deshonesto pedir merced ante un caballero de noble y honorable renombre. Y en los pocos casos en que el caballero vencido se negó a pedirme merced, me negué con todo a darle muerte.

El caso es que, en mi inconsciencia, no sólo di muerte al Caballero Rojo, sino que también me quedé con su magnífico caballo castellano y su armadura, y con todos los aderezos de su indumentaria y de su cabalgadura, siendo a partir de entonces el nuevo Caballero Rojo. Encargué al paje, Iwanet, que le devolviera al rey su copa de oro y que le transmitiera mi vasallaje, y que diera cuenta en la corte que tomaba como propia la dolorosa afrenta de Sir Kay a la dama Cunneware, y que daría merecida respuesta a ella llegado el momento. Y así partí de Camelot en busca de aventuras.

Para mi fortuna, aquel mismo día, hacia el atardecer, me encontré con el príncipe Gurnemanz de Graharz, que parecía hallarse ocioso y descansando bajo un tilo a la puerta de su castillo. Este noble y anciano caballero, viendo que llegaba herido de mi enfrentamiento con el noble Ither, y viendo mi poca destreza en el porte del escudo y mis modales, se ofreció para curarme, y luego instruirme en la verdadera educación cortesana y en las reglas y el arte de la caballería. Y yo, viendo que se trataba de un hombre de cabello cano y buenos modales, acepté su oferta, tal como me había instruido mi madre.

Durante muchos días, Gurnemanz me acogió en su morada como a un hijo. Tras informarle de todo cuanto sabía de mí, así como de mis peripecias tras la partida de la casa de mi madre, el honorable anciano se convertiría en mi mentor y maestro, instruyéndome en el manejo del caballo en el combate, en el uso de la lanza, el escudo y la espada, en las normas que debía cumplir todo buen caballero y en los comportamientos que se esperaban de él en su mundo; poniendo además a mi servicio a sus valientes caballeros, con los cuales pude entrenar mis nuevas destrezas y fortalecer mis brazos hasta confirmar mi pericia en la batalla.

Pero debo decir, a fuer de ser sincero, que el mayor tesoro que me dio mi noble mentor fue el de sus enseñanzas para el alma. Un día, tras una pródiga cena con exquisitos manjares y aderezada con un buen vino, mi generoso maestro me diría:

«Parzival, tenéis la nobleza de alma y las cualidades necesarias para convertirnos en rey. Pero, si algún día se pusiera ese escabel bajo vuestros pies, no olvidéis apiadaros de los pobres y los desheredados. Impartid justicia con ellos y no permitáis que los poderosos abusen de su condición. De nada os servirán a vos vuestras riquezas, y en modo alguno acrecentarán vuestra honra, si no las ponéis al servicio de los que menos tienen. Y tened en cuenta que vale más un rey bien querido por su pueblo que un emperador que tiene que ir escoltado por los poderosos.

»Sed siempre humilde y compasivo, incluso con las bestias bajo vuestro cuidado y con las criaturas de los campos y los bosques. No olvidéis que, si no tenéis el poder de devolver la vida, tampoco se os ha dado el privilegio de arrebatársela. Esto, aplicado a la caballería y al ejercicio de las armas, significa que vuestro trabajo estriba en sembrar la paz e intentar por todos los medios evitar el combate sangriento. De caballeros es poner a prueba las fuerzas y las destrezas, incluso a costa de cardenales, rasguños y huesos rotos. Pero evitad en lo posible el derramamiento de sangre, pues la sangre es una esencia preciosa y sagrada, sede de la fuerza vital, y la vida es un don que sólo Dios tiene potestad de dar o quitar. Seguid mi consejo y no erraréis.

»Obrad siempre con mesura y dadle la importancia que tiene a la justa medida en todos los asuntos humanos. Con esto quiero decir que dejéis de ser tan tosco y burdo, que



no hagáis más preguntas de las que puedan incomodar a vuestros anfitriones o huéspedes, y que tratéis con delicadeza a quienes os rodean, sobre todo a las mujeres, que son el mayor regalo que nos dio la vida, que alumbran nuestros días con su ingenio y su belleza, y que nos indican el sendero del buen trato entre los humanos con su cuidado. Ellas deberán ser vuestro norte y guía, vuestra inspiración en la justicia, y el poder que animará vuestros brazos en los momentos de debilidad. No dejéis jamás que ningún hombre abuse de las mujeres ni se tenga por superior a ellas, pues en verdad que, si alguien supera con creces a alguien, es la mujer al hombre. No las traicionéis jamás y, si alguna os concede su favor, tratadla con la más exquisita delicadeza, como rozaríais los pétalos de una rosa. Así evidenciaréis vuestra hombría y no os cubriréis de deshonra.

»Y cuando una dama os conceda ser su caballero, recordad que hombre y mujer se convierten a través del amor en un único ser. Todo mal que le hagáis a ella os lo estaréis haciendo a vos mismo, y toda deshonra que hagáis caer sobre ella caerá sobre vuestra propia cabeza. El amor es la fragancia y el recuerdo del Paraíso; puede llevaros fácilmente hasta el éxtasis, pero exige de vos fidelidad y lealtad. Recordad: vos y vuestra mujer seréis

las dos mitades de una misma semilla floreciendo en las praderas de la vida. Tened todo esto bien presente.»

Desde aquella noche intenté seguir fielmente todos los consejos de mi mentor, si bien algunos de ellos interpretaría yo erróneamente, llevándome no mucho después a cometer una grave omisión por la cual un rey sagrado y toda la Tierra pagarían las consecuencias.

Gurnemanz, en su bondad, hubiera querido también convertirme en su hijo. Tres vástagos varones había perdido en las guerras y en los lances de la caballería; y, echando la vista atrás, veo ahora que buscaba superar su tristeza con mi presencia. De hecho, con los días se transformó en un padre casamentero, intentando facilitar los encuentros entre su mayor tesoro, su encantadora hija Liaze, y el pobre, ingenuo e incipiente caballero que era yo. Pero yo no anhelaba los abrazos de una mujer. Mi anhelo, el que me había arrancado de los brazos de mi madre, se hallaba en las gestas caballerescas, de modo que una mañana pedí permiso a mi maestro para partir, que me acompañó cabalgando hasta el campo y se despidió de mí como lo hubiera hecho de un cuarto hijo que le rompiera el corazón.

EL AMOR Y SUS CAMINOS

Cabalgué durante días por senderos poco transitados, por valles y montañas desconocidos para mí, hasta que un día, cuando ya anochecía, llegué a un tumultuoso río que, poco después, en su desembocadura junto al mar, me dejaría ante la ciudad de Pelrapeire. Sesenta o más caballeros se hallaban a sus puertas, pero parecían en extremo débiles, y se encerraron tras las murallas en cuanto me vieron aparecer. Llamé a la aldaba de la puerta y ofrecí mis servicios pues, ¿qué mejor causa podría encontrar un caballero bien nacido que defender a los más débiles?

Pero cuando entré en la ciudad el alma se me vino al suelo, pues toda su población estaba en los huesos. La ciudad había sido sitiada por el orgulloso Clámide, rey de Brandigan, que intentaba así someter la voluntad de la reina de Pelrapeire, Condwiramurs, para que se convirtiera en su esposa. ¿Cómo podía un hombre intentar someter la voluntad y el corazón de una doncella de aquella manera, infligiendo una terrible hambruna sobre la mujer a la que decía amar y su pueblo? Pero cuando conocí finalmente a la reina me compadecí de la locura, la insensatez y la villanía de Clámide, pues Condwiramurs era ciertamente la mujer más hermosa y más inteligente que pudiera hallarse sobre la Tierra.

La reina y yo no tardamos en congeniar a pesar de mi silencio pues, siguiendo equivocadamente los consejos de mi mentor, no me atrevía a hacer preguntas ni entablar conversación. En cualquier caso, ella tomó las riendas de la situación a fin de hacer mi estancia lo más agradable posible en las terribles circunstancias por las que atravesaba la ciudad.

Pero, además, aquella noche, cuando me hallaba durmiendo en mi alcoba, ocurrió algo asombroso. Condwiramurs me despertó de pronto con su llanto. Se había deslizado hasta mi habitación sin conocimiento de nadie en el castillo, y se hallaba arrodillada en la alfombra ante mi lecho. Supe de inmediato que su comportamiento no obedecía a un ardid por yacer juntos, cosa que, por otra parte, yo tampoco me atreví a anticipar. Su dolor era demasiado evidente y sincero, y no tuve ni la más mínima duda que lo único que buscaba era consejo. Tras darle mi palabra de caballero de que no le tocaría ni un cabello, le rogué que no se arrodillara ante mí y que se recostara en mi lecho, a mi lado.

Condwiramurs me relató con detalle cómo se había llegado a la desgraciada situación en la que ella y su pueblo se hallaban; cómo Clámide y su poderoso senescal, Kingrun, habían devastado sus posesiones y sus tierras hasta recluirlas en Pelrapeire, por negarse ella a entregar su doncelez y su persona a un hombre al que no amaba. Me contó cómo Kingrun había derribado y hecho prisioneros o dado muerte a sus mejores caballeros, y me expresó su desesperación ante la idea de que, a la mañana siguiente, Kingrun regresaría para someter finalmente la ciudad. Sin embargo, antes de caer en los brazos de Clámide, la hermosa reina tenía decidido acabar con su vida arrojándose al vacío desde la más alta de sus almenas. Prometiéndole que eso no ocurriría, me comprometí a luchar con Kingrun por su causa.

Cuando llegó el ejército de Kingrun me hallaba ya delante de la puerta dispuesto al combate. El senescal y yo nos embestimos con tal dureza que ambos dimos en el suelo con nuestras cabalgaduras, y en la posterior lucha con las espadas logré derribarle y ponerle la rodilla sobre el pecho. Tras obtener su rendición, le impuse como pago por su vida que fuera a la corte de Arturo y le rindiera honores y obediencia a la dama Cunneware, que había sido afrentada por Sir Kay. El caballero se comprometió a ello, y la batalla, ante las dudas de sus tropas, se dio por zanjada. Poco después, la diosa fortuna volvería a sonreír a las gentes de Pelrapeire, cuando dos naves de velas oscuras llegaron a su puerto cargadas con víveres.

En medio de tanta felicidad, la reina, Condwiramurs, me propuso convertirme en su esposo. Desde mi llegada el día anterior, ella se había sentido tan atraída por mí como yo por ella, y la profunda complicidad y respeto con que nos habíamos obsequiado durante la noche se había encargado de abrir los senderos de nuestros corazones a los más profundos y arrebatadores sentimientos. Aquella misma noche sellamos nuestro matrimonio durmiendo juntos, pero respeté su doncelez todavía durante dos días y tres noches, por darle tiempo a habituarse a mí y por respetar las consignas de delicadeza dadas por mi mentor Gurnemanz. En verdad, nuestro amor creció en pocos días hasta un extremo que yo jamás hubiera sospechado.

Pocos días después, cuando llegó el rey Clámide y se enteró de lo sucedido, de la derrota de su campeón y de la boda de la reina con un caballero rojo que sus tropas creían era Ither, rey de Cucumberland, el asediador montó en cólera. Sus ejércitos se lanzaron a la conquista de la ciudad, pero los repelimos una y otra vez con las fuerzas renovadas por los alimentos que milagrosamente habíamos recibido. Yo defendí la plaza ante las puertas abiertas de la ciudad, derribando caballeros a diestro y siniestro. Cuando vi que la soldadesca que venía tras de mí se vengaban dando tajos a los caídos entre las juntas de sus armaduras, me puse furioso y, como nuevo rey suyo, se lo prohibí. Al final de la batalla, habíamos tomado gran cantidad de prisioneros y hasta veinte caballeros vivos.



Tres días después, el rey Clámide me desafió a un duelo singular, viendo que ya no iba a poder someter la ciudad por el hambre y que, para poder desposar a Condwiramurs, primero debería deshacerse de mí. Justamos hasta que nuestros caballos perdieron el aliento, y luego combatimos con las espadas hasta que los escudos quedaron hechos añicos. Finalmente, el cansancio se apoderó de Clámide y, de un fuerte golpe con la espada, lo derribé. El rey de Brandigan pidió clemencia por su vida y, tras hacerle dos ofertas de penitencia que rechazó, finalmente accedió a ir a Camelot, someterse ante Arturo y rendir obediencia a la dama Cunneware. Por lo que me relatarían tiempo después, Sir Kay comenzó a preocuparse conforme iban llegando caballeros de gran renombre para ponerse a los pies de la dama a la que había mancillado.

Una vez alcanzada la paz, repartí entre el pueblo una gran parte de las riquezas que el padre de Conwiramurs había dejado en herencia para aquél que se casara con su hija y me sumergí en las tareas de reconstrucción del país. Los campos volvieron a dar sus cosechas, los ganados comenzaron a medrar de nuevo, y ciudades y pueblos recobraron el comercio y el esplendor de antaño. Y, mientras tanto, el amor que nos profesábamos

Condwiramurs y yo siguió creciendo, mientras yo entretenía mi anhelo de caballería celebrando torneos a los que asistían notables caballeros.

Sin embargo, a pesar de la dicha que me proporcionaba mi nueva vida, sentía algo en mi interior que me reclamaba cada vez con más intensidad. No negaré que el ansia de aventura no calentase la sangre en mi corazón, pero había algo más, algo mucho más profundo, un insidioso anhelo por algo más allá de mí a lo que no podía poner palabras. Era como si la vida me estuviera exigiendo llevar a cabo una misión de la que desconocía por completo sus detalles, una llamada que me pedía insistentemente que partiera de nuevo sin rumbo, a la espera de que los acontecimientos en el día a día, me indicaran el camino.

De pronto me acordé de mi madre, y pensé que el ir a visitarla sería una buena excusa para emprender un nuevo camino y ver si aquella llamada de mi corazón me llevaba a algún término. De modo que una mañana le pedí a la dueña de mi amor permiso para partir; y ella, amándome profundamente y no queriendo otra cosa que mi dicha, me lo concedió con lágrimas en los ojos. Le juré que, en mi alma, ella me acompañaría a cada instante de mis días, en cada suspiro, en cada golpe de mi lanza o de mi espada, en cada padecimiento que mis manos pudieran enderezar, y que su nombre coronaría cada una de mis victorias. Y, así, partí de Pelrapeire para afrontar la mayor aventura de mi vida.

Tras una larga cabalgada, con mis sentidos debilitados por la añoranza de mi amada y dejando a mi montura que eligiera mis caminos, me hallé al atardecer ante un lago en el que unos pescadores habían fondeado su barca cerca de la orilla. Me fijé en que uno de ellos iba ataviado como si fuera el rey del mundo, con los mejores vestidos que un rey pudiera codiciar y con un sombrero adornado con plumas de pavo real. Dirigiéndome a él le pedí que me informara dónde podría pasar la noche, y él me dio las indicaciones precisas para llegar a su castillo, la única construcción humana en treinta millas a la redonda, y que él mismo me atendería a la hora de la cena.

Cuando llegué al castillo me asombró la reciedumbre de sus fortificaciones, con multitud de torres almenadas y ricos palacios. Tras presentarme como huésped del señor del castillo, me dieron entrada y me acogieron con gran agasajo, si bien me llamó la atención el triste semblante de todos los pobladores del lugar. Me quitaron la armadura y me ofrecieron delicadas prendas para mi atuendo, incluida una capa de seda de Arabí que, según dijeron, me prestaba la reina, hermana del rey pescador, la señora Repanse de Schoye.

Para cuando llegó la hora de la cena me condujeron al palacio, a una gran sala portentosamente iluminada. Había allí cien divanes con cuatro caballeros sentados en cada uno de ellos, acogidos por el calor de tres grandes hogares de mármol en los que ardía leña de áloe en abundancia. Me sentaron junto al señor del castillo, y entonces me percaté de que mi anfitrión vivía entre grandes padecimientos, quizás debido a alguna enfermedad, y pensé que quizás fuera éste el motivo del triste semblante de todos los que allí vivían.

Entonces, un escudero entró en la sala portando una lanza de cuya punta brotaba sangre, que discurría después por el asta hasta sus manos para enjugarse en las mangas de su jubón. El escudero recorrió la sala a lo largo de sus cuatro paredes, mientras todos los presentes se lamentaban por la visión, y desapareció luego por donde había venido.

A continuación vi entrar a dos nobles doncellas coronadas de flores y con sendos vestidos escarlatas, cada una de ellas portando un candelabro de oro; y tras ellas entraron una duquesa y su acompañante, vestidas igualmente en escarlata, y portando en sus manos dos caballetes de marfil. Las cuatro damas se inclinaron ante el señor del castillo y dispusieron los caballetes, en tanto que otras ocho damas entraban por la misma puerta que las anteriores. De éstas, cuatro traían grandes velas, mientras las otras cuatro portaban un tablero de granate almandino traslúcido, que colocaron sobre los caballetes para formar una mesa. Estas cuatro damas llevaban las testas coronadas también con flores pero, a diferencia de las anteriores, llevaban vestidos de terciopelo de Azagouc, más verdes que la hierba.

Entonces vi entrar a otras seis doncellas; cuatro de ellas, que iban delante, llevaban grandes velas encendidas, en tanto que las dos de detrás, dos princesas, traían sobre sendas servilletas dos asombrosos cuchillos de plata extraordinariamente afilados. Tras inclinarse, depositaron los cuchillos en la mesa y se unieron a las otras doce doncellas que esperaban a un lado. Pero la extraña y silenciosa procesión no había terminado, pues entonces entraron otras seis damas ataviadas con magníficos vestidos, mitad de brocado y mitad de seda de Nínive, al igual que las seis previas. Éstas portaban sendas lámparas de cristal en los que ardía el bálsamo, y tras ellas iba la reina, vestida con sedas de Arabí. La noble y hermosa dama portaba, sobre un verde ajmardí, algo a lo que dieron en llamar «el Grial» y que depositó sobre la mesa, ante el señor del castillo.

Recuerdo que, en aquel momento, me fijé atentamente en la reina, la dama Repanse de Schoye. Ella me había prestado su propia capa, y parecía portar el Grial como si del mayor y más sagrado tesoro se tratara. Aquella actitud me extrañó enormemente, pero no me atreví a preguntar por no importunar a mi anfitrión. Los consejos de mi mentor, Gurnemanz, habíalos yo malinterpretado, y no osé preguntarle al rey ni por el Grial ni por el mal que le aquejaba.

Y entonces, sin comprender aún lo que estaba sucediendo, asistí a un prodigio. Tras disponer cien mesas con manteles y utensilios frente a los cien divanes y los cuatrocientos caballeros, del Grial comenzaron a emerger manjares de todo tipo, siendo cada uno de ellos el favorito de las damas y los caballeros en la sala. Pensé que el Grial debía de ser algo así como un cuerno de la abundancia, la raíz, el brote y el fruto del Paraíso hecho presente en el mundo. Y no sólo viandas salieron de él, sino también toda clase de bebidas: vino, licor de moras o arroje rojo; y el poder del Grial parecía impregnar cada gota de estas esencias.

Aún con todo, permanecí en silencio, sin preguntar, pensando que ya tendría tiempo de enterarme de los detalles de todo aquel misterio. Mientras tanto, vino hacia nosotros un escudero portando una preciosa espada con empuñadura de rubí. Y el rey, en tono solemne, me dijo: «Ésta fue mi espada hasta que una grave herida, provocada por designio de Dios, me dejó en esta triste situación. Aceptadla como un regalo por si no os he cuidado bien. Llevadla siempre con vos, pues tiene extraordinarias propiedades y os protegerá en los combates».

Ni siquiera entonces me atreví a preguntar al rey por sus heridas. ¡Cuánto lo lamentaría durante los años que vagué por el mundo tras aquella extraordinaria noche!

Terminada la asombrosa cena, los pajes, dirigidos por los chambelanes, recogieron los utensilios y las mesas, mientras las damas que habían desfilado al inicio de la velada procedían a recoger también todo lo que habían traído, aunque saliendo en primer lugar las que habían llegado en el último momento, llevándose el Grial con tanta ceremonia y devoción como cuando lo habían traído. Entonces, al salir la reina con el Grial por la puerta, me percaté de que en la sala contigua había un anciano de blancos cabellos que parecía un

rey y lo contemplaba todo con gran fervor. Claro está que tampoco pregunté por él.

Finalmente, el señor del castillo me invitó amablemente a retirarme y descansar; y, despidiéndome de él, varios caballeros me llevaron a mi alcoba.

A la mañana siguiente, y tras un larga noche envuelto en pesadillas, me desperté sudoroso para encontrarme con que nadie acudía a mi llamada en todo el castillo. Me puse mi armadura y me ceñí mis dos espadas, la que le arrebatara a Ither y la que la noche anterior me hubiera regalado el señor del castillo. Mi intención era poder servir como caballero con cualquier servicio que pudieran pedirme mi anfitrión o la reina Repanse de Schoye por el amable trato que me habían dispensado. Estaba en deuda con ellos y estaba deseando poner mis



destrezas a su servicio. Pero, por mucho que llamé, nadie apareció ante mí en todo el lugar. Cuando salí del palacio vi que me habían dejado mi caballo, mi escudo y mi lanza junto a la escalera, y vi el patio cubierto de huellas de pezuñas dirigiéndose hacia la puerta. Pensé que debían haber partido todos por algún motivo, de modo que decidí seguir sus huellas por ver si podía prestarles mis servicios.

Al salir por el puente levadizo, cuando mi caballo aún no había dejado de pisar la última de sus patas sobre los maderos, alguien tiró de la cuerda y el puente se elevó de improviso, cosa que casi hizo caer a mi caballo. Y, entonces, escuché la voz de alguien oculto en las almenas que me gritaba: «¡Id presto al infierno, caballero! Sois un necio. Si hubierais abierto el pico os habríais cubierto de gloria, pero vuestra necedad os llevó a guardar silencio. ¡Caiga sobre vos ahora la deshonra!»

Tal agravio me enfureció sobremanera. ¿Quién osaba hablarme así, sin mostrar siquiera su rostro para exigirle una respuesta caballerosa? Lancé enfurecidos denuestos hacia las murallas, esperando que alguien asomara, pero no tuve otra respuesta que el silencio tras unas murallas cerradas ante cualquier intento por volver.

Finalmente, opté por calmarme e intentar deshacer el entuerto que yo hubiera podido provocar reuniéndome con mis anfitriones allá donde hubieran ido, por lo que me puse a seguir las huellas de la nutrida comitiva que había salido del castillo. Por desgracia, las huellas se fueron dispersando hasta que perdí todo rastro. Temía que mi buen nombre pudiera estar en entredicho, pero no veía forma alguna de justificar mis acciones y compensar cualquier mal que yo pudiera haber hecho.

Entonces, escuché en la lejanía los lamentos de una dama, y acudí presto en su auxilio por si se hallaba en peligro. Bajo un tilo encontré a una joven que tenía entre sus brazos a un caballero muerto y embalsamado. Le ofrecí mis servicios, pero me dijo que no le eran necesarios, y me preguntó qué hacía en aquellos lugares tan solitarios y peligrosos. En treinta millas a la redonda sólo había un castillo, y ninguna otra construcción humana. Le dije que de allí venía, y ella se sorprendió.

«Quien busca adrede ese castillo nunca lo encuentra —me dijo la dama—, pues sólo sin buscarlo se puede encontrar. Su nombre es Montsalvat, y el viejo rey Titurel se lo dejó en herencia a su hijo Frimutel, quien, muriendo en una justa por una cuestión de amor, dejó cuatro hijos. Uno de ellos, Trevrizent, se alejó del mundo y se sumergió en la natura para expiar una culpa; en tanto que su hermano Anfortas se halla impedido; no puede cabalgar, ni estar de pie, ni andar ni yacer. Él es el señor de Montsalvat, y por su herida todo el mundo en sus dominios está envuelto en la tristeza.»

Le dije a la dama que le había conocido la noche anterior, y entonces ella reconoció mi voz.

«¡Eres Parzival! ¿Contemplaste el Grial y terminaste con los tormentos de Anfortas? Si así lo hiciste, se te elevará por encima de todo cuanto vive en la Tierra. Todo en la naturaleza te servirá, desde los animales domésticos y los salvajes hasta los árboles y las piedras serán tus amigos y consejeros.»

Y, ante mi extrañeza al reconocerme me dijo que era mi prima, Sigune, a la que había visto y con la que había conversado poco después de abandonar a mi madre en el bosque. El caballero embalsamado que tenía entre brazos era el mismo que había fallecido aquel día, por el cual no dejaba de renovar su duelo. Ciertamente, no la había reconocido. La hermosa y joven dama que conociera había perdido toda su lozanía. Se había cortado las trenzas, y había perdido el color de su rostro. Le ofrecí enterrar a su caballero, pero me contestó que la única alegría que podría darle sería que hubiera librado de su tormento al rey Anfortas. Me habló de la maravillosa espada que éste me había obsequiado, y me dijo que, si su hoja se rompía, siempre podría recomponerla poniéndola bajo una fuente llamada Lac, previo pronunciamiento de las palabras de conjuro, que me habrían enseñado a pronunciar tras formular la pregunta ante el Grial.

«No pregunté», le dije apesadumbrado; y, ante mi confesión, Sigune se deshizo en grandes lamentos. «¿Cómo no tuvisteis compasión por vuestro anfitrión, lacerado por tan tremenda desgracia? ¿Cómo, viendo tan grandes prodigios, no preguntasteis nada en presencia del Grial? ¡Os habéis deshonrado, y ahora sois maldito! ¡Alejaos de mí, Parzival! La dicha se ha alejado de vos para siempre.»

Le rogué que no fuera tan dura conmigo, y que enmendaría mis errores ante mi anfitrión, pero ella me dijo que ya no tendría una segunda ocasión para reparar mis faltas, y no quiso tener que ver más conmigo.

Profundamente abatido, me alejé de allí preguntándome por qué Dios no me había ayudado en tan singular ocasión. Comenzaba a dudar de lo que mi madre me había contado acerca de él, en cómo me había dejado de su mano cuando yo, en todo momento, había intentado seguir fielmente lo que se suponía que tal Dios exigía.

No mucho después descubrí las huellas de dos caballos, uno herrado y otro sin herraduras, hasta que les di alcance en un valle. En el de detrás iba montada una dama, mientras que su caballero cabalgaba a cierta distancia por delante de ella. Cuando alcancé a la dama me di cuenta de que, tanto ella como su rocín, se encontraban en un lamentable estado. El animal estaba en los huesos, y parecía milagroso que aún se mantuviera en pie. La dama, por su parte, parecía ir vestida con harapos, dejando ver por aquí y por allí trozos de su blanca carne. Lo único entero de su atuendo eran los botones y la gorguera. Cuando la saludé, la dama me reconoció... y yo también, de pronto, la reconocí a ella. Era la dama que había encontrado en la rica tienda junto al vado, a la que arrebaté el anillo y robé un beso poco después de partir de la casa de mi madre.

La dama, cuyo nombre, como sabría después, era Jeschute, rompió a sollozar. A pesar de su aspecto, mantenía toda su dignidad intacta. Me contó que, tras mi partida, su marido, el duque Orilus de Lalande, había descubierto mi paso por la tienda y había dudado de ella; y que, desde entonces, pensando que le había sido infiel, la había sometido a aquel estado de abandono y deshonor, no cuidando siquiera ni de su montura, que llevaba una burda soga por bridas. Le dije que estaba dispuesto a defender su causa, si fuera necesario con la fuerza de mis brazos, pero ella me rogó que me alejara, que incluso seis como yo tendríamos difícil vencer a su marido, al que, por otra parte, no deseaba ningún daño.

Debéis saber que, en aquellos tiempos, la vida de las mujeres era mucho más penosa. Los hombres, como siempre había ocurrido desde que se tenía memoria, las tenían absolutamente sojuzgadas bajo su mandado y sometidas a sus caprichos; al punto que, bajo las reglas morales de aquella época, Jeschute aún había tenido un poco de fortuna, pues otro marido probablemente le habría dado muerte. Con todo, la situación de la dama se me hizo en extremo dolorosa, con la punzada añadida de haber sido yo el causante directo de su ordalía. Zaherido por el remordimiento, y pensando que debía dar una solución a aquella penosa situación, me dispuse para el combate, con la intención de, si conseguía someter al celoso marido, hacerle comprender que no había caso para su resquemor con la dama.

Justo en aquel momento mi caballo relinchó, y Sir Orilus se dio la vuelta para ver quién cabalgaba junto a su esposa. Instantes después, estábamos ambos galopando a la carrera con las lanzas en ristre. Según contaría después la único testigo de aquel choque, la dama Jeschute, el duelo fue un combate como pocos se habían visto, una lucha a cara de perro que, por fortuna, logré inclinar de mi parte.

Sometido el duque y temiendo por su vida, me prometió que su hermano, que le quería bien, me daría uno de sus dos reinos, sin saber que yo era el legítimo heredero de ambos. Pero yo rechacé su oferta, y le pedí que le concediera su favor a



su esposa, y que fuera de seguido a la corte de Arturo a rendir pleitesía a la dama Cunneware de Lalande por los ultrajes recibidos de Sir Kay. El hecho de que Cunneware fuera la hermana del duque pareció cambiar la impresión que éste tenía de mí, y disponerle a escuchar mis razones para pedirle que depusiera la dura actitud que mantenía con su esposa. Cuando prometió que se reconciliaría con la dama Jeschute le dejé levantarse, y el caballero cumplió de seguida lo acordado, solicitando el perdón de la dama y sellándolo con un beso.

De allí partimos los tres en dirección a una ermita que había en una peña escarpada, donde, poniendo mi mano sobre un relicario, juré por mi honor de caballero que la dama Jeschute en ningún momento le fue infiel, que se resistió a mi estúpida inconsciencia y que fui yo quien le arrebató el anillo por la fuerza, que la dama era inocente en todos los sentidos. Y, acto seguido, le devolví el anillo, que aún conservaba, pidiéndole perdón por mi escaso juicio en aquellos días.

Pasé el invierno deambulando por paisajes desconocidos para mí, con el recuerdo permanente de mi dama, Condwiramurs, y la idea siempre postergada de ir a visitar a mi madre. También durante aquellos días, la pesadumbre y la vergüenza por mi grave fracaso en Montsalvat se acrecieron sobre mi alma y mis espaldas, mientras iba engordando en mi interior el resentimiento contra aquel Dios del que me había hablado mi madre. Cada vez se me hacía más incomprensible el motivo de su infidelidad. Si cualquier caballero bien nacido era capaz de ser fiel y honesto con quienes bien le servían y ayudaban, por qué él podía caer en semejante deslealtad, en tal bajeza. ¿Qué alabanza podía merecer un Dios así?

Todas estas reflexiones me carcomían el alma mientras atravesaba valles y montañas solitarios, cubiertos de escarcha y, otras tantas veces, de nieve.

Un día del mes de mayo me sorprendió una nevada tardía acampado en un bosque. Curiosamente, durante la noche, un halcón había llegado para hacerme compañía, probablemente buscando el calor de mi hoguera. Pensé que debía tratarse del halcón de algún cetrero, pues no mostraba desconfianza ante la humana presencia.

Cuando llegó el alba me dispuse a partir de nuevo, y el halcón me fue acompañando de trecho en trecho. De súbito, una gran bandada de gansos remontó el vuelo graznando ruidosamente, y el halcón se elevó como una flecha en busca de su presa. Con un brioso giro golpeó a uno de los gansos que, herido, consiguió ocultarse entre las ramas de un árbol caído cerca de mí. Al acercarme, vi tres gotas de sangre sobre la blanca nieve, y el rostro de mi amada se me hizo presente, con su blanca piel, y sus mejillas y barbilla sonrosadas. Sumido en su recuerdo, el Amor me tomó en sus brazos y perdí todo sentido.

La pradera en que me hallaba se desvaneció, y con ella todo sentido del tiempo. No existía nada más en el ancho mundo que el rostro y la figura de mi amada.

Cuando desperté de mi trance de Amor, lo que vieron mis ojos fue una fina capa de seda de amarillo cendal extendida sobre la nieve. Levanté la vista y me encontré con un rostro bien distinto al de mi amada delante de mí. También era hermoso, pero nada comparable con el rostro de mi diosa.

«¿Estáis bien? —me preguntó el caballero que estaba junto a mí— He tenido que cubrir las gotas de sangre con mi capa para sacaros de vuestro trance.»

«¿Quién sois?», le pregunté aún confuso.

«Soy Gawain, hijo del rey Lot de Lothian y sobrino del rey Arturo —me contestó—. Yo y mi nombre estamos a vuestro servicio, y no me pongáis en vergüenza diciéndome que no. Venid conmigo ante la presencia del rey Arturo, os lo ruego.»

Al comprender que las tiendas que de pronto vi a lo lejos, a sus espaldas, eran las de la corte de Arturo, le contesté que no podría presentarme ante el rey si antes no vengaba a la noble Cunneware por los golpes que le diera Sir Kay.

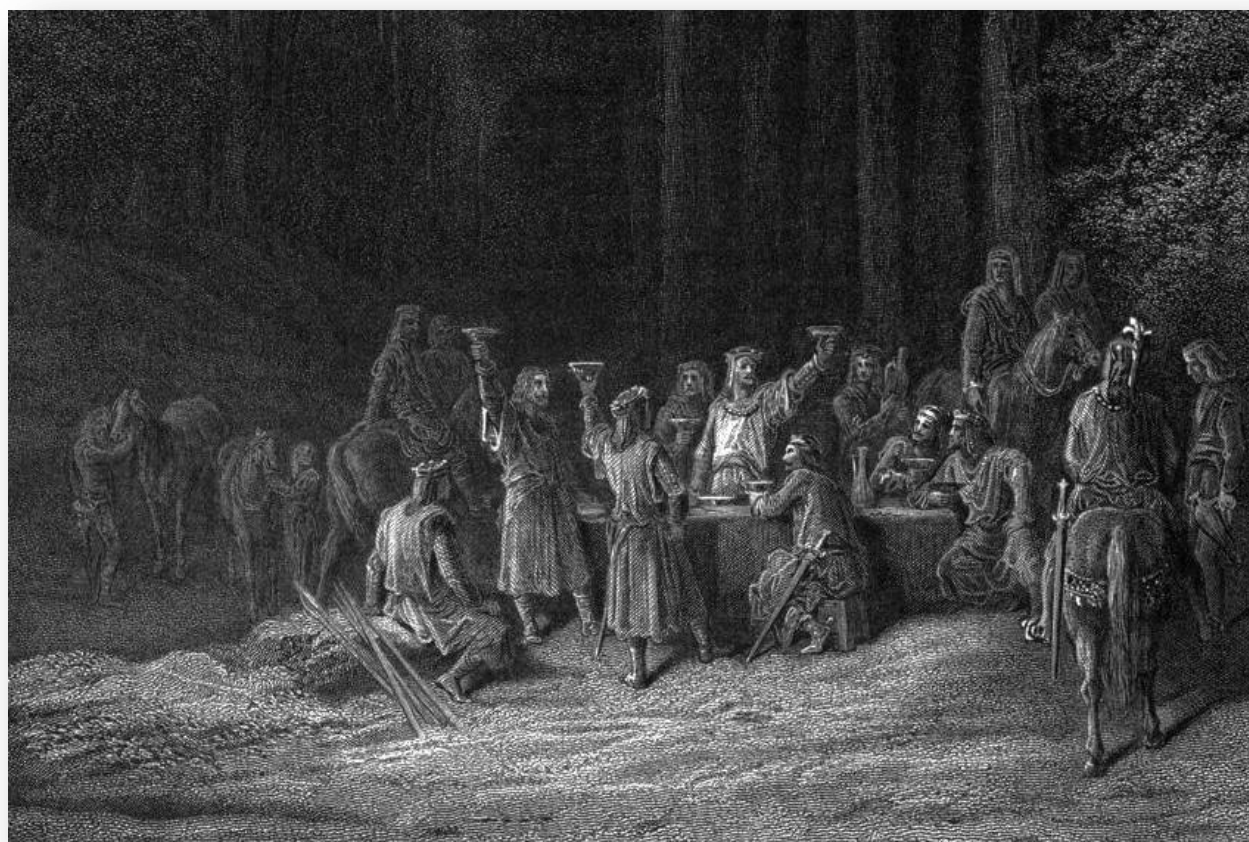
«Os habéis tomado ya cumplida venganza —me contestó el leal caballero—. Le acabáis de desmontar por detrás de su caballo y se ha roto en la caída el brazo derecho y la pierna izquierda. Y antes que a él habéis derribado al poderoso Sir Sagramore, aunque, a lo que veo, no os acordáis de nada de eso.»

Debí ser la viva imagen de la confusión en aquellos instantes, a tenor de la carcajada que profirió mi señor Gawain. Al parecer, durante mi trance de Amor, mi cuerpo y mi caballo se habían conducido por voluntad propia ante el ataque de los dos caballeros. Un escudero del campamento de Arturo, viéndome en las cercanías inmóvil y totalmente armado, había pensado que se trataba de un caballero que venía a retar al rey en tránsito. Dando la voz de alarma, Sir Sagramore se había apresurado a plantear batalla y, tras su derrota, Sir Kay se había ofrecido a vengar la afrenta. Fuera totalmente de mis sentidos, una parte de mí, de la que yo no era sabedor, había combatido con ellos, para luego volver a la inmóvil contemplación de la sangre sobre la nieve. Finalmente, Gawain, avisado como pocos de los goces y los males de amor, había venido hasta mí desarmado y había dado con el modo de sacarme de mi trance.

Con grandes honores fui recibido en el campamento de Arturo, a orillas del río Plimizöl, donde mi buena fama me había precedido de la mano del rey Clámide y su senescal, Kingrun, y más tarde con las palabras del duque Orilus y de su esposa, Jeschute. Entonces supe que el rey había partido de Camelot con toda la corte en mi busca, pues las noticias que llegaban de mis hechos le habían llevado al vehemente deseo de nombrarme caballero de su prestigiosa Tabla Redonda. Incluso la reina Ginebra, amor y sueño de Arturo, me perdonó la ignominiosa muerte que diera al rey Ither, el verdadero Caballero Rojo, a quien la reina estimaba grandemente. Con todo, su perdón no pudo llenar el vacío que en mi alma sentía por haberle arrebatado la vida. Tampoco los honores recibidos aquel

día pudieron mermar un ápice el dolor por mi fracaso en Montsalvat; todo lo contrario, mi dolor se acrecía con cada gesto de amabilidad, pues me sabía indigno de tales atenciones, después de que mi indolencia dejara pasar la ocasión de librar al rey Anfortas de su tormento.

Habiendo quedado la verdadera Tabla Redonda en Camelot, Arturo hizo disponer, sobre una pradera llena de flores, una inmensa tela de seda traída del lejano reino pagano de Acratón, cortada en redondo como la noble mesa para cumplir con las normas de aquella hermandad, en la que nadie, ni siquiera el rey, disponía de un puesto de honor, y en la que caballeros y damas por igual compartían sus honrosos lugares.



Estando allí celebrando mi ingreso en la celebrada hermandad, se allegó de pronto una doncella montada sobre un mulo alto como un caballo castellano. En verdad que la dama no era agraciada en modo alguno —algunas decían de ella que era horrible, mas considero que jamás debería darse a mujer ni varón semejante calificativo—, pero además se comentaba de ella que era extraordinariamente culta, siendo hábil para hablar en francés, latín y árabe, y versada en dialéctica, geometría y astronomía. La llamaban Cundry, la Hechicera.

Sin descabalar, Cundry se dirigió en primer lugar al rey Arturo, al que habló duramente, augurándole la deshonra y el declive de su gloria y de la Tabla Redonda, y ello por haberme nombrado a mí caballero de su augusta hermandad. Después se avino hasta mí y, desde lo alto de su mulo, me culpó de haber tenido que hablarle así al rey. Me maldijo por no haber liberado al rey pescador de sus sufrimientos, de no haberme apiadado de él. Me llamó «destructor de la Salvación» y «aniquilador de la felicidad», y me acusó de ser un títere del señor de las tinieblas. También habló de un hermano mío del que yo no sabía, un tal Feirefiz de Anjou, hijo de la primera esposa de mi padre, la reina Belakane de Zazamanc, caballero sin igual en todos los reinos del mundo, pagano como su madre y desconocedor de la maldad, y cuya piel, decía ella, era mitad blanca y mitad negra, por los colores de sus progenitores. Cundry me zahirió diciendo que mi padre, Gahmuret, se habría sentido orgulloso de él, más no de mí, y se lamentó finalmente de que el hijo de la reina Herzeloyde se hubiera deshonrado como yo lo había hecho.

Debo decir que Cundry profirió cuanto expuso con ira, pero también con gran tristeza, pues las lágrimas no dejaban de brotar por sus ojos, de modo que no se lo pude tomar en cuenta, menos cuando yo sabía que no había estado a la altura de mi caballería en mi paso por Montsalvat.

Finalmente, la doncella se dirigió a todos los congregados en la Tabla, convocándoles a la Demanda del Grial, pues mi fracaso había hecho imperiosa la necesidad de que algún otro, fuere quien fuese, librara al rey Anfortas de sus padecimientos.

«Escuchad bien todos —dijo la doncella sin dejar de llorar—. Las flores sobre las que habéis puesto vuestras sedas morirán pronto, y la nieve que cubre las montañas ante vosotros no es más que el principio de un largo invierno, que no cesara en tanto no llegue a Montsalvat un corazón puro que, por la fuerza de su cuidado y su compasión, cure de su herida al rey Anfortas.

»Sabed que el rey del Grial es el alma del mundo, y que este rey y la Tierra son uno. Los padecimientos del rey se renuevan y agravan con cada acto de egoísmo y desamor, con cada injusticia y felonía entre los hombres, y con cada daño y agravio que los hijos de los hombres perpetran contra sus hermanos y hermanas en la vida sobre la Tierra, sobre los animales, las plantas, los árboles, las piedras, las aguas y el mismo aire que respiráis y da fuerza a vuestros miembros. Si el Rey Pescador no es curado de su herida, las cosechas se echarán a perder, los árboles dejarán de florecer, las aguas bajarán negras desde sus fuentes y el hambre asolará y diezmará a vuestras familias. El Grial puede curar al rey Anfortas pero, para ello, precisa de la presencia de un corazón valeroso y puro, de un alma noble que, merced a su compasión, despierte las esencias curativas del sagrado objeto.

»Partid en busca del Grial, pues todos seréis necesarios en esta demanda; aunque debo advertiros que sólo quienes posean un corazón suficientemente puro serán llevados y podrán encontrar el Castillo del Grial. ¡Partid hoy en esta sagrada demanda, o vuestros hijos

y los hijos de vuestros hijos lamentarán algún día la existencia de aquéllos y aquéllas que los engendraron!», concluyó Cundry que, sin añadir nada más ni despedirse, partió del campamento cabizbaja.

Tras el vendaval de tristeza que había dejado Cundry, pasó un buen rato sin que nadie se atreviera a pronunciar palabra. Tal fue el impacto de su mensaje. Después, muchos caballeros, incluso muchas damas, comenzaron a pronunciarse en voz alta diciendo que harían lo que estuviera de su mano, según sus fuerzas y habilidades, para satisfacer aquella demanda, y poco a poco fueron desfilando en silencio hacia sus tiendas para preparar sus viajes.

Yo fui el primero en emprender el camino, porque no había tenido tiempo de deshacer mis alforjas y porque mi propia culpa tiraba fieramente de mis pies. Fui a pedir permiso a Arturo para partir de inmediato y luego fui a despedirme del bueno de Gawain.

«Nuestros hermanos en la Tabla sugieren que busquemos por separado y que nos adentremos en los bosques por las sendas más desconocidas y menos transitadas, de modo que es posible que no volvamos a vernos en mucho tiempo —me dijo Gawain—. Querido amigo, sé bien que nuestra nueva demanda va a estar colmada de esfuerzos y penalidades. Te deseo que Dios te conceda fortuna y me ayude a mi también en este empeño.»

«¡Ay, mi señor Gawain! —contesté tristemente— ¿Qué es Dios? Si fuera lo que nos dijeron que es nos habría librado de todos estos pesares. No pretendo eximirme de mis culpas pero, sólo con que me hubiera favorecido con un poco de su ayuda, no nos encontraríamos ahora en este brete. Le serví con fervor desde que mi madre me habló de él, pero ahora renuncio a servirle. Si me odia, que me odie —y añadí—. Haríais mejor, mi buen amigo, en no fiar en él cuando vayáis a combatir u os veáis en un mal trance. Fiad más bien en el Amor y en la mujer de vuestros amores. Ella os protegerá y dará fuerza a vuestros brazos. Si no nos volvemos a ver, que el Amor cumpla con vuestros deseos.»

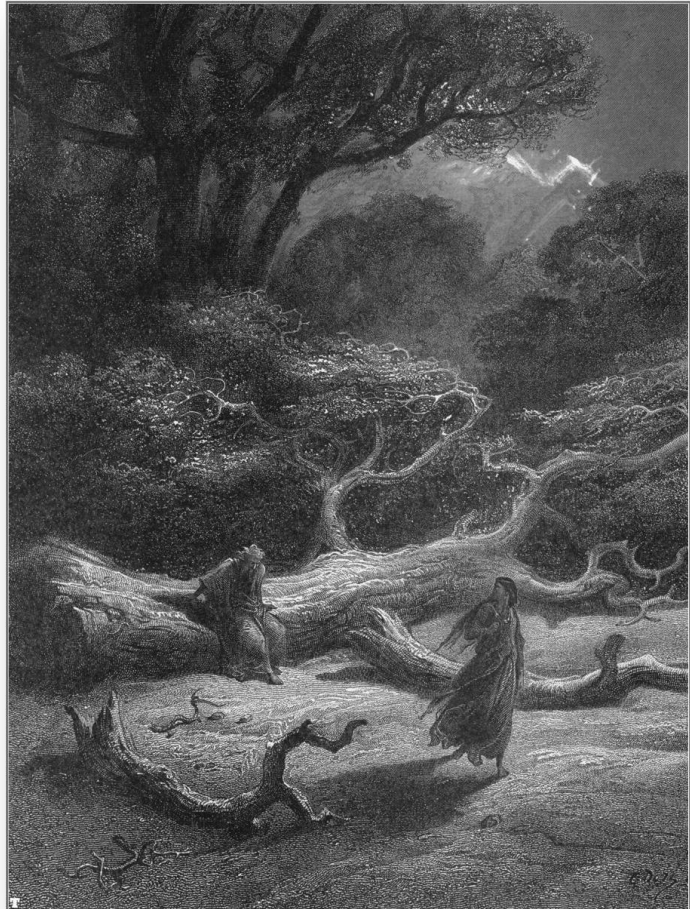
Y, sumido en las tinieblas de mi culpabilidad y mi rencor con aquel Dios inhumano, partimos en diferentes direcciones, dispuestos a arrostrar las desventuras de nuestro incierto futuro.

LA TIERRA DESOLADA

Pasaron varios años desde la aparición de Cundry ante los caballeros y damas de la Tabla Redonda, y yo perdí toda noción del tiempo. Sin llegar a disfrutar de las flores del verano, llegó un otoño que pareció eterno y luego un invierno interminable. Las hojas caían de los árboles para no brotar de nuevo, y las cosechas se perdían en los campos por los que discurrían mis senderos. Las pocas gentes que encontraba en mis inhóspitos caminos iban cubiertas de harapos y mendigaban; pero poco podía darles yo, que me tenía que conformar con lo mínimo para mi sustento.

Adelgacé hasta ver mis carnes como las había visto en mi juventud y, por mor de mi caballería y mi demanda, pero también por no perder facultades, seguí entablando combates con nobles caballeros que encontraba en el camino y enrolándome en campañas que, a la sazón, me traían sin cuidado. Mi sola preocupación era encontrar de nuevo el Grial y enderezar el entuerto que yo mismo había propiciado. Incluso, a algunos caballeros que vencí en buena lid, les obligué a prometer que buscarían el Grial para mí, pero ninguno de ellos tuvo más éxito que yo.

Con el transcurso de los meses, comencé a entender que el mal natural que asolaba a la Tierra no era más que el reflejo del mal espiritual que asolaba a la raza humana, y que ésa era la razón profunda de la herida y los sufrimientos de Anfortas. Comprendí que la raza humana había desmembrado en fragmentos dispares lo que en realidad era una singular unidad; que habíamos distanciado el espíritu separándolo de nuestro propio mundo humano, pero también del mundo natural de la Creación. Comprendí que todo era vida, y que esa vida era a su vez espíritu, y que el espíritu no hacía distingos entre nobles y plebeyos, ni tampoco entre hombres y mujeres, bestias, árboles o pájaros. Comprendí, a la postre, que todo estaba unido en una única vida, y que el mortero que lo juntaba todo estaba compuesto por el Amor y sus blasones: la compasión y el cuidado.



Tras varios años de andanzas di en parar en una ermita alejada del mundo, en la que encontré a una dama vestida con tela de saco postrada ante una tumba. Era mi prima Sigune, que aún velaba el cuerpo de su amado. ¡Cuánto amor debía haberle tenido al esforzado caballero, y cuánta pena habría albergado su corazón en todos aquellos años!

Cuando Sigune me reconoció me preguntó por mi demanda, si había conocido la esencia del Grial, que qué me había aportado mi viaje. Le contesté que había perdido la felicidad, sobre todo porque, en tanto no satisficiera mi demanda, no podía consentirme

volver a contemplar el rostro de mi amada. Viendo mi dolor, mi prima pareció perder el gusto por el reproche del que me diera muestra en otro tiempo, incluso se ofreció a ayudarme. Sucedió que la propia doncella Cundry iba a verla una vez a la semana para llevarle comida, alimentos procedentes del Grial, y resultaba que hacía bien poco que había pasado por allí. «Si sigues las huellas de su mulo, que lo deja siempre allí, donde el arroyo sale de la roca, quizás puedas alcanzarla», me dijo.

Viendo que la ocasión se había puesto en mi sendero, me despedí rápidamente de mi prima y partí rastreando las huellas de Cundry, pero no tardé en perder la pista en aquellos parajes sin caminos.

Sin embargo, me encontré de súbito con un caballero lujosamente ataviado y armado hasta los dientes, que me cortó el paso al bosque desafiándome a luchar. «Montsalvat no acostumbra a dejar que nadie cabalgue tan cerca sin verse envuelto en una lid despiadada», me dijo. Sin duda, era un caballero de Anfortas, y no estaba dispuesto a dejarme pasar; de modo que, después de tomarnos las distancias para la justa, picamos espuelas y nos lanzamos a la carrera. El caballero del Grial me alcanzó en el pecho, pero no me desmontó; sin embargo, yo lo derribé al suelo detrás de su caballo, rodando a continuación por la escarpada pendiente de un profundo barranco. Para mi desdicha, mi fiel caballo, Ingliart, no pudo detenerse a tiempo y cayó también al barranco, mientras yo me salvaba aferrándome a las ramas de un cedro. El caballero salvó la vida; no así mi caballo, mi único amigo y compañero en aquellos años, al que lloraría amargamente en los días que siguieron. Viendo que al caballero le llevaría buena parte del día regresar, opté por llevarme su caballo como botín por mi victoria.

Las crónicas dirían después que, desde aquel día, los caballeros de Montsalvat evitarían encontrarse conmigo. Lo cierto es que no volví a dar con ellos, ni pude seguir sus rastros para hallar el anhelado castillo. El Grial me esquivaba y huía de mí una y otra vez.

Pasaron las semanas y la tierra comenzó a cubrirse de nieve. Durante meses, el frío congeló mi armadura y, de no ser por mi voto y lealtad a la caballería, de buen gusto la habría colgado del arzón y habría cabalgado bajo una manta. Finalmente, una mañana en que la capa de nieve menguó hasta quedar sólo una fina capa, me encontré en un gran bosque con una comitiva de penitentes. A su cabeza iba un caballero de barba cana junto a la que parecía ser su esposa, seguidos por dos jóvenes damas que, según deduje, debían ser sus hijas. Tras ellas caminaban humildemente un buen número de caballeros y escuderos. Todos ellos iban vestidos de saco y descalzos, y parecían ir en peregrinación.

Me aparté con mi corcel a un lado del sendero por cortesía, para dejarles pasar, pero el caballero de barba cana se detuvo al llegar ante mí y me dijo:

«Es lamentable que ni siquiera en un día como hoy os hayáis dignado a quitaros las armas, e incluso a ir descalzo.»

No comprendiendo el motivo de su reproche, le respondí:

«Señor, no sé cuándo comenzó el año, ni en qué semana vivo ni el día en que nos hemos encontrado. A fe mía os digo que no lo sé en absoluto. Serví otrora a un tal Dios, hasta que su deslealtad me cubrió de deshonra.»

«Si os referís al hijo de la Virgen —contestó él—, él sufrió por todos nosotros tal día como hoy, y por eso lo celebramos de aquesta guisa. Hoy es Viernes Santo, y no deberíais llevar puesta vuestra armadura. Más bien deberíais celebrarlo como nosotros. Pero si tenéis alguna desavenencia con nuestro Señor os voy a sugerir algo, si lo tenéis a bien. No lejos de aquí hay una ermita en la que vive un hombre santo. Él quizás pueda daros consejo y pueda poner una penitencia por vuestros pecados. Después, si queréis, podéis seguir nuestros pasos. Compartiremos con vos de buen grado nuestras provisiones, y podréis contarnos vuestras aventuras y cómo habéis dado en llegar a este lugar.»

Quizás no haga falta decir que no me avine a su invitación. Me resultaba embarazoso estar en compañía de personas que tanto amaban a aquél al que yo detestaba y, por otra parte, no hubiera sido cortés incomodarles con mis cuitas. De tal modo que me disculpé, les deseé lo mejor y me despedí de ellos.

Volví la cabeza un par de veces mientras se alejaban, sumido en la confusión y en la desorientación en la que se había convertido mi vida. Una profunda tristeza se abatió sobre mí. De qué me servía mi humano raciocinio si no era para naufragar aún más en la confusión y en el laberinto de mis congojas. Al fin y al cabo, los humildes pajarillos no disponían de tal don y, sin embargo, cantaban al nuevo día todas las mañanas, como me habían enseñado en mi infancia. Y entonces me llegó que quizás debería dejarme llevar por aquellos impulsos de juventud, cuando yo era puro y lo contemplaba todo como cualquier bestezuela del bosque. Casi sin pensarlo, puse las riendas por delante de las orejas de mi caballo y piqué espuelas. «Él está más cerca que yo de esa pureza primigenia —pensé para mí—. Quizás él me saque de este laberinto en el que se ha convertido mi existencia.» Y le dije a mi caballo en voz alta:

«Ve donde te plazca, hermano, pero sácame de esta turbación.»

No mucho después, el fiel bruto se detuvo en un claro donde se abrían varias cuevas, junto a una peña escarpada de la que manaba una fuente, y donde un hombre de porte noble, pero vestido de saco, me dio la bienvenida. Dijo llamarse Trevrizent, que era un ermitaño, aunque nunca hubiera tomado hábitos ni hubiera sido ordenado por la iglesia, y que había sido caballero como yo.

«Aconsejadme, os lo ruego —me sorprendí escuchándome a mí mismo—. La vida me ha traído ante vos, y espero de vos que podáis ayudarme.»

El ermitaño me invitó a descabalar, a quitarme la gélida armadura y calentarme junto al fuego en una de sus grutas, y él mismo se ocupó de poner a mi caballo a resguardo bajo la peña.

Cuando hallé finalmente solaz junto al fuego le di cuenta de mi situación, de mi larga búsqueda de respuestas, de la profunda tristeza que me embargaba, de mi inquina con aquel Dios que se me había hecho detestable.

«¿A qué le llamáis vos "Dios"? —me preguntó con una sonrisa, sin pronunciar ni el más mínimo reproche— Olvidad esa palabra si os incomoda. Quizás podéis llamarle Vida, como habéis hecho al decirme que la vida os ha traído aquí, o podéis incluso no darle un nombre.»

Y, sin esperar mi respuesta, continuó:

«Os han hablado de un Dios lejano y distante, que retribuye a los hombres según sus obras; un Dios que puede ser misericordioso, pero también justiciero, severo y castigador. Sin embargo, Dios está en vuestro corazón y es uno con vos, ¿a qué santo lucháis contra vos mismo?»



Sus palabras me sorprendieron. Nunca había oído a nadie hablar así de Dios.

«Si estáis dividido en vuestro interior —continuó— y odiáis una parte de vos, ¿cómo esperáis que la dicha os colme? ¿Y cómo esperáis una ayuda de alguien que os habla a gritos en vuestro corazón y, a la postre, no escucháis?»

«En verdad que él nunca os fue infiel —dijo mirando a las llamas—. Lo que ocurrió fue que no le escuchabais, pensando que se hallaba en un lugar distante y ajeno a este mundo. Intentabais escuchar fuera de este mundo, cuando debíais prestar oído a vuestro propio corazón y a todo lo que de puro e inocente hay a vuestro alrededor; pues Dios, la Vida si lo preferís, se halla a vuestro alcance en todo cuanto os rodea.»

Convine con él en que la única divinidad que había conseguido percibir en mis largos años de búsqueda me había llegado de la mano de mi amada Condwiramurs. Le hablé del trance de amor que sufrí merced a las gotas de sangre en la nieve, y le dije que sólo en aquel Amor había hallado la trascendencia y la divinidad en este mundo.

«Dios se manifiesta en todo cuanto os rodea —insistió Trevrizent—, pero se muestra al máximo de su grandeza ante los ojos sensibles en la imagen y el espíritu de la mujer. Vos habéis visto la Vida, la divinidad, en el rostro de vuestra amada, y esa devoción no se diferencia en nada de la devoción por Dios que os exige vuestra caballería. Pues ese Amor lleva en sí la semilla de la divinidad, y de ahí la pugna en vuestro corazón: rechazando y odiando aquella parte de vos por la que, bajo otra guisa, sentís plena devoción.»

Las palabras de Trevrizent perforaron mi corazón como la saeta de un arquero, abriendo un conducto hasta él por el que se introdujo un rayo de esperanza. Animado por las nuevas ideas y visiones que el ermitaño vertía sobre mí, me animé a hablarle de mi demanda, de mi ya larga búsqueda del Santo Grial, aunque sin mentarle haber estado en su presencia.

«Señor —me dijo Trevrizent con una sonrisa compasiva—, el Grial no podréis conquistarlo si Dios, o la Vida, en vuestro interior no os conoce bien y no os designa para ello. Y os lo puedo decir de buena fe, pues he visto el Grial con mis propios ojos.»

«¿Habéis estado en Montsalvat?», pregunté desconcertado.

«Sí, señor, allí viví —confesó el noble ermitaño—, al igual que otros muchos valientes caballeros que se alimentan y viven del Grial.

»El Grial es una piedra pura, mágica, que devuelve la salud a los enfermos. Si veis un día la piedra, en la semana siguiente no podéis morir, y mantenéis toda vuestra belleza. Y si contemplarais la piedra durante doscientos años, mantendríais toda la vitalidad y la fuerza de vuestros miembros como en la juventud. Tan solo vuestro cabello se tornaría gris.

»El maravilloso poder del Grial sustenta en su derredor a una comunidad de caballeros y damas de honor intachable —continuó diciendo Trevrizent—, cuyos nombres y orígenes aparecen mágicamente en la piedra cuando deben ser llamados, para desaparecer sus letras celestiales tan pronto como se han leído. La comunidad del Grial envía periódicamente al mundo a los mejores de sus hombres, en secreto, y de sus mujeres, públicamente, para acrecentar las huestes del Grial sobre la Tierra y llevar a cabo su obra de renovación y regeneración. Pero sabed que, aunque el Grial está protegido por los hombres, de él sólo cuidan mujeres. No es esto cuestión baladí, pues son las mujeres las poseedoras de la mayor compasión, del cuidado amoroso que constituye la esencia del Grial, la esencia de la divinidad y de la Vida.

»Es por ello que todo caballero que anhele contemplar el Grial —prosiguió— debe protegerse con la humildad frente a la soberbia propia de los hombres. Ése fue el error del actual rey del Grial, Anfortas, que en su juventud pecó de soberbia al buscar el amor sin el Amor del que habéis hablado vos, perpetrando una grave ofensa contra la mujer, en cuyo rostro se refleja el misterio divino.

»Sólo una vez llegó allí un caballero sin ser designado, alguien que podría haber liberado al rey Anfortas de su desgracia, pero el necio no tuvo compasión», añadió finalmente para mi vergüenza, pero yo callé y no le revelé que aquel necio del que hablaba había sido yo.

«He visto que vuestro caballo lleva la marca de Montsalvat, una paloma —continuó, cambiando de tema—, pero vos no sois un caballero del Grial. Espero que no hayáis cometido ningún deshonor contra alguien de nuestra comunidad. No sería una buena manera de haceros acreedor a la contemplación del sagrado objeto. ¿De dónde venís, por cierto? ¿Tendríais la bondad de hablarme de vuestro linaje?»

Hubo un pesado silencio entre nosotros mientras nos mirábamos a los ojos, hasta que finalmente le relaté los detalles de mi combate con el caballero de Montsalvat y le conté lo que sabía de mis antepasados. Le hablé también de mi llegada a la corte de Arturo y del pesar que me embargaba por la muerte de Ither, rey de Cucumberland; le hablé de mi estancia con Gurnemanz y de mi posterior llegada a Pelrapeire y mi matrimonio con Condwiramurs, pero no quise ir más allá.

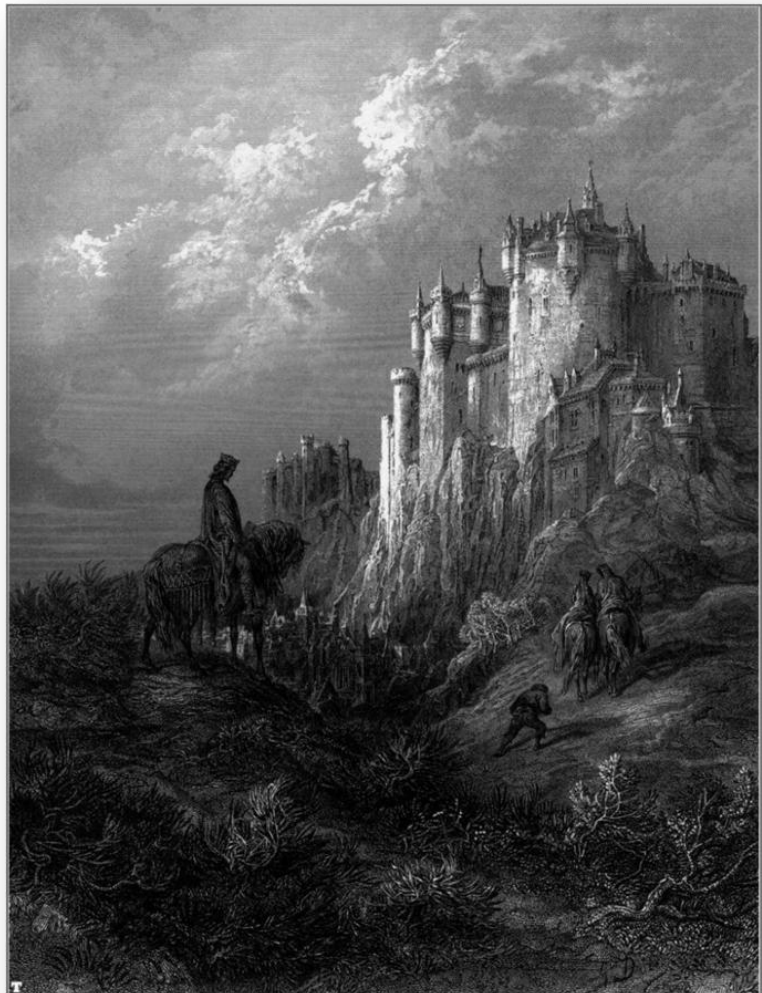
«¡Ay, mundo! ¿Cómo has podido hacer algo así? —exclamó Trevrizent desolado con mis palabras y tuteándome de pronto— Querido sobrino, debes saber que Ither, además de modelo de caballero, era pariente tuyo y que, al darle muerte, asesinaste tu propia carne y tu propia sangre. Y, a lo que veo, tampoco sabes que tu madre, Herzeloide, mi hermana, hermana de Anfortas y hermana de la doncella del Grial, Repanse de Schoye, murió de tristeza por tu causa. ¡Ay, Parzival, has proporcionado a la gente profundas penas, y más tribulaciones que alegrías! ¡Quizás por eso has padecido tanto, pues la Vida en tu interior te reclamaba tus errores!»

Sentí como si el mundo entero cayera sobre mí y aplastara mi corazón. Las nuevas del que ahora sabía era mi tío me sumieron en el más profundo dolor, pero él prosiguió su narración, hablándome de nuestros vínculos familiares, para finalmente centrarse en la figura de mi otro tío, el rey Anfortas. Me contó que, en su soberbia, tal como había señalado antes, fue herido en un duelo por una lanza envenenada que le atravesó los testículos, la misma lanza ensangrentada que yo había visto en la procesión del Grial. El veneno amenazaba con arrebatarse la vida, por lo que le llevaron ante la presencia del Grial. Pero, cuando el rey vio el Grial, la desgracia se acreció, pues ahora no podía morir.

En la comunidad del Grial lo intentaron todo, buscaron todo tipo de físicos, cirujanos y remedios, incluso Trevrizent renunció a su caballería y al mundo para hacerse ermitaño y rogar por la curación de su hermano, pero todo fue en balde. El rey quedó tullido. No podía cabalgar, ni andar, ni yacer ni estar de pie; sus padecimientos eran indecibles, y el único alivio a su tormento lo hallaba en el

lago de Brumbane, al que le llevaban por sus aires aromáticos, pues el propio hedor de su herida añadía más pesadumbre a su dolor. Él terminó llamándole su «día de pesca», y de ahí que le dieran el sobrenombre de Rey Pescador.

A la postre y no hallando más soluciones, me contó Trevrizent, cayeron todos de rodillas ante el Grial y vieron súbitamente escrito sobre él que llegaría un caballero que, al preguntar al rey por su dolor, terminaría con sus padecimientos; pero que nadie debería hablarle previamente de la importancia de su pregunta pues, de lo contrario, el padecimiento no sólo no cesaría, sino que incluso sería aún mayor.



«¿Habéis entendido?», apareció escrito en la piedra —concluyó mi tío—, "Si no pregunta la primera noche, se pierde el poder de la pregunta. Pero, si pregunta cuando debe hacerlo, el caballero recibirá

este reino y el sufrimiento tocará a su fin. Anfortas sanará, pero no seguirá siendo rey". Ése fue el mensaje del Grial.

»Y, hace ya algunos años —añadió—, llegó un caballero cabalgando al castillo, aunque hubiera sido preferible que nunca hubiera llegado pues, al no hacer la pregunta, acreció enormemente el sufrimiento de mi hermano. Pero ya te he hablado antes de ese necio...»

A la postre, no pude soportar más mi silencio y le confesé a Trevrizent avergonzado:

«El que llegó cabalgando a Montsalvat, contempló la desgracia y no preguntó fui yo, tío. Desde entonces me culpo por mi error y vivo en la demanda del sagrado Grial, sin consentirme volver a ver a mi amada, para intentar enderezar el mal que provoqué.»

Mi tío me miró en silencio con una profunda tristeza, mas no quiso hurgar en mi herida.

«Tu razón te aconsejó mal, sobrino —me dijo en un murmullo mirando al suelo—. Distes antes pábulo a tu cabeza que a tu corazón, escuchaste antes las razones que a tus sentimientos, y ahogaste las palabras que la compasión te dictaba.

»Mas no te desesperes —añadió mirándome de nuevo a los ojos—. Incluso los lamentos y las culpas debemos asumirlos con mesura, y después dejarlos ir. Los hombres somos seres extraños, y la sabiduría nos alcanza cuando menos lo esperamos. Quizás tu venida aquí cambie las cosas y te lleve a tan alto rango que, con fortuna, pueda llegarse a hablar de una reparación. Al fin y a la postre, Dios, la Vida, no ha dejado ni nunca dejará de anidar en tu pecho, y nadie conoce sus designios, ni siquiera los más exaltados entre los religiosos. Tus asuntos con Dios son sólo asunto tuyo y de él, y es en tu corazón donde debes resolverlos.»

Después de haberle oído llamar necio al caballero que había fracasado en Montsalvat, me produjo un gran consuelo no recibir ningún reproche, incluso comprensión, por parte de mi tío. Aquello me animó a preguntar al cabo algunas de las muchas preguntas que mis labios habían reprimido en Montsalvat.

«¿Y por qué mi tía, Repanse de Schoye, me prestó su capa aquella noche? —pregunté finalmente—. Me extrañó que me trataran con tan grande cortesía.»

«Sobrino, ¿te prestó mi hermana su capa? —preguntó sorprendido— Si lo hizo no fue para que anduvieras ufanándote de ello, sino porque creía que tú te convertirías en el rey del Grial y, de ahí, en su propio rey, y el mío.»

«¿Y el anciano que contemplaba el Grial desde la otra sala...? —inquirí— ¿Quién era?»

«Era Titurel, el abuelo de tu madre —respondió Trevrizent—. A él fue a quien se le encomendó la custodia del Grial en un principio. Es muy, muy viejo; pero se llena de gozo contemplando el Grial, y por eso no puede morir. Por otra parte, es el más sabio consejero de la comunidad del Grial. Él también fue caballero en su juventud.»

Permanecí con mi tío, el ermitaño, durante quince días, escuchando sus sabías palabras, nutriendo mi corazón y recuperando la fuerza de mi alma; y comiendo como él hierbas y raíces del bosque, así como unas pocas hortalizas de su pequeña huerta. Por compasión, Trevrizent no comía la carne de animales, aves ni peces y, de hecho, incluso solicitaba permiso y rogaba su perdón a las plantas a las que daba muerte para su sustento.

Todo lo que vi y escuché de él en aquellos días me dio mucho que pensar en los siguientes meses, y guardé como un tesoro en mi pecho las palabras con las que me despidió al cabo:

«Confíame tus errores, Parzival. Yo seré fiador ante Dios de tu arrepentimiento. ¡Haz lo que te he dicho y mantente firme en tu pureza!»

REGENERACIÓN

Tras mi estancia con el sabio Trevrizent, que tanto consuelo me procuró después de tantos años de rencor, tristezas y culpas, me acaecieron un buen número de prodigios, enlazados con los combates más duros y exigentes a los que me hubiera enfrentado jamás.

Mi mala estrella asomó en el horizonte cuando luché enconadamente con mi buen amigo y pariente, mi señor Gawain. Ninguno de los dos supimos quien era su oponente hasta que unos benditos pajes se allegaron al campo de la lid y gritaron el nombre de mi señor. Teniéndole casi vencido, arrojé mi espada lejos en cuanto supe quién era, lamentando que mi deshonrada mano le hubiera procurado tanto castigo al buen caballero. Por fortuna para mí, ni yo me deshonré con tal victoria, ni mi amigo me lo tuvo en cuenta; es más, me invitó a su tienda como huésped, en el gran campamento que las huestes de Arturo y las de Logroys, ducado que pertenecía ahora a Gawain, habían establecido frente al Castillo de las Maravillas.

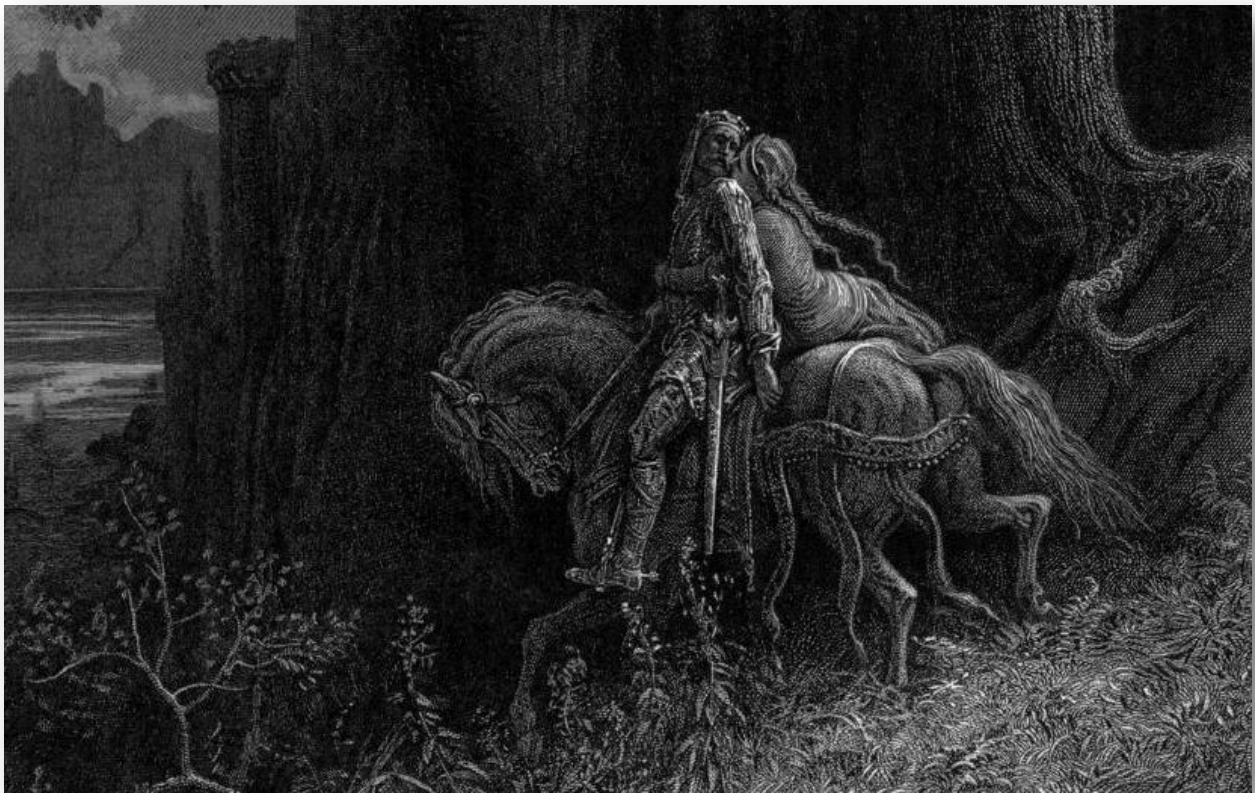
Allí habían acudido todos para contemplar el duelo singular al cual el rey Gramoflanz había retado al buen Gawain a cuenta de unas antiguas rencillas familiares. En verdad, yo había acudido allí sabedor de tal desafío con la intención de ocupar el lugar de mi amigo; mas, no reconociendo sus armas, terminé desdichadamente ocupando el lugar de su oponente.

Al día siguiente intenté enmendar mi error y, a pesar de la negativa de Sir Gawain a que yo ocupara su lugar, me presenté muy temprano en el llano de la lid para enfrentar al buen rey Gramoflanz, haciéndole creer que luchaba con Gawain. Para mi desdicha, Gawain

apareció cuando tenía ya doblegado a Gramoflanz y detuvo el combate, aunque el noble Gramoflanz acabara admitiendo la derrota. Pero mi amigo estaba empeñado en mantener su duelo, y pidió a Gramoflanz posponer por otro día su singular combate, por darle tiempo para recuperarse.

A la postre, el rey Arturo evitaría el insensato combate, haciendo entrar en razón a Gramoflanz a cuenta de sus amores por la hermana de Gawain, mi bella prima Itonje, que dulcemente le correspondía, convirtiendo el día de batalla en un día de desposorios.

Y con el amor danzando en el aire entre las tiendas de los tres ejércitos llegó, una vez más, la sombra de mi tristeza. La nostalgia que sentía por mi amada, Condwiramurs, se me venía haciendo excesiva desde hacía mucho tiempo; pero, tras mi paso por las grutas de mi tío Trevrizent, se me estaba haciendo en verdad insoportable. La mera idea del abrazo de



mi esposa se me hacía irresistible, pero mi fracaso ante el Grial me reclamaba saldar la cuenta antes que entregarme al solaz de la presencia de mi amada. De modo que, a la postre, me decidí por proseguir mi demanda y alejarme de las gratas compañías y los placeres que el séquito de Arturo pudiera proporcionarme, y, poco antes del amanecer, abandoné el campamento de los ejércitos en silencio.

Una vez más me hallaba en el servicio del Grial, pero esta vez me tendría que enfrentar a la peor lid que hubiera arrostrado jamás. Mientras cabalgaba por un gran

bosque, en inhóspitas tierras, me encontré con un caballero que, por su apariencia, debía venir de lejanas tierras. Nunca había visto tan ricas galas en un caballero, pues hasta la gualdrapa de su corcel estaba hecha con una seda como no lo hay siquiera en Arabí. El forastero llevaba por blasón un armiño, y mostraba trazas de ser rico y poderoso, además de diestro en las artes de la guerra.

Sin mediar palabra lanzamos nuestros caballos a la carrera, lanza en ristre por ver para quién sería la gloria. Uno a otro nos hicimos trizas las golas; yo me sorprendí de no haberle derribado por detrás de su caballo, y él pareció enfurecerse de verme aún sobre la silla. Ambos comprendimos que aquél iba a ser el combate más duro de nuestras vidas.

Tras cruzarnos repetidas veces en nuestra justa sin desmontarnos el uno al otro, y viendo que nuestros caballos estaban ya fatigados, optamos por desmontar y enfrentarnos con el acero de nuestras espadas. En verdad que los golpes de aquel pagano eran tremendos, pero durante un buen rato le estuve devolviendo ataque por ataque con parecido poder; hasta que, finalmente, gritando «¡Thasme!» y «¡Tabronit!», sus gritos de guerra, por los nombres de dos ciudades paganas, me golpeó en el yelmo con tal saña que logró que hincara la rodilla. Nunca antes, nadie lo había conseguido.

En aquel momento, viendo que la muerte podría estar rondándome, me acordé del Santo Grial, recordé las palabras de Trevrizent diciéndome que Dios se hallaba en mi interior, y recordé mi Amor: «¡Condwiramurs!», murmuré, saboreando su nombre entre mis labios.

Me levanté de un salto y grité «¡Pelrapeire!», e hice retroceder al pagano con renovadas fuerzas, astillando su escudo y asestándole finalmente tal golpe en el yelmo que le hice caer de rodillas, al tiempo que mi espada, la espada de Ither, se hacía pedazos. Mi deshonra al dar muerte al valiente Caballero Rojo y robarle sus armas me traía ahora el pago por mi inconsciencia.

Viéndome desarmado, el pagano se puso en pie de un salto, pero no me atacó. Hablándome en francés, con acento árabe, me dijo:

«¿Qué gloria conseguiría yo si os matara ahora, valiente caballero? Ciertamente, habrías acabado conmigo de no haberse roto vuestra espada. ¿Os parece si suspendemos el combate hasta que nos hayamos repuesto?»

Claro está que accedí, y nos sentamos al borde del camino.

«Creedme si os digo que nunca me había enfrentado a alguien tan difícil de doblegar como vos —dijo a continuación—. Héroe, ¿podrías decirme, si os place, vuestro nombre y linaje?»

«Si esperáis que lo haga llevado por el miedo —le espeté—, no obtendréis respuesta de mí.»

«En ese caso, me presentaré yo primero —dijo sin ofenderse—. Soy Feirefiz de Anjou, rey de Tribalibot, en la India, y de Zazamanc y Azagouc, en África.»

Sin poder creermelo que hubiera estado luchando con mi propio hermano, le dije que yo era hijo de Gahmuret de Anjou y que, si ése era su nombre, nuestro padre había sido uno y el mismo caballero. Le rogué que se desenlazara el yelmo y me mostrara su rostro, por ver de confirmar si, como se decía de él, era mitad blanco y mitad negro, y él me contestó: «¡Pues, entonces, vuestro hermano soy yo!»

Un gran gozo nos embargó. Nos quitamos los yelmos y el capuchón de mallas y nos abrazamos por encima de las armaduras. Él no dejaba de dar gracias a su Dios por habernos encontrado, pero también por no habernos herido de gravedad uno a otro antes, en nuestro lance, y me ofreció los reinos de Zazamanc y Azagouc, que habían pertenecido a nuestro padre. De hecho, me confesó que había venido a tierras cristianas en busca suya, pues quería conocerle. Tras informarle de la imposibilidad de su misión y de las circunstancias de la muerte de Gahmuret, me habló de la flota y del inmenso ejército sarraceno que había dejado en las lindes del bosque, hasta donde llegaba el mar, y me invitó a que fuera con él. Mas yo le hice otra oferta que no pudo rechazar: venir conmigo hasta el campamento de Arturo, Gawain y Gramoflanz.

«Veréis allí a los donceles y doncellas más hermosas —le dije para animarle—, y conoceréis a muchos de vuestros parientes en la corte de Arturo.»

Mi señor Gawain nos recibió y hospedó en sus tiendas cuando llegamos, y el rey Arturo dispuso una gran fiesta para el día siguiente con el fin de honrar a Feirefiz como merecía, pues su gloria y su nombre hacía tiempo que habían llegado a oídos de todos los congregados. Mandó tallar un tablero para una mesa redonda, y dispusieron en torno a la mesa un círculo de asientos, y Arturo no sólo ofreció el ingreso en la hermandad de la Tabla Redonda a mi hermano Feirefiz, sino también al noble Gramoflanz y otros caballeros que habían probado su honor y su nobleza en los tres ejércitos allí acampados.

Fue durante la asamblea de caballeros y damas de la Tabla Redonda cuando llegó una doncella con el rostro cubierto, ataviada con caros vestidos de terciopelo negro y oro árabe, y con el resplandeciente blasón del Grial. Montaba asimismo un negro caballo, igualmente adornado con la paloma de Montsalvat, con una silla y unos arreos muy ricos. Pidiendo permiso a Arturo y a Ginebra para que se oyera su embajada, se volvió hacia mí, que estaba junto al rey, saltó del caballo y se arrodilló a mis pies. Entre sollozos solicitó mi perdón, y entonces supe, aun sin ver su rostro, que se trataba de Cundry la Hechicera, la doncella que me hubiera cubierto de mi más que merecida deshonra cuando fui admitido en la Tabla Redonda.

Le rogué que se levantara y le dije que no tenía nada que perdonar, puesto que me había ganado el deshonor y había merecido sus duras palabras. Y la doncella, poniéndose en pie, se desató las cintas de la cabeza, la cofia y el velo, y los arrojó al círculo de la Tabla.

«¡Oh, Parzival, el rey Anfortas te manda sus saludos! —dijo Cundry— Esta vez no traigo reproches para ti, sino alabanzas y buenos augurios, pues tus tiempos de desdicha tocan a su fin. Una inscripción con tu nombre ha aparecido sobre la piedra santa, indicando que tú debes ser el rey del Grial, junto a tu esposa, Condwiramurs, como reina. Los planetas

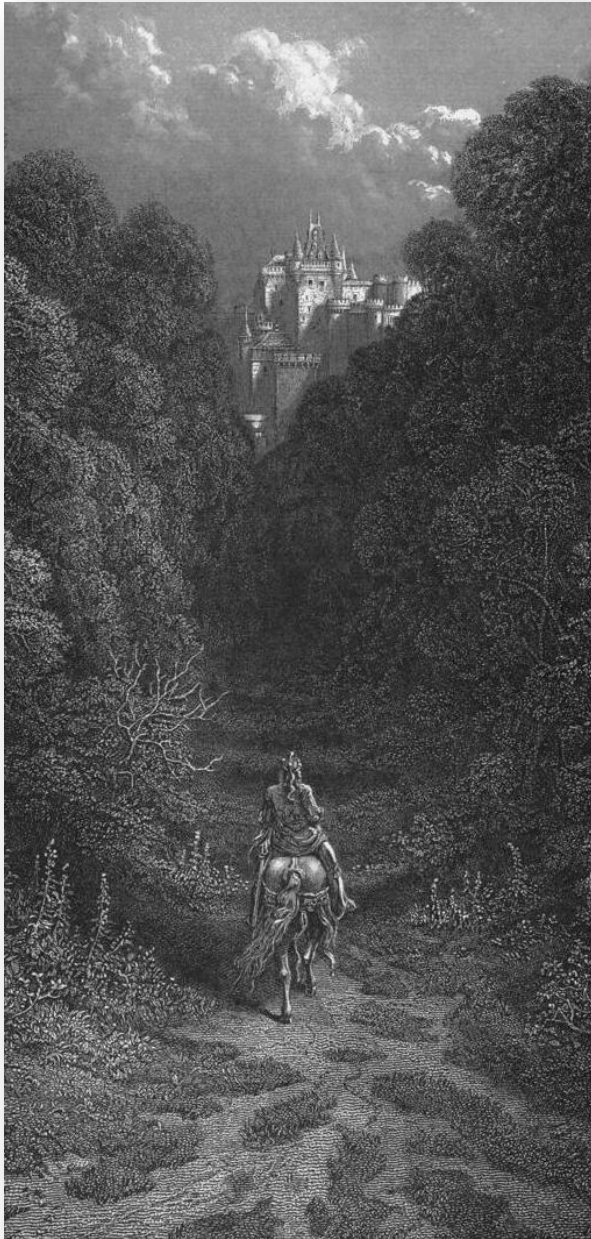
y las estrellas anuncian que tu larga demanda debe concluir, y que finalmente has conquistado la paz de tu alma. Tu pregunta curará al rey Anfortas, y le liberará por fin de su tremendo tormento.»

Cuando Cundry calló, no pude responder de inmediato, pues mi corazón estaba demasiado conmovido para hablar. ¡Tantos años de desventuras, de desdicha, de ausencia de mi dama, de culpa, de penalidades, de tristeza, de dudas, de rencor...! Todo eso iba a quedar por fin atrás.

Cuando alcancé a reponerme de mi llanto, le dije a la doncella:

«Señora, no tenéis más que decirme cuándo y cómo deberé de partir hacia mi dicha. Pero, os lo ruego, no me hagáis esperar en demasía.»

«Mi querido señor, ambos tenemos prisa, pues debemos dar término cuanto antes al sufrimiento de mi señor y devolverle así la vida y la primavera a la Tierra. Yo os guiaré hasta Montsalvat, y podéis elegir a alguien para que os acompañe», añadió finalmente mirando a mi hermano Feirefiz.



No nos demoramos mucho, lo justo para pedirle a mi hermano que me acompañara, recoger nuestras pertenencias y ponernos las armaduras de nuevo.

Los padecimientos de mi señor Anfortas se habían agravado desde mi partida, más de cinco años atrás, al punto que solicitaba a todos en Montsalvat que le dejaran morir, que no le pusieran en presencia del Grial durante siete noches y ocho días, para así terminar con su tormento. De modo que, cuando Feirefiz y yo llegamos al castillo, acompañados por Cundry, se produjo una gran algarabía. Tras ayudarnos a quitarnos las armaduras y proporcionarnos ricos vestidos, nos condujeron hasta el maltrecho Anfortas, quien, sin tenerlas todas consigo, me pidió que, en caso de no obrar la magia del Grial, impidiera que lo llevaran a su presencia nuevamente y le dejaran morir.

«Sólo decidme, señor, ¿dónde está el Grial?», le contesté, y nos llevaron ante él.

Conmovido contemplé fijamente la piedra sagrada que tantos años y tantas desdichas me había costado volver a contemplar. Y entonces, en el silencio de la sala, escuché en mi corazón, que no en mi cabeza, unas palabras muy nítidas; unas palabras que llegaron acompañadas de un gran poder y de un Amor que arrasaron mis ojos en lágrimas: «¿A quién sirve el Grial?»

Mi llanto no pasó inadvertido al doliente Anfortas, quién por el rabillo del ojo vi que me observaba fijamente. Entonces murmuré lo que había escuchado en mi pecho, como buscando una respuesta, «¿A quién sirve el Grial?», y sentí que Anfortas sonreía y comenzaba a sollozar también.

Volví a escuchar en mi corazón «¿A quién sirve el Grial?», junto a una ola de poder y de Amor que nublaron mi alma; y en un murmullo contesté, no desde mi inteligencia, sino desde lo más hondo de mi corazón:

«A vos, mi Señor, origen de todo, que habitáis en mí y en todo lo creado e increado. A vos os sirve, y a toda criatura que vos amáis y en la que moráis, en toda criatura humana o animal, en todo árbol y planta, en toda piedra y gota de agua, en cada aliento del aire y en el fuego, y en todo cuanto ha sido creado y cuanto aún no fue creado y sólo existe en vuestra gloriosa inteligencia. A todos ellos sirve en su compasión infinita, a todos cuida en su cuidado imperecedero... y a todos ellos y a vos me ofrezco humildemente a servir y cuidar».

Y, entonces, entre sollozos, me volví a mi rey Anfortas, que lloraba también como un niño, y le dije:

«Señor, ¿qué os aflige?»

Y el Grial obró su milagro.

LA NUEVA DEMANDA

Acompañado por parte de las huestes del Grial, como nuevo señor suyo, partí al día siguiente hacia las grutas de Trevrizent para darle la buena nueva, y luego nos dirigimos a la llanura junto al Plimizöl, donde las gotas de sangre en la nieve me habían sumido en aquel trance de Amor. Allí me reencontré al fin con mi amada Condwiramurs, a quien el duque Kyot de Cataluña había escoltado para nuestro reencuentro. Y allí conocí también a mis dos hijos, Lohengrin y Kardeiz, que habían nacido sin yo saberlo ocho meses después de mi partida de Pelrapeire. Mi dicha no tenía límites; al fin contemplaba de nuevo el rostro de mi amada y, para colmo, me encontraba con el tierno fruto de nuestros amores.

A nuestro regreso a Montsalvat, mi dama y yo fuimos coronados como reina y rey del Grial, en una ceremonia en la que asistimos de nuevo a la sagrada procesión de las veinticinco doncellas, aunque esta vez sin la exhibición de la lanza sangrante, y con cuarenta caballeros y multitud de damas más en la comunidad del Grial, los que habían venido de Pelrapeire con mi amada.

Algún cronista de mi historia diría tiempo después que, en aquella procesión, mi hermano Feirefiz no pudo ver el Grial por ser pagano, que el sagrado objeto se le hacía invisible por no ser cristiano. Sin embargo, no hay verdad en ello. Feirefiz sí pudo contemplar el Grial a pesar de ser pagano, y si los cronistas dijeron tal cosa fue por cuidar de su pellejo, en unos tiempos en que decir lo contrario les hubiera traído no sólo sinsabores, sino incluso el tormento, o la muerte.

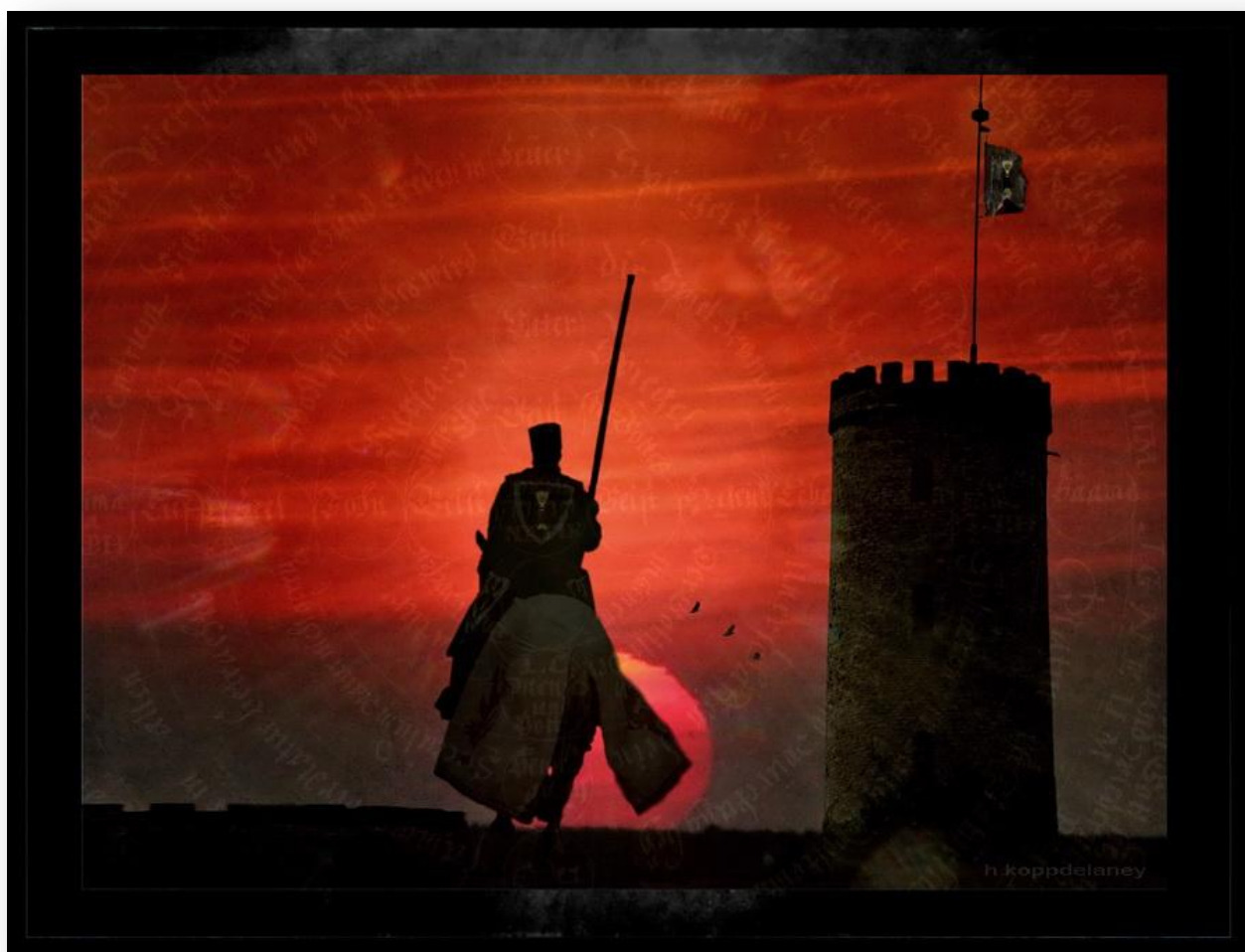
Sé que no os he contado la historia tal como otros cronistas la contaron en sus tiempos, pero debéis saber que cada tiempo tiene sus necesidades morales, y también que los cronistas de mi historia tuvieron que callar muchas cosas, o incluso disfrazar de otra guisa los acontecimientos, so pena de verse acosados por las autoridades mundanas o religiosas de su época. Los tiempos cambian, la raza humana cambia a su vez, y las verdades deben salir finalmente a la luz.

Yo le transmití la historia a un erudito musulmán de Toledo, al que dieron en llamar Flegetanis, y luego me las ingení para que un cristiano, Kyot el Provenzal, la descubriera. Incluso, me aparecí en sus sueños para indicarle cosas que no le había contado a Flegetanis. Pero el Grial no entiende de religiones ni razas, ni siquiera hace distinciones entre seres humanos, animales, plantas o piedras. Sobre todos derrama su compasión y su cuidado, y de sus custodios sólo exige la pureza de corazón y el coraje que les conceda enfrentarse a la falsedad y la necesidad de quienes no cuidan de la Vida toda en la Tierra.

Pero ahora hace mucho tiempo de todo lo que os he contado aquí. El Grial fue arrebatado al mundo imaginal tiempo ha para preservar su pureza, y nos mantuvo con vida generación tras generación, mientras nuestra comunidad se extendía por el mundo en secreto alentando muchos de los cambios que, hoy en día, traen la compasión y el cuidado a vuestro mundo. De hecho, muchos de entre nuestra comunidad ni siquiera tienen el

recuerdo de haber pertenecido a ella, pero siguen defendiendo la insignia y el blasón de Montsalvat, la paloma, como signo de su misión en la Tierra. Los conoceréis por su corazón puro y compasivo, y por su coraje.

Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, vuestro mundo se halla hoy más que nunca en la Tierra Desolada, que sigue extendiendo su manto de penurias y de muerte sobre el planeta. Los ricos y poderosos abusan de los humildes y los someten por la injusticia; gentes de medio mundo sufren de hambre y miseria, mientras la otra mitad hace oídos sordos en su ignominia; la raza humana oprime a sus hermanas y hermanos en la Vida, les arrebatada la vida por el mero placer de matar, emponzoña las fuentes, arrasa florestas, envicia los anchos mares y corrompe el mismo aliento que todos respiran. Y todo ello por codicia, por el profundo vacío de alma que todo lo cubre. Eso es la Tierra Desolada.



Como dijera la doncella Cundry en su incomprensida belleza, cuando vino a la pradera de Plimizöl para reprocharme con justicia, el Grial y su rey son el alma del mundo, y este rey y la Tierra son uno. Como ya ocurriera entonces, las cosechas se echarán a perder, los árboles dejarán de florecer, las aguas bajarán negras desde sus fuentes y el hambre asolará y diezmará a vuestras familias. Sólo con corazones valerosos y puros, con almas

compasivas, el Grial podrá obrar de nuevo su milagro y devolver la Vida y la Belleza a la Tierra. El Grial se halla en todas partes y adopta miles de formas, y no pertenece a raza ni creencia alguna, sino al alma de la Vida que constituye su esencia.

Como dijo la hermosa Cundry:

«¡Partid en busca del Grial, pues todos seréis necesarios en esta búsqueda! ¡Partid hoy en esta sagrada demanda, o vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos lamentarán algún día la existencia de aquéllos y aquéllas que los engendraron!» □¹

Comentarios sobre esta adaptación

Esta versión del mito del Grial se basa casi exclusivamente en el *Parzival* de Wolfram von Eschenbach (1999), escrito entre 1209 y 1215, por parecerme la versión que mejores y más acertados contenidos arquetípicos ofrece, y que es la misma versión en la que se basó Wagner para su magistral ópera *Parsifal*, aunque he hecho no obstante algunos pequeños añadidos procedentes de otras versiones del mito. También he incluido una buena dosis de «cosecha propia», principalmente en el análisis psicológico del personaje y sus motivaciones, pero también en las interpretaciones de los hechos narrados y en el ajuste de esta adaptación al contexto social y medioambiental en el que nos encontramos a principios del siglo XXI.

Posiblemente sea esta adaptación la primera versión del mito en la que es el propio protagonista, Parzival, el que relata los hechos en primera persona, ardid que me ha resultado útil para dotar a esta adaptación de unos componentes reflexivos que se prestaban más a las funciones educativas que pretendía satisfacer. En su mayor parte, las reflexiones e interpretaciones que se incluyen aquí están basadas en el análisis que Campbell (1991) hizo de este mito y en mis propias experiencias y conclusiones desde un abordaje transpersonal del relato, en el que llevo trabajando desde hace muchos años.

¹ Imágenes en el relato:

- Cabecera: "Accolade", cuadro de Edmund Blair Leighton.
 - "Idylls of the King 7", dibujo de Gustave Doré.
 - "Idylls of the King 15", dibujo de Gustave Doré.
 - "God Speed", cuadro de Edmund Blair Leighton.
 - "My fair Lady", cuadro de Edmund Blair Leighton.
 - "Sir Kay breaketh his sword at ye Tournament", dibujo de Howard Pyle.
 - "Idylls of the King 13", dibujo de Gustave Doré.
 - "Idylls of the King 18", dibujo de Gustave Doré.
 - "Idylls of the King 1", dibujo de Gustave Doré.
 - "Idylls of the King 3", dibujo de Gustave Doré.
 - "Idylls of the King 9", dibujo de Gustave Doré,
- Todos ellos con licencia CC0, en Wikimedia Commons.
—"Knights Castle", de Hartwig HKD, licencia CC BY-ND, en Flickr.com.

Al lector que no conozca la obra de Wolfram quizás pueda parecerle que esta adaptación se aleja mucho de las ideas que pudo expresar el escritor alemán en el siglo XIII con respecto a temas como la mujer, el amor o la religión; sin embargo, lo que he hecho en esta versión no ha ido mucho más allá de lo que Wolfram expone realmente y de lo que nos deja intuir, sobre todo si tenemos en cuenta el análisis que de la obra hizo el mitólogo Joseph Campbell.

Por ejemplo, en el tema de la mujer, Wolfram hace hincapié una y otra vez en la enorme importancia de ésta en todo empeño caballeresco, espiritual y social, resaltando que la Tabla Redonda estaba compuesta no sólo por hombres, sino también por mujeres, y dando una importancia decisiva al papel de las mujeres en todo el relato, tanto como guías y orientadoras de los caballeros, recriminándoles y poniéndoles en su sitio cuando no actúan correctamente, como asumiendo un papel de liderazgo en los más altos cargos, como es el caso de la custodia femenina del Grial. Por otra parte, Wolfram resalta asimismo su decisivo papel en el proceso espiritual del caballero, al contrario que en otras versiones del mito, donde la mujer es la tentación y caída del buen caballero, que sólo debe aspirar a la castidad.² Como dice Penedo (2004),

El comportamiento de las mujeres, sobre todo en el texto de Wolfram, no se corresponde con las normas reales del momento: en él las mujeres manifiestan abiertamente su deseo sexual, toman la iniciativa y son fuente de placer y conocimiento para el hombre, quien les rinde culto y las venera. El libro repite en más de una ocasión que el peor ultraje que puede cometer un caballero es faltarle al respeto, aun en lo mínimo, a una mujer. En Wolfram ellas eligen por sí mismas a sus parejas y no se sienten sujetas de por vida al vínculo. (p. 346)

Al parecer, Wolfram conectaba de algún modo, a través del amor cortesano, con la corriente trobadoresca que sería conocida poco después, sobre todo con Dante, como los *Fedeli d'Amore*, los Fieles del Amor, una tradición en la que la mujer adquiría un papel trascendente y decisivo, y donde la relación con la mujer, incluso en sus aspectos más sensuales, se convertía en una vía mística. A este respecto, mi contribución en esta adaptación ha sido la de incluir algunas de las ideas del místico sufí Ibn 'Arabî, coetáneo de Wolfram, para quien la mujer era la mayor de las teofanías, llegando incluso a afirmar que Dios tenía rostro de mujer.³ Sobre las influencias de la poesía islámica sufí en los Fieles de Amor se ha escrito también suficientemente, por lo que mis aportaciones aquí no son en modo alguno descabelladas.⁴

² Versiones en las que la mano monacal de la época se hizo notar.

³ De todos estos aspectos del Amor, donde el amor humano y el amor divino se entremezclan, y donde el amor humano, incluso con sus aspectos carnales, se convierte en vía mística, hablé extensamente en mi libro *Mahabbat: La Ciencia del Amor* (Grian, 2005).

⁴ Al respecto del papel de la mujer y su significado en el mito del Grial, principalmente en la versión de Von Eschenbach, vale la pena leer el artículo de Antonio Pinedo (2004), "Las mujeres del Grial: La cruzada cristiana contra el arquetipo femenino".

En lo relativo al tema espiritual y religioso, tampoco me he excedido en mis aportaciones para esta adaptación, habida cuenta del análisis de Campbell sobre el mito, en el que afirma se opera un cambio trascendental en la cultura occidental. Para Campbell, el *Parzival* es el inicio de la espiritualidad secular, de un enfoque espiritual que busca la relación con la divinidad en la relación individual de la persona con Dios, y no en el papel mediador de la religión organizada y socialmente consensuada. De hecho, Wolfram pone en boca de Parzival su "odio" por aquel Dios que se le transmitió culturalmente; es decir, tampoco éste ha sido un invento mío, si bien he ahondado en él para definir mejor el conflicto psicológico del personaje. Por otra parte, Campbell (1991) resalta también que este mito supone una ruptura con el enfoque cristiano en relación con la naturaleza y lo natural como fuente de pecado, que es como la concibió la iglesia católica casi desde sus inicios. Partiendo de la base de que los mitos de la Materia de Bretaña, los mitos artúricos, tienen un origen celta, se ve ya en ellos que sus héroes siguen a su naturaleza, a su corazón, frente a las constricciones culturales o religiosas. Por otra parte, la presencia de la naturaleza como guía, y no como perdición, se hace presente incluso en la escena en la que Parzival, tras encontrarse con los penitentes, y viéndose sumido en la confusión, se deja llevar por su caballo (representante en ese momento del mundo natural) para salir de su laberinto psicológico.

Por otra parte, el trato que hace Wolfram de los personajes no cristianos, a los que llama genéricamente "paganos" (como la reina negra Belakane, su hijo Feirefiz, hermano de Parzival, la reina sarracena Ekuba de Janfuse, que también se sienta en la Tabla Redonda, o la propia Cundry, personaje decisivo en la obra, mujer ilustrada y erudita, procedente del país de Feirefiz), es del todo exquisito, si tenemos en cuenta que la obra está escrita entre 1209 y 1215, poco después de la muerte de Saladino, en la Cuarta Cruzada. Wolfram muestra en todo momento un gran respeto por las culturas ajenas a las europeas (árabes, índicas y africanas), así como por sus logros, y sólo comete el desliz de pretender que Feirefiz tuvo que bautizarse para poder ver el Grial, quiero creer que por no meterse en problemas con las autoridades eclesiásticas, con las que no se podían correr riesgos excesivos en la época. Por otra parte, llama la atención cómo Wolfram insiste en la fidelidad que el padre de Parzival, Gahmuret de Anjou, tiene en su amistad con el califa de Bagdad, de quien se convierte en su paladín en la primera parte de su historia y a quien acude a rescatar en la sección final de su relato, encontrando con ello la muerte.

Otro detalle que resulta llamativo en Wolfram, dada su época, es el relativo a la relación con los animales. Es el mismo Wolfram —no es una invención mía— quien cuenta que Parzival lloró y "se mesaba el cabello y se vengaba con su pelo" cuando mató a un pajarillo con sus flechas, si bien luego entra en contradicción al afirmar que cazaba ciervos. También es Wolfram el que dice que Trevrizent sólo comía raíces y hierbas, y que "no comía ninguna vianda que tuviera sangre, ni pescado ni carne". Con esto quiero decir que tampoco he ido mucho más allá en mi adaptación para adecuarla a nuestros tiempos.

Finalmente, el trato que doy en esta versión al Grial en sí tampoco es descabellada ni excede demasiado lo que se dice de él en las distintas versiones del mito, si exceptuamos las versiones surgidas de plumas monacales⁵ que, evidentemente, muestran una intención claramente cristianizante y, en algunos casos, dogmática, al menos en lo relativo al tema de la castidad. He querido, eso sí, establecer finalmente un paralelismo claro entre la Tierra Desolada del mito y la actual situación de nuestro planeta, definiendo un vínculo entre el arquetipo de la Tierra Desolada y el vacío espiritual y ético existente en la cultura occidental, ilustrando así el punto del preámbulo de la Carta de la Tierra que este relato pretende representar: "Nuestros retos ambientales, económicos, políticos, sociales y espirituales están interrelacionados y juntos podemos proponer y concretar soluciones comprensivas".

Uso educativo de esta adaptación

Es evidente que esta versión del mito es demasiado extensa y compleja para su uso educativo con alumnos de enseñanza primaria, por lo que se recomienda su utilización con alumnos y alumnas a partir de los 13 años.

Siendo el relato más extenso de cuantos forman la población de relatos de esta investigación, es evidente que debería utilizarse como texto de trabajo durante varias sesiones o clases, si bien tiene la ventaja de que no sólo refleja el punto de la Carta de la Tierra con el que se le ha relacionado en este estudio, sino que abarca otros muchos aspectos, tanto de los valores y principios de justicia social y ecológica como de la epistemología y la ontología del pensamiento sistémico-complejo. De hecho, sometido al análisis de contenido al que se ha sometido aquí a los relatos de la muestra, *"Las confesiones de Parzival"* satura **todas** las categorías del pensamiento sistémico-complejo y **todas** las categorías de los valores y principios de la Carta de la Tierra. Esto lo convierte en una buena herramienta educativa para los fines que se pretenden en esta investigación.

Pero, además, este relato puede servir de punto de partida para indagar y profundizar en otros temas y disciplinas, como la historia en los siglos XII y XIII; la literatura caballeresca medieval; el movimiento trovadoresco y la tradición de los Fieles de Amor; temas sociales de carácter ecológico, multicultural o de género; las virtudes morales y la construcción de carácter (ver a este respecto el trabajo de Arthur et al., 2014, en la Universidad de Birmingham); o el análisis espiritual y religioso en sus relaciones con la naturaleza y las pulsiones naturales, así como en el abordaje individual y personal de la espiritualidad como alternativa a las religiones organizadas; todo ello con el añadido de la

⁵ Básicamente, el Ciclo de la Vulgata (c. 1220-1230), en el que se basó Thomas Malory para su gran obra, *Le Morte d'Arthur* (1485), versiones en las que el héroe ya no es Parzival, sino el casto y asexuado Galahad, adoptando Parzival un papel secundario e igualmente casto.

transmisión de los valores necesarios para el actual contexto histórico y los enfoques del pensamiento sistémico-complejo.

En todos estos sentidos, los comentarios expuestos en el punto anterior sobre esta adaptación y sus paralelismos con la versión original de Wolfram Von Eschenbach pueden ser suficientemente ilustrativos y enriquecedores para el trabajo en el aula.



W.C. WELLS

Anexo 8

La comunidad de la Tabla Redonda

Adaptación de Grian A. Cutanda sobre las leyendas de la Tabla Redonda

Arturo llevaba un buen rato en silencio, esbozando una media sonrisa con aire reflexivo, mientras observaba a los caballeros y las damas reunidas en el gran salón de Camelot. Arturo disfrutaba de las reuniones de la comunidad de la Tabla Redonda, sobre todo de las reuniones anuales de Pentecostés, cuando todos los miembros de la comunidad esparcidos por el mundo conocido acudían a Britania para renovar sus lazos y sus votos de hermandad. Entonces, el gran salón de Camelot se llenaba de portes y atuendos de los más variados estilos, cada cual siguiendo la moda de sus países de procedencia, con las mujeres llevando tocados altos o bajos, y los hombres exhibiendo grandes mostachos, barbas largas o cortas, o los rostros bien rasurados, según las costumbres de sus respectivos reinos.

La música de las violas y las flautas inundaba el salón, pero no acallaba el rumor de las conversaciones, salpicadas aquí y allí con risas o, incluso, carcajadas. A su derecha, la reina Ginebra, su esposa, parecía estar limpiándose una mancha de vino del vestido con la ayuda de Cunneware de Lalande, una dama bien conocida de la corte; mientras a su izquierda, al otro lado del Asiento Peligroso, siempre vacío a la espera de que llegara el mejor caballero de todos los tiempos, el invencible Lanzarote y su hermanastro, Ector de Maris, dejaban escapar estruendosas risotadas con las ocurrencias de Sir Dinadan, siempre presto con una broma o un chiste entre los labios para disfrute de sus camaradas.

Arturo pensaba que la Tabla Redonda había sido siempre una bendición, no sólo para su reino, sino también en su propia vida. El ambiente de compañerismo, de verdadera hermandad que se respiraba en ella, era siempre un alivio, una válvula de escape para sus obligaciones de gobierno, un entorno de emociones gratas y gozosos sentimientos con los que se sentía vivo, recuperando por un tiempo el humilde lugar de ser uno más entre sus amigos, en vez del soberano de uno de los reinos más poderosos de Europa.

Y es que la Tabla Redonda era así, precisamente redonda, para que ninguno de los allí reunidos ocupara un lugar especial o prominente entre todos sus compañeros y compañeras. Nadie destacaba por encima de nadie. En la Tabla Redonda, todos eran iguales, a nadie se le excluía y todos se sentaban allí hombro con hombro, fuera cual fuera su condición social, su raza o su religión.

Arturo recordó el día en que la inmensa mesa, ante la que podían sentarse hasta 150 comensales, llegó a Camelot. Aquél fue el regalo de bodas del padre de Ginebra, el rey Leodegrance de Cameliard, a quien se la había regalado previamente el padre de Arturo, Uther Pendragon, a propuesta de Merlin. El sabio Merlin, a quien algunos atribuían poderes mágicos, había sido el principal de los consejeros de su padre y, posteriormente, tras la muerte de Uther, también el suyo. Arturo recordaba sus palabras cuando llegó la mesa procedente de Cameliard:

—Esta mesa es redonda por la redondez del mundo y de las esferas de los planetas y de los elementos del firmamento —había dicho el sabio—. La Tabla Redonda es un símbolo del mundo y, más allá de eso, un símbolo de unidad.

Merlin le había dicho que aquella mesa sería decisiva en su reinado, que en ella debería congregarse a los mejores, más puros y nobles caballeros del mundo, advirtiéndole que el bautismo cristiano no debería ser un requisito para formar parte de la hermandad, y sugiriéndole un voto que deberían juramentar todos los caballeros, un código ético de actitud y comportamiento que cada miembro de la mesa debería volver a confirmar anualmente en la reunión de mayo, en Pentecostés.

Según aquel voto, los caballeros nunca combatirían entre ellos, salvo por amor o en los torneos con que periódicamente se ejercitaban entre ellos, y se comprometían a llevar un comportamiento ejemplar, enderezando toda injusticia perpetrada de la que pudieran tener conocimiento, defendiendo siempre a las mujeres, los niños y los ancianos, haciéndose valedores de los débiles frente a los poderosos, evitando la violencia siempre que fuese posible, ofreciendo merced a todo vencido que pidiera perdón, y no luchando jamás por una causa injusta, ni aunque fuera por amor o lucro.

De este modo, los caballeros de la Tabla Redonda se convirtieron en una poderosa fuerza que garantizaba el orden social y velaba por la paz, pero siempre de una forma comedida, con mesura, intentando no fomentar violencias innecesarias, en unos tiempos en

que eran hombres de bien, hombres nobles, habían aceptado gustosos formar parte de la cada vez más prestigiosa hermandad. La Tabla Redonda podía tener el aspecto de una mesa de guerreros, pero en realidad era una mesa de paz en la que se intentaba que reyes, príncipes y nobles, que en otras circunstancias hubieran combatido y entablado guerras entre ellos, se sentaran en una misma mesa, se conocieran y se hermanaran, previniendo de ese modo futuros conflictos entre ellos. ¿Qué mejor manera de hermanar a todos aquellos hombres que haciéndoles comer y beber juntos, reír, bromear y hacer chanzas entre ellos?

Y cuando, a pesar de todo, surgía alguna desavenencia entre reyes vecinos, en vez de lanzarse uno a otro sus huestes para imponer su criterio, los reyes discutían cara a cara sus diferencias en la Tabla, haciendo de mediadores el resto de reyes, príncipes y caballeros hermanados.

Así fue cómo la paz de Arturo se extendió por toda Britania y las islas, incluso más allá del canal; una paz prolongada, que hizo comprender finalmente a Arturo, después de muchos años de haber instaurado la hermandad, el sutil papel que aquella inmensa mesa de madera estaba cumpliendo.

Poco después, cuando las bondades del reino de Arturo y el prestigio de su valerosa fraternidad comenzaron a extenderse por Europa, empezaban a llegar caballeros y nobles de otros países y otras regiones del mundo, como Sir Urre de Hungría, el danés Melias de Lile, el griego Cligès, o el constantinopolitano Segramore le Desirous; y, por encima de todos, un verdadero ejército de galos, con Bors y Bleoberis de Ganis, Sir Lionel, y el gran Lanzarote del Lago a la cabeza. Incluso llegaron caballeros que tenían otras creencias y daban culto a otros dioses, como los sarracenos Palomides, Safere y Segwarides, el sarraceno de la Toscana Priamus o el pagano africano Feirefiz, rey de Zazamanc, que era mitad negro y mitad blanco, por ser hijo de la reina Belakane de Zazamanc y del franco Gahmuret de Anjou. Fue entonces cuando Arturo comprendió la exigencia de Merlin de que el bautismo cristiano no debía ser un requisito para formar parte de la comunidad.

La idea de que nadie debía ser excluido de la Tabla Redonda le llevó también a integrar en la hermandad a hombres que, en otro tiempo, jamás hubieran podido aspirar a formar parte de tan prestigiosa sociedad. Así, el escocés Sir Fergus, que había sido un campesino, y Sir Tor, hijo de un pastor, recibieron el espaldarazo de Arturo y formaron parte de la egregia mesa; lo mismo que Sir Segramore, que padecía ataques epilépticos; Sir Evadeam, el Caballero Enano, al que Arturo nombró caballero entre las risas del resto de la hermandad, para terminar avergonzándolos a todos con sus proezas; Sir Ginglain, hijo de un hada; o el astuto y provocador Sir Dinadan, quien, siendo un magnífico caballero, cuestionaba con sus bromas las convenciones de la caballería, gustaba de la compañía de los más hermosos de sus camaradas y no ocultaba su rechazo al amor femenino.

Finalmente, el "Nadie debe ser excluido" llevó a Arturo a percatarse de que se había olvidado de lo más importante de su reino y del mundo: ¡las mujeres! Ellas también debían

estar en la Tabla Redonda, no se las podía excluir; y, por otra parte, su presencia limitaría en gran medida el concepto de la Tabla Redonda como una sociedad de hombres armados. En tiempos de paz, no eran las armas las que debían prevalecer. Y, así, además de la reina Ginebra, su esposa, la Tabla Redonda acogería también a otras muchas mujeres de ingenio y perspicacia probadas, capaces de ofrecer sabios consejos y de mediar hábilmente en los conflictos, como las damas Elaine de Astolat y Cunneware de Lalande; Guinevak, la hermana de Ginebra; Evaine, madre de Bors y tía de Lanzarote; la sabia y erudita Morgan le Fay, hermanastra de Arturo; la pagana de tez negra Ekuba, reina de Janfuse, en África, mujer de inmensa sensatez; así como jóvenes damas y doncellas como las hermanas Lyonesse y Lynette; Laudine, la Dama de la Fuente; Elaine la Joven, hermana de Gawain e hija de Lot; o Morfydd, hermana gemela de Sir Owain. Con el tiempo, se unirían también a ellas otras mujeres de muy distintas edades, como la sin par Dintrane; la joven Itonje y su madre, la reina Sangive; y la hermosa, sagaz y poderosa duquesa Orgeluse de Logroys.

Con todas ellas, la Tabla Redonda había perfeccionado hasta el extremo sus capacidades como instrumento de paz que le hubiera asignado Merlin.

«La mujeres tienen un ingenio pronto y una inteligencia innata para conservar, recuperar y remendar las relaciones —pensó Arturo mientras miraba a las damas esparcidas a todo lo largo del círculo de la Tabla—. Su exquisito cuidado en no herir los sentimientos, y su atención a los detalles en las relaciones, vínculos y lazos entre las personas, las hacen perfectas para solventar los conflictos y mantener la paz.»



Con ellas, la Tabla Redonda había alcanzado su máximo esplendor. Aquella comunidad de hombres y mujeres había transformado el contrato social de su época, basado en la independencia, en un vínculo afectivo basado en la interdependencia, una verdadera hermandad en la que todos y todas estaban dispuestas a batir el cobre por todos los demás. La igualdad entre sus miembros, incluido el rey, había obrado el milagro, hasta el punto de que los componentes de la mesa decían que, aunque casi no habían tenido trato con algunos o incluso muchos de ellos, el cariño que se sentían era tan profundo que sólo la muerte podría separarlos.

La Tabla Redonda ejercía una descomunal fuerza gravitacional sobre todos sus miembros, al punto que muchos caballeros y damas de tierras lejanas habían optado por cambiar sus residencias y traer a sus familias a Camelot, para poder disfrutar más a menudo de la compañía de la noble comunidad.

—Los que se sienten en torno a la mesa ya no querrán volver a sus propias tierras ni dejar este lugar —le había dicho el viejo Merlin muchos años atrás.

Arturo perdió la sonrisa, cabizbajo.

«¡Ay, Merlin, mi buen Merlin! —se lamentó para sí— ¿Qué fue de ti, mi buen amigo?»

Sí, el rey echaba mucho de menos a su anciano amigo y consejero. Por desgracia, fue una mujer la que le arrebató a su más poderoso soporte en el gobierno de Logres, cuando el celebrado mago desapareció tras los pasos de Nimue, la Dama del Lago.

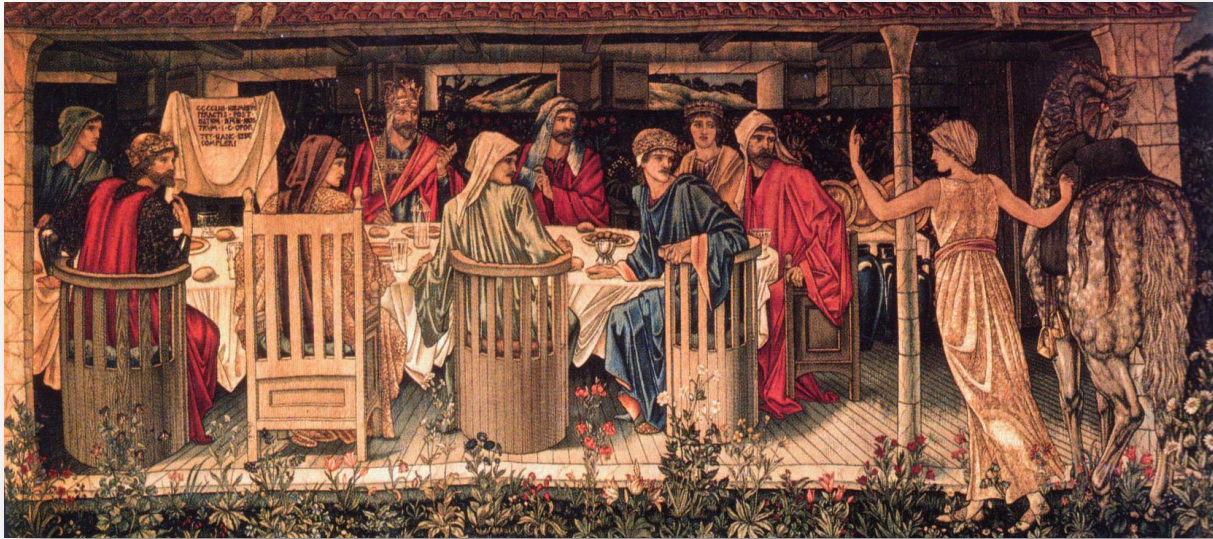
«El amor no tiene edades —pensó Arturo—. ¿Quién sabe si su pasión le costó la vida, y ahora el bueno de Merlin se halla en el mundo de los sueños.»

Sí, Merlin y otros muchos buenos caballeros habían quedado en el camino, y su doloroso recuerdo acompañaba a Arturo en aquellas ocasiones en que se reunía la comunidad de la Tabla Redonda. Pero él sabía que no podía dejarse llevar por los sentimientos y engolfarse demasiado en la nostalgia por los que ya no estaban, cuando podía disfrutar, aquí y ahora, de la presencia de tantos buenos amigos y amigas. Y ahí, ante sus ojos, estaban todos.

La música de las violas y las flautas seguía inundando el salón con su armónico perfume, y caballeros y damas continuaban conversando y riendo a la espera de una aventura, pues en la Tabla existía la costumbre de no iniciar la comida si antes no tenía lugar en la corte un acontecimiento memorable. Y es que el relato de aventuras era una de las distracciones principales en la mesa.

Tal como le había aconsejado Merlin, para que el reino funcionara, los caballeros debían responsabilizarse de sí mismos, y de ahí que estableciera una norma según la cual, toda vez que un caballero partía hacia alguna demanda, debía jurar antes de partir que, a su regreso, contaría con honestidad y todo lujo de detalles lo que le hubiese acaecido, tanto si

lo ocurrido le cubría de honor como si lo cubría de vergüenza. Aquella costumbre serviría a Arturo para diferenciar a los buenos de los malos caballeros, a los honestos, nobles y leales de los deshonestos y ladinos, purgando así la Tabla Redonda de aquellos elementos que hubieran podido corromperla. De todos aquellos relatos surgirían después infinidad de historias sobre los hechos y las gestas de los caballeros de la Tabla Redonda, pues Arturo siempre veló porque su bardo tomara buena nota en su memoria de todas aquellas aventuras.



«Quizás todas estas gestas y acontecimientos se relaten en un futuro, cuando nuestra existencia no sea más que un recuerdo, y ojalá que sea grato —reflexionó el rey—. Y espero que esta hermandad sirva de inspiración a las generaciones venideras.»

Arturo no olvidaba lo que le hubiera dicho en cierta ocasión Merlin, mientras contemplaban desde las almenas de Camelot las verdes praderas de los alrededores, bañadas por el sol del atardecer.

—Señor, vuestra Tabla Redonda, por grande y prestigiosa que sea —le había dicho con la mirada perdida en el horizonte—, no es más que la prefiguración de otra mesa mucho más grande y honrosa que se establecerá en un lejano futuro, cuando las personas más nobles y puras de todas las razas del mundo conocido, y de otro mundo que aún no se conoce, se congregarán, al igual que aquí, en torno a otra mesa redonda para formar una gran hermandad. Entonces, la guerra se convertirá en un recuerdo ominoso del pasado, y la raza humana alcanzará la condición de los dioses.

No, Arturo no había olvidado aquellas palabras; de hecho, no quería olvidarlas.

—No debemos olvidar las utopías —musitó para sí mismo—, pues que las utopías nos marcan el horizonte hacia el cual dirigir nuestras monturas.

De pronto, Arturo abandonó el plácido discurrir de sus reflexiones. Algo sucedía en las inmediaciones de la puerta principal del gran salón de Camelot, pues las conversaciones y las risas se habían apagado de repente. Aquélla quizás fuera la primera señal de que iba a haber una aventura.

Más allá de Lanzarote, Ector y Dinadan, que habían callado también para mirar hacia la puerta, Arturo vio que se abría un pasillo entre los congregados para dejar entrar a un paje, que traía de la mano a un hermoso doncel ataviado a la usanza de un bufón.

—¡Dios os guarde, mi señor! ¡Dios os guarde, mi señora! —dijo el bello recién llegado hincando una rodilla en el suelo— Mi madre me insistió en que debía saludaros a ambos por separado, y también me dijo que saludara a quienes, por su gran fama y nobleza, están sentados en torno a la Tabla Redonda.

Y, sin esperar el saludo del rey, prosiguió:

—En la puerta he hallado a un caballero vestido completamente de rojo que, según parece, desea combatir, alegando no sé qué derechos sobre vuestro reino. También me ha pedido que os diga que siente haber derramado el vino sobre la reina —añadió mirando a Ginebra—. Si vos me lo consentís, yo mismo me ofrezco para hacerle frente. A cambio, y si salgo con bien de esta aventura, os ruego que me permitáis quedarme con su armadura, que es magnífica, y me rindáis los honores de caballero.

Arturo se maravilló ante la osadía del joven, pero temió por su vida, previendo su inexperiencia con las armas. El rey aún no sabía que acababa de conocer al hermoso Parzival, el hijo de Gahmuret de Anjou y de la reina Herzeloide, el caballero que llevaría a término la Demanda del Santo Grial y se haría merecedor de sentarse en el Asiento Peligroso.

Pero ésa es ya otra historia. □¹

Comentarios sobre esta adaptación

Más que una adaptación de un relato concreto, lo que he hecho aquí ha sido una recreación de multitud de relatos del Ciclo Artúrico en los que se habla de la Tabla Redonda y su comunidad, desde que Wace hablara por vez primera de ella en torno a 1155. En cualquier caso, no he incluido novedades excesivas sobre lo que ya se cuenta en los relatos

¹ Imágenes en este relato:

—Cabecera: "The Green Knight preparing to battle Sir Beaumains", cuadro de N. C. Wyeth, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

—La Tabla Redonda del Gran Salón de Winchester, del siglo XIV, licencia CC0.

—"The arming and departure of the knights" y

—"The summons", dos de los seis tapices del Santo Grial expuestos en Stanmore Hall, Reino Unido, licencia CC0, en Wikimedia Commons.

medievales, limitándome simplemente a resaltar detalles que podrían ser válidos para nuestro actual contexto histórico y a engarzar ideas que aparecían sueltas en los relatos originales. Finalmente, he conectado este breve episodio de la vida en la corte de Arturo con la escena del mito de Parzival en la que el héroe se presenta por vez primera ante Arturo, tal como lo cuenta Wolfram Von Eschenbach (1999).

Poco más puedo añadir, salvo señalar que, a diferencia de otras versiones, Wolfram Von Eschenbach especifica que las mujeres también se sentaban en la Tabla Redonda y participaban en sus reuniones, y que no me he inventado ningún personaje de los aquí nombrados, pues todos ellos aparecen en alguna u otra versión de los mitos. Por otra parte, me gustaría añadir que todos estos personajes se ajustan en sus características a lo que se cuenta de ellos en los textos, incluidas las más que probables tendencias homosexuales de Sir Dinadan, por extraño que pueda parecer en unos relatos que datan de la Edad Media europea.

Uso educativo de esta adaptación

Este relato se ha pensado y diseñado para ilustrar el fragmento del epílogo de la Carta de la Tierra donde dice:

Nuestra diversidad cultural es un patrimonio precioso y cada cultura encontrará su propia forma de desarrollar estos objetivos. Debemos profundizar y ampliar el diálogo mundial que generó la Carta de la Tierra porque hay mucho que aprender de todos los que participan en la búsqueda de la verdad y la sabiduría.

Como se habrá visto en el relato, se resalta el carácter diverso, transcultural e inclusivo que propugna este punto de la Carta, abogando por el trabajo conjunto en condiciones de igualdad de todos los componentes de esa mesa redonda que se constituye desde un principio en un símbolo del mundo en los propios textos medievales. Un trabajo interesante a este respecto es el que ofrece Bloch (1980).

Sometido al análisis de contenido al que fueron sometidos los relatos de la muestra de investigación, *"La comunidad de la Tabla Redonda"* satura **todas** las categorías del pensamiento sistémico-complejo y **todas** las categorías de los valores y principios de la Carta de la Tierra, por lo que su utilización educativa en este punto sería cuando menos recomendable.

La única salvedad para su uso podría estar en el rango de edad del alumnado. Aunque el texto no reviste demasiadas complejidades, qué duda cabe que pueden haber conceptos demasiado intrincados para niños y niñas muy pequeños. En cualquier caso, considero que este texto, además de en educación para adultos, superior y secundaria, se podría utilizar con alumnos y alumnas de los últimos cursos de educación primaria.

Referencias de la población de relatos tradicionales

- Aardema, V. (1975). *Why Mosquitoes Buzz in People's Ears*. New York: Dial Books.
- Abrahams, R. (1999). The Trouble With Helping Out. En Abrahams, R., *African-American Folktales: Stories from Black Traditions in the New World* (pp. 173-174). New York: Pantheon Books.
- Aesop (2005). *Aesop's Fables*. Planet PDF. Recuperado de: http://history-world.org/Aesops_Fables_NT.pdf
- Albert, D.H. (2003). The Wolf's Eyelashes. En Cox, A. & Albert, D. (eds.), *The Healing Heart: Communities Storytelling to Build Strong and Healthy Communities* (pp. 113-115). Gabriola Island, BC: New Society Publishers.
- Alfaro, A. (2006). Leyenda de la Cueva de la Mora. En *El Cañavate: Historias, leyendas y tradiciones*. Cuenca: Diputación Provincial de Cuenca.
- Alonso, J.C. (2008a). El mito del Hombre-Pájaro. Mitos Latinoamérica (Blog). Recuperado de: <http://mitosla.blogspot.co.uk/search/label/Chile%20Rapanui>
- (2008b). El origen del guaraná. Mitos Latinoamérica (Blog). Recuperado de: <http://mitosla.blogspot.co.uk/search/label/Brasil%20Sater%C3%A9-Mawe>
- (2008c). Mito Otavalo de la Creación. Mitos Latinoamérica (Blog). Recuperado de: <http://mitosla.blogspot.co.uk/search/label/Ecuador%20Otavalo>
- (2009). Mito Tehuelche de la Creación. Mitos Latinoamérica (Blog). Recuperado de: <http://mitosla.blogspot.co.uk/search/label/Argentina%20Tehuelche>
- (2011a). Bachué y Nemqueteba. Mitos Latinoamérica (Blog). Recuperado de: <http://mitosla.blogspot.co.uk/search/label/Colombia%20Chibcha>
- (2011b). Iraca y Ramiriquí. Mitos Latinoamérica (Blog). Recuperado de: <http://mitosla.blogspot.co.uk/search/label/Colombia%20Chibcha>
- Anónimo (2006). *Las florecillas de San Francisco*. Palma de Mallorca: Franciscanos T.O.R.
- Anónimo (2006). *La leyenda de Perusa*. Palma de Mallorca: Franciscanos T.O.R.
- Anónimo (2008). La mujer perfecta. WebIslam. Recuperado de: http://www.webislam.com/cuentos/33816-la_mujer_perfecta.html
- Anónimo (2011). El Árbol del Amor. WebIslam. Recuperado de: http://www.webislam.com/cuentos/62008-el_arbol_del_amor.html

- Anónimo (2011). El rey Bahaudin. WebIslam. Recuperado de:
http://www.webislam.com/cuentos/65522-el_rey_bahaudin.html
- Anónimo (2012). El soñador. WebIslam. Recuperado de:
http://www.webislam.com/cuentos/68095-el_sonador.html
- Anónimo (2013). The Gift of Insults. Outdoor Science Recuperado de: <http://www.outdoor-science.com/world-legends/488-the-gift-of-insults.html>
- Anónimo (2014). Deseos. Ciudad Seva. Recuperado de:
<http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/otras/anon/arabe/deseos.htm>
- APCEIU, SEAMEO, SEMEO INNOTECH & SEAMEO SPAFA (2010). *Telling Tales from Southeast Asia and Korea*. Bangkok: Advanced Printing Service.
- Arab Educational Institute (1999). *Moral Stories from Palestine*. Bethlehem: Culture Palestine Series. Recuperado de: <http://www.palestine-family.net/index.php?nav=5-12>
- ARC (2013). Bhal Jeeva stops the wind. Alliance of Religions and Conservation: Faiths & Ecology. Recuperado de: <http://www.arcworld.org/faiths.asp?pageID=172>
- Ashliman, D. L. (2008). Willow Wife. Japanese Legends about Supernatural Sweethearts. University of Pittsburgh. Recuperado de:
<http://www.pitt.edu/~dash/japanlove.html#willow>
- (2009) Nasreddin Hodja: Tales of the Turkish Trickster. University of Pittsburg. Recuperado de: <http://www.pitt.edu/~dash/hodja.html>
- Attar, F. (2011). Shebli y el panadero. WebIslam. Recuperado de:
http://www.webislam.com/cuentos/65531-shebli_y_el_panadero.html
- Bayat, M. (1994). Cast your bread upon the water. *Sufi*, 20, Winter 1993-94
- BBC (2013). An Anglo-Saxon Tale: Lady Godiva. BBC History (website). Recuperado de:
http://www.bbc.co.uk/history/ancient/anglo_saxons/godiva_01.shtml
- Bhagavata Purana (2010). Krishna chastises the serpent Kaliya. En el *Bhagavata Purana*, Canto 10, Cáp. 16. Recuperado de: <http://srimadbhagavatam.com/10/16/en>
- Blackbird, H. (2003). Nêhiyâwin: The Cree Way. En Cox, A. & Albert, D. (eds.), *The Healing Heart: Communities Storytelling to Build Strong and Healthy Communities* (pp. 163-165). Gabriola Island, BC: New Society Publishers.
- Bleefeld, B. R. y Shook, R. L. (2001). *Parábolas del Talmud*. Barcelona: Obelisco.
- Boas, F. (1901). *Kathlamet Texts*. Washington D.C.: Government Printing Office.

- Bodkin, O. (1997). *The Blossom Tree*. Spirit of Trees: Educational resources website. Recuperado de: <http://spiritoftrees.org/the-blossom-tree>
- Brand, J. (1991). *The Green Umbrella: Stories, Songs, Poems and Starting Points for Environmental Assembles*. London: A & C Black - WWF
- Brown, A.F. (1900). *The Book of Saints and Friendly Beasts*. Boston and New York: Houghton Mifflin Co. Recuperado de: <http://www.mainlesson.com/display.php?author=brown&book=saints&story=werburgh>
- Brown, J.E. (1989). *The Sacred Pipe*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Bruchac, J. y Caduto, M. J. (1995). *Native Plant Stories*. Golden, CO: Fulcrum.
- Brundige, E.N. (2010). The Myth of Arion and the Dolphin. Mythphile: Blog by Ellen N. Brundige. Recuperado de: <http://www.mythphile.com/2010/11/the-myth-of-arion-and-the-dolphin/>
- Brunel, H. (2006). Los patos mandarines y el samurái. En *Los más bellos cuentos zen*. Palma de Mallorca: José J. de Olañeta. Recuperado de: <http://budaesmeralda.wordpress.com/2011/11/19/los-patos-mandarines-y-el-samurai/>
- Caduto, M. J. y Bruchac, J. (1988). *Keepers of the Earth: Native American Stories and Environmental Activities for Children*. Golden, CO: Fulcrum.
- CanTeach (2013a). Where Stories Come From. CanTeach: Canadian Website of Online Educational Resources. Recuperado de: <http://www.canteach.ca/elementary/africa2.html>
- (2013b). Why the Cheetah's Cheeks Are Stained. CanTeach: Canadian Website of Online Educational Resources. Recuperado de: <http://www.canteach.ca/elementary/africa1.html>
- Chamberlain, B.H. (1888). *Aino Folk-Tales*. London: The Folk-lore Society. Recuperado de: <http://hudsoncress.net/hudsoncress.org/html/library/china-japan/Chamberlain,%20Basil%20-%20Ainu%20Folklore.pdf>
- Chen, K. (2000). *Lord of the Cranes: A Chinese Folktale*. New York and London: North-South Books.
- Chinen, A.B. (1993). *Once Upon a Midlife: Classic Stories and Mythic Tales to Illuminate the Middle Years*. New York: Jeremy P. I Tarcher / Perigree Books.

- Choegyál Rinpoché, D. (2012). The Shambhala Prophecy. En Harland, M. y Keepin, W. (eds.), *The Song of the Earth* (pp. 99-100). East Meon, UK: Permanent Publications.
- Choudhury, R. y Chandra, P. (1976). *Folk Tales of Bangladesh*. New Delhi: Sterling.
- Chuang Tzu (2009). *The Writings of Chuang Tzu*. Stephen McIntyre site. Recuperado de: <http://nothingistic.org/library/chuangtzu/chuang11.html>
- Chung, A. (2012). The Old Man Who Made the Trees Blossom. Spirit of Trees: Educational resources website. Recuperado de: <http://spiritoftrees.org/the-old-man-who-made-the-trees-blossom>
- Clouston, W. A. (1890). *Flowers from a Persian Garden*. London: David Nutt.
- Courlander, H. & Herzog, G. (1947). *The Cow-Tail Switch and Other West African Stories*. New York: Square Fish/Henry Holt.
- Courlander, H. & Lesau, W. (1995). *The Fire on the Mountain, and Other Stories from Ethiopia and Eritrea*. New York: Henry Holt.
- Cox, A.M. (2003a). The Lady of the Lake Waters. En Cox, A. & Albert, D. (eds.), *The Healing Heart: Communities Storytelling to Build Strong and Healthy Communities* (pp. 71-73). Gabriola Island, BC: New Society Publishers.
- (2003b). The Stolen Skin. En Cox, A. & Albert, D. (eds.), *The Healing Heart: Communities Storytelling to Build Strong and Healthy Communities* (pp. 66-69). Gabriola Island, BC: New Society Publishers.
- Cox, A.M. y Albert, D. (eds.) (2003). *The Healing Heart: Communities Storytelling to Build Strong and Healthy Communities*. Gabriola Island, BC: New Society Publishers.
- Cutanda, G. A. (2016a). Las confesiones de Parzival. En *Relatos tradicionales y Carta de la Tierra*, Vol. 2, Anexos: Mitos, leyendas y cuentos, Anexo 7 (Tesis doctoral). Universidad de Granada, Granada.
- (2016b). La comunidad de la Tabla Redonda. En *Relatos tradicionales y Carta de la Tierra*, Vol. 2, Anexos: Mitos, leyendas y cuentos, Anexo 8 (Tesis doctoral). Universidad de Granada, Granada.
- Dalton, J. (1999). The Creation Legend of the Yup'ik People: When Raven Met the First Human Being. Raven Feathers & the Wind. Recuperado de: <http://www.angelfire.com/bc/yupik/create.html>
- Davison, J. (2012). Robin Hood. Kingtly Virtues Programme. Jubilee Centre of Character and Virtues, University of Birmingham. Disponible en

[http://www.jubileecentre.ac.uk/userfiles/jubileecentre/pdf/KVResources/TheStories/KV-ROBINHOOD THESTORY.pdf](http://www.jubileecentre.ac.uk/userfiles/jubileecentre/pdf/KVResources/TheStories/KV-ROBINHOOD%20THESTORY.pdf).

De Cora, M. M. (2005). *Kuay-Mare: Mitos aborígenes de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila.

DeSpain, P. (1996). *Eleven Nature Tales: A Multicultural Journey*. Little Rock: August House.

Dholakia, P. (2009). The lion and the foolish Brahmins. Growth Mirror. Recuperado de: <http://www.growthmirror.com/Stories/The%20lion%20and%20the%20foolish%20Brahmins.pdf>

Díaz Villamil, A. (1929). La leyenda de la Kantuta. Terra Andina. Recuperado de: <http://www.bolivia-turismo.com/informacion-turistica/kantuta.htm>

————— (1986). *Leyendas de mi tierra*. La Paz: Librería Editorial Juventud.

Dieterlen, G. (2012). The Mandé Creation Myth. *Africa: Journal of the International African Institute*, 27(2), 124-138.

Dmitrieva, V. (1997). *The Legend of Shambhala in Eastern and Western Interpretations*. Doctoral thesis. Director: Richard Hayes. McGill University, Montreal, Canada.

Dorson, R.M. (ed.) y Wratislaw, A.H. (trad.) (1977). The Lime Tree. En *Sixty Folk-tales from Exclusively Slavonic Sources* (pp. 164-167). New York: Arno Press.

Downing, Jane (1992). The Whale and the Sandpiper: An Oral Tradition of the Marshall Islands. Majuro Atoll: Ministry of Education

Durán, E. (2006). Leyenda de Ibn Marwân y Judith. Colegio Público De Gabriel de Gévora. Junta de Extremadura. Recuperado de: <http://cpdegabriel.juntaextremadura.net/leyenda.htm>

E2BN (2006a). A Mermaid and a Magic Comb. Myths and Legends: Educational website of the UK Government organisation East of England Broadband Network. Recuperado de: <http://myths.e2bn.org/mythsandlegends/story532-a-mermaid-and-a-magic-comb.html>

————— (2006b). Anansi Brings Stories to the World. Educational website of the UK Government organisation East of England Broadband Network. Recuperado de: <http://myths.e2bn.org/mythsandlegends/textonly11717-anansi-brings-stories-to-the-world.html>

————— (2006c). Kaang's People. Educational website of the UK Government organisation East of England Broadband Network. Recuperado de: <http://myths.e2bn.org/mythsandlegends/textonly2490-kaangs-people.html>

- (2006d). Matilda's Bracelet. Educational website of the UK Government organisation East of England Broadband Network. Recuperado de:
<http://myths.e2bn.org/mythsandlegends/textonly90-matildas-bracelet.html>
- (2006e). Pandora's Box. Educational website of the UK Government organisation East of England Broadband Network. Recuperado de:
<http://myths.e2bn.org/mythsandlegends/textonly562-pandoras-box.html>
- (2006f). The Farmer and the Hogboon. Educational website of the UK Government organisation East of England Broadband Network. Recuperado de:
<http://myths.e2bn.org/mythsandlegends/textonly2800-the-farmer-and-the-hogboon.html>
- (2006g). The Legend of Robin Hood. Educational website of the UK Government organisation East of England Broadband Network. Recuperado de:
<http://myths.e2bn.org/mythsandlegends/textonly13478-the-legend-of-robin-hood.html>
- (2006h). The Legend of the Fens. Educational website of the UK Government organisation East of England Broadband Network. Recuperado de:
<http://myths.e2bn.org/mythsandlegends/textonly9-the-legend-of-the-fens.html>
- Eck, D.L. (1996). The Goddess Ganges in Hindu Sacred Geography. En Hawley, J.S. and Wulff, D.M., *Devi: Goddesses of India* (pp. 137-153). Berkeley, CA: University of California Press.
- Equipo Naya (2013). El chajá. Diccionario de Mitos y Leyendas (website). Recuperado de:
<http://www.cuco.com.ar/chaja.htm>
- Fansler, D.S. (1921). *Filipino Popular Tales* (edición digital de Project Gutenberg, 2008). Lancaster, PA: American Folk-lore Society.
- First People (s.d. a). Legend of the Lost Salmon. First People: Educational website on Native American peoples from USA and Canada. Recuperado de:
<http://www.firstpeople.us/FP-Html-Legends/Legend-Of-The-Lost-Salmon-Yakima.html>
- (s.d. b). Strawberry legend. First People: Educational website on Native American peoples from USA and Canada. Recuperado de: <http://www.firstpeople.us/FP-Html-Legends/StrawberryLegend-Cherokee.html>
- (s.d. c). Tsi-Laán (Deep Water). First People: Educational website on Native American peoples from USA and Canada. Recuperado de:
<http://www.firstpeople.us/FP-Html-Legends/Tsi-Laán-Deep-Water-Yakima.html>

- (s.d. d). The End of the First World. First People: Educational website on Native American peoples from USA and Canada. Recuperado de:
<http://www.firstpeople.us/FP-Html-Legends/TheEndoftheFirstWorld-Hopi.html>
- (2012a). Hiawatha the Unifier. First People: Educational website on Native American peoples from USA and Canada. Recuperado de:
<http://www.firstpeople.us/FP-Html-Legends/Hiawatha-The-Unifier-Iroquois.html>
- (2012b). How Fox Saved the People. First People: Educational website on Native American peoples from USA and Canada. Recuperado de:
<http://www.firstpeople.us/FP-Html-Legends/How Fox Saved The People-Eskimo.html>
- (2012c). The Legend of the First Woman. First People: Educational website on Native American peoples from USA and Canada. Recuperado de:
<http://www.firstpeople.us/FP-Html-Legends/TheLegendOfTheFirstWoman-Cherokee.html>
- (2012d). The Peacemaker and the Tree of Peace. First People: Educational website on Native American peoples from USA and Canada. Recuperado de:
<http://www.firstpeople.us/FP-Html-Legends/ThePeacemakerAndTheTreeOfPeace-Iroquois.html>
- Firth, E.M. (2013). *Stories of Old Greece*. Forgotten Books. Recuperado de:
<http://www.forgottenbooks.org/readbook/Stories of Old Greece 1000171358>
- Fisher, R. (1996). *Cuentos para pensar*. Barcelona: Obelisco.
- Flood, B.; Strong, B. E. y Flood, W. (1999). *Pacific Island Legends: Tales from Micronesia, Melanesia, Polynesia and Australia*. Honolulu, Hawaii: Bess Press.
- Florida Project Learning Tree (2005). The pact of fire. University of Florida website. Recuperado de: <http://sfrc.ufl.edu/plt/activities files/The Pact of the Fire.pdf>
- Fox, J. (2012). The Legend of the Cedar Tree. The Cherokees of California. Recuperado de:
<http://www.powersource.com/cocinc/articles/cedar.htm>
- Francisco de Asís (2013). Cántico de las criaturas. Wikipedia: La enciclopedia libre. Recuperado de: http://es.wikipedia.org/wiki/C%C3%A1ntico_de_las_criaturas
- Friedman, A. (2006). The Elephant King of Goodness. SunSentinel. Recuperado de:
http://articles.sun-sentinel.com/2006-04-18/lifestyle/0604170039_1_white-elephant-loggers-goodness
- Frobenius, L. y Fox, D.C. (1937). Gratitude: The Hunter and the Antelope. En Frobenius, L. & D.C. Fox, *African Genesis* (pp. 163-164). Harrisburg, PA: The Telegraph Press.

- Fuller-Anderson, L. (2011). *Warriors of the Rainbow*. Kindle Publishing.
- Galata, J.A. (2003). The Handsome Gypsy Boy. En Cox, A. & Albert, D. (eds.), *The Healing Heart: Communities Storytelling to Build Strong and Healthy Communities* (pp. 27-29). Gabriola Island, BC: New Society Publishers.
- Ghosh, S.A. (1996). *Stories of Bethlehem: A Narrative Approach to English Language Learning*. Al-Mawrid. Recuperado de: <http://www.palestine-family.net/index.php?nav=5-12&cid=3&did=360&pageflip=1>
- Gómez Arévalo, J.A. (2012). Contributions from Taoist stories to the ecological-spiritual crisis of contemporary mankind. *Hallazgos*, 9(18), 33-51.
- Grey, G. (2005). *Polynesian Mythology and Ancient Traditional History of the New Zealand Race* (eBook Edition). Wellington, NZ: New Zealand Electronic Text Centre. Recuperado de: <http://www.nzetc.org/>
- Haske, R. (2012a). Just enough. A Woven Education (educational blog). Recuperado de: <http://awoveneducation.files.wordpress.com/2013/03/dream.pdf>
- (2012b). Shingebiss. A Woven Education. Recuperado de: <http://awoveneducation.files.wordpress.com/2013/03/shingebiss.pdf>
- Hayes, J. (2009). Frog and Locust. In *Treasures: Interactive Read Aloud Anthology with Plays – Grade 3* (pp. 97-98). New York: Macmillan/MacGraw-Hill
- Hearn, L. (2006). *Kwaidan: Stories and Studies of Strange Things*. Mineola, NY: Dover.
- Hefner, A.G. (1997). Atlantis: the Myth. *Encyclopedia Mythica*. Recuperado de: <http://www.pantheon.org/articles/a/atlantis.html>
- Hitchcock, J.A. (1994). The Origin of Trees. Author's website. Folktales of Okinawa. Recuperado de: <http://www.jahitchcock.com/folktale.html>
- Holbrook, F. (s.d.). Why the Evergreen Trees Keep Their Leaves in Winter. *Fairy Tales and Other Traditional Stories* (Lit2Go Edition). Recuperado de: <http://etc.usf.edu/lit2go/68/fairy-tales-and-other-traditional-stories/5109/why-the-evergreen-trees-keep-their-leaves-in-winter/>
- Honey, J.A. (2011). *South-African Folk Tales*. The Project Gutenberg EBook. Recuperado de: <http://www.gutenberg.org/files/38339/38339-h/38339-h.htm>
- Htin Aung, M. (1966). *Burmese Monk's Tales*. New York & London: Columbia University Press.

- Hyde-Chambers, F. & A. (1981). *Tibetan Folk Tales*. Boulder & London: Shambhala Publications.
- Iles, S. (2011a). Aido Hwedo. The Dragon & Creation: Reclaiming the Sacred. Recuperado de: <http://www.susanneiles.com/essaycreate.html>
- Indian Stories (s.d.). Firstman and Firstwoman. Indian Stories website. Recuperado de: <http://indianstories.awardspace.com/webdoc23.htm>
- Isadore, M. (2012). An otter legend, derived from the Cree. The Rive Otter Ecology Project website. Recuperado de: <http://www.riverottterecology.org/1/post/2012/08/an-otter-legend-derived-from-the-cree.html>
- Itsas (2009). Olentzero. Mitología Vasca: Blog. Recuperado de: <http://mitologiavasca-itsas.blogspot.co.uk/2009/03/olentzero.html>
- Jacobs, J. (1892). Beth Gellert. En Jacobs, J., *Celtic Fairy Tales*. Recuperado desde Learning to Give, <http://www.learningtogive.org/resources/folktales/BethGellert.asp>
- Jainsquare (2011a). Aek Nath and Pathan. Jainsquare: A Complete Portal on Jainism. Recuperado de: <http://jainsquare.com/aek-nath-and-pathan/>
- (2011b). Bhimji Sanghpati. Jainsquare: A Complete Portal on Jainism. Recuperado de: <http://jainsquare.com/bhimji-sanghpati/>
- (2011c), King Megharath. Jainsquare: A Complete Portal on Jainism. Recuperado de: <http://jainsquare.com/king-megharath-story/>
- Julián, A. (2008). *30 historias de Nasrudín Hodja*. Santo Domingo (Rep. Dominicana): Libros de Regalo
- Kamtamaindes (2012). La gente de la montaña o Inkal Awa. Recuperado de: <https://kamtamaindes.wordpress.com/>
- Karas, S.A. (2012a). Silver Fir Cones. Spirit of Trees: Educational resources website. Recuperado de: <http://spiritoftrees.org/silver-fir-cones>
- (2012b). The Singing Fir Tree. Spirit of Trees: Educational resources website. Recuperado de: <http://spiritoftrees.org/the-singing-fir-tree>
- Keding, D. (2008). *Elder Tales: Stories of Wisdom and Courage from Around the World*. Wesport, CT: Libraries Unlimited.
- Kranc, M. (2004). *The Hasidic Master's Guide to Management*. Devora Publishing.
- Kroeber, T. (1959). *The Inland Whale*. Berkeley, CA: University of California Press.

- LaRiviere, G. (2003). Beghqnúwétq HHéø Bets'édie: Love and Support. En Cox, A. & Albert, D. (eds.), *The Healing Heart: Communities Storytelling to Build Strong and Healthy Communities* (pp. 160-161). Gabriola Island, BC: New Society Publishers.
- Leeming, D.A. (2010). *Creation Myths of the World*. Santa Barbara, CA: ABC-CLIO.
- León Barandiarán, A. (1938). Mito del origen del mochica y el algarrobo. En *Mitos, leyendas y tradiciones lambayecanas*. Lima: Club de Autores y Lectores. Recuperado de <http://www.boletindenewyork.com/mochicayalgarrobo.htm>
- Lieh Tzu (1912). *Taoist Teachings from the Book of Lieh Tzu*. (Edición digital de Forgotten Books, 2013). London: John Murray.
- Lipman, D. (2002). Defending his Property. Learning to Give: Educational website. Recuperado de: <http://www.learningtogive.org/resources/folktales/DefendingProperty.asp>
- Livo, N.J. (2003). *Bringing Out Their Best: Values Education and Character Development through Traditional Tales*. Westport, CT: Libraries Unlimited.
- Loebel-Fried, C. (2012). The Gift of Kü. Spirit of Trees: Educational resources website. Recuperado de: <http://spiritoftrees.org/the-gift-of-ku>
- Longfellow, H.W. (1915). *Tales of a Wayside Inn*. Boston: Houghton Mifflin.
- López de Mariscal, B. (1995). *The Harvest Birds: Los pájaros de la cosecha*. Emeryville, CA: Children's Book Press.
- Lowell, A. (1920). Many Swans: Sun Myth of the North American Indians. Recuperado de: <http://www.aren.org/prison/documents/american-indian/40/40.pdf>
- Lowell, J.R. (2008). The Dryad of the Old Oak. En Olcott, F.J., *Good Stories for Great Holidays*. The Project Gutenberg EBook. Recuperado en: http://www.gutenberg.org/files/359/359-h/359-h.htm#link2H_4_0128
- MacDonald, M.R. (2005a). *Earth Care: World Folktales to Talk About*. Little Rock: August House.
- (2005b). *Peace Tales: World Folktales to Talk About*. Little Rock: August House.
- (2006). *Go to Sleep, Gecko!: A Balinese Folktale*. Little Rock: August House.
- (2012). Mikku and the Trees. Spirit of Trees: Educational resources website. Recuperado de: <http://spiritoftrees.org/mikku-and-the-trees>

- MacGregor, A.J. (1950). *The Heaviest Burden*. Storytelling Support Network Website. Recuperado de: <http://storysupportnetwork.vpweb.co.uk/upload/The%20Mango%20Tree.doc>
- Macpherson, G. W. (2004). *Highland Myths & Legends*. Edinburgh: Luath Press.
- Macy, J. (2002). *The Shambhala Warrior*. iJourney.org (website). Recuperado de: <http://www.ijourney.org/index.php?tid=236>
- Maguire, J. (2012). *Fearing the Wind*. Spirit of Trees: Educational resources website. Recuperado de: <http://spiritoftrees.org/fearing-the-wind>
- Manatunga, A. (2012). *Bhaktamar Stotra Stories (Blessings from the Goddess)*. Jainsquare: A Complete Portal on Jainism. Recuperado de: <http://jainsquare.com/2012/04/02/bhaktamar-stotra-stories-blessings-from-the-goddess/>
- Martin, R. (1996). *Mysterious Tales of Japan*. New York: G.P. Putnam's Sons
- (1999). *The Hungry Tigress: Buddhist Legends and Jataka Tales*. Berkeley, CA: Parallax Press.
- Martínez de Lezea, T. (2013). *Eguzkilore*. Mitología de Vasconia. Recuperado de: <http://mitologiadevasconia.amaroa.com/leyendas/eguzkilore>
- Maskel, H. P. (2008). *Baucis and Philemon*. En Olcott, F.J., *Good Stories for Great Holidays*. The Project Gutenberg EBook. Available in <http://etext.lib.virginia.edu/etcbn/toccer-new?id=OlcGood.sgm&images=images/modeng&data=/texts/english/modeng/parsed&tag=public&part=107&division=div2>
- Mayer, F.H. (1985). *Ancient Tales in Modern Japan*. Bloomington: Indiana University Press.
- McFadden, S. (1989). *Legend of the Rainbow Warriors*. Lincoln, NE: The Harlem Writers Guild Press.
- Meade, E.H. (2012). *The Sesame Seed and the Date Palm Tree*. Spirit of Trees: Educational resources website. Recuperado de: <http://spiritoftrees.org/the-sesame-seed-and-the-date-palm-tree>
- Mi'kmaq Spirit (2013). *Mi'kmaw Creation Story*. Mi'kmaq Spirit: Website of Mi'kmaq culture, history and spirituality. Recuperado de: <http://www.muiniskw.org/pgCulture3a.htm>
- MIROMAA ALTC (s.d.). *Tiddalik the Frog*. Miromaa Aboriginal Language and Technology Centre. Recuperado en: <http://www.miromaa.org.au/Culture/Tiddalik-the-Frog.html>

- Montejo, V. (1991). The Little Boy Who Talked with Birds. En *The Bird Who Clean the World and Other Mayan Fables* (pp. 67-71). Willimantic, CT: Curbstone Press.
- Murphy, G. (ed.) (2012). *Gayanashagowa: The Great Binding Law. The Constitution of the Iroquois Nations*. Indigenous People Literature. Recuperado de: <http://www.indigenouspeople.net/iroqcon.htm>
- Murray, E. (2012). The Dreaming Tree. Spirit of Trees: Educational resources website. Recuperado de: <http://spiritoftrees.org/the-dreaming-tree>
- Muzi, J. (2006). *30 cuentos del Magreb*. Bilbao: Bakeaz.
- Native Languages of the Americas (2013). Wesakechak stories and other Cree legends: The beginning of the Cree world. Native Languages of the Americas website. Recuperado de: <http://www.native-languages.org/cree-legends.htm>
- Nukiuk (s.d. a). How the Hare's Tail Grew Short. Zeluna.net: Dedicated to the study of fairy tales and fairies. Recuperado de: <http://zeluna.net/mari-el.html>
- (s.d. b). Incapable Men. Zeluna.net: Dedicated to the study of fairy tales and fairies. Recuperado de: <http://zeluna.net/mari-el.html>
- (s.d. c). The Bear. Zeluna.net: Dedicated to the study of fairy tales and fairies. Recuperado de: <http://zeluna.net/mari-el.html>
- (2012a). The Goblin Tree. Zeluna.net: Dedicated to the study of fairy tales and fairies. Recuperado de: <http://zeluna.net/japanese-fairy-tales-thegoblintree.html>
- (2012b). The Goddess of Green-Growing Things. Zeluna.net: Dedicated to the study of fairy tales and fairies. Recuperado de: <http://zeluna.net/japanese-fairy-tales-thegoddessofthegreengrowingthings.html>
- (2012c). The Plum Tree. Zeluna.net: Dedicated to the study of fairy tales and fairies. Recuperado de: <http://zeluna.net/plumtree-japanese-folk-tale.html>
- Ochoa, J.C. (2002). Mito y chamanismo: El mito de la Tierra Sin Mal en los tupí-cocama de la Amazonía peruana. Tesis doctoral. Barcelona: Universidad de Barcelona, pp. 209-234.
- Odigon, S. (2012a). Nishan Shaman. Circle of Tengerism: Buryat Mongol Homepage. Recuperado de: http://www.tengerism.org/Nishan_Shaman.html
- (2012b). The Origin of Evergreen Trees. Circle of Tengerism: Buryat Mongol Homepage. Recuperado de: http://www.tengerism.org/Buryat_Mongolian_Mythology.html

- Ogumefu, M. J. (2007). *Yoruba Legends*. Forgotten Books. Recuperado de: [http://www.forgottenbooks.org/ebooks/Yoruba Legends - 9781605060170.pdf](http://www.forgottenbooks.org/ebooks/Yoruba_Legends_-_9781605060170.pdf)
- O'Kane, M.O. (2012). Of Greed and Measure. Spirit of Trees: Educational resources website. Recuperado de: <http://spiritoftrees.org/of-greed-and-measure>
- Olcott, F.J. (1919). *The Wonder Garden: Nature Myths and Tales From all the World Over for Story-telling and Reading Aloud and for the Children's Own Reading*. Boston & New York: Houghton Mifflin Co.
- Opler, M.E. (1994). Jicarilla Apache Creation Myth. En *Myths and Tales of the Jicarilla Apache Indians* (pp. 1-10). Lincoln, NE: University of Nebraska Press.
- Orozco, C. (2013). The Legend of Quetzalcoatl. Inside Mexico Publishing. Recuperado de: <http://www.inside-mexico.com/legends/quetzalcoatl.htm>
- Pellowski, A. (2012). Why Trees Whisper. Spirit of Trees: Educational resources website. Recuperado de: <http://spiritoftrees.org/why-trees-whisper>
- Pérez, A. (2005). Iwa-riwë: El dueño del fuego. En "Ovarios, gemelos y mezquindades: Sobre ediciones de mitos yanomami y literatura". *Babab.com: Revista de Cultura*, 28, Verano 2005. Recuperado de: <http://www.babab.com/no28/ovarios.php#21>
- Petrullo, V. (1939). *The Yaruros of the Capanaparo River*. Washington DC: Smithsonian Institution.
- Pike, T.R. (2012). *Cherokee Heart: Legends, Myths & Stories*. Raleigh, NC: Lulu Publishing
- Planet Ozkids (2012a). Coyote Brings Fire. Animals, Myths & Legends: Educational website. Recuperado de: <http://www.planetozkids.com/oban/coyofire.htm>
- (2012b). Coyote Makes People. Animals, Myths & Legends: Educational website. Recuperado de: <http://www.planetozkids.com/oban/coymake.htm>
- (2012c). Crow Brings Daylight. Animals, Myths & Legends: Educational website. Recuperado de: <http://www.planetozkids.com/oban/crodayli.htm>
- (2012d). How Butterflies Came to Be. Animal Myths & Legends: Educational website. Recuperado de: <http://www.planetozkids.com/oban/legends/how-butterflies-came-to-be.htm>
- (2012e). How the Dream Catcher Was Made. Animals, Myths & Legends: Educational website. Recuperado de: <http://www.planetozkids.com/oban/legends/how-dreamcatcher-was-made.htm>

- (2012f). Rabbit the Hunter. Animals, Myths & Legends: Educational website.
Recuperado de: <http://www.planetozkids.com/oban/rabhunt.htm>
- (2012g). The Boy Who Loved Bears. Animal Myths & Legends: Educational website. Recuperado de: <http://www.planetozkids.com/oban/legends/boylovebear-legend.htm>
- (2012h). The Poor Turkey Girl. Animals Myths & Legends: Educational website. Recuperado de: <http://www.planetozkids.com/oban/legends/turkeygirl-legend.htm>
- (2012i). The Storytelling Stone – How Stories Began. Animals Myths & Legends: Educational website. Recuperado de: <http://www.planetozkids.com/oban/legends/storytelling-stone-legend.htm>
- (2012j). The Ungrateful Tiger. Animal Myths & Legends: Educational website. Recuperado de: <http://www.planetozkids.com/oban/ungrate.htm>
- Planillo, J.A. (2013). La fuente de Almanzor. Tierra de Leyendas (Blog). Recuperado de: <http://tierra-leyendas.blogspot.co.uk/2011/05/la-fuente-de-almanzor.html>
- Poulter, J. (1988). *The Secret of Dreaming: The Story of Why the Land is Sacred and Why Man Must Be its Caretaker*. Templestowe, Canada: Red Hen.
- Prime, R. (1992). *Hinduism and Ecology: Seeds of Truth*. London: Cassell & World Wide Fund of Nature
- Purana, Bhagavata (2010). Krishna chastises the serpent Kaliya. En el *Bhagavata Purana*, Canto 10, Cap. 16. Recuperado de: <http://srimadbhagavatam.com/10/16/en>
- Raheb, M. y Strickert, F. (1998). *Bethlehem 2000*. Heidelberg: Palmyra Publishing House.
- Railsback, B. (2000). *Creation Stories from Around the World*. University of Georgia. Recuperado de: <http://www.gly.uga.edu/railsback/CS/CSIndex.html>
- Rasmussen, K. (1967). *This World We Know: Beliefs and Traditions of the Netsilik Eskimos*. Education Development Center. Recuperado de: http://www.aaanet.org/sections/sacc/content/uploads/2010/06/cultural_native_american_myths_legends_smithsonian.pdf
- Real Sikhism (2013). Bhai Lalo and Malik Bhago. Real Sikhism: Exploring the Sikh Religion. Recuperado de: <http://www.realsikhism.com/index.php?subaction=showfull&id=1193624845&ucat=9>
- Riordan, J. (1984). *The Woman in the Moon, and Other Tales of Forgotten Heroines*. New York: Dial Books for Young Readers.

- Rocha Vivas, M. (2010). *El Sol babea jugo de piña: Antología de literaturas indígenas del Atlántico, el Pacífico y la Serranía del Perijá*. Bogotá: Ministerio de Cultura de Colombia
- Rohmer, H.; Chow, O. y Vidaure, M. (1987). *The Invisible Hunters / Los cazadores invisibles: A Legend from the Miskito Indians of Nicaragua / Una leyenda de los indios miskitos de Nicaragua*. San Francisco: Children's Book Press.
- Rose, D.L. (2009). The people who hugged the trees. En *Treasures: Interactive Read Aloud Anthology with Plays - Grade 3* (pp. 79-83). New York: Macmillan/MacGraw-Hill
- Rossland Trail Bear Smart (2011). Peesunt and the Bear People. Rossland Trail Bear Smart: Website for protection of bears. Recuperado de:
<<http://www.rosslandbearaware.org/uncategorized/peesunt-and-the-bear-people/>
- Santasusana, J.R. (2011). La Dona d'Aigua y el Señor de Can Prat. Mundos Propios (Blog). Recuperado de: <http://janonomar.blogspot.co.uk/2011/02/la-dona-daigua-una-descripcion-y-un.html>
- Sa'adi (2000). El sufí contra el poder: Cuento II. WebIslam. Recuperado de:
http://www.webislam.com/cuentos/18508-el_sufi_contra_el_poder.html
- (2012) *The Gulistan of Sa'adi*. Ch. 1: The manners of kings. Story 28. Edition by Dr. Behrouz Homayoun Far. University of Calgary. Recuperado de:
<http://www.theory.tifr.res.in/~iqbal/poems/gulistan.pdf>
- Sapp, J. (2006). *Rhinos & Raspberries: Tolerance Tales for the Early Grades*. Recuperado de:
http://www.jeffsapp.com/jeffsapp.com/513_Four_files/R_R.pdf
- Schlosser, S.E. (1997). How Selfishness Was Rewarded. American Folklore. Recuperado de:
http://americanfolklore.net/folklore/2010/09/how_selfishness_was_rewarded
- (2013). How the Rainbow Was Made. American Folklore. Recuperado de:
http://americanfolklore.net/folklore/2012/10/how_the_rainbow_was_made.html
- Schoolcraft, H.R. (1956). *Schoolcraft's Indian Legends: Algonic Researches*. East Lansing: Michigan State University Press.
- Schram, P. (2012). Honi and the Carob Tree. Spirit of Trees: Educational Resources Website. Recuperado de: <http://spiritoftrees.org/honi-and-the-carob-tree>
- Silva, J.M. (s.d.). Mito de la Creación Awá. Xexus: Ventana Cultural. Recuperado de:
<http://www.xexus.com.co/modules.php?op=modload&name=Sections&file=index&req=viewarticle&artid=188&page=1>

- Smith, W.R. (1930). How the Selfish Goannas Lost Their Wives. En Smith, W.R. (ed.) *Myths and Legends of the Australian Aboriginals* (pp. 84-91). London: George G. Harrap and Co. Ltd.
- So-un, K. (1955). *The Story-Bag: A Collection of Korean Folk Tales*. Rutland, VT: Charles E. Tuttle Co.
- State of California Department of Education (2006). The Elephant King Goodness (Generosity and Ingratitude). Brokers of Expertise: State of California Department of Education. Recuperado de:
<http://www.myboe.org/portal/default/Resources/Viewer/ResourceViewer?action=2&resid=38876>
- Step toe, J. (1987). *Mufaro's Beautiful Daughters: An African Tale*. New York: Lothrop, Lee & Shepard Books
- Suler, J. (1997). The gift of insults. Rider University. *Zen Stories to Tell Your Neighbors*. Recuperado de: <http://users.rider.edu/~suler/zenstory/insults.html>
- Tierra de Leyendas (2010). La xana Galinda. Tierra de Leyendas (Blog). Recuperado de: <http://tierra-leyendas.blogspot.co.uk/2010/01/la-xana-galinda.html>
- (2011). El perro y Kakasbal. Tierra de Leyendas (Blog). Recuperado de: <http://tierra-leyendas.blogspot.co.uk/2011/03/el-perro-y-kakasbal.html>
- Treasures (2009). Interactive Read Aloud Anthology with Plays – Grade 3. New York: Macmillan/MacGraw-Hill.
- Underwood, P. (1983). *Who Speaks for Wolf: A Native American Learning Story*. Austin, TX: Tribe of Two Press.
- Urbina, F. (2008). Los hombres, trozos de la misma boa. Mitos Latinoamérica (Blog). Recuperado de: <http://mitosla.blogspot.co.uk/search/label/Colombia%20Inga>
- (2012). Mito Huitoto de la Creación. Mitos Latinoamérica (Blog). Recuperado de: <http://mitosla.blogspot.co.uk/search/label/Colombia%20Huitoto>
- Van Deusen, K. (2003). How Old Woman Kytna Brought Her Daughter Home. En Cox, A. & Albert, D. (eds.), *The Healing Heart: Communities Storytelling to Build Strong and Healthy Communities* (pp. 35-37). Gabriola Island, BC: New Society Publishers.
- Vas, L. y Vas, A. (2003). *Secrets of Leadership: Insights from the Panchatantra*. Delhi: Pustak Mahal

- Walking Wolf, R. (2009). *The Secret of Dreaming*. Retrieved from:
<https://yggdrasildistro.files.wordpress.com/2011/10/the-secret-of-dreaming-web-reading.pdf>.
- Weir, L. (2003). A Wee Lift. En Cox, A. & Albert, D. (eds.), *The Healing Heart: Communities Storytelling to Build Strong and Healthy Communities* (pp. 203-204). Gabriola Island, BC: New Society Publishers.
- Wells, L. (2003). The Net of Indra. En Cox, A. & Albert, D. (eds.), *The Healing Heart: Communities Storytelling to Build Strong and Healthy Communities* (p. 50). Gabriola Island, BC: New Society Publishers.
- Wikipedia (2013). La creación del hombre. Wikipedia: Mitología Guanche. Recuperado de:
https://es.wikipedia.org/wiki/Mitolog%C3%ADa_guanche
- Xiong, B. y Spagnoli, C. (1989). *Nine-in-One, Grr! Grr!: A Folktale from the Hmong People of Laos*. San Francisco: Children's Book Press.
- Zhuangzi (1999). *Zhuangzi*. Library of Chinese Classics. Trans. Wang Rongpei. Hunan People's Publishing House
- Zipes, J.D. (1996). *Aesop's Fables*. London: Penguin.